



Saul David

7 DÍAS EN ENTEBBE

LA MISIÓN DE RESCATE
CONTRATERRORISTA MÁS AUDAZ DE LA HISTORIA



Lectulandia

SINOPSIS

Crónica apasionante de uno de los secuestros aéreos más famosos del siglo XX y de la operación israelí que acabó con él.

Medianoche del 3 de julio de 1976. Las Fuerzas Especiales de Israel aterrizan en plena oscuridad en una pista del aeropuerto de Entebbe, en la Uganda de Idi Amin. Tienen tan solo tres minutos para burlar un cordón de paracaidistas ugandeses de élite, asaltar la terminal del aeropuerto y liberar a más de cien rehenes israelíes, franceses y estadounidenses. La Operación Rayo ha dado comienzo.

Sobre la base de documentos clasificados en archivos emplazados en cuatro países y entrevistas con participantes clave, incluidos soldados y políticos israelíes, rehenes, un miembro del Gobierno keniano y un antiguo terrorista, muchos de los cuales nunca habían sido entrevistados antes, Saul David ofrece una crónica trepidante que relata al minuto una de las misiones de rescate más osadas de la historia.

7 días en Entebbe

Saul David

La misión de rescate contraterrorista
más audaz de la historia

Traducción de Esther Cruz

Para Stewart y Noreen.

*Y en memoria de Bruce McKenzie
y de los cinco israelíes que perdieron la vida
como resultado de la Operación Rayo:
Dora Bloch, Ida Borochoovich, Pasco Cohen,
Jean-Jacques Mimouni y Yoni Netanyahu.*



Los nombres de los países y las fronteras corresponden a los del momento del asalto.

DÍA 1: DOMINGO, 27 DE JUNIO DE 1976

5.00 GMT, Lod, Israel

Una escena caótica recibió al francés Michel Cojot y a su hijo Olivier, de doce años, cuando entraron en la zona de facturación situada en la planta baja de la terminal 1 del Aeropuerto Internacional Ben-Gurion, un edificio antiestético de cuatro plantas y estructura de cristal que había sustituido a la terminal encalada construida por los británicos en la década de 1930. A Cojot, aquel flujo de personas le recordó a un bazar oriental, mientras veía cómo «trataban de abrir un pasillo entre los carritos de equipaje, las columnas y las barreras, bajo la atenta mirada de mujeres jóvenes vestidas de caqui y soldados de corta edad [...] las únicas personas allí presentes que no iban de un lado a otro apresuradas».*

A raíz de una avalancha de ataques terroristas recientes contra Israel —entre ellos, la infame masacre de veintiséis personas (en su mayoría peregrinos cristianos de Puerto Rico) cuatro años antes en el Ben-Gurion a manos de tres miembros propalestinos del Ejército Rojo Japonés, un grupo armado comunista—, el país contaba con las medidas de seguridad aeroportuaria más estrictas del mundo. Toda persona incapaz de convencer a los oficiales de ser inofensiva iba a tener que soportar que le «desmantelasen el reloj despertador, le rastreasen los tacones de los zapatos, le abriesen la cámara y le analizaran el bote de crema de afeitar». Pese a los retrasos, la mayoría de la gente estaba encantada de cooperar porque «aprobaban las razones que justificaban esos controles».¹

A decir verdad, las rigurosas comprobaciones fueron la gota que colmó el vaso del joven Olivier Cojot. Sus padres se habían separado hacía poco y él había aprovechado sin dudarlo la oportunidad de acompañar a su padre, consultor de gestión, en un viaje de negocios de una semana a Israel, mientras su madre y sus dos hermanos más pequeños se quedaban en Francia. Tenía la esperanza de estrechar lazos con su padre y de aprender más sobre su herencia judía. Sin embargo, más allá de una visita «bastante interesante» a una fábrica propiedad de Negev Phosphates, la empresa minera de la que su padre era consultor, Olivier había pasado buena parte del tiempo solo, asfixiado de calor en un hotel de Beerseba, así que estaba ansioso por llegar a casa.²

En cualquier caso, tampoco es que las temperaturas en Francia fuesen mucho más frescas. Al igual que el resto del oeste de Europa, Francia se estaba marchitando en mitad de una ola de calor que demostraría ser la peor según los registros. Para Olivier, fue un alivio que la cola del vuelo de primera hora de la mañana coincidiese

con un momento del día relativamente fresco. Los interminables controles de seguridad del Ben-Gurion le parecieron «un grano en el culo» y la falta de aire acondicionado en la terminal no ayudaba.³

Al llegar por fin al mostrador de facturación de Air France, a los Cojot les comunicaron que su vuelo a París haría una escala imprevista en Atenas.⁴ El aeropuerto internacional de la capital griega era famoso por su laxitud en cuanto a la seguridad en tránsito, y Olivier verbalizó los temores de su padre al decir: «Pues papá, si yo fuese terrorista me montaría en esa escala».⁵

Ese miedo a un ataque terrorista —y más concretamente, al secuestro de un avión— no era en absoluto infundado. Desde la victoria de Israel sobre los Estados árabes de Egipto, Jordania y Siria en la guerra de los Seis Días de 1967, diversos grupos terroristas palestinos y propalestinos habían utilizado el secuestro de aviones como una forma de obligar a Israel a hacer concesiones y de dar a conocer su causa al mundo. Antes de la guerra de los Seis Días se habían producido por lo general cinco secuestros al año. Para 1969, ese número había subido a ochenta y dos secuestros en todo el mundo —la más alta en un solo año— y, pese a que la media había caído desde entonces, seguían siendo más de tres al mes.

Cojot, demasiado consciente del reciente aluvión de secuestros, preguntó por algún vuelo directo a París con la línea aérea israelí El Al que, gracias a sus agentes aéreos armados, «parecía ofrecer mayor seguridad». No obstante, como le dijeron que el vuelo estaba lleno y no quería esperar al siguiente, regresó de mala gana a Air France; el único alivio para su preocupación era saber que su estatus de pasajero frecuente le daba derecho a «beneficios en el servicio».⁶

Había otros pasajeros del vuelo 139 de Air France igual de alarmados por la noticia de la escala. Ilan Hartuv, de cuarenta y nueve años, un antiguo diplomático israelí, miope y rechoncho, que era entonces subdirector general de una empresa de regeneración urbanística de Jerusalén, acompañaba a su madre, Dora Bloch, de setenta y tres años de edad, en el primer tramo del viaje de esta a Nueva York para asistir a la boda de su hijo menor, Daniel. Hartuv tenía previsto separarse de ella en París, donde se reuniría con su cuñado y las esposas de ambos para pasar unas breves vacaciones; consciente de la amenaza terrorista, le había encargado específicamente a su agente de viajes que le reservase unos billetes sin escalas.⁷ Lo mismo había hecho Sara Davidson, de camino a Estados Unidos para hacer una ruta de costa a costa, junto a su esposo, Uzi, y a sus dos hijos, Roni y Benny, de diecisiete y trece años, respectivamente. Al enterarse de la parada en Grecia, Sara le dijo a Uzi: «Mejor no nos subimos al avión. No sabemos quién se podría montar en Atenas».⁸ También trataron de cambiar sus billetes para volar con El Al, sin éxito.

Otros tantos pasajeros hicieron cambios de última hora, pero en su caso para subir al vuelo 139. Jean-Jacques Mimouni, francés de ascendencia tunecina, de diecinueve años, había reservado un vuelo el sábado a París. Era un guitarrista y artista talentoso, alto, con un atractivo aspecto aniñado, bigote y el pelo rizado y

castaño oscuro, largo, a la moda. Acababa de terminar los exámenes de acceso a la universidad y tenía previsto pasar el verano en Francia con sus dos hermanas mayores antes de, o bien quedarse allí a vivir —la opción que prefería su padre—, o regresar a Israel para hacer el servicio militar. Sin embargo, su mejor amigo, Thierry Sicard, hijo del cónsul francés en Tel Aviv, lo convenció para que retrasara el vuelo al domingo y que así pudieran volar juntos.⁹

Los belgas Gilbert y Helen Weill acababan de terminar unas vacaciones cortas en Israel y tenían previsto coger un avión de Air France a París más tarde. Su plan era recoger a sus hijos en Metz y luego volver a casa, en Antwerp. No obstante, cuando les dijeron que su avión original se había retrasado en Irán y que su mejor opción era el vuelo 139, al que le quedaba solo una hora para salir, lo cogieron. Al alejarse del mostrador de Air France, se encontraron con un conocido que viajaba en su vuelo original. «Rápido, cámbiese al vuelo anterior, que se agotan los asientos. Quién sabe cuánto se va a retrasar el otro avión», le aconsejó el señor Weill.¹⁰

A las 8.59, hora local, el vuelo 139 de Air France despegó en unas condiciones climáticas perfectas —un sol abrasador y un cielo azul claro— y se dirigió al noroeste, cruzando el Mediterráneo, hacia Atenas. El aparato era uno de los Airbus A300B4 de cuerpo ancho recién introducidos en el mercado; un avión de pasajeros cómodo, con dos motores y capacidad para 272 pasajeros repartidos en dos clases: 24 asientos en primera clase, en la parte delantera del avión, con un diseño de 2-2-2; y otros 248 asientos en dos cabinas de clase turista, detrás, divididos por dos pasillos en una estructura de 2-4-2. Dado que el fuselaje se estrechaba hacia la cola, en las seis últimas filas había solo tres asientos en la hilera central. Probablemente debido a cancelaciones de última hora, solo iban ocupados 228 asientos.

Al mando de la nave estaba el capitán Michel Bacos, un hombre elegante de cincuenta y un años y con tres hijos, antiguo piloto naval que había combatido con las fuerzas de la Francia Libre de De Gaulle en la Segunda Guerra Mundial. Su tripulación de once miembros se componía de un copiloto, un ingeniero de vuelo, un sobrecargo de vuelo, cuatro azafatos y cuatro azafatas. A excepción de la azafata sueca Ann-Carina Franking, todos eran franceses.

Sentado en la cabina trasera de clase turista, en la tercera fila de delante, Michel Cojot se olvidó rápidamente de sus miedos en cuanto la tripulación de Air France se deshizo en cuidados con él y con su hijo. «Tras la sobredosis de Oriente, [le] agradaba volver a usar el idioma, la elegante contención de los uniformes de las azafatas e incluso la bandeja de la comida.» En una aerolínea de los años setenta no existía nada relacionado con el ocio en pleno vuelo, así que Cojot se pasó las dos horas y media hasta Atenas escribiendo «un memorándum profesional probablemente inútil» y dándole a Olivier «unas prácticas de ortografía mediante el dictado de un fragmento más o menos humorístico sobre los placeres de viajar en avión». Era típico

del exitoso y ambicioso Cojot intentar educar a su hijo incluso estando de vacaciones. A Olivier, al que «se le daba fatal la ortografía», aquellos dictados frecuentes de su padre le parecían «un grano enorme ahí detrás».

El único punto negro para Cojot, de treinta y siete años, era la proximidad de unos vecinos revoltosos, que incluían a unos «mocosos alborotadores, a una mujer que sobresalía de su asiento por ambos lados y a un par de jubilados estadounidenses». ¹¹

9.02 GMT, Atenas, Grecia

Recién pasado el mediodía, hora local, el Airbus tocó tierra en el Aeropuerto Internacional Ellinikon de Atenas, unos kilómetros al sur de la capital griega. Dado que la escala era corta —cuarenta y cinco minutos, nada más—, solo pudieron abandonar el avión los treinta y ocho pasajeros que iban a desembarcar. Entre ellos estaban los jubilados estadounidenses, pero, para disgusto de Michel Cojot, los niños peleones, no. ¹²

En su lugar subieron cincuenta y seis pasajeros nuevos, con lo que el total ascendió a 246, número poco alejado de la capacidad total del avión. Pese a que en su mayoría seguían siendo israelíes y franceses, había para entonces otras veinte nacionalidades más presentes en el vuelo, con estadounidenses, australianos, belgas, brasileños, canadienses, colombianos, griegos, japoneses, jordanos, libaneses, marroquíes, rumanos, españoles y turcos. ¹³ Muchos de los recién llegados habían estado de vacaciones en las islas griegas o alrededores. Algunos de esos pasajeros eran Tony Russell —oficial de alto rango del Consejo del Gran Londres, casado y de cincuenta y cinco años— y George Good —contable jubilado y viudo de sesenta y cinco años—, dos balandristas británicos y viejos amigos que habían estado navegando por Ítaca y Paxos, en el mar Jónico; el francés Gérard Poignon y su esposa inglesa, Isobel, de veintiocho años, que habían dejado a su hija de dieciocho meses al cuidado de los padres de Gérard mientras disfrutaban de dos semanas en Grecia; ¹⁴ Colin y Nola Hardie, de Christchurch, Nueva Zelanda, donde Colin trabajaba como director general en el periódico *Star*; Peter y Nancy Rabinowitz, dos jóvenes académicos judíos de Estados Unidos que enseñaban literatura en el Kirkland College del estado de Nueva York; y Claude Moufflet, de Versalles, Francia.

Los Rabinowitz estaban en Europa para celebrar que Nancy, de treinta y un años, acababa de concluir su tesis en literatura comparada (un título que Peter, dos años mayor que ella, ya poseía). Tras llegar a Londres procedentes de Estados Unidos, habían preguntado si podían comprar un billete de avión de ida y vuelta a Atenas con escala en París en el regreso. Les dijeron que era imposible, así que compraron un billete normal de ida y vuelta, con intención de coger el tren para cruzar en barco el canal de la Mancha. No obstante, cuando regresaron al aeropuerto de Atenas tras una estancia de dos semanas en Grecia, la aerolínea les comunicó que

sí podían cambiar su billete Atenas-Londres por un billete Atenas-París-Londres sin ningún gasto adicional. Dado que además tenían la posibilidad de cambiar de compañía, Peter eligió Air France porque no le gustaba la comida griega y pensó que la cocina de un avión francés sería la mejor. Los Rabinowitz eran plenamente conscientes del peligro de los secuestros y no se habrían montado en el vuelo 139 de haber sabido que paraba allí en una escala procedente de Tel Aviv. En ningún momento se les ocurrió preguntar.¹⁵

Claude Moufflet regresaba de un viaje de trabajo a Teherán, Irán, donde su empresa tenía negocios, y había llegado a la terminal este del Ellinikon —un edificio horrible de cemento de una sola planta, diseñado por el celebrado arquitecto finés Eero Saarinen en la década de 1960— en un taxi desde el aeropuerto original de Atenas, a las 11.30, hora local. Poco después de facturar sus maletas en el mostrador de Air France, se le acercó un joven griego que le preguntó si podría enviar una carta muy urgente desde París. Satisfecho al ver que el sobre solo contenía papel, se la guardó en el maletín.¹⁶

A continuación, Moufflet pasó por el control de seguridad y de pasaportes, la última de una serie de revisiones «sistemáticas y rigurosas». Cuando su equipaje de mano atravesó el túnel de rayos X, pudo ver claramente cómo aparecían en la pantalla su calculadora electrónica, el dictáfono, la cámara, películas y el *flash*. Alarmado por esa última imagen inusual, el policía a cargo detuvo la cinta transportadora y le ordenó a Moufflet que abriese el maletín para comprobar la autenticidad de esos objetos. Una vez satisfecho, dejó a Moufflet en manos de su colega para que lo cachease. Convencidos al fin de que el francés era un hombre de negocios inofensivo —y de que las baterías cilíndricas de 1,5 voltios que aparecían en la pantalla eran para el dictáfono y la calculadora, y no parte de un «elaborado sistema explosivo»—, le permitieron continuar.¹⁷

No obstante, cuatro de los pasajeros nuevos del vuelo 139 no fueron sometidos a ese mismo nivel de seguridad al viajar en tránsito, tras haber aterrizado a las 6.45 en el vuelo 763 de Singapore Airlines procedente de Baréin. Dos de ellos llevaban pasaportes sudamericanos: un peruano alto de pelo rubio llamado A. García, vestido con un acicalado traje de pana marrón y una camisa verde, y una joven ecuatoriana, Ortega, con una falda vaquera azul y un top, el pelo oscuro que le llegaba a los hombros y unas gafas de montura de alambre. Por su aspecto, la otra pareja era de Oriente Medio y llevaba documentación de viaje de Baréin y Kuwait: uno era alto, de pelo largo y claro y unos ojos azules con una «mirada salvaje» que a uno de sus compañeros de viaje le recordó a Mick Jagger colocado, y el otro, bajo y fornido, con pelo oscuro y un bigote poblado.¹⁸

Pese a que los cuatro viajaban con maletas grandes, ninguno pasó por escrutinio especial alguno, ya que se dio por sentado que los habían revisado en el aeropuerto de origen. No ayudó el hecho de que «no había nadie a cargo del detector de metales en

el pasillo de pasajeros, y que el policía encargado del fluoroscopio estaba prestando poca atención a la pantalla que tenía al lado».¹⁹

A las 12.15 se anunció la salida del vuelo 139 de Air France. Cargado con su maletín y una bolsa del Duty Free en la que había dos botellas de *ouzo*, una botella de *whisky* escocés y un cartón de tabaco, Claude Moufflet se dirigió lentamente hacia la puerta 2, «por la que los pasajeros iban entrando con cuentagotas para montarse en el autobús lanzadera».²⁰

Con una temperatura exterior de 32 grados Celsius y sin aire acondicionado en la lanzadera, los pasajeros estaban sudando profusamente para cuando llegaron al avión que los esperaba, a las 12.35. Moufflet había examinado a sus compañeros de viaje en el autobús, pero nadie en particular llamó su atención. Le interesaba más el tipo de avión, y vio con satisfacción que se trataba de un Airbus moderno «que, dada la temperatura, prometía un vuelo cómodo, rápido y fresco».²¹

Los dos sudamericanos tenían billetes de primera clase y ocuparon sus asientos en la parte delantera del aparato. La otra pareja en tránsito viajaba con billetes más baratos y se sentó en la primera cabina de clase turista, donde su aspecto árabe, las maletas grandes y las latas de dátiles rellenos levantaron algunas sospechas. Ilan Hartuv estaba mirando por la ventanilla cuando su madre le susurró que había visto subirse a dos jóvenes con pinta de árabes y unas maletas muy grandes, y que tenía miedo. Hartuv quiso alertar a la tripulación, pero todo el mundo se había abrochado los cinturones y el avión estaba a punto de despegar, así que decidió no hacerlo.²²

Otra persona alarmada por las nuevas incorporaciones fue Helen Weill, una judía ortodoxa de Antwerp, Bélgica, que estaba sentada junto a su esposo, Gilbert, en las primeras filas de clase turista. «¡Árabes! —le siseó a Gilbert—. A lo mejor deberíamos buscar otro vuelo.»²³ Sin embargo, el esposo tenía más empeño en recoger a tiempo a sus hijos y le dijo que dejara de preocuparse. La francesa Emma Rosenkovitch —de camino a visitar a sus padres en París junto a su esposo, Claude, y sus dos hijos, Noam y Ella— prestó poca atención a que dos de los pasajeros de Atenas fuesen árabes: Claude y ella eran activistas por la paz y tenían muchos amigos palestinos. En vez de eso, le asombró ver con qué grosería se abrían camino por el pasillo con sus maletas negras gigantes, golpeando a la gente. «¿Por qué una aerolínea deja que la gente suba con maletas tan grandes?», se preguntó.²⁴

Entretanto, Claude Moufflet, tras guardar su maletín y la bolsa del Duty Free en el compartimento de arriba, se había instalado en la fila situada detrás de los Weill.²⁵ Con el cinturón abrochado, empezó a leer un periódico. Lo mismo hizo Gilbert Weill, que al hojear el diario se fijó en un artículo sobre Idi Amin Dada, el dictador excéntrico, errático, extravagante y despiadado de Uganda que, tan solo dos días antes, había sido declarado «presidente vitalicio» por el Parlamento ugandés. Unos minutos después, cuando el avión iba a despegar, Weill oyó a un joven unas filas un poco más atrás preguntarle a uno de los árabes qué llevaba en la maleta grande: «Dátiles para ti y granadas para tus padres», le respondió el árabe.²⁶

Como para demostrar que era un comentario inofensivo, el árabe le ofreció un dáttil relleno a su vecino, un israelí nacido en Túnez de cuarenta y ocho años llamado Joseph Abougedir, que cogió el fruto y se lo comió, aunque no sin antes reparar en el lugar de origen especificado en la etiqueta en árabe de la caja: Irak.²⁷

10.10 GMT, espacio aéreo griego, sobre el golfo de Corinto

Apenas ocho minutos después del despegue, con el avión aún ascendiendo hacia su altura de crucero de 31.000 pies y los azafatos y azafatas «ya afanados en la cocina preparando el almuerzo», los dos pasajeros sudamericanos en tránsito de primera clase se pusieron en pie de un salto, cada uno con una pistola y una granada en las manos y pidieron a los pasajeros, a gritos, que permanecieran tranquilos. Mientras la mujer, Ortega, montaba guardia, García se dirigió directamente a la puerta que daba a la cabina de vuelo.²⁸ Los pasajeros cercanos gritaron alarmados.

Dentro de la cabina de mando se encontraban Bacos, su copiloto, Daniel Lom, y el ingeniero de vuelo Jacques Lemoine. Al oír gritos en la cabina de primera clase, y pensando en que se hubiese producido un incendio, Bacos le dijo a su ingeniero de vuelo que fuese a mirar. Sin embargo, Lemoine no había hecho más que abrir la puerta cuando se vio frente a un hombre que llevaba una pistola y una granada y que obligó al ingeniero a tirarse al suelo, poniéndole la pistola en la sien, mientras Bacos imploraba: «¡No lo mate, por favor!».²⁹

Convencido de que iban a ejecutar a Lemoine, a Bacos esos primeros minutos le parecieron interminables. No obstante, la crisis pasó y, tras confiscar la máscara de oxígeno y el micrófono de Bacos, García les dijo a los ocupantes de la cabina de vuelo que un comando del Frente Popular para la Liberación de Palestina había tomado el avión y que el capitán debía poner rumbo fijo a Bengasi, Libia. Si su tripulación y él cooperaban, no les pasaría nada. Para entonces, el arma del terrorista apuntaba a la cabeza de Bacos; por si acaso intentaba darse la vuelta, el piloto tenía el cañón de la pistola pegado al cuello como elemento disuasorio.³⁰

Antes de que García desapareciese en la cabina de mando, Isobel Poignon, estupefacta, lo reconoció como el doble de Steve McQueen que había visto en el autobús. Gérard y ella iban sentados en la fila 2 —justo detrás de los asientos que habían ocupado los secuestradores—, los dos con una copa de champán en una mano y un cigarro en la otra. Se miraron espantados mientras Ortega, pistola en mano, seguía chillando.

—¿Qué demonios pasa? —le susurró Isobel a su esposo.

—Se ha vuelto loca —respondió él.

Ortega replicó colocándole a Isobel la boca de la pistola en el pecho y gritándole: «¡Levanta! ¡Levanta!».

Isobel se puso en pie, todavía con el champán y el cigarro en las manos. La cabeza le daba vueltas entre la «incomprensión, la confusión y el *shock*». Era como una pesadilla, y no dejaba de acordarse de cuando las cosas eran «normales». El trance de Isobel se vio interrumpido por los gritos de Ortega diciéndole a la gente que se trasladase atrás, a clase turista.

—¿Qué hago con esto? —le preguntó Isobel a Gérard, con el cigarro en alto.

—Apágalo.

Tras ocuparse del cigarro, Isobel se disponía a seguir los pasos de Gérard cuando Ortega le agarró el bolso y lo vació en un asiento. Al encontrar un par de tijeras para las uñas, la secuestradora la reprendió: «¡Armas! ¡Muy mal!».

Por su parte, en clase turista, los dos árabes habían saltado de sus asientos para unirse al secuestro. Moshe Peretz, un estudiante de medicina israelí de veintiséis años, anotó en un diario improvisado que uno era «un joven de pelo largo con una camisa roja, pantalones grises y un jersey beis» y el otro tenía «un bigote poblado, lleva pantalones largos y una camisa amarilla». Fueron «corriendo hacia el compartimento de primera clase». Poco después, «las azafatas, asustadas e histéricas», salieron de allí y, con «brazos temblorosos», trataron de calmar a los pasajeros agitados.³¹

En el pasillo situado a la izquierda de Claude Moufflet apareció una azafata «lívida, aturdida» que no paraba de decir: «Mantengan la calma. Siéntense. Mantengan la calma». Moufflet repitió las instrucciones «sin saber por qué, en inglés y en francés» a los pasajeros que tenía a la derecha, hasta que divisó el cañón de un arma «apoyado en el respaldo del primer asiento de clase [turista], a unos veinte centímetros» de su cara. El hombre que sostenía el arma era «de unos veinticinco años, de altura media, fornido, de aspecto mediterráneo, con la tez morena y un bigote muy negro». En la mano izquierda llevaba una «granada de fragmentación» que claramente tenía el seguro quitado, porque Moufflet pudo ver la argolla «metida como un anillo» en el dedo corazón del secuestrador.³²

Entonces, a su izquierda, Moufflet vio al segundo árabe —«pequeño, muy delgado, con la cara pálida y angulosa, ojos azules y pelo largo liso»— que hacía avanzar a dos azafatos a punta de pistola. Su camarada y él no dejaban de gritar en inglés y con mal acento: «¡Quietos! ¡Las manos en la cabeza! ¡Quietos! ¡Silencio! ¡Quietos!».³³

Al fondo, en la cabina trasera de clase turista, los pasajeros creían que se había producido un incendio. Michel Cojot oyó un grito «y vio a un hombre, inclinado, corriendo hacia el morro del avión». Rápidamente se extendió el rumor de que la aeronave estaba ardiendo, pese a que no había indicios de humo ni de llamas.³⁴ Olivier, el hijo de Cojot, estaba más emocionado que asustado, y «ya pensaba que aquella iba a ser una gran historia para contar en la escuela». Mientras miraba atrás

una y otra vez, esperando a medias ver humo, oyó a su padre decir una palabrota, «cosa que nunca hacía, y fue una palabrota de las gordas, así que supe que había pasado algo malo».³⁵

Se volvió y vio entonces un flujo constante de pasajeros, azafatos y azafatas que llegaban desde la parte delantera del avión con los brazos en alto. Algunos gritaban, aunque la mayoría iban mudos por la impresión.³⁶ Se trataba de los ocupantes de primera clase y de las primeras quince filas de la cabina delantera de clase turista — entre ellos, Claude Moufflet, Moshe Peretz y los Weill—, a quienes habían desplazado para crear un cordón sanitario entre la cabina de mando y los pasajeros, por si alguien trataba de intervenir. Dirigiendo a la multitud había tres secuestradores: dos árabes y una joven occidental que no dejaba de gritar en un inglés de acento marcado: «¡Sentatos en el suelo! ¡Sentatos en el suelo!».³⁷

A Moufflet le pareció que la mujer tenía «unos veinticinco años, con el pelo negro oscuro y liso que le llegaba al cuello, flequillo, ojos oscuros y una cara muy pálida que me recordó a un guardia de prisiones. Llevaba unas gafitas redondas con montura de acero e iba vestida con un atuendo en color azul marino y verdoso, unos zapatos negros con cuñas y tenía en la mano derecha una pistola automática y en la izquierda una granada. Desde donde yo estaba no podía ver si la granada tenía el seguro quitado o no».³⁸

Poco después de la aparición de la secuestradora, que al hablar parecía alemana, «un hombre bajo con barba, de un metro sesenta más o menos, que hablaba francés con un marcado acento yidis, trató de resistirse». Julie Aouzerate, una abuela judía de sesenta y dos años, francesa nacida en Argelia, observó con horror cómo los secuestradores «lo tiraban al suelo y le pegaban con fuerza; la alemana le propinó la mayoría de los golpes». Mientras todo el mundo se quedaba helado, el sobrecargo Daniel Courtial intentó calmar la situación diciendo: «No hay nada de qué preocuparse. No se asusten».³⁹

Sin embargo, incluso él temblaba como una hoja.⁴⁰

El intercomunicador cobró vida. Una voz masculina con acento alemán dijo: «Este avión ha sido secuestrado y ahora está bajo control del Comando Basil al-Qubaisi del Grupo Che Guevara de Gaza del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP).* El avión ha pasado a llamarse *Haifa* y solo responderá a ese nombre. Yo soy su nuevo capitán. Siempre que obedezcan nuestras órdenes y hagan exactamente lo que les pedimos, saldrán ilesos».⁴¹

Momentos después, la voz temblorosa de una azafata repitió el mensaje en francés. Muchos de los 246 pasajeros —en gran parte judíos— tenían claro ya que sus mayores miedos se habían hecho realidad: el avión había sido secuestrado por el FPLP, una guerrilla palestina entregada a la causa de la destrucción del Estado israelí. La amenaza para los israelíes a bordo resultaba obvia, y al oír mencionar al temido FPLP, muchos de ellos empezaron a «desprenderse de sus collares con la estrella de David y a tirarlos al suelo».⁴²

Todos los israelíes conocían y temían al Frente Popular para la Liberación de Palestina. Creado a raíz de la guerra de los Seis Días de 1967 por el doctor George Habash, un cristiano palestino, era la segunda facción más grande de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) después de Fatah, de Yasser Arafat. Aun así, rápidamente se convirtió en la más conocida, después de ser pionera en el uso del secuestro de aviones para contraatacar a Israel. El cerebro de dicha estrategia fue el doctor Wadie Haddad, otro cristiano palestino procedente de Safed, en el norte de Israel, y lugarteniente de Habash, de cuarenta y nueve años, que se dio cuenta de que mediante la táctica inicial de asaltos transfronterizos desde las bases de la OLP en Jordania «nunca se lograría la liberación de Palestina». En 1967, Haddad le dijo al líder del FPLP que resultaba imposible combatir a los israelíes «avión por avión, tanque por tanque, soldado por soldado». En vez de eso, tenían que concentrarse en los «puntos débiles» de los israelíes usando «operaciones espectaculares y únicas» que ayudarían a centrar la atención del mundo en Palestina. De ese modo, la gente se preguntaría: «¿Qué es lo que pasa en Palestina? ¿Quiénes son los palestinos esos? ¿Por qué están haciendo estas cosas?». Al final, el mundo se «hartaría» y decidiría que tenía que hacer algo con Palestina. Se vería obligado a hacer «justicia» con los palestinos.⁴³

A Bassam Abu-Sharif, el rostro público del FPLP y miembro de su comité central, le pareció excitante el discurso de Haddad. Una vez acabado, «tuvo ganas de ponerse en pie y aplaudir» y se dio cuenta de que a otros les pasaba lo mismo. Fue como si el mundo hubiese inclinado su eje a favor de los palestinos. Al fin, pensó Bassam, había «un nuevo camino por delante, una oportunidad de apartar el pie israelí que pisaba el cuello de los árabes». Después, «atacarían a Israel», «tomarían y mantendrían la iniciativa». Desde aquel momento, a Haddad se lo conoció como «el Maestro».⁴⁴

Tras conseguir el debido respaldo de Habash y del comité central para su estrategia, Haddad se puso a trabajar y formó guerrillas escogidas para secuestrar aviones en pleno vuelo. La mayoría de los primeros voluntarios salieron del propio seno del FPLP. Había ojeadores en los campamentos que seleccionaban a los mejores reclutas y los remitían a una mayor formación, y «de ese segundo grupo, mucho menor, Haddad elegía de nuevo a los mejores, en quienes buscaba inteligencia, persistencia, una personalidad fuerte, ingenio y fortaleza física». La formación final, según Bassam Abu-Sharif, «iba mucho más allá de cosas como dominar a la perfección armas y explosivos». Los entrenaban para saber pilotar «incluso las aeronaves más grandes y [más] modernas», de manera que supieran exactamente lo que hacían los pilotos y «nadie los pudiese engañar». Si había que matar a un piloto, ellos asumirían el control. Practicaban además el intercambio de disparos en espacios reducidos y aprendían no solo a superar los controles de seguridad de los aeropuertos, sino también a conocer las leyes locales que se les aplicarían si los capturaban.⁴⁵

El primer secuestro que Haddad planeó —la toma de un avión israelí de El Al en ruta desde París a Tel Aviv en julio de 1968— fue un éxito espectacular. Obligados a aterrizar en Argel, el avión y sus veintidós ocupantes israelíes, entre pasajeros y tripulación, permanecieron cautivos cuarenta días hasta que Israel por fin aceptó las condiciones de los terroristas: la liberación de dieciséis terroristas árabes presos a cambio de los rehenes israelíes (los no israelíes habían regresado a Francia al inicio de aquella terrible experiencia).

Otros grupos terroristas palestinos, como Septiembre Negro, empezaron a copiar la estrategia de secuestros del FPLP. Por lo general, tenían como objetivo aerolíneas israelíes y occidentales, como El Al, BOAC, Lufthansa, TWA, Pan Am y Swissair, y a mucha gente en aquel entonces le parecía que las fuerzas de seguridad de Occidente eran incapaces de detener los secuestros. El único consuelo para los ciudadanos israelíes era que, gracias a la estricta seguridad del Ben-Gurion, ningún vuelo directo desde Israel había sufrido un secuestro. Por supuesto, eso no impedía que los terroristas se subiesen a un avión durante una escala en ruta que aterrizase o despegase de un aeropuerto no israelí: precisamente esa táctica se había utilizado para el secuestro del Sabena en 1972, cuando cuatro guerrilleros de Septiembre Negro se subieron al vuelo París-Tel Aviv tras una parada en Roma.

La operación prematura más ambiciosa del FPLP fue el secuestro coordinado de tres aviones con destino a Nueva York en septiembre de 1970. El plan consistía en obligar a los tres a aterrizar en la pista de Dawson's Field, una antigua base aérea británica en desuso situada en Jordania, donde permanecerían los rehenes hasta que se cumpliesen las exigencias del FPLP. No obstante, solo dos de los tres secuestros salieron adelante con éxito: el del Boeing 707 de TWA y el de un Douglas DC-8 de Swissair, procedentes de Frankfurt y de Zúrich, respectivamente. El tercero quedó frustrado después de que dos de los cuatro secuestradores fueran expulsados de un Boeing 707 de El Al en Ámsterdam, y a la pareja restante —la palestina Leila Khaled y su cómplice nicaragüense Patrick Argüello— la dominaran durante el vuelo.* Pese a ello, los dos terroristas que habían visto truncado su plan secuestraron de forma oportunista un Boeing 747 de Pan Am, aunque ese avión lo hicieron estallar una vez aterrizado en El Cairo porque Haddad temía que pesara demasiado para la pista de arena compactada de Dawson's Field. Al final, un tercer avión —un Vickers VC-10 de BOAC procedente de Baréin— se unió a los otros en Jordania tras haber sido secuestrado por un simpatizante del FPLP ansioso por garantizar la liberación de Khaled.

El FPLP podría haber visto satisfechas todas sus exigencias si sus acciones no hubiesen ofendido a los anfitriones jordanos. El 16 de septiembre, cuatro días después de que el FPLP volase también los tres aviones de Dawson's Field, el rey Hussein de Jordania se volvió contra sus antiguos aliados palestinos. Lo obligó a ello Estados Unidos, que «le dejó muy claro que, si no se deshacía él de los “terroristas” palestinos que actuaban desde su país, entrarían a ocuparse ellos mismos». Ante

dicho ultimátum, Hussein ordenó que sus tanques y su leal infantería beduina irrumpiese en los campamentos y bases de entrenamiento de palestinos. Cientos de personas murieron en la batalla: todos árabes. Bassam Abu-Sharif escribió más adelante: «Nuestros propios hermanos árabes se habían levantado en armas contra nosotros: una catástrofe para la causa palestina. Lo llamamos “Septiembre Negro”».46

Como única y mínima consolación para el FPLP, a Leila Khaled y a tres terroristas palestinos encerrados en una cárcel suiza los intercambiaron por el resto de los rehenes israelíes. Sin embargo, la pérdida de Jordania como base para las actividades terroristas contra Israel fue un desastre para los líderes de la OLP, que culparon al FPLP y ordenaron a Haddad que dejase de atacar objetivos fuera de Israel. Haddad se negó y Habash acabó por expulsarlo del FPLP en 1973. Aun así, continuó actuando bajo la bandera del Frente Popular para la Liberación de Palestina-Maniobras Externas (FPLP-ME); fue este grupo apartado, con sede en Bagdad, el que estuvo detrás del secuestro del vuelo 139 de Air France.

Con la primera fase del secuestro concluida, los terroristas —que se referían a sí mismos como Número 1 (García), 10 (Ortega), 39 (camisa roja) y 54 (camisa amarilla)—47 decidieron separar a las personas potencialmente peligrosas del resto, trasladando a las madres con los bebés y todos los niños a la zona neutral de primera clase, en la parte delantera del avión. Eso supuso que algunos niños, como Olivier Cojot y un joven holandés más o menos de su edad, quedasen apartados de sus padres.

La mirada de angustia en el rostro del joven Olivier mientras se lo llevaban fue un momento desgarrador para Michel Cojot. Su hijo se había «convertido de nuevo en un niño pequeño, en mi niño pequeño», y lamentaba haberlo arrastrado a «una aventura que podía costarle la vida». Por otro lado, se alegraba de no estar solo, como sí lo había estado su padre Joseph Goldberg, un judío nacido en Polonia, al enfrentarse a una situación igual de mortal.48

Cuatro años después de luchar por Francia en la funesta campaña de 1940 contra los alemanes, Goldberg había querido llevarse a Michel, de cinco años entonces, a un viaje a Lyon un día frío de invierno para donar su pasaporte francojudío —había adquirido un pasaporte falsificado no judío— a un judío extranjero. Sin embargo, la madre de Michel se había negado a dejarlo ir porque le estaban arreglando las botas y eso le había salvado la vida. Al llegar a Lyon, a Goldberg lo arrestaron con los dos pasaportes en una redada organizada por Klaus Barbie, el jefe de la Gestapo, y al final lo mandaron a morir en Auschwitz. Michel y su madre sobrevivieron a la ocupación alemana ocultando su condición de judíos y utilizando el apellido Collenot (cortesía de un vecino no judío así llamado, que arriesgó su vida para darles una identidad nueva y a quien luego honraron como uno de los Justos entre las Naciones en el Monte del Recuerdo de Jerusalén). Dicho apellido se convirtió a su vez en Cojot

cuando la madre de Michel volvió a casarse después de la guerra. En cualquier caso, desde entonces Michel cargó con la culpa de no haber acompañado a su padre aquel día. Y por eso en aquellos momentos agradecía que, pasara lo que pasara, su hijo y él se enfrentasen juntos al peligro del secuestro.⁴⁹

No todos los pasajeros eran tan optimistas. Una madre israelí escondió a su hijo bajo la falda sin hacer caso de las amenazas de los secuestradores de castigar «con severidad» a cualquiera que no enviase o acompañase a sus hijos a primera clase. Allí permaneció el niño —«agachado sin hacer ruido»— durante más de una hora, y solo salió cuando estuvo «claro que a los niños no les iban a hacer nada».⁵⁰

A otros pasajeros les costaba afrontar la amenaza sempiterna del daño o de la muerte. Tony Russell y su amigo George Good estaban solo dos filas más atrás de la muchacha alemana, que fumaba sin parar con la mano derecha mientras sostenía en la izquierda una pistola «apuntada la mayor parte del tiempo directamente a ellos».⁵¹

Sentada en el pasillo situado a la derecha de Claude Moufflet había una mujer israelí bien vestida y muy maquillada, con «pinta de cargo oficial», de cincuenta y tantos años, que se encontraba al borde de un ataque de nervios. Se encendía un cigarro tras otro «de un modo febril, con manos temblorosas», con el rostro «consumido en tics mientras sollozaba súplicas a todo el mundo en general y a nadie en particular».⁵²

Cuando Moufflet trató de consolarla, la mujer le puso una mano en la cabeza en gesto protector a una chica de pelo castaño y de unos diecisiete años que la acompañaba. La muchacha, sobrina de la mujer, estaba mucho más calmada y hablaba mejor inglés. Aquel fue el primer signo de una marcada diferencia en cuanto a actitud entre los diversos grupos de edad —los jóvenes afrontaban la situación mejor que sus mayores— que sorprendió a Moufflet.

—¿Adónde cree usted que vamos? —le preguntó la muchacha a Moufflet.

—No lo sé, quizá a Libia. Gadafi es muy propalestino.

Una joven de pelo oscuro, sentada a la izquierda de Moufflet, los interrumpió.

—Por favor, dígame a mi esposo que se calme —le rogó a Moufflet en un francés casi impoluto, mientras señalaba a un hombre de piel oscura y unos treinta y cinco años, con una camisa estridente de rayas verticales marrones y amarillas—. Quiere echárseles encima y va a conseguir que lo maten.

Moufflet le preguntó al hombre qué pretendía hacer.

—No lo sé —respondió él, mirando rápidamente adelante y atrás—. Pero somos muchos y ellos solo unos pocos. Si nos abalanzamos sobre ellos deberíamos poder desarmarlos.

El vecino del hombre, un adolescente corpulento con el pelo rizado, expresó su acuerdo:

—Es verdad. Solo tenemos que echarnos encima. No hay ningún motivo para no hacerlo.

Moufflet los devolvió a la realidad.

—Escúchenme —les dijo en tono calmado—, párense a pensarlo. Aunque pudiéramos hacerlo, al primero que se pusiera en pie le dispararían e incluso lo matarían. ¿Y entonces qué? ¿Y qué pasa con las granadas?

—Todavía tienen el seguro puesto —replicó el marido, y señaló a su vecino—. Me lo ha dicho él.

Moufflet agitó la cabeza en gesto de exasperación.

—Fíjese en la anilla metálica que tiene ese alrededor del dedo. Es la anilla del seguro de la granada. Si esa granada se cae, no habrá manera de evitar que explote.

El marido no estaba convencido e insistía en que había tiempo de volver a ponerle el seguro a la granada, y en que el resto de los pasajeros ayudarían con los demás terroristas. Preocupado de verdad porque la temeridad del marido los terminase matando a todos, Moufflet jugó su última carta.

—¿Tienen ustedes hijos? —le preguntó a la esposa.

—Sí, tres.

—¿Están en el avión?

—No, están con mis padres.

Se dirigió entonces al marido.

—¿Quiere volver a ver a sus hijos? Si es que sí, mantenga la calma y vamos a ver qué pasa.

Antes de que el hombre tuviese tiempo de responder, la voz del terrorista líder sonó por el intercomunicador: «Aquí su nuevo capitán al habla. Vamos a cachearles a todos porque queremos asegurarnos de que no van armados. Si alguien tiene un arma, que la tire de inmediato al pasillo. Si alguien lleva algo que pueda usarse como arma, que lo tire también. No traten de engañarnos o se arrepentirán. Vamos a registrarlos, y si alguien tiene algo escondido que no haya sacado, la cosa se le va a complicar».⁵³

Después de que un azafato repitiese el mensaje en francés, los dos jóvenes secuestradores árabes empezaron a registrar a los pasajeros y a recoger las «armas». Moufflet entregó la escobilla de su pipa, pero el joven Olivier Cojot fue más reacio a deshacerse de su «querida» navaja suiza que siempre llevaba enganchada en los pantalones.⁵⁴ Al final, la añadió a «la pequeña pila de navajas de bolsillo, limas de uñas, agujas de coser y otros instrumentos de muerte que habían escapado a la vigilancia israelí».⁵⁵

Uno a uno, fueron llamando a los pasajeros para cachearlos «en todas las partes íntimas del cuerpo».⁵⁶ Sin embargo, cuanto más avanzaba el registro, más superficial se iba haciendo. Sara Davidson temía que le llegase el momento, y no en menor medida porque se había sometido a lo que llamaba con falsa modestia «cirugía especial» y no quería que los secuestradores lo supieran.⁵⁷ Para su gran alivio, la pasaron por alto.

10.30 GMT, Jerusalén, Israel

El primer ministro israelí, Isaac Rabin,* presidía la reunión semanal de mediodía del gabinete gubernamental en su complejo de oficinas situado en el número 3 de la calle Kaplan, en el distrito oficial de Givat Ram, al oeste de Jerusalén, cuando su asesor militar, el general de brigada Ephraim Poran, apodado Freuka, entró en la sala y le pasó una nota: «Un avión de Air France, el vuelo 139 de Tel Aviv a París, ha sido secuestrado tras despegar de una escala en Atenas».58

Rabin, un hombre menudo y elegante, con entradas y el pelo canoso en las sienes, había sido cabeza de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) y embajador en Estados Unidos. Era una persona de mente aguda y analítica, con unas amplias reservas de valor físico y moral. Sin embargo, no siempre reaccionaba bien ante las crisis —como había demostrado su colapso nervioso temporal al inicio de la guerra de los Seis Días en 1967— y la noticia lo dejó estupefacto. Se quedó mirando los documentos que tenía delante, tratando de decidir qué hacer. Al final, le dio la vuelta a la nota de Poran y escribió: «Freuka, entérese de: 1) cuántos israelíes hay a bordo; 2) cuántos secuestradores hay a bordo; 3) adónde se dirige el avión».59

Cuando Poran salió de la sala, Rabin «golpeó con su martillo para hacer callar a un ministro que se estaba encendiendo ante el precio del pan y comunicó a su gabinete la impactante noticia». A continuación anunció que, tras posponer el gabinete, se reuniría un equipo especial de ministros relevantes —él mismo; Yigal Allon, ministro de Asuntos Exteriores y vice primer ministro; Simón Peres, ministro de Defensa; Gad Yaacobi, ministro de Transportes; Chaim Zadok, ministro de Justicia; y Yisrael Galili, ministro sin cartera— en la sala de conferencias de abajo para estudiar la respuesta del Gobierno.60

De camino a la reunión, Rabin le dijo a Yaacobi que advirtiese al aeropuerto Ben-Gurion de que «los secuestradores podrían querer hacer otro Sabena».61 Se refería al secuestro de un Boeing 707 operado por la aerolínea nacional belga Sabena en ruta entre Roma y Tel Aviv secuestrado en 1972 por unos terroristas de Septiembre Negro.* Tras aterrizar en el aeropuerto Ben-Gurion (conocido entonces como Lod), los secuestradores amenazaron con volar el avión si no salían liberados más de trescientos terroristas palestinos de las cárceles israelíes. Sin embargo, mientras avanzaban las negociaciones, comandos de la Sayeret Matkal, la unidad de élite antiterrorista de las FDI (conocida simplemente como «la Unidad»), asaltaron el avión vestidos de mecánicos, mataron a los dos secuestradores hombres y capturaron a las dos mujeres. Pese a que en el fuego cruzado un rehén resultó herido de muerte, la operación se consideró un éxito. Rabin quería que el aeropuerto estuviese preparado para repetir la misma actuación si el avión recién secuestrado regresaba al Ben-Gurion.

10.55 GMT, Tel Aviv, Israel

En las entrañas de la Kirya —el complejo de edificios gubernamentales situado en el centro de Tel Aviv que desde 1948 había albergado el Ministerio de Defensa— había un laberinto de cemento compuesto por túneles a prueba de bombas y oficinas de bloques de hormigón conocido como el Hoyo. Activo día y noche, «el complejo sin ventanas e iluminado por luces fluorescentes» era el centro neurálgico de las Fuerzas de Defensa de Israel.

Reunido en una de las oficinas pequeñas del Hoyo junto a otros colegas de las unidades de operaciones e inteligencia y de la Fuerza Aérea estaba el comandante Moshe Betser, conocido como Muki, comandante reservista de la Unidad de treinta años y uno de los soldados de combate con más experiencia de Israel. Justo antes de las 13.00, hora local, el debate de ese grupo sobre una posible misión de las fuerzas especiales no relacionada con el secuestro se vio interrumpido por un golpe en la puerta. «Tenemos un secuestro. Un avión de Air France procedente de Grecia. Despegó de Tel Aviv esta mañana temprano», explicó un comandante de las FDI.

Dado que el comandante de la Unidad, Yoni Netanyahu, y su subcomandante, Yiftach Reicher, se encontraban fuera, en unas maniobras en el Sinaí, Betser era el oficial al cargo en caso de una emergencia. Se acercó al teléfono y llamó a la base de la Unidad. Cogió la llamada el oficial de operaciones.

—Acaban de llamar de operaciones —dijo el oficial, adelantándose a la noticia.

—Bien. Lleve al equipo al aeropuerto a toda marcha. Nos vemos allí.⁶²

El Ejército de Israel tiene muchas unidades de reconocimiento —o *sayerets*— para operaciones especiales: la Sayeret Golani, centinelas para la excelente Brigada de Infantería Golani del mando del norte; la Sayeret Shaked, centinelas para el mando del sur, y la Sayeret Tzanchanim, para los paracaidistas. No obstante, la mejor entre las mejores es la Sayeret Matkal —o Unidad de Reconocimiento del Estado Mayor—, creación del legendario combatiente judío Avraham Arnan, quien a finales de la década de 1950 pidió al jefe del Estado Mayor que estableciese una unidad para llevar a cabo misiones de alto secreto tras las líneas enemigas. Apoyado por David Ben-Gurion e Isaac Rabin, Arnan obtuvo vía libre, y en 1958 la nueva unidad inició sus operaciones independientes bajo la autoridad directa del Estado Mayor de las FDI.

Siguiendo el modelo del Servicio Aéreo Especial (Special Air Service o SAS) del Ejército británico —y con el mismo lema de «Quien arriesga gana»—, la Unidad recibía, y recibe, a sus reclutas de entre la crema de la juventud israelí, y al principio se especializó en la recopilación de información estratégica. Sin embargo, hacia finales de la década de 1960, con el surgimiento del FPLP y de otros grupos terroristas palestinos, la Unidad empezó a desarrollar las técnicas líderes en el mundo para el rescate de rehenes y el contraterrorismo. Pronto se recurrió a ella para encargarse de las tareas dentro y fuera de Israel que exigían cerebro además de

músculo, incluidos asesinatos, secuestros y demoliciones. No obstante, su trabajo era tan secreto que pocos fuera del Estado Mayor supieron siquiera su nombre hasta finales de la década de 1980.

Fue poco después de la operación antiterrorista más sobresaliente de la Unidad —el asalto al vuelo 571 de Sabena en el Aeropuerto de Lod en 1972, conocido como la Operación Isótopo— cuando Muki Betser se unió a sus filas. Nieto de inmigrantes rusos, Betser se había criado en el primer *moshav* de Israel,* en el valle de Jezreel, cerca de Galilea, donde de joven le enseñaron a disparar a causa de la amenaza constante de la incursión árabe desde la vecina Siria. A los dieciséis años medía un metro noventa, era un buen atleta y un experto explorador que usaba solo un mapa y las estrellas. Aun así, no tenía interés en convertirse en soldado profesional y daba por sentado que el servicio militar obligatorio de treinta meses, que debían prestar todos los israelíes de diecinueve años independientemente de su sexo, sería una experiencia «irritante».⁶³

Se equivocaba. En un estado físico supremo, pasó como si nada por la formación básica y el brutal curso de paracaidismo —con un índice de abandono de más del 50 por ciento— hasta obtener acceso a la Sayeret Tzanchanim, conocida por entonces como «la punta de lanza de las FDI». Fue durante su época de centinela paracaidista cuando usó por primera vez un rifle de asalto Kaláshnikov de fabricación rusa que les habían confiscado a las tropas árabes en la guerra de los Seis Días. Pronto descubrió que se trataba del «arma de asalto multifuncional» mejor y más fiable, y esa se convertiría en su compañera permanente durante los siguientes dieciocho años de servicio activo y en la reserva.

Betser no admiraba la autoridad por ser mera autoridad, sino que apreciaba el carácter democrático del servicio en una *sayeret*, donde incluso a los reclutas nuevos se les incitaba «a compartir sus ideas sobre modos de mejorar el rendimiento de la unidad, aunque eso significara desafiar al oficial al mando». Todos los oficiales debían ganarse el respeto de sus hombres ejerciendo un liderazgo a través del ejemplo y «combinando la distancia con la amistad, cierta indiferencia con la intimidad». La mayoría de los soldados de base, como Betser, procedían de granjas kibutz o *moshav* de Israel, en las que «los valores de ocupación de la tierra» eran «inseparables de los valores de su defensa». Los muchachos de ciudad funcionaban bien como buenos combatientes, pero tenían menos paciencia y más aversión al trabajo duro.

Como líder natural que era, a Betser lo convencieron de que se formase para oficial y permaneciese seis meses más cuando su periodo de servicio militar obligatorio concluyó a finales de 1966. Su primer destino fue la Sayeret Shaked, comandada por el beduino Amos Yarkoni (Abed al-Majid fue su nombre de nacimiento) y dedicada principalmente a seguir el rastro de espías egipcios y fedayines palestinos en el desierto del Néguev. Por esa época, Betser se casó con el amor de su infancia, Nurit, sobrina de Moshe Dayan, antiguo jefe del Estado Mayor de las FDI, que perdió un ojo luchando junto a los aliados contra la Francia de Vichy

en 1941 y que pronto sería nombrado ministro de Defensa. La intención de Betser era terminar esos últimos seis meses y regresar al valle de Jezreel para ser agricultor. Sin embargo, en su plan se interpuso la guerra de los Seis Días —un ataque decisivo y preventivo a manos de Israel contra sus enemigos árabes motivado por el provocador bloqueo del mar Rojo por parte de Egipto y la congregación de tropas en el desierto del Sinaí—, en la que Betser desempeñó el papel de líder de las primeras tropas israelíes que se adentraron en territorio egipcio.⁶⁴

Al terminar la guerra e iniciarse un nuevo conflicto de desgaste contra terroristas egipcios y palestinos, Betser volvió a ampliar su servicio militar y regresó con los centinelas paracaidistas como subcomandante. No obstante, sufrió una herida grave en la mandíbula durante el intento defectuoso y costoso de las FDI de destruir un campamento de la OLP en Karameh, Jordania, en 1968, y pasó los siguientes seis meses en recuperación.

Después de eso, se sucedieron trabajos civiles y militares —entre ellos, dieciocho meses sin incidentes como agente aéreo de El Al, y un año como oficial del Estado Mayor en la Sayeret Egoz (la nueva unidad de centinelas del mando norte)— hasta que en enero de 1971 llegó la noticia desde Uganda —un país del este de África con estrechas relaciones comerciales y militares con Israel— de que el presidente Milton Obote había sido destituido en un golpe de Estado liderado por su antiguo jefe del Estado Mayor, el general Idi Amin. Graduado en el curso de paracaidistas de las FDI y en buenos términos con Golda Meir y Moshe Dayan —primera ministra y ministro de Defensa de Israel, respectivamente—, a Amin se lo consideraba amigo de Israel. ¿Estaría dispuesto Betser a acudir a la ciudad ugandesa de Jinja para formar un batallón de paracaidistas basado en los principios israelíes?, preguntó Baruch Bar-Lev, conocido también como Burka, coronel de las FDI que dirigía la misión militar de Israel en Uganda. La respuesta fue sí, y Betser, su esposa y su hijo pequeño se marcharon a Uganda poco después.

Betser disfrutó del tiempo que pasó en Jinja, una ciudad situada unos ochenta kilómetros al norte de la capital, Kampala, a las orillas del Nilo Blanco: entre las ventajas del trabajo había una casa con criados y un Peugeot 404 flamante; se encontró además con que los ugandeses estaban ansiosos por aprender, aunque la distancia que mantenían los oficiales con sus soldados y la aversión de estos al trabajo duro le resultaron difíciles de aceptar. No obstante, la formación se fue desarrollando con bastante fluidez hasta que en marzo de 1972, Bar-Lev le comunicó a Betser que todas las organizaciones y empresas israelíes no militares tenían veinticuatro horas para abandonar el país. En un segundo ultimátum, dos días después, se ordenaba a Betser y al resto del personal militar que siguiesen el mismo camino. Frustrado por la negativa de Israel a darle los cazas Phantom más recientes, el caprichoso Amin se había dirigido a la Libia de Gadafi y a la Unión Soviética en busca de apoyo militar: el precio que pedían a cambio de cazas MiG y de otros equipos era la expulsión de Israel. Cuando Betser despegó del aeropuerto

internacional del país, situado en Entebbe, cerca de Kampala, «se lamentó por el precioso país» que echaría de menos, por su pueblo «que merecía algo mejor que Amin» y, en último lugar, por su propio país, Israel, «humillado por un dictador de pacotilla». No esperaba regresar.⁶⁵

De vuelta en Israel, le ofrecieron un puesto en un batallón de paracaidistas que aceptó. No obstante, cuando el teniente coronel Ehud Barak, comandante de la Unidad, se enteró de que Betser estaba disponible, le hizo una contraoferta: si solo pretendía quedarse uno o dos años, le dijo Barak —un *kibutznik* bajo y fornido que exudaba energía y confianza—, se lo «pasaría de lujo» y luego podría pasar a la reserva; pero si quería seguir una carrera militar, estar un tiempo en la Unidad le aportaría «ideas» y «algo con lo que abrirse camino a otros trabajos».⁶⁶

La oportunidad de servir bajo el mando del hombre que había liderado la operación del Sabena era demasiado buena para rechazarla. Betser tampoco lamentaría su decisión cuando, durante los siguientes cuatro años, estuvo metido de lleno en todas las grandes operaciones de la Unidad: el secuestro en 1972 de unos oficiales de alto rango de la inteligencia siria en el Líbano (intercambiados luego por prisioneros de guerra israelíes); el asesinato en 1973 en Beirut de grandes líderes de la OLP implicados en la masacre de Múnich (la Operación Primavera de Juventud, una misión en la que Barak participó vestido de mujer); y la recuperación del monte Hermón de manos de comandos sirios durante la guerra de Yom Kipur en 1973.

Sin embargo, hubo una misión que no recordaría con ningún orgullo: Ma'alot. Empezó a finales de mayo de 1974, cuando tres terroristas palestinos cruzaron desde el Líbano al norte de Israel y mataron a dos mujeres árabes israelíes que iban en una furgoneta, antes de dirigirse a la ciudad de Ma'alot, donde dispararon a otras cuatro personas: un empleado de la ciudad, una pareja y su hijo de tres años. A continuación, siguieron hacia la escuela local y tomaron como rehenes a más de cien alumnos de secundaria y a sus profesores.

Durante la mayoría del día siguiente, Betser y sus colegas esperaron a que el Gobierno israelí tomase una decisión: o bien aceptar las exigencias de los terroristas —las vidas de los estudiantes a cambio de la liberación de veintitrés militantes palestinos de las cárceles israelíes— o dejar vía libre a la Unidad. Cuando por fin dieron luz verde, a las 17.00, ya estaba atardeciendo. En cualquier caso, el asalto se llevó a cabo y fue un desastre. «Sin ninguna doctrina formal en cuanto al número de puntos de ruptura, la potencia de fuego óptima, el uso de granadas, las armas de pequeño o gran calibre, improvisamos», comentó Betser. Eso significó que montaron una red de francotiradores en torno a la escuela con la esperanza de que los tres terroristas apareciesen en sus puntos de mira al mismo tiempo. Sus disparos coordinados eran la señal para el asalto. Aun así, solo lograron herir a dos terroristas, no matarlos, y antes de que Betser y el resto de asaltantes pudieran irrumpir, los palestinos habían dirigido sus Kaláshnikovs y granadas contra los estudiantes. En la

primera aula, Betser encontró una escena salida de su «peor pesadilla»: docenas de personas «tiradas por el suelo, apiladas unas sobre otras al caer, heridas o muertas». Solo un puñado de estudiantes estaban ilesos.

Betser sabía que sus colegas y él habían cometido errores y prometió aprender de ellos. «A nuestra doctrina nueva para situaciones con rehenes se incorporaron una serie de lecciones útiles para incidentes futuros», escribió. No obstante, en su opinión, el gran fallo fueron las dudas del Gobierno: «Su política era decir no a negociar con terroristas, pero sus dudas a la hora de cumplirla terminaron siendo costosas».

A raíz de Ma'alot, la Unidad se replanteó sus tácticas y su formación. Los nuevos reclutas «aprendían a irrumpir en una sala atestada de rehenes, a identificar a los terroristas y [practicar] disparos selectivos para matar a los terroristas y a esquivar a los rehenes». Liberaban al asalto «casas, bloques de apartamentos, barcos, trenes, aviones, autobuses... cualquier objetivo que los terroristas pudiesen tomar». Diseñaron una doctrina distinta para cada tipo de estructura «en lo referente a la entrada, a la potencia de fuego, al número apropiado de equipos». Estaban decididos a no vivir nunca más otro Ma'alot.⁶⁷

Mientras viraba entre el tráfico y encendía de cuando en cuando la luz roja en su camino al aeropuerto, Muki Betser iba pensando en cuál sería la mejor táctica para aplicarla con el avión secuestrado de Air France si este regresaba a Israel. Desde el rescate del Sabena en 1972, la Unidad había diseñado una serie de doctrinas y métodos distintos para un avión aterrizado. Nunca utilizaban la misma estratagema dos veces.

Para cuando llegó al perímetro del aeropuerto, había ordenado sus ideas. Utilizarían el último método que le habían mostrado al Estado Mayor hacía solo unas semanas. Tras enseñarle rápidamente su identificación al guardia apostado en la entrada principal, condujo hacia el pequeño hangar de la pista de aterrizaje donde vio al personal de la Unidad preparando sus equipos. No obstante, cuando salió del coche, le dijeron que el avión no se dirigía a Israel, sino a Libia. No era ninguna sorpresa. «El apoyo de Gadafi, financiado con petróleo, al terrorismo internacional, sobre todo al terror palestino contra objetivos israelíes, era algo muy sabido.» En cualquier caso, aún quedaba una posibilidad de que el avión volase hacia Israel. Y hasta que se descartase, Betser y su equipo permanecerían en el Ben-Gurion.⁶⁸

11.30 GMT, espacio aéreo internacional, sobre el Mediterráneo

Conforme fueron pasando los minutos, varios pasajeros del vuelo 139 secuestrado pidieron y obtuvieron permiso para ir al baño. Al principio, tan solo una o dos personas acudieron a las instalaciones situadas en la parte delantera del avión y otro

tanto a las de la cola. Sin embargo, cuando la gente se dio cuenta de que esos espíritus valientes regresaban ilesos, se fueron levantando más personas. Los terroristas les dejaron hacer «hasta que empezaron a formarse unas colas bastante largas». Eso provocó que aún más gente se uniese a quienes ya esperaban hasta que se hizo casi imposible caminar por los pasillos. Al observar el caos, la terrorista gritó: «¡Sentados! ¡Todos sentados! No pueden entrar todos a la vez. Sentados y en silencio». ⁶⁹

Al ver que ciertos pasajeros no reaccionaban con la suficiente rapidez, la mujer los increpó con un tono tan estridente que Moufflet pudo percibir que estaba compensando su propio nerviosismo. De todos modos, tuvo el efecto deseado, ya que los pasajeros empezaron a empujarse unos a otros en estado de pánico para sentarse. ⁷⁰

La voz del terrorista jefe volvió a salir por el intercomunicador: «Al habla su nuevo capitán. Permanezcan en calma y sentados. Les dejaremos ir al baño, pero deben ser conscientes de que tenemos revólveres y explosivos y de que no pueden hacer nada al respecto. Respeten nuestras órdenes y hagan lo que les pedimos. Dado que los explosivos están en la parte delantera del avión, solo pueden entrar a los lavabos de la cola. No les haremos ningún daño ni los mataremos. Hagan lo que les decimos. Obedezcan nuestras órdenes. Les daré nuevas instrucciones más adelante». ⁷¹

La tensión se vio aliviada por un breve momento cómico, cuando Michel Cojot se dio cuenta de que dos botones de la blusa de la terrorista se habían desabrochado, «dejando entrever los pechos delicadamente revestidos por un sostén bastante femenino». Esa imagen de vulnerabilidad contrastaba fuertemente con las acciones agresivas y el aspecto severo de la mujer —en opinión de Cojot, tenía el «rostro nada atractivo de una rata de biblioteca», con las gafas de montura metálica, un traje sencillo y calcetines azules—, y Cojot estuvo a punto de decirle algo. Sin embargo, otro pasajero le dio unos golpecitos en la cadera a la secuestradora al pasar y «le indicó con el dedo que se le estaba abriendo la blusa». ⁷²

La mujer esbozó una débil sonrisa y trató de ajustarse la blusa sin soltar las armas, lo que llevó a Cojot a especular con la ironía de que se le cayese la granada de fragmentación y «que nadie supiera nunca que habíamos muerto por pudor». Incapaz de completar la tarea con las manos ocupadas, utilizó una horquilla que le prestó una pasajera para bloquear el mango de la granada. A continuación, la colocó en el suelo y se abrochó los botones. ⁷³

Poco después, por orden de los terroristas, dos azafatas y un azafato distribuyeron agua, refrescos y trozos de pan entre los sedientos y hambrientos pasajeros. Sin embargo, eso solo provocó más visitas al baño y, a los pocos minutos, se habían formado las mismas colas desordenadas que antes a la puerta de los dos

cubículos en la cola del avión. «¡Sentados y quietos! —gritó la terrorista, exasperada—. No son niños pequeños y se están comportando peor que si lo fueran. Están todos locos. Sentados y quietos.»⁷⁴

A los Rabinowitz, la secuestradora les parecía «menos un miembro de un comando que una profesora sustituta frustrada asediada por un problema inesperado». Otro pasajero estuvo de acuerdo. «¡Menudos secuestradores! —resopló—. Son más bien monitores de baño con pretensiones.»⁷⁵

Para entonces, entre los pasajeros también se estaban caldeando los ánimos y algunos se unieron a los terroristas para exhortar a sus compañeros a que permaneciesen sentados. Otros se aprovecharon de las ausencias y les quitaron sus asientos. Entre esos okupas había un hombre grande y calvo de unos sesenta años, con gafas y traje gris. Cuando el ocupante original del asiento regresó, el calvo se negó a moverse. «Yo no he pedido venir aquí. Soy pasajero de primera clase. Tengo derecho a un asiento y voy a quedarme con este», dijo en francés.⁷⁶

Claude Moufflet cedió su sitio para acomodar al intruso y pasó a compartir un par de asientos con dos «hermosas» jóvenes francesas llamadas Agnès y Maggy.⁷⁷ Agnès era baja y regordeta, con el pelo largo y negro cogido en una cola de caballo y unas gafas demasiado grandes para su cara. Su acento inusual, según explicó luego, se debía a que era de Bône, Argelia. Maggy, algo más alta, tenía el pelo muy rizado e iba vestida con unos vaqueros y un jersey de algodón azul. Le contaron a Moufflet que las dos trabajaban en servicios de información y que regresaban de unas vacaciones a sus casas, en París. A Moufflet le pareció que «controlaban muy bien sus emociones», y se alegró de distraerlas participando en su concurso de «las mejores piernas del avión», que al final terminó ganando una de las azafatas. Su charla desenfadada se vio interrumpida por otro anuncio del intercomunicador.⁷⁸

«Damas y caballeros —dijo el terrorista jefe—, los miembros del comando van a pasar a recoger sus documentos de identidad. Es importante que los entreguen todos, todos, especialmente si poseen ustedes doble nacionalidad y tienen un documento de identidad o pasaporte israelí. Cualquier intento de ocultar algo recibirá un castigo grave.»⁷⁹

Moufflet lo metió todo en la bolsa de plástico abierta que iba pasando el árabe del bigote: su pasaporte, los documentos de identidad y el carné de conducir. Sus dos jóvenes vecinas hicieron lo propio y entregaron todos sus documentos de identidad con foto.⁸⁰ Sin embargo, algunos de los pasajeros, en especial los de doble nacionalidad, trataron de ocultar o destruir sus documentos de identidad israelíes, porque sabían que con frecuencia, en anteriores secuestros propalestinos, habían mantenido retenidos a los rehenes israelíes tras liberar al resto. Los que corrían mayor peligro eran los muchos hombres israelíes vinculados al Ejército, como Uzi, el esposo de Sara Davidson, que era coronel reservista de la Fuerza Aérea de Israel (FAI).

Conscientes de que el documento de identidad de Uzi lo dejaría al descubierto, masticaron entre los dos una parte y metieron con trabajo los trozos en una lata de refresco de cola vacía con solo «unos segundos de margen».⁸¹

No obstante, la mayoría optó por no desafiar a los terroristas. Con sus hijos pequeños en mente, Claude y Emma Rosenkovitch entregaron sus pasaportes franceses y también los israelíes,⁸² como hizo el joven Jean-Jacques Mimouni, mientras que el soldado reservista Moshe Peretz entregó su documentación militar.⁸³

—¿Qué van a hacer con nuestros pasaportes? —le preguntó a Moufflet una de las muchachas francesas.

La misma duda albergaban numerosos pasajeros mientras las bolsas llenas con esos documentos se alejaban hasta la parte delantera del avión.

—Bueno, primero los van a utilizar para hacer una lista de las personas presentes en el avión. Luego, no lo sé —respondió Moufflet.⁸⁴

Para «reducir la tensión y liberar los pasillos», los terroristas permitieron que algunos otros «pasajeros a quienes consideraban inofensivos» pasaran a la parte delantera del avión. Entre ellos se encontraba Michel Cojot, a quien, como padre que viajaba solo con un niño, se le permitió reunirse con su hijo Olivier. «Coseché con ello “un beneficio inesperado de la solidaridad de dos movimientos de liberación”: el de las mujeres y el de los palestinos», anotó Cojot.⁸⁵

Fue más o menos en ese momento cuando uno de los secuestradores les contó a varios pasajeros sus objetivos: la liberación de «docenas de prisioneros palestinos y de Kōzō Okamoto», el único superviviente del ataque terrorista mortal del Ejército Rojo Japonés en el Aeropuerto de Lod en 1972. «Si Israel accedía a esas exigencias, nadie resultaría herido, dijeron», escribió Emma Rosenkovitch.⁸⁶

12.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Martine Mimouni-Arnold, de veintidós años, acababa de regresar del trabajo a su apartamento en Tel Aviv cuando sonó el teléfono. La llamaba una de sus amistades para contarle algo alarmante: se había tenido que ocupar de recoger del jardín de infancia a Aurelia, la hija de dos años de Martine, porque los padres de esta no se habían presentado a por su nieta, como hacían todos los días de semana.

Martine se quedó perpleja. Su padre, Robert, un judío tunecino que había trabajado durante quince años de policía en Francia antes de mudarse con su familia a Israel en 1971, no era del tipo de personas que se olvidaría de una nieta. Ese día, Robert solo tenía una cosa que hacer: llevar a su hijo Jean-Jacques —el hermano pequeño de Martine— al Ben-Gurion para que cogiese un vuelo a París. Algo grave debía haber pasado. Martine salió corriendo hacia casa de sus padres, pero nadie abrió la puerta, así que regresó a la suya y, en un intento por mantenerse ocupada, sacó la basura. Al hacerlo, oyó de pasada a dos personas en la calle hablando sobre el secuestro de un avión de Air France. Impactada por la noticia y asustada por la

seguridad de su hermano, subió corriendo las escaleras de nuevo para llamar y confirmarlo, pero tropezó en el camino y sintió un dolor punzante en la rodilla. Se la había fracturado.

No fue hasta más tarde, en el hospital, cuando Martine se enteró de que sus padres habían regresado al Ben-Gurion en cuanto se habían enterado del secuestro, borrando de su mente todo recuerdo de su nieta; y allí seguían, esperando en vano la noticia de que su amado y único hijo varón —concebido después de tener cinco hijas— estuviese a salvo.⁸⁷

12.15 GMT, espacio aéreo internacional, sobre el Mediterráneo

A la confiscación de los documentos de identidad de los pasajeros le siguió un momento aún más alarmante, cuando los dos secuestradores árabes volvieron a aparecer procedentes de la parte delantera del avión con unas cajas enormes que a Claude Moufflet le parecieron antiguos embalajes de dulces y pasteles. No obstante, de las cajas sobresalían unos detonadores largos de color rosa —de medio centímetro de diámetro y veinte de largo— que dejaron claro a la mayoría de los pasajeros que ahora contenían explosivos.

Para dejar espacio libre donde poner las cajas, los pasajeros que ocupaban los dos asientos situados al lado de las salidas de emergencia centrales tuvieron que trasladarse al bloque central, donde los reposabrazos estaban levantados para que cupiesen cinco personas en cuatro asientos. A continuación, un terrorista regresó y colocó los que parecían unos paquetitos blancos entre las puertas del avión y las cajas de explosivos. Moufflet dio por hecho que «se trataba de un sistema de detonación que estallaría si se abrían las puertas».

No todos los pasajeros situados cerca de allí sacaron la misma conclusión. Una vez que los terroristas se alejaron, una señora menuda y bien vestida de unos sesenta y cinco años, con el pelo recogido en un moño, declaró su determinación de volver a su asiento confiscado. «Señora, no puede hacer eso. Acaban de bloquear las salidas», le aconsejó Moufflet.

Cuando la mujer siguió quejándose y diciendo que esperar que cinco personas compartiesen cuatro asientos era injusto porque no todo el mundo estaba delgado, Moufflet perdió los nervios. «Escuche, *madame*, lo que han puesto debajo de su asiento es dinamita. ¿De verdad quiere ir a sentarse encima?», le dijo en tono áspero.

Con el comentario, la mujer recobró el buen juicio. La confirmación de todo aquello, si es que era necesaria, llegó con el siguiente anuncio del terrorista jefe: «Siéntense, por favor. Pónganse los cinturones y dejen de fumar. Pronto aterrizaremos en Bengasi. Les informo de que las salidas de emergencia están conectadas a explosivos. Queda terminantemente prohibido acercarse a ellas o

colocarse en los asientos que hay al lado. Cualquier intento de abrirlas detonará la carga. Por tanto, están advertidos. Tengan cuidado. Permanezcan en sus asientos y, sobre todo, no fumen más».⁸⁸

En la cabina de mando, tras dar varias vueltas al aeropuerto, Michel Bacos recibió por fin el permiso para aterrizar de la torre de control del aeropuerto de Bengasi. «Aterrice con cuidado. No queremos detonar los explosivos», le advirtió el terrorista jefe con un arma en la mano.⁸⁹

12.58 GMT, Bengasi, Libia

El chirrido de las ruedas sobre la pista provocó que muchos pasajeros se encogiesen mientras Bacos aterrizaba el avión todo lo suavemente que podía en la única pista de aterrizaje rudimentaria del Aeropuerto Internacional de Benina, cerca de Bengasi, la segunda ciudad más grande de Libia y capital de la provincia oriental de Cirenaica. Estaban a punto de dar las 15.00, hora local.

Para los muchos israelíes y judíos a bordo, aquel fue un momento de preocupación. El coronel Muamar el Gadafi, dictador de Libia desde su exitoso golpe militar en 1969, era un ardiente nacionalista árabe y un enemigo inveterado de Israel. Julie Aouzerate recordaba: «Sabíamos, mis vecinos y yo, que nuestra “visita” a un país árabe centrado en destruir Israel no era una buena noticia. Desde luego, aquel no era un refugio seguro para nosotros».⁹⁰ Pero ¿era Libia el destino final de los terroristas o simplemente una parada en el camino?, se preguntaban todos.

Después de deslizarse por la pista durante quince minutos, el avión se detuvo en una zona aislada del aeropuerto y los motores se apagaron. Hubo que bajar todas las cortinillas, aunque algunos pasajeros se arriesgaron a sufrir la ira de los terroristas y echaron un vistazo afuera. Moshe Peretz alcanzó a ver «un paisaje árido, a cuatro soldados aburridos sentados en la pista» y camiones de bomberos por allí cerca.⁹¹ La mayoría de los pasajeros permanecieron sentados pacientemente, incapaces de ver más allá de la cortina corrida entre primera clase y clase turista. Para Claude Moufflet el tiempo parecía arrastrarse lentamente, mientras los pasajeros «leían o hablaban en voz baja». Estaban esperando, según anunciaron los dos secuestradores palestinos, «a que llegase el representante del Gobierno libio».⁹² Algunos pasajeros encendieron cigarrillos, pese a las muchas protestas, pero los secuestradores les ordenaron apagarlos.

Al final, un azafato abrió la puerta de salida izquierda del morro, y Olivier Cojot pudo ver un cordón de soldados sobre la pista y un «comité de bienvenida» que saludaba al terrorista jefe con apretones de manos y abrazos en tono civil.⁹³ Dio por sentado que serían camaradas del FPLP. A continuación, un oficial libio subió las escaleras y accedió al avión, saludando a los pasajeros «no sin humor» en «un inglés gutural».⁹⁴ Les dio la bienvenida a la República Árabe de Libia, aunque lamentó las circunstancias de su llegada.⁹⁵ Luego preguntó por las bolsas con los documentos de

identidad, se las dieron y se las llevó escaleras abajo, donde lo esperaba otro oficial, tras una mesa, con un sello de caucho. A Olivier le costaba creer lo que veían sus ojos: estaban extendiendo visados para todos los pasaportes, como si el secuestro nunca hubiese ocurrido. «¿Qué puñetas está pasando?», se preguntó.⁹⁶

13.30 GMT, Lod, Israel

El comandante Muki Betser se encontraba todavía en el Aeropuerto Internacional Ben-Gurion con el equipo especial antiterrorista de la Unidad cuando le informaron desde el Hoyo de que los terroristas habían comunicado previamente por radio a Bengasi dos exigencias: que les diesen combustible suficiente para cuatro horas de vuelo sin paradas y que convocasen al representante local de la facción del FPLP que lideraba Wadie Haddad para que se reuniese con ellos en el aeropuerto.

La noticia de que los terroristas querían más combustible suponía un claro indicio de que Bengasi no era su destino final y de que, como Betser lo planteó, quizá aún quisieran «intentar aterrizar en Israel». En consecuencia, sus hombres permanecerían en el Ben-Gurion hasta que la situación se aclarase más. Sin embargo, cualquier posible operación tendría que esperar un tiempo, así que en ese intervalo Betser llamó por radio a Yoni Netanyahu, oficial de la Unidad al mando que estaba destinado a unas maniobras en Umm Hashiba, en la península del Sinaí.⁹⁷

Netanyahu era unos meses más joven que Betser y procedía de un ambiente político y social muy distinto: el de los intelectuales urbanitas de derechas. Era nieto de un prominente sionista lituano que había emigrado a Palestina en la década de 1920. Nació el 13 de marzo de 1946 en la ciudad de Nueva York, donde su padre, Benzion, un hombre de derechas y prorrovisionista, estudiaba un doctorado en Historia.* La familia regresó a Oriente Medio después de la creación de Israel en 1948, y Netanyahu pasó sus primeros años en Talpiot, el idílico barrio periférico del sur de Jerusalén favorito de eruditos y profesionales. Pese a no ser una persona religiosa, en cualquier caso «mantenía un profundo afecto por los rituales y tradiciones judíos».⁹⁸

Yoni se formó en la escuela de primaria Gymnasium de Jerusalén y después en la escuela Darom y, al igual que Betser, disfrutaba de deportes y juegos de toda clase. Era un «líder natural, un muchacho al que otros niños respetaban y querían seguir, y desde la mitad de su adolescencia, alguien por quien las chicas se sentían atraídas de inmediato», gracias a su sonrisa pícaro y traviesa y a su energía implacable.⁹⁹

Entre los once y los trece años, y de nuevo entre los dieciséis y los dieciocho, Yoni vivió junto a sus padres y sus dos hermanos menores —Binyamín (o Bibi) e Iddo— en la costa este de Estados Unidos, mientras su padre enseñaba Estudios Hebreos en el Dropsie College de Filadelfia. Durante su última estancia allí, Netanyahu fue un estudiante modelo, aunque profundamente infeliz. Según le escribió a un amigo israelí: «Siento que pertenezco a otro mundo. Estoy alejado de

ellos y la distancia no disminuye conforme pasa el tiempo, sino todo lo contrario [...]. No hay ni un momento aquí que no quisiera sacrificar de golpe para regresar de inmediato a Israel. Mis amigos de Israel, mi vida social y, en especial, la tierra en sí: lo echo todo mucho de menos».¹⁰⁰

El servicio militar le dio la oportunidad de volver a Israel en 1964. Al igual que Betser, se metió en una unidad de paracaidistas (aunque no en la *sayeret* de élite) y rápidamente quedó fichado como un soldado nato. «Gracias a su dureza física y fiera determinación, pasó por todos los ejercicios. Asimiló con facilidad los principios de orientación, tácticas y formación en armas.» Los ascensos llegaron muy pronto, y para principios de 1966, Yoni se había graduado en la escuela de oficiales como el primer cadete.¹⁰¹

En 1967, tras abandonar el Ejército para reanudar sus estudios académicos, lo llamaron a filas para la guerra de los Seis Días y luchó tanto en el Sinaí como en los Altos del Golán, batalla en la que sufrió una herida de bala en el brazo. Una vez recuperado, se casó con su novia Tutti y ocupó una plaza en Harvard, en Estados Unidos, para estudiar Filosofía, Física y Matemáticas. Sin embargo, pese a sus progresos académicos, pronto se cansó del ambiente contrario a la guerra de Vietnam del campus de Cambridge —«los tipos greñudos y las muchachas con collares de cuentas»—, y ansiaba participar en la lucha de Israel contra Fatah y los otros fedayines palestinos. A su hermano Bibi le escribió: «Espero con todo mi corazón que la mano me mejore lo suficiente para poder volver a la reserva. Es importante porque es el deber de todo buen judío [...]. Con cada acción terrorista en Israel se refuerza mi convicción de que, cuanto antes vuelva, mejor [...]. Sé que es lo que debo hacer. Si Fatah entra en guerra, entonces mi responsabilidad será muchísimo mayor. Lo que es seguro es que soy mejor soldado que todos ellos y tengo una conciencia nacional más fuerte que la suya. Si quieren guerra, no tenemos otra opción que luchar por nuestra existencia».¹⁰²

Tutti y él regresaron a Israel en 1968. Yoni tuvo la suerte de que un comité médico militar lo considerase apto en la primavera siguiente. El médico militar, inmigrante reciente, tenía tan solo una leve idea de hebreo y por error le examinó a Netanyahu la pierna en vez del brazo dañado, por lo que no notó que los músculos seguían en baja forma y la mano no se estiraba del todo. Con su nuevo certificado de salud, Netanyahu se unió a su hermano menor Bibi como oficial subalterno en la mejor fuerza de combate de las FDI: la Unidad. Al principio, sus hombres «sospechaban un poco de su incesante actividad lectora, su soledad, sus estándares casi inhumanamente altos». Aun así, poco a poco llegaron a apreciar las cualidades excepcionales de Yoni. «Siempre habían percibido su fuerza interior, su resolución de acero. Pero sobre el terreno, empezaron a ver eso traducido al espíritu de un soberbio comandante de batalla.»¹⁰³

La formación inicial del equipo de Yoni fue exhaustiva e incansable. «Iniciaron meses de prácticas de orientación, marchas en ruta, maniobras de incendios y ataques en grupo.» Aprendieron a disparar a siluetas en carrera y les enseñaron a acercarse a los objetivos a toda costa, y a nunca mantener un duelo a larga distancia. Practicaron el desalojo de casas en aldeas abandonadas del Golán, arrastrándose de piedra en piedra en campo abierto, y a apuntar y hacer disparos únicos en vez de ráfagas. Adquirieron habilidades especiales, como primeros auxilios, comunicaciones, fotografía y demolición. Y se les recordó que todos los miembros de la Unidad tenían que actuar como miembros de un equipo y también como soldados autosuficientes capaces de pensar por sí mismos.

Tras un descanso de la Unidad de siete meses para dirigir una compañía de la Sayeret Haruv en el valle del Jordán, Yoni regresó como capitán en julio de 1971 y se enfureció cuando se le negó la participación en la operación del Sabena porque su hermano menor Bibi ya estaba en ella. Las FDI tienen una norma según la cual dos miembros de la misma familia no pueden ir juntos a una operación, por si los dos mueren. En aquella ocasión, Bibi resultó herido por fuego amigo.

No obstante, Yoni sí participó con Betser en muchas operaciones posteriores de la Unidad: el secuestro de los oficiales sirios de inteligencia en el Líbano en 1972; la Operación Primavera de Juventud y la batalla en los Altos del Golán durante la guerra de Yom Kipur en 1973 (por esta última acción le concedieron la Medalla por Conducta Distinguida).

Por aquel entonces, Yoni era un hombre soltero —su matrimonio había fracasado un año antes— y eligió ahondar en su formación militar para facilitar así su ascenso a un rango superior, por lo que abandonó la Unidad a finales de 1973 para dirigir un batallón de tanques. Allí inició una relación con una hermosa y joven recluta llamada Bruria, que continuó después de que a Yoni lo destinasen a dirigir la Unidad en el verano de 1975. Al enterarse de que volvía, un amigo le preguntó: «¿Por qué vas a hacerlo? Si sigues con vida, llegarás a general. Pero si continúas así, vas a conseguir que te maten. ¿Por qué empeñarte en abrirte paso hasta el infierno?». ¹⁰⁴

La principal preocupación de Yoni no era morir en acto de servicio, sino luchar para liderar uno de los grupos más delicados y bien formados en las FDI. No ayudó que su predecesor, Giora Zorea, fuese todo lo que él no era: compulsivamente sincero, abierto y fácil de tratar, el amigo de todos los soldados. Por el contrario, algunos miembros de la Unidad veían a Yoni como alguien brusco, un tirano, en su implacable campaña por subir los estándares.

La tensión aún no se había resuelto como debía para cuando Yoni recibió una llamada de Betser desde el Ben-Gurion el 28 de junio de 1976.

—¿Nos necesitan? —le preguntó Yoni, cuya voz no alcanzaba a distinguirse bien por las interferencias de la conexión por radio.

—No, no lo creo. Es todo muy simple. Estoy pensando en usar el nuevo método.

Minucioso como siempre, Yoni comprobó que ciertos oficiales clave, hombres y material bélico estuviesen en el aeropuerto. Betser le confirmó que sí.

—Manténgame al tanto.

—Por supuesto.¹⁰⁵

14.00 GMT, Jerusalén, Israel

Isaac Rabin inició la reunión del equipo especial de ministros de las 16.00 en la sala de conferencias situada debajo de su oficina en la calle Kaplan.

—Lo único que sabemos con seguridad ahora mismo es que el avión secuestrado es de Air France. —A continuación se dirigió a Chaim Zadok (el ministro de Justicia, un hombre corpulento de hombros redondeados, con un cerebro enciclopédico para temas jurídicos) y le preguntó—: Exactamente, ¿cuál es el estatus jurídico de los pasajeros que están a bordo del avión?

—Por ley —respondió Zadok sin hacer ninguna pausa—, los pasajeros se encuentran bajo protección soberana francesa. El Gobierno francés es responsable de la suerte que corran todos ellos.

Rabin parecía aliviado.

—Yigal —le dijo el presidente a su ministro de Asuntos Exteriores—, ordene a su equipo que informe al Gobierno francés, que le digan que vamos a emitir un comunicado público al respecto. Pídanle a París que nos mantenga informados de sus acciones.

Mientras Allon abandonaba la sala para llamar por teléfono a sus oficiales, Zadok le gritó:

—Y díganle también que no deben hacer ninguna distinción entre los pasajeros israelíes y el resto.

—Eso no hace falta especificarlo —murmuró Allon, susceptible.

Momentos después, Poran regresó con una nueva nota que Rabin leyó en voz alta.

—Hay 230 pasajeros a bordo, 83 de ellos israelíes, y doce miembros de la tripulación. Los libios han permitido que el avión aterrice en Bengasi.* —El primer ministro se encendió un cigarrillo y dijo frunciendo el ceño—: Bueno, ahora al menos sabemos dónde están los pasajeros. Pero hay varias cosas cruciales que desconocemos. No sabemos si Bengasi va a ser su parada final. No sabemos quiénes son los secuestradores. Y tampoco sabemos cuáles van a ser sus exigencias.¹⁰⁶

Durante los treinta minutos siguientes, los ministros debatieron sobre esas cosas que no sabían, incluida la posibilidad de que el avión regresara al Ben-Gurion.¹⁰⁷ Acordaron además que Yaacobi, el ministro de Transportes, tratase con los medios de comunicación y sirviese de enlace con las familias de los rehenes, pese a que según él debía ser un representante de Air France en el Ben-Gurion quien les diese la mala noticia. Eso hizo estallar a Allon.

—Estamos metidos en un problema gordo.

—Sí, lo estamos —admitió Rabin.¹⁰⁸

Los interrumpió un mensaje dirigido a Allon de Jean Herly, el embajador de Francia en Israel, que se leyó en voz alta para toda la sala. Confirmaba que el Gobierno francés de Jacques Chirac estaba preparado para asumir «toda la responsabilidad de la seguridad de todos los pasajeros del vuelo 139 de Air France sin distinción» y que mantendría a Israel «informado de sus acciones en ese sentido».¹⁰⁹

Satisfecho con la respuesta, Rabin pospuso la reunión, aunque advirtió a los ministros que permaneciesen cerca de sus teléfonos. Su oficina emitió a continuación una declaración oficial en la que se hacía una sucinta descripción del secuestro y se reconocía la asunción por parte de Francia de la responsabilidad por el bienestar de los pasajeros, además de declarar que, tal y como lo expresaría Simón Peres más adelante, «Israel no se rendiría al chantaje de los secuestradores».¹¹⁰

14.30 GMT, Bengasi, Libia

Tras un mensaje del terrorista jefe invitando al «resto de mujeres y niños» a trasladarse a la comodidad de la primera clase, un goteo constante de rehenes se abrieron paso hacia la parte delantera del avión aterrizado en el Aeropuerto Internacional de Benina. De los asientos libres que dejaron atrás, uno lo ocupó Claude Moufflet a la izquierda del bloque central, un poco por delante de las alas, junto a dos muchachas jóvenes canadienses: Louise Kourtis, de veinte años, y su amiga Jo-Anne Rethmetakis, de dieciocho, ambas de Montreal. Kourtis, una chica guapa y menuda con el pelo castaño y las uñas muy largas pintadas, estaba sentada con las piernas cruzadas. Rethmetakis, algo más alta y situada junto a la ventanilla, llevaba el pelo castaño oscuro cogido en una cola de caballo y a Moufflet le recordó a una «piel roja», «con unos ojos caídos, grandes y oscuros», «una nariz ligeramente aguileña» y unos dientes parejos y blancos.¹¹¹

Las canadienses le contaron a Moufflet que estaban en el avión solo porque se habían cansado y habían decidido acortar su viaje por Europa unos días.

—Nuestros padres ni siquiera nos esperan hasta el 1 de julio. Así que por ahora no estarán preocupados. Ni saben que estamos en este avión —le explicó Kourtis.

—Bueno —les dijo Moufflet intentando tranquilizarlas—, con un poco de suerte seréis vosotras quienes les contaréis vuestra aventura; así se enterarán en el mismo momento de vuestro secuestro y de vuestra liberación.

La idea divirtió a las muchachas, y Kourtis fingió ofuscarse:

—Ah, sí, pero si pasa eso, nadie nos va a creer.

De repente, Rethmetakis se puso más seria.

—Si terminan así las cosas, no me importa que nadie nos crea —dijo en voz queda.¹¹²

A la derecha de Moufflet había dos hombres marroquíes sentados susurrando en un tono agitado. Al final, el más mayor se giró a Moufflet y le preguntó:

—¿No deberíamos hacer algo?

Era la segunda vez que Moufflet recibía una advertencia de un posible motín y, consciente del peligro, su respuesta fue cauta.

—Bueno, a lo mejor, pero ¿qué?

—No lo sé. ¿Abordarlos? ¿Desarmarlos?

—¿Y qué pretenden hacer con las pistolas y las granadas?

El más joven respondió que a las granadas no les habían quitado el seguro.

Moufflet suspiró con exasperación.

—Miren —les dijo, señalando la anilla del seguro que cada uno de los terroristas tenía alrededor de un dedo—, y podrán ver muy bien que tienen los seguros quitados.

—Bueno, dudo de que las armas estén cargadas —insistió el marroquí más mayor.

—No hay manera de que podamos estar seguros de que haya balas dentro. Pero yo, por mi parte, no voy a darles la oportunidad de demostrarlo. ¿Y ustedes? —Al ver dudar a los marroquíes, Moufflet continuó—: En cualquier caso, ya han visto que están organizados y que pertenecen al Frente Popular para la Liberación de Palestina. Saben ustedes tan bien como yo que esa gente es capaz de conseguir todo tipo de armas y que no hay posibilidad alguna de que vayan de farol.

—Cierto —respondió el joven.

—Así que ¿piensa usted en serio que no hay nada que hacer?

—Por el momento, no, desde luego.¹¹³

En la parte delantera del avión, donde los terroristas habían dejado dos bolsas grandes de armas desatendidas en los asientos de la primera fila, Michel Cojot estaba teniendo ideas similares de rebelión. Más adelante, escribiría: «Fue tentador. Pero los terroristas estaban siempre bien distribuidos por el avión y resultaba imposible predecir cuál sería la reacción de los soldados libios».¹¹⁴

14.59 GMT, San Juan, Puerto Rico

Tony Crosland, el ministro británico de Asuntos Exteriores, se encontraba en una sesión matutina de la segunda conferencia económica del G7 en el Dorado Beach Resort, cerca de San Juan, Puerto Rico, junto al primer ministro Jim Callaghan, cuando recibió un telegrama cifrado de la Oficina de Asuntos Exteriores y de la Commonwealth (Foreign and Commonwealth Office o FCO) de Londres: Reuters había informado sobre el «secuestro y aterrizaje en Bengasi de un vuelo de Air France en ruta hacia París desde Atenas (con origen en Lydda [Lod])».¹¹⁵

Crosland, socialista educado en una escuela privada y en Oxford que había servido como paracaidista en la Segunda Guerra Mundial, empezó su carrera como profesor universitario no numerario de Economía. Sin embargo, tras entrar en el

Parlamento como diputado laborista en 1950, escribió la influyente obra *The Future of Socialism* y se convirtió en la principal fuerza intelectual tras el «revisiónismo» de izquierdas. Durante los dos primeros años del segundo mandato laborista de Harold Wilson, Crosland trabajó con el gabinete como ministro de Medio Ambiente. Cuando Wilson dimitió como primer ministro el 5 de abril de 1976, Crosland dio un paso al frente en la disputa por el liderazgo del Partido Laborista gobernante. Sin embargo, al caer en el primer obstáculo, apoyó al que sería el ganador y nuevo primer ministro, James Callaghan, y obtuvo como recompensa la crucial cartera de Asuntos Exteriores, para la que no tenía ninguna experiencia.

El primer par de meses de Crosland en el cargo estuvieron dominados por dos asuntos principales: la guerra del Bacalao entre pescadores británicos e islandeses, que Crosland apaciguó con cierta diplomacia astuta, y el futuro a largo plazo de Rhodesia que, desde la declaración unilateral de independencia de Ian Smith en 1965, se había visto asolada por una guerra de guerrillas entre el Gobierno blanco y los rebeldes negros. Para Crosland, sus intentos por negociar un trato entre las dos partes que diese lugar a un gobierno de la mayoría ya se habían visto minados por algunas torpes intervenciones del doctor Henry Kissinger, el secretario de Estado de Estados Unidos.¹¹⁶

La noticia del secuestro de un avión de Air France era, por el contrario, un asunto relativamente menor. Preocupado por si había ciudadanos británicos implicados, Crosland le mandó un telegrama al embajador británico en Trípoli: «Agradeceré detalles de su parte o de Atenas o Tel Aviv sobre (A) británicos entre los pasajeros; (B) situación actual de avión y pasajeros; (C) identidad y motivos de los secuestradores».¹¹⁷

15.00 GMT, Bengasi, Libia

Más o menos al mismo tiempo que el Gobierno británico trataba de averiguar si alguno de sus nacionales se encontraba en el avión secuestrado —aún aterrizado en el Aeropuerto Internacional de Benina—, una de ellos estaba haciendo una audaz apuesta por su libertad. Se llamaba Patricia Martell, una enfermera de Manchester de treinta años de edad que acababa de emigrar a Israel con Howard, su marido, nacido en Leeds. Patricia iba de regreso a Gran Bretaña para asistir al funeral de su madre cuando se interpuso el secuestro. Decidida a no perderse el servicio religioso, estaba dispuesta a hacer casi cualquier cosa por escapar. «Tenía que salir de ese avión, y punto. No sentía miedo», recordaba luego.¹¹⁸

Su primera idea fue fingir un ataque al corazón o de asma, pero al final se decidió a fingir un aborto, aunque no estaba embarazada.¹¹⁹ «Arrugó la cara en una agonía simulada», palideció, transpiró y «empezó a retorcerse y a doblarse de dolor». Y entonces llamó a la terrorista:

—Estoy embarazada... de dos meses... Creo que me está pasando algo...

—Llamaré a un médico —dijo la mujer.

A continuación, la terrorista se llevó a Martell a la parte delantera del avión, a un asiento más grande en primera clase. Unos minutos después apareció un médico: David Bass, de cuarenta años, cirujano nacido en Estados Unidos que había emigrado a Israel en 1972 y estaba trabajando como jefe de gastroenterología en el Hospital Kaplan de Rehovot, al sur de Tel Aviv. Poco después de asumir el control del aparato, los secuestradores habían comprobado si alguno de los rehenes tenía formación médica.

—Estoy fingiendo —murmuró Martell—. Tengo que salir de aquí.

Bass se quedó espantado.

—Estará mejor en el avión que en Libia —insistió él.

Pero Martell no se dejó disuadir. Buscaron una segunda opinión con un médico libio que, nada más subir a bordo, la calificó de impostora.

—No le pasa nada. Está asustada y punto.

El médico cambió de opinión cuando Martell le enseñó su sangre menstrual como «prueba» de que estaba a punto de tener un aborto. Debía llevársela para que la trataran en urgencias, les dijo el libio a los terroristas, o podría perder al niño. Tras un breve debate, decidieron dejarla marchar. Era el principio del secuestro, recordaba Martell, y los terroristas estaban «muy tensos y muy nerviosos. La secuestradora se dio cuenta de que si abortaba allí sería un follón terrible. No merecía la pena. Yo no era tan importante como para eso».¹²⁰

Los terroristas no fueron los únicos engañados. Sentados frente a Martell en primera clase estaban Olivier Cojot y su padre. «De repente, veo que está sangrando. Estaba convencido de que tenía un aborto», recordaba Olivier.¹²¹

Cuando la fueron a buscar para sacarla del avión, Martell se volvió hacia los Cojot y les susurró: «Buena suerte».¹²²

16.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Mientras el resto de miembros del gabinete seguían en Jerusalén a la espera de noticias sobre el avión, el ministro de Defensa Simón Peres se apresuró de vuelta a su oficina, en el complejo Kirya de Tel Aviv, para hablar con Mordechai Gur, conocido también como Motta, el jefe del Estado Mayor de las FDI.

Peres, nacido en 1923 bajo el nombre de Szymon Persky e hijo de un comerciante maderero polaco, había desempeñado un papel clave en la seguridad del Estado israelí desde la creación de este último en 1948. Tras emigrar al entonces Mandato británico de Palestina con su familia a la edad de once años, había vivido un tiempo en un kibutz y más adelante fue elegido secretario de un movimiento juvenil sionista laborista. No obstante, su ruta hacia la política se abrió a través de la Haganá —la organización de defensa judía que después se convertiría en el núcleo de las FDI—, a la que se unió en 1947 por consejo de David Ben-Gurion, el líder *de facto* de la

comunidad judía en Palestina que pronto se convertiría en la primera persona en ocupar el cargo de primer ministro de Israel. El trabajo de Peres era movilizar mano de obra nueva y conseguir armas para la Haganá/FDI. Pese a no haber luchado en el frente, desempeñó un papel relevante en la peleada victoria de Israel en la primera guerra de Independencia (1948-1949), de dieciocho meses de duración. Ese hecho le pavimentó el camino a su ascenso meteórico en el Ministerio de Defensa de Israel, que culminó con su nombramiento en 1953 como director general, u oficial permanente de alto rango, con solo veintinueve años.

Como alto cargo del Ministerio de Defensa, Peres era responsable de la adquisición de armas y del establecimiento de alianzas estratégicas. La más importante de ellas fue con Francia, que permitió a Israel adquirir el armamento más nuevo —como el moderno caza Dassault Mirage III— y disponer del reactor nuclear de Dimona, que había entrado en actividad en 1963. Peres fue elegido para el Parlamento unicameral de Israel, la Knesset, en 1959, y ocho años después entró en el Partido Laborista, una organización socialdemócrata y sionista que se había formado a partir de varios partidos de izquierdas. Entre 1970 y 1974 sirvió en el Gobierno laborista de Golda Meir como ministro de Transportes. Cuando Meir se vio obligada a dimitir como primera ministra y líder del Partido Laborista en 1974, tras ceder a las crecientes críticas de que su Gobierno no había logrado anticiparse a la guerra de Yom Kipur —en la que unos ataques repentinos y coordinados de los árabes cogieron con la guardia baja a los servicios de inteligencia de Israel y a las FDI—, Peres se alzó como su sucesor. No obstante, sufrió una estrecha derrota a manos de su rival políticamente inexperto, Isaac Rabin, y tuvo que conformarse con el cargo de ministro de Defensa.

Aquel no fue un nombramiento que Rabin quisiera hacer. Según explicó: «No consideraba a Simón Peres apto para el cargo, dado que nunca había luchado en las FDI y su conocimiento en cuanto a la adquisición de armas no compensaba esa falta de experiencia». Sin embargo, ya que otros miembros del Partido Laborista querían que Peres recibiese la cartera de Defensa y Rabin era reacio a dividir el partido, el presidente aprobó el nombramiento «con pesadez de corazón». Fue un error que más tarde «lamentaría».¹²³

Como resultado, su alianza política había surgido de la conveniencia más que de las convicciones compartidas, y Rabin siempre sospechó que Peres intentaba minar su puesto como primer ministro. Peres negaba esa acusación e insistía en que «sirvió al Gobierno de 1974-1977, y al hombre que lo dirigió, con total lealtad, asumiendo plenamente la responsabilidad colectiva de un miembro del gabinete».¹²⁴ Bajo y fornido, con el pelo canoso peinado hacia atrás y un rostro apuesto de líneas duras, Peres tenía todo el aspecto del soldado que nunca había sido. Por el contrario, fue un político consumado, resentido ante el hecho de que Rabin, con experiencia militar pero neófito en política, lo hubiese derrotado para el cargo de primer ministro.

La principal prioridad de Peres al enterarse del secuestro del Air France era evitar que el Gobierno de Israel cediese ante el chantaje. Con ese propósito se apresuró a volver a Tel Aviv a última hora de la tarde del 27 de junio para hablar con Motta Gur, el jefe del Estado Mayor de las FDI, a quien conocía desde la década de 1950 y que siempre lo había impresionado por ser «un conversador directo, con una firme concepción de la estrategia». Siete años menor que Peres, Gur había combatido con la facción de élite de la Haganá, el Palmach, antes de incorporarse a las FDI. Desde entonces, había liderado la Brigada Golani y había servido durante un tiempo como jefe de operaciones de las FDI. En cualquier caso, adquirió prominencia en el país como comandante de la brigada paracaidista que «liberó» la Ciudad Vieja de Jerusalén en 1967, y fue el elegido tanto por Moshe Dayan como por Peres para suceder a David Elazar cuando este último dejó el cargo de jefe del Estado Mayor de las FDI a raíz de la guerra de Yom Kipur.¹²⁵

Desde sus respectivos nombramientos, Peres y Gur se habían esforzado por reconstruir y fortalecer el Ejército israelí. Trabajaban «bien juntos —escribiría luego Peres—, hasta dieciocho o veinte horas al día» muy a menudo. El «ánimo general de impacto y depresión que impregnó la nación» después de la guerra de Yom Kipur los había hecho «doblemente conscientes» de sus «responsabilidades a la cabeza de las defensas del Estado». Peres tenía «plena confianza» en Gur y le daba su «apoyo político absoluto». Juntos, prepararon a «una nueva generación de oficiales prometedores, entre ellos, Dan Shomron y Ehud Barak», para sentar «las bases de lo que pasaría a llamarse la “opción del brazo largo”: la capacidad de atacar con dureza y rapidez objetivos muy alejados de nuestras fronteras inmediatas».¹²⁶

No obstante, cuando Peres se reunió con Gur y sus asesores el 27 de junio, la discusión se centró en la posibilidad de que los secuestradores llevaran el avión de Air France de vuelta al Ben-Gurion. Si lo hacían, la opción preferida sería recurrir a la Unidad para asaltar el avión, como había ocurrido con el secuestro del Sabena en 1972, cuando Peres, como ministro de Transportes, trabajó junto a Moshe Dayan, el ministro de Defensa, «durante una larga noche de negociaciones y preparativos».¹²⁷ De nuevo, Peres pretendía estar en el centro de la acción y solo estaba esperando la noticia de la salida del avión de Bengasi para emprender su camino al aeropuerto.

17.08 GMT, Londres, Reino Unido

Apenas una hora después de que el ministro de Asuntos Exteriores, Tony Crosland, solicitase información sobre el secuestro de Air France, descodificaron en la imponente sede de la FCO —un edificio de estilo italiano diseñado por George Gilbert Scott y situado en King Charles Street— un telegrama cifrado procedente de la Embajada británica en Atenas. El texto explicaba: «Oficina local de Air France afirma que dos sujetos británicos embarcaron en Atenas: G. Good y C. Russell [...]. Dicen que el avión sigue en Bengasi. Nacionalidad de secuestradores desconocida».

A continuación, se confirmaban los números de pasaporte de Good y Russell, sus años de nacimiento (1911 y 1921, respectivamente) y el hecho de que ambos habían llegado a Grecia el 17 de junio.¹²⁸

La noticia de que al menos dos de los pasajeros de Air France eran británicos llevó a Crosland, aún en Puerto Rico, a mandar cables a sus embajadas en Trípoli (la capital de Libia) y París, exhortando a la primera a «mantenerse en contacto estrecho con su colega francés» que, según se daba por hecho, estaría liderando las negociaciones para liberar a los rehenes. Crosland añadía: «Agradeceríamos que París pudiese asimismo servir de enlace directo con las pertinentes autoridades francesas y [...] mantenernos a nosotros y a Trípoli informados sobre los planes de Francia para asegurar la liberación de pasajeros y aeronave».¹²⁹

La respuesta de Sir Donald Murray, embajador británico en Libia y antiguo miembro de comando de la Royal Marine, fue que la Embajada de Trípoli «estaba en estrecho contacto» con sus colegas franceses y les había comunicado los detalles sobre Good y Russell. Y continuaba: «También les hemos dicho que entendemos por la información de la BBC que a bordo hay además una serie de ciudadanos de la Commonwealth. Se han comprometido a pasar esta información al cónsul francés en Bengasi, que se encuentra en el aeropuerto de Bengasi, cuando vuelvan a hablar con él. El segundo secretario (R. D. Lamb), que por casualidad está de visita en Bengasi, ha recibido instrucciones para servir de enlace directo con el Consulado francés de allí».¹³⁰

A Murray aún le quedaba por recibir la información de que Patricia Martell (Hayman de soltera), con doble nacionalidad, israelí y británica, había sido liberada, y de que Lamb había hablado con ella. Dicha noticia llegaría a Londres más tarde, aquella noche.

17.15 GMT, Bengasi, Libia

Cuatro horas después de llegar al Aeropuerto Internacional de Benina, mientras muchos pasajeros estaban estirando las piernas por los pasillos, el terrorista jefe dio la primera pista sobre el futuro destino del vuelo 139. «Siéntense —ordenó por el intercomunicador—. Nos estamos preparando para un vuelo de unas tres horas. Les serviremos algo de comer en breve. Sigue estando prohibido fumar. Cuando puedan hacerlo, lo comunicaremos.»

La noticia llevó a Claude Moufflet a comprobar en el mapa de su agenda los posibles aeropuertos situados a ese tiempo de vuelo estipulado desde Libia. Tras eliminar todos los del sur, determinó que Bagdad, en Irak, era el objetivo más probable, y eso le dijo a sus vecinos, lo que provocó una ráfaga de preguntas por parte de las dos jóvenes canadienses: «¿Y dónde está? ¿Es un país árabe? ¿El Gobierno es aliado de los terroristas? ¿Nos meterán en la cárcel?».

Para evitar que las muchachas se preocupasen sin necesidad, Moufflet respondió a todo «lo más vagamente posible» antes de sumergirse en un crucigrama.

Momentos después, quizá arrepentido de su anterior decisión de permitir que la señora Martell abandonase el avión, el terrorista jefe emitió una advertencia por el intercomunicador: «Escuchen, no queremos que se pongan todos ahora a inventar enfermedades para poder bajar del avión. Están advertidos. Tenemos a un médico aquí. No traten de engañarnos. Si lo hacen, recibirán un castigo grave».¹³¹

Para aliviar la tensión, los terroristas le dijeron a la tripulación que sirviera la comida prevista como almuerzo del vuelo original, incluidas las bandejas de plástico y el pudín de postre. Akiva Laxer, un abogado de treinta años de Tel Aviv que iba de camino a los Juegos Olímpicos de Montreal, se sorprendió al ver que le servían las mismas albóndigas de pescado que había pedido anticipadamente para el vuelo en Israel. Mientras se las comía, se puso a pensar en lo irónico de un judío ortodoxo «sentado en un avión secuestrado en Bengasi comiendo pescado *kosher* de Israel».¹³² Maldijo también su mala suerte por haber estado presente en dos de las atrocidades terroristas más infames de Israel: la Masacre de Lod en 1972, seguida unos meses después por el asesinato de los atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Múnich. Y en aquellos momentos, ese secuestro. ¿Sería él el común denominador?

Claude Moufflet decidió guardarse el postre, el zumo de naranja y un poco de agua para la larga noche que les esperaba. Les dio una lata de Schweppes a las agradecidas jóvenes canadienses.¹³³ Al estudiante de medicina Moshe Peretz la cena fría «no le pareció mala». En su diario improvisado, anotó que «los azafatos sirven latas de zumo con inscripciones árabes» y que la terrorista alemana era «de esas que lo pone todo en orden rápido». Si alguien quería ir al baño, tenía que levantar la mano y ella le gritaba una orden para darle permiso. Pero cuando dos pasajeros levantaban la mano a la vez, chillaba «como un auténtico animal».¹³⁴

Una hora después llegó un nuevo mensaje por el intercomunicador para informar a los pasajeros de que, pese a algunas dificultades técnicas, los preparativos para continuar el vuelo estaban casi listos. Ya se habían añadido 25.000 litros de queroseno a los depósitos de combustible; solo faltaban otros 7.500. «Han revisado el avión —explicó el terrorista jefe—. Está en buenas condiciones y tenemos la salida prevista para las 21.00, hora local.»¹³⁵

Esa hora llegó y pasó. Sin embargo, poco antes de las 21.30, hora libia (GMT más dos horas), ordenaron a los pasajeros que se sentaran y se abrocharan los cinturones para el despegue. Unos minutos más tarde, los dos motores CF6-50 de General Electric empezaron a rugir y el avión emprendió su largo camino deslizándose hasta la pista principal. A las 21.50, el Airbus se alzó en el cielo nocturno y puso rumbo al sur.

Peretz garabateó: «Por fin, después de mucho, en el aire. Increíble. Tras pasar seis horas y media en tierra. Nos tratan bastante bien. Pero ¿adónde estamos volando? ¿A Damasco? ¿Bagdad? ¿Beirut? ¿Tel Aviv? ¿O a París? Los pasajeros están

haciendo una especie de porra sobre el destino de nuestro vuelo. Hablamos con libertad entre nosotros. Lo que desconocemos es nuestro destino y las exigencias de los secuestradores». ¹³⁶

20.05 GMT, Tel Aviv, Israel

El comandante Muki Betser seguía en el Aeropuerto Internacional Ben-Gurion con el equipo antiterrorista de la Unidad cuando le llegó la noticia de que el avión secuestrado de Air France había despegado de Bengasi. Consciente de que el aparato se encontraba a solo tres horas de vuelo del Ben-Gurion, llamó a sus hombres a la sala de reuniones y llevó a cabo una última revisión del plan de asalto dedicada al general Yekutiel Adam, apodado Kuti, jefe de operaciones de las FDI y subjefe del Estado Mayor. ¹³⁷

Adam, que nació en Tel Aviv en 1919 y era por tanto un israelí *sabra* — literalmente, «higo chumbo», o judío nativo—, hablaba hebreo como lengua nativa y se unió a la Haganá con quince años, para luego ser transferido a las FDI. Un soldado de soldados con un extravagante bigote estilo Zapata y la correspondiente y amplia experiencia en combate, Adam poseía además una aguda mente analítica, pulida por dos años de formación en la Academia de Guerra de Francia en la década de 1960. Al igual que su maestro político Peres, consideraba la acción militar como la única respuesta al terrorismo, y estaba convencido de que los hombres de la Unidad debían ocuparse de la tarea si regresaba el avión.

Terminada la sesión informativa, Adam dio su autorización para el asalto. A Betser y a sus hombres ya no les quedaba más que esperar.

20.12 GMT, Londres, Reino Unido

Mientras Betser informaba a Adam, por fin llegó a la FCO de Londres la noticia de que «un sujeto británico, la señora Neman (no hay seguridad de cómo se escribe), ha obtenido permiso para abandonar el avión». El telegrama cifrado de la Embajada británica en París añadía: «Hasta donde sabe el Quai [d'Orsay, el Ministerio de Exteriores francés], es la única persona a la que se le ha permitido hacerlo». ¹³⁸

Veinte minutos después, un cable de Sir Donald Murray desde Trípoli ofrecía información más detallada y actualizada:

El avión salió de Bengasi a las 21.49, hora local (GMT más dos horas). ¹³⁹

Dirección sur. Aparte de comida, agua y combustible, los secuestradores no hicieron peticiones en Bengasi. Supuestamente, el aparato tiene cuatro horas y media de aguante.

Una pasajera enferma, una enfermera británica, Patricia Suzanne Hayman (n.º pasaporte L989499, expedido en abril de 1975), obtuvo permiso para desembarcar en Bengasi. Viajará a Trípoli y seguirá hacia Londres mañana.

Hayman vio a dos secuestradores árabes y a dos no árabes, a quienes describió como muy nerviosos. Han colocado explosivos en el aparato. Según ella, la moral de los pasajeros se mantenía perfectamente.

Por favor, traten de informar a los parientes de Hayman (su madre acaba de fallecer). El segundo secretario [R. D. Lamb] no logró obtener su dirección antes de que las autoridades libias se la llevarasen.

La confusión con el nombre de la señora Martell radicaba en el hecho de que se había casado hacía solo unas semanas y en el pasaporte aún aparecía su apellido de soltera, Hayman. Tras su encuentro en Trípoli un día después con Sir Donald Murray, la describieron como «en buen estado, aunque algo impactada todavía».¹⁴⁰ Más tarde, Martell admitiría que su trepa para salir del avión fue «bastante estúpida».¹⁴¹ Y añadió: «Podría haber salido muy mal, pero no fue así, y valió la pena».

La señora Martell regresó a Heathrow en un vuelo regular de Libian Airways a primera hora de la tarde del lunes, 28 de junio, donde la recibieron Scotland Yard y un miembro del Mossad —el servicio de inteligencia exterior altamente eficaz de Israel—, ligado a la Embajada israelí. En el interrogatorio posterior, Martell confirmó que había cuatro terroristas: dos árabes del FPLP y dos con acento alemán. Más tarde identificaron a esas dos personas como miembros de una organización terrorista radical de izquierdas poco conocida y denominada Células Revolucionarias (CR, o Revolutionäre Zellen en alemán). Sus nombres: Wilfried Böse y Brigitte Kuhlmann.

Nacido en 1949 en la preciosa ciudad histórica de Bamberg, en Baviera, Wilfried Bonifatius Böse (o Boni) era un joven bondadoso y jovial al que le gustaba relajarse bebiendo el vino local de Franconia y comiendo *bratwursts*.¹⁴² Sin embargo, el antiguo estudiante de Sociología en la Universidad de Frankfurt también era un activista político comprometido que, como muchos miembros fundadores de las CR y de la más famosa Facción del Ejército Rojo (RAF por sus siglas en alemán, más conocida como la banda Baader-Meinhof),* había desempeñado un papel prominente «en el movimiento estudiantil de protesta a finales de la década de 1960 y había estado implicado en una variedad de grupos de izquierdas e iniciativas locales». Uno de ellos fue el Comité de Solidaridad con los Panteras Negras (Black-Panther-Solidaritätskomitee) —que seguía el modelo del Partido de los Panteras Negras, marxista y revolucionario, de Estados Unidos—, que «buscaba organizar un trabajo educativo y un apoyo activo para los Panteras Negras en Alemania». Esta «identificación con el estilo contracultural, la disposición a usar la violencia y la postura radical antiimperialista de los Panteras Negras desempeñaron un papel decisivo en la radicalización» de Böse y de otros miembros fundadores de las CR y de la RAF.¹⁴³

Otro denominador común entre muchos de los primeros miembros de las CR —como Böse, Johannes Weinrich y Gerd Schnepel— era que vendían o publicaban literatura de izquierdas antes de unirse a la lucha armada. En Frankfurt, en 1970, Böse y Weinrich fundaron la editorial de izquierdas Estrella Roja (Roter Stern), que publicó numerosos libros sobre lucha revolucionaria y rebelión armada. Schnepel llevaba una librería y una editorial de izquierdas cuando decidió que «la literatura

política y las formas legales de protesta por sí solas» no eran suficientes para forzar un cambio político fundamental.¹⁴⁴ Consciente de las «crueldades» cometidas en nombre del capitalismo, se sentía en la obligación de actuar.¹⁴⁵ En todo caso, fue Böse —un «desbordante talento organizativo y agente clave en el movimiento radical de izquierdas»— quien aparentemente encarnó la «fuerza impulsora» para la formación de las Células Revolucionarias en 1973.¹⁴⁶

Brigitte Kuhlmann, cofundadora de las CR y la mujer terrorista del vuelo 139, era dos años mayor que Böse. Una persona del montón, con aspecto serio y altura media —su madre dijo de ella en una ocasión: «No eres guapa, desde luego, pero sí interesante»—,¹⁴⁷ nació en la ciudad del norte de Alemania de Hanover, en Baja Sajonia, y estudió Pedagogía (la ciencia de la enseñanza) antes de trasladarse a Frankfurt, donde trabajó con niños discapacitados. Al igual que Böse, «se movía en círculos radicales de izquierdas y conocía a miembros líderes de la RAF». Además, era «una feminista que disfrutaba de la vida, aunque tenía un fuerte sentido de la responsabilidad social y pedagógica». Había mantenido una relación con Böse, pero se estaba acostando con Schnepel antes de la operación del Air France. Schnepel la consideraba «una mujer liberada, antiautoritaria, resuelta y honrada»,¹⁴⁸ una «persona amable, cariñosa, socialmente comprometida».¹⁴⁹

Kuhlmann formó la Célula Revolucionaria original con Böse y Weinrich en Frankfurt en 1973; a Schnepel lo reclutaron poco después. A los cinco años, había once células en toda Alemania Occidental: cuatro en Frankfurt y su entorno, y otras en Berlín, el Ruhr y el sur de Alemania. Cada una de las células estaba compuesta por entre tres y cinco miembros y actuaba de manera autónoma; ningún integrante de una CR usaba su nombre real y, para reducir el riesgo de traición, solo una persona de cada célula se comunicaba con el resto de los grupos. Con frecuencia, los miembros de grupos locales eran —como Böse, Kuhlmann y Schnepel— «amigos o amantes y vivían o trabajaban juntos». Asimismo, se repartían las tareas de forma igualitaria, compartiendo las labores domésticas como la cocina y la colada, con solo «algunas recaídas ocasionales en el comportamiento “típico” [de acuerdo a los sexos]».¹⁵⁰

Las creencias básicas de las CR eran una mezcla de doctrina de liberación antiimperialista de izquierdas y fuertes elementos antisionistas, antipatriarcales y antirracistas. Rechazaban «el dogmatismo y el elitismo de la RAF» y querían «crear núcleos pequeños de resistencia que trabajen de forma autónoma en diferentes esferas de la sociedad y que luchen, intervengan [...] [y] formen parte del movimiento político de masas».¹⁵¹ Creían que los miembros debían seguir formando parte de la sociedad alemana convencional, en contraste con la RAF, más elitista, que consideraba que los revolucionarios debían ser completamente «marginales» (quedarse fuera del sistema sociopolítico convencional). Muchos miembros de las CR «llevaron una doble vida durante años, sin levantar sospechas» y, como resultado, a veces los llamaban *Feierabendterroristen* (o «terroristas extralaborales»)¹⁵²

Los primeros ataques terroristas de las CR consistieron principalmente en poner bombas en negocios extranjeros (sobre todo estadounidenses), tribunales y máquinas de billetes de tren, con explosivos caseros que provocaban pocas víctimas.¹⁵³ Hubo incluso uno con claras intenciones feministas, cuando mujeres de las CR —entre las que muy posiblemente estuviese Kuhlmann— colocaron una bomba en el Tribunal Federal de Justicia de Karlsruhe, en marzo de 1975, para protestar contra la reciente decisión de ese tribunal de bloquear la descriminalización del aborto.¹⁵⁴ Sin embargo, Kuhlmann, Böse y Weinrich empezarán pronto a forjar lazos con diversos grupos terroristas internacionales como el IRA, las Brigadas Rojas de Italia y, sobre todo, la facción del FPLP creada por Wadie Haddad. Según Schnepel, lo hicieron porque estaban ansiosos por «fortalecer el grupo» cooperando con otras organizaciones terroristas que compartiesen su filosofía política básica de izquierdas.¹⁵⁵ Veían la causa antisionista de los palestinos como parte de una lucha mayor antiimperialista y anticapitalista que se caracterizaba vagamente como una «revolución mundial».

No obstante, había asimismo una razón práctica: si formaban parte del proceso internacional de toma de rehenes podrían forzar al Gobierno alemán a liberar a algunos de sus presos políticos. Según Schnepel: «Pese a existir muchas diferencias con la Facción del Ejército Rojo, considerábamos que todos teníamos la obligación de hacer lo que pudiéramos para liberarnos. Así pues, la conexión con Wadie Haddad parecía una vía prometedora para materializar esa idea».¹⁵⁶

Y nadie creía tener esa obligación con más convicción que Kuhlmann. Se culpaba a sí misma del arresto de Ulrike Meinhof en 1972 por haber recomendado una casa segura en Langenhagen. Por desgracia, el dueño de la casa, un profesor, terminó sospechando que estaba dándole refugio a un miembro de la RAF y llamó a la policía. Para 1974, muchos de los otros líderes de la RAF —Baader, Ensslin y Raspe— también se encontraban entre rejas, y Kuhlmann y sus camaradas estaban decididos a liberarlos.¹⁵⁷

La primera operación conjunta con el FPLP de Wadie Haddad fue en el Aeropuerto de Orly de París, en enero de 1975, cuando Johannes Weinrich e Ilich Ramírez Sánchez, nacido en Venezuela (y más conocido como Carlos el Chacal), trataron de derribar un avión de El Al con un RPG-7 de fabricación rusa (un lanzagranadas propulsado por un cohete). Sin embargo, Weinrich erró en sus dos disparos y posteriormente lo detuvieron en Frankfurt por suministrar los coches usados en el ataque. Tras pagar una fianza, desapareció en espera de juicio y en 1977 se convirtió en la mano derecha de Carlos.¹⁵⁸

Con Weinrich fugitivo, un segundo terrorista de las CR llamado Hans-Joachim Klein formó equipo con Carlos para una operación de Haddad aún más espectacular: un ataque a la Conferencia de la OPEP (productores de petróleo) celebrada en Viena en diciembre de 1975. Su intención era secuestrar a los ministros petroleros, sacarlos

en avión de Viena a un destino «amigo» y liberarlos solo a cambio de un rescate y de una declaración a favor de Palestina por parte de sus Gobiernos. Si las exigencias no se cumplían, los ministros serían ejecutados.¹⁵⁹

Además de Klein, en el comando del Chacal había otra terrorista alemana, Gabriele Kröcher-Tiedemann —del Movimiento 2 de Junio (M2J), de corte anarquista—, un palestino y dos libios. El 21 de diciembre asaltaron el edificio que acogía la conferencia, mataron a tres personas y cogieron a sesenta y dos rehenes (incluidos once ministros petroleros). En el subsiguiente intercambio de disparos con la policía, Klein resultó herido en el estómago. No obstante, después de recibir asistencia en un hospital de Viena, se le permitió volver a reunirse con los terroristas y el grueso de los rehenes para coger un vuelo a Argelia. Tras un breve desvío a Libia, el avión regresó a Argelia y los rehenes fueron liberados a cambio de un rescate no especificado de hasta veinte millones de dólares (abonado supuestamente por Arabia Saudí) y un salvoconducto para salir del país.¹⁶⁰

Sin embargo, Wadie Haddad no quedó impresionado. Según Bassam Abu-Sharif, del FPLP, «ninguno de los objetivos económicos y políticos de aquella operación inmensamente compleja» se había cumplido y Haddad la consideró «un completo fracaso». Carlos había «desaprovechado una oportunidad fabulosa». Cuando el Chacal regresó al campamento de entrenamiento del FPLP en el sur de Yemen, Haddad le dijo que había cogido «complejo de estrella» y que no había «sitio para las estrellas en mis equipos de operaciones». Le ordenaron que se marchase.¹⁶¹

Así fue como el Chacal abandonó el FPLP de Haddad para atacar por su cuenta. Le contó a Bassam que estaba pensando en establecer un grupo de acción directa en América del Sur donde había «muchos fascistas que necesitaban un saneamiento». A Bassam no le convenció aquello. Le parecía que el Chacal no tenía la capacidad organizativa para llevar un grupo terrorista. Era un «ejecutor» más que una «mente maestra» y «en esa ocasión había fracasado en su ejecución».¹⁶²

Plenamente determinado por el fracaso del Chacal, Haddad empezó a tramar una nueva operación con las CR: el secuestro de un avión que transportase pasajeros israelíes a Francia. Su FPLP suministraría a dos de los cuatro hombres del comando, Khaled al-Khalili y Ali al-Ma'ati, ambos jóvenes palestinos en su primera misión (con camisetas amarilla y roja, respectivamente, durante el secuestro);¹⁶³ por su parte, los líderes de las CR Boni Böse y Brigitte Kuhlmann equilibrarían la balanza, con Böse al mando de todo.

Böse ya había recibido formación en el campamento de Haddad en el desierto del sur de Yemen. En esos momentos, le había llegado el turno a Kuhlmann, junto a su novio Gerd Schnepel, que se estaba preparando para futuras misiones. Además de limpiar, reparar y disparar armas —como pistolas, rifles automáticos e incluso bazucas—, aprendieron a manejar y a preparar granadas y explosivos. En cualquier caso, la formación más eficaz era la psicológica: cómo controlar a los rehenes y hablar con ellos. Haddad instruyó en concreto a Kuhlmann para que mantuviese la

distancia y no sintiera pena por ellos. Schnepel recordaba: «Nos dijeron que nos lo tomásemos como una acción militar y que no nos pusiéramos a ofrecerles té a los rehenes».

Schnepel está convencido de que una combinación de esa formación y el hecho de que Kuhlmann pudiera percibir que, como mujer, debía ser «más dura» que los hombres del comando es el motivo por el que algunos rehenes judíos del vuelo 139 de Air France afirmaron *a posteriori* que la mujer se comportaba como una «nazi». En realidad, afirma Schnepel, «Brigitte era muy amable, muy cariñosa [...]. Por lo general, era una persona tierna, pero al mismo tiempo, muy disciplinada».

Kuhlmann no le dio a Schnepel ningún detalle sobre su misión con Böse. Por el contrario, se limitó a decirle que no sabría nada de ella durante un tiempo y añadió: «Después, espero volver. Pero es una operación peligrosa». Cuando Schnepel le preguntó si podía acompañarla, Kuhlmann se negó a responder.¹⁶⁴

20.20 GMT, Jerusalén, Israel

Tras recibir la última la información procedente de Bengasi, Isaac Rabin convocó una segunda reunión de la comisión ministerial en su oficina de Jerusalén a las 22.20. Estaban presentes Allon, Yacoobi, Zadok y Galili, pero no Peres, que seguía en la Kirya, en Tel Aviv, deliberando con Gur, el jefe del Estado Mayor.

«Aquí está la nueva información —dijo Rabin mientras hojeaba un dossier que tenía delante—. El avión ha permanecido siete horas en tierra, en Bengasi, para repostar. Han liberado a una pasajera, una mujer embarazada. El avión ha despegado... No tenemos ni idea de hacia dónde se dirige. Entretanto, el aeropuerto Ben-Gurion se encuentra en estado de alerta máxima. Con respecto a la identidad de los atacantes, parece que hay cuatro: dos árabes del Frente Popular para la Liberación de Palestina y dos alemanes de un grupo terrorista escindido que se hace llamar “Células Revolucionarias”. Eso es todo lo que sabemos.»¹⁶⁵

Dado que el posterior y «tenso» debate no añadió nada a la «cantidad total de informaciones o ideas», Rabin puso fin a la reunión y se marchó a su residencia privada. Debían ponerse de inmediato en contacto con él si había alguna noticia.¹⁶⁶

21.00 GMT, espacio aéreo libio

Los pasajeros, aún desconocedores del destino final del avión, aunque vagamente conscientes de que se dirigían al sur, trataron de dormir. Sin embargo, a algunos les resultaba imposible. Hubo disputas en voz alta por los asientos y luego, desde la parte delantera del avión, se oyeron los gritos angustiados de una mujer al reflexionar sobre

la absoluta gravedad de la situación en la que estaba metida. Solo se calló cuando la terrorista Brigitte Kuhlmann, con un rostro «mezquino y lleno de odio», amenazó con dispararle.¹⁶⁷

Mientras el avión avanzaba, Michel Cojot se percató de que el nuevo «capitán» —Wilfried Böse, un hombre al que describió como «un alemán rubio y rechoncho, de unos treinta años»— «empezaba a pasar más tiempo con los pasajeros, tratando de sonreír e incluso de bromear». Se esforzaba «mucho por calmar a sus compañeros, sobre todo a los dos jóvenes árabes, que seguían muy nerviosos». Poco a poco fueron mostrándose «menos tensos y algunos pasajeros se durmieron». Incluso el joven Olivier «dejó de hacer preguntas y cayó hecho un tronco» sobre el hombro de su padre. Cojot recordaba: «Pensé en posibles sitios para aterrizar. Me daba mucho miedo el sur de la península Arábiga: el sur de Yemen o, peor, la provincia de Dhofar, en estado de rebelión. Prefería un Estado soberano bien consolidado, con sede en Naciones Unidas y numerosos vínculos diplomáticos».¹⁶⁸

23.30 GMT, Lod, Israel

Más de tres horas después de que el avión secuestrado hubiese salido de Bengasi — más o menos el tiempo que se habría tardado en volar a Israel desde allí—, Muki Betser y el equipo antiterrorista de la Unidad se encontraban en estado de alerta total en un pequeño hangar del Aeropuerto Internacional Ben-Gurion, cuando el general Adam entró acompañado del ministro de Defensa Simón Peres. «Varios de los soldados que estaban allí dentro parecían serios y formales. No mostraban signos de tensión», registró Peres.¹⁶⁹

Al pedirle Adam que volviese a repasar los elementos esenciales del plan para Peres, Betser lo hizo «dando golpecitos en el mapa del aeropuerto» que tenía detrás, colgado de la pared, y «contando “Posiciones Uno, Dos, Tres y Cuatro” para cada uno de los pelotones». Y continuó:

—Aquí está la pista, la torre de control dirigirá el avión hasta aquí. —Señaló una pista marcada en el mapa—. Y como siempre, si tomamos la iniciativa podremos controlar los acontecimientos. ¿Alguna pregunta?

Unos pocos soldados plantearon ciertas cuestiones técnicas y a continuación la sala quedó en silencio.

—¿Alguien quiere comentar algo? —preguntó Peres desde la parte trasera del hangar.

Nadie habló.

—¿Alguien participó en la operación del Sabena? —insistió Peres.

Un soldado llamado Danny levantó la mano.

—¿Quiere comentar algo del plan?

—No.

—Perfecto. Les deseo toda la suerte —replicó Peres.

Sin embargo, en vez de marcharse, el ministro llamó a una sala aparte a Betser, a Adam, al asesor de este último, el coronel Avigdor BenGal, apodado Yanosh, y al coronel Ran Bag, el director de contraterrorismo en el Comando de Infantería y Paracaidistas (que había pasado el día perfilando los detalles del plan con Betser).

—¿Por qué este método y no el del Sabena? —preguntó Peres cuando se cerró la puerta tras él.

Porque era un error utilizar el mismo método dos veces, según explicó un exasperado Betser.

Adam lo apoyó.

—Se hizo una demostración de este plan la semana pasada ante el Estado Mayor. Funciona —le dijo a Peres.

—Vale. Doy mi aprobación —respondió el ministro.

Peres se marchó y dejó a Betser y a sus hombres «a la espera de la aparición del avión». Mientras la noche avanzaba, llegaron informes según los cuales el avión se dirigía al sur, no al este, «sobrevolando el Sáhara, adentrándose en África, y más allá de nuestro alcance». Betser aún no había descartado la posibilidad de que el avión apareciese «en una ruta sorpresa por el sur de Egipto y luego subiese por el mar Rojo». Sin embargo, al amanecer el avión había «desaparecido en el centro de África», y Betser al fin suspendió la alerta en el aeropuerto y regresó a la base.¹⁷⁰

DÍA 2: LUNES, 28 DE JUNIO DE 1976

00.02 GMT, espacio aéreo de Uganda, este de África

La primera noticia que el capitán Michel Bacos tuvo sobre el destino final del avión, tras más de cinco horas de vuelo, le llegó cuando Wilfried Böse, pistola en mano, le dijo que se preparase para aterrizar en Entebbe, el aeropuerto internacional de la capital de Uganda, Kampala.¹

Más o menos al mismo tiempo, Claude Moufflet se despertó de un sueño intermitente de dos horas y se encontró a las dos muchachas canadienses «charlando en voz baja» y a otros pasajeros rezando y durmiendo. Los terroristas estaban en sus puestos usuales: uno en la parte de atrás de clase turista y otro delante, y la alemana sentada en primera clase. Moufflet empezó a hojear un número de la revista *Cosmopolitan* cuando la voz de Böse apareció por el intercomunicador: «Nos estamos preparando para aterrizar en Kampala. Bajen las cortinillas y abróchense los cinturones».²

La noticia provocó un asombro generalizado entre los vecinos de Moufflet en el avión, porque prácticamente nadie sabía que Kampala era la capital de Uganda, y mucho menos que Uganda era un país africano negro, antigua colonia británica, ni tampoco que el jefe de Estado en el país era el capitán general y doctor Idi Amin Dada, antiguo suboficial del Ejército británico. Moufflet se planteó si habría sabido todo eso de no haber sido porque su primo trabajaba en la vecina Ruanda, y porque había visto recientemente una película «fascinante» en París sobre Amin y la Organización para la Unidad Africana (OUA).³

Al comunicárselo a sus vecinos, hizo circular el mapita de su agenda para que todos pudieran ver la ubicación de Kampala al borde del lago Victoria, justo encima del ecuador, en el este de África. Al norte se encontraba Sudán; al oeste, Zaire; al sur, Ruanda y Tanzania, y al este, Kenia. Mientras los demás estudiaban el mapa, los dos terroristas palestinos se apostaron junto a las salidas de emergencia, en la mitad y en la cola del avión. Kuhlmann hizo lo propio en primera clase.⁴

Recién pasadas las 3.20, hora local (GMT más tres horas), y tras rodear el aeropuerto, el avión tocó tierra en la pista principal de Entebbe y se detuvo en el extremo más alejado de esta. Aún era de noche, pero por una cortinilla medio abierta Moufflet pudo ver las luces de dos vehículos que se acercaban al aparato.⁵

En primera clase, una mujer francesa sentada con su hija de dos años en la fila de asientos situada delante de Michel y Olivier Cojot, de repente empezó a gritar. A Olivier le pareció que había «perdido por completo la cabeza». Preocupados porque

le hiciese daño a su hija, Olivier y su padre le agarraron los brazos «para contenerla». Claramente, había estado sometida a mucho estrés y la llegada a «Entebbe hizo que se viniera un poco abajo». ⁶ Al final, con ayuda de la tripulación, lograron calmarla. Por suerte, su hija pequeña, «embobada viendo a su mamá patalear», había «permanecido callada». Sin embargo, a Michel Cojot le quedaron unas marcas en ambas manos en forma de arañazos profundos. ⁷

Una hora después, Böse anunció que pronto abrirían una de las salidas del avión para que él pudiese hablar con el presidente Idi Amin Dada, en persona o por radio. Pero no ocurrió nada, y los pasajeros continuaron sus «interminables idas y venidas a los baños» entre gritos de «¡Sentados!», «¡No fumen!», «¿Dónde está Uganda?», «¿Creen que vamos a ver a Idi Amin Dada?» y «¡Cállense ya!». ⁸

La sola mención de Amin bastaba para aterrorizar a Julie Aouzerate, una argelina que recordaba al dictador africano jactándose de cuánto admiraba a Adolf Hitler. Julie anotó: «Primero, la mujer alemana gritando órdenes y lanzando unas miradas aterradoras... Y ahora, el país de Idi Amin. Durante esos momentos me imaginé que había entrado en un terrible mundo de pesadilla: el mundo de los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial». ⁹

Ese miedo por lo que aguardaba a los rehenes en Uganda era de esperar. Desde que tomó el poder en 1971, Idi Amin, el presidente vitalicio y dictador *de facto* del país, había roto lazos con su anterior aliado Israel, había ordenado la expulsión de asiáticos no nacionales y había ejecutado a miles de oponentes políticos. Marginó aún más a Occidente cortejando a países árabes sin escrúpulos como Libia y a la Unión Soviética; además, fue Amin quien ayudó a convencer a casi todos los países africanos de que rompiesen sus relaciones diplomáticas con Israel a raíz de la guerra de Yom Kipur en 1973.

Amin, antiguo boxeador de peso pesado —un hombre corpulento de un metro noventa y cinco de altura—, era una figura mítica que tenía dividida a la opinión pública: a ojos de muchos africanos negros, su disposición a alzarse frente a sus antiguos jefes coloniales lo convertía en un héroe; para quienes estaban en Israel y en Occidente, por el contrario, era un bala perdida político con un apetito sexual enorme —había tenido cinco esposas, incontables amantes y numerosos encuentros sexuales breves, no todos ellos consentidos— y aficionado, o eso se rumoreaba, a comer carne humana; la acusación de canibalismo nunca se llegó a demostrar. De lo que sin embargo no hay duda es de que Amin era un hombre de extremos. Uno de sus antiguos ministros de Gobierno lo describía por una parte como «casi analfabeto», «políticamente inexperto», «violentamente impredecible» y «absolutamente implacable» y, por la otra, como «jovial y generoso» y con «talentos extraordinarios: para la acción práctica a corto plazo, para convertir una aparente debilidad en su gran ventaja y para reafirmar su liderazgo entre una panda de matones». ¹⁰

Poco sorprende que los rehenes —sobre todo los israelíes— estuviesen nerviosos.

2.00 GMT, Jerusalén, Israel

Isaac Rabin estaba durmiendo profundamente en Beit Aghion, su residencia oficial situada en el número 9 de la calle Smolenskin, en el exclusivo distrito de Rehavia al oeste de Jerusalén, cuando sonó el teléfono que tenía junto a la cama.

—¿Quién es? —preguntó medio dormido.

—Freuka.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la mañana. Siento despertarle. El avión ha aterrizado en Entebbe, Uganda.

Rabin se sintió aliviado.

—Mejor eso que un país árabe —le dijo a su asesor militar, el general de brigada Freuka Poran—. Conocemos al presidente ugandés Idi Amin.

—¿No hizo aquí su curso de formación en paracaidismo?

—Sí. Y durante el apogeo del programa de ayuda a África de Golda Meir, bastantes de nuestros especialistas trabajaron en Uganda. Algunos deben de conocerlo personalmente, así que, con suerte, podremos arreglar el asunto pronto. Intente averiguar quién lo conoce. ¿Alguna noticia sobre las exigencias de los secuestradores?

—Nada.

—Convoque una reunión antes que nada.

—Lo haré. Usted procure seguir durmiendo.¹¹

3.40 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Al amanecer —6.40, hora local—, los pasajeros más temerarios levantaron las cortinillas y miraron fuera del avión. Por la ventanilla, a su derecha, Claude Moufflet pudo ver el lago Victoria y a unos «soldados armados con uniformes de estampado leopardo que, ligeramente ocultos por unas hierbas altas», se estaban «acercando con precaución al avión».¹²

A su izquierda divisó un *jeep* con más soldados ugandeses y un civil, y tras ellos una carretera por la que pasaban «coches, un camión y un autocar y varias personas a pie». A lo largo del borde de una zanja, a unos catorce metros del avión, había apostado un círculo de soldados ugandeses armados con uniforme de camuflaje y boinas rojas (lo que denotaba, aunque el francés no era consciente, su condición de paracaidistas de élite). Moufflet se percató de que el avión estaba «completamente rodeado».¹³

Michel Cojot, que había pasado muchos años felices trabajando en África, miró con cariño nostálgico «la sabana, los campos de árboles altos y frondosos» y las «grandes nubes de El Greco». Sabía que Kampala estaba a varios cientos de metros sobre el nivel del mar y que en esa «llanura alta» no «iban a sufrir calor». Aun así,

resultaba irónico «aterrizar en el país» que Gran Bretaña había «¡ofrecido a los judíos para ser su Estado a principios de siglo!». Si «no se hubiesen negado —reflexionó—, quizá ahora estaríamos en manos de terroristas ugandeses», en vez de palestinos y alemanes.¹⁴

Desesperado por cualquier información que pudiera cosechar, Moshe Peretz le preguntó al «terrorista de la camisa amarilla» en árabe cuántos días tenían previsto estar en Entebbe. «Mucho tiempo» fue la respuesta.¹⁵

—¿De dónde es usted?

—Nací en Haifa —dijo el terrorista, confirmando la sospecha de Peretz de que era palestino.¹⁶

Justo después de las 8.00, se abrió la puerta de salida de la parte delantera del avión. Wilfried Böse informó a los pasajeros de que había llegado una delegación del Gobierno de Uganda y las negociaciones estaban a punto de comenzar. Moufflet pudo ver por la ventanilla cómo llegaba un *jeep* con dos oficiales ugandeses. Uno era alto y delgado, vestido con un uniforme azul marino con tres estrellas en los hombros; el otro era aún más alto y más delgado, con un uniforme caqui y charreteras doradas y el pecho lleno de medallas. Ese segundo oficial —que de primeras Moufflet dio por sentado que era Amin— estaba enfrascado en una conversación con «un tipo pequeño con gafas, un traje azul y un gorro verde», parecido a Yasser Arafat.¹⁷

El hombre parecido a Arafat era, de hecho, un veterano del FPLP de Wadie Haddad llamado Jayel Naji al-Arjam que, junto con dos camaradas, había ido a unirse a los cuatro secuestradores originales. El oficial ugandés no era el presidente Idi Amin, sino uno de sus generales. Estaban discutiendo sobre qué hacer con los rehenes. El hecho de que los refuerzos del FPLP, armados con rifles de asalto, fueran capaces de moverse «libremente por el aeropuerto en vehículos diplomáticos»¹⁸ y los ugandeses no les impidiesen ayudar a sus camaradas secuestradores fue la confirmación para Michel Cojot y para muchos otros pasajeros de que Amin estaba conspirando con los terroristas y conocía sus planes con antelación. Ese vínculo entre el dictador de Uganda y los secuestradores lo confirmó más adelante Gerd Schnepel, el colega de Böse y Kuhlmann, quien afirmó: «Amin cooperaba con el FPLP. Los soldados [ugandeses] que defendían el aeropuerto no lo sabían. Pero el propio Gobierno de Idi Amin estaba ayudando a Wadie Haddad por su historia con Israel».¹⁹

Al tiempo que continuaba la discusión entre Al-Arjam y el general ugandés, Böse trataba de calmar a los pasajeros diciéndoles que los soldados que rodeaban el avión estaban allí por su seguridad, no para hacerles daño. Continuó afirmando que le había pedido al director del aeropuerto «un pequeño desayuno para todos» y que estaba seguro de que pronto podría hablar con el presidente Amin.²⁰

Mientras seguía la espera, la temperatura subió y el hedor de los baños a rebosar se hizo casi insoportable. Sara Davidson estaba convencida de que a los israelíes los iban a «separar del resto de los pasajeros» como había ocurrido en anteriores secuestros, y le aterrorizaba que dividiesen también a su familia. En su diario

garabateó: «¿Que me aparten a mí y a mis hijos de mi marido? No podríamos soportarlo». Aun así, el mero hecho de estar en tierra firme era un alivio para ella y «menos peligroso que volar con una panda de secuestradores apuntando con pistolas a las cabezas de los pilotos».²¹

La joven canadiense Louise Kourtis, por otro lado, estaba segura de que se acercaba el final.

—Van a matarnos. Van a volar el avión —le dijo a su amiga Jo-Anne Rethmetakis.

—Por supuesto que no —intervino Claude Moufflet—. Es casi imposible que vuelen el avión al inicio de las negociaciones. Sed pacientes, mantened la calma y poneos todo lo cómodas que podáis.

Rethmetakis estuvo de acuerdo con Moufflet, y Kourtis, aunque lejos de convencerse, permaneció callada.

Sobre las 10.00, Böse hizo otro anuncio: «Por favor, siéntense. Van a servirles el desayuno y es necesario que permanezcan en sus asientos. Estoy muy satisfecho con las negociaciones por el momento. Aún no les he contado los motivos de este secuestro porque no he tenido mucho tiempo, pero les comunicaré nuestros objetivos en cuanto pueda».

Al poco apareció el desayuno a bordo del avión. Consistía en un huevo frito acompañado por champiñones de lata, o patatas o un trozo de pan, servido en platitos de plástico rosa, con un tenedor o un cuchillo o una cuchara para comérselos, solo una pieza de cubertería por pasajero. Eso provocó las quejas usuales entre los pasajeros, pero un azafato respondió en tono calmado: «Es pan o patatas. No hay mucho y todo el mundo tiene que comer algo».

Al final subieron a bordo más comida —una carne con salsa en filetes diminutos y algunas rebanadas de pan— y la tripulación decidió llevarla directamente a la parte de atrás del avión para que los pasajeros se sirvieran. «Comprobarán rápido si es o no fácil hacer todas las raciones iguales», le dijo un azafato a otro.

Moufflet escuchó sin querer el comentario y pensó que era «la única muestra de mal humor por parte de la tripulación» desde que habían salido de Atenas.²²

A las 10.30, en un intento por airear un poco el sudoroso avión, los terroristas abrieron la salida trasera y ataron la abertura con las corbatas de los azafatos. Moshe Peretz estaba seguro de haber visto a través de esa abertura a «Idi Amin negociar con las guerrillas».²³

5.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Ben Fallin y su jefe iban por el atajo de siempre hacia su oficina y taller en la que había sido la zona de salidas del edificio de la terminal antigua —por un campo que conducía a un puesto de vigilancia en el perímetro del aeropuerto— cuando divisaron en la vieja pista diagonal, en el extremo pegado al lago, un Airbus de Air France

rodeado por soldados ugandeses armados. La causa de aquello les quedó clara cuando detuvieron el microbús Volkswagen ante el puesto de vigilancia: «Hay un secuestro. No vayan a la rampa», les explicó un oficial.

Fallin, un ingeniero de radio de veintiocho años procedente de Miami, Florida, formaba parte de la docena de estadounidenses contratados por Uganda Airlines para ocuparse del pilotaje y mantenimiento de su única aeronave, un avión de turbohélice Lockheed L382 (el equivalente civil al transporte militar Hercules C-130). Uganda Airlines le había comprado el L382 a la misma empresa de aviación estadounidense que pagaba el salario de Fallin, Page Avjet. No obstante, el auténtico patrón de Fallin era el Gobierno de Idi Amin, propietario absoluto de Uganda Airlines, que utilizaba su L382 principalmente para transportar té, café y algodón de alta calidad a las lonjas de Londres.

Una hora después de llegar al aeropuerto, Fallin se encontraba en su oficina —la antigua tienda de recuerdos— cuando entró un grupo de altos oficiales ugandeses acompañados de sus asistentes. Uno de ellos anunció: «Vamos a evacuar este edificio de inmediato. Regresen a su hotel a jugar al golf. Y llévense sus cajas de herramientas. Tienen un camión a su disposición si lo necesitan. Les comunicaremos si se produce algún cambio».

Con la idea de que la evacuación estaba vinculada al secuestro, Fallin y sus colegas recogieron los equipos y regresaron por la carretera del aeropuerto hasta su lugar de residencia, en la vecina ciudad de Entebbe. Pese a que Fallin se alojaba en el Lake Victoria Hotel, acudió primero a casa de su inspector —en el 103 de Government House—, a las afueras de Entebbe, consciente de que quedaba a poca distancia del extremo de la pista antigua. Una vez allí, se metió sigilosamente por un seto y, con unos prismáticos, pudo ver perfectamente el avión secuestrado y cómo la mujer terrorista aparecía en la escalera que habían llevado hasta la salida delantera. Parecía nerviosa.²⁴

6.00 GMT, Kampala, Uganda

Lo primero que Henry Kyemba, el ministro de Sanidad de Uganda de treinta y seis años, supo sobre la llegada del Airbus a Entebbe fue lo que escuchó en una emisión del BBC World Service a las 6.00. Kyemba no pertenecía al círculo interno de Idi Amin —y estaba cada vez más desilusionado con el estilo de mando impredecible y psicótico de su presidente—, por lo que lo habían excluido de la conspiración con Wadie Haddad. No obstante, tras oír el comunicado de la BBC, se dio cuenta de que su Ministerio «estaría estrechamente implicado en cualquier operación ligada a los rehenes y a la tripulación» y fue directo desde su casa en Kampala hasta la sede del Ministerio, en Entebbe, junto a la Casa del Estado de Amin, a unos tres kilómetros del aeropuerto.²⁵

A las 9.00 recibió una llamada de Amin. «Kyemba, unos palestinos han secuestrado un avión de Israel y lo han traído a Entebbe», le dijo el presidente. Según afirmó, ya se había puesto en contacto con ellos y quería que Kyemba buscara a un médico y a una enfermera «para ayudar con cualquier asistencia médica necesaria». Dado que el secretismo era primordial, Amin quería un equipo pequeño y simpatizante y «para hacer el trabajo [señaló] a una enfermera en particular de Nubia». La elección de un médico «aceptable para los palestinos» la dejó en manos de su ministro de Sanidad. Kyemba se puso debidamente en contacto con un egipcio, el doctor Ayad, y le pidió que se mantuviese en espera en el hospital de Entebbe junto a la enfermera «para un servicio de emergencia».²⁶

6.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Tras despertarse temprano después de solo unas horas de sueño, Simón Peres llamó al primer ministro Rabin «para informarle sobre los acontecimientos de la noche». A continuación se duchó y se hizo un café antes de regresar a su oficina en el centro de Tel Aviv, donde «estaban revisando» un «incesante flujo de informes» sobre el secuestro. En opinión de Peres, «algunos parecían fantasiosos y otros, sencillamente contradictorios» y «resultaba complicado cribar hechos de ficción».

Según uno de esos informes, entre los pasajeros secuestrados había un grupo de oficiales de alto rango de las Fuerzas de Defensa de Israel. Sin embargo, Peres sabía que eso era falso porque, para entonces, el Ministerio había «conseguido una lista completa y precisa» de los pasajeros y la tripulación del Air France —confirmando así una cantidad de 246 personas, y no 230, como se pensaba al principio—, y no incluía a ningún mandamás de las FDI.²⁷

7.15 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Con el desayuno recogido, dos jóvenes ugandeses recorrieron el pasillo del Airbus con unas palanganas enormes de agua en los hombros. Su trabajo, explicó Wilfried Böse por el intercomunicador, era limpiar los baños y luego suministrar palanganas nuevas de agua para que los rehenes se lavasen. Al mismo tiempo, los azafatos y las azafatas pasaron por los pasillos con bolsas grandes de plástico para recoger «papeles usados, botellas vacías, platos, cubiertos y cualquier resto de comida».

La atmósfera relajada —que Claude Moufflet comparó con viajar «en un vuelo chárter de vacaciones»— suponía que había muchos rehenes riendo y hablando en alto, «como si todo hubiese acabado».

Böse añadió sus propias palabras de confortación: «Probablemente sepan que la historia de los secuestros de aviones ha demostrado que ningún cautivo ha sido nunca asesinado. Nosotros dirigiremos las negociaciones. Tenemos exigencias. Si se

aceptan nuestras exigencias, los liberaremos y los mandaremos pronto de vuelta a sus casas, con sus familias». Para quienes como Michel Cojot sabían la verdad —que sí habían muerto rehenes a manos de secuestradores, el más reciente, un banquero alemán durante la toma de un VC-10 de British Airways por parte de palestinos, en Túnez en 1974—, esa afirmación no era en absoluto reconfortante.

Böse continuó: «Aún no he tenido tiempo de explicarles las razones de este secuestro. A menudo a la gente le cuentan que los aviones de Air France no pueden ser objetivos de secuestros porque Francia tiene una política muy proárabe. Eso no es verdad. Francia es uno de los primeros países en la lista de enemigos palestinos».²⁸

El alemán leyó entonces un comunicado mecanografiado del FPLPME que era, en efecto, una justificación del secuestro. Habían elegido un avión francés, según dijo, «para declarar al mundo que el Estado francés es un enemigo histórico de la Nación árabe». No era «más que un socio menor postrado ante el imperialismo de Estados Unidos» y aun así se trataba de «un importante ejecutor del neocolonialismo en el Mediterráneo». Prueba de ello era su conspiración con Reino Unido e Israel en la invasión de Egipto durante la Crisis de Suez de 1956, su suministro de cazas Mirage y otro equipamiento militar a Israel que permitió a este último lograr una «victoria decisiva» en la guerra de los Seis Días, y su papel en la conversión de Israel en una potencia nuclear.

El propio Israel, continuaba el comunicado, había «explorado los sentimientos humanistas de su pueblo con fines inhumanos», expulsando a los palestinos «de su tierra natal» e importando a «gente ajena para sustituirlos bajo el lema de rescatar a los judíos de la barbarie europea [...] planificada por los nazis». Israel se había convertido, como resultado, en «heredero del nazismo». El objetivo del FPLP, afirmó Böse, era liberar a toda Palestina, expulsar a los judíos y establecer «una democracia secular socialista».

Tras dirigirse a Anwar el-Sadat, el presidente de Egipto, para firmar un acuerdo provisional con Israel sobre el futuro del Sinaí, y a Hafaz al Asad, el presidente de Siria, para promover una guerra civil en el Líbano (el nuevo hogar de la OLP), el comunicado declaraba el apoyo del FPLP a los rebeldes antigubernamentales de Eritrea, Marruecos, Sudáfrica, Angola y Yibuti, este último bajo control francés. Concluía con un llamamiento a «los revolucionarios de todas partes» a «representar a los oprimidos» y a «unirse para crear un frente revolucionario mundial y derrotar al imperialismo en todos sitios».²⁹

El largo manifiesto de Böse, leído «en bastante buen inglés», le recordó a Michel Cojot a «un batiburrillo de Ulrike Meinhof y la revolución palestina, de imperialismo y culpa francesa por suministrar armas y un reactor nuclear a Israel... En resumen, un guiso izquierdista a la [Andreas] Baader, del tipo que se servía con frecuencia de ciertos periódicos del Tercer y Cuarto Mundo, e incluso del estrado de Naciones Unidas».

Cuando Böse pidió que alguien tradujese el comunicado al francés, los «cinco o seis miembros de la tripulación sentados cerca [...] se miraron entre ellos como alumnos cuando el profesor pide un voluntario para salir a la pizarra». Estaban claramente agotados, así que Michel Cojot intervino. Tras recibir una «página mal escrita a máquina» y un megáfono en forma de cono para amplificar su voz, ofreció «una traducción casi fidedigna».

Mientras lo hacía, «aprovechó la oportunidad para echar un vistazo» a las «bolsas medio abiertas» de los terroristas que tenía delante de él y vio algunas granadas, armas cortas «y una ametralladora con carga. ¡Nada mal para un equipaje de mano!». Se percató además de que, desde el aterrizaje, los terroristas eran «cada vez menos cautos» y de que «a veces, tres de ellos estaban en la parte delantera del avión juntos, con las armas en los cinturones, los percutores bajados y las granadas en los bolsillos; claramente, habían ganado el primer asalto».³⁰

Claude Moufflet también se había dado cuenta de la guardia bajada de los terroristas y del hecho de que a menudo había «solo dos, con las armas en los bolsillos, instalados en la puerta de delante, vigilándonos». En consecuencia, se sintió tentado a empujarlos a los dos fuera del avión y cerrar la puerta tras ellos. Sin embargo, decidió no hacerlo porque temía una respuesta violenta de los terroristas y sospechaba, en cualquier caso, que una exclamación repentina de uno de sus compañeros rehenes destaparía el pastel.³¹

Una vez que Cojot hubo concluido la interpretación al francés, Böse intervino de nuevo: «Ahora les hablaré sobre nuestro comando. Se compone de dos alemanes y de dos palestinos. Se preguntarán por qué dos alemanes forman parte de nuestro grupo. Los grupos guerrilleros alemanes están comprometidos con la lucha contra el imperialismo en todo el mundo y quieren hacer que la opinión pública mundial se interese por la causa del FPLP y por otras ideas revolucionarias, cosa que no hace. Nuestro siguiente objetivo es conseguir la liberación de todos los luchadores como ellos encarcelados en Francia, Alemania, Israel y África, en Yibuti. Pido disculpas si este mensaje parece confuso y no muy claro, pero el inglés no es mi lengua materna, e incluso aunque lo hablo a menudo, estoy muy cansado porque llevo más de setenta y dos horas sin dormir. Hablaré con ustedes cuando haya descansado y lo entenderán mejor».³²

Tras una pausa, añadió: «¡Al menos ahora saben cómo funciona la mente de un revolucionario alemán loco!».³³

Un poco después de leer el comunicado del FPLP-ME, mientras Böse descansaba al fondo del avión, el abogado israelí Akiva Laxer habló con él en alemán y le preguntó por qué los terroristas habían elegido como objetivo a mujeres y a niños. Cuando Böse repitió su argumento de «la lucha por la solidaridad mundial» y el de un grupo de luchadores por la libertad que ayudaba a otro, Laxer cambió de palo y le preguntó cómo Böse había acabado en Entebbe. El alemán le respondió que

había estado implicado en varias actividades terroristas, como la colocación de unas bombas en supermercados de Berlín y otras ciudades, y que pensaba que acabaría aquella operación «encerrado muchos años en la cárcel o muerto».³⁴

10.00 GMT, Tel Aviv, Israel

El comandante Muki Betser estaba de vuelta en su oficina en las entrañas de la Kirya cuando oyó una crónica radiofónica en la Voz de Israel según la cual el avión secuestrado había aterrizado en Entebbe, Uganda, donde, en palabras de Betser, «el presidente, capitán general y anterior paracaidista israelí Idi Amin Dada (que nunca había saltado ni se merecía sus alas)» había «ofrecido sus servicios como mediador».

Desde su marcha de Uganda en 1972 junto a los demás «ignominiosos» israelíes, Betser había notado cómo las «apariciones [de Amin] en el escenario internacional eran cada vez más estafalarias». Se había llevado a «docenas de mujeres de las aldeas de su país para servir en un harén y había alimentado con sus oponentes políticos a los cocodrilos que vivían en las orillas del lago Victoria». Los embajadores estaban «obligados a arrodillarse ante él si sus Gobiernos querían buenas relaciones con Uganda». Y aun así, pese a todo ello, afirmaba Betser, la Organización para la Unidad Africana —creada por treinta y dos Gobiernos signatarios en 1963 para dar una voz colectiva a los Estados africanos— había elegido a Amin como presidente en 1976.

Al oír las noticias «extremadamente incompletas» procedentes de Uganda, «en su mayoría de la BBC, basadas en corresponsales en Kampala», a Betser le surgieron muy serias sospechas sobre el papel de Amin. Pensó que «resultaba imposible determinar si el presidente había permitido que el avión aterrizase porque el piloto había dicho que necesitaba desesperadamente combustible o si Amin estaba en el mismo bando que los terroristas». Su propia experiencia con la «traición» de Amin le hacía sospechar lo último.³⁵

10.05 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Justo después de la una de la tarde, con una temperatura en el Airbus de unos sofocantes 32 grados Celsius, a los pasajeros, exhaustos pero notablemente animados todavía, les alivió oír a Wilfried Böse anunciar que estaban a punto de abandonar el avión con el equipaje de mano y trasladarse en autobuses al edificio de la terminal antigua.

Sin embargo, la decisión quedó anulada al poco tiempo y, en vez de eso, le dijeron a Bacos que encendiera los motores y se deslizase hasta ese punto. Cinco minutos después, el avión se detuvo en la plataforma directamente situada frente a un edificio ruinoso de dos plantas que había funcionado como la terminal del aeropuerto

de Entebbe desde la inauguración de las pistas en 1929 hasta la construcción de una terminal más nueva y moderna, a principios de la década de 1970. Diversas aeronaves habían utilizado la terminal antigua, desde su primer visitante, un biplano Fairey III de la RAF británica en ruta entre El Cairo y Ciudad del Cabo, hasta un de Havilland Comet que aterrizó a principios de la década de 1950, y modernos aviones de pasajeros más recientemente. Su viajero más famoso había sido la reina Isabel II, que despegó de Entebbe de regreso a Inglaterra al enterarse de que su padre Jorge VI había muerto y ella se convertía en la monarca del Reino Unido.

Pocos de los pasajeros del vuelo 139 —si es que había alguno— eran conscientes de esa conexión monárquica mientras se desentumecían las extremidades y se preparaban para acabar con su insoportable reclusión de veintiséis horas en el ajustado interior del Airbus. Antes de hacerlo, Böse procedió con un último anuncio en tono desenfadado: «Damas y caballeros. Les agradecemos haber volado con Air France. Esperamos que estén satisfechos con el servicio y deseamos volver a verlos pronto en esta aerolínea».³⁶

Aquello relajó la tensión y, según Cojot, «existía la impresión general (en absoluto basada en la lógica ni en los hechos) de que nuestra desventura había llegado a su fin». Tal pensamiento se vio alentado por el piloto del avión Michel Bacos, que les dijo a los pasajeros, en francés y en inglés, que «la pesadilla ha acabado».³⁷ Y añadió: «En nombre de la tripulación les agradezco que hayan mantenido la calma y hayan sabido sobrellevar unas condiciones extremadamente complicadas. Me han informado de que el capitán general Idi Amin ha aceptado hacerse cargo de su seguridad y la de los terroristas. En breve les permitirán entrar en la terminal para esperar allí la noticia de cómo volverán a casa. Gracias».³⁸

El aplauso fue largo y fuerte.

Al poco, agarrando bien el equipaje de mano o las manos de sus hijos, los rehenes entrecerraban los ojos ante la brillante luz del sol mientras bajaban por la escalera portátil a la pista. Unos cuantos incluso se despidieron con la mano de los tres terroristas plantados en la salida delantera, con la plena convicción de que el sufrimiento había acabado.³⁹

Rápidamente se desengañaron al ver a los soldados ugandeses, armas en ristre, bordeando un camino hasta la puerta de la terminal cercana. A Gabriella Rubenstein, una psicóloga de Jerusalén de veintinueve años que había estado deseando pasar unas vacaciones en París junto a su esposo Uri, le pareció «muy extraño». «Pensábamos que nos habían liberado —recordaba—. Y entonces vimos a los secuestradores saludar de nuevo a sus amigos, y nos llegó la mala noticia real.» En cuanto el último de los 253 pasajeros y miembros de la tripulación pasó por la doble puerta de metal y cristal para entrar en la que había sido la zona de embarque de la terminal antigua —una «sala enorme, sucia y polvorienta»,* con paredes marrones rojizas y blancas y un suelo de parquet de madera, que Uganda Airlines utilizaba como oficina y lugar de trabajo—, Böse anunció por el megáfono que «siguen estando ustedes bajo nuestro

control»,⁴⁰ antes de añadir: «Hemos llegado a Uganda, pero se encuentran ustedes en manos de las fuerzas del Frente Popular para la Liberación de Palestina. Ya estamos negociando con sus Gobiernos. Esperamos que este asunto termine del mejor modo posible. Ahora, escuchen atentamente nuestras instrucciones y no sufrirán ningún tipo de daño».⁴¹

De un solo golpe, Böse había frustrado las esperanzas de los pasajeros, para luego volverlas a alimentar un poco. La palabra «negociación» parecía implicar una solución pacífica y la libertad final. Pero ¿aceptarían los Gobiernos de las muchas naciones implicadas las exigencias de los terroristas? ¿Y cuáles eran esas exigencias? Desde luego, ninguna se le había planteado aún a Pierre-Henry Renard, el experimentado embajador francés en Uganda, de cincuenta y dos años, que había salido hacia el aeropuerto poco después de que la noticia del aterrizaje del avión hubiese llegado a su residencia privada en Kampala. Permanecería allí todo el día y se marcharía al caer la noche, a las 19.00, sin ninguna información más. Su portavoz le explicó a los periodistas: «Seguimos sin saber lo que quieren los secuestradores, y hasta que no lo sepamos, poco se puede hacer».⁴²

Entretanto, los rehenes se habían establecido lo mejor que habían podido en la gran sala que había funcionado en otros tiempos como zona de embarque de la terminal —un espacio rectangular amplio, de unos doce metros de largo por veinticuatro de ancho, con el techo apoyado en doce columnas de cemento—, algunos de ellos sentados en «sillones rojos de piel de imitación, incómodos y muy gastados», y otros en el suelo, hasta que los soldados ugandeses llevasen más asientos.⁴³ Y ni siquiera entonces hubo para todos, aunque eso no evitó que alguna gente ocupase dos asientos mientras otras personas no tenían ninguno.⁴⁴

Las familias y los amigos tendieron a apiñarse en grupitos, como hicieron también los exhaustos azafatos y azafatas, con los uniformes azules marcados ya por una fina capa de polvo. Por su parte, el capitán, el piloto y el ingeniero de vuelo habían tenido que quedarse en el avión para moverlo a una zona del aeropuerto en la que, según les dijeron a los rehenes, «no estorbase».⁴⁵

Unos cuatrocientos cincuenta metros delante de esa sala espaciosa se encontraba la enorme extensión del lago Victoria, claramente visible para los pasajeros a través de una hilera de ventanales corredizos con marcos de hierro. Un poco más allá, a la derecha del todo,* estaba la torre de control que servía a la terminal nueva, aunque no se veía porque estaba ubicada en ángulo recto con respecto a la terminal antigua, mientras que mucho más cerca, a la izquierda de la sala, podía verse el morro de un caza MiG de fabricación rusa asomando por un hangar.⁴⁶

Un cordón de paracaidistas ugandeses armados hacían guardia a casi veinte metros de la fachada de la sala principal. También los había apostados en la primera planta y en el tejado de la terminal antigua, así como en la vieja torre de control, a la derecha de la sala principal. Su presencia sugería más que un leve indicio de

conspiración con los terroristas, como lo hacía el hecho de que los ugandeses hubiesen permitido que tres nuevos terroristas cargados con armas automáticas se unieran a los cuatro originales.

El más característico de los recién llegados era Jayel Naji al-Arjam, un palestino de treinta y nueve años responsable de la actividad política del FPLP en América Latina, y un hombre al que los rehenes pronto apodarían Groucho Marx por «su gorro, su bigote y sus curiosos andares». Para Michel Cojot era «el Peruano, porque había vivido mucho tiempo en América Latina».⁴⁷

En cualquier caso, el superior del Peruano era Faiz Abdul Rahim Jaber, de cuarenta y seis años, uno de los fundadores del FPLP original que se había mantenido leal a Haddad tras su ruptura con Habash y que para entonces era el jefe de operaciones del FPLP-ME. Jaber, nacido en Hebrón, era un hombre alto de constitución fuerte que había pasado casi toda su vida de adulto en Egipto; asimismo, había luchado en la guerra del Septiembre Negro en Jordania, había participado en muchas misiones dentro de Israel y había albergado un odio particular hacia los israelíes desde que las FDI asesinaran a al menos uno de sus hermanos en acciones antiterroristas. Con bigote y una característica chaqueta sahariana azul, Jaber había asumido a esas alturas el mando general en Entebbe, aunque Böse (como cabeza del comando secuestrador) y el Peruano ejercían cierta influencia sobre él.⁴⁸

El último del trío era el iraquí Abdur Razaq al-Samrai (conocido también como Abu Addarda), otro miembro fundador del FPLP y, según un informe confidencial de las FDI, «veterano participante en el mecanismo de ataques terroristas en el extranjero de Wadi[e] Haddad», incluido el secuestro de un avión de Lufthansa con rumbo a Adén en 1972 y el ataque al Aeropuerto de Lod ese mismo año.⁴⁹

Mientras Jaber, el Peruano y Al-Samrai montaban guardia a la entrada de la terminal antigua, los cuatro terroristas originales se tomaron un descanso en unos catres situados en una estancia a la izquierda de la sala principal que, en sus orígenes, había sido la sala VIP. Los rehenes, en gran medida abandonados a lo suyo, pudieron estirar las piernas y usar las dos estancias que albergaban los lavabos, en los rincones situados a la derecha de la sala grande: el de las mujeres delante, junto a una segunda entrada desde la pista que estaba bloqueada, y el de los hombres al fondo, tras un tramo de escaleras roto que subía al primer piso y que también tenía una barricada al final. En la pared del fondo de los cinco cubículos para hombres —cuatro baños y una ducha— había unas ventanas circulares, a metro y medio del suelo, que daban al espacio situado entre la sala principal y la zona original del control de llegadas.⁵⁰

Los únicos otros elementos destacables de la gran sala eran una oficina de mantenimiento de Uganda Airlines con las paredes acristaladas (la antigua tienda de recuerdos) y situada en el centro de la pared izquierda, además de una pequeña barra de bar en herradura ubicada a los pies de las escaleras, junto a la pared de enfrente. En el centro de la pared del fondo de la sala, una puerta de hierro cerrada daba a lo que habían sido las cocinas de la terminal.⁵¹

A las 14.25 llegaron fotógrafos de la prensa local, a quienes les permitieron sacar imágenes de los rehenes a través de los ventanales. Eso provocó que algunos de los secuestrados compitiesen por llamar su atención para gran disgusto de una señora mayor estadounidense que exclamó: «¡Hay que ver! Es increíble. La gente está loca. Todo por salir en un periódico que nadie va a leer. Qué desfachatez».⁵²

Después de que los periodistas trataran de abordar a los dos pilotos y al ingeniero de vuelo mientras regresaban de estacionar el avión a las 14.45, los terroristas le dijeron por fin a la prensa que se marchara. Al entrar en la sala, a Bacos y a los demás los recibieron los «gritos y aplausos» de sus compañeros rehenes.⁵³ El capitán respondió con un saludo.

Mientras muchos rehenes mataban el tiempo leyendo libros y revistas, otros anotaban sus esperanzas y miedos en diarios improvisados. Sara Davidson, convencida aún de que la salvación era inminente, escribió: «Pronto llegará un avión a por nosotros. Ahora mismo lo están organizando todo. Pronto estaremos volando para seguir nuestros caminos, en nuestra excursión familiar... Una ilusión, quizá, porque una situación como esta te hace querer engañarte a ti misma. A lo mejor el alma necesita engaños para fortalecerse».⁵⁴

12.00 GMT, Londres, Reino Unido

El ministro de Asuntos Exteriores Tony Crosland acababa de regresar a Gran Bretaña de la conferencia del G7 en Puerto Rico cuando recibió los primeros detalles de la llegada del avión secuestrado a Entebbe, enviados por James Horrocks, el diplomático británico y alto comisionado en funciones en Kampala.

Según el mensaje cifrado de Horrocks, el avión «no había obtenido permiso para aterrizar en Entebbe» —una versión equivocada de los hechos que los ugandeses le habían vendido—, aunque había obviado esa instrucción porque estaba «escaso de combustible». El presidente Amin había llegado al lugar a las 7.30, pero, dado que los secuestradores se habían negado a negociar a través de él, le había pedido al «representante de la OLP residente en el país que actuase como intermediario». Desde entonces, el hombre de la OLP había hablado con los secuestradores, según Horrocks, «desde la torre de control, y estos le habían transmitido las condiciones para la liberación del avión y de los pasajeros», aunque no había revelado aún cuáles eran.⁵⁵

Entretanto, el embajador francés, que había permanecido en el aeropuerto desde primera hora de la mañana, estaba tratando de mantenerse al tanto del desarrollo de los acontecimientos. Al haber pasado la mayoría de la mañana en el aeropuerto con él, Horrocks se había enterado de que un avión de Air France —que incluía una tripulación de reserva para el aparato secuestrado— estaba «en ruta entre París y Nairobi, donde permanecería a la espera». Horrocks, según declaraba al final del mensaje, estaba «en contacto estrecho con la Embajada francesa en Kampala».⁵⁶

Dos horas después, Horrocks mandó un segundo cable en el que informaba a Londres de que, gracias a una sugerencia del presidente Amin, los secuestradores habían accedido a «abandonar el avión y a trasladarse al edificio de la terminal antigua con los rehenes». Todos los pasajeros se encontraban en buen estado, según las informaciones. Asimismo, había sabido por el embajador francés que, en contra de los informes iniciales, los secuestradores aún no habían hecho saber sus exigencias y que no lo harían hasta que recibiesen instrucciones de sus superiores del FPLP. El representante local de la OLP le había dicho prácticamente lo mismo a Horrocks, y había añadido que a esas alturas eran los ugandeses quienes trataban directamente con los secuestradores y que él no seguiría «desempeñando ningún papel en aquel drama».⁵⁷

Crosland leyó otros cables ese día, como uno de la Embajada británica en Atenas con detalles sobre los nueve ciudadanos de la Commonwealth que habían subido al vuelo 139 en Grecia (tres canadienses, cinco neozelandeses y un chipriota), y otro de la Embajada en Tel Aviv, según el cual otra británica más, Frances Hallan, subió al avión en el Ben-Gurion pero se bajó en Atenas.⁵⁸ Este último cable confirmaba además que Patricia Martell tenía doble nacionalidad y viajaba con pasaporte israelí, razón por la que «no se había sabido con anterioridad que era británica».⁵⁹

12.00 GMT, Jerusalén, Israel

Simón Peres había pasado la mañana con sus asesores en el Ministerio de Defensa y después se marchó en coche a Jerusalén para una reunión con el primer ministro, Isaac Rabin, y los miembros de la coalición de la Comisión de Economía de la Knesset. Era otro día caluroso —con temperaturas rondando los 30 grados— y la mayoría de los ministros y miembros de la Knesset llevaban pantalones de vestir y camisas de cuello abierto y mangas cortas. Rabin, como solía hacer cuando estaba tenso, fumaba sin parar.

La sesión comenzó en el edificio alto de la Knesset, en el distrito de Givat Ram, a las 14.00, con el ministro de Economía, Yehoshua Rabinowitz, defendiendo duramente recortes para el presupuesto de Defensa. Peres, que se había pasado los dos años anteriores exigiendo y recibiendo un aumento en el gasto en Defensa, respondió con su típica beligerancia. Con más que un toque de acidez, comentó: «Es curioso que en Washington los senadores estadounidenses estén exigiendo mayores partidas para ayuda militar a Israel a raíz de la guerra de Yom Kipur, mientras que aquí en Jerusalén nosotros estamos listos para votar una bajada en el gasto en Defensa».⁶⁰

Pese a resultar tenso, el debate sirvió en cualquier caso como una distracción más que bien recibida frente a la «incesante tensión en la que vivíamos desde el día anterior», en palabras de Peres. Al regresar a su oficina de Tel Aviv, el ministro de

Defensa no encontró «ni un resquicio de claridad entre la cortina de incertidumbre y especulación que rodeaba a la saga del secuestro». Nunca antes unos terroristas se habían llevado un avión lleno de israelíes tan lejos del alcance de las FDI. Nadie podía saber cuáles eran las intenciones de los terroristas. ¿Se quedarían en Uganda o eso era simplemente una escala? ¿Se trataba del típico intento de intercambiar rehenes por terroristas encarcelados o había algo más siniestro? Y, lo más importante, ¿estaba Amin ayudando a los secuestradores? Si así era, le dijo Peres a su equipo, se sentaría un precedente muy peligroso. Hasta entonces ningún secuestro de un avión había disfrutado del apoyo explícito de ningún presidente, ejército ni Estado. Si ese secuestro tenía tal apoyo, y salía adelante con éxito, ninguna aeronave volvería a estar segura en cielos africanos. Por tanto, resultaba imperativo saber lo que estaba ocurriendo en realidad en Entebbe. Pero incluso aunque los secuestradores estuviesen actuando en solitario, la experiencia le había enseñado a Peres que «a fin de cuentas, tendríamos que rescatar a los rehenes nosotros». No obstante, era demasiado pronto «para traducir esta postura de principios en un plan operativo», si es que tal cosa era siquiera posible.⁶¹

En Jerusalén, Isaac Rabin también se estaba preguntando cómo resolver la crisis de los rehenes de manera pacífica. Hijo de inmigrantes —su padre era ucraniano y su madre, rusa—, había crecido siendo un «niño introvertido y tímido», en una casa espartana que tenía como consignas el respeto por la propiedad y el deber público.⁶² Educado en una escuela agrícola, Rabin había aprendido a usar armas de fuego gracias a Yigal Allon, uno de los primeros graduados de la escuela que ocupaba el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en el gabinete de Rabin.

Rabin estaba destinado a fundar un kibutz y trabajar la tierra. Sin embargo, vio cómo su vida y su futuro profesional cambiaban en 1941, cuando lo invitaron a unirse al Palmach, la fuerza de combate de élite de la organización de defensa judía Haganá. Seguiría siendo soldado —y testigo de cierta acción, por ejemplo, como comandante de brigada con veintidós años en la guerra de Independencia de 1948— hasta que se retiró como jefe del Estado Mayor de las FDI en 1968. Seis años después se convirtió en primer ministro del Gobierno laborista de coalición, y su mayor logro fue trabajar con Henry Kissinger, el secretario de Estado judío de Estados Unidos, para llevar la paz a Oriente Medio. Ya se habían alcanzado acuerdos de repliegue militar con Siria y Egipto. Rabin dio el siguiente paso en 1975, al firmar un acuerdo provisional con el presidente de Egipto, Sadat, para retirarse de parte del Sinaí.

En opinión de Rabin, ese acuerdo era «un primer paso, aunque de valor incalculable, en el largo y sinuoso camino que apartaría a Egipto de la guerra en dirección a la paz». Su recompensa habían sido unas relaciones diplomáticas mucho más cercanas con Estados Unidos, ayuda económica y un suministro frecuente de armas (incluidos aviones de combate F-16). Asimismo, Estados Unidos había prometido no «negociar con la OLP ni reconocerla», ni tampoco «iniciar ningún movimiento en Oriente Medio sin previa consulta a Israel».⁶³ Rabin y Kissinger

empezaron entonces a trabajar en más acuerdos de paz con Egipto, Siria y Jordania. Sin embargo, estos se vieron interrumpidos por el estallido de una guerra civil en el vecino Líbano, cuando los cristianos atacaron a una alianza de árabes palestinos y libaneses de izquierdas. Esto, a su vez, hizo entrar al Ejército sirio en apoyo a los cristianos. Todo ello ocurrió para apartar la atención mundial «de los acontecimientos del Líbano y dirigirla al otro frente: la batalla contra Israel», según especulaba un experto en Oriente Medio en un periódico israelí el lunes, 28 de junio, día en el que los grupos terroristas palestinos habían acometido el secuestro del Air France.⁶⁴ La principal preocupación de Rabin consistía en liberar a los rehenes sin hacer concesiones. Pero ¿cómo lograr tal cosa en un país tan alejado y tan enemistado con Israel?

12.15 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Acababan de dar las 15.00 —dos horas después de la llegada al edificio de la terminal antigua— cuando los rehenes más próximos a los ventanales divisaron un autobús amarillo que se detenía fuera, en la pista, y a unos camareros muy elegantes bajarse de él. Venían del vecino Lake Victoria Hotel, de cuatro estrellas, y llevaban unos contenedores rectangulares de metal en los que había arroz, curri de carne caliente y plátanos: la primera comida en condiciones de los rehenes desde que embarcaron en el vuelo 139 un día antes. Aunque los camareros eran perfectamente educados y utilizaban «usted» y «por favor», algunos rehenes se negaron a comerse el curri de carne por desconocer su procedencia —«a lo mejor es de jirafa», garabateó Moshe Peretz en su diario—⁶⁵ y otros, por recelos religiosos.

Gracias a un censo rápido, salieron a la luz veinte judíos ortodoxos que rechazaron la carne no *kosher*, incluido el abogado Akiva Laxer; a ellos les sirvieron el arroz antes de mezclarlo con el curri, aparte de compensarlos con plátanos. (Cuando los otros se dieron cuenta de que a los «religiosos practicantes» les servían primero, se unieron a sus filas, de forma que a la mañana siguiente había más de sesenta personas que afirmaban ser ortodoxas.) A Michel Cojot le impresionó ver cómo «muchos [de los rehenes] se ponían hasta arriba de arroz y plátanos». Identificó la gula como una forma de «aliviar la ansiedad, de aliviar el miedo que carcome por dentro. Comer es vivir». En un gesto bastante cruel, Cojot le sugirió a una judía marroquí con sobrepeso que aquella quizá fuese una buena «oportunidad para hacer dieta». Cuando la mujer le respondió con una leve sonrisa humillada, Cojot se sintió «avergonzado».

Una francesa bienintencionada pensó que la solución sería que Cojot —quien para entonces, gracias a sus habilidades lingüísticas, se había convertido en «intérprete e intermediario»— pidiese manzanas.

—Eso bastará. Y es más sano —comentó la mujer.

—Pero, *madame*, estamos cerca del ecuador —respondió Cojot atónito.⁶⁶

Mientras comían, Wilfried Böse entró en la sala con un montón de formularios que pidió a dos azafatas que distribuyesen. Con el encabezamiento EL FRENTE POPULAR PARA LA LIBERACIÓN DE PALESTINA, en ellos se preguntaban una serie de detalles personales, como el nombre, la fecha de nacimiento, la profesión, el número de pasaporte, el destino y los nombres de otros acompañantes. Mientras Claude Moufflet rellenaba el suyo, le echó un buen vistazo a Böse y observó que era «bastante alto, con ojos verdes grisáceos y una cicatriz pequeña sobre el arco de la ceja izquierda». Tenía el pelo corto y su perfil guardaba una «vaga semejanza» con la estrella de cine Steve McQueen, aunque por la boca parecía estar de un «mal humor permanente».⁶⁷

Poco después de que hubiesen retirado los restos del almuerzo, Moufflet decidió trasladarse desde la concurrida zona delantera de la sala, a la izquierda, a la parte de atrás, a la derecha, debajo de las escaleras rotas, donde se había congregado menos gente. Allí entabló conversación con Gilles, un francés joven y alto con el pelo rizado y rubio que pronto le presentó a un colega de pelo oscuro, más bajo, llamado Willy.⁶⁸ Tras ofrecerle a Moufflet un cigarrillo Gitanes, Gilles le explicó que Willy y él regresaban de un viaje de trabajo de diez días a Grecia, donde habían estado grabando un documental sobre destinos vacacionales.

—Nosotros no debíamos estar en el Airbus a París —le contó Gilles—. Pero nos pegamos una buena juerga la noche antes y perdimos nuestro vuelo. En otras palabras: tentamos a la suerte. ¿Y tú?

—Yo volvía de un viaje de trabajo por Atenas, Estambul y Teherán —respondió Moufflet mientras se fumaba un segundo cigarro—. Hice una parada en Atenas para pasar el fin de semana con mi esposa, que estaba con unos amigos en la isla de Miconos. Debería haber cogido este vuelo tres días antes.

—¡Madre mía! —dijo Gilles.

Había algo en la calma y la actitud relajada de los dos jóvenes que Moufflet apreció, y decidieron levantar un campamento juntos cerca de la barra de madera.⁶⁹

Poco después de ese encuentro, el director del aeropuerto y algunos empleados llegaron a la sala grande con un carro lleno de artículos del Duty Free, como tabaco, jabón y cuchillas de afeitar. Se vieron asediados por rehenes ansiosos por comprar todo lo que tuviesen. Emma Rosenkovitch recordaba: «Todo el mundo saltó sobre ellos. Nos dijeron: “No se preocupen, volveremos todas las semanas”. “¿Todas las semanas?”, les preguntamos. Al menos, los presos saben cuánto tiempo tienen que cumplir».⁷⁰

De nuevo, Cojot se sorprendió ante la falta de espíritu comunitario. Cuando una mujer cogió dos cartones de tabaco del Duty Free, el francés le pidió que los cediese, a instancias de varios pasajeros. Ella se negó. «Yo no fumo, pero es que son para mi hijo». Dado que el hijo no estaba presente, Cojot no pudo más que suponer que aquella era «su manera de decirse a sí misma que iba a volver a verlo».⁷¹

El propio Cojot se dirigió al director del aeropuerto y lo amonestó cortésmente por no tener un artículo en concreto que quería.

—No será fácil recibir a 257 personas de improviso —dijo el francés.

El director del aeropuerto se quedó perplejo.

—Pero si yo los estaba esperando.

Cojot cayó entonces en la cuenta de que también había habido suficiente almuerzo para todo el mundo: ¿estaba un aeropuerto tan pequeño «equipado para recibir a casi trescientas personas de un momento a otro»? Lo dudaba, y las palabras del director del aeropuerto fueron para el francés la confirmación definitiva de que Amin y sus compinches sabían con antelación que el avión iba a llegar. No tenía «ninguna duda» de que Amin «estaba de acuerdo [con]» los terroristas y era su «cómplice». Se añadían también la velocidad y la facilidad con las que los secuestradores habían podido reunirse con sus tres cómplices, además de la relajación de la «disciplina militar» de los secuestradores tras aterrizar en Entebbe. Hasta ese momento habían sido «extremadamente estrictos». Sin embargo, en cuanto pisaron suelo ugandés, los cuatro secuestradores «se reagruparon en la parte delantera» del avión «y empezaron a guardar el material en las bolsas y se quedaron con solo una pistola, con el seguro puesto, que se colocaron bajo los cinturones, mientras que antes las habían mantenido en las manos, incluso para comer». Las granadas se las guardaron en los bolsillos y fue entonces, en opinión de Cojot, cuando «pudieron haberlos vencido». Se comportaron de ese modo, pensó él, solo porque se encontraban «en territorio amigo». ⁷²

12.30 GMT, Entebbe, Uganda

Poco después de las 15.30, Henry Kyemba, el ministro de Sanidad, recibió una segunda llamada de Idi Amin en su oficina. Debía llevar a la terminal antigua al médico egipcio y a la enfermera, que permanecían a la espera para revisar a los rehenes. Tras recorrer en una ambulancia los algo más de tres kilómetros que separaban el hospital de Entebbe del aeropuerto, los recibieron a la entrada de la terminal antigua unos «oficiales de la sede en Kampala de la Organización para la Liberación de Palestina», según Kyemba. El ministro de Sanidad no da los nombres de esos «oficiales»: podría haberse tratado de Haled el-Sid y otros miembros de la OLP local, que tenían su base en la antigua residencia del embajador israelí, en Mackinon Road, aunque lo más probable es que fuesen los altos representantes del FPLP-ME Jaber y Al-Arjam (el Peruano).

Una vez conducidos al interior, Kyemba se quedó impactado ante el estado de un edificio que para entonces se utilizaba como almacén del té exportado a Inglaterra. Era un «casarón vacío: polvoriento, con ventanales rotos y pintura descascarillada». En la antigua zona de embarque donde se encontraban los rehenes, «todos apiñados en los asientos, algunos tumbados sobre pilas de ropa, otros hablando en voz baja», el

sistema de tuberías estaba «oxidado» y las instalaciones sanitarias eran «casi inexistentes». Pese a que los rehenes acababan de almorzar, a Kyemba le pareció «una estampa deprimente». Los secuestradores, por su parte, «con ropa de civil y armados con pistolas y granadas, estaban apostados justo al cruzar las puertas».

A Kyemba le presentaron al «líder de los secuestradores» (Böse) y a una «secuestradora» (Kuhlmann) a quien luego identificaría, erróneamente —igual que muchos periodistas—, como Gabriele Kröcher-Tiedemann, del M2J. Le pareció una «mujer impresionantemente atractiva, con una falda y una chaqueta azules y una pistola enganchada a la cadera». Cuando le dijeron que Kyemba era el ministro de Sanidad, la mujer respondió que era «todo un placer» conocerlo y estuvo a punto de decirle su nombre, pero se lo pensó mejor. En vez de eso, afirmó:

—Soy la señorita Secuestradora.

—Bueno, es todo un placer conocerla, señorita Secuestradora —respondió Kyemba en tono cortés.

Una vez hechas las presentaciones, Kuhlmann les anunció a los rehenes en inglés que Kyemba, el médico vestido de blanco, y la enfermera uniformada habían ido a ocuparse de sus quejas médicas. Al mismo tiempo, una rehén iba interpretando el anuncio al hebreo por un megáfono, mientras una voz baja en otra parte de la sala, probablemente la de Cojot, daba el mismo mensaje en francés.

A continuación, Kyemba le comunicó a su equipo médico que procediera con su trabajo mientras él hablaba con los secuestradores. Unos minutos después se marchó. Kyemba dejaría escrito: «Más tarde, el médico y la enfermera me contarían que los rehenes se encontraban, por lo general, en buen estado. Solo tuvieron que distribuir pastillas contra la malaria y tratar algunos dolores de cabeza».⁷³

Según la francesa Julie Aouzerate, eso se debió a que las pocas exploraciones realizadas por el médico de apariencia árabe —algunos sospechaban que era palestino— «fueron apresuradas y superficiales».⁷⁴ Por ejemplo, al anciano israelí Solomon Rubin, que sufría de una «dolencia cardíaca», le recetó «unas cuantas aspirinas».⁷⁵

14.00 GMT, Jerusalén, Israel

«Los problemas no han hecho más que empezar», le dijo Isaac Rabin con un suspiro a su esposa Leah.⁷⁶

Había regresado a su residencia oficial tras la reunión de la Comisión de Economía de la Knesset, y le estaba dando vueltas al posible desenlace del secuestro del Air France. Los antecedentes históricos no eran buenos. Seguro que iba a haber exigencias para la liberación de terroristas palestinos de las cárceles israelíes. Siempre las había. Y cuando se hacían desde países afines a los secuestradores, Israel por lo general pagaba el precio. Lo había hecho después del secuestro del El Al desviado a Argelia en 1968, y de nuevo un año después, cuando hicieron bajar a dos israelíes de un avión de TWA y los retuvieron en Damasco. Más recientemente, tras

la guerra de Yom Kipur, los egipcios habían exigido la liberación de 138 terroristas y espías vivos y sanos a cambio de 39 cadáveres israelíes. Presionado por las familias de los soldados muertos, el Gobierno de Golda Meir había cerrado el trato. Con eso en mente, ¿cómo podía negarse él a negociar por israelíes vivos?

O, como se lo planteó a Leah: «¿Puede derramarse sangre de israelíes en Entebbe solo porque yo no permita el trueque de terroristas por rehenes?».

Rabin sabía la respuesta.⁷⁷

15.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Mientras Isaac Rabin se atormentaba en Jerusalén por la suerte de los rehenes, estos recibieron una inyección de ánimo gracias a una visita inesperada a las 18.00 del presidente de Uganda. Amin, un hombre alto de constitución corpulenta, con una boina verde y un uniforme de paracaidista cuidadosamente planchado (que incluía las «alas» israelíes), sobresalía por encima de los soldados y civiles de su séquito cuando entró en la amplia sala ante el espontáneo aplauso de muchos de los rehenes.⁷⁸

«*Shalom* —dijo, usando el saludo tradicional hebreo—. Creo que algunos de ustedes me conocen. Para quienes no, soy el capitán general y doctor Idi Amin Dada, el hombre responsable de que se les haya permitido bajar del avión. Lo he hecho por razones humanitarias. Apoyo al Frente Popular para la Liberación de Palestina, y creo que Israel y el sionismo están equivocados. Sé que son ustedes inocentes, pero el culpable es su Gobierno. No he dormido desde que han llegado. Aún no he recibido las exigencias del Frente Popular, pero les prometo que estoy haciendo todo lo que puedo para que sean liberados lo más rápido posible. Pónganse cómodos. He dado órdenes para que les proporcionen sillas y algunos colchones más. Volveré pronto a verlos.»⁷⁹

Si algunos rehenes —sobre todo los israelíes— tenían sospechas de que Amin jugaba un doble juego, trataron de no mostrarlas y el final del discurso recibió más aplausos. Un israelí incluso sintió la necesidad de «estrecharle la mano efusivamente», como si fuese su mayor esperanza de salvación. Cojot, por su parte, se sintió «profundamente humillado» por el comportamiento de los rehenes y recorrió la sala tratando de convencer a la gente de que no tenían nada que ganar «rebajándose de ese modo».⁸⁰

Para volver a levantar los ánimos, Pasco Cohen, de cincuenta y dos años, les dijo a los rehenes que tenía cerca que no había nada que temer. Cohen, en parte para calmar a su esposa Hannah y a sus dos hijos, Tzipi de ocho años y Kobi de seis, les anunció: «Es una suerte que viajen conmigo. Soy especialista en salir de los sitios más peligrosos. Fui uno de los pocos supervivientes del Holocausto. He participado en todas las guerras de Israel y me he enfrentado a la muerte en muchas ocasiones».⁸¹

Era cierto que Cohen, un hombre alto, rubio, de ojos azules, había tentado a la suerte. Nacido en Vrancea, una región rumana productora de vinos, celebró su *bar mitzvah* en 1940 y, solo unas semanas después, los invasores alemanes asesinaron a su padre. El propio Cohen sobrevivió al golpe de la culata de un rifle alemán y después emigró a Israel, donde trabajó de administrador en el hospital Sha'ar Menashe, al norte del país. Fue allí donde conoció a Hannah, una enfermera nacida en Marruecos diecinueve años más joven, y juntos se trasladaron a la vecina Hadera con sus dos hijos. Hannah tenía por entonces una tienda de ropa; Pasco era director de la filial local de seguros sanitarios y autor de dos proyectos de investigación sobre diabetes y enfermedades coronarias. Como reservista, había combatido muchas veces por su país, un hecho que estaba decidido a ocultar a los terroristas.⁸²

15.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Era bien entrada la tarde cuando el piloto de la Fuerza Aérea y teniente coronel Joshua Shani, apodado Shiki, sin que se lo ordenasen sus superiores, convocó una reunión de su equipo en la base aérea de Tel Nof para debatir sobre el secuestro. Shani, como la mayoría de la gente en Israel, había oído en las noticias de la radio la información sobre la llegada del vuelo 139 a Uganda. Sin embargo, como comandante del Escuadrón 131 Pájaro Amarillo de aviones de transporte Lockheed C-130 Hercules de la Fuerza Aérea de Israel, se sintió en la obligación de llevar a cabo algunas «maniobras privadas de planificación», por si sus superiores optaban por recurrir a una operación militar.⁸³

Nacido en Siberia en 1945, hijo de unos judíos ucranianos instruidos que se habían establecido en Israel después de la guerra, Shani nunca se había interesado por los aviones de adolescente y quería ser ingeniero eléctrico. El día en que lo reclutaron para el servicio militar nacional, mientras estaba sentado en la hierba con otros reclutas nuevos en la base de reclutamiento de las FDI, conocida como el Bakum, un comandante de la Fuerza Aérea había preguntado si alguno de los presentes quería ofrecerse voluntario para la escuela de vuelo. Shani empezó a levantar la mano, pero entonces se dio cuenta de que nadie a su alrededor hacía lo mismo. La bajó, y el resto, como él mismo dijo después, «es historia».⁸⁴

Graduado como piloto en 1965, Shani empezó con aviones de transporte Nord Noratlas y entrenadores Fouga. Seis años después lo enviaron a Arkansas y a Carolina del Norte, en Estados Unidos, para aprender a pilotar la más reciente adquisición de la FAI, el C-130. Durante la guerra de los Seis Días había llevado suministros de munición y combustible a los soldados de las FDI que estaban luchando en la península del Sinaí. En la guerra de Yom Kipur fue un paso más allá y llevó suministros similares en el C-130 al otro lado del canal de Suez, adentrándose en el propio Egipto.⁸⁵

Las principales ventajas del C-130 sobre modelos anteriores eran su mayor autonomía de vuelo (2.175 millas), su mayor capacidad de carga y su habilidad para aterrizar y despegar en pistas relativamente cortas, en la oscuridad si era necesario. Con eso en mente, Shani y su equipo pasaron seis horas estudiando autonomía, combustible, carga, orientación, problemas climáticos y cualquier otro factor que pudiera afectar a un vuelo a Uganda. Llegaron a la conclusión de que el C-130 era el único avión de la FAI que podía transportar a un equipo militar de tamaño considerable por los más de tres mil kilómetros que separaban Sharm el-Sheij, en el Sinaí, de Entebbe.⁸⁶

El problema era el regreso. Los únicos C-130 con la autonomía necesaria eran los que disponían de depósitos de combustible adicionales, pero esos no podían transportar la cantidad requerida de tropas y vehículos. Los C-130 normales, por su parte, solo tendrían un tiempo de vuelo muy breve tras recorrer las ocho horas desde el Sinaí hasta Entebbe. Para regresar a Israel necesitarían repostar. Eso no había sido ningún problema cuando los C-130 hacían rutas frecuentes con suministros a Uganda antes de la expulsión de la misión militar israelí en 1971. En aquella época llenaban los depósitos hasta arriba en Entebbe. Pero si Amin estaba conspirando con los secuestradores, como muchos sospechaban, tendrían que conseguir combustible adicional en Uganda por la fuerza, o bien aterrizar en algún territorio amigo cercano. La cuestión era: ¿dónde?

15.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Conscientes de que quizá permaneciesen de forma indefinida en el edificio de la terminal antigua, los rehenes idearon formas de pasar el tiempo. Apilaron libros, en su mayoría de bolsillo, para montar una biblioteca (la mayor demanda era de *thrillers* y superventas, y pocos iban a por las novelas cultas de Henry James y George Eliot que tenían los Rabinowitz); Jacques Lemoine, el ingeniero de vuelo, dio una charla en francés sobre el Airbus, que entonces era todavía una novedad en la aviación, y un francés a quien apodaron el Profe hizo ceniceros con latas de zumos de frutas para «quienes trataran de quitarse los miedos fumando».⁸⁷

A las 20.00, el autobús amarillo regresó con una cena que consistía en guiso de ternera, patatas y alubias, y plátanos. Había también algo de café y té, pero no comida suficiente para todo el mundo, así que el autobús tuvo que hacer un segundo viaje. Después de cenar, para subir la moral, Claude Moufflet abrió una de sus botellas de *ouzo* y la compartió con Gilles y Willy.⁸⁸

Michel Cojot, para entonces el principal intermediario entre terroristas y rehenes, se notaba en su salsa. Sentía que por fin estaba «representando un papel» que había «ensayado miles de veces, pero nunca llevado a escena». Rodeado de franceses y judíos, bajo la mirada de su hijo y frente a una muerte a la que era casi del todo indiferente, su principal preocupación radicaba en actuar bien. Pensó mucho en

su segundo hijo de diez años, Stéphane, «dulce» pero «intenso», que se encontraba en Francia con su madre y su hermana menor, y estaba decidido a no darle ninguna razón para «avergonzarse de su padre».

Con ese objetivo, aprovechó toda oportunidad que tuvo para hablar con Böse y con el Peruano, los terroristas más asequibles, preguntándole al primero por sus motivos y tuteando al segundo cuando se dirigía a él. En una de sus conversaciones, Böse machacó los mismos argumentos confusos que había utilizado en su anterior discurso —culpar a Francia por variadas actividades proisraelíes—, pero añadió: «Además, no tiene sentido intentar nada con El Al; tienen órdenes de disparar y disponen de balas especiales que no agujerean el fuselaje».

Böse quería que lo llamasen Basil, su nombre de guerra. En vez de eso, Cojot lo provocaba diciéndole «Klaus» y a veces incluso «Obersturmführer», y sentía un «placer sádico» metiendo a ese hijo alemán de la posguerra en discusiones ideológicas.

—¿No le resulta perturbador a un revolucionario de izquierdas como usted, procedente de un país que se forjó un nombre por inventar el peor tipo de fascismo, atormentar de nuevo a las mismas víctimas de ese fascismo? —le preguntó a Böse.

—No, porque mis fines son distintos —respondió el alemán.

—¿Y los medios?

Böse parecía inquieto.

—Hasta el momento, no han sufrido ustedes demasiado. Les hemos dado un trato *korrekt* —dijo a la defensiva.

Cojot levantó una ceja ante ese uso inconsciente de un adjetivo tan apreciado por los nazis. Pero su réplica fue en tono bromista.

—Cierto, aunque podríamos haber terminado quemados vivos. Y además, no nos están reteniendo aquí para educarnos.⁸⁹

Otro rehén que en su momento tuvo una conversación similar con Böse fue Isaac David, teniente de alcalde de la ciudad israelí de Kiryat Bialik y superviviente de Auschwitz. Tras enseñarle al alemán el número tatuado del brazo, David declaró:

—Estaba equivocado cuando les dije a mis hijos que hay una Alemania distinta. Cuando veo lo que sus amigos y usted les están haciendo a mujeres, niños y ancianos, constato que nada ha cambiado en Alemania.

Böse palideció.

—No es cierto —le dijo con voz temblorosa—. Yo he cometido actos terroristas en Alemania Occidental porque el *establishment* gobernante metió a nazis y a reaccionarios a su servicio. También sé que en septiembre de 1970 los jordanos mataron a más palestinos que los israelíes, como hicieron los sirios en Tet al-Zaatar [una batalla librada en 1976 durante la guerra civil en Líbano que resultó en una masacre de palestinos]. Mis amigos y yo estamos aquí para ayudar a los palestinos, porque ellos son los indefensos. Ellos son los que están sufriendo.

David no se inmutó.

—Bueno, entonces, cuando los palestinos cumplan su promesa y nos arrojen al mar, iremos a buscarles para que nos ayuden a secuestrar aviones árabes.⁹⁰

Con paso lento pero seguro, algunos rehenes —Cojot en especial— estaban estableciendo una relación de pseudoigualdad con Böse, exactamente el tipo de síndrome de Estocolmo a la inversa contra el que les habían advertido a Kuhlmann y a él en el campamento de entrenamiento del FPLP en el sur de Yemen.* Kuhlmann se había tomado el consejo al pie de la letra, y Cojot, al percatarse de cómo la mujer tendía siempre a buscar el afecto de los niños, enviaba a su hijo Olivier a distraerla cuando quería asegurarse de que la secuestradora «no se entrometiese en una conversación».

El único momento en que Cojot se enfrentó a ella fue la primera noche que pasaron en Entebbe, cuando hubo que compartir diez colchones entre más de 250 personas. Kuhlmann quería que fuesen para los niños. Pero como la mayoría de ellos estaban ya dormidos para entonces, «acurrucados con sus madres», mientras que muchas personas mayores «tenían dificultad para encontrar una postura de descanso en los asientos o en el suelo», Cojot le dijo que el último había que dárselo a ellos y al final se salió con la suya.

Cojot consiguió además que se apagasen algunas luces de la amplia sala para que la gente pudiera dormir. Sin embargo, el Peruano le impidió apagarlas todas, poniéndole el cañón de un Kaláshnikov en el estómago.⁹¹

Eran las 22.45, hora a la que Cojot se había cambiado de ropa para ponerse el pijama, un kimono y unas zapatillas que siempre llevaba en su equipaje de mano.⁹² Ninguno de los demás rehenes disponía de ropa de dormir porque la tenían en las maletas, en la bodega del avión; y algunos de ellos, conscientes de las idiosincrasias de Cojot, pensaron que debía de ser un topo de los terroristas, si no, ¿por qué se habría llevado un pijama? Otros, como Moufflet, admiraban su flema y abundancia de recursos —como un «oficial británico»—⁹³ y creían que podría ayudar a quienes estaban menos preparados psicológicamente para la situación en la que se encontraban.

Poco a poco, la zona se fue tranquilizando, mientras la gente trataba de obviar las nubes de mosquitos y el polvo y la suciedad del suelo. Hacía «un calor infernal», registró Moshe Peretz en su diario, y había «una auténtica sinfonía de ronquidos», con algunas personas gritándoles a otras para que se callaran.⁹⁴ Aquello le recordaba a un «campamento de verano en el Gadna», donde daban formación militar básica a los adolescentes israelíes.

Con la mayoría de la gente dormida, «una mujer mayor judía, probablemente de origen germánico», tuvo lo que a Cojot le pareció un «ataque de locura». La cosa empezó cuando la mujer se enderezó en el colchón y se puso a preguntar en una voz cada vez más alta: «¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?».

La voz subió a continuación varias octavas mientras gritaba: «¡Socorro! ¡Socorro!».

Eso despertó a algunos niños, que rompieron a llorar. Cuando los vecinos de la mujer no consiguieron calmarla, Böse intervino y la sacó del edificio mientras la señora «divagaba de un modo incoherente». En vez de reprenderla o amenazarla, Böse le rodeó los hombros con el brazo. A Cojot le resultó «increíble» ver al «heredero de los nazis hablando con voz tranquila durante dos horas con esa anciana judía que temblaba con espasmos». Cojot estaba sentado con su hijo Olivier en una manta que se habían llevado del avión, y juntos contemplaron «la escena iluminada por la luz de la luna, que el reflejo del vecino lago Victoria hacía aún más brillante». Por fin, la mujer empezó a sollozar en brazos de Böse y «se acabó». ⁹⁵

DÍA 3: MARTES, 29 DE JUNIO DE 1976

4.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Apenas había luz cuando el autobús amarillo paró frente al edificio de la terminal antigua y los camareros salieron con bandejas de café, té y bollos para el desayuno de los rehenes. Los azafatos y las azafatas ayudaron a servir la comida, y cuando se hubo retirado todo, un rehén sintonizó en su transistor Radio Uganda para escuchar las noticias. Hablaban del secuestro. El noticiario decía: «Israel se niega a negociar con los terroristas, que están amenazando con volar el avión si no se cumplen sus exigencias».¹

Aquello estaba muy lejos de ser cierto: el Gobierno israelí no se había negado categóricamente a negociar la liberación de los rehenes, aunque sí había emitido una declaración el domingo subrayando su negativa a ceder al chantaje terrorista; tampoco los secuestradores habían dado a conocer aún sus exigencias. Pero los rehenes no podían saber nada de eso y, tomada al pie de la letra, la emisión de Radio Uganda era lo último que querían oír. Moshe Peretz vio «angustia» en muchos rostros. Quizá fuera entonces cuando Benny Davidson, de trece años, le murmuró en voz queda a su madre Sarah: «*Ima*, no vamos a salir de aquí. No vamos a salir».²

4.30 GMT, desierto del Sinaí, sur de Israel

Tras regresar brevemente a Tel Aviv el día antes, el teniente coronel Yoni Netanyahu había vuelto a las maniobras en el Sinaí, desde donde vertió sus miedos ante el futuro en una carta a su novia, Bruria, entonces azafata aérea, que vivía con él en Tel Aviv. Escribiéndole bajo una luz de gas en su tienda, le explicó que se encontraba en una «fase crítica de mi vida, ante una profunda crisis interna que lleva ya mucho tiempo distorsionando mi marco de referencia». Lo «triste y ridículo» era que su única solución consistía en seguir. Según le confesó, se sentía «cansado la mayoría del tiempo, pero eso es solo parte del problema: he perdido la chispa que es tan vital para cualquier logro, la chispa de la alegría creativa, de la autorrenovación, del renacimiento». Y continuaba:

No dejo de preguntarme: ¿por qué? ¿Por qué ahora y no en otro momento? ¿Es que mi trabajo no me absorbe, no me sostiene? ¡No! Todo lo contrario [...]. Se adueña de mí y no quiero eso [...]. Y las mismas preguntas acechantes: ¿puedo permitirme vivir así, trabajar así y desgastarme así? Y la respuesta es siempre que debo continuar y terminar lo que he empezado...

Admitía haber «pasado raras veces por épocas difíciles antes» en su vida, y que «incluso las alternativas fuera del Ejército» habían «perdido en gran medida su atractivo». Dudaba de tener la «energía para empezar de nuevo desde cero» y no quería «quemar todos los puentes». Aun así, sabía que debía «parar y bajarme ya, de inmediato o muy pronto».

Concluía la carta con una nota personal: «Qué alegría tenerte, Brur, cariño, y qué alegría tener un sitio en el que apoyar mi cabeza cansada. Sé que no estoy contigo lo suficiente, y que para ti es complicado pasar tanto tiempo sola, pero confío en ti, en mí, en los dos para conseguir vivir nuestra juventud con plenitud: tú, para vivir tu juventud y tu vida, y yo, mi vida y el último destello de mi juventud. Lo conseguiremos».³

La carta revela que el comandante de la Unidad —que representaba la primera línea de defensa de Israel en la guerra contra el terrorismo palestino— estaba atravesando una especie de crisis personal en pleno apogeo del secuestro de Entebbe. Había perdido la fe en la capacidad del Gobierno para garantizar la seguridad de Israel y temía que el secuestro acabase con otra capitulación. A su vez, eso lo llevaba a cuestionarse su futuro en las FDI. Aun así, las FDI eran todo lo que él había conocido, y las alternativas —regresar a Harvard a retomar sus estudios y quizá entrar en política— no resultaban más atractivas.*

Se hallaba en una posición imposible. La vigilancia constante que requería su trabajo lo había dejado mental y físicamente agotado, y casi consumido. Aun así, se sentía en la obligación —consigo mismo y con su país— de terminar su trabajo como comandante de la Unidad. Si poseía o no las reservas de fuerza necesarias para aguantar otro año más era un asunto distinto.

6.30 GMT, Jerusalén, Israel

Isaac Rabin empezó el día comunicando en la reunión semanal secreta de la Comisión de Asuntos Exteriores y Defensa de la Knesset —el organismo que integra a todos los partidos y supervisa las relaciones diplomáticas, la inteligencia y la seguridad nacional— los últimos detalles sobre el secuestro y las decisiones adoptadas el día anterior por el equipo ministerial. La única información nueva desde entonces, le dijo a la comisión, era una breve descripción de los secuestradores que acababa de llegar en un cable enviado por el general Rehavam Ze'evi (apodado Gandhi), el asesor especial del primer ministro en temas de terrorismo, que se encontraba en Londres cuando comenzó la crisis. El cable contenía información obtenida de Patricia Martell, la rehén liberada por motivos de salud a la que habían interrogado en el Aeropuerto de Heathrow el día anterior, y decía: «Los secuestradores, tres hombres y una mujer, son del FPLP. Tienen pistolas, granadas de mano y recipientes que han colocado junto a las salidas de emergencia del avión». Con respecto a las exigencias, aún no se había planteado ninguna.⁴

Simón Peres tenía poco que añadir. Había pasado por el Ministerio de Defensa antes de salir hacia Jerusalén, pero allí no disponían de ninguna información nueva más allá de unas cuantas historias «coloridas» sobre los «ánimos en el aeropuerto, visitas de varios dignatarios» y «una serie de declaraciones grandilocuentes pero básicamente vacías de contenido por parte del presidente ugandés, Idi Amin».5

Acabados los resúmenes, la comisión regresó a su tarea principal, que consistía en evaluar el proceso, ya en marcha en el seno de las FDI, de aplicar las lecciones aprendidas en la guerra de Yom Kipur. La sesión se alargó hasta que a mediodía la aplazaron, lo que permitió a Rabin mantener una reunión privada con Menachem Begin, el líder del Likud, el partido opositor. Begin era casi diez años mayor que Rabin y había liderado el movimiento clandestino Irgun, que se opuso de manera violenta al mandato británico. Tenía una gran experiencia como agente político, aunque, salvo por un breve periodo como ministro sin cartera en el Gobierno de unidad nacional de 1967-1970, aún no había catado el poder. Sin embargo, su partido de derechas, el Likud —en sí, una coalición de grupos más pequeños— había obtenido 39 de los 120 escaños de la Knesset en las elecciones más recientes de 1973, y Rabin acertaba al identificarlo como una fuerza en alza en la política. Tras contarle toda la historia a Begin, añadió: «Señor Begin, soy de la opinión de que este asunto de Entebbe será una cuestión gravísima y muy complicada. Si no tiene usted nada que objetar, propongo mantenerle a usted en el terreno de juego».

Begin expresó su agradecimiento y los dos se despidieron con un apretón de manos.6

7.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Atormentada por los mosquitos, los fuertes ronquidos y la incomodidad de un suelo duro, Hannah Cohen había dormido poco durante su primera noche en el edificio de la terminal antigua. No dejaba de preocuparse por el bienestar de su hijo y de su hija pequeños que dormían junto a ella, y después del desayuno utilizó su árabe para preguntarle a Khaled, el terrorista palestino que custodiaba una de las puertas, si ellos y el resto de los niños podían salir a jugar al sol.

Aunque sorprendido por una petición que consideró impertinente, Khaled la derivó a su superior —Jaber— y Hannah obtuvo permiso para sacar a Tzipi, a Kobi y a diez niños más —incluidos Olivier Cojot y un chico alemán de edad similar— a la pista, donde jugaron al fútbol con una lata vieja y a otros juegos. Para dejarles algo más de espacio, el cordón de paracaidistas ugandeses, carentes de toda sonrisa, retrocedió unos treinta metros.

Durante cuarenta y cinco minutos, Hannah organizó juegos como el pilla-pilla y el escondite. Sin embargo, cuando animó a los niños a bailar una *hora* —un baile tradicional israelí en el que se forma un círculo de personas cogidas de las manos—,

Khaled perdió la paciencia. «No he dado permiso para bailar. ¡Todo el mundo adentro!», bramó.⁷

En cualquier caso, los terroristas tenían un problema más apremiante que abordar, ya que las tres mujeres mayores francesas se estaban poniendo «muy vehementes con su detención» e insistían en que «se les permitiese marchar». Ante la negativa de los terroristas, una de las señoras «se orinó en un lateral de la sala, claramente decidida a convertirse en la persona más desagradable posible hasta que la sacaran de allí». Eso llevó al médico egipcio a recomendar su traslado al hospital de Entebbe y, «preocupados por su capacidad para conservar la calma en circunstancias así», los terroristas aceptaron.

También permitieron la marcha al hospital del débil hombre francés con la supuesta afección coronaria. Pese a que los médicos de Entebbe no lograron encontrarle nada, Idi Amin trató de ganar méritos por la «milagrosa» recuperación del hombre anunciándole a la prensa que, pese a haber recibido tratamiento por todo el mundo, «solo lo habían diagnosticado y curado correctamente cuando había ido a Uganda».

Poco preocupado por el bienestar real del hombre, Amin ordenó que los cuatro rehenes regresaran a la terminal antigua en cuanto hubiesen recibido asistencia médica. ¿No sería una publicidad desastrosa para Uganda que aquel hombre muriese?, le preguntó su ministro de Sanidad, Henry Kyemba. Reacio, Amin admitió que sí y finalmente el hombre salió del hospital para pasar al cuidado de la Embajada francesa.⁸

Por tanto, dos de los 254 rehenes originales habían sido liberados, y más lo serían al final gracias a los esfuerzos de Michel Cojot. «Si esto dura unas noches más —le advirtió a Wilfried Böse—, una de esas personas va a morir, y aunque ocurra solo diez minutos antes de lo que hubiese muerto en algún otro sitio, el mundo entero le considerará a usted un asesino». Y añadió: «A ustedes les interesa desprenderse de ellos, y a nosotros también. Esa era la lógica de la SS en el andén de Auschwitz. Si no quiere parecerse a ellos, será mejor que libere a los débiles rápido».⁹

El consejo de Cojot tuvo aún más peso por el número de peticiones que el médico egipcio recibía de rehenes aquejados de dolor de espalda, muchos de ellos personas mayores. La solución del médico fue recomendarle a Henry Kyemba, su jefe, que se suministrasen más mantas y colchones. Kyemba, a su vez, habló con Amin y tras la aprobación de este último, enviaron los nuevos lechos por cortesía de la Agencia de Ayuda Canadiense. Ni siquiera así había colchones suficientes para todos y algunos de los rehenes más jóvenes tenían que apañárselas sin cama.¹⁰

Sobrados de tiempo libre, algunos rehenes empezaron a especular sobre cómo los terroristas habían logrado subir las armas a bordo del Airbus. La mayoría estaban de acuerdo en que se habrían aprovechado de los controles de equipaje más laxos para los pasajeros en tránsito, hecho confirmado por un miembro de la tripulación. Eso hizo que el capitán Bacos y su copiloto, Daniel Lom, lamentasen el reciente

anuncio de Air France de poner fin a todas las escalas en Atenas para vuelos de Tel Aviv-París a partir del 1 de julio, al día siguiente. Había llegado demasiado tarde para ellos.

Al mismo tiempo, dos cazas de morro chato de la Fuerza Aérea de Uganda — identificados por Daniel Lom como un MiG-17 y un MiG-21 de fabricación rusa, este último capaz de alcanzar la velocidad supersónica— desfilaron delante del edificio de la terminal antigua, aunque no despegaron. Claude Moufflet vio en aquello una muestra de propaganda por parte de Amin, para mostrarles a los rehenes «lo moderna y bien equipada» que estaba su Fuerza Aérea.¹¹ Otros lo consideraron una forma de intimidación. Emma Rosenkovitch comentó: «Menudo megalómano. ¿Qué está haciendo con esos aviones y esas medallas, presumiendo?». ¹²

10.45 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Varios voluntarios ayudaron a los miembros de la tripulación y a los camareros ugandeses a servir el mismo almuerzo que el día anterior: arroz, patatas, ternera en salsa, plátanos y agua mineral. Al terminarlo, muchos rehenes se quedaron sin saber qué hacer. Algunos se pusieron a dar vueltas y a charlar, otros, a jugar a las cartas o a juegos de viaje que habían llevado consigo en el avión. Claude Moufflet reconoció uno que tenía una azafata —un juego de adivinación de códigos llamado Mastermind— como un regalo que su hija había recibido por su cumpleaños. Prefirió el ajedrez, pero cometió el error de desafiar a un ruso-israelí y sufrió una derrota fácil.

Para pasar el tiempo, Moufflet utilizó la única ducha vieja y deteriorada que había en los baños de hombres y se vio obligado a apretar los dientes cuando el agua fría cayó en cascada de la tubería rota. Por la hoja rota de la ventana circular que tenía delante pudo ver a dos soldados ugandeses —uno estaba leyendo una carta en una puerta situada enfrente y otro se movía por el pasillo que separaba la zona de embarque de la zona de llegadas, al lado— y concluyó que había un sistema doble de centinelas: uno fijo y otro itinerante. Pensó entonces que, si iba a probar a escaparse, necesitaría mucha más información.

Al salir del cubículo de la ducha se topó con el joven ugandés cuyo trabajo era patrullar los baños de hombres y hacerse con cualquier documento escrito que los rehenes hubiesen dejado allí; otra prueba más, si es que hacía falta, de que las autoridades ugandesas estaban confabuladas con los terroristas. «¿Duchar bien? ¿Estar bien?», le preguntó el joven africano con una sonrisa.

Moufflet asintió y el ugandés hizo un gesto y preguntó: «¿Un tabaco?».

Tras indicarle con la palma de la mano al hombre que esperase, Moufflet salió y sacó de su equipaje de mano tres paquetes de tabaco del cartón que había comprado en Atenas. Cuando se los dio, el cuidador del baño esbozó una amplia sonrisa y se llevó la mano al corazón.¹³

12.30 GMT, Jerusalén, Israel

La reunión de la comisión ministerial a primera hora de la tarde apenas había dado comienzo en la sala de conferencias de la oficina de Rabin, en la calle Kaplan, cuando el asesor de Freuka Poran entró con una nota. Se la dio a Poran que, a su vez, se la pasó al primer ministro.

—Es lo que hemos estado esperando —dijo Rabin estudiando el papel—. Los secuestradores han transmitido sus exigencias por la radio ugandesa. —Rabin leyó la nota con más detalle y continuó—: A cambio de los rehenes, los secuestradores quieren la liberación de terroristas (los llaman luchadores por la libertad) encarcelados en cinco países: cuarenta de nuestra parte, seis de Alemania Occidental, cinco de Kenia, uno de Suiza y uno de Francia. Han emitido un ultimátum. En un periodo de cuarenta y ocho horas, los terroristas liberados han de salir en avión hacia Entebbe. Los liberados por nosotros serán transportados por Air France; los otros países pueden decidir el transporte que quieran.

—¿Y si no? —preguntó Yisrael Galili, ministro sin cartera—. ¿Qué ocurre si no salen liberados?

Galili había nacido en Ucrania en 1911 y había sido jefe del Estado Mayor de la Haganá. Un contemporáneo lo describía como un hombre con «el pelo blanco de Einstein, la constitución baja y fornida de un *kibbutznik*, la sagacidad de un emprendedor y los ojos velados de un *Svengali*». Además, era el asesor más cercano a Rabin en el Gobierno y un agente político con mucha experiencia —y supuesto amante de la anterior primera ministra, Golda Meir— que siempre mantenía la calma durante las crisis.

Rabin se giró hacia él y respondió con un tono de voz portentoso:

—Si los terroristas no salen liberados, amenazan con empezar a matar a los rehenes a las dos de la tarde del jueves, uno de julio. Es decir, pasado mañana.

Los ministros soltaron un grito ahogado simultáneo, pero Peres fue el primero en hablar para dar un «discurso apasionado sobre las implicaciones de la capitulación al chantaje terrorista».

Rabin tenía poco tiempo para, en su opinión, esas fanfarronadas, así que cortó rápido a Peres.

—Antes de que el ministro de Defensa siga con el sermón —dijo con un claro desprecio en la voz—, sugiero que aplacemos la reunión para pensar bien en este asunto y en todas sus implicaciones. Volveremos a reunirnos esta tarde a las cinco y media y, con suerte, sacaremos algunas ideas.

Una vez que los ministros se marcharon, Rabin convocó a su equipo personal —que incluía a Freuka Poran; a Yehuda Avner, su secretario privado nacido en Gran Bretaña (que había desempeñado el mismo cargo para los anteriores primeros ministros, Levi Eshkol y Golda Meir); y a Amos Eiran, director general de la Oficina del Primer Ministro (y jefe *de facto* del Estado Mayor de Rabin)— y descargó su

frustración por «lo que consideraba homilías interesadas de Peres». A continuación preguntó si se había producido algún progreso con respecto a los intentos de instar a Idi Amin a interceder en nombre de los pasajeros. Cuando le contaron que, por el contrario, Amin parecía estar deleitándose con el foco mediático y quizá estuviese confabulando con los secuestradores, Rabin explotó: «No me sorprende nada de lo que ese hombre sea capaz de hacer. Conduce su país como si fuese su feudo personal. Probablemente saque tajada de todo esto, conchabado como está con los terroristas».¹⁴

Las sospechas de Rabin eran acertadas. Pese a no formar parte del círculo interno de Amin y, por tanto, no haber sabido nada del secuestro con antelación, el ministro de Sanidad ugandés, Henry Kyemba, se dio cuenta pronto de que «toda la operación había pasado por la supervisión personal de Amin, que trabajaba junto con los palestinos residentes en Kampala». Según lo expresó Kyemba, el dictador «creyó ver ahí una buena oportunidad de humillar a los israelíes y de aumentar su prestigio entre los árabes» y «buscaba toda la gloria».¹⁵

Amin se jactó en varias ocasiones ante su ministro de Sanidad con frases como: «Bueno, Kyemba, ahora tengo a esa gente donde yo quería» y «Esta vez he puesto derechos a los israelíes». Estuvo incluso «estrechamente implicado en la redacción de las exigencias palestinas», incluido el plazo de cuarenta y ocho horas, que era, en opinión de Kyemba, «imposible por lo ajustado» y apenas dejaba «tiempo para ponerse en contacto con las autoridades implicadas, mucho menos lograr que aceptasen los términos».¹⁶

Consciente de la limitación de tiempo —aunque no de la implicación directa de Amin—, Rabin le pidió a Avner que elaborase otro informe para los medios extranjeros en el que se subrayase, de nuevo, «la responsabilidad de Francia». A continuación, le dio órdenes a Freuka Poran para que se asegurase de que el jefe del Estado Mayor de las FDI, Motta Gur, asistiera a la siguiente reunión de la comisión ministerial, a las 17.30.

Poran parecía sorprendido.

—¿Por qué necesita al jefe del Estado Mayor? ¿Tiene algo en mente para él?

—Quiero saber lo que opinan las FDI sobre el asunto. No tengo la más mínima duda de que Peres está pontificando contra la rendición al chantaje terrorista solo para que conste en acta, y así poder afirmar después que él estuvo a favor de la acción militar desde el principio. El problema es que su retórica es tan convincente que él mismo se la cree.¹⁷

12.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Los rehenes estaban en su mayoría repartidos por la sala principal del edificio de la terminal antigua —leyendo, charlando, jugando y bebiendo— cuando se oyó un escándalo procedente de la parte frontal del edificio, donde habían permitido de

nuevo salir a las mujeres y a los niños para jugar. Segundos después, los llevaron a todos dentro, seguidos por los terroristas. Como siempre, fue Wilfried Böse quien habló por el megáfono: «Acabo de comunicarles a sus Gobiernos las exigencias oficiales del FPLP. Su libertad depende de que las acepten».¹⁸

A continuación leyó esas exigencias: la liberación de cincuenta y tres «luchadores por la libertad» en cinco países, entre ellos, Kōzō Okamoto e Hilarion Capucci, el arzobispo católico griego de Cesarea que en 1974 había sido detenido por meter armas de contrabando para los terroristas palestinos en Cisjordania. En la lista se mencionaban algunos otros nombres conocidos —destacaban Werner Hoppe y Jan-Carl Raspe, dos líderes del grupo terrorista RAF alemán (la banda Baader-Meinhof)—, pero la mayoría eran palestinos anónimos que no significaban nada para los rehenes.¹⁹

Todos ellos debían estar volando hacia Uganda para las 12.00 GMT (15.00, hora local) del jueves, 1 de julio, junto a cinco millones de dólares del Gobierno francés, o los terroristas volarían el avión con los rehenes a bordo. Este último detalle provocó un grito de horror ahogado y colectivo entre los rehenes, y muchos de ellos quedaron entonces convencidos de que no saldrían vivos de Uganda. Para una de las mujeres, el impacto fue tal que se desmayó, y dos de las azafatas rompieron a llorar. Aun así, aunque Moshe Peretz estaba «casi seguro» de que Israel rechazaría esos términos, supo imaginar varios posibles desenlaces: el menos probable era que los terroristas cumpliesen su amenaza de matar a todo el mundo; un escenario más plausible era un compromiso por el cual saldrían «libres un pequeño número de retenidos, o todos los pasajeros a excepción de los israelíes, el jueves».²⁰

14.00 GMT, Tel Aviv, Israel

El teniente general Motta Gur —un hombre bajo y fornido de cuarenta y seis años, con uniforme y botas de combate, y las entradas de pelo negro ocultas por una boina roja de paracaidista— estaba a punto de subir a un helicóptero militar en el aeropuerto de Dov Field, en el norte de Tel Aviv, para volar al Sinaí cuando se le acercó corriendo un asesor. «Señor, el primer ministro quiere que asista a una reunión de emergencia en Jerusalén a las 17.30 para debatir sobre la crisis de Entebbe. El coche le está esperando.»

Gur meneó la cabeza. La crisis de los rehenes había comenzado cuarenta y ocho horas antes y hasta ese momento Rabin no había visto apropiado consultar con su jefe del Estado Mayor. Ambos se conocían bien desde principios de la década de 1970, cuando Rabin había sido el embajador israelí en Estados Unidos y Gur, agregado militar. Sin embargo, como antiguo jefe del Estado Mayor, Rabin tenía la costumbre de cuestionar las decisiones operativas de Gur; por su parte, Peres, con mínima experiencia militar, confiaba en él para hacer lo que había que hacer.

Mientras su vehículo avanzaba por la autovía hacia Jerusalén, de repente Gur pensó que a lo mejor Rabin le preguntaba si las FDI tenían planes de contingencia para rescatar a los rehenes. Tal y como estaban las cosas, la respuesta era no; así pues, Gur le ordenó a su conductor que se detuviese en el siguiente teléfono público y le dijo a su ayudante, el teniente coronel Hagai Regev, que llamase a la sección de operaciones para que pudiesen empezar a planear algo. Regev localizó al general de brigada Avigdor Ben-Gal, subjefe de operaciones, y le indicó que estudiase «las opciones de acción militar para rescatar a los rehenes» y que preparase «las tropas para llevar a cabo la operación».²¹

Fue esta orden telefónica lo que marcó el inicio formal del «procedimiento de batalla al nivel del Estado Mayor», aunque la planificación informal por parte de oficiales de la Fuerza Aérea y de operaciones combinadas, como Shiki Shani, llevaba en marcha desde la tarde del lunes. Cuando Kuti Adam, el jefe de operaciones, se enteró de la orden de Gur, reunió de inmediato a un «equipo de ideas» en el que estaban su subjefe, Ben-Gal, y el coronel Ehud Barak, antiguo comandante de la Unidad y para entonces asesor del jefe de inteligencia militar, con responsabilidad en operaciones especiales y de búsqueda.²²

Barak se encontraba en su oficina del Ministerio de Defensa, unas plantas por encima del Hoyo, cuando el intercomunicador pitó. Era Adam. «Escuche, Ehud, han secuestrado un avión y los rehenes están retenidos en algún sitio de la terminal antigua de Entebbe. Lo único que tenemos que hacer es generar el factor sorpresa.»²³

A Barak le pareció obvio lo que Adam pretendía. Sabía, por su experiencia previa, que la clave para acabar con situaciones de rehenes por la fuerza era el elemento sorpresa: contando con eso, tan solo quince hombres de la Unidad podían entrar en la terminal y matar a los terroristas antes de que estos tuvieran tiempo de hacer daño a los rehenes. No obstante, primero necesitarían reunir toda la información que pudieran sobre la situación en Entebbe: el número de terroristas, sus armas y sus hábitos; el diseño del aeropuerto; y, algo igual de relevante, la calidad y el temperamento de los soldados ugandeses que custodiaban el aeropuerto. Barak supo de inmediato a quién llamar: a Muki Betsler.²⁴

Cuando Betsler llegó a la oficina de Barak, se encontró a los principales expertos en contraterrorismo de las FDI —todos amigos y colegas de operaciones anteriores— sentados en torno a una mesa larga en forma de T: el teniente coronel Amiram Levine, un antiguo miembro de la Unidad que entonces trabajaba para inteligencia militar; Ido Embar, un comandante de la Fuerza Aérea con responsabilidad en operaciones combinadas; Gadi Shefi, comandante de la Shayetet 13, el equivalente naval a la Unidad (y similar a los SEAL de la Marina estadounidense); dos altos oficiales del Estado Mayor del Comando de Infantería y Paracaidistas, el coronel Ran Bag y el teniente coronel Amnon Biran; y el teniente coronel Chaim Oren, o Ivan, director de operaciones especiales de Adam. Recostado en su asiento al frente de la T, Barak presidía la reunión.

—Muki —dijo, mientras todos los ojos se dirigían hacia el recién llegado—, ¿conoce usted Entebbe?

—Claro, lo conozco.

—¿Y qué piensa de los soldados ugandeses?

Betser sonrió.

—Deben de ser buenos —respondió mientras avanzaba hacia un asiento vacío—. Al fin y al cabo, yo los entrené.

Cuando las risas se apagaron, el tono de Barak se endureció.

—¿Cómo de buenos?

—Pues... le tienen miedo a la noche. Y en las mejores circunstancias, no es que destaquen mucho en motivación. ¿En este caso? —Betser hizo una pausa—. La verdad es que no veo qué motivación van a tener para luchar contra nosotros. —Eso era exactamente lo que Barak quería oír, y sonrió. Betser continuó—: Así que no creo que los soldados ugandeses vayan a ser nuestro problema. ¿Sabe que Solel Boneh construyó la terminal?

Se refería a la enorme empresa constructora israelí que había realizado una serie de proyectos en Uganda antes de que Amin se volviese en contra de sus antiguos aliados. Barak asintió.

—Ya hemos mandado buscar los planos.

Y con eso empezaron los preparativos de una posible misión de rescate en Entebbe.²⁵

15.30 GMT, Jerusalén, Israel

Motta Gur no había hecho más que ocupar su sitio en la mesa rectangular de la sala de conferencias en la Oficina del Primer Ministro, junto al director del Mossad y a miembros de la comisión ministerial y sus asistentes, cuando Isaac Rabin le hizo una pregunta directa:

—Motta, ¿las FDI tienen alguna vía posible para rescatar a los rehenes con una operación militar?²⁶

Antes de que Gur tuviese tiempo de responder, Simón Peres intervino.

—En la base de Defensa no se ha planteado nada sobre este asunto —dijo bruscamente—. No lo he discutido aún con el jefe del Estado Mayor.

—¿Cómo? —farfulló un airado Rabin, con las venas hinchándosele en la frente—. ¿Cincuenta y tres horas después de que nos enterásemos del secuestro no ha consultado usted todavía con el jefe del Estado Mayor? —Rabin se dirigió entonces a Gur en tono riguroso—: Motta, ¿hay entonces un plan militar, sí o no? Si lo hay, esa será nuestra principal prioridad. Pero cabe recordar que cualquier operación debe incluir un modo de traer de vuelta a los rehenes.

De nuevo, Peres estaba a punto de responder cuando Rabin insistió en que contestara Gur.

—Cuando recibí su mensaje para asistir a esta reunión —dijo el jefe del Estado Mayor—, di por hecho que se buscaba mi consejo sobre una opción militar. En consecuencia, antes de venir, ordené al jefe de operaciones que iniciase un examen preliminar para saber si es factible una operación y, en tal caso, a qué coste. Nuestra falta de información fiable sobre la actitud de Idi Amin supone un problema crucial. Si los ugandeses cooperasen con nosotros, nuestras posibilidades de llevar a cabo con éxito una operación serían mucho mayores.

—Obviamente —respondió Rabin, furioso aún de que Gur no hubiese recibido ninguna indicación de Peres para planear una solución militar—, pero los informes que estamos recibiendo sobre Amin no son alentadores. La cuestión es que, de momento, no hay ninguna solución militar concreta, así que tendremos que... —Hizo una pausa, como reacio a continuar—... tendremos que pensar en negociar con los secuestradores terroristas para liberar a los rehenes.²⁷

Sin embargo, añadió Rabin, hacia fuera «mantendremos nuestra postura de que Francia era el país responsable, e Israel no iba a capitular».²⁸

Entonces, le llegó a Peres el turno de enfurecer. Consideraba que «una falta de información acreditada sobre las condiciones de los secuestradores y la situación de los rehenes no debía [...] dictar una preferencia hacia ninguna opción en concreto». ¿Por qué «precipitarse con una decisión a favor de una opción (liberar a los rehenes negociando), cuando su viabilidad no estaba clara, a expensas de una opción alternativa (liberar a los rehenes por la fuerza), cuando no había evidencias definitivas para demostrar que esta última opción no era viable»? se preguntaba. No obstante, al percatarse de la determinación de Rabin de seguir ese camino, mantuvo sus preocupaciones para sí.²⁹

En vez de decir eso, Peres comentó que «no había ninguna propuesta operativa, de momento, revisada con exhaustividad» y que solo se enviaría una «después de un examen meticuloso».³⁰ A continuación, Gur y él se levantaron y salieron de la sala, «supuestamente», aseguró Yehuda Avner, asesor de Rabin, «para correr de vuelta al Ministerio de Defensa en Tel Aviv y ver qué plan militar podían idear, si es que lo lograban». El resto de la comisión ministerial —Rabin, Allon, Yaacobi, Zadok y Galili— se quedaron enfrascados en una «discusión irritable sobre la aterradora idea de tratar de rescatar a tantos rehenes, a miles de kilómetros de distancia en el corazón de África, y la impensable alternativa...».³¹

Esa alternativa era liberar a cuarenta terroristas principalmente palestinos de cárceles israelíes; la lista completa de nombres acababa de llegar al Ministerio de Asuntos Exteriores de Jerusalén a través de una llamada telefónica de la Embajada israelí en París. La lista, que Shlomo Avineri, director general del Ministerio de Asuntos Exteriores, había escrito apresuradamente en un papel y enviado a la reunión de la comisión ministerial, era «desafortunadamente confusa, llena de errores ortográficos». No obstante, se podía identificar a la mayoría de los prisioneros y, una vez que Avineri leyó en voz alta la lista, Yitzhak Hofi, el director del Mossad y

antiguo general del Ejército, repasó todo lo que sabía sobre el secuestro, la organización que había tras él, el FPLP-ME, y su despiadado líder, el doctor Wadie Haddad.³² Hofi se sintió de inmediato igual de insatisfecho que Peres ante la perspectiva de las negociaciones. Pero también él estaba preparado para esperar a ver qué ocurría.³³

La única decisión concreta adoptada en la reunión fue que Yaacobi, el ministro de Transportes, instalase una oficina en el aeropuerto Ben-Gurion para servir de enlace con las familias de los rehenes. «Esa gente —comentaría Peres después— iba a pasar por unos momentos terribles, en los que su preocupación desesperada se vería exacerbada por nuestro frustrante desconocimiento.»³⁴

Tan desesperada, de hecho, que esa noche los padres de dos rehenes jóvenes plantearon una propuesta extraordinaria: ofrecerse como sustitutos de sus hijos. El hombre detrás de la oferta era el antiguo policía francés Robert Mimouni, padre del joven Jean-Jacques, que desde que emigró a Israel en 1971 había vivido en la ciudad costera de Natanya y había trabajado como administrativo en el Consulado francés de Tel Aviv. Fue por el vínculo de Robert con el Consulado por lo que Jean-Jacques había asistido a la escuela francesa de Jaffa, en la que se hizo amigo de Thierry, el hijo del cónsul. Esa amistad, a su vez, había provocado el cambio de última hora de Jean-Jacques al vuelo 139, para poder acompañar a Thierry. Por ese motivo —y también porque, de entrada, él había animado a Jean-Jacques a ir a Francia—, Robert se sentía culpable de haber puesto a su hijo en peligro.

Por tanto, tras hablar primero con el cónsul Sicard, se acercó a la oficina de correos de Natanya y escribió el siguiente telegrama a Idi Amin en Uganda: NOSOTROS, LOS PADRES DE JEAN JACQUES MIMOUNI Y THIERY SICKER [sic], ESTAMOS DISPUESTOS A VOLAR A UGANDA PARA OCUPAR EL LUGAR DE NUESTROS HIJOS COMO REHENES.

No recibieron respuesta.³⁵

16.10 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Durante gran parte de la tarde, Michel Cojot, el piloto Bacos y algunos otros pasajeros habían estado atosigando a los dos terroristas más accesibles —Böse y el Peruano— para aliviar la aglomeración de la sala grande dando a los rehenes acceso a la segunda planta, al otro lado de la escalera con la barricada. Los terroristas se negaron a permitir tal cosa, pero sí ordenaron a los empleados del aeropuerto de Uganda que abrieran un agujero en la pared izquierda de la sala grande, detrás de la antigua tienda turística, para dar así acceso a una estancia más pequeña, la antigua sala de espera, situada al otro lado.³⁶

La noche caía mientras los trabajadores ponían los toques finales a la brecha dentada en el muro: una T de madera clavada en mitad de la abertura para limitar los movimientos rápidos. Cojot y otros estaban a punto de pasar por ese hueco

difícil cuando Böse, Jaber y los demás terroristas entraron en la zona de embarque. «Los vamos a separar —afirmó Böse en tono práctico a través del megáfono—, pero no por nacionalidades, no hay ninguna relación entre eso y la separación. Iré diciendo nombres y quien oiga el suyo se irá a la otra sala. De verdad, hacemos esto para que no estén tan aglomerados. No tiene nada que ver con la nacionalidad.»³⁷

El primer nombre pronunciado fue el de Emma Rosenkovitch, seguido por los de Noam Rosenkovitch y Ella Rosenkovitch. Luego hubo más nombres israelíes, lo que encendió en muchos un miedo profundo a que —como en anteriores secuestros— estuviesen seleccionando a los israelíes para darles «un trato especial».³⁸ Las consecuencias psicológicas fueron «desastrosas», y rápidamente la voz de Böse quedó «amortiguada por gritos de terror, sollozos y protestas».

No obstante, la preocupación más inmediata de Emma, mientras pasaba lentamente por la abertura larga y estrecha con sus hijos, era por su esposo Claude.³⁹ Su nombre no lo habían pronunciado y temía que, como reservista del Ejército —igual que muchos israelíes menores de cuarenta—, a lo mejor lo mataban sin más. Tuvo que esperar treinta minutos eternos a que por fin permitiesen a Claude unirse a ella.

Para entonces se habían pronunciado más de ochenta nombres, en su mayoría israelíes. Moshe Peretz anotó en su diario: «La sensación es como la de una ejecución».⁴⁰ Para Akiva Laxer, la vergüenza de verse obligado a agacharse al pasar a la otra sala fue «la peor sensación» de su vida y entendió por primera vez «lo que significaba ser un rehén».⁴¹ A Sara Davidson también le ofendió esa humillación deliberada a los israelíes, sobre todo mientras uno de los terroristas palestinos estaba plantado en el hueco, «armado y listo». Anotó en su diario: «El alemán lee los nombres por un [megáfono] y todo el mundo que oye su nombre va a la abertura y aprieta los dientes y avanza lentamente bajo la T». Al poco, le llegó a Kuhlmann el turno de montar guardia en el hueco, lo que llevó a Davidson a comentar: «Dura. Retorcida».⁴²

Incluso a quienes tenían doble nacionalidad —como Jean-Jacques Mimouni y Dora Bloch— los mandaron a la otra sala: Dora, nacida en Jaffa e hija de un famoso pionero sionista llamado Yosef Feinberg, se había casado sin embargo con Aarhon Bloch, galés nacionalizado, en Palestina, en 1925, y viajaba con los dos pasaportes, el israelí y el británico. Su hijo Ilan, aunque también tenía doble nacionalidad, solo llevaba la documentación israelí. Los dos estaban en la lista de Böse.⁴³

En cualquier caso, no identificaron a todos los que vivían en Israel. Desde su traslado a Oriente Medio, el doctor David Bass se había convertido en oficial médico reservista de las FDI; sin embargo, como viajaba con pasaporte estadounidense, nadie se percató de sus vínculos israelíes. Lo mismo ocurrió con el soldador francés de veintiséis años Nahum Dahan, que iba acompañando a su madre: ella tenía pasaporte israelí y estaba en la lista de Böse; como él era francés, no. Dos hermanas mayores

también se vieron separadas porque una estaba nacionalizada israelí y la otra no, lo que provocó que la primera se hundiese en un estado de histeria. De todos modos, no hubo excepciones deliberadas, y conforme crecían las protestas, los terroristas hacían «gestos cada vez más amenazantes».⁴⁴

Para tratar de calmar la situación, el piloto Michel Bacos le cogió el megáfono a Böse. «Somos nosotros quienes les hemos pedido a nuestros guardias más espacio. Lo único que han hecho ha sido acceder a nuestra petición, así que no hay razón para la alarma.»⁴⁵ Sus palabras tuvieron poco efecto y Cojot no se sorprendió. En su opinión, Bacos no había comprendido «que el problema no estaba en el mayor espacio, sino en el criterio de separación».

Una vez concluida la separación de los israelíes, enviaron a seis judíos ortodoxos a unirse a ellos (a los hombres era fácil identificarlos por las pequeñas kipás negras): dos brasileños de diecisiete años con camisas de cuadros, Raphael Shammah y Jacques Stern, que acababan de concluir un año de estudios en una *yeshiva* de Jerusalén; la pareja belga formada por Gilbert y Helen Weill (Gilbert había guiado muchos de los grupos de oración), y una pareja joven estadounidense de Nueva York, un corredor de bolsa de veintiocho años y su esposa de veinticinco. Estos últimos se encontraban casi al final de unas vacaciones de tres semanas por Europa e Israel cuando embarcaron en el vuelo 139 a París. Al igual que los Weill y los dos brasileños, carecían de documentación israelí, y su incorporación a la lista se debió probablemente a que, como la Embajada de Estados Unidos en París lo expresaría luego, «parecían muy ortodoxos, comían solo comida *kosher* y estaban sentados con los israelíes a bordo del avión, además de que permanecieron con ellos en tierra porque los miembros del comando les permitían preparar comida *kosher*».⁴⁶ En otras palabras: estaban asociados con los israelíes aunque no tuviesen una conexión directa más allá de su profunda fe religiosa.

De pronto, consciente del peligro potencial que suponían su inclusión y la de su esposa, el corredor de bolsa gritó: «Soy estadounidense, no israelí. No tengo conexiones con los israelíes. ¡Tengo pasaporte estadounidense! ¡No voy a pasarme allí!».⁴⁷

Sus ruegos cayeron en oídos sordos y Emma Rosenkovitch, por su parte, «sintió un cierto desprecio» hacia él, aunque podía entender el dilema del estadounidense.⁴⁸

Solo una persona se presentó voluntaria para unirse a los israelíes: Janet Almog, de veintiséis años, la esposa estadounidense del israelí Ezra Almog. Janet era una mujer hermosa de pelo oscuro, nacida en Madison, Wisconsin, que se había enamorado de Ezra —el vivo retrato de la estrella del tenis Jimmy Connors— durante un trabajo de verano como voluntaria en el kibutz Ein Dor de Israel. Se habían casado poco después e iban de camino a Estados Unidos a visitar a sus padres —el primer viaje de Janet de vuelta después de dos años y medio— cuando se produjo el secuestro. Gracias a su formación militar, Ezra se había tomado con filosofía el

impacto de su cautiverio. Janet no lo había afrontado tan bien, así que cuando dijeron el nombre de su esposo y no el suyo, se hundió en lágrimas. Ezra, sin embargo, se mantuvo firme. «Quiero que me jures que no vas a seguirme. ¡Quédate en este lado!»

Dora Bloch había tratado de calmar a Janet diciéndole que su esposo tenía razón y que era mejor para ella quedarse. Pero la joven estadounidense no lo aceptaba. «No puedo vivir sin él, y me ha dicho que no lo siga», sollozó.

Minutos después llamaron a la propia Bloch y, por su edad, le ahorraron la humillación de pasar por la entrada tan baja: un terrorista la llevó fuera y la mujer entró por el acceso exterior a la sala de los israelíes. Allí le dijo a Ezra Almog que había cambiado de opinión.

—Tiene usted buenas intenciones, pero debe traerse a su esposa. No va a ser capaz de soportarlo sin usted.

Ezra trató de protestar.

—Pero al menos así uno de los dos saldrá de aquí. No tiene ningún sentido que venga conmigo. A lo mejor la dejan salir...

—No —respondió Bloch con firmeza—. Tiene que estar con usted.

Al final, Ezra cedió. Habló con el terrorista palestino que custodiaba la entrada y se alegró mucho cuando dejaron que Janet entrase. La pareja se abrazó entre lágrimas.⁴⁹

La sala rectangular a la que habían trasladado a los alrededor de ochenta israelíes era mucho más pequeña que la sala principal contigua: también tenía doce metros desde la entrada frontal hasta el fondo, pero apenas siete metros de ancho, y resultaba aún más pequeña por una pared lateral provisional levantada con cajas de cartón; y, al igual que la otra, estaba polvorienta y sucia, con hileras de asientos como único mobiliario. Moshe Peretz recogió en su diario: «Los terroristas nos advierten de que [las cajas] están llenas de explosivos y con solo tocarlas, estallarán. Al principio, hemos estado asustados, pero con el tiempo el miedo ha pasado y la gente ha colgado las camisas en las cajas. Mientras nos estábamos organizando, uno de los rehenes se ha acercado a un terrorista a pedirle un cojín para su bebé. El terrorista lo ha golpeado violentamente con la culata del revólver».⁵⁰

En la zona de embarque, muchos de los alrededor de 170 no israelíes se sentían igual de indignados, en especial, judíos como Julie Aouzerate, que se acordó de las prácticas nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Según anotó: «Fue una escena terrible, con ese acento alemán duro y la *selektzia*».⁵¹ Resultaba inevitable que algunos de los rehenes, sobre todo los supervivientes de campos de concentración, se acordasen del proceso de selección utilizado por los nazis: a un lado los que vivirían y, al otro, los que iban a morir. Sin embargo, tal y como Ilan Hartuv y otros apuntarían más tarde sin vacilar, aquello nunca fue una sencilla división entre judíos y no judíos. Muchos judíos no israelíes, como Julie Aouzerate, Michel Cojot y Peter

y Nancy Rabinowitz, permanecieron en la sala original. Abatida por la separación, Nancy había pensado en unirse a los israelíes como signo de solidaridad judía y para mostrar su apoyo moral, pero Peter la convenció de quedarse donde estaba.⁵²

Claude Moufflet y otros más se sentían tan mal por los israelíes que, de manera espontánea, cogieron colchones para llevárselos.⁵³ Sin embargo, la pareja que entonces guardaba la entrada —Kuhlmann y Khaled— lo impidió y les dijo que pasaran los colchones por encima de la T, cosa que hicieron. Mientras estaba ayudando a distribuir los colchones, Akiva Laxer recibió un golpe brutal en la espalda con la culata de la pistola de Jaber, que lo tiró al suelo y lo dejó en *shock*, jadeante.⁵⁴ Tras ese ataque sin provocación ni explicación por parte del violento y claramente antisemita Jaber, Laxer decidió que para un judío ortodoxo como él era peligroso hacerse notar y, en adelante, se mantuvo en un discreto segundo plano.

Varios israelíes, entretanto, habían tratado de volver a entrar a la zona de embarque con la excusa de ir al baño. También a ellos los detuvo Kuhlmann, pistola en mano, para acompañarlos uno a uno.

Moufflet estaba seguro para entonces de que la separación no era «solo por casualidad», sino que más bien correspondía «a un objetivo muy concreto».⁵⁵ Se sentía estafado y se prometió a sí mismo que volvería a intentar acceder a la sala israelí al día siguiente, cuando la vigilancia quizá fuese «menos rigurosa».

También Cojot se dio cuenta de la importancia de la «libertad de movimiento» entre las dos salas y logró que Böse le garantizase que nada la dificultaría. Llegado el momento, esa garantía nunca se cumplió. Con la sospecha de que sería así, Cojot les sugirió a Bacos y al ingeniero de vuelo Lemoine que «dos o tres de los doce miembros de la tripulación quizá deberían pedir que se les asignase ir a la sala con los pasajeros israelíes» para ofrecer apoyo moral. Los dos le pidieron tiempo para pensarlo y consultarlo con el resto de miembros de la tripulación. No fue hasta la mañana siguiente cuando Lemoine regresó con una respuesta que se ganó el respeto de Cojot por su candor, si bien no por su coraje. Lemoine le dijo, casi en tono de disculpa: «Tenemos esposas e hijos. Si se produce algún tiroteo, será ahí dentro primero. No somos ningunos héroes, así que preferimos quedarnos donde estamos».⁵⁶

Cuando se le recordó la sugerencia de Cojot, la respuesta de Bacos fue terminante: «No merece la pena. Los visitaremos con frecuencia. No tiene sentido complicar las cosas». Bacos, otros miembros de la tripulación y algunos pasajeros sí que hicieron visitas frecuentes a, en palabras de Cojot, la «gente del gueto». No obstante, la tripulación había desaprovechado la oportunidad de hacer una importante declaración de intenciones ante los terroristas: que compartirían de manera voluntaria el destino de los israelíes, fuese cual fuese.

En cualquier caso, dos ocupantes de la sala israelí recibieron permiso para volver a la otra sala, gracias a los esfuerzos de Ilan Hartuv y de Yitzhak David. Ambos habían intentado que los seis judíos ortodoxos no israelíes regresaran,

recordándoles a Böse y al Peruano su argumento anterior de que no tenían nada contra los judíos, solo contra los israelíes. La respuesta fue: «Claro que no. Nosotros no queríamos ponerlos en vuestra sala, pero la alemana insistió».

Más adelante, Hartuv volvió a intentarlo en nombre de los jóvenes brasileños.

—Estos muchachos solo tienen diecisiete años —le dijo al Peruano—. Son los dos de Brasil y solo fueron a Israel para estudiar un año en una *yeshiva*, un seminario teológico. Estaría bien que los devolviesen a la otra sala.

—Sé portugués —le respondió el Peruano—. Voy a ir a hablar con ellos y si lo que me estás contando es verdad, los devolveré a la sala principal.

Cumplió su promesa y, antes de que acabase el día, habían trasladado a los brasileños.⁵⁷

16.30 GMT, carretera nacional 1, centro de Israel

En los asientos traseros de su coche del Ministerio de Defensa, que aceleraba por los montes camino de Tel Aviv, Simón Peres seguía enfurecido porque Rabin pudiera siquiera pensar en negociar con los terroristas. A esas alturas sabía que la única manera de evitarlo era que Gur y él idearan una opción militar creíble.

El guardaespaldas de Peres, que viajaba en el asiento del copiloto, interrumpió los pensamientos del ministro.

—Simón —le dijo el hombre girándose en el asiento—, durante un tiempo fui oficial de seguridad en la misión israelí de Kampala. Creo que sería posible sacar provecho de Idi Amin. Admira mucho a Moshe Dayan, pero Zonik [Shaham] y Burka [Bar-Lev] son su debilidad. —Peres sabía que se refería a los coroneles que habían liderado las misiones militares de Israel en Uganda durante los años sesenta y principios de los setenta—. Amin muestra mucha delicadeza con todos los israelíes que le han hecho favores. Pese a lo loco que está, no se olvida de ellos. Creo que deberíamos hacer algo en ese sentido. A lo mejor merece la pena hablar directamente con Idi Amin para intentar influir en él.

Peres le vio sentido.

—Vale —respondió después de reflexionarlo un poco—. Mañana, tráigame a Burka Bar-Lev y a dos o tres oficiales más de los que estuvieron en Kampala y que conozcan bien a Idi Amin. En esta fase tenemos que probar con todo, incluida la baza de Amin.⁵⁸

17.00 GMT, Jerusalén, Israel

Mientras Peres se aproximaba al complejo de la Kirya en Tel Aviv con una larga tarde de trabajo por delante, Rabin estaba tratando de relajarse con una copa de *whisky* y una serie de cigarrillos en su oficina de Jerusalén. Al darse cuenta de que Eiran,

Avner y el resto de los miembros de su equipo personal estaban un poco preocupados por sus comentarios durante la reunión de la comisión ministerial, decidió explicarse.

«En lo que se refiere a negociar con terroristas, ya hace tiempo que tomé una decisión por principios, mucho antes de ser primer ministro: si alguna vez se daba una situación en la que unos terroristas tuviesen retenida a gente de nuestro pueblo en tierra extranjera y nos veíamos frente a un ultimátum entre liberar a asesinos en nuestra custodia y dejar que matasen a nuestro pueblo, en ausencia de una opción militar, cedería ante los terroristas. Liberaría a los asesinos para salvar a nuestro pueblo. Así que ahora afirmo que, si el ministro de Defensa y el jefe del Estado Mayor no averiguan un plan militar creíble, pretendo negociar con los terroristas. Nunca sería capaz de mirar a una madre a los ojos si un rehén, soldado o hijo suyo, o quien fuera, muriese asesinado por una negativa a negociar o por culpa de una operación chapucera.»⁵⁹

17.15 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

«¡Silencio!», gritó Wilfried Böse por el megáfono, callando de inmediato las voces que habían llenado la sala grande del edificio de la terminal antigua desde la marcha de los israelíes.

Y continuó: «Tengo buenas noticias. El presidente Idi Amin Dada ha insistido personalmente en que se libere a algunos rehenes lo antes posible por motivos humanitarios. Hemos aceptado su petición y mañana por la mañana les comunicaremos la lista de las personas que van a salir».

La esperanza se despertó en los corazones de muchos y, cuando Böse salió de la habitación, se inició un debate vigoroso sobre a «quién liberarán, según qué criterios se hará la elección y cuáles serán las condiciones de esa libertad». No obstante, los portavoces oficiosos de los rehenes —Cojot, Bacos y Lemoine— decidieron rápidamente que redactarían una lista con los enfermos, ancianos, madres y niños para dársela a los terroristas. Sabían, sin embargo, que no iban a permitir salir a ningún israelí.⁶⁰

Después de la cena —de nuevo suministrada por el Lake Victoria Hotel y repartida entre las dos salas—, le entregaron a Böse la lista con sesenta nombres. Entre ellos estaba Olivier Cojot, de doce años, pero no su padre, Michel. Cuando Olivier se enteró, agarró a Böse por la manga y le rogó en mal inglés:

—Ponga a mi padre en la lista, ponga a mi padre en la lista.

Cojot intervino.

—Olivier, a esta gente no se le ruega —le dijo en tono severo.

Era la primera vez que le levantaba la voz a su hijo desde el inicio de aquella desventura; pero, en su fuero interno, se sintió conmovido por el rechazo de su hijo a la idea de separarse de él.⁶¹

Esa noche, consciente de que Olivier saldría pronto libre y sería capaz de dar información vital a las autoridades francesas, Cojot garabateó con letra diminuta en un trozo de papel todo lo que creía útil: el diseño de la terminal y sus diferentes accesos; el número de terroristas, sus armas y la disposición de las guardias; la ubicación de los soldados ugandeses y sus actividades. Al acabar, enrolló el trozo de papel todo lo pequeño que pudo y lo metió en el dobladillo de los vaqueros de su hijo, donde dio por sentado que los terroristas no mirarían. Tenía la esperanza de que disponer de esa información animase a las autoridades francesas a lanzar una misión de rescate. Aún contaban con una base militar en Yibuti, en el Cuerno de África, que quedaba a más de mil quinientos kilómetros de Entebbe, es decir, menos de la mitad de la distancia que tendría que recorrer una fuerza israelí. Como francés —si bien un francés en conflicto por el abandono de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial por parte de su país—, Cojot albergaba la vana esperanza de que su Gobierno hiciese algo para salvar a los rehenes, principalmente judíos. Un acto así sería una especie de recompensa por el comportamiento del Gobierno de Vichy y la muerte de su padre durante la Segunda Guerra Mundial —por no mencionar el antisemitismo esporádico que había vivido de niño—, capítulo que al fin podría cerrar. Le parecía que sería la oportunidad perfecta para que Francia actuase con heroicidad y pagase la deuda que desde hacía tanto tenía con sus propios ciudadanos judíos.⁶²

Por supuesto, sabía que mandar la nota con Olivier era un riesgo temible y que las consecuencias podrían ser graves.⁶³ En todo caso, llegó al razonamiento de que solo se trataba de información que podrían dar de memoria el resto de los rehenes liberados —cuando no con todo lujo de detalles— y de que, en cualquier caso, no era probable que los terroristas cacheasen a un niño.

Otras personas llegaron a una conclusión similar. Convencidos de que había pocas posibilidades de volver a ver a sus familias, los Rabinowitz escribieron cartas de despedida y testamentos y le pidieron al chico holandés de diez años —también en la lista de sesenta nombres, sin su padre— que se los escondiese en el zapato.⁶⁴ El niño aceptó.

18.15 GMT, Londres, Reino Unido

Con la mayoría del día ocupado en una reunión de ministros de Asuntos Exteriores de la CEE en Luxemburgo, no fue hasta última hora de la tarde cuando Tony Crosland dirigió su atención a Uganda y a la noticia del ultimátum de los terroristas. En un cable enviado a Horrocks en Kampala, decía: «Dado que los secuestradores no han declarado ninguna animosidad hacia nosotros ni nos han planteado ninguna exigencia, estamos calibrando, en respuesta a una petición de la señora Russell, si

sería provechoso tratar de sacar individualmente a los ciudadanos británicos y de la antigua Commonwealth. Está además la cuestión humanitaria añadida de que el señor Good padece una afección cardiaca».

Lo que sugería Crosland, bajo la presión de Edith, la esposa de Tony Russell, era que Horrocks utilizara la ausencia de una crítica explícita contra el Reino Unido en el comunicado del FPLP para garantizar la liberación de todos los británicos y «ciudadanos de la antigua Commonwealth», como canadienses y neozelandeses. Sin embargo, se trataba de un desarrollo de los acontecimientos sobre el que incluso Crosland tenía sus recelos.

Según confesó: «Albergamos serias reservas al respecto, en vista del riesgo de atraer la atención y las exigencias del FPLP sobre nosotros; de la propia demanda de los secuestradores de que todas las negociaciones se lleven a cabo a través de un negociador designado por los franceses, y del riesgo de una confusión perjudicial al utilizar más de un canal de negociación». En cualquier caso, era una vía que necesitaban estudiar —y poder afirmar que habían estudiado— debido al nivel de atención de prensa y público que el secuestro había despertado en el Reino Unido. Crosland concluía: «Le agradezco que nos transmita de inmediato sus comentarios sobre la viabilidad y la utilidad de intervenir únicamente en nombre de aquellos sobre los que tenemos responsabilidad consular. Ahora no debería consultar con los ugandeses ni con los franceses».⁶⁵

La respuesta de Horrocks al cable, enviada más adelante esa misma tarde, fue descartar de plano la idea. «Pese a que los ugandeses tienen acceso directo a los secuestradores, no creo que estuviesen dispuestos a ejercer ninguna influencia a nuestro favor a la hora de intentar garantizar la liberación únicamente de aquellos sobre los que tenemos responsabilidad consular.»⁶⁶ Y añadía que tampoco los secuestradores contemplarían «ninguna intervención de nuestra parte en este asunto». Con respecto a los riesgos, creía probable que ese curso de los acontecimientos «lo considerasen otros Gobiernos afectados como un paso unilateral y egoísta en una situación que requiere una postura común».

Ante una oposición tan vehemente a su táctica por parte del hombre en el terreno, Crosland abandonó toda esperanza de desempeñar un papel activo en la liberación de los rehenes británicos y de la Commonwealth. Sus vidas en adelante dependerían de las acciones de otros Gobiernos —en especial, de los israelíes— y, por supuesto, del capricho de los propios terroristas. Sin embargo, el ministro de Asuntos Exteriores estaba preparado para actuar, a petición de Francia, y presionar al Gobierno ugandés para que mejorase las «condiciones supuestamente pésimas» de los rehenes en la terminal antigua. Le dijo a Horrocks: «Si lo considera útil, anime a los ugandeses a convencer a los secuestradores de permitir[les] llevar los necesarios artículos básicos. Debe dejar claro a los ugandeses que esta petición afecta por motivos humanitarios a los rehenes de todas las nacionalidades».⁶⁷

19.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Junto a Simón Peres, en torno a la mesa de conferencias en su oficina del Ministerio de Defensa, estaban los oficiales de más alto rango de las FDI: el jefe del Estado Mayor Motta Gur; su subjefe y jefe de operaciones Kuti Adam; Shlomo Gazit, jefe de inteligencia, y Benny Peled, comandante de la Fuerza Aérea de Israel.

Peres inauguró la reunión de las 21.00 repasando las palabras de Rabin en Jerusalén: si las FDI no podían idear un sistema viable para rescatar a los rehenes de Entebbe, no tendría más opción que negociar su liberación con los terroristas.

—Bueno, caballeros, ¿qué tienen que decir?

Peled fue el primero en hablar. Nacido en Tel Aviv en 1928, vástago de una familia de pioneros arraigada, se había unido a la FAI como mecánico y más adelante se convirtió en uno de los primeros pilotos de caza de Israel. Parecía una estrella de cine, apuesto y de rostro exquisito, entradas de pelo negro y bigote lápiz. Sin embargo, su aspecto contradecía su dureza: había sobrevivido dos veces al derribo de su avión sobre territorio enemigo; había conservado el temple durante los primeros reveses de la guerra de Yom Kipur, y en esos momentos, cuando Israel se veía amenazado por un nuevo enemigo —el terrorismo—, no tenía ninguna duda de cuál debía ser la respuesta. Ni tampoco había acudido a la reunión sin haberse preparado, ya que había recibido garantías previas de Joshua Shani de que los aviones Hercules podían transportar a una fuerza de asalto a Entebbe.

—Yo, por mi parte, me opongo enérgicamente a ceder ante los terroristas bajo cualquier circunstancia. Propondría que una fuerza llevada allí por aire aterrizase en el aeropuerto de Entebbe. Una vez que hayamos eliminado a los terroristas que custodian a los rehenes, Idi Amin no tendrá más alternativa que dejarlos marchar. Para que la operación militar salga adelante, debemos tener el control total de Entebbe y alrededores. Se puede conseguir lanzando a mil paracaidistas.⁶⁸ —En ese momento, a Peled se le ocurrió algo y se dirigió a Peres—. ¿Qué quiere? ¿Qué conquistemos Entebbe o el país entero?⁶⁹

Peres se sintió intrigado.

—¿A cuántos hombres necesitaría para eso?

—Para conquistar el país entero necesitaría a mil soldados. Para conquistar Entebbe, quizá doscientos o trescientos hombres.

Peled continuó explicando que una fuerza de uno u otro tamaño podría llegar a Entebbe por aire sin paradas en aviones Hercules C-130. Había hecho las averiguaciones necesarias: era viable.

A Peres todo aquello le sonaba muy inverosímil, aunque le reconoció al jefe de la FAI su osadía. Gur estaba aún menos convencido. Tras descartar el plan de Peled por «fantástico» y considerarlo algo que todos harían bien en olvidar, planteó por el

contrario la posibilidad de atacar Entebbe desde el agua: o bien a cargo de tropas que cruzasen desde Kenia en barco, o de comandos que cayesen en paracaídas sobre el lago Victoria con balsas inflables.

El último en hacer una sugerencia fue Kuti Adam. También estaba en contra de la negociación, dijo. Su plan era atraer a los terroristas a Israel insistiendo en que el intercambio de prisioneros y rehenes se llevase a cabo en Oriente Medio. Entonces, cuando los terroristas estuviesen a su alcance, la Unidad lanzaría un asalto sorpresa para rescatar a los rehenes. Pocos de los presentes en aquella mesa consideraron probable que los terroristas fuesen a aceptar eso; aun así, y en cualquier caso, era una táctica digna de análisis.

Claramente, había mucho trabajo por hacer y Peres concluyó la reunión diciéndoles a sus generales que «continuasen planteando ideas nuevas y estudiándolas, por muy extrañas o locas que pareciesen».⁷⁰

21.50 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Claude Moufflet acababa de quedarse dormido, mal encaramado sobre un estante estrecho detrás de la barra en la sala grande, cuando lo despertaron unos gritos histéricos de la señora francesa a la que habían separado de su hermana. «¡Jaco! ¡Jaco!», no dejaba de gritar, un nombre que Moufflet supuso que sería el de su esposo o su hijo.⁷¹

Dos azafatos y una azafata trataron de calmarla, sin conseguirlo; al final, recurrieron a envolverla en una manta y, con el permiso de Ali, el terrorista de camisa roja, llevarla fuera. La mayoría de los presentes en la sala estaban tan cansados que ni siquiera se despertaron, y quienes sí lo hicieron, volvieron a dormirse rápido, pese a la atmósfera calurosa, a la falta de oxígeno y al zumbido de los mosquitos.

Al lado, en la sala israelí, Sara Davidson se encogió al oír los gritos. En su diario, escribió: «No me quedan fuerzas. Me cuesta incluso escribir. Miro a mis hijos y rezo por que salgan enteros en cuerpo y alma de esta pesadilla».⁷² Al igual que muchos otros, Gilbert Weill se sentía «destrozado y deprimido».⁷³

DÍA 4: MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1976

2.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Mientras los rehenes dormían, el grupo *ad hoc* de operaciones de Ehud Barak, formado por siete hombres, se pasó toda la noche trabajando en la Kirya para idear una solución militar al secuestro. Los teléfonos no paraban de sonar mientras la información entraba sin cesar en la oficina de Barak. Entre los visitantes había un ingeniero de la constructora israelí Solel Boneh, que llegó con los planos originales del aeropuerto de Entebbe, además de varios altos mandos de las fuerzas aéreas que habían pasado algún tiempo en Uganda como instructores de vuelo y pilotos del efímero puente aéreo Israel-Uganda. Estos últimos le contaron a Barak todo lo que pudieron sobre el aeropuerto, otras bases aéreas del país y la Fuerza Aérea de Idi Amin.¹

Otra información vital la extrajeron de un directorio internacional de aeropuertos, en especial la ubicación de la terminal nueva de Entebbe con respecto a la antigua, y la existencia de una nueva pista para cazas de combate MiG que le habían facilitado los libios a Amin.

Todo eso permitió a los encargados de esbozar el plan ir extrayendo ideas que los demás rechazaban o pulían poco a poco. Bajo la dirección sutil de Barak, y con innumerables tazas de té y café como combustible, la lluvia de ideas continuó toda la noche. Sin embargo, una y otra vez se veían ante «vacíos de información»; el mayor de ellos era el papel desempeñado por Amin en el secuestro: ¿estaba confabulando con los terroristas o de verdad trataba de ayudar? Sospechaban lo primero. Sabían que Amin debía asistir a una reunión de la Organización para la Unidad Africana en Mauricio —la última a la que acudiría como presidente— y creían que el secuestro le aportaba lo que necesitaba: un escenario internacional. Sus declaraciones a la prensa, entretanto, no eran determinantes: por un lado se comprometía con la seguridad de los rehenes y por el otro instaba a Israel a aceptar las exigencias de los terroristas.

Esa «primera noche larga», Muki Betser no estuvo solo en la sensación de tener una «responsabilidad tremenda» con respecto a la seguridad de los rehenes. Aun así, todos estaban convencidos de que un intercambio de prisioneros no sería únicamente una humillación para Israel, sino «una victoria para los terroristas de todo el mundo».

Al amanecer, el equipo de Barak se había trasladado bajo tierra, al Hoyo, para darles cuerpo a cuatro posibles planes, ninguno carente de desventajas y todos dependientes del factor sorpresa. El preferido era una operación combinada en la que miembros de la Unidad y la Shayetet 13 de la Marina caerían en paracaídas sobre el

lago Victoria con zódiacs hinchables y luego recorrerían a pie la corta distancia que separaba la orilla de la terminal antigua en Entebbe, donde matarían a los terroristas y liberarían a los rehenes. Solo entonces se entregarían a los ugandeses con la esperanza de acordar una repatriación. El punto débil de ese plan era dar por sentado que «Amin quería un rescate para liberarse de toda responsabilidad».²

El segundo plan —sugerido también por Gur en la reunión con Peres la noche antes— era que una fuerza de asalto volase a Kenia y luego utilizara barcos para cruzar el lago Victoria hasta la orilla cercana a Entebbe. Dependía no solo de la cooperación de Amin, sino también de la de los keniatas que, como el resto de la OUA, no habían tenido relaciones diplomáticas oficiales con Israel desde la guerra de Yom Kipur. No obstante, de manera no oficial, los dos países aún mantenían estrechos lazos en materia de seguridad, tal y como había demostrado una cooperación reciente entre el Mossad y las fuerzas de seguridad keniatas para evitar que tres miembros del FPLP de Wadie Haddad utilizaran misiles rusos manuales tierra-aire (SAM-7) para derribar una aeronave de El Al mientras aterrizaba en el Aeropuerto Internacional de Nairobi, en ruta entre Johannesburgo y Tel Aviv, en enero de 1976. A los terroristas los cogieron en el acto gracias a la información aportada por agentes del Mossad apostados en Nairobi a la policía de seguridad interna keniana —la Unidad de Servicio General (USG)—, y una segunda pareja de sospechosos de Alemania Occidental —enviada a Kenia para descubrir por qué había fallado el ataque— fue detenida más adelante, la misma semana. Los cinco se encontraban en la lista de «luchadores por la libertad» que los terroristas de Entebbe querían liberar de cárceles keniatas a cambio de los rehenes. No obstante, no era consciente el FPLP —y el Gobierno israelí no iba a contárselo— de que poco después de los arrestos, las autoridades keniatas habían permitido al Mossad trasladar en avión en secreto a los cinco de vuelta a Israel, donde *a posteriori* se celebraría el juicio.³ Por supuesto, todo eso representaba buenos augurios para una operación lanzada desde Kenia.

El tercer plan —sugerido por Muki Betser— era una variación de la idea del general Adam: en vez de atraer a los terroristas hasta Israel, cosa que, todos pensaban, era muy improbable, el asalto sorpresa tendría lugar en Entebbe a cargo de soldados disfrazados de presos palestinos. Además, serían trasladados en un Boeing de la FAI pintado con los colores de Air France y pilotado por militares disfrazados de civiles. Sin embargo, también el éxito de esa misión requería de la cooperación de Amin.

El último plan —y sin duda el que menos adeptos tenía en aquella fase— era la llamada «Opción FDI» planteada por el coronel Ran Bag del Comando de Infantería y Paracaidistas. Bag, deseoso de implicar a sus soldados de las Brigadas Golani y Tzanchanim (paracaidistas), quería utilizar un grupo lo bastante numeroso para intimidar a los ugandeses, de manera que la fuerza de asalto de la Unidad pudiese rescatar a los rehenes. Su idea era contar con un equipo de ataque de al menos mil

hombres. Sin embargo, al contrario que la sugerencia original del comandante de la Fuerza Aérea Peled, por la que esas tropas llegarían en paracaídas, Bag quería que los aviones de transporte Hercules C-130 aterrizasen, para luego poder trasladar a los rehenes y ponerlos a salvo. El plan tenía la ventaja de no depender ni de los ugandeses ni de los keniatas. Por otro lado, su mera envergadura aumentaría la probabilidad de detección, ya que esos aviones volaban dentro del alcance de los radares —y de los cazas— de Egipto, Arabia Saudí y Sudán, tres países que habían jurado destruir Israel; asimismo, harían falta tiempo y acceso a los depósitos de combustible de Entebbe para que los aviones pudieran regresar a Israel.

El comandante Ido Embar no tenía ninguna duda de que la FAI era capaz de aterrizar aviones en Entebbe sin que los detectasen. «Créame, vivo en una base aérea. Sé de lo que estoy hablando. Si un avión logra evitar la detección de un radar hasta su aterrizaje, podría tomar tierra y llegar hasta un lugar discreto al final de la pista sin que nadie se diese cuenta.»⁴

5.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

A las 8.00, Ilan Hartuv estaba caminando junto a los ventanales frontales de la sala israelí en el edificio de la terminal antigua, estirando los músculos agarrotados tras una noche incómoda en un sillón, cuando se percató de que unos soldados ugandeses estaban colocando hileras de cables fuera del edificio.

—Nos están poniendo una trampa, para demolerlo todo —dijo un rehén con miedo.

—No —lo interrumpió otro—, esos son dispositivos electrónicos de escucha.

Al poco se desveló la verdad cuando un soldado ugandés entró solo en la sala y anunció:

—Los cables de fuera son para ustedes.

Perplejos, los israelíes no dijeron nada a la espera de una explicación.

El soldado continuó:

—Son para la colada. Quien quiera lavar ropa puede hacerlo en los baños y luego tenderla fuera para que se seque.

Se produjo un suspiro de alivio colectivo y, minutos después, se vio gente salir volando por la puerta a colgar las prendas húmedas en los cables y jugar al sol. Los rehenes no israelíes, tras recibir un mensaje similar, estaban haciendo lo mismo. Animada por la atmósfera relajada, Sara Davidson se acercó a Wilfried Böse, de guardia a la entrada de la sala israelí, y le preguntó:

—¿Podríamos coger las maletas del avión?

—Intentamos sacarlas, pero están en unos contenedores especiales, y el aeropuerto no tiene el equipo necesario para descargarlos —respondió el alemán.

La mujer meneó la cabeza indignada.

—¡No los entiendo! ¿Cómo pueden retener a tanta gente sin colchones ni mantas decentes, en estas condiciones tan terribles?

Avergonzado, Böse le preguntó qué hacía falta y redactó una lista con sus peticiones: mantas, colchones, jabón, limpieza de baños, etcétera. Al acabar, dijo que haría lo posible, pero que no era decisión suya.

—Yo solo estaba al mando en el avión. Los oficiales son ellos —dijo, señalando en la dirección de Jaber y el Peruano—. Ahora ellos están a cargo.⁵

6.30 GMT, Tel Aviv, Israel

«Los he convocado aquí —dijo Simón Peres, dirigiéndose a los tres oficiales sentados en torno a la mesa de conferencias en su oficina del Ministerio de Defensa— porque todos prestaron servicio en la misión militar de las FDI en Uganda y conocen a Idi Amin personalmente. Quiero que me cuenten todo lo que sepan sobre el Ejército ugandés, los motivos y métodos de Amin, y que sugieran cualquier propuesta que tengan para resolver la crisis del secuestro.»⁶

El primero en hablar fue el coronel Burka Bar-Lev, el antiguo jefe de la última misión militar de las FDI en Uganda, alto y con cada vez menos pelo, que había llegado a ser tan cercano a Amin que incluso se había enterado con antelación del golpe que este último iba a dar en enero de 1971. Bar-Lev, además, recibió al nuevo régimen con entusiasmo, haciendo caso omiso del consejo del Ministerio de Exteriores israelí de actuar de un modo imparcial, y utilizó su influencia para salvar a ciertos «amigos» de Israel de la ejecución y para condenar a otros. Aun así, ni siquiera él había sido capaz de evitar la ruptura con Uganda provocada por la negativa del Gobierno de Israel a darle a Amin diez millones de libras como préstamo en unos términos generosos y proporcionarle un escuadrón de cazabombarderos Phantom para su Fuerza Aérea. «Nosotros no fabricamos Phantoms —le había dicho la primera ministra Golda Meir a Amin durante la visita de este a Israel en julio de 1971—, se los compramos a Estados Unidos, cuando podemos. ¿Por qué necesita usted Phantoms?»⁷ La respuesta de Amin fue: «Para utilizarlos contra Tanzania».

Con su característico hablar rápido como una bala, Bar-Lev le dijo a Peres que Amin obtenía la mayoría de su información hablando con la gente. Como resultado, estaba «enormemente influenciado por quienes tenía cerca y tendía a confiar muchísimo en su juicio y en su lealtad personal a él».⁸ Y añadió: «No creo que haga una masacre con los rehenes, pero tampoco pienso que vaya a entrar en un tiroteo con los terroristas. Estas suposiciones seguirán siendo válidas siempre que Amin no sueñe algo durante la noche. Si es así, eso podría cambiarlo todo». Bar-Lev explicó que se refería a la historia de Amin, tantas veces repetida, de que su madre se le apareció en un sueño para advertirle de que nunca les hiciese daño a los judíos.⁹

El segundo de los tres oficiales en hablar fue el teniente coronel Yosef Salan, antiguo comandante de un equipo de la FAI en Uganda, que había ayudado al país a montar su propia Fuerza Aérea. Estuvo de acuerdo con la evaluación de Bar-Lev en casi todo, aunque advirtió de que si Israel trataba de usar la fuerza «se le podrían cortocircuitar todos los fusibles a Amin» y hacer «que se volviese loco». En ese caso, no habría manera de «saber cómo podría acabar la cosa».

Aunque eso era cierto, aclaró el tercer oficial y comandante de la FAI, él creía además que el Ejército ugandés «probablemente no intervendría» en una batalla entre tropas de las FDI y los secuestradores. «Por lo general, prefieren mantenerse al margen en las guerras ajenas», añadió con una sonrisa.

—¿Amin es valiente? —les preguntó Peres a los tres.

Su respuesta fue instantánea e idéntica.

—No, es un cobarde.

—Y además —añadió el comandante de la FAI—, es cruel. Recuerdo una ocasión en la que, después de recibir un rifle como regalo, empezó de inmediato a disparar balas por todo el patio de su villa contra gente inocente y desarmada.

Peres asintió. Para él había sido una conversación fascinante y reveladora y su conclusión callada era que Amin estaría interesado en «alargar» el drama todo lo que pudiese, dado que eso le proporcionaba «una oportunidad sin parangón para recibir atención mundial». «Por propia iniciativa, no mataría a los rehenes.» Quizá hubiese «tenido mucha manga ancha con las vidas de su propio pueblo, pero era precavido a la hora de hacer daño a los “blancos”». Por tanto, si Israel recurría a la fuerza, Amin «no intervendría, ni siquiera aunque algunos ugandeses resultaran heridos o muertos en la operación». Por otro lado, si algunos rehenes seguían en sus manos después de una operación de ese calibre «quizá, por venganza, los [matase]». Así pues, concluyó que el Ejército ugandés no sería un obstáculo serio para ninguna acción militar, y que la mejor manera de abordar a Amin no era recurrir «al protocolo diplomático ni a la dulce razón», sino más bien a «su ego: apelando a su orgullo y a su honor, dejando caer que quizá pudiera ser Premio Nobel de la Paz a raíz de esto, hablando sobre su prestigio internacional y aludiendo a la mística en torno a su figura como líder nacional».

Por tanto, Peres decidió establecer contacto telefónico con Amin en cuanto fuera posible, con la esperanza de que les diese a sus estrategias militares la información detallada de lo que «no sabían aún sobre los secuestradores y los rehenes» y les permitiese «hacer una evaluación más precisa de la situación sobre el terreno, en Entebbe».¹⁰

El oficial al que se confió esta tarea fue Burka Bar-Lev, un hombre descrito en alguna ocasión como «asesor personal de Amin».¹¹ Peres le pidió que llamase al dictador ugandés y le dijera que hablaba en nombre de personas «cercanas al más alto escalafón político de Israel».¹² Y añadió: «Burka, esta oficina al completo, todos los teléfonos, toda la secretaría, están a su disposición».

Peres no había hecho más que despachar de su oficina a Bar-Lev y a los dos oficiales de la Fuerza Aérea cuando entraron en tropel los altos comandantes de las FDI — Gur, Adam, Peled, Gazit y uno o dos más— para su reunión programada para las 10.00. «¿Qué ideas me traen?», preguntó Peres.

Gur explicó que sus estrategias seguían recomendando un asalto desde el agua — ya fuese cayendo en paracaídas sobre el lago Victoria o con tropas que cruzasen desde la orilla keniana— y que, una vez muertos los terroristas, los comandos se retirasen. El riesgo, que Peres detectó de inmediato, radicaba en que los ugandeses pagasen sus frustraciones con los rehenes indefensos. Sin embargo, un obstáculo aún más grave era que para ambas operaciones se necesitaría un mínimo de treinta y seis horas de preparación. Dado que el ultimátum expiraba a las 14.00 del día siguiente, hora israelí, sencillamente no había tiempo.

Debatieron los planes alternativos —incluido el preferido por Peled de llevar en avión a Entebbe a soldados suficientes para tomar el aeropuerto y la ciudad—, pero ninguno satisfizo a Peres ni logró la aprobación de Gur. Como complicación añadida, llegó un informe de Uganda según el cual Amin había desplegado un batallón entero de tropas para custodiar a los rehenes. ¿Plantarían batalla? ¿Y qué pasaba con el edificio en el que albergaban a los rehenes? ¿Habría trampas? Simplemente, «no sabían lo suficiente como para montar una operación militar, y mucho menos una operación cuyo éxito dependiese, sobre todo, del factor sorpresa».¹³

8.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

El inconfundible «fu fu fu» alertó a los rehenes de la llegada de un helicóptero a las 11.30. Un Lynx azul y blanco de fabricación francesa aterrizó debidamente cuarenta y cinco metros por delante del edificio de la terminal antigua, y el presidente Idi Amin Dada bajó con un traje azul oscuro y un sombrero enorme de vaquero de diez galones color crema, que de inmediato le salió disparado de la cabeza por la corriente descendiente que provocaban las aspas del rotor, aún en movimiento. Mientras los guardaespaldas se precipitaban para recuperar el sombrero, Amin le estrechó la mano a Faiz Jaber, el terrorista jefe, y juntos regresaron al helicóptero para mantener una reunión breve.

Diez minutos después volvieron a salir y comenzaron las discusiones con el resto de los terroristas y un hombre negro delgado, con gafas oscuras y un traje oscuro también, que los rehenes dieron por sentado que sería el embajador de Somalia en Uganda, el hombre que los terroristas habían designado como su punto de contacto diplomático. Terminada la conversación, Amin por fin entró en la sala grande con uno de sus generales, sus guardaespaldas y Jaber, Böse y el Peruano. Lo recibió otro estallido de aplausos por parte de los rehenes no israelíes, para gran vergüenza y frustración de Michel Cojot.¹⁴

«Buenos días —dijo un jovial Amin—. Tengo buenas noticias para ustedes. Durante el transcurso de mis negociaciones con el FPLP he alcanzado un acuerdo por el cual las personas ancianas y enfermas, así como los niños y sus madres, saldrán libres. Los miembros del FPLP les comunicarán una lista de esas personas dentro de un momento. Solo necesito insistir en que no quiero que ninguno muera aquí y que haré lo posible para conseguir la libertad de todos. Sus Gobiernos aún no han dado ninguna respuesta formal a las exigencias expuestas por el FPL de Palestina, y por tanto únicamente yo soy el responsable de que estas personas vayan a ser liberadas. Cuando estén libres, les pido que les digan a sus Gobiernos que deben dejar de fomentar las políticas sionistas del Estado de Israel.»

Amin recorrió la sala con la mirada, satisfecho con la reacción provocada hasta ese momento, y continuó: «No solo soy el jefe del Estado de Uganda, sino también el presidente de toda África, y ya le he comunicado a Naciones Unidas que debe devolver a los palestinos exiliados a su tierra. Eso es lo que ustedes han de repetir a sus Gobiernos cuando regresen a sus casas. El mundo tiene suerte de que Yasser Arafat, el líder de los palestinos, sea un hombre de buen juicio y, además, moderado. Arafat ha declarado públicamente delante de todas las naciones del mundo y ante Naciones Unidas que los palestinos están encantados con vivir en Israel junto a judíos y cristianos, codo con codo. Insistan en que sus Gobiernos lo hagan posible».

De nuevo, Amin hizo una pausa, aparentemente ajeno a la contradicción entre lo que acababa de decir y la postura ideológica de Wadie Haddad, el cerebro que había ideado el secuestro del vuelo 139. Haddad era un extremista que no buscaba ningún compromiso con el Estado israelí, sino más bien su destrucción. Como resultado, se oponía violentamente a la táctica de Arafat de buscar una solución de dos Estados para el problema palestino y, además, lo habían expulsado del FPLP original y se había visto obligado a montar su propio grupo escindido porque no estaba de acuerdo con la orden de la OLP, derrotista en su opinión, de no atacar objetivos fuera de Israel.

Sin hacer caso de las miradas perplejas en algunos rostros, Amin siguió ahondando.

«Imaginen que un pueblo enemigo llega y expulsa al pueblo ugandés de su territorio. ¿Creen que aceptaríamos algo así? No. Los ugandeses lucharían, incluso hasta la muerte, para reconquistar su tierra. Es lo que están haciendo los palestinos, y es lo que sus Gobiernos harían si les ocurriese a ellos. Sé que todos ustedes, hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, son inocentes, y voy a hacer todo lo que pueda para mejorar su comodidad y conseguir su libertad. Sé que muchos de ustedes han dormido mal, o nada, pero deben saber que, desde que están aquí, yo tampoco he dormido. Hoy no me he entretenido más que en cambiarme de ropa para venir a verlos. Pero voy a hacer que traigan algunos colchones y almohadas para que duerman mejor.»

Concluyó el discurso diciendo a los rehenes que los liberados regresarían a casa ese mismo día en otro avión de Air France que esperaba en el exterior del edificio de la terminal nueva. Les recordó que él «no quería que les ocurriese nada malo» y que era responsabilidad de sus Gobiernos responder a las exigencias de los terroristas. «Volveré pronto para verlos. Adiós.»¹⁵

Mientras Amin hablaba, de nuevo Cojot ofreció una interpretación simultánea al francés, haciendo correcciones donde lo creía útil hacerlas: por ejemplo, cuando sustituyó la descripción de Amin de sí mismo como «presidente de África» por un «actual presidente de la Organización para la Unidad Africana» y rebajando frases amenazantes como «No quiero que ninguno de ustedes muera...».¹⁶

Las voces de ambos quedaron apagadas en ocasiones por el rugido de un MiG que volaba bajo con la intención segura, en opinión de Cojot, «de desalentar cualquier intento de revuelta, o quizá de ayudarnos a secar la ropa que habíamos lavado y tendido».¹⁷ Como si todo eso no hubiese sido lo bastante horrible, el encuentro quedó inmortalizado para la posteridad por fotógrafos de prensa y por un equipo de grabación de la cadena de televisión local.¹⁸

El final del discurso de Amin recibió un «aplauzo masivo» que visiblemente deleitó al dictador mientras se marchaba con su séquito para hablar con los israelíes en la sala contigua.¹⁹ Allí, su recepción fue más fría, aunque algunas personas aplaudieron después de que Amin los saludase con un «*Shalom*». El presidente tenía poco que decir, más allá de prometer llevar más mantas y almohadas, y de informar a los israelíes de que los terroristas no sentían ningún rencor contra ellos en sí, sino contra el «Gobierno fascista de Israel» que, si no aceptaba las exigencias de los terroristas, claramente no se preocupaba «por el destino de sus ciudadanos».²⁰ No mencionó la posibilidad de que algún israelí pudiera ser liberado.

El hombre que interpretó al hebreo las palabras de Amin —tal y como lo había hecho durante la anterior visita del presidente— fue Ilan Hartuv, antiguo asesor económico de la Embajada israelí en Adís Abeba, que había conocido a Amin unos años antes durante una ceremonia para celebrar la construcción de una gran urbanización en Kampala a cargo de la empresa israelí Solel Boneh.²¹ Amin no reconoció a Hartuv, y el israelí optó por no recordarle su encuentro previo; sin embargo, durante la segunda visita del dictador, Hartuv sí sugirió que no había nada que ni él ni el resto de los israelíes pudieran hacer para influir en su Gobierno estando en Entebbe, pero que si los liberaban podrían «repetir las declaraciones de los terroristas»²² una vez que estuviesen a salvo de vuelta en Israel.

Akiva Laxer fue más directo.

—Usted es el capitán general y doctor Idi Amin Dada, un gran líder. ¿Cómo puede permitir que esos terroristas nos hagan daño? ¿Por qué no los doblé y nos libera?

—Mire —respondió Amin señalando la pared de cajas de cartón—, el motivo por el que no puedo hacer nada es porque están ustedes rodeados por todas esas cajas de explosivos.

—Pero, capitán general, venga a ver —insistió Laxer. En esas cajas no hay nada. Amin negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo porque me han dicho que las cajas están llenas de explosivos. Es demasiado arriesgado. Podrían volar el edificio entero.²³

Una vez que Amin se marchó de la sala, varios israelíes se acercaron al hueco que separaba las dos salas para preguntarles a los demás rehenes qué les había dicho el presidente. Unos pocos de estos últimos insistieron en que había poca diferencia entre los dos discursos, pero una joven israelí no se quedó nada convencida.

—Ya verán —dijo en tono amargo—. Van a liberar a gente de su lado y a nosotros nos retendrán a todos.

—Seguro que no —respondió un no israelí—. Ha dicho que liberarían a las personas ancianas, enfermas, a los niños y a sus madres. Eso seguro que es para todos.

—A lo mejor, pero en nuestro lado no hay ninguna lista. Ustedes hicieron una anoche.

La conversación podría haber continuado de no ser por Brigitte Kuhlmann, que ordenó a los rehenes apartarse de ambos lados del hueco en la pared mientras Khaled regresaba a su puesto.²⁴

9.00 GMT, Jerusalén, Israel

—Caballeros —dijo Isaac Rabin, dirigiéndose a la primera reunión en pleno del gabinete israelí desde que había empezado la crisis el domingo—, quiero decirles que cualquier información que se filtre hoy podría acabar costando vidas. Así que les pido que se comporten con normalidad en lo que se refiere a este asunto.²⁵

En otras palabras: que no hablasen con nadie.

Una hora y media antes se había reunido con Isaac Navon, el presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores y Seguridad de la Knesset, y con Menachem Begin y Elimelech Rimalt, los dos principales líderes de la oposición, para informarles sobre los últimos avances referentes al secuestro y para conseguir su apoyo para lo que él sabía que sería una decisión política crucial si no había otras alternativas: iniciar las negociaciones para la liberación de los rehenes. La respuesta de Begin cumplió de lleno las esperanzas albergadas por Rabin: «Señor primer ministro, puede confiar en el pleno respaldo de la oposición. La nación está unida en un momento como este».²⁶

Era el turno de que Rabin buscara el apoyo de sus ministros. Les habló sobre los últimos acontecimientos —en especial, sobre la posibilidad de que las FDI no idearan a tiempo un plan de rescate viable— y les recordó que el plazo para dar una respuesta

a las exigencias de los secuestradores expiraba a las 14.00 del día siguiente. Después de eso, los rehenes serían asesinados.

—Lo sabemos —respondió Yigal Allon, cuyas bolsas en los ojos y el pelo enmarañado evidenciaban su falta de sueño—. Pero si hacemos pública una declaración afirmando que cumpliremos las exigencias de los terroristas, todo el mundo nos condenará. Los franceses anunciarán su intención de no ceder a la presión. Alemania Occidental rechaza de plano esa posibilidad. En una reunión entre nuestro embajador en Washington y el ayudante del secretario de Estado, este último afirmó que su enfoque confidencial lo sabemos: no sucumbir ante las exigencias ni el chantaje.

Allon, con esos comentarios, dejaba clara su convicción de que Israel estaría diplomáticamente solo si trataba de cerrar un trato para salvar las vidas de los rehenes.

A Rabin aquello no le impresionó, principalmente porque no veía ninguna alternativa a la negociación.

—En esta fase —respondió—, no creo que una operación militar sea posible porque no tenemos la capacidad de actuar sin el consentimiento de los países implicados. Así que, ¿qué vamos a hacer? ¿Atacar Uganda? ¿Cómo íbamos siquiera a llegar a Uganda? El objetivo no es una acción militar, sino salvar las vidas de esas personas. Ahora mismo, no veo ninguna manera de hacerlo. Así que, para no suavizar el asunto, tenemos un problema y no será ninguna sorpresa que las familias de los rehenes empiecen a presionarnos.²⁷

Después de que algunos otros ministros hubiesen dado sus opiniones, Rabin concluyó:

—Caballeros, no hay necesidad de tomar una decisión todavía, pero estoy viendo que tendremos que reunirnos de nuevo hoy o mañana por la mañana. Mi oficina les comunicará cuándo.²⁸

9.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Una vez que concluyó la reunión con Peres y el resto de los generales de las FDI, el jefe de la Fuerza Aérea, Benny Peled, regresó a su sede en la Kirya para continuar planeando una posible misión de rescate. De todos los altos comandantes, era el que estaba más convencido de que el asalto militar sería factible.

—El único peligro —les dijo a los altos cargos de su equipo— es que abran fuego contra los aviones. Creo que los riesgos son razonables. No considero que estemos exagerando. Entra en el rango normal de alcance para un Hercules.

—Podría darse el problema de que los radares nos descubriesen en ruta —sugirió un miembro de su equipo.

—No —respondió Peled negando con la cabeza—. El problema no son los radares, sino lo que el enemigo hará con la información que reciba, ¡si es que la recibe! Vamos a pensar por un momento que un radar nos detecta en Uganda o en alguna otra parte de camino a Entebbe. ¿Qué harían? ¿Qué pensarían ellos? Lo último que se les vendría a la cabeza es que sean aviones israelíes de camino a rescatar a los rehenes de Entebbe. De todos modos, debemos asegurarnos de que las probabilidades de que nos descubran en ruta, y sobre todo en la zona objetivo, se reduzcan hasta el mínimo posible.²⁹

9.30 GMT, Kampala, Uganda

Acababan de dar las doce del mediodía cuando James Horrocks, el alto comisionado británico en funciones, envió su respuesta a la cuestión planteada por Tony Crosland la noche antes desde el edificio de tres plantas del Alto Comisionado británico en el centro de Kampala. Incapaz de conseguir acceso personal a la terminal antigua, se vio obligado a admitir que tanto sus colegas franceses como él solo tenían información «de segunda mano» sobre las condiciones de vida de los rehenes.³⁰

Dijo que el presidente Amin le había garantizado al embajador francés que se habían «organizado servicios de *catering* y un equipo médico ugandés estaba prestando su asistencia», mientras que otras fuentes —supuestamente, trabajadores del aeropuerto— afirmaban «que se habían movido sillones desde la terminal nueva del aeropuerto para los rehenes y se habían suministrado colchones para los niños». Aunque esa falta de instalaciones adecuadas para dormir «inevitablemente provocaba incomodidades y apuros —decía Horrocks—, se trataba de una mejora con respecto a la retención continuada en la aeronave», sin duda.³¹

Pese a no ser consciente de la visita previa de Amin a los rehenes, Horrocks incluía en su cable la esperanza de que, gracias a la intervención del presidente, algunos de los rehenes más vulnerables —enfermos, ancianos, madres y niños— serían liberados esa mañana. Menos alentadora era la negativa de Amin a permitir que un médico y una enfermera de Air France vieran a los rehenes sobre el terreno, con la excusa de que «los ugandeses estaban proporcionando toda la atención médica necesaria».³²

El hecho de que Horrocks dependiese de los franceses para obtener esa información limitada sobre los acontecimientos en el aeropuerto indicaba cuánto había caído el prestigio de Gran Bretaña en un país que hasta hacía muy poco había formado parte de su imperio. La primera presencia británica en lo que se convertiría en la ciudad de Kampala databa de 1890, cuando el capitán Lugard levantó un fuerte en un lugar conocido como el «monte de Impala», o Akasoli k'Empala, en dialecto de la tribu local buganda. Cuatro años después, los británicos impusieron un protectorado en Uganda —una forma flexible de dominio imperial que permitía a los bugandas un cierto autogobierno— y fijaron la capital en Kampala. A lo largo de los

años, el asentamiento se multiplicó más allá de una cadena de montañas; los británicos construyeron sus espaciosas casas y los edificios gubernamentales en las cimas vecinas de Nakasero, Kololo y Mulago. Asimismo, se levantó una bonita Casa del Estado con tejado rojo y columnas en Entebbe, cerca del aeropuerto, para el gobernador británico de Uganda. Después de la independencia, en 1962, la Casa del Estado se convirtió en la residencia oficial del presidente ugandés.

Con el fin del mandato imperial, la presencia británica en Uganda se vio confinada al edificio enalado de tres plantas del Alto Comisionado, en la avenida Parlamentaria (antigua avenida Obote), en el distrito de Nakasero del centro de Kampala. Desde allí —y entre los edificios modernistas de tejados planos posteriores a 1945 que ocupaban los barrios administrativo y diplomático—, sucesivos altos comisionados británicos habían tratado de influir en los gobernantes de Uganda, aunque cada vez con menor éxito: primero, el presidente Milton Obote, en un movimiento hacia la izquierda, había enfadado a los británicos nacionalizando empresas privadas, muchas de ellas extranjeras; luego, en 1972, su sucesor Idi Amin había respondido a la negativa británica de darle armas para luchar contra los tanzanos expulsando de Uganda a la gran comunidad indio-asiática que había llegado durante el dominio colonial. Como forma de protesta, la FCO se había negado a enviar a más altos comisionados con experiencia a Kampala, dejando así a diplomáticos menos expertos con la tarea de manejar los vínculos comerciales y los intereses consulares de la menguante comunidad británica.

Horrocks ni siquiera era el alto comisionado en funciones oficial: ese puesto lo había ocupado desde 1973 James Hennessy, que se encontraba de permiso ampliado en el verano de 1976. Así, fue poca sorpresa que a Horrocks, quien normalmente trabajaba como agregado comercial y subalterno de Hennessy, le costase obtener información concreta del aeropuerto.

9.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

«¡Silencio!», exigió Wilfried Böse por el megáfono, y por una vez lo obtuvo de inmediato. Se encontraba en el centro de la sala principal del edificio de la terminal antigua, flanqueado por sus superiores, Faiz Jaber y el Peruano. A su alrededor, los rehenes habían dejado lo que estaban haciendo, ansiosos por oír el anuncio tan esperado de quiénes se quedarían y quiénes se marcharían.

El alemán continuó: «Tal y como les dijimos ayer, hemos decidido aceptar las exigencias del presidente Idi Amin, y tengo aquí una lista de personas que van a salir en libertad». La sala aguantó la respiración. «La lista que recibimos ayer tenía sesenta nombres. Hemos aceptado liberar a cuarenta de esas personas.» El ambiente se llenó de quejas.

«De cualquier forma —avanzó Böse levantando la mano para sofocar el descontento—, por motivos humanitarios, también liberaremos a otras cinco personas que no gozan de buena salud. Por favor, cuando diga sus nombres, vayan a la parte izquierda de esta sala, cojan su equipaje de mano y salgan fuera.»

Mientras Böse hablaba, un autobús amarillo avanzó hasta colocarse delante de la terminal antigua y de él salió una hueste de fotógrafos y un equipo de grabación para registrar el momento de la liberación de los rehenes. Eso provocó una cháchara que irritó a Böse. «¡Silencio, por favor!», gritó, y su ruego encontró eco en muchos rehenes.

«¡Eso, silencio! ¡Cállense! ¡No hemos oído nada todavía!»

Cuando la sala se tranquilizó, el alemán continuó: «Por favor, quiten las etiquetas a su equipaje de mano para que podamos identificarlo. Deben darnos también sus cámaras, cintas y grabadoras de vídeo. Les advertimos a todos de que vamos a cachearlos y cualquier tipo de desobediencia recibirá un castigo muy grave».

A continuación empezó a decir nombres, llamando a los muy ancianos, a los enfermos y a las madres con hijos. No incluyeron a ningún padre, y para cierta gente la separación fue desgarradora. Una madre francesa con tres hijos lloró al darse cuenta de que su marido no iría con ellos, y a él le llevó algún tiempo convencerla de que debía marcharse. Al final, la mujer lo hizo, con una sillita de paseo plegada en una mano y una bolsa en la otra, y sus hijos agrupados delante.³³

Para los niños sin madre, como Olivier Cojot, resultó aún más duro. Cuando el nombre de su padre Michel no sonó después del suyo, avanzó a zancadas hacia el Peruano y le dijo en tono exigente: «¡Eh, un momento! ¿Y mi padre qué? Si no liberan a mi padre, yo no voy a ningún sitio».³⁴

Su padre vio lo que estaba pasando e intervino con rapidez, empujando a Olivier con firmeza hacia la fila que se estaba formando en la parte izquierda de la sala. Consciente de la información vital que Olivier llevaba en sus dobladillos, Michel Cojot se enfureció porque hubiese llamado la atención. No obstante, se calmó para su abrazo final. «Papá —dijo Olivier—, ¿te acuerdas de cuánto echabas de menos a tu padre? Por favor, no vayas a hacerte el héroe.»³⁵

Pese a la consternación, el joven trató de disimular su sentimiento y mantuvo la cabeza alta y la expresión firme hasta que salió. Claude Moufflet, que estaba observando, se quedó sorprendido ante el autocontrol de Olivier y pensó que debía ser una «señal deliberada de afecto que quiere mostrarle a su padre». Moufflet tenía un niño más o menos de la misma edad que lo esperaba en Francia, y de repente se dio cuenta de que deseaba que, de invertirse los papeles, su hijo exhibiese una «actitud igual de admirable».³⁶

El padre de una niña de trece años —oficial veterano de la Fuerza Aérea Real marroquí— sí estaba en la lista, pero solo porque había logrado convencer a los terroristas de que necesitaba acompañar a su esposa, que sufría dificultades respiratorias.³⁷

Mientras el creciente grupo de rehenes a punto de ser liberados se refugiaba del sol bajo las marquesinas situadas delante de la terminal antigua, algunos de quienes estaban dentro trataban de pasarles mensajes y pertenencias por los ventanales. Eso irritó a los terroristas e hizo que Faiz Jaber saliera, pistola en mano, y obligase a la multitud a avanzar. Como las conversaciones continuaron, Jaber ordenó cerrar los ventanales.³⁸

Para algunos de los rehenes restantes, darse cuenta de que no iban a salir libres fue demoledor. Muchos se hundieron de rodillas, con las manos en gesto de súplica, aduciendo ante los terroristas que también merecían marchar. A la mayoría los ignoraron, aunque en el último momento, Böse señaló a las dos hermanas para que se unieran al resto, aumentando así el número de liberados a cuarenta y siete.³⁹ De ese total, dos mujeres francesas —una monja y una señora de cincuenta y tantos— se ofrecieron a quedarse atrás para que otros pudieran irse. Sin embargo, su oferta fue rechazada. Julie Aouzerate, una de las afortunadas, anotó: «Pronto quedó claro que la lista era fija e inalterable».⁴⁰ En ella había treinta y tres nacionales franceses —entre ellos, Annie Bracker, de veinticinco años, y su hija Shirley, de dos—, tres marroquíes, dos griegos, dos estadounidenses, dos canadienses, dos holandeses, un venezolano, un paraguayo, un chipriota y una persona definida como «apátrida».⁴¹ En su mayoría, eran judíos.

Una vez que cachearon, contaron y recontaron a los cuarenta y siete, los dirigieron al autobús y los sacaron de allí, lo que provocó que al menos dos de las mujeres que quedaron en la zona de embarque se desplomaran por la histeria y requiriesen sedación.⁴² Michel Cojot, por su parte, solo sentía alivio de que su hijo Olivier —cuyo comportamiento abnegado durante la crisis lo había llenado de orgullo— estuviese a salvo y de que, en adelante, él quedaba «solo y libre».⁴³

10.00 GMT, Jerusalén, Israel

Simón Peres se había perdido la anterior reunión del gabinete en pleno porque se encontraba de consultas con los altos comandantes de las FDI en Tel Aviv. No obstante, sí estaba presente en un breve encuentro de la comisión ministerial en la oficina de Rabin a mediodía, tras haberse dirigido en coche hasta Jerusalén con el general Gur.

—He convocado esta reunión porque ha llegado un telegrama de Uri Lubrani —dijo Rabin.

Todo el mundo en la sala sabía que Lubrani, antiguo asesor político de David Ben-Gurion, había sido embajador en Uganda a mediados de los sesenta y en aquellos momentos dirigía la misión diplomática de Israel en Teherán.

—Idi Amin Dada y él compartieron la experiencia de ser rescatados de un accidente de avión. En referencia a ese hecho, tenemos una declaración que leerá Yigal —continuó el presidente.

Allon cogió el telegrama.

—Lubrani escribe: «Quiero ofrecirme como mensajero para comunicarme con Amin en Uganda, para intentar hacer que libere a todos los rehenes o intercambiarme por ellos. Creo que podemos intentar jugar esa carta, sobre todo con una persona tan primitiva como Amin».

Rabin parecía entusiasmado.

—Sugiero que le digamos que intente ir —le dijo a Allon.

Peres se quedó paralizado.

—Es el embajador israelí en Irán. Si, Dios no lo quiera, le ponen las manos encima, sabe muchísimos secretos.

El tono terminante del ministro de Defensa pareció devolver la sensatez a Rabin, que decidió aparcarse el asunto. Así que les dijo a los ministros reunidos que volverían a verse a las nueve de esa noche, para cuando Gur habría informado ya sobre cualquier posible plan de rescate.

Solo Peres permaneció en la oficina de Rabin para mantener una reunión de seguimiento con Gur.

—¿Qué progresos ha hecho? —le preguntó Rabin a Gur.⁴⁴

—Hemos reunido a un equipo para que analice todas las opciones militares y Ehud Barak está trabajando con la Fuerza Aérea y la Marina —respondió el jefe del Estado Mayor de las FDI.

—¿Nada viable?

—Todavía no.

—Tengo que aclarar que he pasado la mañana consultando con personas que han estado en Uganda. Hay varias sugerencias, pero nada en firme aún —intervino Peres.⁴⁵

A esas alturas, era más que seguro que las FDI no lograrían montar una operación militar viable en el poco tiempo que restaba, así que Rabin abordó un asunto aparte: la censura de la prensa. Explicó que acababa de publicarse en uno de los diarios un artículo sobre la Operación Ardor —la misión, inspirada por el Mossad y el Shin Bet (el servicio de seguridad interna israelí), por la que, anteriormente ese mismo año, se había frustrado un plan del FPLP para derribar un avión de El Al que salía de Kenia—, pese a que una información así se consideraba vital para la seguridad nacional y estaba sujeta a una nota oficial de confidencialidad. Rabin se sentía furioso, y no en menor medida porque el artículo dejaba expuestos los estrechos contactos extraoficiales mantenidos entre los servicios de inteligencia israelí y keniana. «La cuestión es que no podemos coger a un corresponsal militar, meterlo en la cárcel e interrogarlo para saber cómo ha conseguido esa información... Es una catástrofe», afirmó.⁴⁶

12.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Burka Bar-Lev esperaba nervioso al teléfono en una de las oficinas exteriores de Peres en el Ministerio de Defensa cuando un asistente le informó de que Idi Amin estaba al otro lado.

Bar-Lev levantó el auricular, consciente de que la llamada estaba siendo grabada y escuchada en una extensión.

—¿Señor presidente?

—¿Quién es? —respondió una voz familiar y bronca.

—El coronel Bar-Lev.

El tono de Amin se animó.

—¿Cómo estás, amigo mío?

—¿Cómo se encuentra, señor presidente?

—Estoy muy contento de oírte hoy.

Bar-Lev entró en materia.

—Le llamo desde mi casa. Me he enterado de lo que ha ocurrido. Amigo mío, ¿puedo pedirle algo?

—Vale, pero solo porque eres un buen amigo.

—Lo sé, señor. Amigo mío, tiene usted una oportunidad perfecta de hacer historia como gran pacificador. Muchos extranjeros, en Inglaterra, en Estados Unidos y en Europa, están escribiendo cosas malas sobre usted, así que ahora tiene la oportunidad de demostrarles que es un gran pacificador, y si libera a esas personas, entrará en la historia como un hombre grandioso, y eso contrarrestará a quienes hablan en su contra. He estado pensándolo esta mañana, cuando me he enterado de todo el asunto por la radio.

—He conseguido hablar con el Frente Popular de Palestina —dijo Amin, ansioso por transmitir buenas noticias—. Acabo de liberar a cuarenta y siete rehenes y los he dejado en manos del embajador francés. Es muy importante que escuches Radio Uganda a las cinco de la tarde de hoy.

—¿Y los rehenes israelíes?

—El Frente Popular de Palestina tiene rodeados [con explosivos] ahora mismo a todos los demás rehenes, por completo —respondió Amin en tono sombrío—. Dicen que si el Gobierno israelí no responde a su exigencia, volarán el avión francés y a todos los rehenes mañana a las doce del mediodía, hora media de Greenwich. Por tanto, te propongo, amigo mío, que informes a Rabin (al general Rabin, el primer ministro, lo conozco, es mi amigo) y al general Dayan. Sé que es mi amigo, aunque no esté en el Gobierno. Tu Gobierno debe hacer todo lo posible por liberar a los rehenes de inmediato: esa es la exigencia de los palestinos. Yo estoy haciendo lo que puedo, les estoy dando colchones, mantas, comida, asistencia médica. Quiero que

hagas todo lo posible. Acabo de hablar con los israelíes ahora y están muy contentos. La televisión ha grabado lo que han dicho. Me han pedido que le transmita este mensaje al Gobierno de inmediato.

—Señor presidente —siguió Bar-Lev, manteniendo la táctica de apelar al ego de Amin—, usted es el gobernante de su país. Creo que tiene el poder de liberar a esas personas. Hará historia como un gran hombre.

Amin evitó el asunto y le recordó a Bar-Lev su eterna amistad; le dijo asimismo que estaba preparado «para hacer las paces entre Israel y los árabes», y que quería que el Gobierno israelí lo supiera. No obstante, la mayor esperanza de Rabin para salvar a los rehenes era responder a las exigencias palestinas.

—¿Puede usted hacer algo para evitar que los maten? —preguntó un frustrado Bar-Lev.

—Puedo evitarlo si tu Gobierno acepta sus exigencias de inmediato. —Tras una pausa, Amin continuó—: Me están llamando. A las cinco haremos pública su decisión final, así que actúa con rapidez, o de otro modo matarán a todos los rehenes. Tu Gobierno tiene que hacer todo lo posible.

Desesperado, Bar-Lev le recordó a Amin el ruego póstumo que su madre le había hecho para que ayudase a los israelíes. Si lo hacía «entraría en la historia y quizá incluso recibiese el Nobel de la Paz». Seguro que no iba a desaprovechar una oportunidad como esa concedida por Dios para demostrar que era «un hombre grandioso y bueno».

Amin cambió de tema y preguntó cómo se encontraban Bar-Lev y su esposa.

—Estamos todos bien. ¿Quiere que vaya a visitarlo?

—Me encantaría verte.

—¿Puede impedir que los maten hasta que llegue yo?

—¿Puedes hablar con tu Gobierno rápido para que me den una respuesta?

Bar-Lev admitió su derrota.

—De acuerdo, amigo mío. Volveré a llamarle más tarde.

—Llámame cuando quieras. Aquí te espero. Te hablo desde el aeródromo. Llevo tres días sin dormir. Quiero salvar a esas personas.⁴⁷

La comunicación se interrumpió.

12.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Una vez que los rehenes no israelíes «más vulnerables» habían salido del edificio de la terminal antigua, quienes quedaron atrás —un total de 202 hombres, mujeres y niños— empezaron a organizarse «para una estancia» que Michel Cojot «imaginaba que sería larga». Estaban hambrientos por recibir noticias del exterior —Böse había rechazado la petición de Cojot de que les repartiesen periódicos— y la gente empezó

a «hablar de más».⁴⁸ Muchos creían que no era muy probable que los Gobiernos afectados cediesen al chantaje terrorista y estaban debatiendo sobre las «diversas opciones» que tenían los secuestradores.⁴⁹

En un nivel más práctico, Tony Russell, uno de los dos rehenes británicos alojado en la sala no israelí —y conocido por Cojot y los demás como «el Navegante», porque era «un inglés que regresaba de un crucero e iba vestido en consecuencia»—, ideó un sistema ingenioso para colocar todas las sillas en un cuadrado con posiciones para el día y para la noche. De ese modo, los rehenes podían moverse durante el día «sin tropezar» con lo que hacía las veces de camas.

Cojot y Lemoine se mantuvieron ocupados redactando una nueva lista de personas enfermas o ancianas que, «por debilidad, ignorancia o timidez no se habían dado a conocer la primera vez». Entre ellas se encontraba George Good, el compañero de viaje de Russell, que sufría de una afección cardíaca y no se había enterado de la redacción de la primera lista, así como una mujer mayor «que la primera vez sencillamente estaba en el baño».⁵⁰

12.30 GMT, Jerusalén, Israel

Hacia mitad de la tarde, después de haberse reunido ya ese día con su gabinete, con la comisión ministerial y con el jefe del Estado Mayor, Isaac Rabin se vio con Shlomo Avineri, el director general del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el Comité de Asuntos Exteriores y Seguridad de la Knesset para ampliar información sobre los esfuerzos diplomáticos para liberar a los rehenes.

«No nos hemos puesto oficialmente en contacto con Naciones Unidas —explicó Rabin— porque no queremos descargar a Francia de la responsabilidad sobre los pasajeros del avión de Air France. Sin embargo, sí hemos hablado personalmente con Kurt Waldheim, el secretario general, con la esperanza de que presione a Amin para que intervenga.»

Ante la pregunta sobre la posición del resto de Gobiernos implicados, Rabin admitió que la postura oficial alemana de no liberar a sus presos de Baader-Meinhof era «preocupante» y le hacía aún más complicado a Israel alcanzar una solución pacífica.⁵¹

De vuelta en el vecino Ministerio de Asuntos Exteriores, a Avineri lo convocaron para una reunión con su jefe, Yigal Allon, quien se preguntaba a qué miembro de la comunidad diplomática recurrir. «¿Y Kissinger? —preguntó Allon en referencia al secretario de Estado de Estados Unidos— ¿Cree usted que podría ayudar?»

Avineri asintió, y después de una breve discusión Allon dispuso enviar un cable urgente a Simcha Dinitz, el embajador israelí en Washington, en el que le indicaba que buscara el apoyo de Kissinger. Este último podría ayudar a presionar a Amin, dijo Allon, poniéndose en contacto con Anwar el-Sadat, el presidente de Egipto, del

que se sabía que mantenía relaciones amistosas con Amin y tenía sus reservas con respecto al uso del terror. Allon añadió: «Le sugiero que le pida también a Kissinger que haga entrar en acción a quienes sean sus amigos entre los líderes africanos. Se van a reunir con Amin a finales de esta semana en una conferencia de la Organización para la Unidad Africana en Mauricio».⁵²

13.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Faiz Jaber avanzó por la sala grande que ocupaban los no israelíes, cogió el megáfono y preguntó:

—¿Quién de ustedes es Nahum Dahan?

—Yo —respondió el joven judío francés que, al igual que Jean-Jacques Mimouni, vivía entonces en Israel.

Jaber se acercó a Dahan, cuyo rostro tirante delataba su nerviosismo.

—Eres israelí, ¿verdad? —le espetó Jaber en inglés.

Dahan negó con la cabeza.

—*Je suis français*.

—No me mientas —gruñó Jaber—. Tu madre tiene pasaporte israelí y hemos encontrado tu documentación israelí. Sabemos que vives en Israel. Así que tienes que ser miembro de las FDI, ¿no es así?

—*Je ne comprend pas* —insistió Dahan.

Mandaron llamar a Michel Cojot para que fuese a traducir las preguntas del inglés al francés, pero Dahan siguió respondiendo con negativas a todas las cuestiones sobre su vinculación con las FDI. Al final, Jaber perdió la paciencia.

—¿Hablas inglés o no?

—*Non*.

Aquello fue demasiado para Jaber.

—Te vienes con nosotros.

A Dahan se lo llevaron a punta de pistola hasta una salita adyacente que los terroristas utilizaban de dormitorio. Allí volvieron a preguntarle si hablaba inglés. Su respuesta fue la misma.

—¡Eres un mentiroso de mierda! —bramó Jaber.

Agarró a Dahan de la silla y lo tiró al suelo. Dahan gritaba mientras recibía patadas y puñetazos.⁵³

Después de lo que pareció ser una eternidad, los golpes cesaron y Jaber le dijo a Dahan que no lo dejarían en paz hasta que les hubiese contado todo lo que querían saber. A continuación llevaron a Dahan a la sala israelí y lo pusieron detrás de un escritorio que los terroristas habían instalado cerca de la puerta exterior. Tras darle un lápiz y algo de papel, le ordenaron que apuntase todo lo que pudiera recordar sobre su vida en Israel y las FDI. «No te vas a levantar de este escritorio hasta que estemos satisfechos», le advirtió Jaber.⁵⁴

Mientras el tiempo se agotaba, Kuti Adam envió órdenes urgentes a dos oficiales recién regresados del Sinaí de que informasen a su oficina en la Kirya. El primero en llegar fue el coronel Shai Tamari, subjefe de la División de operaciones especiales. Tras comunicársele los progresos hechos hasta el momento por el equipo de Ehud Barak, Tamari recibió órdenes de montar un equipo aparte para «recopilar las ideas sobre acciones» para una misión en Entebbe «y organizarlas a modo de plan». El general de brigada Dan Shomron, jefe del Comando de Infantería y Paracaidistas, recibió instrucciones similares. Al igual que Tamari, Shomron también acababa de llegar a Tel Aviv. La intención de Adam era, de hecho, crear tres equipos independientes que compitiesen entre sí con la esperanza de que al menos uno idease una operación viable. No obstante, a Tamari se le otorgó la responsabilidad global de coordinar los planes.

El objetivo de los equipos, según lo expuso Adam, era «rescatar a los rehenes y exterminar a los terroristas y a quien fuera que interrumpiese la ejecución de la operación», como los soldados ugandeses. Entre los problemas que había que superar estaban: la falta de detalles sobre el aeropuerto (por ejemplo, la ubicación exacta del lugar en el que tenían retenidos a los rehenes, la disposición de los guardias y demás); el repostaje de los aviones de transporte C-130, dado que solo dos «eran capaces de volar hasta allí y volver sin repostar, y eso únicamente con un pequeño número de soldados»; y el alcance de la participación de los ugandeses implicados en el secuestro.

En todo caso, en esa fase se daba por sentado «que, una vez muertos los terroristas, los ugandeses liberarían a los rehenes». Con eso en mente, la opción predilecta seguía siendo la de «matar a los terroristas para liberar a los rehenes, y dejarlos a ellos y a las tropas de la operación en Entebbe».⁵⁵

El equipo de Barak esperaba lograrlo lanzando en paracaídas zódiacs hinchables y soldados de la Unidad y de la Shayetet 13 al lago Victoria. Para preparar esa operación, programaron una práctica de salto en el Mediterráneo para la tarde del miércoles. «Salimos esta noche —le dijo Betser a uno de los comandantes de su pelotón—. Prepárense para una incursión que incluye vuelo, salto y nado libre entre caimanes.»⁵⁶ Sin embargo, el salto de la Unidad quedó cancelado después de que algunas zódiacs de los comandos navales explotaran con el impacto, y a partir de entonces se concentraron en los tres planes restantes: «Cruzar sigilosamente el lago Victoria desde Kenia; fingir ser un avión civil que transportase a los terroristas internacionales liberados en un intercambio negociado; o, como había sugerido Benny Peled desde el principio, llevar en avión a mil tropas a Entebbe».⁵⁷

La última opción no convencía a Muki Betser. «Pero es demasiado —no dejaba de decirles a sus compañeros estrategas—. Si queremos mantener el elemento sorpresa de nuestro lado, necesitamos llegar en una formación más compacta.

Cuantos más elementos estén implicados en la misión, más probabilidades hay de que algo salga mal.»⁵⁸ Entretanto, Betser mantenía constantemente informado sobre las discusiones en el Hoyo a Yoni Netanyahu, su oficial al mando y ausente durante todo aquel proceso.

—Escúcheme —le dijo por teléfono esa noche—, las posibilidades de que esto salga adelante son muy escasas.

—¿Merece la pena que acuda?

—Diría que no. Créame, lo que está haciendo ahora es mucho más importante. La Unidad tiene representación aquí, y aparte de permanecer sentados ideando planes, no estamos haciendo nada. En cualquier caso, le mantendré informado.⁵⁹

Mientras continuaba el debate sobre cuál era el plan más eficaz, se supo en Israel a través de noticias radiofónicas llegadas de Uganda y de París que los terroristas habían aceptado liberar a algunos de los rehenes «como gesto de buena voluntad». Sin embargo, ninguno de ellos era israelí. A lo israelíes los habían separado de los demás y se iban a quedar en Uganda. La noticia, para Betser y sus colegas, fue tanto una preocupación como una oportunidad. Les recordó a los métodos nazis y era una prueba de que Israel para entonces estaba «solo».

Por otro lado, resultaba obvio que los rehenes liberados podrían ser capaces de aportar información relevante, por lo que se decidió enviar a un oficial de confianza a París para interrogarlos. La elección natural fue el comandante Amiram Levine, director de operaciones de la inteligencia militar y un hombre que había ido medrando por los distintos rangos de la Unidad. «Comprendía intuitivamente cuáles eran las necesidades de planificación que tenía [el equipo] para poder irrumpir en el aeropuerto» y se podía confiar en que sabría «qué preguntar para obtener las respuestas» necesarias.

Antes de coger el vuelo de El Al a última hora de la tarde hacia París, Levine se vistió de paisano y Amnon Biran le dio un kit de inteligencia que incluía una lista con la «información esencial» que el equipo necesitaba y una serie de bocetos basados en las heliografías de Solel Boneh del aeropuerto de Entebbe. También se le dieron instrucciones estrictas de evitar que lo viese en París el general Ze'evi, apodado Gandhi, a quien habían mandado desde Londres para coordinar los esfuerzos diplomáticos para liberar a los rehenes. Si Ze'evi veía a Levine en el aeropuerto de Orly «de inmediato sabría que se estaba planeando una opción militar» y quizá eso afectaría a su juicio durante las negociaciones y pudiese alertar a los franceses. «Haga lo que haga, no deje que Gandhi le vea», le advirtieron a Levine.⁶⁰

14.00 GMT, Londres, Reino Unido

Sin saber que Dora Bloch e Ilan Hartuv tenían pasaportes británicos por su doble nacionalidad anglo-israelí (y que la primera viajaba de hecho con su pasaporte británico), ni tampoco que Isobel Poignon, británica de nacimiento, también tenía

doble nacionalidad, los oficiales del Foreign Office de Londres seguían dando por sentado que solo dos de los rehenes de Air France —Tony Russell y George Good— eran responsabilidad directa suya. Aun así, seguían de cerca los acontecimientos en el este de África, y no en menor medida por la larga vinculación colonial de Gran Bretaña con Uganda y las preocupaciones compartidas en temas de seguridad con el resto de los países de la OTAN implicados.

Una persona influyente con responsabilidad especial en la crisis era Frank Wheeler, director del Departamento para Oriente Medio y Norte África de la FCO. Durante la tarde del miércoles recibió un memorando de David Colvin, el primer secretario de la Embajada del Reino Unido en París, que incluía una teoría muy controvertida sobre lo que se escondía tras el secuestro.

Colvin escribió: «Un contacto en la Asociación Parlamentaria Euro-Árabe me llamó el 29 de junio para contarme que, según su información, el secuestro era obra del FPLP con ayuda del Servicio Secreto Israelí, el Shin Beit [sic]. La operación se diseñó para torpedear el prestigio de la OLP en Francia y para evitar lo que ellos ven como una creciente reconciliación entre la OLP y los estadounidenses. Su pesadilla es que después de las elecciones [presidenciales estadounidenses] de noviembre, seamos testigos de la imposición en Oriente Medio de una *Pax Americana*, que beneficiaría a la OLP (al obtener el respeto internacional y quizá derecho a fundar un Estado en territorios evacuados), y perjudicaría al Frente de Protesta [FPLP incluido] (que se vería excluido de todo acuerdo de paz general y perdería su razón de ser) y a Israel (que se vería obligado a evacuar el territorio ocupado). De ahí la impía alianza del secuestro. Mi contacto me ha dicho que el FPLP había reunido a todo tipo de elementos salvajes, algunos de ellos introducidos por los israelíes».⁶¹

Se trataba de una teoría conspiratoria interesante —Israel colaborando con su archienemigo, el FPLP, para aplastar un posible acuerdo de paz auspiciado por la OLP que supondría un perjuicio para ambos—, pero no una que el experimentado Wheeler estuviese dispuesto a tomar en serio.

14.30 GMT, Tel Aviv, Israel

—Hemos de formular una línea de acción común —dijo el orador a una audiencia tensa y llorosa en el auditorio principal del Colegio de Abogados— y, si es necesario, presionar a las personas responsables para que logren liberar a nuestros seres queridos.

La primera reunión de los parientes de los rehenes israelíes la había organizado el profesor de Derecho Yosef Gross, hermano de Baruch, quien estaba retenido con su esposa, Ruthie, y su hijo Shay, de seis años, en Entebbe. De inmediato se hizo evidente que los parientes solo querían una cosa: el regreso de sus seres queridos a cualquier precio.

—Exigimos la liberación de nuestras familias, da igual el precio que se le pida al Gobierno —gritó una mujer.

—Los principios no me interesan nada. Quiero que vuelva mi familia, sana y salva —exclamó otra.

—Si no utilizamos la fuerza, no harán nada —dijo una tercera—. Vámonos a la Oficina del Primer Ministro en Jerusalén a manifestarnos.

—Eso, le presentaremos un ultimátum a Rabin. Si no se reúne con nosotros enseguida, iniciaremos una huelga de hambre.

Al fin, Gross intervino:

—Bueno, en nuestro corazón no hay más que dolor, pero debemos usar la cabeza. Todas esas sugerencias constituyen exactamente lo que los terroristas quieren de nosotros. Las manifestaciones terminarán al final en nuestra contra.

Sin hacer caso al orador, los familiares, consternados, abandonaron el auditorio, decididos a hacerse cargo del asunto por su cuenta.⁶²

15.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Faiz Jaber cogió las seis o siete páginas que Nahum Dahan había escrito a lápiz en francés y puso a uno de los rehenes a traducírselas. Según descubrió, se trataba de un relato largo y repetitivo sobre cómo Dahan había vivido durante muchos años en un kibutz cosechando pomelos. «¡Esto no es lo que queremos! —gritó Jaber con la barbilla clavada en la cara de Dahan—. Queremos saberlo todo de Israel. Queremos saber dónde están las bases. ¡Queremos el nombre de tu general!»

Al no recibir ninguna respuesta de Dahan, Jaber hizo que lo llevaran a la sala adjunta, donde le abofetearon la cara, le dieron puñetazos y le retorcieron los dedos. Le pusieron una pistola en el pecho, pero aun así Dahan se negó a decirles a los terroristas lo que querían oír.

Al final, se dieron por vencidos y lo llevaron de vuelta al escritorio en la sala israelí, donde le dijeron que escribirse otro «informe», solo que esa vez tenía que ser el auténtico. «Tú decides cuándo vas a terminar, pero no vas a dormir hasta que lo hagas.»⁶³

17.00 GMT, Jerusalén, Israel

Isaac Rabin había convocado una reunión de la Comisión de Directores de Periódicos —un cuerpo que se había creado para mantener a los directores de los periódicos más influyentes de Israel al tanto de las últimas cuestiones de seguridad— en el edificio de la Knesset para preparar el terreno de una posible capitulación de Israel ante los

terroristas. En concreto, quería que los directores le garantizaran que no iban a publicar reportajes que dejaran entrever que había cedido a la presión de las familias de los rehenes.

—No hay salida para esta crisis sin que suponga algún trauma —les dijo a los directores sentados en torno a la mesa del gabinete—. Si no hay concesiones, entonces tendremos que esperar una masacre de israelíes. No podemos evitarlo y no debemos ignorar esa posibilidad.

—¿Está claro que acabarán con la vida de los pasajeros? —preguntó uno de los directores.

Rabin asintió.

—Estamos hablando de los hombres de Wadie Haddad. No quisiera que nadie se llamase a engaño ante la brutalidad de ese grupo. Cualquier abominación es poca para ellos.⁶⁴

Una vez que les aseguró a los directores que, pese a sus pronunciamientos públicos en contra, tanto Alemania como Francia probablemente apoyarían cualquier decisión que tomase Israel, Rabin abordó la sensible cuestión de las familias de los rehenes.

—Va a celebrarse una asamblea con todos los familiares de los rehenes para exigir que el Gobierno inicie las negociaciones. Les he pedido a las emisoras de radio y de televisión que no los entrevisten ni publiquen ese reportaje. Creo que los extremistas que hay entre ellos querían protestar cerca de mi casa y a la puerta de la Oficina del Primer Ministro. Sé que algunos ya se han puesto en contacto directo con la Embajada francesa. Me han enviado un telegrama preguntándome: «¿Acaso los cadáveres de unos soldados del Ejército justifican la liberación de terroristas, y salvar las vidas de nuestros familiares no?»* Algo es seguro: será un desastre que el mundo piense que las familias nos han coaccionado para rendirnos a los terroristas. Esa información no se puede publicar.

El primer hombre en responder fue Shalom Rosenfeld, editor jefe y cofundador del diario hebreo más popular de Israel, *Maariv*.

—No podemos evitar un futuro artículo en primera plana pidiéndole al Gobierno que se rinda. Es una opinión legítima, aunque yo la rechace.

Más empática con el aprieto en el que se encontraban las familias de los rehenes fue Hannah Zemer, editora jefe de *Davar* y la primera mujer en asumir el control de un gran periódico israelí. Nacida en Eslovaquia, y superviviente del campo de concentración de Ravensbrück (aunque buena parte de su familia había fallecido en el Holocausto), consideraba que había que hacer todos los esfuerzos por salvar las vidas israelíes.

—¿Incluso en este caso, cuando la rendición del Gobierno impediría que setenta y siete judíos explotasen dentro un avión?

Ese comentario provocó que Gershom Schocken, el legendario editor jefe de *Haaretz* (puesto que ocupaba desde hacía treinta y siete años) y alemán de nacimiento, preguntase sobre la etnia de los rehenes. Claramente, tenía en la cabeza el ejemplo de Ma'alot, un par de años antes, cuando el Gobierno de Golda Meir había sido acusado de autorizar el desastroso intento de rescate porque la mayoría de los rehenes eran jóvenes judíos sefardíes del norte de África, y no los más influyentes asquenazíes del este de Europa.

Rabin enfureció.

—Por lo que a Israel respecta, no se ha comprobado ninguna etnia. Y en todo caso, no es algo que me interese. Por lo general, la gente de escasos medios no se puede permitir viajar por el mundo, así que el colectivo de personas que no tiene mucho dinero (y da igual de qué etnia sea) es el que no está allí.

Irritado por la insinuación de que la mayoría de los sefardíes eran pobres, Schocken respondió:

—Hay personas ricas originarias del norte de África.

Pero sabía que Rabin tenía razón: los judíos asquenazíes estaban por lo general mejor posicionados que los sefardíes, y probablemente fuesen el grupo dominante entre los rehenes. «¿Era por eso que el Gobierno se mostraba tan sensible a la presión política que pudieran ejercer sus familiares?», se preguntó.⁶⁵

19.00 GMT, Gilot, Israel

Tras su reunión con Adam, el general de brigada Dan Shomron estaba ansioso por empezar a planear un posible rescate. Sin embargo, primero tenía que cumplir con un compromiso adquirido hacía mucho y entrevistar a oficiales recién graduados en la Escuela Profesional de Mando y Estado Mayor de las FDI en Gilot, al norte de Tel Aviv, para destinarlos a puestos a su cargo. Así, para ahorrar tiempo después de las entrevistas, convocó una reunión en la escuela con su grupo de planificación a las 21.00.⁶⁶ Había tres hombres presentes: Shomron y los tenientes coroneles Ivan Oren y Amnon Biran; los dos últimos habían asistido a reuniones de planificación previas presididas por Ehud Barak. Ni ellos ni Shomron estaban convencidos del plan por el que optaba Barak de «lanzar en paracaídas a doce soldados en el lago Victoria» donde «se montarían en botes hinchables, llegarían a la terminal, entrarían y matarían a los terroristas, y luego veríamos qué pasaría».⁶⁷

La principal objeción de Shomron era que había «dos elementos sin respuesta. Uno es la idea de colarse por las ciénagas; de hecho, si descubren a alguno de los nuestros, tendrán tiempo de sobra para matar a todos los rehenes y entonces se quedarían los doce atrapados allí. El segundo aspecto es la cuestión de la evacuación. ¿Cómo se va a llevar a cabo una evacuación si Idi Amin no está cooperando con nosotros y hay soldados ugandeses por toda la terminal?». Según él, era «un fiasco de plan».⁶⁸

A Shomron, Oren y Biran les llevó dos horas diseñar su propio «concepto de operación»: idearon el aterrizaje de dos Hercules de repostaje de la FAI —con capacidad para volar a Uganda y volver— en la pista nueva, desde donde una fuerza de asalto utilizaría «vehículos de aspecto inocente que encajaran con el escenario del aeropuerto» para llegar a la terminal antigua y, por sorpresa, matar a los terroristas y liberar a los rehenes. La intención era que los rehenes regresaran a Israel a bordo de los dos aviones cisterna de la FAI, aunque necesitaban comprobar con la FAI si era posible transportar una camioneta Peugeot en un Hercules de repostaje y regresar con el equipo de asalto y más de doscientos rehenes.⁶⁹

19.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Mientras Shomron y su equipo trabajaban con intensidad para concebir un plan de rescate viable en Gilot, Rabin estaba reunido con el general Gur y la comisión ministerial en su oficina de Tel Aviv, un edificio pequeño de azulejos rojos en el complejo de la Kirya que, irónicamente, durante la Segunda Guerra Mundial había albergado a alemanes sospechosos de espionaje. Los primeros ministros de Israel solían repartir su semana entre Jerusalén y Tel Aviv; mantenían reuniones en esta última ciudad los jueves y viernes. Debido a la crisis de Entebbe y a la necesidad de estar cerca del Ministerio de Defensa, se había programado una reunión adicional en Tel Aviv para última hora de la tarde del miércoles.

Se congregaron en la sala larga del gabinete, con las paredes sin decoración alguna salvo retratos a tamaño natural de los fundadores de Israel: Theodor Herzl y Chaim Weizmann. Si Rabin se sentía intimidado por sus miradas —como si estuvieran juzgando sus acciones desde ultratumba— no mostraba signos de ello. Por el contrario, se dirigió en tono calmado a Gur, cigarro en mano, y le preguntó:

—Motta, ¿tenemos una opción militar?

Gur parecía pesaroso.

—Lo sabremos mañana a las dos de la tarde. Siento no disponer aún de una respuesta militar.

—En ese caso debemos aceptar que la falta de una decisión es en sí misma una decisión. Si no podemos rescatar a los rehenes, hemos de dar por hecho que acabarán con sus vidas cuando expire el ultimátum.

Las implicaciones de tal afirmación estaban claras para todos los que había sentados a la mesa. Sin alternativa, tendrían que pensar en liberar a los prisioneros que los terroristas habían detallado.

—Creo —siguió Rabin, dando por sentado que el asunto estaba zanjado— que Gad y Amos deberían reunir esta noche a las familias y tratar de calmarlas.

El ministro de Transportes y el director general de la Oficina del Primer Ministro asintieron en gesto de acuerdo.

—Si no hay opción militar, deberíamos atender a lo que se ha hecho hasta el momento en el campo diplomático —intervino uno de los ministros.

Todas las miradas se dirigieron a Yigal Allon, que explicó que «la conducta francesa hasta el momento ha sido satisfactoria». Añadió que se habían mandado cables al embajador Dinitz en Estados Unidos para conseguir el apoyo de Henry Kissinger, y a París, para solicitar que ejerciesen presión sobre los países africanos dentro de la esfera de influencia de Francia. Asimismo, Chaim Herzog, el embajador israelí ante Naciones Unidas, estaba haciendo un llamamiento personal al secretario general Kurt Waldheim.

—¿Y el Papa? —preguntó Rabin con ironía.

La respuesta increíblemente seria de Allon fue que estaban tratando de que el pontífice hablara con Amin.

—Después de todo, hace poco recibieron al ugandés en audiencia con mucha pompa, algo que debió alimentarle el ego. Deberíamos aprovecharlo.

Siguiendo con el tema de los emisarios, Peres sugirió enviar a París a su asesor Asher Ben-Natan, antiguo embajador en Francia, para discutir una posible operación militar conjunta franco-israelí. «De hecho, tengo un plan, y quizá funcione», insistió. La ventaja de cooperar con los franceses era que eso resolvería el problema del vuelo de vuelta, ya que los aviones podrían repostar en Yibuti. Sin embargo, Rabin no creyó ni por un momento que el presidente francés Giscard d'Estaing estuviese preparado para arriesgar las relaciones de Francia con el África negra por recuperar a los rehenes. En cualquier caso, no había garantías de que una operación militar así saliera bien; y por ese motivo, entre otros, Francia en general prefería negociar.

—Veámonos mañana aquí a las siete cuarenta y cinco —dijo Rabin, poniendo fin a la discusión—. El gabinete en pleno se reunirá a las ocho treinta.⁷⁰

21.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Por sugerencia de Rabin, Gad Yaacobi y Amos Eiran hablaron con las familias de los rehenes en una reunión celebrada a las 23.00 que resultó «difícil» y «emotiva». Yaacobi explicó que el Gobierno era «sensible» ante el calendario establecido por los terroristas, y que su prioridad principal radicaba en salvar las vidas de los rehenes. Por razones obvias, no les contó que Rabin estaba plenamente convencido y que pronto aceptaría negociar.

Dado que el reloj avanzaba inexorable hacia la hora límite de las 14.00 del jueves, a las familias no les interesaban las promesas blandas. Lo que querían oír era que el Gobierno había abandonado todas las demás consideraciones para llevar a sus parientes a casa sanos y salvos. Y eso no era algo que Yaacobi pudiera prometerles, así que la reunión se desintegró con poca cosa resuelta y con las familias profiriendo insultos.⁷¹

Antes del encuentro, representantes de las familias se habían visto con Jean Herly, el embajador francés en Israel, y le habían propuesto que el primer ministro francés Jacques Chirac volase a Entebbe y permaneciese allí hasta que liberasen a los rehenes. Cuando Herly les dijo que eso no iba a ser posible, las familias decidieron lanzar su ira y su frustración contra su propio Gobierno.⁷²

21.05 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Con la llegada y la distribución de más colchones, mantas y toallas, el primer tramo de luces de la sala grande no se pudo apagar hasta pasada la medianoche, y entonces los rehenes no israelíes se fueron a la cama. Por el contrario, en la contigua sala israelí, todas las luces permanecieron encendidas y muchos tuvieron problemas para conciliar el sueño. No podían dejar de pensar en el amenazante cumplimiento del plazo y en lo que eso conllevaría —la liberación o la ejecución—, a lo que se añadió, durante toda la noche, la molestia provocada por los crujidos constantes de los colchones cubiertos de papel, mientras la gente se echaba y se giraba sobre ellos. Como eran nuevos y estaban destinados a algunos de los hoteles turísticos de Uganda, les habían dicho a los rehenes que no les quitasen el envoltorio, y la consecuencia de ello fue ese coro permanente de crujidos.

Claude Moufflet, que aún dormía detrás de la barra en un colchón viejo, logró conciliar el sueño bastante rápido. Sin embargo, a las 2.30 de la madrugada lo despertó un joven francés alto de pelo oscuro al que había apodado el Ligón por su persistente interés en el sexo opuesto. Antes de irse a dormir, Moufflet había visto cómo el Ligón se había llevado a su última conquista a la semiprivacidad de un espacio en forma de L detrás de tres cajas al fondo de la sala. Resultaba que con el nuevo colchón crujiente les había sido imposible hacer el amor. «Eh, ¿le importa cambiar colchones? Ya ve el problema que tengo: el papel hace demasiado ruido», le dijo el frustrado donjuán a un Moufflet grogui.

El francés asintió con la cabeza y se levantó. «Gracias, es usted muy amable», siguió el Ligón, un comentario que su compañera repitió. Tras dejarles el colchón, Moufflet se fue a tumbarse en la «habitación» de la pareja, donde, al no molestarle demasiado el ruido del papel, volvió a quedarse dormido rápidamente.

A las 5.00, Moufflet se despertó de nuevo; en esa ocasión, porque alguien se tumbó cerca de él. Se trataba de la compañera del Ligón que, por motivos que el francés no se molestó en conjeturar, había abandonado a su amante en mitad de la noche. Tras un somero «Disculpe», la mujer se echó a dormir.⁷³

21.05 GMT, Tel Aviv, Israel

Simón Peres regresó a su oficina del Ministerio de Defensa cansado y desanimado, y solo quería cerrar los ojos y dormir. Sin embargo, el miedo a las posibles consecuencias si Rabin seguía adelante y negociaba con los terroristas lo convenció para poner a prueba todas las últimas opciones. Una de ellas era apelar directamente a Amin, y para eso necesitaba a Burka Bar-Lev.

Convocado de inmediato en la Kirya, a Bar-Lev volvieron a darle una oficina con un teléfono y le dijeron que llamase a Amin. Cuando por fin consiguió ponerse en contacto con él, acababan de dar las doce de la noche en Uganda. Peres escuchó la llamada en una extensión.

—He transmitido su consejo al Gobierno a través de un amigo —dijo Bar-Lev en referencia a la conversación que habían mantenido antes—. Han dicho que lo aceptan y que actuarán en consecuencia, a través del Gobierno francés, como usted proponía. Ahora estoy tratando de encontrar un modo de ir a visitarle.

—Si vienes, estarás en casa, porque eres un buen amigo mío. Nadie te hará daño.

Bar-Lev le dio las gracias al presidente y le pidió que adoptase «todos los pasos posibles para asegurarse de que no les ocurriera nada a los rehenes» hasta que él llegara a Uganda.

La respuesta de Amin le heló la sangre a Bar-Lev.

—Estoy ahora mismo con el líder del Frente Popular palestino. Acaba de llegar. Él es quien decide. El hombre con el que estuve negociando antes era su número dos. Ahora ha llegado el hombre correcto. Hace cuarenta minutos me ha dicho que no va a cambiar de opinión si no recibe una respuesta mañana.

El «líder» del que hablaba Amin solo podía ser Wadie Haddad en persona. Si de verdad se encontraba en Kampala —y Bar-Lev y Peres, que estaba escuchando, no tenían motivos para dudar—, aquel no era un buen augurio. Se sabía que Haddad era un enemigo implacable de Israel, que no tendría dudas en matar a judíos si no se cumplían sus exigencias.

—Su excelencia —continuó Bar-Lev, en un ligero estado de pánico—, estoy haciendo todo lo que puedo para ir a verle. Quizá yo pueda ayudar. Cuando me enteré de la noticia en la radio, me dije: «Ahora mi amigo Idi Amin Dada tiene una gran oportunidad, la opción de hacer algo grande de verdad. Todo el mundo hablará de él». Por favor, detenga el baño de sangre. Intentaré ir y encontrar otra solución.

Amin volvió a dejar claro que los acontecimientos estaban más allá de su control.

—Pero han puesto a 145 judíos juntos y han dicho que los iban a rodear de explosivos, así que debe haber una respuesta inmediata.

Bar-Lev le recordó a Amin que él no era más que un «particular», aunque siempre le había dado «buenos consejos» al presidente. Y añadió:

—Ese es su país y usted es el presidente y usted tiene el poder. Si algo ocurre, le culparán, y si los salva, será usted un hombre santo. ¿Cuál es la situación, su excelencia?

—Se negaron —dijo Amin en referencia a los terroristas—. Han rodeado a todo el mundo y dicen que pueden volar a todos los rehenes y a todo el Ejército ugandés que tienen con ellos.

¿Cómo podían haber metido en el avión explosivos suficientes para hacer eso?, preguntó Bar-Lev. El problema para el Gobierno israelí era que los terroristas querían la liberación de «asesinos» que habían «matado a mujeres y a niños». Y añadió:

—No creo que si alguien intentase matarle, usted le dejase marchar. No es fácil convencer a la gente de aquí de liberar a asesinos.

Amin respondió que lo entendía, pero que la situación se complicaba por el hecho de que «esas personas trajeron cargas completas de TNT incluso en el cuerpo».

Bar-Lev jugó con el tiempo y le preguntó a Amin si podría mantener a los terroristas «calmados durante un par de días» para darle margen a ir.

La respuesta fue que no.

—No van a esperarme. Han dicho que se suicidarán con los rehenes. Ya lo han preparado todo para pulsar el botón, para volarlo todo con ellos dentro.

Viéndose ante la oportunidad de conseguir una información vital, Bar-Lev preguntó:

—¿Dónde está la gente, en el hotel o en el avión? ¿Dónde duermen?

Amin ayudó.

—En la terminal antigua de Entebbe. Hemos construido una terminal nueva. La antigua es solo un edificio y ahí es donde tienen metidos a todos los rehenes. No hay ningún avión ahí. Nos pidieron que quitáramos todos los aviones. Todo el personal de la Fuerza Aérea ha salido de Entebbe. Lo han rodeado todo con explosivos.

—¿Dónde está el avión francés?

—Lo tengo cerca. Hay alguna gente dentro con explosivos y están listos para volarlo. Si puedes convencer a tu Gobierno de liberar a esa gente a quienes llamas criminales, será lo mejor para salvar las vidas de doscientas personas. Han dicho que van a matarlos a todos. Empezarán volando el avión y luego matarán a todo el mundo con explosivos. Han dicho que si algún avión llega a Uganda, automáticamente lo volarán todo. Quieren negociar a través de Francia. Les conté que tenía algunos amigos en Israel, como tú, el general Dayan, incluso el primer ministro, y que podía negociar con ellos, pero me dijeron que solo querían al Gobierno francés.

—Recuerde, señor, que Dios le ha dado una gran oportunidad —dijo Bar-Lev, con un rastro de desesperación en la voz.

Amin parecía más interesado en hablar en nombre de los terroristas.

—Dile a tu Gobierno que debe presionar al Gobierno keniano para que libere a los prisioneros que capturaron. De otro modo, algo terrible le ocurrirá a Kenia. El líder de los palestinos me ha dicho que si podía ponerme en contacto contigo, debía

hablarte de Kenia. Si no, Kenia recibirá un castigo terrible.

—Está bien, señor. Haré todo lo que pueda, pero yo soy un particular. He visto una gran oportunidad para usted de entrar en la historia como un gran hombre, un hombre santo. Trataré de hacer lo que me ha pedido.

—Dile a tu Gobierno que me gustaría verte en un cargo muy importante — siguió Amin, satisfecho de que Bar-Lev obedeciera a su voluntad.

—Muchas gracias y buenas noches, señor.⁷⁴

Peres asintió satisfecho al colgar la extensión.⁷⁵ La esencia del mensaje de Amin a Bar-Lev —que no había nada que Amin pudiese hacer para evitar que los terroristas matasen a los rehenes si no se cumplían sus exigencias para el mediodía del día siguiente— era lo que había querido oír a grandes rasgos. El tono y el contenido de las palabras de Amin, por otro lado, habían desvelado una información vital que quizá demostrase ser crucial para una posible misión de rescate. Peres estaba seguro, por ejemplo, de que Wadie Haddad no se encontraba solamente en Kampala, sino además presente en la sala cuando Amin había cogido la llamada. Y si eso era cierto, entonces había muchísimas posibilidades de que los ugandeses estuviesen ayudando activamente a los terroristas a lograr sus objetivos. Eso significaba, a su vez, que cualquier posible misión de rescate necesitaría suficiente potencia de fuego para enfrentarse al Ejército ugandés, y lo ideal sería incluir los medios para devolver a los rehenes a Israel. Una sencilla misión de comando para matar a los terroristas ya no sería suficiente.

Amin había confirmado asimismo dónde se encontraban retenidos los rehenes —en el edificio de la terminal antigua—, y había añadido que los terroristas los tenían rodeados de explosivos que estallarían si se hacía cualquier intento de liberarlos. Esta última amenaza no convenció a Peres más de lo que había convencido a Bar-Lev. ¿Por qué iba a poner en peligro Amin a sus propios soldados si de verdad creía que existían esos explosivos? No era congruente.

21.55 GMT, Orly, Francia

Era casi medianoche cuando el avión de Air France de repuesto aterrizó en el Aeropuerto de Orly, cerca de París, y los cuarenta y siete rehenes liberados fueron escoltados por oficiales del aeropuerto y policía a la sala VIP, donde sus familiares y Jean Sauvagnargues, el ministro de Exteriores francés, los esperaban para darles la bienvenida.

Las lágrimas caían mientras las familias volvían a reunirse con los seres queridos que habían temido no volver a ver nunca; sin embargo, algunos de los rehenes sintieron mitigada su alegría por el recuerdo de quienes habían dejado atrás. Olivier Cojot corrió a los brazos de su madre, y estaba tan superado por la emoción que se olvidó por completo de la nota que llevaba en el dobladillo de los vaqueros.⁷⁶ Julie Aouzerate —aún con el vestido de verano de escote *halter*, el pañuelo en la

cabeza y las gafas de montura gruesa— abrazó a una nieta preciosa. Entretanto, un sonriente Sauvagnargues —un hombre que, un par de años antes, había provocado la ira de Israel al fotografiarse dándose la mano con Yasser Arafat— recorría afanoso la habitación estrechando manos, acariciando a niños en la cabeza y besando al bebé de Annie Bracker.

Las celebraciones quedaron interrumpidas por un mensaje emitido a través de la megafonía pública. «Damas y caballeros —dijo un funcionario anónimo del Gobierno—, el presidente Valéry Giscard d'Estaing me ha pedido que les transmita sus felicitaciones. Comparte la alegría de su regreso de la cautividad. El presidente está contento de que se haya acabado su sufrimiento. Espera, con todo su corazón, que el resto de los rehenes pronto estén libres como ustedes.»

Sauvagnargues repitió ese sentimiento ante unos cuantos reporteros de prensa que se habían saltado el cordón policial. «Nuestros corazones están llenos de ansiedad. Este no es el final de la historia.»⁷⁷

Entretanto, un grupo de hombres no identificados se abrían paso entre el gentío, tomando notas y apuntando nombres y direcciones. Eran todos miembros de los servicios de seguridad francés e israelí, y su tarea consistía en identificar a los rehenes que podrían ofrecer la información más útil. Eligieron a cinco, entre ellos, a Olivier Cojot y a «un oficial veterano del Ejército francés, que había pasado sus tres días en Entebbe haciendo notas mentales con todas las opciones militares, con ganas de vengarse de los terroristas que tanto los habían humillado a él y a sus compañeros de viaje».

Olivier fue interrogado por «unos israelíes» —casi con toda seguridad, Amiram Levine y agentes del Mossad— en una sala del aeropuerto. Con la emoción de su vuelta a casa, siguió sin acordarse de mencionar el documento vital que llevaba en el dobladillo.* Sin embargo, enmendó esa omisión respondiendo a todas las preguntas que le hicieron con toda la precisión que pudo, ayudado por su memoria prodigiosa y por el hecho de que los terroristas le habían dado más libertad para moverse por la terminal antigua que a los adultos.

Muchas de las preguntas eran muy minuciosas. ¿Hacia dónde se abren las puertas? ¿Cómo de alta es la hierba? ¿Tienen explosivos los terroristas? A esta última cuestión vital, Olivier dijo que no podía responder con seguridad. Sin duda, disponían de granadas y habían asegurado tener explosivos; pero él no los había visto con sus propios ojos. No tenía duda, sin embargo, de que los ugandeses estaban ayudando a los terroristas. «Eso no se puede cuestionar.»

Interrogado más adelante en su casa, el «oficial veterano» suministró otra «mina de oro de detalles» para que Amiram Levine se la transmitiese a Barak y al resto de estrategias mediante una línea telefónica cifrada. Incluía información sobre la «separación» de los rehenes en israelíes y no israelíes —aunque se interpretó en líneas generales como judíos y no judíos—, el diseño de la terminal, las costumbres de los terroristas y su estrecha relación con Amin. «Los ugandeses están trabajando

definitivamente con los secuestradores», citó Amiram en palabras del francés. «Están allí para evitar que los rehenes se escapen.» La buena noticia, según Amiram, era que «lo último que esperan los terroristas es que aparezcamos nosotros».⁷⁸

Un interrogatorio revelador que no hicieron los israelíes fue el de una ciudadana estadounidense, británica de nacimiento. Se trataba de Carole Anne Taylor, una estudiante de posgrado en Literatura Comparada de la Universidad de Harvard, «elocuente y bien educada», de treinta y tres años, que había sido liberada junto con su hijo Eric, de seis años. Antes del secuestro, los dos habían estado de vacaciones en Israel y Grecia con Sanford Freedman, la pareja judía de Taylor y también estudiante de posgrado de Harvard. Freedman continuaba en Uganda. Preguntada por oficiales de la Embajada estadounidense —con toda probabilidad, el jefe de la sección de la CIA en París—, Taylor afirmó que los secuestradores habían montado bombas en el avión, usando «pólvora» empaquetada en cajas metálicas de caramelos. Todos los pasajeros habían coincidido en que la seguridad era «muy laxa» en el aeropuerto de Atenas. Según Taylor, el momento más importante después del secuestro fue la separación en dos grupos —israelíes y no israelíes—, el 30 de junio. Después de eso, se había producido «un cambio notable en el tono y en la esencia de los anuncios realizados por los secuestradores, que le hablaban de un modo más severo y abrupto al grupo israelí».

Los secuestradores formaban «tres grupos distintos y separados»: los dos alemanes, «Basil» y «la número 54», que eran «muy elocuentes, amables, compasivos y hablan bien inglés»; dos palestinos, «el número 39» y «Haifa», que eran «muy jóvenes, decididos, hablan inglés mal y se llevan bastante bien con los pasajeros, incluso con algunos israelíes, ya que tratan de ayudar»; y los tres árabes, que eran «muy rudos en apariencia, llevan metralletas y granadas» (mientras el resto iban armados en su mayoría con «pistolas de aspecto cutre») y «no intentan de ningún modo hacer propaganda ni amigos». Aun así, Taylor no veía ninguna perspectiva de que se peleasen entre ellos, ya que todos parecían determinados a lograr sus objetivos.

Las condiciones de vida de los rehenes no eran buenas, según Taylor: los baños de mujeres habían dejado de funcionar el día 29; para beber solo había agua sucia del grifo; la comida no era apropiada, y la mayoría de los rehenes estaban empezando a sufrir «disentería leve» (Taylor y su hijo tenían un poco de diarrea). El único rehén con formación médica, hasta donde ella sabía, era el doctor David Bass, el cirujano estadounidense de nacimiento que trabajaba en un hospital israelí. Sin embargo, parecía «introvertido, amargado» y no estaba «haciendo ningún esfuerzo real por ayudar», y a otros rehenes les molestaba su «falta de asistencia». Muchos mostraban «signos de tensión mental».

De los trece rehenes estadounidenses que seguían en Uganda, la mayoría eran «jóvenes, con formación universitaria, que aguantaban muy bien salvo por esporádicos ataques de llanto». Taylor afirmó que habían establecido una relación de

comunicación bastante buena con los alemanes, «metiéndose en discusiones dialécticas sobre la revolución y temas generales». Sin embargo, eso había empezado a «quebrarse» cuando separaron a los israelíes de los demás, y Freedman —el compañero de Taylor— y otro hombre «habían estado a punto de meterse en problemas graves con los terroristas» por protestar.

Dado que Taylor y su hijo tenían la intención original de pasar dos meses en París con Freedman antes de regresar a Estados Unidos, el plan de Taylor era esperar allí, con la esperanza de que Freedman saliese pronto libre. Llamaría a sus padres a Inglaterra para decirles que estaba a salvo.⁷⁹

22.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Cuando Ivan Oren terminó de hablar, su superior, el coronel Shai Tamari, se recostó en la silla. Tamari había pasado los últimos treinta minutos de la reunión en su oficina de la Kirya escuchando a Oren detallar la misión de rescate que había preparado un par de horas antes con Shomron y Biran: un plan que giraba en torno al uso de dos Hercules de repostaje de la FAI para llevar a una fuerza de rescate y vehículos hasta Entebbe y volver con los rehenes.

—Tiene posibilidades, pero hace falta más trabajo —dijo Tamari tras una pausa—. Por el momento, suena a plan impreciso y a medio hacer. Por ejemplo, todavía no saben la capacidad de carga de un avión cisterna Karnaf [el Hercules de repostaje] ni tampoco si podrá soportar la carga adicional que tienen pensada. Luego está la cuestión de si las tropas ugandesas serán hostiles o no. Si lo son, ¿podrán transportar los aviones cisterna a suficientes tropas para hacerse cargo de ellos y dejar espacio para traer de vuelta a los rehenes? Ese es el tipo de detalles de los que debemos estar seguros antes de llevar este plan a los de arriba. ¿Entendido?

Oren asintió. Aunque un poco alicaído, veía sentido a las palabras de Tamari.

—Dele más cuerpo y tráigamelo de vuelta mañana por la mañana.

—Sí, señor.⁸⁰

22.40 GMT, Washington D. C., Estados Unidos

A las 18.40, el embajador Simcha Dinitz cogió el teléfono en su oficina de la Embajada de Israel en Washington y pidió que le pusieran en línea a Henry Kissinger, en el Departamento de Estado.

Dinitz era un hombre alto y sofisticado de cuarenta y siete años, con gafas grandes de montura negra, bigote lápiz y pelo negro y engominado, que se había formado como diplomático en la Universidad de Georgetown y había servido como jefe de gabinete de la primera ministra Golda Meir antes de su nombramiento para suceder a Isaac Rabin como director de la Embajada israelí en Washington —el

«puesto más importante de la diplomacia israelí»— en 1973. Dinitz desempeñó un papel clave en la organización de envíos de armas estadounidenses a Israel durante la guerra de Yom Kipur, y desde entonces había utilizado su «encantador descaro, siempre mitigado por su afable sentido del humor» para vincular incluso más estrechamente su país a Estados Unidos. Se llevaba especialmente bien con Kissinger, el judío con gafas nacido en Alemania y antiguo académico de Harvard que se encargaba de la política exterior estadounidense desde 1969. Kissinger era una figura de renombre mundial —unos años antes había negociado un pacto antisoviético sinoestadounidense y el alto el fuego y la retirada de las fuerzas de Estados Unidos de Vietnam; esto último le valió el Premio Nobel de la Paz—, y Dinitz estaba ansioso por ganarse su apoyo para los esfuerzos diplomáticos cada vez más frenéticos de Israel por animar a Idi Amin a intervenir en nombre de los rehenes. Ayudaba que a Kissinger le cayese «increíblemente» bien Dinitz, por considerarlo «honrado y honorable» y un hombre en quien podía confiar para «hacer relatos sin adornos de las maniobras internas de Israel», por un lado, y para informar sobre «las opiniones [del Gobierno estadounidense] con la misma precisión al gabinete de Israel».⁸¹ Habrían hablado antes sobre Entebbe si el estadounidense no hubiese estado fuera de Washington por asuntos oficiales.

—Hola —dijo Kissinger.

—Bienvenido —respondió Dinitz, que no perdió tiempo en explicar por qué llamaba—. Acabo de recibir una llamada desde Israel. Hemos concluido una reunión sobre el avión. Me han pedido que le solicite ayuda en los siguientes asuntos: quizá pudiera enviarle un mensaje urgente a Sadat para pedirle que apele a Amin y le ruegue que no les ocurra nada a los pasajeros; y también que no permita que el avión de Air France secuestrado despegue, porque creemos que van a liberar a algunos pasajeros y a llevarse a los israelíes a otra parte.

Kissinger no dudó.

—Así lo haremos.

Satisfecho, Dinitz mencionó que el Gobierno israelí también se había puesto en contacto con Kurt Waldheim, secretario general de Naciones Unidas, y le había pedido que intercediese. ¿Podría Estados Unidos, preguntó Dinitz, presionar asimismo a Waldheim?

—Ya lo hemos hecho.

—Lo tercero —continuó Dinitz, consciente de que quizá estuviese tentando su suerte— es que Rabin me ha pedido que le pregunte si conoce algún país africano que tenga vínculos con Amin.

—Ya nos hemos puesto en contacto con Mobutu para eso mismo.

Kissinger se refería al extravagante y autoritario presidente de Zaire, una antigua colonia belga en el centro de África anteriormente conocida como Congo, que era un aliado cercano de Estados Unidos gracias a su posición anticomunista.

Dinitz parecía decepcionado.

—¿Cree que es el único?

—Es el único del que tenemos constancia.

Tras un momento pensativo, el israelí estuvo de acuerdo.

—Sí, creo que es cierto, porque los keniatas no...

Kissinger le terminó la frase.

—No, están bajo el peligro de Uganda.

—Sí. Los que [los secuestradores] quieren que los keniatas liberen son a los que detuvieron tratando de derribar el avión de El Al cuando estaba en Kenia. No se nos ocurre nada más. Si tiene alguna sugerencia, se lo agradeceremos.

Kissinger lo tranquilizó.

—Nos pondremos en contacto con los egipcios y si Waldheim no se ha ido, también con él.

—Se lo agradezco mucho y disculpe que le haya molestado.

—No, no, en absoluto.

—Gracias, señor secretario.

—De nada. Adiós.⁸²

Ni Dinitz ni Kissinger sabían que el contacto de los franceses con Egipto ya había tenido sus frutos y que el Gobierno de Anwar el-Sadat había fletado un avión militar especial para llevar a Entebbe a Hanni al-Hassan, un alto oficial de la OLP, con la esperanza de que pudiese poner un fin pacífico al secuestro. Sin embargo, aunque el avión de Al Hassan había recibido permiso para aterrizar, en cuanto lo hizo las autoridades ugandesas le ordenaron que volviese a despegar, antes de que Al Hassan tuviese oportunidad de hablar con los terroristas o con Amin. La misión había quedado en nada.⁸³

DÍA 5: JUEVES, 1 DE JULIO DE 1976

3.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Claude Moufflet se despertó al amanecer. Junto a él, la que había sido compañera del Ligón seguía profundamente dormida, al igual que la mayoría del resto de los rehenes en la sala principal del edificio de la terminal antigua. Decidió tomar un poco el aire y se abrió camino sin hacer ruido entre los cuerpos hasta donde Wilfried Böse montaba guardia en una de las dos salidas exteriores de la gran sala (la otra tenía una barricada).

Al notar la hostilidad de Moufflet, Böse no alargó la conversación, y asintió para permitir al francés salir. Hacía una mañana hermosa, nítida y fría, y Moufflet se alejó un poco de la zona de hierba cercada de delante del edificio, disfrutando de su tranquila soledad. Al final, un segundo rehén se sentó junto a él: Colin Hardie, el director general de cincuenta años del periódico *Christchurch Star*, que viajaba con su esposa, Nola.

Hardie se sentía más cómodo cubriendo historias que formando parte de ellas; sin embargo, había afrontado de manera admirable su reclusión forzosa, y Moufflet apreciaba su comportamiento afable y su estoicismo tranquilo. Charlaron sobre muchas cosas: el buen clima («hermoso y fresco»); sus condiciones de vida en la terminal («bastante rudimentarias, pero bajo esas circunstancias, más o menos satisfactorias»); sus compañeros de viaje («una panda inusual»), y los terroristas, sus objetivos y el posible desenlace de su aventura (en este último punto estaban indecisos).

Mientras hablaban, Nola Hardie salió y se unió a ellos. Quería comprobar si la ropa interior que había lavado la noche antes estaba seca, y cuando descubrió que no, exclamó: «No parece propio de mi edad ir sin bragas ni sujetador debajo del vestido».

Los hombres se echaron a reír.¹

5.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Isaac Rabin estaba tomando café en el apartamento que hacía las veces de residencia oficial en Tel Aviv cuando recibió una llamada de Amos Eiran, su asesor jefe.

—Primer ministro, tengo malas noticias. Las familias de los rehenes han atravesado las puertas de la Kirya, apartando a empujones a la policía militar, y están esperando en su oficina, exigiendo una reunión. ¿Quiere que hable mejor yo con ellos?

Rabin resopló.

—Lo que nos faltaba: una señal al mundo de que solo aceptamos negociar por la presión que nos han impuesto las familias. Pero sí, hable con ellos, por favor. No les prometa nada, porque, como ya sabe, el gabinete aún tiene que tomar la decisión final. Dígales simplemente que estamos haciendo lo que podemos para traerles de vuelta a sus seres queridos.

—Eso haré, primer ministro.

—Bien. ¿Quiere que le acompañe alguien del personal de seguridad? Es evidente que las emociones están a flor de piel y la reunión puede ponerse violenta.

—No, primer ministro, no será necesario. Probablemente eso complicaría aún más la situación.

Quince minutos después, Eiran se estaba arrepintiendo de su decisión de reunirse a solas con las familias. Trató de explicar la posición del Gobierno, pero nadie le escuchaba. Enfadados y asustados, lo callaban a gritos. Un hombre intentó incluso pegarle un puñetazo. «No queremos una explicación», gritó alguien. «Díganos que van a aceptar todas las exigencias de los terroristas y a liberar a todos los de la lista y punto. Queremos a los nuestros de vuelta en casa, y que no vengan metidos en cajas.»²

5.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

El desayuno llegó al edificio de la terminal antigua en un autobús a las 8.00, y lo repartió uno de los dos equipos de servicio que habían formado la tripulación y pasajeros voluntarios; el segundo equipo tenía asignado el almuerzo. Claude Moufflet era parte de ese primer equipo y, ayudado por su nuevo amigo Gilles, por un azafato y por un médico francés, llevó platos y cubiertos al otro lado, a los israelíes. Tras un recuento minucioso, se dio cuenta de que había ochenta y tres personas en la sala más pequeña.

Pensó entonces que él y el resto de quienes habían quedado en la sala grande — la antigua zona de embarque— se estaban negando, quizá de manera inconsciente, a llamar a la sala más pequeña «la sala israelí». En cambio, se referían a ella como la «otra sala» y decían cosas como «¿Les están sirviendo?» y «¿Qué está pasando allí?». La sospecha que tenían todos de que a los israelíes los habían apartado para darles un trato «especial» no hacía más que aumentar su vergüenza, igual que lo hacía el hecho de ser conscientes de que los propios rehenes habían provocado la separación al exigir más espacio.

Dado que a Moufflet y a su equipo de servicio les prohibieron llevar comida a la «otra sala», tres o cuatro israelíes pasaron por la puerta de comunicación para recogerla. Parecían estar de buen ánimo.³

Con no mucho más de seis horas por delante hasta que expirase el ultimátum en Entebbe, la comisión ministerial se reunió poco antes de las 8.00 en la oficina de Rabin en la Kirya. Asistieron seis ministros y sus asesores, además de Gur, Adam y Shlomo Gazit, el jefe de inteligencia militar.

Rabin fue el primero en hablar.

—Caballeros, tengo noticias preocupantes —dijo con el ceño fruncido—. Los terroristas han llevado a cabo una selección. Han separado a los judíos de los no judíos. Los no judíos han sido liberados. Los rehenes judíos están amenazados con la ejecución. No hay ningún género de duda de que Idi Amin está ansioso por congraciarse con los árabes y coopera plenamente con los terroristas. El ultimátum expira dentro de unas pocas horas. Así que le hago de nuevo la pregunta al jefe del Estado Mayor: Motta, ¿tiene usted un plan militar?

—Estamos estudiando tres posibles opciones. Una es lanzar un ataque al aeropuerto desde el lago Victoria; la segunda es llevar a la fuerza de asalto en un avión civil que finja transportar a los terroristas liberados, y la tercera es lanzar paracaidistas sobre Entebbe.

No mencionó la opción de las FDI de Shomron porque aún no se le había informado al respecto.

Tras una pausa, Rabin planteó la pregunta crucial:

—¿Alguno de esos planes es operativo? ¿Puede recomendarle alguno al Gobierno?

—No.

—En ese caso, dado que el ultimátum terrorista está previsto que expire a las dos de la tarde de hoy, pretendo proponer al gabinete en pleno que negociemos con los terroristas la liberación de los rehenes. Negociaremos a través de los franceses. Si somos incapaces de rescatarlos por la fuerza, no tenemos derecho moral a abandonarlos. Debemos intercambiarlos por terroristas encarcelados en nuestras prisiones de Israel. Nuestras negociaciones serán sinceras, no una treta táctica para ganar tiempo. Y cumpliremos con nuestra palabra en cualquier trato que cerremos.

—Me opongo —declaró Peres, horrorizado de que ya se hubiese tomado esa decisión crucial.

—Eso ya lo sé —masculló Rabin.

—Nunca en el pasado hemos aceptado liberar a prisioneros que hubiesen asesinado a civiles inocentes —continuó Peres—. Si cedemos ante las exigencias de los secuestradores y liberamos a terroristas, todo el mundo nos entenderá, pero nadie nos respetará. Si, por el contrario, llevamos a cabo una operación militar para liberar a los rehenes, es posible que nadie nos entienda, pero todo el mundo nos respetará; según, claro... —Y entonces bajó la voz hasta un susurro—, el resultado de la operación.

—Por Dios bendito, Simón —respondió Rabin enfadado, con el gesto rígido—, nuestro problema en estos momentos no es ya cosa de esa heroica retórica que usted usa. Si tiene una propuesta mejor, le escuchamos. ¿Qué sugiere? Sabe tan bien como yo que los familiares nos están acosando día y noche. Están fuera de sí por el miedo, exigiéndonos que hagamos un intercambio, y con motivos. ¿Qué dicen? Pues dicen que Israel liberó a terroristas después de la guerra de Yom Kipur a cambio de los cuerpos de unos soldados muertos, así que ¿cómo nos vamos a negar a liberar a terroristas a cambio de personas vivas, de nuestra gente, de sus seres queridos, cuando sus vidas están en peligro inminente?⁴

—Hay una alternativa —respondió Peres—. Anoche recibimos un montón de información muy útil de los rehenes liberados en París. Propongo que utilicemos esa información para cooperar con Francia en una operación militar conjunta.

Rabin agitó la mano en gesto despectivo.

—Si alguien quiere proponer una operación de ese calibre, que se someta a la votación plenaria del gabinete. Es una locura. Simplemente, no hay tiempo.

—Estoy de acuerdo —dijo Allon—. Vamos a concentrarnos en lo que sí es posible.

—Y no en sueños de castillitos en el aire —añadió Rabin, mirando explícitamente a Peres.

Peres se mantuvo en sus trece.

—Si nos rendimos ante los secuestradores, se sentará un precedente potencialmente desastroso. No es que no me preocupen las vidas y la seguridad de los rehenes. Por el contrario, me preocupan las vidas y la seguridad de los pasajeros en el futuro.

Rabin había oído bastante.

—¿Quién está a favor de aconsejar al gabinete que iniciemos negociaciones con los terroristas?

Rabin levantó la mano, y también lo hicieron Allon, Yaacobi, Galili y Zadok. Reacio, Peres hizo lo propio.⁵

6.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

—¡Despierta! —gritó Jaber mientras zarandeaba bruscamente por el hombro a Nahum Dahan, echado bocabajo.

Habían obligado al rehén a pasar gran parte de la noche escribiendo el informe en el escritorio de la sala israelí, y Brigitte Kuhlmann solo le permitió dormir al romper el alba. Como resultado, Dahan se había perdido el desayuno, y habría continuado durmiendo si Jaber se lo hubiese permitido. Al abrir los ojos pudo ver al terrorista jefe con una fotografía de Dahan montado en un tanque sirio incendiado, que el israelí había olvidado que llevaba en su equipaje de mano.

—Tengo aquí la prueba —exclamó Jaber agitando la foto—. Estás en el Ejército israelí. Tienes que ser un espía.

—Nunca he estado en el Ejército —insistió Dahan en francés—. Esas fotos son de un viaje por los Altos del Golán.

—No te creo. Ven con nosotros.

Consciente de que iba a volver a la sala de interrogatorios, Dahan se negó a levantarse. Así que Jaber y uno de los otros terroristas lo agarraron por las muñecas y lo arrastraron hasta allí. Tras colocarlo en una silla, Jaber y Abdur al-Samrai se pusieron frente a Dahan. El primero rugió:

—Trabajas para los israelíes, ¿verdad? Eres un espía. Dinos la verdad o no vivirás para arrepentirte.

Cuando Dahan se negó a responder, Jaber perdió la compostura y le estampó el puño con fuerza en la cara al joven francés, noqueándolo y haciéndole caer al suelo. Allí, Dahan recibió patadas y puñetazos repetidamente de parte de Al-Samrai, mientras Jaber le preguntaba:

—¿Quieres vivir o morir?⁶

Después de lo que pareció una eternidad, los golpes cesaron y Jaber le dijo a Dahan que no saldría de aquella habitación hasta que hubiese escrito en inglés un relato completo de su vida en París antes de emigrar a Israel. Durante una hora, Dahan se estuvo esforzando en la salita, luchando por recoger su biografía en un idioma que hablaba pero que no sabía escribir. Al final, le permitieron hacer una pausa para ir al baño y de camino pidió ayuda tanto a Ilan Hartuv, en la sala israelí, como a Michel Bacos, en la otra.

—Tienen que hacer algo —imploró Dahan—. Creen que soy un espía y van a pegarme un tiro.

Bacos de inmediato lo consultó con Lemoine, Cojot y algunos más. La respuesta de Cojot fue preguntar si alguien sabía de verdad la nacionalidad de Dahan.

—Tiene pasaporte francés, pero físicamente está muy señalado —respondió Bacos.

Dejaba así implícito que Dahan obviamente era judío por sus rasgos faciales, motivo por el cual los terroristas sospechaban que sería israelí y un posible espía. No obstante, para Cojot, cuya familia había sufrido comentarios igual de desafortunados, aquella fue una afirmación carente de toda sensibilidad que le recordó de nuevo las dos caras de Francia: las luces y las sombras. «Esa respuesta me machacó —escribió—. Volvía a dar sustento a una definición racial de la nacionalidad, ¡treinta años después de Vichy! El rehén en cuestión no habría hecho dudar ni siquiera a un fisonomista novato. Pero el único objetivo de los miembros de esa profesión efímera e infame de la época de Vichy era identificar por los rasgos faciales quién era judío, no quién era francés. Además, la “tipología” de aquel hombre, al igual que la de muchos sefardíes, no era menos árabe que judía.»⁷

En cualquier caso, Bacos recibió el permiso de los terroristas para hablar con Dahan en la salita. Allí, le aconsejó que cooperase más y que actuase de un modo menos sospechoso. «Su actitud no está ayudando», le dijo Bacos.

El piloto francés se acercó entonces al Peruano para que le garantizase que Dahan no sufriría ningún daño físico grave. «¿Qué quiere que le diga? Si nos miente todo el rato es que tiene algo que ocultar», respondió el terrorista con bigote.

Entretanto, la incapacidad de Dahan para cumplir la tarea que se le había solicitado recibió como castigo más golpes en la salita, y sus gritos hacían eco en toda la terminal antigua. Solo pararon cuando Jaber le puso una pistola en la cabeza. Convencido de que estaba a punto de morir, Dahan rezó en silencio a Dios. «Si tienes previsto hacer algo, hazlo rápido porque no me quedan fuerzas.»

Las lágrimas cayeron por el rostro de Dahan mientras esperaba el final. Que no llegó. Jaber bajó el arma y salió de la sala.

Conscientes de que Dahan estaba en peligro de muerte, Hartuv y otros miembros del comité israelí informal —que incluía a Yitzhak David y a Akiva Laxer— le dijeron al Peruano que si Dahan no regresaba con ellos a la sala se pondrían en huelga de hambre. (Bacos había hecho antes la misma alegación.) Esa vez, la amenaza tuvo el efecto deseado —probablemente porque a los terroristas les preocupaba que el asunto llegase a oídos de la prensa— y liberaron a Dahan. «Vete con los demás», le dijeron.

Pese a no ser un hombre religioso, Dahan le atribuyó su rescate a Dios y prometió que si regresaba a Israel asistiría con regularidad a la sinagoga. Los golpes le habían dejado dos costillas fracturadas y nada de apetito; fue el siempre abnegado Jean-Jacques Mimouni quien al final lo disuadió para salir de esa depresión llevándole plátanos y trozos de piña.⁸

7.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Una vez que los dieciocho miembros del gabinete israelí estuvieron sentados en torno a la mesa de conferencias en la Oficina del Primer Ministro, Rabin explicó la decisión de la comisión ministerial.

—Las FDI no han sido capaces de idear una opción militar en el breve periodo de tiempo del que disponíamos —dijo con gesto serio—. Por tanto, nuestra propuesta es que negociemos con los secuestradores sobre sus términos. Nuestro razonamiento es sencillo: no tenemos derecho a abandonar a los rehenes. Si somos incapaces de rescatarlos por la fuerza, debemos intercambiarlos por terroristas encarcelados en nuestro país. Estas negociaciones no se prevén como una treta táctica para ganar tiempo. Negociaremos de verdad e Israel cumplirá con su palabra en relación con cualquier trato. ¿Algún comentario?⁹

—Sí, primer ministro —intervino Gad Yaacobi—. Anoche, sobre las once, me reuní con las familias de los pasajeros. En su honor debo decir que estaban con los ánimos calmados y un tono responsable. Muchos de ellos afirmaron que, dadas las circunstancias especiales, una operación militar israelí es imposible, así que lo único que exigen es que se inicien las negociaciones.

Aquel fue un resumen muy alejado de la realidad de la reunión que Amos Eiran y él habían mantenido con las familias la noche anterior —muchos estaban muy lejos de mostrar calma—, pero Yaacobi estaba intentando reforzar el razonamiento de Rabin de que la negociación era la única opción.

Sin embargo, Peres no estuvo de acuerdo.

—El problema no son solo las demandas de las familias. Debe quedar claro que las negociaciones y la rendición sencillamente abrirán la puerta a futuros ataques terroristas.

—¿Quién lo dice? —preguntó Rabin.

—Yo.

—Entonces le pido que aclare lo que quiere decir y que nos diga por qué.

—Hasta el momento, los estadounidenses no se han rendido al chantaje terrorista porque los israelíes éramos la referencia mundial. Si nos rendimos, no habrá ningún país en el mundo que haga frente a eso. Simplemente, esa actitud provocará que se produzcan cada vez más incidentes.

A Rabin le costó contener la ira.

—Déjeme que le explique la situación tal y como está. Si no tomamos una decisión, eso, en sí mismo, es una decisión, con todo lo que conlleva y todos los interrogantes.

Aquello fue demasiado para Yigal Allon que, desde el principio, se había sentido incómodo con las negociaciones.

—Estoy en contra de aceptar los términos de la organización terrorista y sé que la mía es una afirmación fuerte porque estamos poniendo en verdadero riesgo las vidas de esas personas. Los terroristas ya han demostrado en ocasiones anteriores que cumplirán sus amenazas si no se acata el ultimátum.

Al igual que con los comentarios de Peres, Rabin tenía la certeza de que Allon estaba jugando a la política, asegurándose de que, si las negociaciones no funcionaban, su oposición a ellas constase en acta. Así que lo interrumpió.

—Quiero ser claro: no tenemos tiempo para evasivas. La cuestión es: ¿estamos en esencia dispuestos a entrar en negociaciones o no? Por favor, no eviten responder a la pregunta.

—Dado que cualquiera que salve una vida israelí está en realidad salvando al mundo entero, y como deseo preservar las vidas de los israelíes inocentes atrapados en esta situación, apoyo cualquier esfuerzo que se haga para salvarlos, incluidas las negociaciones —afirmó Aaron Yadlin, el ministro de Educación.

El ministro sin cartera Yisrael Galili, la mano derecha de Rabin, estuvo de acuerdo.

—Sugiero que el Gobierno inicie las negociaciones de inmediato con el fin de salvar a los rehenes, mostrando a la vez su disposición a liberar a detenidos. No hace falta explicar a cuáles.

—Secundo la sugerencia de Galili —dijo Rabin—, y por un solo motivo: no estoy dispuesto a aclararle a la opinión pública por qué recientemente hemos intercambiado a ciento treinta terroristas por cadáveres, incluidos ocho terroristas culpables de actividades destructivas hostiles, como el asesinato. No quiero explicar a la opinión pública israelí ni a nadie por qué podemos hacer trueques con cadáveres pero no con personas vivas.

Peres negó con la cabeza.

—Los precedentes no son el problema. El problema es lo que ocurra en el futuro: el futuro del pueblo israelí y el futuro de los aviones y de la aviación israelí. Deberíamos preocuparnos por el destino de la gente de aquí, por lo que le ocurrirá a este país y por dónde quedará su estatus con respecto a los secuestros, el terrorismo y demás asuntos, tanto como por el destino de quienes han sido secuestrados. Hasta ahora, todas las organizaciones terroristas, excepto la de Wadie Haddad, han proscrito el secuestro de aviones, y la razón es principalmente la postura estricta y persistente de Israel.

—Sandeces —respondió Rabin—. Fatah dejó de secuestrar como parte de una decisión política mayor de cesar sus operaciones en el extranjero. No tuvo nada que ver con la postura estricta de Israel.

—¿Eso cree? —le preguntó Peres con sarcasmo—. Le garantizo que si Israel se hubiese rendido cada vez que hubo chantaje, Fatah habría continuado con todas sus operaciones terroristas, dentro y en el extranjero.

Rabin no le veía provecho a continuar con el debate.

—Me gustaría saber si alguien se opone a la sugerencia de Galili —dijo examinando las caras que rodeaban la mesa—. No quiero que haya ningún malentendido en este asunto. Propongo que el Gobierno autorice al equipo ministerial que continúe con nuestros intentos de usar todos los medios para liberar a los rehenes, incluido el intercambio de prisioneros encarcelados en Israel. Hablaremos de «prisioneros», pero eso no significa que aceptemos los términos de los terroristas. No especificaremos a cuántos liberaremos ni cuáles serán sus nombres. Quienes estén a favor de esta oferta, que levanten la mano.

Uno a uno, los dieciocho ministros levantaron la mano, incluso Peres y Allon.

—Es una decisión unánime. Gracias —dijo Rabin.¹⁰

—Si puedo —intervino Peres—, quiero añadir que me gustaría que constase en acta que solo he aceptado negociar porque lo considero una medida táctica para ganar tiempo. Sigo pensando que una solución militar es posible.¹¹

—Yo opino lo mismo —dijo Shlomo Hillel, ministro de Policía.

—Pues que así sea. Deben tener todos claro que las FDI continuarán buscando una opción militar, pero eso no le quita ni un ápice de verdad a la decisión de negociar que acabamos de tomar. Ahora, si no hay nada más, he de informar al Comité de Asuntos Exteriores y Seguridad de nuestra crucial decisión. Esperen por favor aquí hasta que regrese con su respuesta.¹²

Rabin se marchó entonces de la sala y entró en una oficina vecina en la que esperaban los miembros de la comisión, compuesta principalmente por líderes de los principales partidos de la oposición.

—Caballeros, el gabinete acaba de tomar la decisión de entablar negociaciones con los terroristas para intercambiar asesinos que estén en nuestras manos por los rehenes —dijo Rabin.

Muchos de los miembros empezaron a hablar a la vez, planteando objeciones y preocupaciones.

—Sencillamente, no tenemos elección —continuó Rabin interrumpiéndolos—. No tenemos ninguna opción militar creíble. El ultimátum de los terroristas expira dentro de unas horas, a las dos.

—Señor primer ministro, ¿puedo solicitar un breve receso para consultar con mis colegas? —dijo Menachem Begin, el líder del Likud.

Rabin miró el reloj.

—Sí, pero por favor, con rapidez. El tiempo se acaba. Aún tenemos que transmitir nuestra posición a los franceses.

En esa ocasión, Begin se marchó de la sala con un puñado de sus diputados. Su voz apenas era audible mientras les decía que no estaba de acuerdo con negociar con los terroristas por principios, pero que «había vidas judías en juego» y era imperativo rescatarlas «de la ejecución». Por tanto, compartirían la «responsabilidad pública» de la decisión de iniciar las negociaciones.

Tras unos minutos, regresaron.

—Señor primer ministro, no hay ningún asunto partidista que debatir entre la coalición y la oposición —dijo Begin—. Se trata de una cuestión nacional de primer orden. Nosotros, la oposición, apoyaremos cualquier decisión que adopte el Gobierno para salvar las vidas de judíos. Y haremos saber nuestra decisión a la opinión pública.

—Gracias —respondió Rabin, con los ojos llenos de lágrimas.¹³

Personalmente, lamentaba la decisión de negociar, y el apoyo de Begin le había dado un «cierto alivio».¹⁴ Cuando el Likud dejó clara su postura, los otros miembros de la comisión siguieron la misma línea, aunque muchos de ellos tenían sus reservas.¹⁵

Al regresar a informar al gabinete, Rabin se dio cuenta de que Peres se quedaba de piedra ante la conformidad de la oposición. Cuando se marchó de la reunión, el primer ministro comentó en tono sarcástico a los miembros de su equipo: «Parece que

la muestra de responsabilidad nacional del señor Begin le ha caído a Peres como una ducha de agua fría, helándole toda la demagogia. Y ahora debo informar rápidamente a los franceses para proceder con las negociaciones».16

Esa tarde, el *New York Post* sacó el titular: «¡ISRAEL SE RINDE!».».

7.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Sin conocer la decisión crucial que había adoptado el gabinete israelí a 3.500 kilómetros, en Tel Aviv, los rehenes, en el edificio de la terminal antigua, iban contando inquietos las horas que quedaban hasta que se cumpliera el plazo.

Sin embargo, uno de ellos estaba pensando en cómo podría llevar a los terroristas ante la justicia sacándoles fotografías a escondidas. Había llegado a la terminal antigua con una cámara y una película ocultas en su maletín, así que Claude Moufflet ya había sacado cuatro o cinco instantáneas de la sala principal y dos de los secuestradores originales, Wilfried Böse y Ali al-Ma'ati (con la camisa roja y conocido entre los rehenes como Ali o Número 39). En esos momentos, con la ayuda de Gilles, que estaba sentado sobre la barra para ocultar a Moufflet, logró sacar una foto del otro terrorista palestino, con el bigote y la camisa amarilla, Khaled al-Khalili.

Moufflet era muy consciente de que si lo cogían con las manos en la masa, eso le podría costar la vida. Algunos rehenes que lo vieron hacerlo se preocuparon más bien por su propia seguridad y le dijeron que no fuese tan temerario.

A esas alturas había un goteo constante de hombres israelíes traspasando la zona de la barra en la que Moufflet estaba establecido, de camino a los baños. Varios jóvenes *sabras* —israelíes de nacimiento— se pararon para charlar y explicar que el secuestro no iba dirigido contra Francia. Uno afirmó: «Es algo entre nosotros y los palestinos, y muy pronto se habrán ido ustedes y será fácil que nuestro país intervenga. Deben entender que nosotros vivimos en un estado permanente de guerra». Lo que estaba diciendo *de facto* era que Israel tendría más fácil lanzar un ataque militar si solo había rehenes israelíes retenidos (y, por tanto, en riesgo de muerte si el rescate no salía bien). Moufflet le veía lógica, aunque no estaba del todo convencido de que las FDI tuviesen capacidad militar para sacar adelante una operación a tan larga distancia. No había duda, sin embargo, de que un porcentaje importante de los rehenes israelíes jóvenes, sobre todo los *sabras*, se oponían a negociar con los terroristas como cuestión de principios (aunque eso pusiera sus propias vidas en riesgo). Los israelíes mayores —en especial, inmigrantes de países como Polonia, Rumanía, Rusia y Francia— pensaban de modo distinto: muchos «echaban de menos sus antiguos pasaportes» y no querían que los no israelíes se marcharan porque, como uno de ellos le dijo a Moufflet, veían «su presencia como una protección». Tenían miedo de las consecuencias de un intento chapucero de rescate y, en cualquier caso, no creían que tal cosa fuese a ocurrir.

Mientras Moufflet meditaba sobre ese último ejemplo de cómo la juventud afrontaba los estreses y las tensiones del secuestro mejor que sus mayores, Khaled echó al joven israelí con el que el francés estaba hablando y le ordenó volver a su sala. Hubo algún movimiento fuera hasta que un camión pequeño se detuvo delante de la terminal antigua. De la parte delantera se bajó un civil ugandés que entró en la sala grande acompañado de Böse. El alemán le pidió a Cojot que hiciese el siguiente anuncio: «El director del aeropuerto ha pedido el permiso de los palestinos para ofrecerles otro servicio limitado del Duty Free, y los palestinos se lo han concedido. Pueden comprar cigarrillos, jabón, cuchillas, crema de afeitar, pasta de dientes, cepillos de dientes, galletas y zumos. La venta se organizará en la parte exterior de su sala. Pueden abonar sus compras en dólares, francos franceses, libras esterlinas y marcos alemanes. Por favor, combinen sus pedidos para que no todo el mundo tenga que ponerse en cola».

La noticia se recibió con aplausos y se formó rápido una fila de gente. Con pedidos para otras quince personas, Moufflet iba detrás del Navegante, que se mantenía entretenido ante el avance a paso de tortuga de la cola soltando comentarios sarcásticos como: «Bueno, venga, pase usted delante, que yo tengo todo el tiempo del mundo».

Cuando por fin llegó a la tienda improvisada, Cojot, que había estado comprobando las transacciones, le pidió a Moufflet que ocupase su puesto con la esperanza de acelerar las cosas para que los israelíes también pudiesen hacer algunas compras antes del almuerzo. El servicio del Duty Free, explicó Cojot, terminaría a las 12.30 y no regresarían hasta al menos una semana después, una afirmación que, por supuesto, «inquietó a algunos rehenes».¹⁷

7.30 GMT, Tel Aviv, Israel

Mientras el Gobierno israelí albergaba la esperanza de terminar con la crisis de los rehenes de forma pacífica, Ehud Barak y su equipo de planificación seguían con su trabajo en el Hoyo, dando por sentado que, en algún momento, haría falta una misión de rescate. No obstante, su tarea se había visto considerablemente facilitada por la llegada esa mañana de la información vital que Amiram Levine había obtenido de los rehenes liberados en París: en particular, la noticia de que Amin estaba colaborando con los terroristas.

Resultaba obvio ya para todos los estrategas que la mayoría de sus planes —caer en paracaídas sobre el lago Victoria, llevar barcos desde Kenia y las «identidades falsas como terroristas palestinos a bordo de un avión pintado como una aeronave civil»— se habían «vuelto de repente irrelevantes». El único plan que contaba ya era uno que «implicase aterrizar en el aeropuerto, liberar a los rehenes y salir volando».¹⁸

Dan Shomron y su equipo habían ideado un plan de ese tipo la noche antes, pero dicha idea había quedado sobrepasada por los acontecimientos; así pues, cuando Shomron volvió a plantearle la versión mejorada al propio Kuti Adam a las 10.00 del 1 de julio, esta estaba condenada a tener «un alcance demasiado limitado». Lo que a esas alturas le hacía falta a un equipo de rescate era contar con un «destacamento lo bastante amplio para matar a los terroristas, hacerse con el control del aeropuerto y evacuar a los rehenes, y que las tropas regresaran a Israel». ¹⁹ Para eso se necesitaría más fuerza aérea que dos aviones cisterna Hercules C-130 y, aparte, supondría que los aviones debían repostar.

Tras llegar a esa conclusión, Muki Betser fue a hablar con el coronel Tamari. Una vez que le transmitió al coronel la nueva información llegada de París, sugirió «abandonar todo lo demás» y trabajar solo sobre una versión reducida de la opción de las FDI. La sugerencia original de Ran Bag había sido utilizar a mil hombres. Barak, Betser y los otros antiguos estrategas de la Unidad lo consideraban demasiado; creían que el trabajo podía hacerse con una fuerza mucho más pequeña y mucho más armada.

Tamari asintió con un gesto y pulsó el botón para activar el intercomunicador directo con Kuti Adam.

—Esto es lo que tenemos —dijo, y repitió el argumento de que la información obtenida de París había reducido las opciones a un rescate por aire.

Adam no estaba del todo convencido.

—Quiero un resumen por escrito de las cuatro opciones. De todas, las cuatro, incluida la opción naval fallida. Quiero un informe conciso sobre las ventajas y desventajas de cada una.

Tamari le dijo que se lo haría llegar, y de inmediato llamó a Barak y al resto del equipo de planificación para redactar los resúmenes, «de forma clara y concisa», con las cuatro opciones, «incluidos los pros y los contras en columnas de estructura meticulosa». Al terminar, asintió, se levantó de su asiento y «anunció que salía a ver a Kuti».

Unos minutos después estaba de vuelta con la autorización de Adam para la opción de las FDI. Al fin, los estrategas «pudieron ponerse con los detalles». ²⁰

8.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Burka Bar-Lev esperó pacientemente la llamada que lo iba a poner en contacto con Uganda. Era la tercera vez que Simón Peres le pedía que hablase con Idi Amin desde el Ministerio de Defensa, con la esperanza de retrasar las ejecuciones y darles a las FDI más tiempo para idear una opción militar. La desesperada estratagema de Peres era que Bar-Lev le dijese a Amin que estaba listo para salir hacia Uganda de inmediato con un mensaje importante de su Gobierno. Sin embargo, en cuanto el israelí oyó el tono distante en la voz de Amin, supo que la táctica era inútil.

—Informa oficialmente a tu Gobierno de que el Frente del Pueblo de Palestina hará un anuncio a las once de la mañana —le dijo Amin sin rodeos—. Es la única respuesta que puedo darte. Esas son las instrucciones que he recibido del Frente. ¿Vale? Hemos tenido conversaciones muy complicadas hasta ahora. Es mejor que esperes al anuncio.

Bar-Lev le preguntó por los detalles, pero no conseguiría sacarle ninguna información a Amin, así que el israelí insistió con la táctica original.

—¿Puede evitar que hagan algo antes de que yo llegue? Acudo con algunas propuestas muy interesantes.

—Llámame después de oír el anuncio.

En un cambio de dirección, Bar-Lev le preguntó a Amin cómo era que se habían unido más terroristas —hasta veinte, según algunos de los rehenes liberados— a los secuestradores originales en Entebbe.

—Iban en el avión —mintió Amin—. No había solo seis, había unos treinta, de todo el mundo. Nadie llegó en otro avión a Uganda. Para tu información, traté de meter a los rehenes en un autobús y llevarlos en una dirección distinta, pero los secuestradores los querían a todos en la terminal antigua. Es muy complicado para mí, he hecho todo lo que he podido, pero creo que tu Gobierno es responsable del destino de los israelíes y de los pasajeros con doble nacionalidad, y del resto de los rehenes.

Convencido de que Amin estaba hablando bajo coacción y de que Wadie Haddad quizá estuviese escuchando, Bar-Lev le rogó que no se dejara «influir por esos del FPLP solo porque estén ahí a su lado, contándole todo tipo de historias».

—El FPLP no me ha influido —respondió Amin, con voz estridente—. Yo tomo mis propias decisiones, y estoy haciendo todo lo posible por salvar las vidas de los israelíes y de los demás pasajeros. Así que, respecto a lo que has dicho de querer venir a Uganda, ya no es necesario que lo hagas. Si tienes algo sumamente importante que contarme, escucha el anuncio, llámame y te diré qué hacer. Quiero repetirte otra vez que, de no haber hecho yo todo lo que he podido, los rehenes, incluida la tripulación, estarían muertos a estas alturas. Tienes que ponerte en mi lugar, no deberías insultarme como lo acabas de hacer ahora mismo diciendo que estoy colaborando con los secuestradores, que no son personas inocentes. Pero mi posición es increíblemente complicada y tienes que entenderlo. El mundo entero ha de entenderlo.

Al darse cuenta de que había ido demasiado lejos, Bar-Lev trató de recurrir a los halagos, y le dijo a Amin que era un «gran soldado» y que solo él podía «evitar una masacre y un baño de sangre». Y añadió:

—Nadie puede darle instrucciones. La gente del FPLP no tiene derecho a hacerlo estando en el territorio de su país.

—Han rodeado a los rehenes con explosivos y han echado a mis soldados —respondió Amin para explicar su impotencia—. Las vidas de los rehenes están en sus manos. ¿Qué puedo hacer ahora?

—Puede decirles que están ahí como huéspedes suyos y que han puesto a su país en una posición complicada. Si algo así ocurriera en Israel, y ha ocurrido, lograríamos liberar a los rehenes —dijo Bar-Lev en referencia al secuestro del Sabena en 1972—. El Frente nunca ha logrado hacer lo que ha querido en Israel, ni siquiera teniendo explosivos, porque no se lo hemos permitido. El mundo nunca aceptará la afirmación de que usted y su Ejército no pudieron vencer a un número reducido de terroristas. ¿Cómo va a creer el mundo que el FPLP puede hacer lo que quiera en Uganda y que el Ejército ugandés en pleno no es capaz de vencerlo?

—Sé que estás diciendo que nunca se han salido con la suya en tu país y que puedo matar a los terroristas.

—Les está usted garantizando protección. Están viviendo en Uganda como si se hospedasen en un hotel. Usted es buen amigo de los palestinos y de los árabes, así que no deberían ponerle en una situación complicada ni perjudicarlo. —Pero, añadió Bar-Lev—: No van a hacer nada si el capitán general y doctor Idi Amin les pide que no hagan nada y retrasen la operación un día hasta que yo llegue.

Amin negó que los terroristas estuviesen viviendo «como huéspedes en un hotel». Insistió en que se encontraban «con los rehenes, y si emprendemos alguna acción estaremos poniendo en peligro las vidas de los rehenes». Aun así, no negó que fuese su amigo.

—Quiero la paz en Palestina. Es responsabilidad de tu Gobierno. No debéis continuar con esa política y actividad sionistas.²¹

La comunicación se interrumpió entonces, y Bar-Lev llegó a la conclusión de que Amin estaba trabajando con los terroristas y no intervendría militarmente para salvar a los rehenes. Su única pizca de esperanza era la sospecha de que las repetidas referencias de Amin a los «explosivos» fuesen probablemente una mentira diseñada para desalentar un intento de rescate. Aunque eso ya no importaba. Con la inminencia de la expiración del plazo y el Gobierno a punto de ceder a las exigencias de los terroristas, tal conjetura era demasiado poco, y llegaba demasiado tarde.

9.40 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Con poco más de dos horas por delante hasta el cumplimiento del plazo y la tensión en aumento entre los rehenes, el Peruano entró corriendo en la sala grande del edificio de la terminal antigua y, sin molestarse en coger un megáfono, gritó: «Tengo una noticia muy importante y urgente que darles. Antes de hacerlo, es clave que redacten una lista de todos los que se encuentran en esta sala. Deprisa. Háganlo rápido. Esto es muy importante y de verdad urgente».

En la sala se levantó un rumor de especulaciones, en su mayoría optimistas. «¿Qué tipo de noticia creen que es?», preguntó un rehén. «¿Una buena noticia o solo algo importante? ¿Qué creen que pasa?»

Antes de que nadie pudiese responder, Faiz Jaber empezó a empujar con agresividad a los israelíes que se encontraban en la sala grande para llevarlos a su sala correspondiente, mientras le decía a Khaled, que estaba guardando la entrada, que no les permitiese volver.²²

Entretanto, Cojot, el intérprete, le había pedido prestado un bloc a Moufflet e iba abriéndose paso por la sala, añadiendo todos los nombres a la lista. Sin embargo, cuando llegó a Bacos, Lom, Lemoine y los asistentes de vuelo, agrupados cerca de la barra, el Peruano se mostró inflexible. «¡La tripulación, no!», chilló.²³

Cerca de acabar la tarea, a Cojot le dijeron que escribiese la nacionalidad de cada persona al lado del nombre. El Peruano anunció entonces a la sala: «Hagan el favor de traer a la mesa que hay junto a la puerta todos los cubiertos, navajas, cámaras, aparatos electrónicos, películas, fotos y grabaciones en cinta que tengan en su poder. Los vamos a cachear y si les encontramos algo encima, la cosa se va a poner seria. Rápido. Es muy importante y urgente. Voy a darles una buena noticia».

Unos pocos tenían la esperanza de que los terroristas fuesen a liberar a otro grupo de rehenes. Sin embargo, la mayoría descartaba esa posibilidad porque no habían visto ni a Idi Amin ni a fotógrafos de prensa. Pensaban que lo más probable —dado que el ingeniero de vuelo Lemoin les había dicho que las puertas de la bodega estaban abiertas— era que fuesen a recuperar el equipaje.²⁴

Su error de cálculo se confirmó con la llegada repentina de un helicóptero que aterrizó delante de la terminal antigua. De él salieron el presidente Idi Amin, elegante con su uniforme recién planchado, su hijo Gamal Abdel Nasser Jwami, de cuatro años y con un atuendo idéntico, y su joven y preciosa quinta esposa Sarah Kyolaba, con un vestido de estampado africano. (Kyolaba, antigua bailarina gogó con el grupo de jazz de la Unidad Mecanizada «Suicidio» del Ejército —y conocida por eso como Sarah la Suicida—, se había casado con Amin después de que este planease el asesinato de su novio.)²⁵

Flanqueados por soldados, Amin y su séquito se acercaron a la parte delantera de la terminal, donde se estaba congregando un cúmulo de cámaras de televisión y fotógrafos de prensa, previamente avisados. Cuando los *flashes* cesaron, un sonriente Amin entró en la zona de embarque con su esposa y su hijo. Al igual que en ocasiones anteriores, lo recibió un estallido sonoro de aplausos de los rehenes no israelíes que lo consideraban, no sin razón, un posible salvador. Habló en inglés mientras Michel Cojot ofrecía una interpretación casi simultánea al francés.

«Hola. Buenos días. ¿Cómo les va? —Sin apenas dejar pausa para una respuesta, continuó—: Tengo algunas buenas noticias para ustedes. Tras unas negociaciones difíciles que he llevado a cabo con los representantes del FPLP, puedo decirles que he conseguido la libertad de otras cien personas para hoy mismo, y que las

negociaciones continúan para liberar a más.» Estallaron unos vítores espontáneos mientras los rehenes se percataban de que, dada la poca probabilidad de que incluyesen a los israelíes, la mayoría de los presentes en esa sala irían pronto rumbo a casa.

«Viene de camino un avión para llevarse a esas personas liberadas. Al mismo tiempo, el FPLP ha aceptado retrasar hasta el domingo, 4 de julio, a las 11.00 GMT, la fecha límite de su ultimátum, para permitir a los distintos Gobiernos que intervengan o respondan a las exigencias que les han planteado. Debo decirles que, para quienes permanezcan aquí, las negociaciones siguen adelante, y todo intento de escapar sería inútil y peligroso, porque el edificio entero está lleno de trampas con explosivos y podrían activarlas al hacerlo. La lista de personas que van a ser liberadas se la comunicará en breve un representante del FPLP. Buena suerte.»²⁶

Un aplauso sonoro siguió a Amin mientras se marchaba con su familia y se dirigía a la puerta de al lado, a hablar con los israelíes. Para ellos tenía un discurso diferente, menos alentador. Hasta entonces, les dijo, las negociaciones habían fracasado «debido a la obstinación» del Gobierno israelí.²⁷ Aun así, él seguía en conversaciones a través de las oficinas de su «buen amigo, el coronel Bar-Lev» y había conseguido además que el FPLP aceptase ampliar el ultimátum hasta las 11.00 del domingo.

Lo que no mencionó Amin fue que esa ampliación de tiempo se había acordado con los terroristas porque se ajustaba bien al calendario del propio presidente. Le daba tiempo suficiente para ir a la isla Mauricio a asistir a la cumbre anual de la OUA, en la que debía ceder su presidencia al primer ministro de aquel país, Sir Seewoosagur Ramgoolam, el 2 de julio. Su plan era regresar a Uganda el sábado, 3 de julio, a tiempo para la expiración del nuevo ultimátum al día siguiente. Amin estaba convencido de que los distintos Gobiernos —aunque especialmente la administración israelí de Rabin— habrían aceptado todas las exigencias de los terroristas para entonces y quería estar presente cuando eso ocurriese.²⁸

No obstante, para los rehenes israelíes aquella fue una noticia sin duda agri dulce. Sí, era un aplazamiento definitivo de la ejecución. Pero no, no se irían a casa, durante unos días más al menos, y quizá ni siquiera entonces. Moshe Peretz anotó: «Existe un ambiente de depresión entre el grupo israelí. La gente está callada y triste; no hablan mucho entre ellos... Están retrotraídos en sí mismos. Los niños siguen jugando».²⁹

11.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Mientras el reloj avanzaba hacia la una de la tarde —solo una hora antes del plazo límite de los terroristas y momento en el que, según Amin le había dicho a Bar-Lev, se haría un anuncio en Radio Uganda—, Yehuda Avner y los otros miembros del

equipo personal del primer ministro estaban «carcomidos por una tensión muy recargada», pensando que la oferta del Gobierno de negociar no fuese suficiente para satisfacer al FPLP y salvar las vidas de los rehenes.

Solo Rabin era inmune a esa tensión. Estaba debatiendo sobre la correspondencia del día con un aturdido Avner en su oficina y parecía «artificialmente sereno, como moralmente fortificado por la decisión ejemplar que había tomado». Ni siquiera cuando empezó a sonar el teléfono rojo de emergencias de su mesa mostró ninguna señal de pánico.

—¿Sí? —respondió con calma.

Mientras Avner observaba conteniendo el aliento, Rabin asentía.

—Sí, entiendo. Vale. Gracias. Eso nos da algo más de tiempo.

A Rabin apenas le dio tiempo a colgar el auricular cuando Avner le espetó:

—¿Alguna noticia?

—Sí.

Sin elaborar más la información, pulsó el botón del intercomunicador para hablar con su secretario militar.

—Freuka, los franceses acaban de notificarnos que los terroristas han ampliado su ultimátum a las once de la mañana del domingo, el 4 de julio, para permitir que las negociaciones avancen. Por favor, informe a los miembros de la comisión ministerial. Hablaré directamente con el ministro de Defensa y con el jefe del Estado Mayor. Con suerte, habrán ideado un plan militar para entonces.³⁰

11.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Claude Moufflet estaba consolando a algunas de las azafatas que habían albergado esperanzas de encontrarse entre quienes saldrían libres cuando el Peruano, con una versión corregida de la lista de Cojot en la mano, entró en la sala grande.

—Quiero que todo el mundo se ponga a ese lado de la sala —dijo, señalando la barra con la mano.

Mientras los rehenes empezaban a cumplir la orden, un israelí que iba camino del baño le preguntó a Moufflet:

—¿Qué está pasando? ¿Se van ustedes?

—No. Solo algunos. Idi Amin Dada acaba de anunciar que van a liberar a cien personas. ¿En su sala sigue todo igual?

—Sí. En nuestra parte no pasa nada. No nos ha dicho nada sobre eso. ¿Quién se va?

—No lo sabemos todavía. Están haciendo una lista.

Como si le hubiesen dado el pie para empezar, el Peruano habló de nuevo:

—Voy a leer cien nombres. Quien oiga el suyo, que coja su equipaje de mano y se ponga en fila en la parte más alejada de la sala, donde se someterá a un cacheo antes de poder subir al autobús que hay fuera.³¹

Empezó a decir nombres, pero su pronunciación era tan mala que Cojot se ocupó de sustituirlo.³² Pronto quedó claro que, aparte de la tripulación —que seguiría retenida por la obvia razón de que quizá necesitasen pilotar el avión si las negociaciones llegaban a buen puerto—, los seleccionados para quedarse eran, en general, los más jóvenes. Aunque hubo excepciones. De los primeros sesenta y tres elegidos —el máximo que el autobús amarillo podía llevar hasta el edificio de la terminal nueva—, la mayoría eran franceses, aunque también estaban los neozelandeses Colin y Nola Hardie, los británicos Tony Russell y George Good, varios estadounidenses —entre ellos, el estudiante de investigación de Harvard, Sanford Freedman, y el famoso productor de televisión y escritor Murray Schwartz—, la joven pareja anglo-francesa formada por Gérard e Isobel Poignon (desesperados por ver a su hija de dieciocho meses a la que habían dejado en Francia con la madre de Gérard), y cuatro canadienses, entre ellos Louise Kourtis y Jo-Anne Rethmetakis, de solo veinte y dieciocho años, respectivamente.³³ Cuando sonaron los nombres de las jóvenes canadienses, las dos miraron con los ojos muy abiertos por la sorpresa a Moufflet, cerca de la barra, que les respondió con una V de victoria.³⁴ Sanford Freedman se había hecho amigo de los Rosenkovitch, que para entonces estaban en la sala israelí, y antes de marcharse les pasó sus *Obras completas de William Shakespeare* y una cajita de medicamentos.³⁵

Conforme crecía la cola de gente próxima a marchar, Jaber les ordenó que no hablaran con quienes se quedaban. Cojot concluyó que los terroristas tenían «mucho miedo a los movimientos de la multitud» y querían proceder lo más rápido posible «para reducir la duración de lo que prometía ser un periodo tenso».³⁶

Uno a uno, los integrantes del grupo inicial iban siendo cacheados y luego enviados al autobús, y toda salida de la sala recibía una explosión de *flashes* de los fotógrafos de prensa. Una vez que el autobús estuvo lleno, partió y se procedió a leer un nuevo lote de nombres.

A esas alturas, no parecía haber ningún criterio obvio que determinase quiénes se quedaban y quiénes marchaban. De las dos jóvenes francesas con las que Moufflet había compartido un par de asientos durante el vuelo a Bengasi, solo se pronunció el nombre de Maggy, y a su amiga Agnès la pasaron por alto (porque, según sospechaba ella, su apellido sonaba a israelí). «Pues ya está. La cosa se me ha torcido. Si Maggy se va, no aguantaré aquí», se dijo Agnès. Y se echó a llorar.

Maggy estaba igual de descompuesta. Quería irse, pero no sin Agnès. Tenía un dilema «espantoso», pero aun así se levantó de su colchón entre lágrimas y se unió a la cola.

A continuación, Thierry Sicard, de diecinueve años, el amigo de Jean-Jacques Mimouni e hijo del cónsul francés en Tel Aviv, oyó su nombre, al igual que los dos adolescentes brasileños judíos ortodoxos, Raphael Shammah y Jacques Stern. Para entonces, la excitación en la sala había alcanzado una «cota extrema», ya que

Moufflet y los demás que quedaban tenían claro que iban «a permanecer aquí muy pocos». Aun así, había poco ruido: la gente estaba inquieta, pero el silencio era «casi absoluto».³⁷

Cuando sonaron los nombres de Nancy y Peter Rabinowitz, el Peruano dijo que «había habido un error» y les ordenó que se quedasen apartados en un rincón. Al final, los devolvieron al grupo que se quedaba y que, a esas alturas, se componía principalmente de la tripulación y los rehenes franceses más jóvenes, entre ellos, Gilles y Willy, los nuevos amigos de Moufflet; o, como lo expresó Peter, «los sanos, los resistentes y quienes no enfermarían ni causarían problemas» a los terroristas. Los Rabinowitz vieron sus esperanzas frustradas y estaban fuera de sí. Les parecía que no había «nada racional detrás de esa pesadilla». Un pasajero trató de calmarlos diciéndoles que se marchaban todos los estadounidenses; otro, que había visto la lista con sus nombres «marcados y entre corchetes». No supieron decidir si eso era bueno o malo. Su único consuelo era que «una pareja de nuevos amigos parecía quedarse también»: toda preocupación que pudieran sentir por ellos se veía superada por la perspectiva de «tener compañía».³⁸

Se leyeron más nombres;³⁹ más amigos quedaron divididos. A continuación, Moufflet se sorprendió al oír su nombre. Rápidamente, fue tras la barra para reunir sus cosas: maletín, cámara, calculadora y dictáfono. Se dejó los cigarros que le quedaban y una botella de *ouzo* a medio terminar. Mientras se despedía del grupo que estaba cerca de la barra —muchos de ellos, miembros de la tripulación—, se sintió avergonzado. «¿Por qué yo?», se preguntó. Pero ellos parecían alegrarse de verdad por él: sonreían y le despidieron con las manos mientras Moufflet se unía a la cola.

Michel Cojot, por su parte, se estaba aprovechando del carácter aleatorio de la selección para convencer a los terroristas de que liberasen a dos médicos:⁴⁰ David Bass, estadounidense de nacimiento, quien según Cojot tenía una afección cardíaca grave (era leve), y un médico francés con una tarjeta de visita que Cojot usó para demostrar que vivía en Francia.

Sin más excusas, Cojot se desplomó agotado, lo que provocó que uno de los rehenes que se quedaban se acercase desesperado a Jaber. Tras caer de rodillas delante del terrorista, y con las manos en gesto de súplica, le rogó en árabe:

—Déjenme marchar. Yo no les he hecho nada. No sé nada de sus historias. Tengo mujer e hijos, quiero irme a casa.

—Vuelva a su sitio —respondió Jaber en tono despectivo—. Nosotros también tenemos mujeres e hijos. Los matan todos los días cuando bombardean los campamentos palestinos.⁴¹

El único nombre que Cojot no había pronunciado había sido el suyo propio, pese a que estaba marcado. Los terroristas eran reacios a perder a un asistente como él y uno de ellos bromeó: «Has sido tan útil que deberías quedarte».

No obstante, Cojot se sentía dividido. Cuando Lemoine le había preguntado anteriormente si se iba a marchar, Cojot le había respondido con evasivas. No era capaz de decidirse. En Francia le esperaban «la soledad y la agonía de los trámites de divorcio». Allí, por el contrario, desempeñaba «un papel» y tenía «algo de utilidad». Y la amenaza para su vida, pensaba él, tampoco era demasiado grande. Para Cojot, parecía estar fuera de toda posibilidad que la tripulación o él fuesen «a estar entre los rehenes a quienes disparasen». Además, quedarse supondría reafirmar su «solidaridad» y su «valentía», y encontrar lo que había ido a buscar un año antes a Bolivia: la gloria franco-judía.⁴²

En aquel tiempo, cuando trabajaba como consultor en administración de empresas en Perú, había leído en un periódico que «el Tribunal Supremo de Bolivia acababa de denegar la petición hecha por el Gobierno francés tres años atrás para la extradición de Klaus Altmann, o Barbie, el antiguo jefe de la Gestapo que había capturado y torturado» al líder de la Resistencia francesa, Jean Moulin, y «que había movido los hilos en Lion», la ciudad desde la que el padre de Cojot «nunca había regresado». Se le ocurrió pues la idea de matar a Barbie para vengar tanto a su padre como a las otras víctimas francesas del Holocausto. «Solo entonces conocería la paz. Para vivir tenía que matar», escribió.⁴³

Con el pleno consentimiento de su esposa no judía, Cojot consiguió imágenes recientes de Barbie en una agencia fotográfica de París, compró un revólver de cinco disparos en México y viajó a La Paz, Bolivia, donde, haciéndose pasar por periodista, estuvo un par de horas escalofrantes «entrevistando» al impenitente nazi. Unos días más tarde, Cojot estaba sentado en un banco con el arma escondida bajo un poncho cuando Barbie se detuvo unos tres metros por delante de él. Lo único que tenía que hacer era sacar el arma y disparar. Pero no pudo. Se le vinieron a la cabeza las palabras del escritor Elie Wiesel: «Todo asesinato es un suicidio».

Supo entonces que matar a Barbie no supondría hacer justicia para sus víctimas. «¿Qué significa una muerte rápida para un administrador de muertes lentas?», se preguntó Cojot. «¿Qué es la muerte para un hombre que ha llevado el uniforme con la calavera y los huesos cruzados?» Decidió que no habría castigo alguno. Sería mucho mejor dejar a Barbie en un estado permanente de ansiedad: siempre teniendo que mirar a su espalda, dudando de si salir o no, desconfiando de todos los extraños. Mientras se alejaba, Cojot se dijo que podría haberlo matado si hubiese querido, pero que «había decidido intencionadamente no hacerlo» por «razones de peso».⁴⁴

Permanecer en Entebbe le daría a Cojot lo que había buscado sin encontrarlo en La Paz: la admiración de judíos y no judíos, y una auténtica sensación de pertenecer a algo. Le reservaría, tal y como él lo expresó, «un asiento al lado de los justos». Aun así, en su fuero interno, sabía que no serviría de nada salvo para él mismo, para su propia gloria personal. Por otro lado, había una razón más imperiosa para su marcha:

su convicción de que podría persuadir a los franceses para lanzar una misión de rescate desde Yibuti, el «último territorio francés en África a una distancia cómoda, la misma que hay entre París y Madrid».

Si esa era la solución a la crisis, Cojot podría proporcionar los detalles necesarios: «Cuántos terroristas, con qué armas y en qué puestos de guardia; por dónde entrar mejor para minimizar el riesgo de que alguna bala perdida le diese a un rehén». Sería alguien capaz de demostrar que, al contrario de lo que les habían dicho a los rehenes, «las cajas almacenadas en la sala israelí no contenían explosivos». También había observado «las funciones, las posiciones, el equipo de los soldados ugandeses» y dónde dormían los que no estaban de guardia. Como oficial reservista, sabía con qué personas hablar en Francia y sería capaz de «demostrar que los terroristas y sus cómplices ugandeses, con la mente distraída por la distancia, no prevendrían un contratiempo tan formidable».

Tomada la decisión, recuperó un bolígrafo que le había dejado a un terrorista, le dijo adiós a la tripulación y, tras recibir el asentimiento del Peruano, visitó por última vez a los israelíes.⁴⁵ Al ver a Ilan Hartuv, a Cojot le asaltaron sentimientos de culpa y estuvo tentado de quedarse. Pero Hartuv lo disuadió. «No, tiene que irse. Es usted el único que conoce todos los detalles importantes. Debe ir a París, y probablemente vayan a buscarle al aeropuerto; si no, coja un taxi directo a la Embajada israelí y cuénteles lo que sabe. Es de una importancia crucial.» Hartuv pensaba, con razón, que el Mossad estaría ansioso por oír la historia de Cojot, mientras este último tenía las miras puestas en implicar a la inteligencia francesa. Fuera como fuese, debía marcharse.⁴⁶

Emma Rosenkovitch, que durante un tiempo después del secuestro había estado sentada junto a su hijo Olivier, vio un brillo en los ojos de Cojot y le preguntó por qué lloraba.

«Porque esto me trae recuerdos.»⁴⁷

Tras regresar a la sala principal, Cojot vio a una de las azafatas sollozando en silencio porque debía quedarse mientras otros se marchaban. La tripulación había discutido con anterioridad cuál sería su respuesta si les decían que tenían la posibilidad de irse y, pese a una o dos opiniones contrarias, «prepararon la réplica que cualquiera habría esperado»: en otras palabras, se quedarían hasta que todos los pasajeros hubieran sido liberados, todos. No obstante, nunca hubo que recurrir a ello porque, según Cojot, los terroristas no les dieron la opción: los «necesitaban para pilotar el Airbus», o al menos necesitaban a los pilotos y al ingeniero jefe. Así pues, la tripulación «se quedó con casi todos los israelíes, al igual que algunos otros, franceses o no, judíos o no».⁴⁸

Cojot se unió a la cola de quienes iban a marcharse más o menos al mismo tiempo que Jaber registraba el maletín de Moufflet. Después de leer algunos de los documentos que había dentro, el terrorista jefe le preguntó:

—¿Eres iraní?

—No, ¿por qué?

—Porque todos estos documentos tuyos están relacionados con Irán. No hay nada más que cosas de Irán. ¿Por qué?

—Tenemos un negocio en Teherán y acabo de ir allí para visitarlo.

Nada convencido con la explicación, Jaber llamó al Peruano y le dijo sin rodeos:

—Este es iraní.

—¿Eres iraní? —le preguntó el subalterno de Jaber.

—No. Soy francés.

—¿Cómo te llamas?

—Moufflet.

Tras comprobar el nombre del francés en su lista, le preguntó:

—¿Y por qué él dice que eres iraní?

—Porque ha mirado en mi maletín y ha visto unos documentos de nuestro negocio en Teherán. Es de allí de donde vengo.

—Vale. Continúa.

El Peruano se dirigió a Jaber y le dijo:

—No pasa nada.

Moufflet avanzó hacia el autobús y a él se unieron Cojot y Gilles, que tenía los ojos rojos y cuyo nombre no figuraba en la lista corregida. Sin embargo, poco antes, mientras estaba esperando en la cola, Moufflet les había hecho gestos a Gilles y a Willy —sus compañeros durante los últimos días— para que intentasen ir con él. Willy se había quedado obstinadamente en su colchón. Pero al final Gilles se había levantado y le había enseñado su billete Atenas-París a Jaber mientras le preguntaba:

—¿Según qué criterio están llamando a la gente?

—¿Cómo te llamas tú? —quiso saber el palestino.

—Collini.

—¿Eres francés?

—Sí.

—¿Este billete es tuyo?

—Sí.

Jaber miró el nombre del billete y de nuevo a Gilles.

—¡Lárgate!

El Peruano salió del edificio para contar a la gente que había en el autobús: eran veintisiete, lo que dejaba espacio para diez más. Regresó a la sala principal y de inmediato mandó fuera a cinco personas: al doctor David Bass, a los Rabinowitz y a sus amigos.⁴⁹ Los últimos cuatro debían su lugar en el autobús a Michel Bacos, el piloto, que le había asegurado al Peruano que eran todos estadounidenses que habían embarcado en Atenas y no en Tel Aviv. Incluso así, el terrorista tuvo sus sospechas. «¿Qué estaban haciendo allí?»⁵⁰

Nancy explicó que estudiaba literatura griega.

«¿Rabinowitz? —insistió el Peruano—. Ese apellido no es estadounidense. ¿Qué clase de apellido es?»

Solo después de que Peter explicase que el apellido era de origen polaco tuvieron permiso para marchar.

Durante todo ese tiempo, los dos jóvenes brasileños, Stern y Shammah, además de Maggy y Thierry Sicard, habían recibido la orden de esperar fuera, en la puerta. En esos momentos, el Peruano les hizo gestos a los brasileños para que se marcharan, y los muchachos subieron al autobús. Maggy se echó a llorar cuando a Sicard y a ella los empujaron de nuevo dentro, y a una mujer estadounidense y a su marido griego, Phyllis y Constantin Teodoropolous, los mandaron fuera. Ya solo quedaba un sitio y Maggy, aparentemente resignada a su suerte, se hundió en una silla, con la cara entre las manos. Por su parte, Sicard siguió discutiendo con el Peruano y recibió un empujón fuerte en el pecho por sus quejas. Pero allá volvió para protestar y, al darse cuenta por fin de que quedaba sitio para uno más, el Peruano lo agarró por los brazos y lo arrastró a la fuerza al autobús.

Cuando arrancó el motor, Moufflet y algunos de los demás les hicieron señas de ánimo a quienes dejaban atrás: los diez rehenes, en su mayoría jóvenes, y doce miembros de la tripulación, por no mencionar a las ochenta y tres personas de la sala israelí. De todos modos, al menos en el caso de Moufflet, el alivio de saber que casi estaba libre no compensaba el dolor que sentía al abandonar a los demás.⁵¹

12.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Yehuda Avner estaba charlando con Freuka Poran en la oficina de este último en la Kirya, esperando el resultado de la reunión del primer ministro con Peres y Gur, cuando Rabin entró en tropel, con la cara enrojecida.

—Esto es increíble —bramó—. Aquí estoy yo, esperando a que el ministro de Defensa y el jefe del Estado Mayor se inventen un plan militar que llegue antes de que expire el nuevo plazo, y ahí están ellos, apoyando la propuesta más estrafalaria que he oído en mi vida. ¡Quieren que mande a Moshe Dayan (sí, a Moshe Dayan precisamente, no a otro) a Uganda para hablar con Idi Amin! Tienen que haber perdido la cabeza para sugerir que le entreguemos a una de nuestras figuras públicas de más renombre a ese tirano loco para que luego pueda entregárselo él a los terroristas como rehén, de premio. ¡Es indignante!

—En cualquier caso, he oído que hay un plan militar que empieza a tomar forma —le dijo Poran, tratando de calmarlo.

Rabin no estaba convencido.

—Yo también lo he oído, pero me lo creeré cuando lo vea. Motta y Peres dicen que a lo mejor tienen algo que enseñarme por la mañana.⁵²

El plan de Peres de enviar a Moshe Dayan a Entebbe se había visto reforzado durante las dos primeras conversaciones entre Amin y Bar-Lev, por los repetidos comentarios del presidente ugandés afirmando que el antiguo jefe de las FDI y ministro de Defensa era amigo suyo. Peres no imaginaba ni por un segundo que Dayan fuese a poder garantizar la liberación de los rehenes, pero sí creía que su presencia convencería a los terroristas de que Israel se estaba tomando en serio las negociaciones y eso, a su vez, les daría a las FDI el tiempo necesario «para perfeccionar y ejecutar un plan de rescate militar». ⁵³ Para Peres, por tanto, el plan de Dayan era un medio para conseguir un fin.

Rabin estaba mucho menos convencido de que el rescate fuese posible —ni siquiera con los tres días más de gracia que les habían concedido los terroristas— y por eso acalló el plan justificándose en que la probable encarcelación de Dayan, según sus palabras, fortalecería aún más «la mano de los chantajistas» y dejaría al Gobierno israelí «absolutamente sin ningún margen de maniobra». ⁵⁴

Sin embargo, Peres no se doblegó ante esa reprimenda e instó a Gur y a sus subordinados a que utilizaran el tiempo extra disponible para idear un plan militar viable. Sus prioridades eran entonces, en primer lugar, «obtener más y mejor información» y en segundo lugar, «fijar una escala segura durante el trayecto por si la operación de rescate se topaba con alguna dificultad». ⁵⁵

12.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Cuando Cojot, Moufflet y los otros treinta y cinco rehenes liberados bajaron del autobús amarillo delante del edificio de la terminal nueva, los recibieron Hashi Abdallah Farah y Pierre Renard, los embajadores de Somalia y de Francia en Uganda, respectivamente. También estaba presente el alto comisionado británico en funciones, James Horrocks.

—Me alegro mucho de que los hayan liberado —dijo el somalí—. Espero que las condiciones en las que han estado confinados no fuesen demasiado dolosas. Continuamos las negociaciones con vistas a lograr la liberación de sus amigos. Ahora los dejaré al cuidado de su embajador. Les deseo buena suerte y les diré las dos únicas palabras en francés que sé: *Bon voyage*.

Renard le estrechó la mano cordialmente.

—Gracias, señor embajador. Gracias por su ayuda irremplazable en las negociaciones y por todos los esfuerzos hechos para obtener la liberación de estas personas. —A continuación se dirigió a los rehenes—. Estoy encantado de verlos. No tardarán en reunirse en la terminal con quienes han salido libres antes de ustedes y entonces podrán descansar. Debo dejarlos ahora porque tengo que tratar de organizar la liberación de los demás. Dentro de poco llegará un avión de Air France para llevarlos a París. Que tengan un buen viaje. ⁵⁶

Los dos embajadores se marcharon en coches separados, mientras James Horrocks acompañaba a los antiguos rehenes a la terminal nueva, donde se encontraron a sus sesenta y tres camaradas comiendo el ya familiar almuerzo a base de guiso de carne y arroz. Algunos habían «recuperado su talante de turistas» y se quejaban de que la comida estaba demasiado fría.⁵⁷ A otros les pareció que aquel alimento tan básico nunca había sabido tan bien.

Moufflet no tenía el estómago para comer, y le extrañó ver que a muchos de los demás, después de almorzar, les quedasen ganas de comprar recuerdos en la tienda de regalos, como cuernos de gacelas, estatuas esculpidas en madera y amuletos. Cuando le preguntaron por qué no compraba nada, respondió bruscamente:

—La verdad es que no necesito nada de recuerdo de este viaje en concreto.

Aquello avergonzó a quien le había planteado la pregunta, que replicó:

—Ah, no, yo tampoco. Pero es para los niños, y tampoco es nada en realidad.⁵⁸

Horrocks, entretanto, había estado hablando con algunos de los antiguos rehenes sobre su terrible experiencia —incluidos los británicos Tony Russell y George Good—. «Parecían encontrarse en increíble buen estado... dadas las circunstancias», informó a Londres. Asimismo, confirmaron la información anterior de que «tres o cuatro palestinos armados no habían viajado de pasajeros, sino que se habían unido a los secuestradores tras la llegada del avión a Entebbe» y que eso, «junto con la relación tan fluida que se veía entre las autoridades ugandesas y los secuestradores, los había llevado a sospechar de la connivencia de Uganda». Sin embargo, Horrocks no estaba «del todo convencido al respecto».⁵⁹

12.35 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

—¡En marcha! —anunció Wilfried Böse a los rehenes israelíes cerca de la puerta de la sala pequeña en el edificio de la terminal antigua.

—¿Adónde? —preguntó uno, con la esperanza de que a ellos también los liberasen.

—Ahí al lado. Ahora hay más sitio desde que los demás se han ido.⁶⁰

Reunidos de nuevo en la sala grande con la tripulación y los diez rehenes franceses, en su mayoría jóvenes, los israelíes solo sintieron alivio ante el fin de la separación. Sin embargo, se encontraron con que muchos de los no israelíes estaban profundamente deprimidos. Uno o dos seguían llorando, incluido el joven francés Willy que —desde la marcha de su colega Gilles y de Claude Moufflet— estaba solo.

Entre los recién llegados había una guapa profesora israelí que, en el avión, había discutido vehementemente con Willy sobre política de Oriente Medio. Al reconocerlo, la profesora se le acercó.

—¡Está usted aquí! ¿Por qué no se ha ido con los demás?

—¿Por qué iba a irme si usted sigue aquí todavía? —respondió Willy con la voz cargada de sarcasmo.⁶¹

Con colchones y sillas para todos, la sala parecía más espaciosa que antes, aunque esa mejora marginal se vio atenuada por el hecho de que muchos rehenes tenían diarrea, causada probablemente por comer carne en mal estado o poco cocinada, y algunos de los baños sobresaturados estaban atascados y olían fatal. Existía asimismo un miedo perturbador entre los israelíes más mayores y quienes tenían hijos en especial porque, independientemente de la ampliación del plazo, el Gobierno israelí no aceptase nunca el intercambio de asesinos convictos por sus vidas. Y, de ser así, ¿qué esperanza había para ellos y sus hijos?

La llegada del almuerzo en el pequeño autobús amarillo les dio a los rehenes una excusa para mantenerse ocupados y «pensar en otras cosas». Se trataba del mismo menú —guiso de carne, arroz y plátanos—, pero curiosamente, dado su número reducido, en raciones más pequeñas que antes. De nuevo, la tripulación organizó el reparto de la comida ayudada por algunos pasajeros.

Para entonces solo había dos terroristas armados de guardia (Böse y Khaled). Parecían más relajados que antes y ni siquiera se molestaban en bloquear ni guardar el hueco que daba a la anterior sala de los israelíes, ocupada entonces por los palestinos. Su única restricción era pedirles a los rehenes que mantuvieran los colchones a dos metros al menos de los ventanales de la parte delantera de la sala para que hubiese un pasillo libre suficiente para patrullar. Dicha exigencia solo se cumplía parcialmente.

Fuera, los soldados ugandeses seguían montando guardia a una distancia de unos catorce metros de la parte delantera del edificio. Su comportamiento hosco no había cambiado.⁶²

14.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Armados con la autorización de Adam, Barak y sus estrategias pasaron gran parte de la mañana y las primeras horas de la tarde del jueves dándole cuerpo a la opción de las FDI en la sala de guerra del Hoyo, el laberinto de oficinas subterráneas que servía como centro neurálgico de las Fuerzas Armadas de Israel. Las paredes estaban cubiertas por antiguas fotos aéreas del aeropuerto de Entebbe, rutas de vuelos civiles actualizadas del este de África, planos arquitectónicos de la terminal antigua —cortesía de Solel Boneh— y resúmenes de la información enviada desde París.

Cada hora en punto, los estrategas paraban para escuchar los últimos boletines por radio: las manifestaciones violentas de los familiares consternados de los rehenes; la decisión del Gobierno de negociar y, por último, la decisión de los terroristas de ampliar el plazo, que celebraron porque sabían que al menos eso posibilitaba un asalto militar. Y aun así, ni una vez, ningún medio planteó siquiera la posibilidad de un rescate: sencillamente, daban por sentado que la distancia era demasiado grande.

Pero los estrategas eran quienes más sabían sobre eso, así que trabajaron mucho para convertir una idea teórica en una operación factible que tanto Gur como Rabin estaban preparados para autorizar. Su tarea principal era trabajar para lograr «un equilibrio entre un transporte aéreo discreto que pudiese aterrizar pasando desapercibido y la necesidad de la potencia de fuego requerida para arrebatarse el control del aeropuerto al Ejército ugandés». ⁶³

Mientras Ido Embar calculaba el combustible y los cargamentos correspondientes a los transportes en los Hercules, Muki Betser estaba concentrado en la fuerza de asalto de la Unidad que viajaría en el primer avión y se ocuparía de los terroristas: «El aterrizaje, el viaje hasta la terminal, el asalto, la eliminación de los terroristas, la liberación de los rehenes y el control del edificio contra la oposición ugandesa hasta la llegada de las tropas del segundo avión». Su tarea se la había facilitado considerablemente la información llegada de París, que demostraba que los rehenes estaban todos acostados para medianoche y la mayoría durmiendo hacia la una de la madrugada. Esa hora le daba a Betser «una piedra angular» para su programación. ⁶⁴

Hacia mitad de la tarde, los estrategas habían reducido la misión a cinco Hercules (cuatro para la misión y uno de reserva) —la cantidad máxima de equipos entrenados para un aterrizaje nocturno en un aeropuerto desconocido—, «cada uno cargado mucho más allá de su capacidad recomendada». Los equipos de asalto aterrizarían en el primer avión, «eliminarían a los terroristas, neutralizarían cualquier interferencia de las tropas ugandesas y ocuparían la terminal antigua» hasta que el segundo Hercules aterrizase siete minutos después con refuerzos, incluidos dos transportes blindados de personal (TBP) de fabricación soviética conocidos como BTR que habían confiscado durante la guerra de Yom Kipur. Esos BTR eran más ligeros que los TBP estándar de las FDI y podían «transportar potencia de fuego de sobra para proteger un perímetro en torno al edificio de la terminal antigua». ⁶⁵

El tercer y el cuarto avión aterrizarían justo después del segundo y llevarían más refuerzos, otros dos BTR y oficiales y equipos médicos que pudiesen tratar a setenta y cinco víctimas, es decir, el veinticinco por ciento del número total de rehenes y soldados. Por supuesto, eso implicaba ponerse en el peor de los casos. Esperaban que los heridos no fuesen tan numerosos ni mucho menos. ⁶⁶

Pese a que el asalto y el rescate solo llevarían siete minutos, los aviones necesitarían al menos una hora en tierra para repostar en los depósitos subterráneos del aeropuerto, usando bombas portátiles de activación manual que llevarían consigo. La alternativa era volar a Nairobi y repostar allí, pero aún no se había recibido la confirmación de los keniatas de que eso fuese posible, en especial porque el Mossad tenía sus reticencias ante la idea de advertir a los keniatas con antelación sobre una posible operación, por si se producía una filtración. ⁶⁷

A las 16.00, el general de brigada Dan Shomron llegó al Hoyo con la autorización de Adam para asumir el control de la planificación: él iba a «determinar el método de la operación, el calibre de las tropas y el número de aviones». ⁶⁸ Shomron era un hombre alto, impresionante, con ojos azules y un denso pelo negro y rizado. Había nacido en el kibutz Ashdot Yaakov, en el valle del Jordán, y pese a su alto rango aún conservaba la humildad y la confianza callada de un típico *kibutznik*. Prefería la comida sencilla —huevos, carne y verduras frescas— a la alta cocina, los pantalones con camisa a un traje con corbata. Por otro lado, su expediente en combate no tenía nada que envidiar al de otros: había luchado como paracaidista en la campaña del Sinaí de 1956, fue el primer soldado por aire en llegar al canal de Suez en 1967 (hazaña por la cual recibió la Medalla de Servicio Distinguido) y en la guerra de Yom Kipur de 1973 lideró una brigada armada que derribó no menos de sesenta tanques egipcios. ⁶⁹ Un año más tarde, con solo treinta y siete, fue ascendido a general de brigada y le asignaron el prestigioso Comando de Infantería y Paracaidistas. Dado que esa era la formación que suministraría el grueso de los soldados necesarios para la operación de Entebbe, tenía sentido que Shomron se ocupase de llevar los planes a la siguiente fase. En aquel momento, su preferencia era la de volver a la sugerencia inicial de su subalterno, Ran Bag, y fletar una fuerza aérea enorme de al menos mil hombres. Eso requeriría por lo menos diez aviones, según le dijeron Barak y sus estrategas.

—Dan —respondió un exasperado Betser—, creo que aquí hay un malentendido. Por lo que acaba de decir, parece que fuésemos a empezar ahora a planear el asunto, cuando casi hemos terminado de hacerlo. No necesitamos a cientos de soldados. Déjenos resumirle los elementos básicos del plan para que se haga una idea de lo que tenemos. Así podrá hacerse una composición de lugar.

Amon Biran habló primero para resumir la información confidencial de la que disponían, y lo siguió Ido Embar, con detalles sobre el vuelo y la llegada («Podemos aterrizar el primer avión sin que los ugandeses se den cuenta»), y por último Betser, para explicar el asalto. «Si logramos llegar a la terminal en secreto —dijo tras retomar el hilo donde lo había dejado Embar—, saldremos airosos.»

Shomron ladeó la cabeza, como esperando oír exactamente cómo iban a conseguir eso.

—La fuerza de asalto de la Unidad aterrizará en el primer avión —continuó Betser—. Hay un kilómetro y medio entre el edificio de la terminal nueva y el de la antigua. Vamos a ir en coche. —Shomron levantó una ceja—. Conozco a los soldados ugandeses, yo los formé —aclaró Betser a modo de explicación—. No necesitamos a cientos de soldados. Por el contrario, usaremos un Mercedes. Todos los comandantes de batallón se mueven en Mercedes. Cuando un soldado ve un Mercedes, se cuadra. Nos verán en el Mercedes con un par de Land Rover cargados de soldados y darán

por hecho que está a punto de llegar un general. No van a dispararnos. —Betser hizo una pausa y sonrió—. Es posible hasta que me encuentre con alguno de los soldados a los que formé.

—Es una suerte que los formase solo durante cuatro meses y no cuatro años —respondió alguien ocurrente al fondo de la sala.

Todo el mundo se echó a reír, rebajando la tensión. Pero Betser tenía una puntualización seria que hacer.

—Mientras vayamos conduciendo hacia el objetivo, probablemente veamos a tropas ugandesas, y probablemente ellas nos vean a nosotros. Podemos ignorarlas. De hecho, para que el plan funcione, debemos ignorarlas, evitar alertar a los terroristas de nuestra llegada. Eso es lo que hace tan única una situación con rehenes implicados. Nuestra primera preocupación ha de ser eliminar a los terroristas, o empezarán a hacer daño a los rehenes. No vamos a recorrer todo ese camino para luchar contra los ugandeses. Vamos a bajar allí a eliminar la amenaza terrorista para los rehenes. —Tras una breve pausa, continuó—: Así que, aunque un soldado ugandés descubra nuestro disfraz y empiece a gritar, deberemos acelerar hacia la terminal, hacia el asalto. Solo entonces la fuerza de respaldo se ocupará de los ugandeses, mientras los equipos de asalto hacen su trabajo. Resumiendo: cinco minutos para que atravesemos el aeródromo hasta la terminal antigua y dos minutos para el asalto; siete minutos después de aterrizar nosotros, llegarán el segundo y el tercer avión con los refuerzos. Pasada una hora, iremos todos de vuelta a casa —concluyó Betser en tono optimista, olvidando el tiempo adicional que supondría repostar en Uganda o en alguna otra parte.

Mientras Shomron asentía en gesto de aprobación, llegó un mensaje de Adam. Quería que se le informase sobre el plan para poder llevarlo ante Gur y Peres.

—Ivan —le dijo Shomron al coronel Oren—, coja los mapas. Vamos.⁷⁰

14.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Maggy se estaba desnudando para darse una ducha, y haciendo lo que podía por anular el hedor de los baños cercanos, cuando oyó gritos de felicidad y una ronda de aplausos procedentes de la sala grande. Tras volver a ponerse la ropa apresurada, entró corriendo en la sala y oyó a uno de los terroristas chillar triunfante: «¡Israel se ha rendido! ¡Israel se ha rendido!».

Unos minutos antes, algunos de los rehenes situados en la parte delantera de la sala habían visto a Pierre Renard, el embajador francés, agitando frenético las manos desde detrás de la línea de centinelas ugandeses delante del edificio, que era lo más cerca que se le permitía acercarse a los rehenes. «¡Israel está dispuesto a negociar! ¡Israel está dispuesto a negociar!», gritaba.

Conforme se extendió la noticia, la gente saltó de colchones y sillones para bailotear y abrazarse y besarse entre ellos. Algunos lloraban, otros reían.⁷¹ Unos pocos incluso abrazaron a los secuestradores «como si fuesen buenos amigos».⁷² El belga Gilbert Weill lo atribuyó al síndrome de Estocolmo.

Exultante por la noticia, Maggy sonreía de oreja a oreja. Era como si hubiesen «nacido de nuevo», anotó Moshe Peretz. Muchos de los israelíes más jóvenes, sin embargo, tenían miedo del precedente que Rabin estaba sentando. Uno de ellos le dijo a Michel Bacos: «Me alegra estar a punto de salir, pero no me alegra nada que mi Gobierno esté cediendo...».⁷³ A otros les horrorizó la decisión, y un israelí de diecinueve años expresó su desaprobación con vehemencia.

Hablando entre ellas, Maggy y Agnès empezaron a poner en duda la veracidad de la información. Les parecía curioso que Idi Amin no hubiese hecho el anuncio en persona; además, dudaban de que Israel estuviese dispuesto a liberar a prisioneros tan notorios como el arzobispo Capucci y Kōzō Okamoto. Aun así, en general el ánimo en la sala era festivo, y para celebrarlo muchos de los israelíes de repente sacaron de su equipaje de mano los dulces y pastas que tenían previsto llevar a Francia. ¿Llegaría directamente ya el autobús a recogerlos?, se preguntaban algunos. ¿O aparecería una o dos horas después? Para que no los pillara desprevenidos, unos pocos empezaron a recoger, anticipándose al intercambio de prisioneros.⁷⁴ Gilbert Weill se puso incluso a hacer planes para cuando llegase a Francia: en vez de seguir hasta Antwerp, celebraría el *sabbat* en París y tomaría para sí mismo y su esposa «un día o dos para recuperarse».⁷⁵

14.05 GMT, Washington D. C., Estados Unidos

En aquel momento, al oír la noticia de que el Gobierno israelí estaba preparado para negociar con los terroristas, Henry Kissinger llamó al embajador Simcha Dinitz desde el Departamento de Estado de Washington.

—Estoy bastante asombrado con la decisión —dijo Kissinger.

—No teníamos dudas de que iban a matarlos —respondió Dinitz a la defensiva—, y eso habría generado una controversia nacional mayúscula en Israel. La presión era tal que el Gobierno decidió negociar la liberación.

Aquel argumento dejó frío a Kissinger.

—Ahora van a estar cogiendo israelíes por todo el mundo.

Dinitz parecía estar de acuerdo.

—Le he sugerido al primer ministro...

—Esto no es una conversación oficial —lo interrumpió Kissinger.

—Entiendo. Estamos hablando como amigos. Cuando esto haya acabado, deberíamos ir a por la OLP y acabar con ella de un modo devastador. Esa fue mi sugerencia personal. Con la situación actual quizá sería posible, porque no podemos

dejar las cosas como están. Habría sido mejor no rendirse —dijo Dinitz en referencia a Entebbe—, pero si era imposible...

—¿Cómo pretenden eliminarlos sin entrar en Líbano?

Dinitz respondió que él solo había llegado a sargento en el Ejército y que eso se lo dejaría a los expertos. Con respecto a Entebbe, «no había posibilidad» de una operación militar. Y añadió:

—A mí también me dejó atónito. Tenemos información de que Amin está participando con los secuestradores en la operación técnica. Algunos soldados ugandeses se han unido a los secuestradores para custodiar a los rehenes.

—Eso no me sorprende.

—Una estadounidense —siguió Dinitz, en referencia a la rehén liberada Carole Anne Taylor— ha asegurado que en Uganda se sumó más gente a los secuestradores.

Tras un breve interludio discutiendo sobre la financiación de envíos de armas a Israel, regresaron a la crisis de Entebbe.

—Siento todo este follón. Si hubiese sido año bisiesto —dijo Dinitz, sin saber que sí lo era—, a lo mejor podríamos haber llegado a Uganda. Pero este año no. Ese hombre los habría asesinado: hombres, mujeres y niños.

—No sé si no habría sido mejor eso. En tal caso, habríais podido responder.

—Desde un punto de vista político, lleva usted razón, sin duda. Pero ¿humana y emocionalmente? En esta ocasión hay que tener en cuenta el elemento humano. Mirando al pasado, no es como se cuenta en la radio. En el pasado hemos cedido prisioneros. En Argelia. Solo cuando tenemos cierto control sobre la situación podemos ser útiles y recurrir a la fuerza. Le agradezco la llamada.

—Me preocupa lo que pasará ahora.

—Solo espero que se acepte mi sugerencia, porque creo que no habría que permitir que esto pasara sin pena ni gloria. Ese es el peligro que corremos, según lo veo yo.

—Sí —coincidió Kissinger.⁷⁶

14.45 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Dos aviones aterrizaron en la pista nueva de Entebbe, uno detrás de otro: un Tupolev de la aerolínea soviética Aeroflot y, tras él, un Boeing 747 Jumbo de Air France, el avión enviado para llevar de vuelta a los rehenes a París en un vuelo directo. Al igual que el avión de pasajeros que había llevado a casa al anterior lote de rehenes, el Jumbo había permanecido a la espera en el Aeropuerto Internacional de Nairobi, en la vecina Kenia. Se cruzaría entonces con un tercer avión enviado por Air France a Nairobi a la espera de la noticia de una tercera (y con suerte última) liberación.

El Jumbo se detuvo delante del edificio de la terminal nueva, con el nombre claramente visible en el morro: *Château de la Roche-Guyon*. Pocos —si es que hubo alguien que lo hizo— apreciaron la ironía de que su rescate de manos de terroristas

alemanes (y palestinos) fuese en un avión con el nombre del famoso *château* francés del siglo XII que había servido como sede en Francia del capitán general alemán Erwin Rommel durante las fases finales de la Segunda Guerra Mundial. Simplemente se sintieron aliviados de que su marcha de suelo ugandés fuese ya una realidad y entre el grupo se extendió una charla animada.

Tras decirles que las mujeres embarcarían primero, Moufflet, Cojot y el resto de los hombres esperaron pacientes en sus asientos. Sin embargo, conforme avanzaban los minutos, se empezaron a preguntar por la demora, hasta que un rehén les dijo: «Están cacheando a todo el mundo, y fui yo quien lo pidió. No me fío de algunos de nuestros compañeros de viaje. ¿Saben que han liberado a árabes que van a estar en este viaje con nosotros?». ⁷⁷

Moufflet meneó la cabeza, asombrado de que, después de la experiencia que habían compartido, persistieran esos prejuicios. Pero el hombre que hablaba no era el único en dudar de sus compañeros de viaje. Según el alto comisionado británico en funciones, James Horrocks, «ciertos rehenes neozelandeses y estadounidenses sospechaban que al menos cuatro terroristas se hacían pasar por pasajeros normales» y no querían continuar el viaje con ellos. Al enterarse de esto, Horrocks habló con el director de Air France «que implantó unos rigurosos controles de seguridad (cacheos de cuerpo y equipaje) antes de que los rehenes liberados embarcasen». ⁷⁸

Esos mismos antiguos rehenes estadounidenses les contarían más adelante a los oficiales de la Embajada de Estados Unidos en París que creían que dos de los pasajeros árabes estaban «colaborando con los secuestradores, al menos después del incidente», y uno en particular «parecía ser el espía de los terroristas» y «quizá ayudase a los secuestradores a meter las armas y los explosivos a bordo»; un estadounidense sospechaba además que una mujer canadiense escondía armas «en su pesado equipaje de mano» y se las pasaba a los terroristas alemanes «cuando iba al baño de señoras con la débil excusa de querer retocarse el maquillaje». No se aportó ninguna prueba que corroborase tales acusaciones, que casi con toda seguridad no tenían base alguna. ⁷⁹

Una vez que terminó el cacheo minucioso del equipaje de mano y de las personas a cargo de oficiales de aduanas ugandeses —por si acaso, pensó Cojot con sarcasmo, «uno de nosotros había escondido un arma con la que secuestrar el avión especial de regreso»—, ⁸⁰ los cien antiguos retenidos salieron uno a uno hasta el Jumbo de Air France que los esperaba. La tripulación francesa fue «realmente amable» y les ofreció bebidas de inmediato. Entre ellos, disfrazados de azafato y de azafata, había un médico y una enfermera para atender a los enfermos. Con el anterior avión de rescate habían mandado a un equipo médico sin disfrazar y, a insistencia de los terroristas, se había visto obligado a desembarcar en Nairobi. En esa ocasión, Air France había ido sobre seguro.

El capitán del avión les dijo por el intercomunicador a los rehenes liberados que todo se había organizado para mantener a sus familias informadas sobre los avances y que preveían la llegada al Orly a primera hora de la mañana del viernes. Despegarían en cuanto la torre de control les diese vía libre.⁸¹

15.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Mientras los estrategas seguían trabajando en una misión de rescate, Simón Peres hacía lo que podía por convencer a la comisión ministerial, reunida en la oficina de Rabin por segunda vez ese día, de que la negociación no era la única opción.

—Debemos preguntarnos si estamos dispuestos a liberar a todos los terroristas que han pedido, sin excepciones —les dijo Peres a sus compañeros ministros.

Rabin frunció el ceño.

—¿Qué tiene eso que ver con una misión de rescate?

—Tiene mucho que ver, porque si no estamos preparados para liberar a quienes tengan las manos manchadas de sangre, como Okamoto, entonces vamos a tener que explicarles a las familias de los rehenes y a la opinión pública israelí por qué estamos dispuestos a ver morir a los rehenes por el prisionero X, pero no por el Y.

Rabin entrecerró los ojos.

—Eso es una sandez. Si pensara que tenemos alguna posibilidad de rescatarlos, apoyaría esa opción independientemente del precio que tuviésemos que pagar.

—Entonces estamos los dos de acuerdo en que la operación militar es lo preferible. Pero debo confesar que, por el momento, no hay ninguna propuesta en concreto, solo ideas e imaginación. No obstante, todos hemos de asumir que la alternativa, liberar a prisioneros, es una rendición total y absoluta. Si queremos negociar, deberíamos al menos enviar a alguien a Kampala para que lo haga cara a cara, y no depender de los franceses.⁸²

16.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Shomron avanzaba a zancadas, seguido por Barak, Embar, Biran, Oren y Betser. Kuti Adam y Peled los estaban esperando en el pasillo, a la puerta de la oficina del primero, en la Kirya. Eran las 18.00.

—¿Puede presentar el plan en un minuto? —preguntó Adam.

—Claro —respondió Shomron.

—Perfecto. Motta nos espera junto al ministro de Defensa.

Cuando llegaron a la oficina de Peres, Betser decidió que era el momento de llamar a Yoni Netanyahu, el comandante de la Unidad. Le había prometido comunicarle cuándo sería inminente una operación, y esa hora había llegado.

Mientras el resto entraba en fila en la oficina de Peres, Betser buscó un teléfono para llamar a Netanyahu al Sinaí.

—Coja sus cosas y vaya al aeródromo —le dijo Betser a Netanyahu cuando la llamada por fin conectó.

—¿Hay fiesta?

—Hay fiesta.

Betser colgó y vio entonces a un radiante Shomron salir de la oficina de Peres.

—En principio, han aprobado el plan y me han nombrado comandante de tierra. Por supuesto, el gabinete en pleno tiene que dar la aprobación final, pero hasta entonces vamos a toda máquina. Nos reuniremos esta noche a las ocho en la Casa de Paracaidistas en Ramat Gan para empezar a trabajar en un plan detallado. Tenemos que organizar una fuerza y entrenarla, y montar un simulacro completo, en secreto absoluto. Una vez allí, las tropas no saldrán hasta la operación.

Betser de inmediato volvió a llamar a Netanyahu para informarle sobre la nueva sesión de planificación en Ramat Gan. A continuación, habló con Embar y Biran y les preguntó qué se había perdido en la oficina de Peres.

—Dan ha hecho el cien por cien. Ha presentado el plan como si lo hubiese hecho él solo —dijo Embar.

—¿Qué ha dicho Peres?

—En cuanto Dan ha terminado, Peres nos ha preguntado a todos qué pensábamos. Así que Dan ha añadido algo más. «Si logramos llegar a la terminal en secreto, saldremos airosos.» Exactamente lo que usted le dijo.⁸³

—¿Algún disidente?

—Solo Gur. Cree que es un plan de embaucadores y ha dicho que solo le daría su permiso final si se cumplían tres condiciones necesarias: elegir una ruta de vuelo segura; reunir más información de lo que está ocurriendo sobre el terreno, y saber si los aviones Hercules pueden aterrizar de noche sin luces en la pista. Ha dicho que el plan sonaba como la película de James Bond *Goldfinger* y que si lo hacemos sin la información adecuada terminaría en una nueva Bahía de Cochinos.⁸⁴

* *

Con la autorización de Peres, Shomron le pidió al personal del Centro Informático de las FDI un nombre en clave aleatorio para la operación. El primer nombre que sacó el ordenador fue «Ola de Cenizas». Tras declararlo «inapropiado» para una misión así, pidió otro. En esa ocasión, el ordenador sugirió al azar «Rayo» y Shomron quedó encantado. El nombre condensaba a la perfección lo que estaban tratando de hacer —llegar a Uganda como un rayo salido de la nada— y eso seguro que era un buen augurio, pensó Shomron.⁸⁵

16.45 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Tras una espera estresante en la pista de más de media hora, los cien rehenes liberados suspiraron de alivio cuando a las 19.45 los cuatro motores del Jumbo de Air France por fin rugieron y el enorme avión empezó a moverse. Minutos después, mientras el Jumbo tronaba por la pista, todos los ojos se giraron con culpabilidad a las ventanillas de la izquierda, por las que podían ver la terminal antigua en la que aún custodiaban a los israelíes, a la tripulación y a algunos más. Solo cuando las ruedas traseras del avión abandonaron la pista fueron capaces por fin de creer que la pesadilla había acabado.

Se repartió champán, pero Cojot —que se sentía culpable por haber abandonado al resto— no fue capaz de tomarse su copa, aunque le mejoró el ánimo cuando una agradecida pasajera comentó: «Sin usted, mi esposo no estaría aquí».

No se consideraba un héroe, solo alguien que se había comportado con decencia en una situación difícil. Sus compañeros rehenes apreciaban sin duda lo que había hecho y le dedicaron un cálido aplauso cuando volvió a su asiento procedente de la cabina, a la que el capitán del aparato lo había invitado. El Navegante —el británico Tony Russell— lo detuvo y le dijo: «Una de las cosas que me ha sorprendido durante esta aventura es que usted parecía estar preparado para ella».

Cojot sonrió como respuesta, pero sabía que Russell tenía razón. «En realidad, sí que estaba preparado para ella, gracias a treinta años de fantasías, lecturas y sueños. Se me había presentado la oportunidad de vivir una versión de mi pesadilla, aunque claramente muy edulcorada. ¿La había vivido bien? ¿Podría despertarme al fin?», dijo para sí.⁸⁶

17.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Había caído la noche cuando el autobús amarillo regresó al edificio de la terminal antigua, a las 20.00, con cena para los 102 rehenes restantes. El menú era el mismo, aunque esa vez, fueron principalmente los pasajeros quienes repartieron la comida. La tripulación estaba curiosamente apática, como víctimas de una reacción retrasada ante la insistencia de los terroristas de que permaneciesen en Uganda hasta el amargo final.

Pese a haberse resignado a pasar al menos una noche más en el aeropuerto, los rehenes seguían siendo optimistas con respecto a una rápida liberación, y las conversaciones y los juegos continuaban con buen humor. La mayoría de ellos se habían asentado en sus nuevas zonas de dormir; Willy se había unido a un grupo de jóvenes francófonos situado en el frontal izquierdo de la sala, cerca de la salida, entre quienes estaba Jean-Jacques Mimouni. Junto a ellos, un poco más allá de los ventanales, había sentado un inmigrante llegado de Rusia a Israel, de cincuenta y cinco años, llamado Ida Borochoovich, que viajaba junto a su hijo ya adulto. Frente a los Borochoovich, estaban Maggy y Agnès tumbadas en dos colchones.

Más tarde, y ante la dificultad para quedarse dormido, Jean-Jacques decidió contarles un chiste a sus compañeros. «En su lecho de muerte —dijo susurrando—, un hombre de negocios judío llama a su esposa: “Sarah, ¿estás ahí?”. Ella responde: “Sí, Abraham, aquí estoy”. A continuación, llama a su hijo: “Jacob, ¿estás ahí?” “Sí, padre, aquí estoy”. Al final, llama a su hija: “Rachael, ¿estás ahí?” “Sí, padre querido, aquí estoy”. “Y entonces”, dice el hombre, “¿quién se ha quedado a cargo de la tienda?”».

El grupo estalló en risas, lo que molestó a sus vecinos que trataban de dormir. Uno se acercó a Michel Bacos, que estaba tumbado con otros miembros de la tripulación cerca de la barra, y le imploró que interviniese. Así lo hizo Bacos, agotado, que le dijo a Jean-Jacques y a los demás que no fuesen tan desconsiderados. Al grupo le pareció que Bacos estaba nervioso y tenso, y en general, hicieron caso omiso de su ruego.

Cuando Willy ofreció una botella de coñac, solo una de las muchachas aceptó; el resto temía la reacción de los terroristas, que ya antes habían prohibido el consumo de alcohol. Pero no tenían de qué preocuparse. Con ganas de celebrar la noticia de la supuesta capitulación de Israel y de flirtear un poco con las chicas, Khaled y Ali aparecieron con una botella de champán y otra de *whisky*. Maggy bebió un poco de champán, y algunos de los muchachos bebieron *whisky*.

La escena resultaba estrambótica. Sentados con las espaldas apoyadas en la puerta, los dos secuestradores armados —uno con una pistola en la mano y el otro con un revólver en el cinturón— compartían unas copas con algunos de los rehenes más jóvenes, charlando un poco y riéndose. Solo Agnès se sentía incómoda y se negó a unirse a ellos.

La fiesta terminó decayendo y a las 23.30 los terroristas apagaron el primer juego de luces. A la media hora, la sala estaba en silencio, salvo por algún que otro ronquido y el zumbido de los mosquitos.⁸⁷

17.30 GMT, Nairobi, Kenia

A las 20.30 se celebró una reunión secreta en Nairobi, en la casa de Charles Njonjo, el poderoso fiscal general de Kenia y mano derecha del presidente Jomo Kenyatta, para discutir sobre la posibilidad de que aviones militares israelíes repostasen en el Aeropuerto Embakasi de Nairobi. Aparte de Njonjo, entre los asistentes había agentes veteranos del Mossad y tres figuras clave en la política y la seguridad de Kenia: Ben Gethi, el director de la Unidad de Servicio General; Bernard Hinga, comisario de policía; y un antiguo ministro blanco del gabinete, con unas patillas a la Souvarov, llamado Bruce McKenzie.⁸⁸

McKenzie era una figura enigmática. Había nacido en Sudáfrica el día de Año Nuevo de 1919, era hijo del administrador de una hacienda y había obtenido la Orden del Servicio Distinguido y la Cruz de Vuelo Distinguido con Barra por pilotar

bombarderos Wellington con motores gemelos durante la Segunda Guerra Mundial. Alcanzó el rango de teniente coronel con veintitrés años y, durante un tiempo, lideró un escuadrón antitransporte de la Royal Australian Air Force cuyo lema era «*Invenimus et Delimus*» («encontramos y destruimos»).

Después de la guerra, McKenzie se estableció en Kenia, por entonces una colonia de la Corona británica. Antes de que el país obtuviese su independencia en 1963, apoyó astutamente al líder de la oposición encarcelado y futuro presidente Jomo Kenyatta, y *a posteriori* fue recompensado con un puesto en su gabinete como ministro de Agricultura. Tenía además intereses en una serie de negocios —como Cooper Motors, que disponía de los derechos de distribución en Kenia y Uganda para los Escarabajos de Volkswagen y los camiones Leyland británicos— y, en parte para proteger eso, había apoyado el derrocamiento de Milton Obote a manos de Idi Amin en 1971. McKenzie se oponía a muchas de las políticas de Milton Obote —en especial, a la expulsión de la población de etnias keniatas y a la nacionalización de empresas extranjeras— y dio por sentado que un antiguo soldado británico como Amin supondría una gran mejora.⁸⁹

McKenzie estaba próximo a figuras veteranas de los servicios de inteligencia extranjeros de Gran Bretaña e Israel. En 1966, su futura esposa Christina le había presentado a Zvi Zamir, el entonces agregado militar de Israel en el Reino Unido, y que pronto se convertiría en jefe del Mossad. Zamir se hizo muy amigo suyo y asistió a la boda de McKenzie y Christina. Por su parte, McKenzie creía apasionadamente en la causa de Israel, que veía como la causa del desamparado, y durante la guerra de los Seis Días había utilizado sus contactos e influencia para permitir a Israel disponer de más aviones militares.⁹⁰

Sus vínculos con el servicio secreto de inteligencia de Gran Bretaña, el MI6, eran aún más fuertes. Según su esposa, Christina, «trabajaba con la inteligencia británica» y conocía a todos los oficiales del MI6 —o «amigos», como los llamaba él — que había en Nairobi. No era un espía como tal, sino más bien un «conductor de información en ambos sentidos».⁹¹ Christina le había presentado a Sir Maurice Oldfield, jefe del MI6 (o C) en 1976, y también a David Stirling, fundador del SAS. El periodista de investigación Chapman Pincher, que vivía cerca de McKenzie en Surrey y se había hecho muy amigo de él, solía «hablar con muchos oficiales de inteligencia» en casa de McKenzie «que no habrían querido reunirse conmigo en Londres».⁹²

En esas circunstancias, es posible que McKenzie informase a Oldfield o a sus operarios británicos sobre el plan de Israel de rescatar a los rehenes. No se sabe con seguridad si esa información se transmitió en algún momento al Gobierno británico. Por ejemplo, no existe ningún indicio en los documentos de la FCO de que Crosland ni ninguno de sus oficiales supiese nada sobre las intenciones israelíes con antelación.

Pese a que McKenzie había dimitido de su puesto en el gabinete en 1970, seguía siendo «el hombre blanco más influyente del este de África»⁹³ y el «principal confidente» del presidente Kenyatta, que «se fiaba de él porque sabía que un hombre blanco nunca podría usurpar su cargo»⁹⁴ y lo trataba «como a un hijo».⁹⁵ A esas alturas, McKenzie repartía su tiempo entre Kenia e Inglaterra —donde Christina y él vivían en una gran mansión llamada Knowle Park, en Cranleigh, condado de Surrey, con sus dos hijos pequeños—, pero estuvo en Nairobi durante parte de la crisis del secuestro.

Casi con toda seguridad, fue McKenzie quien, a petición del Mossad, organizó la reunión en la casa de Njonjo. Sin concretar mucho —por miedo a poner sobre aviso a los ugandeses—, los israelíes les contaron a los keniatas que las FDI estaban «planeando algo» y «quizá necesitaran su ayuda». Hablaron sobre la posibilidad de que aviones militares repostasen en Nairobi, pero no dijeron cuántos. Por supuesto, Njonjo y el resto sabían muy bien que eso guardaba relación con el secuestro de Entebbe y, en principio, dijeron que estarían encantados de ayudar.⁹⁶ Aún le debían un favor al Mossad por ayudar a impedir el plan del FPLP-ME para derribar un avión de El Al durante su aterrizaje en el aeropuerto de Nairobi; querían devolvérsela a Amin por, según opinaban ellos, prestar asistencia a los terroristas pasándoles las armas desde Uganda a Kenia;⁹⁷ y, sobre todo, no querían tener que admitir ante los secuestradores —y ante el mundo— que el motivo por el que no podían liberar a sus compañeros terroristas del FPLP-ME era que se los habían entregado en secreto a los israelíes.⁹⁸

Aún no habían debatido el asunto con un achacoso presidente Kenyatta —con más de ochenta años ya y aquejado de mala salud— porque consideraban que era mejor que no lo supiera. De ese modo, Kenyatta podría asegurar, con toda sinceridad, que no había sabido de antemano nada sobre la llegada de los aviones israelíes.

Tras la reunión, Njonjo y McKenzie decidieron que, una vez que todo estuviese dispuesto para que los aviones israelíes repostasen en el aeropuerto de Nairobi —los detalles aún los tenían que acordar entre Dany Saadon, el director general de El Al en Nairobi y el director del aeropuerto—, los dos se marcharían de la capital: McKenzie para regresar a Inglaterra con tiempo de irse a sus vacaciones por Noruega con su esposa, y Njonjo para quedarse en la hacienda de un amigo, en Nanyuki, cerca del monte Kenia. Los dos estaban planeando también negar cualquier implicación. La coartada acordada para dejar aterrizar a los aviones israelíes era que se trataba de un acto humanitario de última hora para permitir que los enfermos y heridos recibiesen atención hospitalaria.⁹⁹

18.00 GMT, Ramat Gan, Israel

Cuando Muki Betser llegó a la Casa de los Paracaidistas —el club para soldados de la aviación fuera de servicio situado en Ramat Gan, al este de Tel Aviv—, se encontró con una hueste de oficiales reunidos para la sesión de planificación de las 20.00 convocada por Dan Shomron: Oren, Barak, Biran, Embar, además de los altos comandantes de los cuerpos de señales, cuerpos médicos, la Sayeret Golani y la Sayeret Tzanchanim. Estas dos últimas unidades formaban parte del Comando de Infantería y Paracaidistas de Shomron, y les habían asignado el apoyo al asalto de la Unidad a la terminal antigua. Convencido de que la operación sería un éxito y pasaría a formar parte del «patrimonio» de Israel, Shomron quería darles a esas dos unidades ilustres —aunque en especial a la Golani— una porción de gloria.

El único oficial clave aún ausente en esa etapa era el jefe de Betser, Yoni.

Shomron empezó a informar repasando el orden de la batalla, «de arriba abajo, completando los detalles del plan». Mientras el Hercules Uno se deslizase por la pista, explicó, diez paracaidistas de la Sayeret Tzanchanim del coronel Matan Vilnai saltarían desde las puertas laterales e irían colocando faroles eléctricos a ambos lados, por si los ugandeses apagaban las luces de aterrizaje.

A continuación, una vez que el Hercules Uno se hubiese detenido en el extremo más alejado de la pista principal, los equipos de asalto de la Unidad, con treinta y seis hombres ataviados como soldados ugandeses, bajarían de él en un Mercedes y dos Land Rover y se dirigirían por la pista original hacia la terminal antigua. Conducirían con las luces encendidas y a una velocidad normal para no levantar sospechas. A Ehud Barak lo nombraron comandante de ese elemento vital de la operación. Pese a no ser ya miembro de la Unidad, tenía una experiencia amplísima y Shomron confiaba en él para hacer dicho trabajo. Mientras tanto, el propio Shomron montaría su puesto de mando —compuesto por un Land Rover y ocho hombres— entre los edificios de la terminal antigua y la nueva.

Siete minutos después, el Hercules Dos aterrizaría con otros dieciséis hombres de la Unidad a bordo de dos transportes blindados de personal BTR, comandados por el antiguo subalterno de Yoni, el comandante Shaul Mofaz. Su tarea sería patrullar el perímetro por detrás de la terminal antigua y evitar la interferencia de refuerzos ugandeses. El avión transportaría además al resto de los sesenta y nueve paracaidistas de Vilnai, cuyo trabajo sería tomar el edificio de la terminal nueva, la vecina estación de repostaje y la torre de control nueva.

Un minuto después, aterrizaría el tercer Hercules con dos BTR más —dotados de otros dieciséis hombres de la Unidad— y treinta soldados de la Sayeret Golani del coronel Uri Saguy. Un BTR, al mando de Omer Bar-Lev, se ocuparía de neutralizar el aeródromo de MiG situado junto a la terminal antigua, mientras que el otro se uniría a Mofaz en el perímetro. La tarea de los hombres de Saguy —algunos de los cuales volarían en el Hercules Cuatro— era cubrir la zona entre la terminal antigua y la nueva, apoyar a los equipos de asalto (de ser necesario) y utilizar su camioneta Peugeot para trasladar a los rehenes al cuarto Hercules.

El último Hercules transportaría la carga más ligera, para dejar sitio para los rehenes a la vuelta. En él viajaría un equipo quirúrgico de doce hombres junto a su equipamiento para tratar a cualquier herido, tanto sobre el terreno como en el vuelo de vuelta; diez expertos en tecnología de la Fuerza Aérea con uniforme azul, una bomba portátil de combustible y otra camioneta Peugeot para transportar la bomba y a los expertos; además de un último destacamento de veinte soldados de la Golani.

Un segundo equipo médico más grande transportado en un Boeing 707 convertido —si se contaba con los permisos necesarios— montaría un hospital de campaña en Nairobi, Kenia, adonde acudirían los cuatro Hercules, si la opción de repostar en Entebbe suponía invertir demasiado tiempo. Sin embargo, lo único que sabía Shomron en esa fase era que las conversaciones estaban en curso y que el repostaje de los aviones de transporte Hercules en Nairobi sería un último recurso, en especial por las repercusiones diplomáticas que eso podría acarrear para el Gobierno keniano.

La sexta y última aeronave que Shomron mencionó era un Boeing 707 de la FAI que actuaría como sede de mando y control de Adam y Peled durante la operación, sobrevolando en círculos el aeródromo de Entebbe y trasladando información «a tiempo real» desde el terreno a Rabin, Peres y Gur, que estarían emplazados en la Kirya, en Tel Aviv.

La sesión informativa concluyó después de que Shomron designase la sede de la Unidad cerca de Tel Aviv y una base adjunta como los destinos de instrucción para todas las tropas implicadas. La base de la Unidad no solo disponía de pista propia, sino también de la seguridad sobre el terreno más estricta de las FDI. Una vez dentro de las bases, solo los oficiales tendrían permiso para salir hasta que comenzase la operación. Todas las líneas telefónicas no vitales quedarían desconectadas y el resto se supervisarían muy de cerca.

Shomron apenas había terminado de hablar cuando un sonriente Yoni Netanyahu entró en la sala. Había llegado directamente desde un aeropuerto militar cercano, tras volar desde el Sinaí en avioneta, y estaba deseoso por enterarse del papel que desempeñaría la Unidad en la operación de rescate. Cuando Muki Betser se levantó de la mesa para estrecharle la mano, pensó en las experiencias que habían compartido juntos —desde la captura de los oficiales sirios hasta la guerra de Yom Kipur— y en cuánto había echado de menos la calmada profesionalidad de Netanyahu.¹⁰⁰

19.00 GMT, Tel Aviv, Israel

A las 21.00, Simón Peres levantó el teléfono de su oficina y marcó el número personal de Moshe Dayan. Impasible ante el rechazo de Rabin a su sugerencia de mandar a Dayan como enviado especial a Uganda, Peres estaba ansioso por oír la opinión de su predecesor sobre el posible plan de rescate.

Habló con el ama de llaves de Dayan, que le explicó que sus señores habían salido a cenar con unos amigos de Australia. «¿Sabe dónde?», le preguntó el ministro de Defensa, subrayando que aquello era una cuestión vital de seguridad nacional.

El ama de llaves le dio el nombre de un famoso restaurante en el paseo marítimo de Tel Aviv. De inmediato, Peres llamó a Arye Braun, su asesor militar, que también había sido asesor de Dayan durante el mandato de este último como ministro de Defensa, y juntos recorrieron la corta distancia por la ciudad hasta el restaurante. Tras disculparse repetidas veces por la intromisión ante los invitados de Dayan y Ruth, la esposa de este, Peres llevó a Dayan a una mesa tranquila en un rincón donde pudieron hablar. Braun sacó un mapa y Peres empezó a detallar el plan de rescate. Cuando el ministro de Defensa expuso debidamente las objeciones planteadas por Rabin y Gur y los posibles obstáculos, Dayan los rechazó con un gesto de la mano. «Simón, esto es un plan que apoyo no solo al cien por cien, ¡sino al ciento cincuenta por ciento! Tiene que haber una operación militar.»

Reforzado por esa declaración inequívoca de respaldo por parte del soldado más famoso de Israel, Peres regresó a la Kirya decidido a ganarse al resto de los miembros de la comisión ministerial. Empezó por llamar al ministro de Transportes Gad Yaacobi e invitarlo a una reunión en la Kirya. De la misma facción del Partido Laborista que Peres, Yaacobi también confiaba en Dayan. El ministro de Defensa le informó sobre el plan en general y sobre su conversación con Dayan. Al acabar, Yaacobi respondió: «Simón, estoy con usted».¹⁰¹

Entonces llegó una llamada de la oficina de Rabin convocándolos a los dos a una reunión de la comisión ministerial a las 23.00.

21.00 GMT, Tel Aviv, Israel

—Ahora discutiremos las disposiciones de la negociación que comienza mañana gracias al buen hacer del Gobierno francés —empezó Isaac Rabin para inaugurar la sesión de las 23.00 de la comisión ministerial en su oficina en la Kirya.

—¿Seguro que los franceses deberían llevar la batuta en esto por ser directamente responsables del avión y de sus secuestradores? —respondió Yigal Allon.

Rabin hizo un gesto de rechazo con la mano como dirigiéndose a un niño, lo que provocó un intercambio verbal desagradable entre ambos. Cuando acabaron, el primer ministro le pidió a Gandhi Ze'evi, el hombre al que había designado para dirigir las negociaciones a través de los franceses, que explicase cómo pretendía hacerlo.

—Propongo decir desde el principio —intervino Ze'evi— que Israel solo está negociando en su propio nombre, no en nombre de los otros países a los que se pidió la liberación de prisioneros. Y también que especificaremos el número que estamos dispuestos a liberar (cuarenta) y que no nos moveremos de esa cantidad. Será Israel, y

solo Israel, quien se ocupará de redactar la lista de los hombres que saldrán en libertad. Las negociaciones tendrán lugar en Francia, y Francia u otra tercera parte actuará de intermediario. La entrega de rehenes a cambio de prisioneros también se llevará a cabo en Francia, en un aeródromo militar, y no en Uganda. De no ser así, un avión con los prisioneros y otro con los rehenes despegarán a la vez de Tel Aviv y Entebbe, bajo la supervisión de una tercera parte acordada mutuamente. —Ze'evi hizo una pausa antes de continuar—. Nuestras fases operativas serán las siguientes: a) enviar nuestra propuesta a los franceses; b) recibir sus reacciones y las de Idi Amin y Wadie Haddad; c) discutir las diferencias entre las distintas posturas y recibir las listas de los pasajeros de Entebbe, y d) llevar a cabo el intercambio.

Rabin asintió en gesto de acuerdo.

—Gracias, Gandhi. No hay necesidad de entrar en más detalles en esta fase. Tengo la sensación de que Francia no ofrecerá ayuda logística, más allá de trasladar mensajes entre ambas partes.

—Desde luego, no van a luchar contra Uganda —dijo Allon en tono mordaz.

Molesto porque Rabin hubiese elegido a alguien que no era diplomático para dirigir las negociaciones, Allon trataba de reafirmar la autoridad de su ministerio sobre Ze'evi. En cualquier caso, Rabin no le dio ninguna caba y, cuando terminó la reunión, Allon comentó en tono amargo: «¡Si le estoy estorbando, nombre a otra persona para que haga de ministro de Exteriores en funciones!».

Para Simón Peres había sido una sesión «especialmente tensa». Con el plan militar aún en fase de tomar forma, no quiso mencionárselo a Rabin hasta tener el pleno apoyo de Gur. Sin embargo, estaba encantado con el desenlace de la reunión. Sabía que había «mucho actividad diplomática para el lapso de dos días y medio hasta que el ultimátum más reciente de los secuestradores expirase, y crear así una cómoda tapadera tras la cual» las FDI pudiesen continuar los «preparativos de un rescate militar».¹⁰²

22.00 GMT, cerca de Tel Aviv, Israel

Había pasado la medianoche cuando Yoni Netanyahu y Muki Betser se apostaron ante una mesa larga con tablero de formica en la oficina de Yoni, situada en un extremo de una cabaña baja, con las paredes cubiertas de mapas, fotos y armas donadas por anteriores comandantes.

Informado sobre el plan por Betser mientras conducían hasta la base de la Unidad, Netanyahu se dispuso entonces a afinar los diversos papeles que desempeñarían sus hombres, así como el equipo que utilizarían. Eligió a Betser como su subalterno para la operación y dirigente de los cuatro equipos de asalto, tres de tres hombres y uno de seis. Consciente de los errores cometidos en Ma'alot, Betser dijo que quería liderar el primer equipo de asalto.

—Venga ya, Muki —respondió Netanyahu—, sabe que eso va en contra de la doctrina.

—Lo sé —admitió Betser, a sabiendas de que los rangos superiores nunca eran los primeros en atravesar las puertas—. Pero no quiero que se repita un Ma'alot, donde yo habría tenido que subir el primero por la escalera. Quiero asegurarme de que el trabajo se haga bien. Insisto.

Yoni suspiró.

—Con usted no hay manera—dijo admitiendo su derrota.

Betser asignó a continuación tareas específicas a los equipos de asalto: el equipo de seis hombres del capitán Giora Zussman atravesaría las dos puertas para entrar en la sala israelí y la zona VVIP adyacente donde dormían los terroristas; el equipo al mando de Yiftach Reicher, el nuevo subalterno de Yoni, tendría la tarea de atravesar la primera puerta de la sala de aduanas, subir las escaleras a la segunda planta y neutralizar a los soldados ugandeses, que estarían durmiendo allí, mientras que el propio Betser lideraría dos equipos de asalto para cruzar las puertas que llevaban de la pista a la sala principal.

A esos cuatro equipos de asalto se asignaron solo quince hombres, lo que dejaba a otros diecinueve fuera, para resistir con granadas propulsadas por cohetes y metralletas pesadas a cualquier ugandés que tratase de intervenir. Yoni dirigiría las operaciones desde la zona frente a la terminal antigua, con la ayuda de Tamir Pardo —su oficial de comunicaciones—, el doctor David Hassin y el comandante de una compañía de reserva, Alik Ron.

Mientras Netanyahu redactaba el orden de la batalla —seleccionando para las tareas más complicadas a sus soldados más experimentados, muchos de los cuales estaban disfrutando de un permiso previo a su licencia—, Betser supervisaba la construcción de una maqueta de la terminal antigua a partir de las heliografías suministradas por Solel Boneh. Con maderas de cinco por diez para el marco, sus hombres colocaron arpilleras y lienzos para imitar las paredes exteriores e interiores y las entradas del edificio de la terminal. En cuanto la maqueta estuvo lista y dispuesta en la pista de la Unidad, como la real de Entebbe, empezaron a practicar los asaltos.¹⁰³

Por fin llegó Ehud Barak a la base, después de haber asistido a una reunión en la Kirya, y surgió una tensión obvia entre Netanyahu y él mientras repasaban el plan completo, ya que Barak hizo varias sugerencias. Netanyahu estaba molesto ante el hecho de que lo hubiesen sustituido como líder de las tropas de asalto —antes le había dicho a Betser: «No veo ninguna alternativa a estar yo al mando»—¹⁰⁴ y se esforzó poco por ocultar su insatisfacción.

Barak lo entendía, y se habría sentido igual de haber estado en su lugar, pero no se iba a hacer a un lado. Quizá también pensara que su nombramiento era para mejor: la tensión entre Netanyahu y algunos de sus hombres era algo que Barak y otros

antiguos miembros de la Unidad sabían de sobra, y había rumores incluso de que Shlomo Gazit, el general con la responsabilidad global de toda la Unidad, había estado a punto de sustituir a Netanyahu por Amiram Levine unos meses antes.

Una vez que acabaron de repasar el plan, Barak acercó a Netanyahu a su casa — vivían en el mismo edificio de apartamentos de Tel Aviv, a una planta de distancia—, para que los dos pudieran arrancar un par de horas de sueño.

Entretanto, las tropas de apoyo de las Sayerets Golani y Tzanchanim estaban llegando a una base contigua para empezar a ensayar sus papeles en la operación. Entre ellas, había un prometedor oficial menor de la Golani de veintiún años, llamado Noam Tamir. Tras haber terminado como primer cadete en su clase de oficiales, Tamir estaba haciendo maniobras con su pelotón cuando llegó la noticia de una operación inminente. Especularon sobre el destino, pero el joven no hizo la conexión con el secuestro de Entebbe hasta que asistió a la primera sesión informativa en la base de la Unidad. Se sentía aliviado a la par que orgulloso de que lo hubiesen elegido, pero no acobardado.¹⁰⁵

Igual de contento estaba el coronel y doctor Ephraim Sneh, el oficial jefe médico del Comando de Infantería y Paracaidistas y el hombre elegido para encabezar el equipo médico de campo designado para Entebbe. Moshe, el padre de Sneh, polaco de nacimiento y también médico, había sido una de las principales figuras de la Haganá antes de acceder a la Knesset, donde era miembro de varios partidos de izquierdas. El propio Sneh había comenzado su formación como médico en 1964, con veinte años, después de completar un servicio militar inicial de dos años en el batallón de infantería de Nahal. Las FDI lo habían liberado seis meses antes con la condición de que, tras capacitarse como médico, aceptase servir dos años más como oficial médico.

Al final, Sneh se unió a la Tzanchanim (paracaidistas), al principio como médico de batallón y después con la brigada. Tras un periodo de tiempo fuera del Ejército formándose como cirujano, regresó a la Tzanchanim al inicio de la guerra de Yom Kipur y dirigió la unidad médica de los paracaidistas durante la costosa y brutal batalla de la Granja China en el Sinaí. La experiencia de tratar a un número enorme de paracaidistas y soldados del cuerpo de blindados en situaciones de combate, casi constantemente bajo el fuego, había convencido a Sneh de que podía enfrentarse a cualquier cosa. Por tanto, se inmutó bastante poco ante las órdenes recibidas a última hora del jueves, 2 de julio, de elaborar un plan médico para la operación de Entebbe y dirigir a los equipos sobre el terreno.

Decidió llevar consigo a un equipo quirúrgico de once personas: un cirujano jefe (el teniente coronel Eran Dolev, un futuro general cirujano de las FDI), un anestesista, un ginecólogo y un cirujano ortopédico; un oficial de enlace cuya única

tarea sería mantener la calma entre los rehenes durante el vuelo de vuelta; y seis médicos varones. Otros seis médicos irían integrados en las diversas tropas de combate.¹⁰⁶

Uno de los miembros del equipo quirúrgico de Sneh era un ginecólogo y obstetra de treinta y seis años, sudafricano de nacimiento, llamado Jossy Faktor. Cuando Faktor recibió esa noche la comunicación llamándolo a filas, se encontraba con su esposa, Barbara, celebrando el décimo aniversario de bodas de unos amigos en la ciudad de Ra'anana, al norte de Tel Aviv. Las dos parejas eran amigas cercanas, se habían criado juntas en Sudáfrica en el seno del Habonim —un movimiento juvenil cultural socialista-sionista— y, literalmente, estaban brindando con copas de champán cuando Faktor tuvo que marcharse. El trabajo de Faktor al día siguiente era conseguir unos suministros enormes de plasma sanguíneo sin levantar sospechas —especialmente entre los medios de comunicación— de que estaba a punto de lanzarse una operación de rescate. Logró hacerlo difundiendo la historia de que «se estaba generando una crisis en la frontera norte con el Líbano e íbamos a necesitar equipos médicos y sangre».¹⁰⁷ Funcionó.

El propio Sneh, al enterarse de que muchos de los rehenes sufrían problemas estomacales, estaba preocupado por el hecho de tener a «cien personas cagando y sin baños» en el Hercules. Así pues, dispuso —a través de un oficial de logística «muy listo» llamado Rami Dotan— llevar dos latas de aluminio para la leche que los rehenes pudieran usar *in extremis*.^{*} Dotan las consiguió gracias a un *moshavim* de la zona.

Ni el jueves por la noche ni más adelante, Sneh albergó ninguna duda. Por el contrario, tenía «plena confianza en que la operación saldría adelante y volveríamos a casa». ¿Por qué? Porque conocía a todos los superiores implicados —Shomron, Vilnai, Barak y Netanyahu— y los consideraba el «Equipo A» de las FDI. Estaba seguro de que un equipo así era «invencible»: no había «nadie mejor que esos tipos para enfrentarse a problemas inesperados, superarlos e imponerse».¹⁰⁸

Otros no estaban tan seguros. El sargento primero de veintiún años Amir Ofer se encontraba disfrutando del acostumbrado permiso previo a la licencia —que se concede a los soldados que están a punto de acabar el servicio militar, tras haber pasado los dos años y medio anteriores en la Unidad—, cuando recibió una llamada de teléfono de la secretaria de Yoni Netanyahu. Debía personarse en la base por la mañana.

—¿Nos vamos lejos? —preguntó, consciente de que tenía que tratarse de una operación.¹⁰⁹

—Muy lejos —respondió la secretaria.

Se dio cuenta de inmediato de que debía tratarse de Entebbe y de que la Unidad encabezaría cualquier asalto. Su mente se remontó rápidamente a intentos previos de rescate que no habían salido bien: Ma'alot y, un año después, el asalto al Savoy Hotel en Tel Aviv, que había costado la vida de siete terroristas de Fatah, ocho rehenes

civiles y tres soldados, uno de ellos, Itamar Ben-David, del pelotón de Ofer.¹¹⁰ ¿Cuánto más dura sería una operación tan alejada de Israel y en un país donde el Ejército parecía estar cooperando con los secuestradores?

Atormentado por esas dudas, Ofer permaneció despierto en la cama hasta que por fin se convenció de que un criminal como Amin estaría abierto a sobornos, con toda seguridad. Si Amin aceptaba mirar a otro lado, reflexionó Ofer, el rescate no sería tan peligroso ni mucho menos. Solo entonces pudo dormir.¹¹¹

22.30 GMT, Tel Aviv, Israel

Antes de retirarse para la noche, Simón Peres invitó a Motta Gur a su casa con la esperanza de convencer al jefe de las FDI, que aún albergaba serias reservas sobre que la opción militar propuesta fuese necesaria y viable. Gur llegó pasada la medianoche. «Motta, no pretendo sugerir ningún plan contra el criterio del jefe del Estado Mayor, pero quiero que entienda que, en mi opinión, el futuro de este país y de la nación pende de un hilo. Es el momento de la valentía. No se puede conseguir nada sin sacrificios. Y no me estoy engañando a mí mismo: habrá que hacer algunos más en el camino. El fracaso me llevará a extraer algunas conclusiones personales. Pero si cedemos ante los terroristas, no quedará ni el más leve recuerdo de ninguno de nosotros.»

La máxima concesión que llegó a hacer Gur tras una larga discusión fue permitir que los estrategas montaran una maqueta de Entebbe según los datos entonces disponibles (algo que ya se estaba haciendo en la base de la Unidad). Fue un paso adelante, pero al plan aún le quedaba un largo camino hasta hacerse realidad. Peres anotó en su diario el 1 de julio: «He hablado con Motta usando todo mi poder de persuasión... Hoy ha sido el día más difícil de mi vida».¹¹²

DÍA 6: VIERNES, 2 DE JULIO DE 1976

00.10 GMT, Aeropuerto de Orly, Francia

Un vitoreo espontáneo estalló entre los cien antiguos rehenes cuando el Jumbo de Air France tocó suelo francés a las 2.10. Su pesadilla por fin había acabado.

Veinte minutos antes, al comenzar el descenso, habían recibido un aviso por el intercomunicador para que tuviesen cuidado con lo que decían y a quién: ante sus familias y amigos debían «mostrarse lo más tranquilizadores posible»; a las autoridades debían «contarles todo lo que pudiesen recordar, hasta el más mínimo detalle», y a la prensa no debían decirle nada que pudiese «enfadar a los palestinos o a los ugandeses» y conducir a «un deterioro de las condiciones» para los rehenes que seguían en Entebbe, o «poner sus vidas en peligro».

Una vez en tierra, les dijeron que sus familias y una delegación de alto nivel estaban esperando para recibirlos en la *suite* VIP del aeropuerto. Con lo que no contaban, a las dos de la mañana, era con tener que atravesar el calvario de la prensa mundial al salir del avión. Entre explosiones de *flashes* y preguntas a gritos, se vieron acompañados por una línea de policías hasta el refugio temporal de la *suite* VIP, donde la mayoría de los cuarenta y nueve nacionales franceses disfrutaron de un reencuentro entre lágrimas con sus familias: a Claude Moufflet, por ejemplo, lo recibieron su esposa, sus padres, su hermano y su cuñada. (Más adelante ese día, enviaría la carta «urgente» que le habían confiado en Atenas el domingo anterior.)¹ Isobel Poignon, británica de nacimiento, y su marido francés, Gérard, salieron de inmediato hacia su casa en Versalles, donde la madre de Gérard estaba cuidando a su hija de dieciocho meses, Emma. Al enterarse de la liberación de Isobel, su madre, la doctora Kathleen Murray, dijo desde su casa en Middlesex: «Estoy tan aliviada que no puedo parar de sonreír. Estos últimos cuatro días han sido espantosos».²

A la espera de recibir a Michel Cojot, y para gran sorpresa de este, se encontraba su «futura exesposa», y ambos «se abrazaron casi tan cálidamente como una pareja real». Seguían pegados el uno al otro cuando un oficial de atuendo sobrio del Ministerio del Interior tocó a Cojot en el hombro y le preguntó si podía hablar con él urgentemente y en privado. Cojot estaba encantado. «Francia me necesita», se dijo, antes de concertar una reunión con el oficial en su casa para un par de horas después.³

El oficial nunca apareció. En su lugar, Amiram Levine y agentes del Mossad interrogaron a fondo ese viernes a Cojot en el trabajo, llevados hasta él por los testimonios de otros antiguos rehenes.⁴ Cojot les contó a los israelíes todo lo que sabía sobre el diseño de la terminal antigua y sobre el número, las costumbres y las

descripciones de los terroristas; y, al igual que antes, la información llegó rápidamente por teléfono a Israel. Mucho de lo que Cojot dijo fue una simple confirmación de lo que los israelíes ya sabían por el testimonio de otros rehenes; aun así, y al mismo tiempo, aquella información estaba más actualizada y era más precisa. Cojot explicó que lo más probable era que hubiese al menos cuatro terroristas custodiando a los rehenes en todo momento, día o noche, mientras los demás dormían en la sala VVIP al fondo del edificio. Exactamente cuántos había y en qué salas, no supo decirlo: Cojot se había marchado antes de que el resto de los rehenes fueran reagrupados en la sala grande y, por lo que él sabía, seguían en salas separadas.⁵

Para los nacionales no franceses, no hubo reunión entre lágrimas en el Orly. Por el contrario, a ellos los recibieron oficiales consulares y les informaron sobre los hoteles donde alojarse y los vuelos a sus casas. A la mayoría de los estadounidenses los alojaron en el Hôtel Concorde La Fayette, cerca del Porte Maillot, en el *arrondissement* 17 de París, aunque Sanford Freedman eligió reunirse con su amada, Carole Anne Taylor, y su hijo en el Hôtel Le Littré, en el centro de la ciudad.⁶ No todos se sintieron impresionados por la acogida. Después de todo lo que habían pasado, los Rabinowitz confiaban en que los diplomáticos estadounidenses que los esperaban se mostrasen empáticos y solícitos. Pero no fueron nada de eso. Peter recordaba: «Estábamos esperando un recibimiento de héroes. Pero en vez de eso su actitud fue algo similar a “Me habéis hecho despertarme a las dos de la mañana, así que no esperéis que os dedique nada de tiempo mañana”. Básicamente, se mostraron hostiles con nosotros».

La cosa fue de mal en peor cuando un diplomático estadounidense les dijo a los Rabinowitz que, dado que los terroristas les habían confiscado los pasaportes antiguos, debían adquirir unos nuevos «pagando el precio total, aunque solo tendrían tres meses de validez».

—¿Se han puesto en contacto con nuestras familias? —preguntó entonces Peter.

—No, esa es su responsabilidad.

—¿Podríamos cargar las llamadas a cuenta de la Embajada? —consultó Nancy.

—Si hacen eso, les rompemos un brazo.

Después de pasar «cinco días a punta de pistola», costaba ver aquello como una «broma diplomática», según expresarían luego los Rabinowitz.⁷

Más tarde ese mismo día, y después de que los antiguos rehenes hubiesen descansado algo, oficiales estadounidenses —probablemente de la CIA— interrogaron a una selección de los ciudadanos de su país en sus hoteles; el informe correspondiente lo enviaron, entre otros destinos, a la Embajada de Estados Unidos en Tel Aviv.

Los rehenes afirmaron que, según lo que sabían, los únicos estadounidenses que seguían en Entebbe eran el joven corredor de bolsa y su esposa, ambos de Nueva York. No tenían idea de por qué los habían dejado allí, aunque uno de ellos sugirió que «su ostentación de su condición de judíos quizá haya enojado a algunos de los

árabes de los comandos». Algunos consideraban que su retención podía haber sido sencillamente «un descuido». Con respecto a Janet Almog, ninguno había sido «consciente de su presencia». Creían que quizá la hubiesen dejado retenida porque estaba «sentada con los israelíes» y tenía «documentación israelí». Las personas con doble nacionalidad, comentaron, «no habían intentado destruir ni eliminar las pruebas de su ciudadanía».

Explicaron que los cuatro secuestradores eran «dos alemanes y dos árabes jóvenes bastante inexpertos». El alemán era el «líder obvio», aunque la mujer se mostraba «a veces más virulenta». Algunos de los estadounidenses pensaban que se trataba de «auténticos revolucionarios que no trabajaban simplemente para el FPLP... sino también para liberar a sus colegas encarcelados en Alemania, a quienes parecían conocer personalmente».

Una vez que llegaron a Entebbe, a los secuestradores se les unieron «cuatro de la OLP» que asumieron el «mando principal», aunque algunos estadounidenses creían que Basil seguía siendo el «director general» del grupo, «con capacidad para influir considerablemente en las decisiones de a quién liberar». Los cuatro «líderes árabes», por otra parte, eran «más autoritarios» y «mucho más duros» que los secuestradores originales. Eran «claramente» antisemitas —al contrario que los alemanes, que insistían en que solo eran antisionistas— y «disfrutaron de un modo sádico al obligar a los pasajeros judíos mayores a suplicar por estar entre quienes enviaron a Francia». Dos de ellos eran altos (uno pesaba más de noventa kilos), con bigote negro. Había otro bajo y corpulento, con una «cara cómica», como si llevase puesta la típica nariz grande con gafas de Carey de pega, y «parecía ser el más influyente». Creían que tenía conexiones con Perú y hablaba español, además de francés e inglés.

Con respecto a Idi Amin, todos los estadounidenses lo consideraban «repelente e hipócrita en su trato a los prisioneros». Estaban convencidos de que sabía que Uganda era el destino del avión «antes de que el aparato aterrizase» y de que probablemente hubiese «sido consciente del plan antes del secuestro». Había permitido que los terroristas metiesen «más armas mortales», y las tropas ugandesas estaban «claramente allí como un refuerzo». Para los ugandeses, de haberlo querido, habría sido fácil desarmar o matar a los terroristas. Pero habían optado por no hacerlo. Asimismo, Amin había dejado claro su apoyo a los objetivos de los terroristas. Les había dicho a los rehenes que «si sus Gobiernos querían verlos con vida, debían cooperar cumpliendo las exigencias de los secuestradores».

No obstante, el aspecto más polémico del informe era la sección que abordaba las sospechas estadounidenses de que tres de los rehenes liberados —dos hombres árabes y una mujer canadiense— habían colaborado con los terroristas. La mujer, decía el informe, se había «marchado del aeropuerto [de Orly] rápidamente (con un estadounidense) sin presentarse» ante los oficiales de la Embajada canadiense y no se había «alojado en el hotel donde se [le] había hecho la reserva». Los autores del informe se apresuraron a añadir que esas eran «simplemente las impresiones de

algunos de los pasajeros, especulaciones inducidas por la sorpresa de que la laxa seguridad del aeropuerto de Atenas hubiese permitido la introducción de armas importantes».

Al preguntarles por las intenciones de los secuestradores, los estadounidenses aseguraron que no creían que tuviesen intención de asesinar «en general a todos los israelíes o los pasajeros franceses jóvenes y la tripulación», sino que quizá empezaran por disparar primero a uno o dos israelíes «para subrayar la seriedad de sus exigencias». En general, el optimismo de los terroristas estaba justificado «dado que tenían la sartén por el mango y al final incluso Israel se vería forzado a ceder».

Amin les había advertido a los rehenes que si se lanzaba un asalto desde el exterior, o si se producía un levantamiento desde dentro, los terroristas volarían el edificio. Los estadounidenses no creían que fuese cierto, y pensaban que las cajas supuestamente llenas de dinamita estaban «diseñadas en realidad solo para bloquear una puerta». En cualquier caso, «las posibilidades de un rescate o de una fuga son nulas». Los israelíes lo sabían y, aunque su angustia había aumentado después de que se marchasen dos aviones cargados de pasajeros, habían «permanecido estoicos». Los estadounidenses no sabían decir si la situación seguiría así. Unos días más podrían «provocar que algunos de los mayores y enfermos se vinieran abajo». ⁸

2.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Yoni Netanyahu le hizo un gesto de despedida con la mano a Ehud Barak y subió las escaleras hasta su apartamento. Dentro, se sorprendió al encontrar a Bruria dormida; debía haber estado trabajando en un vuelo nocturno que, claramente, se había cancelado.

Tras dejar la ropa amontonada, se metió en la cama sin ducharse. Estaba agotado, pero también increíblemente emocionado. Aquel era el momento que llevaba toda la vida esperando: liderar —aunque bajo la mirada de Ehud Barak— a los mejores soldados de Israel contra su enemigo más implacable. Si la misión salía airosa, y Netanyahu no tenía ninguna duda a ese respecto, serviría de mucho para aligerar la tensión creciente entre algunos de sus hombres y él. Por fin entenderían que sus métodos eran los correctos y que su liderazgo en batalla no tenía nada que envidiar al de otros. Entonces, solo entonces, le cedería satisfecho el mando de la Unidad a otro hombre, convencido de que había puesto su granito de arena.

Yoni se quedó dormido de inmediato, pero a las 5.30 estaba despierto otra vez. Bajo la mirada de una Bruria amodorrada, se levantó de la cama, se vistió y se marchó hacia la base sin decir una palabra. ⁹

Más tarde, Bruria encontraría en la mesa de la cocina la carta de cuatro páginas que Yoni le había escrito en el Sinaí y que nunca le había mandado. La misiva hizo llorar a Bruria, sobre todo el pasaje final: «Sé que no estoy contigo lo suficiente [...],

pero confío en ti, en mí, en los dos para conseguir vivir nuestra juventud con plenitud: tú, para vivir tu juventud y tu vida, y yo, mi vida y el último destello de mi juventud. Lo conseguiremos».¹⁰

2.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Fuera aún estaba oscuro cuando Maggy se levantó de su colchón en el edificio de la terminal antigua y fue a darse la ducha que había pospuesto el día anterior. Al regresar después de lavarse, descubrió a Jean-Jacques Mimouni leyendo una de las revistas favoritas de Maggy, *Science et Vie*, así que se sentó a su lado y juntos debatieron sobre un artículo que trataba sobre el África subsahariana y hablaba de Uganda.¹¹

A su alrededor, todo el mundo estaba empezando a removerse, aunque al amanecer aún le quedaba un rato. Emocionados por la perspectiva de su inminente liberación, pocos habían dormido bien. Moshe Peretz anotó en su diario: «Tenemos todas las pertenencias recogidas y estamos a la espera de que nos notifiquen cuándo nos vamos».¹²

4.00 GMT, Tel Aviv, Israel

A las 6.00, Simón Peres se despertó de un sueño intermitente con un fuerte dolor de muelas. Llevaba toda la semana viéndolo venir, pero había tratado de no hacerle caso porque no tenía tiempo para ir al dentista. En esos momentos, sin más opción ya, llamó al doctor Langer y concertó una cita para más adelante esa mañana. A continuación se dirigió a su oficina en la Kirya, donde una buena noticia lo estaba esperando: Kenia había aceptado permitir que los aviones de rescate «aterrizasen en su suelo en caso de dificultades durante el vuelo».

Peres estaba encantado con que uno de los principales obstáculos de la operación —cómo devolver los aviones a salvo a Israel— estuviese superado. Se apresuró hasta la oficina de Motta Gur para transmitirle la noticia en persona y vio con satisfacción el brillo en los ojos del jefe del Estado Mayor. Ambos coincidieron en que tener solucionado el problema del repostaje permitía lanzar la operación el sábado por la noche. Era «lo preferible, con mucho, dado que el ultimátum para entonces aún no habría expirado y las negociaciones seguirían en progreso». Con respecto al peligro de que los keniatas pudiesen filtrar la noticia del plan, ninguno de los dos estaba preocupado. Sabían que la política de los keniatas «era continuar negando que tenían en su poder a ninguno de los terroristas que pedían los secuestradores» —cosa técnicamente cierta, aunque no pudiesen admitir por qué— y que «su interés era que Israel montase una operación con éxito».

En vista de que Gur estaba entusiasmándose poco a poco con la idea de la misión de rescate de los Hercules —y de que el plan estaba «haciéndose operativo con rapidez»—, Peres creyó que era el momento oportuno para informar a Isaac Rabin de su existencia. Así, llamó a la Oficina del Primer Ministro y le dijo a Rabin que «en estos momentos, hablando en un tono personal más que oficial, estoy convencido de que tenemos una opción militar real disponible».

Tras repetir su opinión de que liberar a prisioneros «desmoralizaría seriamente la opinión pública en casa y debilitaría con mucho la posición y el prestigio de Israel en el exterior», describió el plan a grandes rasgos.

Rabin no parecía impresionado.

—Si fracasa, el golpe para las FDI y para el propio Israel será enorme —dijo Rabin—. Además, me da la sensación de que el plan tiene puntos débiles ya desde el comienzo. ¿Qué pasa si identifican y atacan al primer avión antes de que al resto de la fuerza le dé tiempo de aterrizar y desplegarse? No tendrán ninguna posibilidad. En cualquier caso, estoy atado a la decisión del gabinete.

Peres sabía que ese último comentario no era cierto en un sentido estricto: técnicamente, el primer ministro sí necesitaba el apoyo de su gabinete antes de autorizar una operación militar tan arriesgada como esa; pero en la realidad, costaba creer que algún ministro retirase su aprobación si el primer ministro, el ministro de Defensa y el jefe del Estado Mayor apoyaban un asalto militar. Peres sabía que su obstáculo más duro era llevarse a Rabin y a Gur a su terreno.

—Debe saber, primer ministro —respondió—, que Benny Peled confía en que el primer avión puede aterrizar sin levantar sospechas.

Rabin resopló, como si aquello fuese algo típico de Peled.

Consciente de que aún faltaba mucho para convencer a Rabin —y de que la persona con más probabilidades de hacerlo era el jefe del Estado Mayor—, Peres le dijo que llevaría a Gur a la Oficina del Primer Ministro a las 10.30. Al colgar, el dolor de muelas le recordó su cita con el dentista. Se marchó de inmediato hacia la consulta del doctor Langer. Por supuesto, no hubo ninguna mención a ninguna operación militar inminente hasta que el dentista, durante una pausa mientras lo trataba, le preguntó a Peres, que tenía la boca abierta, si sabía por qué a su hijo, soldado, le habían cancelado su permiso de fin de semana. El ministro de Defensa negó con la cabeza.¹³

4.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

A los rehenes les sorprendió y les encantó ver al presidente Idi Amin entrar a la sala de la terminal antigua a las siete de la mañana. Vestía de paisano, con su sombrero de vaquero, e iba acompañado de nuevo por su quinta esposa Sarah —ataviada «con un

vestido verde precioso»— y por su joven hijo Gamal Abdel Nasser Jwami. En sus dos últimas visitas, Amin había anunciado la liberación de rehenes, y pocos dudaban de que ese fuese el motivo de su regreso.

«Buenos días —dijo Amin en inglés, con expresión severa—. Puedo confirmarles que ayer su Gobierno aceptó negociar con el FPLP y por ese motivo salieron más rehenes libres. Sin embargo, desde entonces, Israel no ha aceptado las exigencias del FPLP y eso les pone a ustedes en grave peligro. Este edificio está rodeado por TNT y volará por los aires si no se cumplen esas exigencias.»

Aquello no era lo que los rehenes anglófonos esperaban oír y muchos murmuraron su desacuerdo. Amin levantó la mano para mandarlos callar. «Esta mañana salgo hacia la conferencia de la Organización para la Unidad Africana, de la que soy presidente, en Mauricio. Mientras esté allí, me mantendré en contacto con los diversos negociadores y seguiré haciendo todo lo que pueda para garantizar su liberación final. Para ayudar en ese proceso, les pido que escriban una carta a su Gobierno instándolo a aceptar las exigencias del FPLP, y que la tengan lista para la emisión de la una en Radio Uganda. Vendré a verlos cuando regrese, el sábado. Adiós.»

Cuando Amin se volvió para marcharse, muchos de los rehenes aplaudieron, aunque no todos habían entendido sus palabras. Los israelíes no anglófonos tuvieron que esperar a que Ilan Hartuv les tradujese sus palabras al hebreo, mientras que los rehenes franceses que estaban en un apuro similar recurrieron al piloto Michel Bacos para que los iluminase. Una vez puestos todos al día, una depresión enorme cayó sobre el grupo. La noche antes los habían llevado a creer que Israel había aceptado liberar a los cuarenta prisioneros. En ese momento se dieron cuenta de que no era el caso y de que las negociaciones seguían en proceso. El peligro para ellos era entonces que las dos partes no lograran llegar a un acuerdo.¹⁴

Con eso en mente, algunos de los rehenes argumentaron con vehemencia que debían seguir la sugerencia de Amin y escribir una carta al Gobierno de Israel; otros estaban en desacuerdo. La división, anotó Moshe Peretz, se produjo entre «muchos de los hombres de familia y los miembros de la tripulación, salvo el capitán», que estaban a favor, y los rehenes israelíes más jóvenes, que estaban en contra.¹⁵

Para Ilan Hartuv, el portavoz no oficial de los israelíes, la decisión de si escribir o no la carta resultó algo tormentoso. Lo debatió una y otra vez con sus compañeros miembros del comité —Yitzhak David, Uzi Davidson, Baruch Gross y Akiva Laxer—, hasta que al final decidieron escribir una versión edulcorada que Janet Almog, estadounidense de nacimiento, tradujo al inglés. Durante mucho rato, sin embargo, retrasaron su entrega a los terroristas, tanto para saltarse la emisión de la una como para demostrar, según lo expresó David, «que seguimos conservando los ánimos».¹⁶ Fue Bacos quien al final los convenció de que se la diesen. El capitán le dijo a Hartuv: «Mire, tienen que darles la carta. Están muy agitados y no sé lo que van a hacer».¹⁷

Así pues, salieron juntos y les entregaron la carta a Böse y al Peruano. Dirigida al Gobierno de Israel, la misiva decía: «Nosotros, todos los israelíes secuestrados cerca de Atenas y llevados hasta el aeropuerto de Entebbe, le agradecemos personalmente a S[u] E[xcelencia] el capitán general Idi Amin, presidente de la República de Uganda, su preocupación personal por nuestra seguridad y comodidad y sus muchas visitas a nuestro grupo. El presidente nos ha informado de sus esfuerzos inquebrantables para obtener nuestra liberación. Por tanto, le pedimos al Gobierno que reaccione positivamente a esos esfuerzos para lograr la liberación y el regreso a salvo de todas las personas que estamos retenidas aquí».¹⁸

Tras leer la carta, el Peruano negó con la cabeza.

—No es esto lo que les hemos pedido que hagan.

—Mire —respondió Hartuv—, nuestro Gobierno conoce a los israelíes y sabe cómo pensamos. Saben que nunca les pediríamos que liberasen a prisioneros a no ser que nos pusieran una pistola en la cabeza. Esto es lo máximo que podemos hacer.¹⁹

El Peruano se encogió de hombros y cogió la carta. El texto no se emitió al mundo, a través de Radio Kampala, hasta las 17.00 del día siguiente.²⁰

6.00 GMT, centro de Israel

El sargento Amir Ofer se bajó del coche con su macuto, le agradeció el viaje al conductor y se acercó a las puertas de la base de la Unidad. Pudo ver todas las señales típicas de una operación inminente: férrea seguridad en la entrada y mucha actividad al otro lado. Pero lo que reforzó sus sospechas de que Entebbe era el objetivo fue la réplica de la terminal antigua cerca de la verja del perímetro.

Dentro de la base, recibió la confirmación final del comandante de su equipo, el teniente Amon Peled, que había llegado la noche antes. «Se va a montar una operación para liberar a los rehenes de Entebbe. La encabezará la Unidad y nuestro equipo será la punta de lanza.»

La mayoría de los soldados de la Unidad se habrían sentido honrados y emocionados al oír que los habían seleccionado para una tarea así de vital. Pero Ofer no. Notó una presión en el pecho y un temblor de miedo que lo recorrieron de arriba abajo. Sabía demasiado bien lo peligroso que era estar entre los primeros en entrar a una sala llena de rehenes, y consideró una maldición que ese trabajo le hubiese llegado tan cerca de su licenciamiento. No obstante, guardó para sí sus pensamientos y se limitó a asentir.

Tras dejar a Peled, fue a recoger su chaleco de munición, que le había regalado a un recluta joven anticipándose a su licenciamiento, y luego se dirigió a la cabaña de intendencia a reponer el material. Había otros soldados amontonados en torno al mostrador, y cuando llegó el turno de Ofer, el soldado pidió el material usual. Sin embargo, mientras tenía en la mano una baliza para helicópteros, se le ocurrió que ningún helicóptero lo podría rescatar de Entebbe, que estaba prácticamente «donde se

termina la tierra». Devolvió la baliza y se llevó el resto del equipo a unos barracones cercanos para preparar el chaleco de munición antes de que empezasen las sesiones informativas y los simulacros.²¹

Yoni Netanyahu, mientras tanto, estaba dándoles las «órdenes de advertencia» sobre la operación a los oficiales de la Unidad, entre ellos, uno o dos que, como Peled, no habían estado en la sesión informativa de la noche. El único cambio crucial con respecto al plan acordado con Betser era que Netanyahu estaría al frente de uno de los equipos de asalto. Al oír aquello, Betser y otros cuantos trataron de convencer a su comandante de que permaneciese fuera y dejase que sus subordinados irrumpieran en la terminal. Pero Netanyahu insistió: el motivo era que Ehud Barak, quien había recibido el mando general del asalto, pretendía colocar su puesto de mando delante de la terminal antigua. Al saberlo, Netanyahu pensó que, si no participaba en el asalto, su presencia allí sería en realidad superflua.²²

6.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Una vez que estuvo recogido el desayuno, Brigitte Kuhlmann entró en la sala grande y anunció en inglés: «Que todo el mundo coja sus colchones y sus pertenencias y se traslade a la pared del fondo de la sala para que el personal ugandés pueda barrer y pulir. ¡Vamos!».

Le siguieron las interpretaciones al hebreo y al francés, pero ni lo bastante rápido ni con la suficiente precisión para que todo el mundo entendiese el mensaje, así que, mientras la gente titubeaba, Kuhlmann perdió la compostura. «¡Les he dicho que se coloquen allí!», gritó, agitando la pistola en dirección a la pared del fondo, «¡Venga, muévanse!».

Los rehenes iban chocándose entre sí y tropezando con sus pertenencias mientras se apresuraban a obedecer. Una vez que la mayoría de la sala estuvo despejada, tres trabajadores del aeropuerto entraron con escobas y procedieron a barrer el suelo, mientras que otro empujaba una máquina grande de pulimentado. Algunos optimistas consideraron la limpieza como una señal de que pronto se marcharían, aunque la mayoría estaban resignados a permanecer allí unos días más.

A las 10.00, Wilfried Böse sacó a Bacos y a Lemoine, el piloto y el ingeniero de vuelo, para llevarlos al Airbus, que continuaba estacionado en la plataforma situada delante de la terminal antigua. Cuando estuvieron en el avión, les dijeron que encendiesen los motores y deslizasen el aparato para acercarlo al edificio; con qué objetivo, Böse no lo explicó. Tras hacerlo, a Bacos y a Lemoine les dieron permiso para recoger de las cabinas cualquier libro y revista abandonados; iban a distribuirlos entre los rehenes que, tras cuatro días de estancia en Uganda, se estaban quedando sin cosas que leer. Jean-Jacques Mimouni estuvo encantado de recuperar su número de la revista *Atlas*, y avanzó hasta un reportaje sobre la región francesa de Poitou-

Charentes, con una foto especialmente bonita de dos campesinos delante de una mesa repleta de vino, pan rústico y queso camembert. En cuanto alguno de los judíos no *kosher* veía la imagen, empezaba a salivar literalmente.

Fuera, el autobús amarillo se puso a hacer viajes regulares al avión, lo que llevó a Agnès a especular con que lo estaban limpiando para su marcha. Desde luego, los terroristas en general, y los palestinos en particular, parecían notablemente relajados, como si las negociaciones estuviesen acercándose a una conclusión satisfactoria.

Una brisa fuerte llegaba del lago y ofrecía cierto alivio a los rehenes que sudaban en la sala grande. Y también provocaba el quejido de los motores del Airbus mientras giraban las aspas.

—¿Por qué siguen encendidos los motores? —le preguntó Jaber al capitán Bacos.

El francés alzó las cejas.

—No lo están. Es el viento.²³

8.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Después de que le arreglasen el diente, Simón Peres fue a hablar con Chaim Zadok, el ministro de Justicia. Según sus cálculos, dos miembros de la comisión ministerial formada por seis hombres —Yigal Allon y Gad Yaacobi— probablemente apoyasen su petición de un asalto militar, y uno más le daría una mayoría rotunda. Trató de convencer a Zadok diciéndole que el sionismo y la soberanía de Israel estarían perdidos si no rescataban a los rehenes.

Zadok negó con la cabeza.

—La cuestión no es esa, sino si hay un plan de rescate militar, y uno con una alta probabilidad de éxito.

—Lo hay —respondió Peres.²⁴

Tras explicárselo con más detalle, Peres dejó a Zadok seguro de que tenía «un firme aliado».

A continuación, convocó una reunión en su oficina con Gur, Adam, Peled, Gazit y sus asesores superiores, además de Yitzhak Hoji, jefe del Mossad, para discutir el rescate.

—¿Qué harán nuestras tropas si se encuentran con la resistencia de las fuerzas ugandesas en el aeropuerto de Entebbe? —le preguntó Gur a Peres.

—Tirar a matar —fue la respuesta instantánea.

Gur asintió satisfecho.

—Eso facilitará mucho la planificación detallada de la operación.

Pasaron entonces a discutir la noticia de que Amin se había marchado para la reunión de la OUA en Mauricio, y no regresaría a Uganda hasta el sábado por la noche como muy pronto, o quizá el domingo.

—En tal caso, deberíamos designar a uno de nuestros soldados como suplente —sugirió uno de los presentes—. Necesitamos encontrar a uno de una altura y corpulencia adecuadas, vestirlo como Amin y pintarle la cara de negro. La Unidad ya está planeando llevar una limusina para que los ugandeses piensen que dentro viaja un alto oficial. ¿Por qué no meter ahí al «doble» de Amin?

—Porque si Amin regresa de Mauricio antes de que nuestros aviones lleguen, los ugandeses se van a oler el pastel —intervino otro.

Gur resumió entonces el plan de vuelo y las diferentes etapas de la operación sobre el terreno.

—Los aviones despegarán de Sharm el-Sheij, el punto más cercano, a última hora de la tarde del sábado. Volarán directamente por el medio del mar Rojo, para no doblar a la derecha hasta que no lleguen a Etiopía, que no dispone de radares que puedan rastrear aviones de vuelo alto. Al final, se acercarán a Entebbe sobrevolando el lago Victoria, la ruta utilizada por la mayoría de las aerolíneas comerciales que llegan al país. El rescate llevará un máximo de catorce minutos: dos para que el Hercules en cabeza se deslice hasta detenerse; dos más para que desembarquen las tropas y los vehículos poco después de que los otros aviones hayan empezado a aterrizar; cinco minutos para llegar al edificio de la terminal, y otros cinco para completar el rescate.

—Suenan plausible —dijo Peres—. ¿Sigue habiendo algo que le preocupe, Motta?

—Un par de cosas. En primer lugar, tenemos que examinar el nivel de riesgo al que exponemos a los rehenes. Aún no sabemos exactamente dónde están todos retenidos, si los han vuelto a reunir en la sala grande o siguen divididos entre las dos salas, ni tampoco dónde se encuentran apostados los terroristas. Necesitamos más información al respecto. También me hace falta saber si la tripulación de los Hercules sabrá aterrizar en un aeródromo desconocido de noche. Le he pedido a Benny que me monte un simulacro esta noche —dijo Gur, asintiendo hacia Peled—. Estaré en la cabina de mando, y si no regreso, ya sabréis la respuesta.

—¿Y qué pasa con las defensas aéreas de Entebbe? —preguntó Peres—. ¿No le preocupaban antes?

—No creemos que tengan —respondió Hofi—, pero lo sabremos con seguridad cuando uno de mis hombres haya sacado fotos del aeropuerto desde una avioneta. Va camino de Nairobi, donde alquilará una avioneta para hacer el trabajo. Deberían llegarnos las imágenes mañana por la mañana.

—Bien. Bueno, si eso es todo, creo que es hora de que Motta le exponga el plan con detalles al primer ministro.

Peres se llevó consigo a esa reunión crucial a Gur, Hofi y sus asesores. Para recibirlos en la sala de conferencias de la Oficina del Primer Ministro estaban Rabin y Freuka Poran. Rabin habló primero y los puso al día sobre los esfuerzos que el

general Ze'evi estaba llevando a cabo en París para avanzar en las negociaciones con los secuestradores. A continuación, Gur detalló el plan de rescate, mientras Rabin «formulaba preguntas respecto a las condiciones sobre el terreno».²⁵

Según Rabin, fue el primer plan operativo que «pudo plantearse como razonablemente factible». Sin embargo, consideraba que aún quedaban dos cuestiones sin aclarar: «¿Cómo iba a llegar la fuerza de asalto a su objetivo por sorpresa? ¿Y cómo tomarían la zona en manos de los terroristas y las tropas ugandesas antes de que estos tuviesen tiempo de matar a los rehenes?».

Al principio, a Rabin le había preocupado la advertencia de Amin de que la terminal antigua estaba bordeada de explosivos. Sin embargo, varios informes de los rehenes liberados —incluidos los últimos recibidos de los estadounidenses y de Cojot— le habían hecho dudar de que eso fuera cierto. Quizá el factor decisivo fuese la convicción de que Amin nunca habría acuartelado a parte de sus tropas en la primera planta de la terminal antigua, sobre las dos salas en las que se encontraban retenidos los rehenes, si el edificio hubiese estado de verdad minado de explosivos.²⁶

Pasada una hora, la reunión se amplió e incluyó a Zadok y a otros miembros de la comisión ministerial. Mientras volvía a exponer su propuesta, Gur no dejaba de subrayar «la suprema importancia de mantener un secreto absoluto».²⁷ Cuando acabó, Yigal Allon preguntó:

—Entonces ¿se trata de un vuelo sin defensa aérea?

—Sí, sin defensa —respondió Rabin—. El problema, como bien has apuntado, es la interceptación en ruta.

—El plan sí que tiene una ventaja —intervino Peres— y es el elemento sorpresa. No sabrán que vamos.

—Puede ser, pero sigue siendo la operación más arriesgada de la que hayamos tenido conocimiento —dijo Rabin.

A continuación añadió que la decisión final dependería del gabinete en pleno, y que habría que decirles a todos los ministros que permaneciesen en Tel Aviv, pendientes de una reunión para el sábado de la comisión ministerial secreta de Defensa. De ese modo, los ministros ortodoxos, que no conducían los *sabbats*, se mantendrían a una distancia abarcable a pie de las oficinas del Gobierno en Tel Aviv.²⁸

—Hay más de ochenta israelíes atrapados en esa terminal —concluyó Rabin—. Aun así, la información que tenemos en nuestro poder dista mucho de ser la adecuada. Estoy a favor de que todos los preparativos sigan adelante, pero propongo que lo veamos como algo subsidiario a las negociaciones que hay en marcha. —Hizo una pausa, muy pensativo, antes de continuar—: Si al menos pudiese conseguir que liberasen a las mujeres y a los niños... Eso lo cambiaría todo.²⁹

8.50 GMT, Ewhurst, Surrey, Reino Unido

Chapman Pincher, el caballeroso periodista de investigación del *Daily Express* y experto en seguridad, estaba escribiendo en el estudio de su hacienda del condado de Surrey cuando sonó el teléfono. Era un contacto del Mossad emplazado en París.

—¿Le interesaría una exclusiva sobre lo que los rehenes liberados nos han revelado de sus experiencias en Entebbe?

—Pues claro. Cuénteme más.

Así lo hizo el agente, concentrándose sobre todo en la convicción que tenían los rehenes de que Amin estaba trabajando mano a mano con los terroristas. En especial, subrayó sus afirmaciones según las cuales Amin había permitido que otros terroristas se uniesen a los secuestradores originales, les había dado armas adicionales a los terroristas, metralletas incluidas, y les había dicho a las tropas ugandesas que ayudasen a custodiar a los rehenes para que los secuestradores pudiesen dormir.

—Le sugiero que le dé la máxima difusión.

—Así lo haré —prometió Pincher, y en cuanto colgó el teléfono empezó a escribir el artículo para publicarlo en el *Daily Express* del sábado.

Pasado un rato se detuvo. Había algo raro. Se había dado cuenta por el tono de su informante de que resultaba vital que esa información se publicase lo más rápido posible, pero ¿por qué? Lo estuvo reflexionando un rato y al final decidió que aquello formaba parte de una típica maniobra de las operaciones psicológicas israelíes —la difusión de información seleccionada para influir en la opinión pública— contra el secuestro y todo lo que iba asociado a él. En cualquier caso, confiaba «plenamente en la precisión de esas afirmaciones» porque conocía a ese contacto desde hacía muchos años y nunca hasta entonces le había dado información falsa.

Continuó escribiendo.³⁰

9.00 GMT, cerca de París, Francia

—En realidad, reparé en dos de los secuestradores cuando estábamos en la zona de salidas de Atenas —le dijo George Good al diplomático británico de menor rango que los llevaba en coche a él y a su amigo Tony Russell (el Navegante) hasta el aeropuerto para coger su vuelo de vuelta a Londres—. Eran la muchacha alemana y el más alto de los dos palestinos, que tenía un pelo rubio y largo y se parecía un poco a Mick Jagger. A él lo recuerdo por su aspecto algo salvaje.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó el diplomático.

—Bueno, tenía los ojos muy abiertos y mirada de loco, como si estuviese colocado. No parecía encontrarse bien. Y eso me hace pensar en que el método de seguridad más eficaz en los aeropuertos debería ser que unos observadores bien formados sencillamente estudiaran el aspecto y el comportamiento de los pasajeros que están esperando para embarcar en vuelos internacionales.

—¿Tenían explosivos los secuestradores?

—Creo que sí —respondió Russell—. Desde luego, acoplaron lo que a mí me parecieron varas de gelignita a las puertas del avión en Bengasi.

—¿Cuál fue el peor momento de la semana?

—Cuando nos separaron en dos grupos: los israelíes y el resto. Se podía cortar la tensión con un cuchillo, y para calmarnos, uno de los terroristas dijo que habría libertad de movimiento entre las dos salas. Eso nunca ocurrió. El acceso de una sala a la otra estaba bloqueado, salvo para los israelíes que querían usar el baño.

—¿Hubo momentos de alivio y relax?

George Good sonrió.

—Algunos. Como la vez en que el sombrero Stetson de Idi Amin salió volando por la corriente descendiente de su propio helicóptero. Pero esa misma corriente echó a volar también ropa que los rehenes tenían colgada para que se secara en el tejado del edificio.

Pararon delante de la zona de salidas.

—Ha sido toda una aventura para ustedes, ¿no?

—Sí —respondió Russell—. Aunque nuestras familias no dirían lo mismo. Mi esposa, Edith, ha vivido un infierno, y esto aún no se ha acabado para los familiares de los rehenes que quedan en Uganda.

—Para mí no ha estado tan mal —intervino Good—. Soy viudo y mis hijos son ya adultos. He tenido una buena vida, así que no estaba demasiado preocupado.³¹

Una vez de vuelta en la Embajada británica —el precioso Hôtel de Charost del siglo XVIII situado en la Rue du Faubourg Saint-Honoré, y antigua casa de Pauline, la hermana de Napoleón Bonaparte—, el diplomático envió un informe sobre esa conversación al Foreign Office de Londres. Casi con toda seguridad, la única información realmente útil sobre los explosivos la compartieron con los israelíes.

9.05 GMT, centro de Israel

Justo pasadas las 11.00, la animada charla se desvaneció cuando Ehud Barak, Yoni Netanyahu y el oficial de inteligencia, el capitán Avi Livneh, entraron en la abarrotada sala de información de la base de la Unidad. La temperatura superaba los veinticinco grados y, pese a los ventiladores del techo y las ventanas abiertas, muchos de los soldados sudaban profusamente. Barak y Netanyahu ocuparon sus asientos en la primera fila, junto a Muki Betser, mientras que Livneh subió las escaleras hasta el estrado donde, sobre una plataforma, habían colocado un esquema del aeropuerto y un dibujo esquemático de las diversas salas y entradas a la terminal antigua.

Livneh empezó resumiendo la información disponible: «Ciento dos rehenes, en su mayoría israelíes, están retenidos en la terminal antigua del aeropuerto de Entebbe, bien en la sala grande, aquí —dijo, dando unos golpecitos en el esquema con un palo— o en la sala más pequeña, al lado. Y posiblemente en ambas, aunque sospechamos que a los israelíes los han devuelto con los demás a la sala grande. De siete a diez

terroristas (los informes varían), armados con pistolas y subfusiles, se turnan para custodiar a los rehenes, patrullando de vez en cuando en el interior de las salas. Los terroristas dicen que han puesto trampas en los edificios con explosivos, pero acabamos de recibir información de algunos rehenes liberados en París según la cual los explosivos son falsos».

Livneh continuó diciendo que había informes que hablaban de entre sesenta y cien paracaidistas ugandeses armados custodiando la terminal y trabajando codo con codo con los terroristas. Por lo general estaban desplegados a unos treinta metros del edificio, y espaciados cada diez metros, pero de noche la mayoría se acuartelaban en la primera planta del edificio. Al menos una vez, se habían visto ugandeses en el tejado del edificio.

Avi Livneh concluyó su sesión informativa explicando el diseño de esa parte del aeropuerto: la torre de control adyacente que dominaba la zona circundante; la base militar, unos ciento ochenta metros al este, donde había uno o dos batallones de infantería y un escuadrón de cazas MiG, y una carretera que unía el norte del aeropuerto con la ciudad de Entebbe, donde se ubicaban el palacio presidencial de Amin y otra guarnición de tropas.³²

Cuando Livneh bajó del estrado, Barak ocupó su lugar. Apenas había empezado a informar sobre el asalto a la terminal antigua cuando un joven oficial de guardia entró en la sala.

—Lo siento, coronel, pero acabo de hablar con el general Adam. Quiere que se presente usted de inmediato en su oficina de la Kirya.

—¿Cómo, ahora? ¿No le ha dicho que estoy en una sesión informativa?

—Sí, señor, pero ha insistido mucho. Quiere que le ceda su sitio al coronel Netanyahu y salga de inmediato hacia Tel Aviv.

Barak suspiró y se dirigió a Netanyahu.

—Yoni, va a tener que ocuparse usted. Volveré en cuanto solucione esto.

Netanyahu asintió, tratando de ocultar su satisfacción. Algo le decía que Barak no iba a regresar.

Media hora después, Barak entró en la oficina de Kuti Adam en la Kirya.

—Lo siento, Ehud, pero ha habido cambio de planes —le dijo Adam en tono arrepentido—. Lo vamos a sacar de la fase de asalto de la operación y a poner a Yoni al mando. Por favor, llame y comuníquesele.

Barak estaba atónito.

—¿Por qué?

—Tenemos otro trabajo igual de importante para usted. Dentro de dos horas queremos que esté en un vuelo a Nairobi. Su tarea cuando llegue allí será doble: primero, garantizar que va a ser posible que los aviones reposten en Kenia a la vuelta, y en segundo lugar, crear planes de contingencia por si la operación fracasa, porque puede fracasar.³³

En la base de la Unidad, Yoni estaba recapitulando la información.

—Algunos de los equipos de asalto recibirán megáfonos para que puedan dar instrucciones claras a los rehenes, en especial, decirles en los primeros momentos que se tumben y permanezcan quietos. Los rehenes no van a responder necesariamente como podrían hacerlo en una situación similar en Israel, donde habrían esperado que el Ejército los rescatase. En Entebbe estos los pillaré totalmente por sorpresa y su comportamiento será impredecible. Los megáfonos servirán de ayuda, también para después del tiroteo, cuando alguno pueda entrar en pánico y tratar de escapar del edificio. ¿Alguna pregunta?

Un soldado levantó la mano.

—Señor, ha dicho usted que los TBP no se moverían para darnos apoyo hasta que no estuviesen todos en tierra. ¿No tendría sentido que el primer par fuese hasta la terminal antigua en cuanto haya desembarcado? De ese modo, tendríamos más potencia de fuego antes.

—Bien visto. Lo estudiaremos. ¿Algo más?

—Señor, ¿y si no podemos despegar de Entebbe por algún motivo? ¿Qué hacemos entonces?

Yoni sonrió.

—No se preocupen. Tendremos un montón de potencia de fuego y, si todo lo demás falla, utilizaremos nuestros vehículos y requisaremos todos los que podamos encontrar, y nos abriremos paso hasta Kenia por tierra. Vamos a llevar mapas con las posibles rutas hasta la frontera keniana.

—Sí, y seremos los únicos con vehículos suficientes para llegar tan lejos. Los paracaidistas y la Golani tendrán que quedarse atrás, como siempre —bromeó otro soldado.

Mientras las risas remitían, Netanyahu preguntó:

—¿Es todo?

Un veterano de gesto serio levantó la mano.

—Señor, tengo la sensación de que estamos quebrantando todas las normas de combate con esta operación. Quizá haya hasta diez terroristas en la sala grande cuando lleguemos. Eso son más que los seis soldados asignados a las dos entradas de la sala. Nos superarán en número, y además estaremos expuestos y seremos vulnerables. Y la presencia de los rehenes nos impide lanzar granadas y recurrir a ráfagas de disparos. No tiene ningún sentido.

—Quizá no, pero no hay otra opción —respondió Netanyahu—. El primer Hercules solo puede llevar esa cantidad de vehículos y combatientes. Tendremos que entender la batalla conforme se desarrolle y reaccionar. Y no lo olviden: contamos con el elemento sorpresa y los TBP de Shaul [Mofaz] estarán con nosotros al momento. Si todo el mundo hace su trabajo, no habrá ningún problema. Es viable.³⁴

10.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

A las 13.00 llegó el típico almuerzo al edificio de la terminal antigua —carne en salsa, arroz, patatas, un poco de pan y medio plátano—, animado un poco por la donación de aceitunas y *harissa* hecha por dos de los rehenes.³⁵ Jean-Jacques Mimouni destacaba entre el grupo de repartidores, ya que se aseguraba, en palabras de Moshe Peretz, de «que nadie se quedara sin su ración y nadie se viera desfavorecido». ³⁶ Rebotante de buen ánimo, el joven franco-israelí había estado repartiendo además té y café sin exigir «nada para sí mismo».

Dora Bloch, una de las agradecidas receptoras, no había hecho más que comerse un bocado de su comida cuando empezó a toser descontroladamente.

«¿Qué le pasa, madre?», le preguntó su hijo, Ilan Hartuv.

La mujer se señaló la garganta, como si se le hubiese quedado algo atrapado. Hartuv suspiró. Ya en otra ocasión, su médico le había tenido que sacar un trozo de carne que se le había alojado en la cavidad de la garganta, y en ese momento le estaba ocurriendo otra vez. Hartuv le golpeó en la espalda sin resultado. A continuación, llamó a un médico israelí, Hirsch, que trató de sacarle el trozo con el dedo, sin éxito. Al final, Hadassa, la esposa de Yitzhak David, una enfermera con formación, llevó a la señora Bloch al baño y trató de hacerla vomitar. Nada funcionó.

Hartuv le pidió entonces al terrorista que tenía más cerca, Brigitte Kuhlmann, que fuese a buscar al doctor Ayad, el médico egipcio ofrecido por Idi Amin. Ayad preguntó qué pasaba y la señora Bloch, que se había criado en Egipto, logró explicárselo en árabe entre tos y tos. Preocupado de que pudiese ahogarse mientras dormía, Ayad convenció a los terroristas de que la mujer necesitaba tratamiento hospitalario.

—Quiero ir con ella —dijo su hijo.

—¡No, de ninguna manera! —gritó Kuhlmann—. Hay que ser idiota para pensar que os vamos a dejar marchar a los dos. Irá ella y tú te quedas aquí.³⁷

Así pues, a Dora Bloch se la llevaron en ambulancia al hospital New Mulago, acompañada por Ayad y la enfermera ugandesa; el hospital, con mil ochocientas camas y situado en el norte de Kampala, era el más grande y el mejor equipado del país. Pese a lamentar que su hijo no pudiese acompañarla, la señora Bloch se sentía aliviada por escapar de la terminal antigua, donde las condiciones de vida eran cada vez más apestosas, incómodas y peligrosas.

El ministro de Sanidad, Henry Kyemba, se encontraba fuera de la ciudad y no se enteró del ingreso de la señora Bloch en el Mulago hasta la noche, momento para el que el trozo de carne ya «lo había extraído fácilmente uno de los cirujanos en una operación menor». ³⁸ Kyemba le dijo al director del hospital que dejara descansar a la señora Bloch, y que regresaría a Kampala a visitarla a la mañana siguiente.

10.15 GMT, centro de Israel

Yoni Netanyahu estaba esperando con miembros de su equipo a la puerta de la oficina de Dan Shomron, situada en una base a unos kilómetros de donde se encontraba la sede de la Unidad, cuando recibió una llamada telefónica. Regresó al poco con una sonrisa enorme en la cara. «Ehud está fuera. Lo han retirado. Yo quedo al mando del asalto.»

Momentos después convocaron a un aliviado y emocionado Netanyahu a la oficina de Shomron para presentar su plan perfilado, que recibió la aprobación sin enmiendas. Uno de los cambios de última hora que Netanyahu había introducido en el plan estaba relacionado con el papel que él mismo desempeñaría. Estando Barak fuera del escenario, él dirigiría todos los asuntos y no formaría parte del asalto en sí. Esa tarea podía quedar en manos de Betser, tal y como se había acordado al principio. Netanyahu y el grupo de mando, entretanto, se apostarían a las afueras de la entrada central de la terminal antigua. Desde allí, Netanyahu sería capaz de controlar los movimientos de todas sus tropas, además de acceder a la sala grande si era necesario.³⁹

Para cuando Netanyahu regresó a su base, el Mercedes grande —un componente crucial para el plan de asalto— había llegado ya. Sin embargo, más allá de tener tres filas de asientos, distaba mucho de ser ideal. Muki Betser había estipulado contar con un Mercedes negro en buenas condiciones, similar al modelo usado por los militares en Uganda. Aquel vehículo era viejo, blanco y se caía a cachos.

—Necesita un montón de arreglos.⁴⁰

Ese fue el veredicto del sargento mayor Danny Dagan, de cuarenta y dos años, mecánico experto que conduciría uno de los TBP.

—Los que sean —le respondió Betser—. Usted asegúrese de que funcione para hacer el camino desde el avión hasta la terminal. Póngale un segundo encendido, por si acaso. Y píntelo de negro.

Dagan empezó a trabajar en el coche, pero las múltiples reparaciones —que incluían realinear el alternador, sustituir los neumáticos, emparchar el depósito de combustible, hacer una matrícula falsa y acoplar una banderita ugandesa al capó— le ocuparon el resto del día y la mayor parte de la noche.⁴¹ No ayudó que ese trabajo se viese constantemente interrumpido cada vez que tenían que llevárselo para hacer diversos ensayos prácticos. Con todo, no se podía decir que fuese la preparación ideal para una gran operación y suponía un ejemplo de la permanente mezquindad a la que se enfrentan todos los Ejércitos, incluso las fuerzas especiales.

Entretanto, los hombres seleccionados para la misión hacían simulacros constantes. «Cuando los soldados ugandeses vean el Mercedes van a dar por sentado que se trata del coche de un oficial —les dijo Betser—. No tratarán de detener a un oficial de alto rango. Por lo que a ellos se refiere, tendremos el aspecto de un brigadier ugandés y su escolta. No van a dispararnos, al menos hasta que empecemos a disparar nosotros. E incluso si no están seguros de nuestra identidad, el dilema los hará dudar el tiempo suficiente para que lleguemos a la terminal. Sin embargo, si por

algún motivo empiezan a disparar, hay que dejar que los equipos de apoyo se ocupen de eso. Nosotros nos concentraremos en el asalto, eliminando a los terroristas y luego defendiendo a los rehenes hasta que llegue el momento de meterlos en el avión.»⁴²

12.00 GMT, Tel Aviv, Israel

A las 14.00, los dieciocho miembros del gabinete en pleno entraron en fila en la sala de conferencias de Isaac Rabin en la Kirya. El propósito de la reunión no era informarlos de un posible plan militar —era demasiado pronto para eso—, sino más bien debatir sobre las negociaciones en curso y asegurarse de que los ministros pasaran la noche en Tel Aviv.

Rabin empezó mencionando la conversación que había mantenido con Menachem Begin, el líder de la oposición, un día antes.

—Begin le ha aconsejado al Gobierno no enredarse estipulando antes de las negociaciones que no aceptaremos ni el número de prisioneros ni sus nombres. Le preocupaba que pudiéramos vernos forzados a otra humillante marcha atrás. Mi respuesta ha sido que estaba de acuerdo con su propuesta. Debemos ser todos conscientes de que, desde el momento en el que separaron a los rehenes en israelíes y no israelíes, liberando a estos últimos, el asunto pasó a ser un problema de Israel. Nadie va a estar con nosotros. La decisión será nuestra, y solo nuestra. Sinceramente, al resto del mundo le importa un pimiento. En el mejor de los casos, se solidarizarán con nosotros, o ni eso. Como resultado, no tenemos a nadie a quien recurrir salvo a nosotros mismos, y la decisión no la va a tomar nadie más que el Gobierno israelí. — Rabin hizo una pausa y recorrió la mesa con la mirada, a la espera de algún comentario. Al no surgir ninguno, continuó—: Estamos llevando a cabo las negociaciones para la liberación de los prisioneros, pero les hemos dicho a nuestros negociadores que no empiecen a discutir sobre números. Les hemos pedido también que no excluyan a los terroristas con las manos manchadas de sangre. No querría ver fracasar todo esto.

Cuando le llegó el turno de hablar, Peres dio el primer indicio de que se estaba planteando una opción militar.

—Si contamos desde mañana, solo nos queda medio día, y les recomiendo a todos los ministros que estén preparados para quedarse aquí un tiempo. Mañana va a ser un día de emociones fuertes.⁴³

13.00 GMT, Londres, Reino Unido

Tras recibir las noticias de que dos de los rehenes liberados, Tony Russell y George Good, habían regresado a salvo a Gran Bretaña esa mañana en un vuelo desde París, los oficiales del Foreign Office en King Charles Street apartaron la vista de Uganda.

Por lo que a ellos se refería, ningún otro titular de un pasaporte británico estaba retenido en Entebbe. En adelante, aquel era un problema israelí.

Dado que el ministro de Exteriores, Tony Crosland, pasó ocupado la mayor parte del día en comisiones del gabinete y en la Casa de los Comunes, ministros menores y oficiales de alto rango asumieron la responsabilidad de atar los cabos sueltos. Por tanto, fue Peter Rosling, director del Departamento para África Oriental, quien le diese las gracias a «Amin en nombre del Gobierno de Su Majestad por haber logrado garantizar la liberación de los individuos británicos de manos de los secuestradores».⁴⁴ Debía añadir, le indicó Rosling, «que el Gobierno de Su Majestad espera fervientemente que los esfuerzos [de Amin] por garantizar la liberación rápida y segura del resto de los rehenes y del avión tengan el mismo éxito».

En un nivel más práctico, David Goodall, del Departamento para Europa Occidental, informó a sus colegas de alto rango de que si el Gobierno de Alemania Occidental de Helmut Schmidt optaba por ayudar a los israelíes liberando a algunos de sus seis prisioneros —tres de ellos retenidos en Berlín Occidental, todos terroristas de Baader-Meinhof—, cobraría sentido que Gran Bretaña —en esos momentos, en la presidencia de la Kommandatura Aliada de las tres potencias creada para gobernar sobre la mitad occidental de la ciudad en 1945— aceptase en principio ofrecer transporte aéreo si era necesario. El precedente para ello databa de solo un año antes, durante una crisis de rehenes similar en la Embajada de la República Federal de Alemania (RFA) en Estocolmo, cuando Gran Bretaña había ofrecido un avión de la Royal Air Force en Berlín Occidental. Goodall escribió: «En ese caso, el Gobierno federal decidió no acceder a las exigencias de los terroristas y no hizo falta el avión».⁴⁵ No obstante, en aquella ocasión podía ser diferente.

Oficialmente, el portavoz del Gobierno de la RFA seguía insistiendo en que todos los países afectados «debían llegar a una posición común». Aun así, los informes de prensa alemanes del 2 de julio predecían ya que la Unidad de Emergencias —una comisión de ministros de mayor jerarquía y políticos de la oposición creada unos días antes para manejar la crisis— estaba a punto de liberar a los seis terroristas alemanes. Desde luego, los propios prisioneros creían que así iba a ser, por lo que dos de los retenidos en Berlín Occidental «supuestamente habían recogido sus cosas y limpiado sus celdas».

Lo cierto era que Schmidt y sus colegas de la Unidad de Emergencias estaban siguiendo la estela de Israel. El 1 de julio, Yigal Allon le había asegurado a Hans-Dietrich Genscher, el ministro de Exteriores alemán, que los israelíes pondrían fin a la crisis de Entebbe «bajo su propia responsabilidad». De eso los alemanes extrajeron la conclusión de que no debían tomar ninguna decisión apresurada de liberar a los rehenes, «sino más bien dejar a los israelíes el máximo margen de maniobra».⁴⁶

13.00 GMT, centro de Israel

Para coordinar el movimiento del equipo de asalto con el avión que los llevaba a Entebbe, Yoni Netanyahu y sus oficiales de alto rango celebraron una reunión en su base a las 15.00 con la tripulación del Hercules: el teniente coronel Joshua Shani, su copiloto y su navegante jefe.

Para Shani, aquella hora fue incómoda. La conversación se vio interrumpida con frecuencia por llamadas de teléfono para Netanyahu que, entretanto, asistía a la reunión con la mente ausente y estaba montando un revólver con silenciador. A cada tanto, el cañón apuntaba en la dirección de Shani y hacía que el aviador se revolviere en su asiento.

Sin embargo, al final se acordaron los puntos principales: el avión aterrizaría y se deslizaría casi hasta el final de la pista nueva, donde había un acceso a la derecha para ir a la pista antigua en diagonal. Las tropas de asalto desembarcarían ahí y utilizarían los vehículos para recorrer la pista antigua hasta otra pista de acceso, en esa ocasión a la izquierda, que conducía a la parte delantera de la terminal antigua. Hasta este segundo acceso se deslizaría el cuarto Hercules después del asalto, para reducir la distancia que los rehenes tendrían que recorrer a pie o en coche para subir a bordo.

No dejaron nada en manos de la casualidad: discutieron por qué lado del Hercules conducirían de camino al edificio de la terminal antigua, e incluso la diferencia de altura entre las hélices y el techo de los vehículos, por si decidían ahorrar tiempo conduciendo bajo las alas. Yoni preguntó además por las luces de la pista y qué ocurriría si estaban apagadas cuando llegasen. «No se preocupe — respondió Shani, en un tono que albergaba mayor confianza de la que en realidad él sentía—, tenemos un radar que nos permite aterrizar en oscuridad plena. Eso no es problema.»

Era la primera vez que el copiloto de Shani trabajaba con la Unidad y se sentía enormemente impresionado por su profesionalidad y atención al detalle. Le parecieron «asombrosas» y de «otro mundo». Se marchó de la reunión convencido de que el equipo de asalto podría sacar adelante su parte de la operación. La cuestión que se planteaba entonces era si Shani y él podrían cumplir la suya. Pronto lo averiguarían porque, a las 18.00, tenían previsto llevar a Gur y a Peled en avión a Sharm el-Sheij, en el Sinaí, y hacer una demostración de aterrizaje en plena oscuridad.⁴⁷

13.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Los rehenes pasaron la tarde ocupados en las actividades usuales: charlar, jugar a las cartas, leer y dormir. Algunos lavaron ropa a mano y salieron a tenderla en los cordeles improvisados. Entretanto, llevaban camisas prestadas y toallas anudadas a la

cintura.

La gente hablaba de su vida, de su trabajo y de su familia. Algunos discutían sobre deportes, en especial sobre el Tour de Francia, que había empezado el 24 de junio con el holandés Joop Zoetemelk como favorito; lo último que había sabido alguien era que el novato Freddy Maertens de Bélgica llevaba el maillot amarillo de líder. (Al final, Zoetemelk terminó segundo, detrás del belga Lucien van Impe, y Maertens ganó el maillot verde de la clasificación por puntos.)

No obstante, el tema preferido en el grupo de los jóvenes franceses era el sexo.

—Cuando llegamos, os dije que los más jóvenes se quedarían más tiempo y tendrían una buena fiesta. ¿Me equivocaba? —dijo el hombre alto de pelo castaño conocido como el Ligón.

—Eso nos dijiste —respondió otro del grupo—. Y tú parece haber estado más ocupado que nadie.

El Ligón se echó a reír.

—He hecho lo que he podido. Durante el vuelo entablé conversación con una joven muy mona que tenía un hijo y me contó que su marido era un tipo celoso y que acababa de casarse por desesperación. Dormimos juntos la primera noche que pasamos en Uganda, pero nunca fuimos más allá de besarnos porque estaba todo el rato ocupada con el niño. Luego, la noche antes de marcharse y por puro antojo, no estoy seguro de por qué, me dejó y se acostó con un azafato.

—¡Pobrecito! —interrumpió una muchacha—. ¿Cuál fue tu siguiente objetivo?

—Yo no he tenido a nadie de objetivo. Marianne —dijo señalando a una hermosa chica francesa de pelo oscuro— se me acercó y empezamos a charlar. Esa noche nos acostamos juntos detrás de la barra. Nos besamos y le toqué los pechos, y algo más. Ella me acarició también. Pero lo dejamos ahí.

—¿En serio?

—Sí, en serio. De todos modos, a la mañana siguiente, miércoles era, Marianne me presentó a otra chica y, resumiendo, me acosté con ella esa noche en una «habitación» que había montado la primera con la que estuve. Esta sí se relajó sin problemas. Pero como el papel del colchón hacía demasiado ruido, despertamos a Claude y le preguntamos si nos cambiaba el sitio. Aceptó, y cuando por fin habíamos entrado en materia...

—¿Qué pasó?

—... Que perdí fuelle —dijo el Ligón ruborizándose.

Todo el mundo del grupo se echó a reír.

—¿Quieres decir que no conseguiste que se te levantara? —preguntó uno.

—Sí, justo eso quiero decir. Y creo que sé por qué: están poniéndonos algo en la comida para que no nos rebelemos.

—¿Algo como qué?

—Bromuro, probablemente. He oído que lo usan en las cárceles para que los internos sean más fáciles de manejar. Pero también se lo dieron a los soldados en la Primera Guerra Mundial para frenar sus impulsos sexuales.

—A lo mejor es verdad —continuó una de las chicas—. Estuve con alguien y pasó lo mismo.

El grupo se empezó a reír tantísimo que una mujer israelí mayor se les acercó y les dijo:

—Por favor, queridos, no hagáis tanto ruido. Vais a enfadar a los palestinos.

Sin embargo, lejos de sentirse irritados, los terroristas se unieron a las risas, al igual que los centinelas ugandeses de fuera. Ninguno de ellos tenía ni idea de sobre qué iba la broma.⁴⁸

14.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Los rehenes situados más cerca de los ventanales alcanzaron a ver al Peruano —fácilmente distinguible gracias a la gorra verde y al bigote— desplazando a los soldados ugandeses a una distancia de al menos cuarenta y cinco metros de la fachada del edificio. A continuación, el Peruano entró a la sala principal con una sonrisa que delataba su buen humor y cogió el megáfono. «Buenas noticias —anunció—. Pueden salir y hacer algo de ejercicio. Las personas mayores y los niños, primero. El resto, después.»

La mayoría de la gente siguió las instrucciones del Peruano, y un grupo inicial de unos cincuenta jóvenes y mayores salieron a pasear y a jugar en la pista, con Wilfried Böse de pie sobre una línea que tenían prohibido cruzar. Pasada media hora, y sin que lo pidieran los terroristas, ese primer grupo empezó a regresar y al poco lo sustituyeron el resto de los rehenes. Los deportistas empezaron a hacer algunos estiramientos, unas carreras y unos saltos con brazos y piernas extendidas, y con frecuencia se alejaron del edificio más de lo que habrían debido. No obstante, los terroristas no parecían preocupados y les dejaron hacer. Estaban charlando entre sí, visiblemente relajados, y esos ánimos tranquilos se transmitieron a los rehenes. En cualquier caso, aquella vez no hubo confraternización entre prisioneros y custodios.⁴⁹

17.00 GMT, espacio aéreo israelí sobre el Sinaí

Una gotita de sudor chorreó por el lado de la cara de Joshua Shani mientras entornaba los ojos mirando por el parabrisas del Hercules C-130 tratando de ubicar la pista de Ofira, la base de la Fuerza Aérea próxima a Sharm el-Sheij elegida para el simulacro porque, al igual que su homóloga de Entebbe, el acceso final se hacía sobre el agua. Shani iba en el asiento izquierdo correspondiente al piloto principal de la espaciosa

cabina de mando del avión. A su derecha estaba sentado su copiloto, Avi Einstein, y detrás de él viajaban apretados su navegante, el jefe del Estado Mayor, Motta Gur, y el jefe de la FAI, Benny Peled.

Shani y su tripulación habían volado hasta Ofira un par de horas antes para familiarizarse con el aeródromo. En esos momentos estaban de vuelta en plena oscuridad para demostrarle a Gur que podían aterrizar de noche sin luces. Shani sentía todo el peso del mundo sobre sus hombros: sabía que, si no convencía a Gur, la operación no podría seguir adelante e Israel se enfrentaría a la humillación. Miró hacia abajo, a la pantalla del radar del sistema de abastecimiento aéreo con clima adverso (AWADS, por sus siglas en inglés) situado en el gran panel de instrumentos que tenía delante. Mostraba una leve línea que no terminaba de estar en el lugar correcto. Pero ¿era esa la pista de aterrizaje? Pronto lo averiguaría.

Poco a poco, redujo la altitud hasta que estuvo a solo unos cientos de metros del suelo, punto en el que encendió las luces de aterrizaje. Directamente por debajo de él se encontraba la estrecha pista de rodaje que iba paralela a la pista de aterrizaje; el radar había captado la valla metálica que bordeaba la pista de rodaje. Al darse cuenta de su error, Shani se inclinó bruscamente a la izquierda, enderezándose sobre la pista de aterrizaje para dejar que las ruedas casi tocasen el suelo antes de volver a ganar altitud con rapidez.

Si Gur se había percatado de que algo iba mal, no dijo nada más allá de «Vuelva a hacerlo».

En el segundo intento, Shani alineó el avión más cerca de la pista principal, aunque no en pleno centro. Gur parecía satisfecho. «Siempre he sabido que podían hacerlo —dijo con una sonrisa mientras les daba a los dos pilotos unas palmadas en la espalda—. Volvamos a Tel Aviv.»

Después de aterrizar en la base de la Unidad, listo para el ensayo general de la operación a las 22.00, Shani le expresó sus preocupaciones a Peled. Le inquietaba que, sin luz de luna, estaría aún más oscuro cuando tratase de aterrizar en Entebbe. Por tanto, dijo, aunque el radar pudiese detectar la pista de aterrizaje, pretendía utilizar las luces de aterrizaje del avión. Pero si el radar no funcionaba, se «conectaría a la radio» y le diría a la torre de control de Entebbe que era el «vuelo 70 de East African Airways con un fallo eléctrico general», y entonces les pediría que encendiesen las luces de la pista. No había ningún controlador aéreo en el mundo «que no encendiese las luces al oír eso», aseguró Shani. Nadie estaría «tan loco para asumir el riesgo de provocar un accidente de avión con doscientos pasajeros a bordo». Para cuando el controlador se diese cuenta de lo que ocurría, «la operación habría terminado».

Peled le dio su bendición. «Es una buena idea y debería recurrir a ella si tiene que hacerlo. Pero guárdese la para usted.»⁵⁰

17.00 GMT, Nairobi, Kenia

Poco después de llegar a Kenia en el vuelo regular de El Al de Tel Aviv, Ehud Barak y sus colegas del servicio de inteligencia —incluido, según algunos informes, el legendario oficial del Mossad, Mike Harari, que había liderado la operación Cólera de Dios— fueron conducidos a la casa del fiscal general Charles Njonjo, en Nairobi.⁵¹ El tema de debate era el mismo que el del día anterior —la cooperación de Kenia en caso de una misión de rescate israelí— y también repetían muchas de las personalidades por parte keniana: Njonjo, Ben Gethi y Bernard Hinga. Del equipo negociador original solo faltaba Bruce McKenzie, que había regresado a Gran Bretaña esa mañana para distanciarse de cualquier implicación. No obstante, lo mantenían informado de los avances por teléfono.

Los términos exactos del trato altamente controvertido que se acordó entre los kenianos y los israelíes en esa segunda reunión se han mantenido en secreto durante casi cuatro décadas, y por buenas razones. Sin embargo, Charles Njonjo, el principal negociador de parte keniana, confirmó hace poco quiénes fueron los presentes y cuáles las cosas que se dijeron. La conversación comenzó cuando Njonjo preguntó a los israelíes:

—¿Cómo podemos ayudar?

—En primer lugar, y antes que nada —dijo el principal negociador israelí (probablemente Barak)—, necesitamos contar con la posibilidad de que todos nuestros aviones reposten en el aeropuerto de Nairobi mañana por la noche si no conseguimos suministros en otro sitio. En segundo lugar, antes de la operación, queremos aterrizar en Nairobi un Boeing 707 con instalaciones médicas, pero con los distintivos de El Al, para montar un hospital de campaña que incluya una sala de urgencias y un quirófano. Podría haber muchas víctimas y necesitamos tener capacidad para tratarlas lo antes posible. Y, por último, si algo sale mal y los aviones no logran despegar de Entebbe, queremos que nos ayuden a organizar una evacuación de tropas y rehenes por tierra desde Uganda.

Njonjo miró a Gethi y a Hinga, y ambos asintieron.

—Creo que podremos hacer algo —respondió Njonjo—. Acordonaremos una sección del aeropuerto para el 707 y los demás aviones. Informaré al director del aeropuerto de que van a venir disfrazados de un avión de El Al. Cuando sepan ustedes que los aviones están llegando, asegúrense de que el representante de El Al está en la torre de control para que no haya malentendidos. Cuantas menos personas se enteren de esto, mejor.

Con respecto a la opción terrestre, advertirían a los guardias fronterizos de Malaba de que una fuerza militar israelí quizá quisiera cruzar desde Uganda y debían dejarla pasar.

—Estamos encantados de ayudarles —continuó Njonjo—, pero deben hacerse cargo de que nunca podremos admitir públicamente que esta reunión ha tenido lugar. No nos daría mucha popularidad entre el resto de los miembros de la OUA que, como bien saben, tienen una inclinación fuertemente antiisraelí. Cuando nos pregunten si conocíamos sus planes con antelación, lo negaremos todo. Sencillamente diremos que nos pidieron permiso para repostar en Nairobi en el último momento y que aceptamos hacerlo por consideraciones humanitarias. Cuanta menos gente se entere de esto, mejor, y por eso aún no lo he consultado con mis colegas del gabinete.

—¿Y qué me dice del presidente Kenyatta? —preguntó el israelí.

—No, tampoco hemos hablado sobre esto aún. No se encuentra bien y no debemos molestarlo. De ese modo, podrá decir con total honradez que él no hizo ningún trato.

—Entiendo —respondió el israelí—. Bueno, gracias, señor Njonjo, nos están prestando un gran servicio. ¿Hay algo que podamos hacer por ustedes?

Njonjo se quedó pensando, con la leve sombra de una sonrisa en los labios.

—Sí que hay algo que pueden hacer por nosotros. Si Amin escucha por ahí lo que hemos hecho, quizá intente vengarse. Sin embargo, tendrá muchas menos probabilidades de éxito si destruyen ustedes su fuerza aérea.

—¿Se refiere a los MiG?

—Sí.

—Creo que podemos arreglarlo.

—Y si, por supuesto, Amin resulta que está en el aeropuerto y muere durante la operación, eso sería todo un regalo.

—Para nosotros también.

Las dos partes se dieron un apretón de manos para sellar un acuerdo que, de haberse hecho público, habría dañado gravemente la credibilidad de Kenia a ojos de sus compañeros miembros de la OUA: no era solo que Kenia estuviese confabulando con un país incluido en la lista negra de la OUA, sino que el objetivo principal de esa confabulación, Idi Amin de Uganda, era el presidente en activo de la OUA (aunque estuviese a punto de terminar su año en el cargo).

Aun así, los beneficios del trato para ambas partes eran significativos. Los israelíes disponían con ello de instalaciones de aterrizaje cercanas a Entebbe que les permitirían tratar a sus víctimas y repostar los aviones para el viaje de vuelta a Tel Aviv, por no mencionar el plan alternativo si los aviones no lograban despegar. Sin esa ayuda, la Operación Rayo casi con toda seguridad no habría recibido autorización. Para los keniatas, el acuerdo prometía una dulce venganza por la reciente hostilidad de Amin —en especial, su apoyo a un acto terrorista en suelo keniatá— en forma de un ataque israelí en su aeropuerto internacional y la destrucción de su fuerza aérea, lo que inclinaría la balanza militar de la zona a favor de Kenia. El asesinato de Amin sería la guinda del pastel.⁵²

17.30 GMT, Tel Aviv, Israel

—*Sabbat Shalom* —dijo un sonriente Simón Peres al abrirle la puerta a su invitado estadounidense a cenar—. Bienvenido a mi casa.

Pasar la noche con un hombre al que no conocía de nada, aunque fuese uno destinado a convertirse en el siguiente asesor de seguridad nacional del presidente estadounidense, no era una actividad que Peres hubiese elegido para unos momentos como aquellos. Quería mantener un ojo atento a los preparativos de la Operación Rayo, sobre todo al ensayo general. De cualquier modo, la invitación a cenar se había cursado unas semanas antes, por orden del ministro de Exteriores, y cancelarla en el último minuto habría levantado sospechas.

—Gracias, señor ministro —respondió el invitado, el profesor Zbigniew Brzezinski—. Encantado de estar aquí.

Peres condujo a Brzezinski hasta el salón donde esperaban su esposa, Sonia, y el resto de los invitados, copa en mano, para hacer las presentaciones. Entre ellos se encontraban dos de los soldados de alto rango de Israel —Kuti Adam y Shlomo Gazit — que, al igual que Peres, tenían la cabeza en otras cosas. También Gur figuraba originalmente en la lista de invitados con su esposa Rita, pero el padre de Rita había muerto ese día y a Gur se lo necesitaba en otra parte. En su ausencia, Adam y Gazit desempeñaron bien su papel, charlando afablemente y sin dejar nunca que sus rostros delatasen ningún nerviosismo que pudiera dejar al descubierto la tensión que debían de estar sintiendo.

Otro invitado fue Gershom Schocken, director del principal periódico liberal, el *Haaretz*. Dado que no sabía nada sobre el plan, solo en retrospectiva supo apreciar «las geniales actuaciones de sus compañeros de cena».

El momento más incómodo para Peres llegó cuando Brzezinski le preguntó por qué Israel no iba a enviar una operación de rescate militar a Entebbe. Reticente a mentir, aunque incapaz de contar la verdad, sacó a relucir de un modo poco convincente los posibles obstáculos: la distancia, la falta de información fiable, la presencia de tropas ugandesas «hostiles». Al ver que Brzezinski apenas se inmutaba, Peres se dirigió a Schocken, conocido por su «pacifismo» en cuestiones exteriores y de seguridad, con la esperanza de que respaldase su argumentación, pero Schocken no abrió la boca.

Solo después, una vez que Brzezinski se marchó, el director del periódico expresó su opinión. «No he dicho nada antes para no avergonzarle delante de su invitado estadounidense, pero quiero que sepa que estoy totalmente en contra de la decisión del Gobierno de hacer un trato con los secuestradores y apoyaría de todo corazón un intento de rescate.»

En esa ocasión fue Peres quien se quedó callado.⁵³

18.30 GMT, Cranleigh, Surrey, Reino Unido

Chapman Pincher y Billee, su tercera esposa, solían cenar con Bruce y Christina McKenzie en Knowle Park, la imponente mansión de estilo regencia que la segunda pareja tenía a solo unos kilómetros de la hacienda tudor de la primera, en el pueblo de Ewhurst. Lo que hizo de aquella una noche distinta fue que Pincher estaba desesperado porque las damas se retirasen para poder hablar con Bruce, recién llegado de Nairobi, del reportaje que había escrito sobre la confabulación de los ugandeses con los secuestradores. Pincher era consciente de los estrechos vínculos de su amigo con el Gobierno keniano y con el Mossad, y sabía que si alguien podía verificar la validez de su historia era él.

Sin embargo, se dio cuenta de que McKenzie se mostraba «muy misterioso», reticente a decir mucho sobre la situación en Entebbe, más allá de que esperaba que el *Daily Express* le «sacase el máximo partido» a la información que Pincher había recibido y que él «sabía que era cierta». La única otra cosa que McKenzie dejó caer fue que «casi no se había apartado del teléfono» desde su regreso.⁵⁴ Con quién habló, no lo dijo.

18.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Conforme la noche avanzaba, los terroristas que custodiaban la sala grande se ponían cada vez más irascibles y tensos, toqueteando los seguros de las armas y gritando a los rehenes que no cumplían sus órdenes de inmediato. El contraste con el buen humor previo era notable.

De pronto, un coche se detuvo fuera y Faiz Jaber se bajó de él. Con gesto serio, entró en la sala y ordenó un recuento inmediato de los rehenes. Dos terroristas hicieron recuentos por separado para evitar errores, y obtuvieron diferentes resultados: 103 y 104. Así que los dos volvieron a contar —esa vez, con los rehenes en fila, uno detrás del otro— y coincidieron en 104, de los que diez tenían menos de diez años, setenta y ocho eran de nacionalidad israelí o parcialmente israelí, dos eran estadounidenses (el corredor de bolsa y su esposa, aunque la mayoría de la gente de la sala daba por sentado que tenían doble nacionalidad, israelí y estadounidense), dos belgas (los Weill), una sueca (la azafata Ann-Carina Franking) y el resto, franceses (incluidos once miembros de la tripulación).

En cuanto se completó el recuento, Jaber se marchó de la sala y los rehenes se fueron acomodando para la noche. Jean-Jacques Mimouni, Willy e Isa —una diseñadora de interiores francesa de veintidós años que había pasado los últimos tres años viajando por Afganistán— empujaron sus colchones hasta colocarlos apoyados en los ventanales, en la parte frontal de la sala. Eso molestó a los terroristas, que ya antes habían exigido a los rehenes que dejaran un pasillo delante de los ventanales de al menos tres metros, por lo que tuvieron que retirarse un poco.

Una vez que todo el mundo estuvo tumbado, el grupo de JeanJacques empezó a especular sobre el cambio de humor de los terroristas y llegaron a la conclusión de que las negociaciones con el Gobierno israelí debían de haber llegado a un punto muerto. Su nerviosismo se vio exacerbado por el rumor que se extendió pronto por la sala de que, por motivos desconocidos, los terroristas estaban en un elevado estado de alerta. Pronto tuvieron evidencia de ello, cuando Khaled, que estaba custodiando la puerta, se negó a dejar que se apagara ninguna luz. La única parte a oscuras de la sala estaba encima de Willy, Jean-Jacques e Isa, donde había una hilera de luces de neón rotas.⁵⁵

Mientras los rehenes se preparaban para acostarse, Gilbert Weill y algunos de los judíos ortodoxos estaban decididos a seguir el inicio del *sabbat*, el término hebreo que designa el día sagrado judío —en yidis es *sabbos*—, y que tradicionalmente comienza justo antes de la puesta del sol del viernes y acaba el sábado por la noche. Lo normal habría sido encender unas velas, pero como no tenían, Weill siguió el consejo de una mujer que había estado en Auschwitz y encendió dos cerillas. Ruthie Gross sencillamente se acercó al ventanal y «eligió dos estrellas del cielo» que se convirtieron en sus velas. Mientras contemplaba la situación en la que se encontraban todos, estalló en lágrimas y rezó para que su esposo, Baruch, su hijo Shay y ella «tuviesen otra oportunidad de encender velas de vuelta en casa».

Luego, mientras se secaba los ojos, volvió a reunirse con Weill y los demás judíos ortodoxos que estaban entonando los *zemiros* —cantos para el *sabbat*— y compartiendo plátanos y una botella de refresco de cola como comida de celebración. A continuación, siguieron con unos cánticos religiosos en voz queda, momento en el que un nervioso Michel Bacos trató de intervenir. «¡Por favor, paren ya! —les imploró el piloto francés—. Han visto lo irascibles que están los terroristas esta noche. Si se ponen a cantar, los van a cabrear y quién sabe lo que nos van a hacer.»

Los judíos siguieron cantando pese a la protesta de Bacos. Para Weill aquel fue «el *sabbos* más bonito de mi vida».⁵⁶

20.00 GMT, centro de Israel

—Solo le veo un problema al asunto —dijo Motta Gur—. ¿Qué van a hacer con la torre de control? Un único soldado apostado allí arriba con un rifle automático sería capaz de dominar todo el terreno situado enfrente de la terminal antigua.

Gur y otros oficiales de alto rango —entre ellos, Adam, Peled y Shomron— acababan de oír la última sesión informativa de Yoni Netanyahu en la base de la Unidad antes del ensayo general. Era la última oportunidad de perfilar el plan de asalto.

—Soy consciente de ello, señor —respondió Netanyahu—. Pero sencillamente no tenemos hombres suficientes en el primer Hercules para asaltar la torre de control además del edificio principal. Los rehenes son la prioridad. Vamos a asumir un riesgo

calculado, pero si todo sale bien, estaremos dentro del edificio antes de que los terroristas y los ugandeses sepan lo que está pasando. Si es necesario, la fuerza de apoyo de los Land Rover puede ocuparse de la torre; y si no la silencian ellos, lo harán los TBP.⁵⁷

Acabada la sesión informativa, los oficiales recorrieron en coche la corta distancia que los separaba de la base contigua, donde iba a tener lugar el ensayo general. Mientras Netanyahu y Shomron se unían a las tropas de asalto en el primer Hercules, Gur y los otros oficiales de alto rango se montaron en un *jeep* para observar el desarrollo de las maniobras.

El primer Hercules rodó por la pista como si acabase de aterrizar, descargando a los paracaidistas que portaban las luces. Sin embargo, cuando se detuvo y bajaron la rampa trasera, el Mercedes se negó a arrancar. Resultaba imposible ponerlo en marcha a base de empujones porque era automático, así que el conductor, Amitzur Kafri, les gritó a los ocupantes del Land Rover que tenía detrás para que le diesen un meneo al vehículo y activasen el motor de arranque. Sabía que el éxito de ese simulacro, y por tanto de la operación en sí, pendía de un hilo. Por suerte, el golpe funcionó: el motor rugió y Kafri bajó el coche del avión y se dirigió hacia la falsa terminal, seguido por los dos *jeeps*.⁵⁸

Una vez que el ensayo acabó y las tropas de asalto de la Unidad se reunieron de nuevo en torno a los vehículos, Gur le dijo a Netanyahu:

—Lo único que no me ha gustado ha sido la sobrecarga de los *jeeps*. Lllaman mucho la atención y da mucha sensación de caos. Se van a ir entorpeciendo el paso. Tiene que quitar a un par de hombres de cada vehículo.

—Señor, si hago eso no tendremos potencia de fuego suficiente para asegurar la terminal antigua. Hemos trabajado así antes sin ningún problema.

—Yoni, no se lo estoy consultando, se lo estoy diciendo. Quite a esos hombres.

—¿Y si quito solo a uno de cada vehículo, señor? Así estaremos contentos los dos.

Gur miró de Netanyahu a los *jeeps* y de nuevo a Netanyahu.

—Vale, que sea uno —dijo, antes de dirigirse a su asistente—. Yegev, reúna a los altos oficiales y a los comandantes de unidad en la tienda de campaña. La sesión informativa comenzará dentro de cinco minutos.

Cuando todos los oficiales estuvieron en la tienda, sentados en bancos de madera ante las mesas plegables que habían servido de comedor para los paracaidistas y los soldados de la Golani, Gur les pidió uno a uno que diesen su opinión sobre las posibilidades de éxito de la misión. Dan Shomron habló el primero. «Saldrá bien si el primer avión aterriza sin que lo detecten. Pero todo depende de ese primer avión.»⁵⁹

Otros estuvieron de acuerdo, incluido Matan Vilnai, el comandante de la Tzanchanim, cuyo trabajo era asegurar el edificio de la terminal nueva, las pistas y los tanques de combustible. Aunque no lo dijo, creía que el simulacro había salido

«muy mal».⁶⁰ Pero eso no le preocupaba porque, según su experiencia, «hace falta un simulacro malo» para que la operación real vaya bien. Tampoco él tenía ninguna duda de que la misión podía salir bien y de que así sería.

El último oficial en hablar fue Netanyahu. Había dormido poco los últimos días y parecía agotado, pero tenía un tono optimista en la voz.

—Señor, después de los simulacros y el entrenamiento que hemos hecho, va a funcionar. Hay algunos puntos que debemos retocar un poco, pero nada que no podamos solucionar. Sí, creo que los riesgos son aceptables. Si los rehenes están donde creemos que están, podemos hacerlo.

Gur se puso en pie e hizo una pausa antes de hablar. La decisión que estaba a punto de tomar era la más difícil de su vida. Había sido escéptico con respecto a una misión de rescate desde el principio. Entebbe se encontraba demasiado lejos; el cuadro de información no estaba completo, y la posible hostilidad de los ugandeses complicaba doblemente la tarea de hacer valer el elemento sorpresa. Sin embargo, los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas le habían hecho cambiar de opinión. Ahora confiaba en que los pilotos pudiesen aterrizar los aviones sin ser vistos, y en que una vez en tierra las tropas cuidadosamente seleccionadas que acababa de ver actuar —las mejores que tenían las FDI— harían el resto. El problema del repostaje también estaba solucionado.

Aun así, sabía que seguía siendo una operación de alto riesgo con posibles consecuencias desastrosas: o bien la muerte de la mayoría o de todos los rehenes antes de que los soldados pudieran llegar hasta ellos, o la pérdida de la crema de las fuerzas especiales de Israel, si eran incapaces de retirarse por aire. Cualquiera de esos dos escenarios sería una catástrofe militar y política de la que Israel tardaría en recuperarse. No obstante, Gur —muy influenciado por el optimista Peres— logró desterrar esos pensamientos sombríos de su cabeza.

—Por lo que he visto esta noche y por lo que he oído, yo también creo que pueden hacerlo y voy a recomendarle al ministro de Defensa que se apruebe la operación —les dijo a los oficiales reunidos.

Muchos de los oficiales presentes soltaron un suspiro de alivio, conscientes de que el principal obstáculo para la misión acababa de desaparecer. Sin embargo, aún quedaban más vallas que derribar, como subrayó Gur.

—Ahora depende del primer ministro y del gabinete. Entretanto, trasladaremos los aviones y los vehículos a Lod para que estén listos para volar a Sharm el-Sheij mañana. Gracias y buen trabajo.⁶¹

22.30 GMT, centro de Israel

Había pasado la medianoche cuando Netanyahu, Betser y sus hombres regresaron a la base. Los dos oficiales se retiraron a la oficina de Yoni a hablar sobre el simulacro y a atar los cabos sueltos. Betser estuvo todo el rato pensando, aunque sin decirlo en alto,

que a la luz de su experiencia en Ma'alot era probable que el número de rehenes muertos llegase a diez, quizá incluso veinte. Una vez que terminó la conversación, Netanyahu mandó llamar a los comandantes de pelotón para otra sesión informativa. Les comunicó que debían asegurarse de que todos los terroristas estuviesen muertos antes de tratar de mover a los rehenes.⁶²

Mientras tanto, los hombres estuvieron revisando sus equipos, ajustando linternas de visión a los rifles de asalto y estudiando la información disponible en los archivos de la misión, sobre todo el diseño de la terminal antigua y las pistas y las carreteras de alrededor.

Al igual que muchos de sus colegas, Amir Ofer llenó su chaleco de munición con todas las balas y granadas que le cabían, y enganchó un segundo tambor al de su Kaláshnikov para reducir así el tiempo que le llevaría cargar el nuevo peine. También practicó la mejor manera de transportar el megáfono necesario para advertir a los rehenes y el kit para forzar puertas cerradas. Un hombre de cada equipo tenía que llevar ese kit adicional y a Ofer le había tocado la china.

Como se notaba demasiado nervioso y excitado para dormir, pasó horas sentado estudiando las fotos y los esquemas de la terminal antigua. Su labor era seguir a su comandante, el teniente Amnon Peled, por la entrada situada a la derecha y acceder a la sala grande, donde estaban retenidos los rehenes. No obstante, si le pasaba algo a Peled, Ofer no podía permitirse entrar por la puerta equivocada. Expresó las preocupaciones de muchos cuando le dijo a un soldado de su misma habitación: «Esta será la operación más exitosa de las FDI de todos los tiempos o su mayor fracaso».⁶³

El pesimismo de Ofer se había visto incrementado por lo que le pareció un simulacro de lo menos realista. «En un ensayo real —anotó—, se debería hacer un vuelo de ocho horas para ver cómo se reacciona y asaltar un edificio “de verdad”. Únicamente pusimos unos colgajos para imitar la [...] terminal. Ni siquiera disparamos. Dios sabe por qué Motta Gur estaba satisfecho con el simulacro y aprobó la misión.»⁶⁴

Un pequeño grupo de oficiales de menor rango de la Unidad —muchos de los cuales nunca habían simpatizado con el estilo de mando de Netanyahu— estaban expresando dudas similares en una sala cerca del mástil. Solo llevaban trabajando en el plan de rescate —uno de los más audaces concebidos por las FDI— dieciocho horas cuando el jefe del Estado Mayor lo había aprobado. Les parecía el colmo de la locura. Lo normal era una preparación de semanas, a veces incluso meses, para una operación de esa magnitud. Como mínimo, habrían esperado practicar en un edificio de verdad, no con unos cuantos trozos de arpillera y cinta protectora. Uno habló en nombre de todos al afirmar:

—Los de la cúpula están tirando los unos de los otros. Las tropas no están listas. No ha sido un simulacro en condiciones. La información no es convincente. Ni siquiera tenemos la certeza de que los rehenes estén donde dicen que están. Es todo

un montón de chorradas. La Unidad se está engañando a sí misma y al Ejército, Shomron está engañando a sus superiores, y así todo.

—Estoy de acuerdo —dijo otro—, y el único modo de parar esto antes de que termine en un desastre es que pasemos por encima de Yoni, incluso por encima de Gur, y acudamos a uno de los ministros para que el gabinete sepa cuál es la situación real.

Sin embargo, para otros de los presentes en la habitación eso era llegar demasiado lejos —lo equivalente a un motín— y la reunión terminó sin ninguna decisión tomada. Taciturnos y resentidos, esperarían a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. No obstante, sus ánimos y las graves reservas que tenían con respecto a la misión eran un caldo de cultivo para el desastre.⁶⁵

23.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Peres cogió el teléfono de su casa a la 1.00.

—Hola.

—Simón, soy Motta —dijo el jefe del Estado Mayor Gur—. No tiene sentido que me presente por allí tan tarde. Solo quería decirle que el simulacro ha ido bien y que creo que el plan funcionará. Para llegar a Uganda a buena hora, a las once de la noche de aquí, los aviones tienen que salir a las tres y media de la tarde, así que necesito su autorización para llevar los aviones hasta el punto de partida, en Sharm el-Sheij, antes de que se reúna el gabinete.

—Tiene mi autorización. Gracias. Nos veremos en mi oficina a las nueve. Buenas noches.

—Buenas noches.

Peres cerró los ojos agradecido. Contando con el pleno apoyo de Gur, a Rabin le resultaría casi imposible no aprobar la opción militar. Le informaría por la mañana.⁶⁶

DÍA 7: SÁBADO, 3 DE JULIO DE 1976

2.00 GMT, cerca de Tel Aviv, Israel

Bruria estaba lavando la ropa cuando Yoni Netanyahu regresó por fin a casa a las cuatro de la mañana. Lo vio cubierto de mugre y parecía agotado.

—Me apuesto lo que sea a que no has comido. Te he hecho tu tarta favorita de merengue y limón. ¿Por qué no te tomas un trozo?

Yoni se acercó al frigorífico y cogió un poco con una cuchara.

—Está buenísima. Voy a darme una ducha y luego a la cama. ¿Te queda mucho?

—No.

A los diez minutos, Bruria entró en el baño y se encontró a Yoni todavía bajo la ducha, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados. Lo ayudó a lavarse y lo metió en la cama. A los pocos segundos se había dormido.¹

3.30 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Maggy se despertó en el edificio de la terminal antigua con náuseas y calambres fuertes en el estómago.

—Me siento fatal —se quejó mientras se hacía un ovillo.

—Yo también —añadió Agnès—. Debe de ser algo que hemos comido.

En torno a ellas, la gente se quejaba de dolor o hacía visitas rápidas al baño. Isa, la joven francesa diseñadora de interiores, estaba demasiado enferma para moverse.

—¡Me duele la barriga! —se quejó a Willy, uno de los pocos no afectados.

—¿Podría ser de la regla? —le preguntó él amablemente.

—No lo creo.²

Afectado también por calambres y náuseas estaba el portavoz no oficial de los israelíes, Ilan Hartuv. Sin embargo, cuando se apresuraba hacia el baño, Faiz Jaber lo detuvo.

—Te vi hablar con el presidente Amin —le dijo el jefe de los terroristas en árabe—. ¿Qué estabas tramando contra nosotros?

Hartuv entendía el árabe, pero no sabía hablarlo muy bien.

—No estaba hablando con él —le respondió en inglés—. Estaba traduciendo sus palabras al hebreo.

—¿Por qué te mueves tanto a un lado y otro? —insistió Jaber.

—Solo quiero ir al baño.

—¡Estás mintiendo, estás mintiendo! —rugió Jaber, usando la culata del rifle para sacar a empujones a Hartuv de la sala principal hasta el lugar en el que él estaba de guardia—. Ponte ahí —le dijo, señalando un charco de barro que se había formado con la lluvia de la noche—. Y no te muevas.

Al poco, Hartuv se quejó de que tenía frío y de que se le habían empapado las zapatillas de tela fina que llevaba. Jaber le respondió cargando el arma, sonido que aterrorizó al israelí, que permaneció firme en el sitio esperando su ejecución. Pero entonces intervino el Peruano.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Jaber.

Después de que Jaber respondiese en un árabe plagado de improprios, el Peruano le dijo a Hartuv que regresara dentro.

—Él es quien está al mando —le aclaró al israelí—. Ten mucho cuidado con lo que dices y haces cuando lo tengas cerca.³

En la sala grande, la mayoría de los rehenes estaban enfermos y los síntomas —dolores estomacales, náuseas y diarreas— hicieron sospechar al médico egipcio que habían comido carne en mal estado. Esa deducción se veía reforzada por el hecho de que ningún judío ortodoxo —todos se habían negado a comer alimentos no *kosher*— hubiese enfermado. El médico ofreció antibióticos como antídoto, y uno a uno los rehenes afectados se levantaron de sus colchones para que les pusieran una inyección o les diesen algunas pastillas.

Varios se negaron, incluida Isa, a quien los terroristas le dieron permiso para salir y tomar algo de aire. Allí, mientras charlaba con otros rehenes enfermos, el piloto Michel Bacos la cuestionó. «Seguro que si estuviese usted enferma de verdad no se pondría a charlar así. Ha estado fingiendo.»

Tras negarse con desprecio a responder, la joven se marchó rozándolo al pasar y regresó a su colchón, sin hacer caso a quienes iban a consolarla, que en su mayoría eran rehenes franceses jóvenes que no se habían puesto enfermos, como Cécile, Marianne, Willy y Jean-Jacques Mimouni. Como siempre, Jean-Jacques estaba haciendo té desinteresadamente para quien quisiera.

Preocupados por ese brote de enfermedad y las condiciones antihigiénicas de los aseos, los terroristas dispusieron que los ugandeses llevaran un camión cisterna y una bomba de agua para despejar los baños atorados. Mientras lo hacían, Willy vio a un octavo terrorista —otro palestino— llegar a la sala principal. Era de estatura media, bastante musculoso, con bigote y pelo oscuro, y llevaba unos pantalones verdes y una camiseta del mismo color con el borde de las mangas y del cuello amarillos. La mayoría de los rehenes no lo habían visto antes y nunca ha sido identificado. Es posible que se tratase de Wadie Haddad, el líder del FPLP-ME y autor intelectual del secuestro, quien se encontraba en Uganda ese día, según insistió en afirmar posteriormente Gerd Schnepel, de las Células Revolucionarias.⁴

5.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Amos Eiran llegó temprano al apartamento de Isaac Rabin con un borrador informativo sobre una decisión del Gobierno respecto a una operación militar, tal y como se le había solicitado. Se encontró a Rabin fumando sin parar con un cenicero lleno al lado.

—Amos, he estado pensando en el plan toda la noche y voy a darle mi aprobación —le dijo Rabin, cigarro en mano—. Los pilotos han demostrado que pueden aterrizar a oscuras y que el elemento sorpresa es posible. Estoy satisfecho también con que el aeropuerto no esté rodeado de explosivos. Creo que merece la pena arriesgarse. Además, los secuestradores han rechazado la lista de terroristas que hemos dicho que vamos a liberar basándose en que no son los que ellos han pedido. Nos encontramos en un punto muerto, a no ser que cedamos por completo y liberemos a hombres con sangre israelí en las manos. Y eso es algo que no estoy dispuesto a hacer mientras exista una alternativa.

Cuando terminó de corregir el borrador, Eiran se marchó para que pasaran el documento a máquina. Rabin lo acompañó al ascensor y le pidió:

—Por cierto, haga el favor de prepararme una carta de dimisión por si la misión fracasa.

Eiran levantó las cejas.

—¿A qué se refiere con fracasar concretamente?

Rabin se encogió de hombros.

—Si mueren veinticinco personas, consideraré la operación fracasada y asumiré mi responsabilidad personal. Menos de eso será un éxito.

—¿Qué posibilidades hay de que eso ocurra?

—Diría que no más del cincuenta por ciento. Muchas cosas pueden salir mal.⁵

6.00 GMT, Teherán, Irán

El embajador israelí Uri Lubrani estaba celebrando su reunión semanal con Abbas Ali Khalatbari, el cosmopolita ministro de Exteriores de Irán educado en Francia, cuando se abrió la puerta y entró una secretaria.* La mujer se acercó a Khalatbari y le susurró algo al oído. Mientras hablaba, los ojos del ministro de Exteriores se abrieron de par en par y se giraron hacia su invitado.

—Uri —dijo Khalatbari en inglés—, su secretaria pide hablar con usted urgentemente. Puede usar el teléfono de al lado.

Lubrani se puso en pie.

—Mis disculpas, no tardaré.

Furioso por la interrupción en su reunión, Lubrani estaba a punto de hacer papilla a su secretaria cuando ella se le adelantó.

—Por favor, no se enfade. Acaban de llamarme de la Oficina del Primer Ministro en Tel Aviv. Debe usted regresar a Israel lo antes posible. El avión está en la pista. Por favor, pídale a su esposa que prepare algo de ropa. Estarán esperándole en el aeropuerto.

Lubrani se quedó perplejo.

—¿A qué viene esto?

—No me lo han dicho. Pero le quieren de vuelta en Israel lo antes posible.

Al colgar el teléfono, de pronto Lubrani cayó en la cuenta. «Seguro que es por lo de Entebbe. Han aceptado mi oferta», se dijo.

Tras disculparse ante Khalatbari, se marchó del edificio.⁶

7.00 GMT, Ewhurst, Surrey, Reino Unido

Tras recoger del suelo del recibidor en su hacienda de Surrey la copia del *Daily Express* que le acababa de dejar el repartidor, Chapman Pincher vio con satisfacción que su reportaje sobre Entebbe ocupaba la primera plana. AMIN JUEGA AL SECUESTRO MORTAL, decía el titular, encima de un artículo breve de cuatrocientas cincuenta palabras en el que se acusaba al presidente ugandés —un «musulmán fanático» que se «oponía vehementemente a Israel»— de ayudar a los terroristas. El artículo citaba como fuente a rehenes liberados y afirmaba que Amin les había dado armas adicionales a los terroristas, metralletas incluidas; había permitido que al menos dos terroristas más se uniesen a los cuatro secuestradores originales, y había aportado tropas ugandesas para ayudar a custodiar a los rehenes y que los terroristas pudiesen dormir. Como resultado, había imposibilitado a los israelíes usar la típica táctica de prolongar las negociaciones para agotar a los secuestradores y quebrar su determinación.

Las prioridades de Amin, afirmaba Pincher en el artículo, eran dos: salvar las vidas de los rehenes y asegurar la liberación de tantos prisioneros palestinos encarcelados en Israel como fuera posible, lo que a su vez le reportaría prestigio en el África negra y en varios países árabes. Asimismo, Amin había sido recientemente objetivo de un intento de asesinato y estaba «confiando en la crisis del aeropuerto para mantener ocupadas a sus tropas».

Cuando Pincher terminó de leer el artículo, sonó el teléfono. Era su contacto del Mossad en París. «Acabo de ver lo que ha escrito y quería darle las gracias. Es exactamente lo que esperábamos.»

Las sospechas de Pincher se reavivaron de inmediato. Normalmente, era él quien le expresaba su gratitud a un informante, no al revés. Le daba la sensación de que había algo más en ese reportaje de lo que resultaba aparente. Esa historia estaba ahí deliberadamente por un motivo, pero ¿cuál? Todos los informes de prensa que salían de Uganda afirmaban que Amin estaba desempeñando el papel de negociador honrado y que había ayudado a liberar a los rehenes no israelíes. Entonces ¿por qué

los israelíes estaban ansiosos por acusarlo de ser cómplice? Eso seguramente no ayudaría en las negociaciones con los terroristas. No tenía sentido, y su informante no le había dado «ninguna pista» del motivo real.⁷

7.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Bruria se despertó cuando Yoni se estaba poniendo su ropa de combate verde aceituna.

—Llego tarde al trabajo —protestó—. La gente ya me estará esperando. Si no regreso esta noche, es que tenemos algo entre manos.

Bruria frunció el ceño.

—Por unos minutos más o menos no pasará nada. Necesitas comer algo y tenemos que hablar —dijo, pensando en la carta que Yoni le había dejado el día anterior. Al no obtener respuesta, le preguntó—: Es lo de Entebbe, ¿verdad?

—Vale, tienes razón —le respondió él tras una pausa.

—¿Es cosa de Ehud?

—No. Esta operación es mía. Pero no debes preocuparte porque dudo que el Gobierno tenga el valor de aprobarla.

Bruria lo sentó a la mesa y le puso por delante la tarta de limón. Yoni se comió la mitad en silencio.

—¿Por qué no dices nada? —le preguntó Bruria.

—Estoy pensando en mis soldados.

—Yoni, tienes que aprender a abrirte un poco más conmigo, con todo el mundo. El oficial cambió de tema.

—Dime dónde vas a estar hoy. No quiero que salgas de casa.

Bruria estaba a punto de preguntarle por la carta cuando Yoni se puso en pie y le dio un beso.

—Tengo que irme corriendo.

Después de marcharse su esposo, Bruria se acordó de repente del pastor alemán. Salió volando del piso y bajó las escaleras, gritando:

—¡Yoni! ¡Te has olvidado de despedirte de *Mor*!

Pero el oficial ya se alejaba en el coche.⁸

7.30 GMT, Tel Aviv, Israel

Simón Peres había convocado una reunión final a las 9.30 en su oficina de la Kirya para los generales y los altos oficiales implicados en la planificación y en el control de la operación, Motta Gur, Kutu Adam y Benny Peled entre ellos. Hacía un calor abrasador ese día, con el termómetro subiendo a los 30 grados, y el único ventilador que zumbaba en el aparador no hacía más que soplar aire caliente.

—Motta, por favor, vuelva a repasar el plan otra vez, pero lentamente, paso a paso —dijo Peres mientras se secaba la frente con un pañuelo.

—Por supuesto —respondió Gur, y se colocó con un puntero delante de un esquema del aeropuerto—. Cinco Hercules, uno de ellos en reserva, saldrán hacia el Sinaí con las tropas y los vehículos a las once y media de la mañana. A continuación, si el gabinete nos da vía libre, cuatro Hércules despegarán del Sinaí sobre las tres y media y llegarán a Entebbe a las once de la noche. El primer avión se detendrá al final de la pista y descargará dos Land Rover y el Mercedes «presidencial», todos con soldados a bordo y las armas preparadas. Esos vehículos se dirigirán de inmediato al edificio de la terminal antigua donde, según sabemos por los pasajeros liberados, se encuentran retenidos los rehenes israelíes. Neutralizarán entonces a los secuestradores y tomarán el edificio. Entre cinco y siete minutos después, los otros tres aviones aterrizarán uno tras otro, protegidos en tierra por un destacamento de la fuerza de combate que viajará a bordo del primer avión. Descargarán vehículos blindados que podrán usarse para combatir a las tropas ugandesas, en caso de ser necesario. También llevarán al equipo médico y a una unidad cuyo trabajo es cuidar de los rehenes y ayudarlos a embarcar. En ese momento, un avión se acercará al edificio de la terminal antigua, cargará a los rehenes y despegará. Los otros tres aviones se deslizarán hasta el edificio de la terminal nueva y cargarán a las tropas y los vehículos allí, antes de despegar. Cualquier asistencia médica de urgencia puede llevarse a cabo a bordo de los aviones.

—¿Cuánto tiempo llevará todo? —preguntó Peres.

—Bueno, la operación entera sobre el terreno durante el ensayo general anoche duró cincuenta y cinco minutos. Así que, si todo sale bien, deberíamos entrar y salir en menos de una hora. No obstante, si se produce un tiroteo con las fuerzas ugandesas, o si tenemos muchas víctimas, podría llevarnos mucho más. En cualquier caso, la operación sobre el terreno debería terminar antes de las dos de la madrugada, hora de aquí, como muy tarde. Quisiera añadir que la información más reciente llegada de Entebbe, recibida a través de los rehenes liberados, es muy alentadora: el avión de Air France parece estar vacío y no hay motivo para creer que los terroristas hayan minado y llenado de trampas explosivas las cercanías del edificio de la terminal antigua.

Peres le dio las gracias a Gur y clausuró la reunión. Se dio cuenta de que el tiempo empezaba a apremiar bastante. Los aviones debían salir de la base de la Fuerza Aérea de Lod hacia Sharm el-Sheij a las 13.20 y estar de nuevo en el aire, en dirección a Entebbe, no más tarde de las 15.30. Por supuesto, podrían ordenarles regresar, pero cuanto antes tomase la decisión el gabinete, mejor. Por tanto, Peres llamó al primer ministro Rabin y le preguntó si podía adelantar una hora la reunión del equipo ministerial de mediodía. Rabin aceptó que se vieran a las 11.20.⁹

8.00 GMT, Kampala, Uganda

El ministro de Sanidad Henry Kyemba subió las escaleras hasta la sexta planta del hospital Mulago y un médico lo llevó a una habitación privada en el ala 6B, reservada a los VIP. Había un policía custodiando la puerta. Dentro se encontró a una frágil anciana de pelo blanco encamada, aún ataviada con el vestido gris claro con el que había ingresado. En una esquina estaban apoyados su bolso y un bastón.

—Hola, ¿cómo se encuentra? Espero que pronto esté usted bien —dijo Kyemba.

—Me encuentro bien, aunque preocupada por mi hijo Ilan —respondió Dora Bloch.

Kyemba se dio cuenta de que se refería a un hijo que seguía en el aeropuerto, y trató de calmarla.

—No se preocupe. Todo va a salir bien.

—Eso espero. —La mujer miró hacia la puerta—. ¿Podría usted decirle algo al guardia? No deja de mirarme por la ventana de la habitación y me tiene asustada.

Kyemba salió y le pidió al guardia que se quedase en su banco y no vigilase constantemente a la señora Bloch.

—Después de todo, es muy mayor y no puede andar bien.

La mujer le agradeció que hubiese hablado con el guardia y Kyemba salió de la habitación, muy conmovido por la «gentileza» y la «indefensión» de la anciana. Le recordó a su madre, que tenía más o menos la misma edad y hacía poco había estado hospitalizada. Aunque la señora Bloch se había recuperado bien y podría haber regresado al aeropuerto, Kyemba estaba ansioso por cuidar de ella y acordó con el médico que permaneciese una noche más en el hospital «en vez de exponerla a la incomodidad de la sala del aeropuerto». ¹⁰

8.00 GMT, centro de Israel

Una vez que por la base de la Unidad se extendió la noticia de que la misión a Entebbe seguía su curso, un grupo de oficiales de menor rango se acercó al comandante de su equipo, el capitán Giora Zussman. Se trataba de los mismos oficiales que habían expresado sus reservas la noche antes y que querían que Zussman hablase con Yoni. «Tiene que decirle que los detalles todavía no están bien perfilados», le explicó uno.

Después de que Zussman le transmitiese el mensaje, Netanyahu convocó a todos los oficiales implicados a una reunión en la oficina de su subalterno, Yiftach Reicher. La primera queja de los oficiales era que se había ordenado al equipo de apoyo no abrir fuego contra los ugandeses de la torre de control ni del tejado de la terminal antigua a no ser que se recibieran disparos desde allí, cuando ya podría ser demasiado tarde.

La paciente respuesta de Yoni fue que probablemente el tiroteo no durase más de un minuto; durante ese tiempo, él estaría delante del edificio «decidiendo si un equipo está atascado y debía llamar a otro» o incluso entrar él mismo. Pero si detrás de él había un equipo «lanzando ráfagas de disparos hacia la torre o las plantas superiores», eso supondría «muchísimo caos y ruido» y él «podría perder el control en el momento crítico» y no ser capaz de comunicarse con los diferentes equipos. Les recordó que estaban llevando a cabo «una misión de rescate, no un asalto convencional», y que su prioridad era «asegurar las salas» en las que se encontraban los rehenes. Por ese motivo, no quería fuego de cobertura hasta que los terroristas no estuviesen muertos.

Aparentemente convencidos por el argumento de Yoni, los oficiales plantearon otros asuntos. Preguntaron cosas como: «¿Qué pasa si un equipo queda fuera de juego? ¿Quién lo sustituirá?». La respuesta de Yoni fue: «Lo haremos de uno u otro modo». Pasada una hora, recordaba Zussman, los oficiales se marcharon «con una sensación totalmente distinta, con la percepción de que muchas cosas [...] que no estaban claras se habían despejado. Fue una reunión excelente».¹¹

9.20 GMT, Tel Aviv, Israel

Durante treinta minutos, con mapas, esquemas y notas, el general Gur les hizo a Rabin y a los otros cinco miembros del equipo ministerial un repaso detallado de la Operación Rayo en la Oficina del Primer Ministro de la Kirya. La mayoría de ellos ya conocían la existencia del plan gracias a Peres, pero aquella era la primera vez que se lo explicaban paso a paso.

—Tras asistir a las maniobras de anoche, puedo recomendar al gabinete que apruebe el plan —concluyó Gur.¹²

Peres, con la voz quebrada de emoción, habló después de él.

—Primer ministro, las perspectivas de una operación de rescate exitosa son mejores que en ningún otro momento anterior. El jefe del Estado Mayor está ahora mismo totalmente a favor, al igual que, según me han hecho creer, los ministros de Exteriores, Transportes y Justicia. Mi postura la conocen bien todos los presentes en esta sala. Así que solo queda que Yisrael y usted tomen una determinación.

Pese a la claridad de las palabras que anteriormente había dirigido a Amos Eiran, Rabin seguía teniendo sus reservas.

—Hay que reconocer que existe todavía una posibilidad real de que la operación no salga bien —dijo después de una pausa larga—. Y si es así, dicho fracaso dañará gravemente el prestigio de las FDI y su capacidad para actuar como fuerza disuasoria. No podemos olvidar que confiamos en información de ayer y que las cosas sobre el terreno pueden haber cambiado durante las últimas veinticuatro horas. Debemos recordar que existe una alternativa.¹³

¿Eran esas dudas típicas de la incapacidad de Rabin para tomar decisiones, especialmente cuando se acercaba al punto de no retorno? ¿O estaba tocándole deliberadamente las narices a Peres por ejercer presiones a sus espaldas? Resulta complicado saberlo, pero aquello provocó que el ministro de Defensa perdiera los nervios.

—Es Israel el que ha dado lecciones al mundo contra ceder ante el terrorismo —dijo en tono áspero—. Si ahora cedemos, nuestro prestigio sufrirá enormemente. ¿Deberíamos hacer caso omiso del hecho de que los secuestradores han llevado a cabo una «selección», separando a los judíos del resto de pasajeros del avión? Si la operación sale bien, el ánimo de todo el país mejorará de manera repentina y drástica. Es cierto que la operación pondrá a nuestros mejores soldados en peligro, pero siempre hemos estado dispuestos a arriesgar vidas para salvar a un gran número de personas utilizando nuestras propias fuerzas, sin recurrir a ayuda externa.

Rabin se frotó la frente. El verdadero sentimiento de las palabras de Peres por fin lo había convencido: había que autorizar la operación.

—¿Cuándo tienen que salir los aviones? —le preguntó el primer ministro a Gur.

—Deben salir del centro de Israel hacia el Sinaí poco después de la una de la tarde y estar de nuevo en el aire hacia las tres y media.

Para Peres, ese fue el primer indicio de que Rabin estaba «dando su brazo a torcer». Exhaló lentamente. A menos que hubiese un motín del gabinete en pleno, la operación seguía adelante.¹⁴

10.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

A los rehenes enfermos y agotados les pareció que las horas de la mañana reptaban lentamente, mientras permanecían tumbados en los colchones de la sala grande. Pocos tenían fuerzas para hablar o jugar a las cartas y los ánimos escaseaban. El piloto Michel Bacos en especial parecía estar en horas bajas mientras caminaba por la sala, instando a todos a que obedeciesen las órdenes de los terroristas, y dejasen una zona de tres metros delante de los ventanales y no discutiesen sobre política. Los rehenes más generosos «achacaron su mal humor al cansancio» y a un ataque de artritis.

Para cuando el autobús amarillo llevó el almuerzo, la gente estaba empezando a ponerse de nuevo en pie, aunque pocos tenían apetito. Sin embargo, eso no impidió que se quejaran. «*Madame* —le dijo alguien a una profesora israelí que estaba repartiendo la comida—, con esta ya van tres veces que le sirve a los mismos.»

En cuanto se acabó el almuerzo, Jean-Jacques Mimouni volvió a empezar con su servicio de bebidas. Los ugandeses le habían dado nuevas provisiones, así que podía ofrecer café y té con azúcar. También iba contando chistes, y su presencia animada fue para muchos un extraño rayo de sol en un día deprimente.¹⁵

11.00 GMT, Tel Aviv, Israel

—Lo que estoy a punto de decir es alto secreto —dijo Rabin, con la mirada fija en la larga mesa de conferencias de su oficina de la Kirya a Motta Gur y a los diecisiete ministros del gabinete—. Tenemos una opción militar.

Algunos de los ministros allí sentados se quedaron boquiabiertos y otros soltaron un grito ahogado. Después de que les dijese que permanecieran en Tel Aviv durante el *sabbat* para mantener esa reunión vital, esperaban una actualización sobre las negociaciones, o quizá incluso la noticia de que se había cerrado un acuerdo y los rehenes volverían pronto a casa. Pero no aquello.

—Se trata de una opción examinada minuciosamente y recomendada por el jefe del Estado Mayor —continuó Rabin en su usual tono plano e indolente—. Mientras no existía una opción militar, yo estaba a favor de llevar a cabo negociaciones serias con los secuestradores. Pero ahora la situación ha cambiado.

—¿Puede darnos una idea de cuántas víctimas se prevén? —intervino ansioso un ministro.

Rabin lo miró a los ojos.

—La operación de rescate implicará víctimas entre los rehenes y sus rescatadores. No sé cuántas. Pero aunque tengamos quince o veinte muertos (y bien sabemos todos lo alto que sería ese precio), estoy a favor de la operación.

—¿Y está usted completamente seguro de que no hay otra salida, aparte de negociar con los terroristas? —preguntó otro ministro.

—Sí, lo estoy. Si disponemos de una opción militar, hay que adoptarla en vez de ceder ante los terroristas, aunque el precio sea alto. —Rabin hizo una pausa para calibrar los ánimos de sus colegas: las caras y ceños contraídos lo decían todo. A continuación siguió, con la voz quebrada por una emoción nada típica—. Todo este tiempo he defendido que, en ausencia de un plan miliar, había que negociar con sinceridad. Ahora que existe un plan militar, debemos ponerlo en práctica, incluso a un coste elevado.¹⁶

Simón Peres habló a continuación.

—Estoy plenamente de acuerdo con el primer ministro. La descorazonadora cuestión es si arriesgar las vidas de civiles desarmados e inocentes y salvar el futuro de este país, o no hacerlo. Si nos rendimos, el terrorismo cobrará fuerza y habrá más atrocidades de este tipo. A ojos del mundo, el prestigio de Israel se hundirá, al igual que su capacidad para defenderse por sí mismo. Los países de todo el globo quizá entiendan lo que hemos hecho, pero igualmente se burlarán de nosotros.¹⁷

Llegó entonces el turno de que Motta Gur condujese a los ministros paso a paso por los detalles de la operación. Describió «el sigilo, la cautela y el subterfugio que residen en la base del plan, diseñado enteramente para coger a los terroristas y a los ugandeses con la guardia baja». Y concluyó:

—Caballeros, tras haber asistido al simulacro de la Operación Rayo anoche, puedo recomendarla al gabinete. El riesgo, según yo lo veo, está muy calculado y es asumible. Existe una posibilidad de que haya víctimas, como en cualquier otra operación que hayamos hecho para rescatar a civiles, pero en general considero que las circunstancias son razonables y se puede llevar a cabo una operación militar.

Eso provocó que Chaim Bar-Lev, ministro de Industria y Comercio y antiguo jefe del Estado Mayor de las FDI (y padre de Omer Bar-Lev), preguntase qué ocurriría si los aviones no podían repostar.

—No podrán regresar a casa —contestó Gur.

—¿Y las inclemencias del clima por allí? —siguió Bar-Lev.

—Es arriesgado.

—¿Y si descubrimos que han trasladado durante la noche a los rehenes de sitio? —preguntó Yosef Burg, el ministro del Interior nacido en Alemania y fundador del Partido Nacional Religioso.

En esa ocasión, respondió Rabin.

—La misión sería un completo y absoluto fracaso —dijo sin rodeos.

Tras comentar que estaban entrando en terrenos inexplorados, en el sentido de que las FDI nunca habían lanzado anteriormente una operación militar fuera de Oriente Medio, Peres pidió que los excusaran a Gur y a él del resto de la reunión. Querían desearles a los soldados toda la suerte del mundo antes de que salieran de la cercana base de la Fuerza Aérea de Lod hacia el Sinaí.

Cuando Peres y Gur se marcharon, Rabin les aseguró a los ministros que los aviones no tenían que salir del Sinaí hacia Uganda hasta las 15.30, y que podrían volar cinco horas y aun así tener combustible para regresar a territorio israelí. Como resultado, había tiempo suficiente para que cancelasen la misión, si eso era lo que decidían.¹⁸

11.40 GMT, Lod, Israel

Simón Peres y Motta Gur llegaron a la base de la Fuerza Aérea de Lod, contigua al Aeropuerto Internacional Ben-Gurion, cuando se estaban subiendo a bordo de los cuatro Hercules C-130 los últimos de los 190 soldados, veinte no combatientes y diez vehículos de la Operación Rayo, a las 13.40. Fueron directos hacia el Hercules Uno, el avión de cabeza, donde había un grupo de altos oficiales apostados en la pista. Bajo un sol de justicia, y con un termómetro que rozaba los 40 grados, muchos de los soldados llevaban gafas de sol.

La pareja se bajó del coche y se acercó a los oficiales, todos ellos «con el corraje de camuflaje puesto y claramente de buen ánimo». Cuando vieron a Peres, la primera pregunta que le hicieron fue: ¿va a aprobar el gabinete la misión? El ministro

les respondió que lo estaban decidiendo en esos momentos y que esperaba con todo su corazón que hicieran lo que había que hacer. «No se preocupe, Simón, todo va a salir de maravilla», le dijo Dan Shomron.

El siguiente en estrechar la mano del ministro de Defensa fue Yoni Netanyahu. El plan, le aseguró a Peres, era un éxito al «cien por cien».

Tras abrazar a Peres y a Gur, Shomron y el resto se metieron «en las entrañas de esos aviones enormes, sonriendo como si marchasen a una excursión de vacaciones».¹⁹

Los pilotos de los cuatro Hercules C-130 encendieron los motores. En la bodega del Hercules Uno, el avión de cabeza, iban apiñados el grupo de mando de cinco hombres de Dan Shomron, la fuerza de asalto de treinta y cuatro hombres de Yoni Netanyahu y los cincuenta y dos paracaidistas de Matan Vilnai: un total de noventa y un hombres y tres vehículos. No había ni un centímetro cuadrado de suelo libre y los hombres se sintieron aliviados cuando la rampa trasera empezó a levantarse, esperanzados en que, con la altitud, la temperatura descendiese.

De repente la rampa se paró y volvió a descender. Muki Betser alcanzó a ver por el hueco un *jeep* atravesando a toda velocidad la pista hacia el avión. Frenó chirriando en seco y un oficial de inteligencia se bajó y corrió hacia la entrada trasera, agitando un sobre. «Es para el general de brigada Shomron.»²⁰

El ingeniero de vuelo cogió el sobre y se abrió paso entre la masa de humanos y vehículos hasta la cabina de vuelo, donde Dan Shomron estaba sentado junto a los pilotos Joshua Shani y Avi Einstein. Poco después, mandaron llamar a Yoni Netanyahu y a Muki Betser para que se uniesen a Shomron. El sobre, les contaron, era del Mossad. Contenía «fotografías tomadas desde una avioneta que había sobrevolado Entebbe» el día antes. Las imágenes eran «instantáneas, datos en crudo sin leyendas ni explicaciones sobre los edificios que se veían».²¹ En cualquier caso, estaban mucho más actualizadas que las que contenían los archivos de la misión e incluían imágenes del edificio de la terminal nueva y de los tanques de combustible; del aeropuerto militar, con once cazas MiG en la pista y el Airbus de Air France secuestrado claramente visible al fondo, al final de la pista en diagonal, así como del complejo de edificios que componía la terminal antigua.²² Esa última foto parecía confirmar que solo había un cordón fino de soldados ugandeses custodiando la terminal antigua. Una confirmación verbal previa de esa información habría animado a Gur a autorizar la operación.²³

A las 13.55, el Hercules Uno, cargado hasta los topes, se alzó pesadamente hacia el cielo azul y despejado por encima de Lod, seguido a intervalos de cinco minutos por los otros tres C-130 y por un quinto de reserva. Al principio, volaron en distintas direcciones para confundir a los testigos y solo viraron al sur cuando se habían alejado lo suficiente de la zona. No obstante, la necesidad de eludir el radar jordano y los barcos de vigilancia soviéticos situados junto a la costa los obligaba a no superar en mucho unos centenares de pies de altitud. Volando tan bajo sobre los desiertos del

Néguev y del Sinaí, las corrientes ascendentes de aire caliente provocaban fuertes turbulencias;²⁴ tan fuertes que casi todos los soldados estaban al poco vomitando en bolsas. Amir Ofer devolvió tantas veces que pensó que no iba a poder continuar.²⁵ Otro veterano de vuelos en Hercules lo consideró «de lejos, el peor de todos sus vuelos» y recordaba cómo la cabeza le «golpeaba» contra el techo del Land Rover porque el avión se «balanceaba terriblemente».²⁶

Tras una hora de ese tormento, los aviones aterrizaron por fin en la base de la Fuerza Aérea de Ofira, en el sur del Sinaí. Mientras se llenaban hasta arriba los depósitos de combustible de los C-130, los soldados, todos groguis, se bajaron y se congregaron en hangares subterráneos, uno para los paracaidistas y la Golani y un segundo para los hombres de la Unidad. Había comida y bebida, pero solo unos pocos le sacaron partido. Los más afectados por el vuelo seguían tumbados junto a los aviones. Entre ellos se encontraban el capitán Alik Ron, un reservista que había sido asignado al equipo de mando de Netanyahu, y un soldado joven que formaba parte del equipo de asalto de Muki Betser y, por tanto, era un elemento vital del plan. Ron se recuperó, pero el soldado joven no, así que lo sustituyó Amos Goren, combatiente del TBP de Omer Bar-Lev (lo que dejaba la dotación total de combatientes de la Unidad con un hombre menos). Nervioso pero orgulloso, a Goren le dieron el megáfono y el petate del soldado, y Netanyahu le dijo que durante el vuelo sería informado debidamente sobre su papel.²⁷

No había aún ninguna decisión del gabinete para que la operación pudiera seguir adelante.

13.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Isaac Rabin miró el reloj mientras otro ministro más se levantaba para soltar su discurso. Eran las 15.00. El gabinete ya llevaba dos horas reunido y la discusión continuaba.

—Nos ha puesto usted bajo una presión inaceptable al permitir que los aviones despegasen antes de que hayamos tomado una decisión —le dijo el orador al primer ministro.

—No —respondió un exasperado Rabin—. Esta no es la primera vez que se llama a la retirada a las fuerzas movilizadas para una operación cuando el gabinete no aprueba su ejecución. El ultimátum expira mañana, como bien saben, y dado que una misión así no puede lanzarse a la luz del día, esta es la última oportunidad. Ahora van a tener que disculparme un momento. Les he pedido a Isaac Navon y a los líderes de la oposición, Begin y Rimalt, que se reúnan conmigo a las 15.00 para hablarles de la opción militar.²⁸

Rabin salió de la sala y se vio con los tres miembros de la Comisión de Seguridad y Asuntos Exteriores en una oficina contigua. Rápidamente les resumió el plan y las deliberaciones del gabinete. Begin respondió por todos:

—Señor primer ministro, ayer, cuando no tenía usted un plan militar, le dije que, dado que el asunto radicaba en salvar vidas de judíos, nosotros, desde la oposición, le prestaríamos al Gobierno nuestro apoyo total. Hoy, ahora que tiene un plan de rescate militar, le digo lo mismo. Y que el Todopoderoso traiga a nuestra gente a casa sana y salva.²⁹

—Gracias —contestó Rabin, y los abrazó uno a uno.

A continuación, regresó a la reunión del gabinete, y allí declaró:

—Vamos a llevar a cabo una misión compleja con víctimas esperables. En todo caso, recomiendo que el Gobierno la apruebe, aunque no alegremente. Caballeros, ¿quién está a favor de la decisión que ahora les voy a leer?: «El Gobierno resuelve aprobar la puesta en marcha de una operación de rescate de los rehenes retenidos en Entebbe a cargo de las Fuerzas de Defensa de Israel, según el plan remitido por el ministro de Defensa y el jefe del Estado Mayor».

Diecisiete manos, incluida la del primer ministro, se levantaron por toda la mesa. Fue unánime: la misión seguiría adelante.³⁰

El cuerpo de Rabin se liberó de la tensión y se sintió relajado por primera vez en una semana, convencido de que la decisión que habían tomado era la correcta. Regresó a su oficina y se sentó allí solo, perdido en sus pensamientos, hasta que Freuka Poran entró.

—Acabo de recibir la señal. Nuestras fuerzas van de camino.³¹

—Que así sea —respondió Rabin, y alzó para sí un vaso de *whisky*—. Yo ya no puedo hacer nada más.

13.41 GMT, Sinaí, Israel

El piloto Joshua Shani aumentó gradualmente la potencia mientras el Hercules Uno avanzaba por la pista de la base de la Fuerza Aérea de Ofira embutiéndose en el viento. El avión iban tan sobrecargado —con 14,8 toneladas, cuando la carga máxima segura era de dos toneladas menos— que parecía ir deslizándose en vez de acelerando. El calor de casi 40 grados del desierto reducía aún más la potencia de los cuatro motores, y cuando Shani se acercó al final de la pista solo estaba dos nudos por encima de la velocidad de pérdida. Despegó de todos modos y, como una especie de ave prehistórica, la gran bestia de metal ascendió pesada y lentamente por el aire.

Durante unos minutos, Shani continuó dirigiendo el Hercules Uno al norte, en la dirección equivocada, hasta que alcanzó suficiente velocidad para girar el avión. Incluso entonces tuvo que luchar por mantener el control del tembloroso C-130 mientras lo recuperaba lentamente y lo dirigía hacia el espacio aéreo internacional, sobre el mar Rojo. De cerca, por detrás, lo seguían los otros tres Hercules sobrecargados, para cuyos pilotos había sido igual de complicado maniobrar. Obligados a volar a apenas cien pies sobre el nivel del mar para evitar los radares de

Egipto y de Arabia Saudí, y bajo un estricto silencio de radio, Shani no tenía manera de saber si los demás aviones seguían detrás de él. Así que, cada tanto, los pilotos de los demás C-130 volaban junto a él para mostrarle que todo iba bien.³²

Al igual que en el primer tramo del trayecto, la panza del Hercules Uno iba abarrotada de soldados: los paracaidistas viajaban en el espacio situado entre los tres vehículos y el lateral del avión; los hombres de la unidad, en los Land Rover y el Mercedes y alrededores. En el diminuto hueco entre el Mercedes y la puerta de carga trasera, Yoni Netanyahu y Muki Betser informaron a Amos Goren sobre su papel en la misión. Para ayudar al joven soldado, Yoni dibujó un plano de la terminal antigua en el reverso de una bolsa para los mareos, utilizando cruces y flechas para marcar los puntos en los que los vehículos se detendrían y donde los diversos equipos de asalto, incluido el de Goren, entrarían en el edificio.

La sesión informativa se vio interrumpida por el mensaje procedente de la cabina de mando que todos habían estado esperando: el Gobierno había autorizado la operación. Netanyahu se limitó a asentir satisfecho y continuó explicándole su tarea a Goren como si «fuesen a hacer unas maniobras». Cuando la sesión informativa terminó, Goren plegó la bolsa y se la metió en el bolsillo de su ropa de combate atigrada, parte de una remesa de uniformes de paracaidistas ugandeses que los hombres de la Unidad se habían puesto durante la parada en Ofira.³³

Los dos oficiales subieron a los asientos delanteros del Mercedes y charlaron sobre lo que la otra parte se había perdido durante la semana que habían estado separados. Netanyahu habló de la operación en el Sinaí, mientras que Betser repasó los días y las noches que había pasado en el Hoyo «planeando el rescate». Sin embargo, al final «el cansancio de una semana sin dormir y repleta de preparativos ininterrumpidos se impuso» y Betser dio una cabezada.³⁴

Netanyahu sacó de un morral su viejo ejemplar de *The Way to Dusty Death*, de Alistair MacLean, un *thriller* superventas sobre carreras de coches. Le encantaban las historias que te dejan clavado en la silla; su familia se burlaba de él por haber visto la película *La gran evasión* tres veces seguidas. También le gustaba la popular serie de televisión estadounidense *Misión: Imposible*, sobre una unidad de élite de operaciones encubiertas, y la veía mientras chupaba su pipa y hacía comentarios críticos como «¡Eso no funcionaría nunca!».

Tras leer unas cuantas páginas, Netanyahu se dirigió a Betser, que seguía dormitando: «Esta noche nos las apañaríamos bien con unos cuantos hombres “de verdad” de MacLean, ¿eh?».³⁵

A su alrededor, todos los hombres dormían. Aunque algunos no podían; entre ellos Amir Ofer, que no dejaba de repasar en su cabeza lo que se suponía que tenía que hacer y cómo iba a hacerlo. No es que le temblasen las piernas, pero sí estaba «muy tenso». Lo mismo le ocurría al sargento Surin Hershko de la Sayeret Tzanchanim, aunque por un motivo distinto. Al igual que Ofir, Hershko también tenía veintiún años y estaba a punto de licenciarse cuando lo designaron para la misión,

pero él sí confiaba en que sus oficiales lo devolverían sano y salvo a casa. Iba sentado junto al Mercedes y podía ver a Netanyahu, un hombre al que conocía y admiraba por haber comandado un batallón de tanques, leyendo en el asiento delantero. La razón por la que Hershko no podía quedarse dormido era porque viajaba demasiado apretujado. El único modo de estirar las piernas era colocarlas debajo del Mercedes, pero no se planteaba esa opción viendo que las turbulencias hacían botar al vehículo a centímetros de sus extremidades.³⁶

14.00 GMT, Tel Aviv, Israel

A las 16.00, Isaac Rabin llamó a su chófer para que lo llevase a casa. No había nada más que él pudiese hacer y quería descansar algo antes de regresar a la Kirya a escuchar los informes procedentes de Entebbe por un altavoz conectado a la oficina de Simón Peres. El primer avión no tenía previsto tocar tierra hasta las 23.00, hora israelí, lo que le daba tiempo de sobra para una siesta.

«Bueno —les dijo a sus asistentes mientras se levantaba de la silla—, si esto termina siendo una tragedia, Dios no lo quiera, sé que voy a ser el blanco de las críticas. ¡Yo, y nadie más!»

Había llegado hasta la puerta cuando le pidieron que volviese: Gandhi llamaba desde París. Rabin dudó. El general Ze'evi era el último hombre con quien quería hablar. «¿Qué voy a decirle? —le preguntó a sus ayudantes en un susurro—. No puedo contarle la verdad...»

No, le respondió uno de ellos, pero debía coger la llamada en cualquier caso.

Rabin levantó el teléfono.

—¿Qué ocurre, Isaac? —preguntó Ze'evi, claramente exasperado—. Mañana ya es domingo. El ultimátum expira a mediodía, y hasta ahora no sé lo que está pasando con este tema.

—Gandhi, ¿y usted me pregunta qué hacer? —respondió Rabin con una voz clara y baja—. Ahora mismo es usted quien tiene que dar las respuestas. Vuelva a hablar con los franceses otra vez y pregúnteles qué está pasando en Uganda. Pregúnteles si, de entrada, hay alguna respuesta a nuestras propuestas. No tengo suficiente información para convocar al equipo ministerial, ni nada que debatir.

A continuación, Rabin repitió sus instrucciones previas: no habría intercambio en Entebbe bajo los auspicios de Idi Amin, en quien no se podía confiar.

—Personalmente, me contentaría con París o incluso El Cairo —le dijo el primer ministro antes de añadir—: Quiero que entienda que lo que cuenta no es el número de terroristas que hay que liberar, sino más bien la lista de nombres. Capucci no es lo principal para mí. Me preocupa más liberar a alguien que haya cometido un asesinato...

Al darse cuenta de que estaba poniendo a Ze'evi en una situación imposible, Rabin decidió insinuar la inminencia de una resolución.

—¿Sabe qué? Más tarde le llamo. A lo mejor entonces tengo algo que decirle.

Y tras colgar el teléfono, murmuró: «Gandhi va a matarme...». ³⁷

De vuelta en casa, Rabin no podía dormir. «Todos los detalles, todas las fases» de la operación estaban «grabados» en su cabeza. ³⁸ No dejaba de repasar una y otra vez la secuencia de los acontecimientos. Convencido para sí de que el plan funcionaría, por fin se quedó dormido.

15.30 GMT, espacio aéreo internacional sobre el mar Rojo

Dado que las tiras de sujeción no bastaban para evitar que las turbulencias meneasen el Mercedes arriba y abajo, Yoni Netanyahu se bajó del coche y fue hasta la cabina de vuelo del Hercules Uno. Estaba repleta de gente: los dos pilotos, el navegante y el piloto de reserva, y además los oficiales de alto rango que iban a bordo, Dan Shomron, Ivan Oren y Matan Vilnai, todos sentados en taburetes pequeños de mimbre.

Shani le dijo que todo iba bien y que habían puesto ya el rumbo al sur que los llevaría a Eritrea, Etiopía y, finalmente, al espacio aéreo keniano, antes de llegar al lago Victoria. Netanyahu coincidió con Shomron en que aterrizarían pasara lo que pasara. Revisó entonces junto con Shomron una serie de puntos —incluida la hora exacta en la que este último llegaría a la terminal antigua con su *jeep* de mando, que transportaba el Hercules Dos— y le comentó a Oren:

—Si está allí, voy a matarlo.

Oren parecía desconcertado.

—¿De quién habla?

—De Idi Amin.

—No puede hacer eso —respondió Oren con el ceño fruncido—. No se ha comentado nada al respecto. Tendría que solicitar autorización.

—No pienso solicitar nada. Si Idi Amin está allí, voy a matarlo.

Al poco, Netanyahu preguntó si había algún sitio en el que pudiese descansar y Shomron le dijo que usara uno de los dos catres estrechos situados al fondo de la cabina de vuelo. «Usted duerme en el camino de ida —dijo el comandante de la operación— y yo haré lo propio en el de vuelta.»

Tras pedirle al navegante que lo despertase cuando estuviesen a treinta minutos de Entebbe, Netanyahu se echó en el catre, se colocó una almohada hinchable azul debajo de la cabeza y se quedó dormido al instante. ³⁹

16.30 GMT, Lod, Israel

Uri Lubrani se vio obligado a regresar a su asiento mientras el avión médico Boeing 707 de las FDI —camuflado como un avión civil de El Al— aceleraba por la pista y despegaba de la base de la Fuerza Aérea de Lod hacia Kenia, donde tenía previsto aterrizar a las 22.20, hora israelí, unos cuarenta minutos antes de que el Hercules Uno tocara tierra en Entebbe.

Como parte del trato acordado con los keniatas la noche antes, el 707 volaría directamente a Nairobi para dar a su personal médico tiempo suficiente de montar, en un rincón seguro del aeropuerto, un hospital de campaña donde tratar a las muchas víctimas que se preveían en Entebbe. En esa misma ubicación, los cinco aviones directamente implicados en el rescate —los cuatro Hercules y el 707 de mando y control— harían el repostaje, permitiendo así a toda la fuerza regresar a Israel.

La tarea de Lubrani —según le explicó el propio primer ministro Rabin al poco de regresar Lubrani de Irán, unas horas antes— era doble: en primer lugar, actuar como representante de alto nivel del Gobierno israelí que suavizase cualquier dificultad que pudiera surgir en Kenia antes de la llegada de la fuerza de ataque de Entebbe, y en segundo lugar, estar disponible para interceder personalmente ante Amin si el rescate fracasaba o los aviones, por cualquier motivo, no podían salir de Uganda.

Mientras el Boeing continuaba ascendiendo a su altitud de crucero óptima, la mente de Lubrani regresó a aquella experiencia escalofriante de 1968, cuando Amin y él —el jefe del Estado Mayor ugandés y el embajador de Israel, respectivamente— regresaban de unas maniobras militares en Kampala en una avioneta Piaggio y el único motor del aparato empezó a chisporrotear. Al darse cuenta de que no llegarían al aeropuerto de Entebbe, a más de una hora de vuelo, Lubrani convenció a Amin de que ordenase al piloto ugandés regresar a la pista que acababan de abandonar, veinte minutos antes. Mientras Amin rezaba en árabe, se zafaron por solo unos segundos de la tragedia, con el avión rozando las copas de los árboles al planear hacia la pista de tierra antes de aterrizar estrellándose. Increíblemente, ni Amin ni él resultaron heridos, por lo que el supersticioso ugandés calificó su salvación de milagro y convirtió a Lubrani en su «hermano de sangre».

Era a raíz de ese «vínculo estrecho» por lo que Lubrani había hecho su oferta original de volar a Uganda, propuesta que habían rechazado, pero que había llevado a Rabin a pensar que Lubrani podía ser útil de otras maneras, en vista de su profundo conocimiento de la política del este de África. De ahí que lo mandasen llamar tan rápido a Irán y se encontrase viajando en un avión que, aparte de la tripulación y él, estaba reservado para médicos y enfermeras.

Lubrani había aceptado rápidamente la oferta de Rabin. Sin embargo, ya en camino, lo que más lo preocupaba era: «Si el rescate fracasa, ¿qué le voy a decir yo a Amin que pueda marcar alguna diferencia?». ⁴⁰

16.55 GMT, Tel Aviv, Israel

Simón Peres estaba sentado ante su escritorio de la Kirya, perdido en sus pensamientos, cuando su asesor militar entró en la oficina. «Simón —le dijo el coronel Ilan Tehilla—, acabamos de recibir confirmación de que el avión de mando y control Boeing 707, con los generales Peled y Adam a bordo, ha despegado de la base de la Fuerza Aérea de Ofira.»

Peres hizo un gesto de admisión. Los seis aviones se encontraban ya en el aire: los Hercules C-130, de avance más lento, habían sido los primeros en salir de Ofira, a las 15.30; los había seguido el avión médico Boeing 707, que despegó de Lod menos de tres horas después, y ahora había salido el avión de mando y control de Ofira. La tarea crucial de ese último avión era acercarse a unos cien kilómetros de los C-130 y volar en círculos sobre el aeropuerto de Entebbe, mientras las demás aeronaves estaban en tierra, para dirigir los acontecimientos y ofrecer un vínculo de comunicación entre la operación y la oficina de Peres, donde la acción se seguiría en tiempo real.

Desde la salida de los C-130 de Ofira, Peres había estado supervisando la banda de frecuencias de la operación mediante un altavoz en su oficina. Los aviones tenían órdenes de «mantener un silencio por radio absoluto a no ser que surgiese algún problema» y, hasta el momento, la ausencia de noticias se había interpretado como una buena noticia. Peres siguió escuchando unos minutos más y, al no oír nada, decidió cumplir con su previa aceptación a asistir a la fiesta del *bar mitzvá* del nieto de trece años del doctor Herzl Rosenblum, un notable revisionista y director del periódico *Yediot Aharonot*, de tiradas masivas. Peres lo hizo porque estaba ansioso por «mantener la fachada de discreción que tan bien estaba funcionando para proteger el secreto de la operación».

En la fiesta vio a «todos los grandes nombres del periodismo israelí», y «ninguno de ellos tuvo ningún palpito de lo que había en marcha». Uno o dos incluso comentaron el buen aspecto que tenía el ministro de Defensa; otros dijeron que parecía cansado. Por su parte, Peres interpretó ambos tipos de comentarios como un intento por sonsacar algún indicio de lo que estaba «haciendo, si es que estaba haciendo algo, en relación con toda la odisea del secuestro». Se encontraron con un muro de piedra; y cuando alguien le preguntaba directamente por los rehenes, Peres respondía que «estarían de vuelta en casa muy pronto, quizá dentro de veinticuatro horas». Aquello tuvo el efecto deseado de aumentar la «especulación sobre el estado de las negociaciones entre bastidores entre Israel y los secuestradores».

A las 22.00, con su objetivo conseguido, Peres se marchó de la fiesta y regresó a su oficina junto a sus asesores y al ministro de Transportes, Gad Yaacobi. Quería estar de vuelta bastante antes del aterrizaje de los C-130 en Entebbe, previsto para una hora después.⁴¹

17.00 GMT, Tel Aviv, Israel

El éxito del Gobierno israelí a la hora de mantener tanto a su propia gente como a los diplomáticos extranjeros completamente ajenos a la operación de rescate de los rehenes quedó demostrado en un cable enviado desde la Embajada de Alemania en Tel Aviv a la *Auswärtiges Amt* (la Oficina Federal de Exteriores) en Bonn durante la tarde noche del 3 de julio.

El mensaje apuntaba a que el «comité de crisis de Israel» había estado reunido a mediodía «durante unas horas, sin tomar ninguna decisión nueva», y que el gabinete en pleno tenía programada una nueva reunión para el día siguiente. Había dos datos equivocados ahí: el «comité de crisis» sí había tomado una decisión —lanzar la Operación Rayo— que ya se había autorizado en una prolongada reunión que el gabinete en pleno había mantenido a continuación. Claramente, la desinformación difundida por el Ministerio de Exteriores israelí estaba teniendo el efecto deseado.

El mensaje continuaba para afirmar que, aunque aún no se había recibido ninguna respuesta oficial de los terroristas a los últimos términos israelíes, el intermediario somalí había dado a entender que «el ultimátum podría ampliarse si existe una posibilidad razonable de llegar a algún resultado al término» de las negociaciones. La Embajada, por su parte, no les había dejado ninguna duda a los israelíes de que el Gobierno alemán «liberaría a prisioneros si el Gobierno israelí le pedía que lo hiciera».

La conclusión de la Embajada alemana era que el Gobierno israelí quería «ganar algo de tiempo» y no mostraba ningún signo de estar «dispuesto a liberar» a sus propios prisioneros. Sin embargo, en última instancia se vería obligado a hacerlo, «si no hay alternativas».⁴²

Entretanto, en Bonn, según un diplomático de alto rango bien informado de la Embajada británica, el gabinete de Schmidt ya había aprobado un borrador de declaración firme que iba a hacerse pública antes de la expiración del segundo ultimátum, a la mañana siguiente. Describía a los presos encarcelados en la RFA como «criminales» y decía que «posiblemente no podría establecerse ningún vínculo entre su liberación y la de los rehenes».⁴³ El diplomático añadía: «Me pregunto qué efecto habría tenido un comunicado así emitido la tarde del 3 de julio. Al final, se tomó la decisión de retener el comunicado hasta el día siguiente».

17.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Los rehenes acababan de empezar a sacar las sillas y los colchones para que la gente pudiese prepararse para dormir cuando unos gritos y ruidos de pisadas apresuradas fuera anunciaron la llegada del presidente Idi Amin. Con el elegante uniforme azul grisáceo de un capitán general ugandés, entró a la sala principal del edificio de la terminal antigua acompañado por Faiz Jaber, el Peruano y un pequeño séquito.

«*Shalom!*», dijo Amin.

La respuesta de muchos rehenes fue un cálido aplauso, aunque algunos de los más jóvenes, como Willy e Isa, se negaron a unirse a quienes aplaudían y permanecieron tumbados en los colchones, clavándoles la mirada a Amin y a su gente.

El presidente continuó en inglés: «Acabo de regresar de Mauricio, donde he presidido una reunión de la Organización para la Unidad Africana. En mi ausencia, he permanecido en contacto con los negociadores y continué haciendo todo lo posible por salvarles. Me ha decepcionado la actitud del Gobierno de Israel, que no responde con la suficiente rapidez y, si hay algún problema, será por su culpa. De todos modos, las negociaciones están avanzando a pesar de eso. Vamos a seguir durante la noche y creo que se habrán marchado todos para el domingo por la noche. Duerman bien».

Tras ese breve discurso, Amin se volvió y salió del edificio, dejando tras de sí consternación entre los muchos rehenes que no entendían inglés. Cuando se les tradujo el mensaje, un buen número de ellos se mostraron aliviados. El optimismo aparentemente se confirmó un poco después, cuando llegó el autobús amarillo con un bienvenido cambio de menú: pollo en vez de carne hervida. Parecía ser un buen augurio.⁴⁴

18.33 GMT, Hamilton, Bermudas

El ministro de Exteriores británico Tony Crosland se encontraba en Bermudas a bordo del *Britannia*, el yate de la Corona, cuando se enteró de las últimas repercusiones de la crisis del secuestro en su país. Acompañaba a la reina en su visita oficial de una semana a Estados Unidos para celebrar el segundo centenario de la Declaración de Independencia estadounidense, el 4 de julio de 1776 —una obligación en gran medida ceremonial que no le entusiasmaba en exceso—, y acababa de llegar en un avión VC-10 a Hamilton —donde estaba atracado el yate—, acompañado por la pareja real y por Susan, su esposa, estadounidense de nacimiento.

La noticia, en forma de un cable del Foreign Office «laboriosamente descifrado» por uno de los oficiales navales del *Britannia*, era que Eric Moonman, diputado laborista por Basildon y presidente de la Federación Sionista de Gran Bretaña e Irlanda, había escrito una carta instando al Foreign Office a presentar ante Naciones Unidas las alegaciones incluidas en el artículo de Chapman Pincher del *Daily Express* de ese día.⁴⁵

En ausencia de Crosland, su suplente, Ted Rowlands, el ministro de Estado para Asuntos Africanos, le había dicho a Moonman que hacía falta mantener las «cabezas frías» y que «no sería correcto» que el Gobierno británico interviniese en una cuestión en la que «no estaba implicado de primera mano». Era importante, añadió Rowlands, no «medir fuerzas» con el resto de Gobiernos más directamente implicados, como el francés.

Crosland estuvo de acuerdo con esa respuesta y le repitió esa información al embajador británico en París en un cable a las 18.33 GMT. «Por favor, aproveche la primera oportunidad que tenga para informar a los franceses de todo lo anterior, dejándoles claro que no, repito, que no vamos a iniciar ni a sugerir ninguna acción.»⁴⁶

19.00 GMT, Entebbe, Uganda

A las 22.00 —en cuanto terminó la cena en la Casa del Estado con varios invitados, entre los que se encontraba Wadie Haddad, el líder del FPLP-ME—, Idi Amin llamó a casa de su ministro de Sanidad, Henry Kyemba.⁴⁷

Al reconocer la voz de Kyemba, Amin dijo:

—Soy el presidente. He regresado de Mauricio esta tarde y he hablado con los rehenes. No tienen buena pinta. ¿Qué asistencia médica están recibiendo?

—Ordené que hubiese un médico y una enfermera disponibles en todo momento, señor presidente, tal y como me pidió. Algunos están enfermos, pero es porque las instalaciones sanitarias en un edificio tan antiguo no son las adecuadas. —Amin resopló, y Kyemba continuó hablando—: Solo una rehén ha ingresado en el Mulago, la señora Bloch, una señora mayor israelí que nos llegó ayer con un trozo de carne atascado en la garganta. Eso ya está solucionado y se encuentra casi bien otra vez.

Cuando terminó de hablar, Kyemba notó un palpito de miedo en el estómago. Le había mentado deliberadamente a Amin para ahorrarle a la anciana otra noche de incomodidad en la terminal antigua. Si Amin descubría la verdad —que la mujer estaba lo bastante recuperada como para recibir el alta—, las cosas no irían bien para él. Pero el presidente no sospechó nada.

—Bien. Asegúrate de que regrese al aeropuerto antes de que expire el plazo, mañana a las 14.00 —respondió Amin.

—Me ocuparé de que así sea.⁴⁸

20.00 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Para los rehenes había sido un final de tarde curioso. Después de cenar, habían visto muchas idas y venidas de limusinas Mercedes por delante del edificio de la terminal antigua, en una de las cuales había regresado Faiz Jaber procedente de una cita que desconocían. Otros palestinos y él parecían mostrar «aires de gran satisfacción», como si se estuviese fraguando algo. A continuación, pasaron unos minutos discutiendo algo en la pista con un grupo de oficiales ugandeses, antes de regresar sonrientes al edificio. Sin embargo, no les dieron ninguna explicación a los rehenes.

A las 23.00, ocurrió algo aún más curioso. Jean-Jacques, Isa y Willy estaban tumbados en los colchones, en su sitio acostumbrado cerca de la puerta exterior, mientras a su lado Agnès y Maggy se preparaban las camas. Se les acercó un israelí de pelo blanco, de unos cuarenta años, con unos pantalones cortos y una camisa blanca, y les preguntó: «¿Qué están haciendo? ¿Por qué se preparan para dormir si nos vamos dentro de un rato?».

Los jóvenes miraron primero fijamente al hombre y luego se miraron entre sí, preguntándose si estaría bromeando o solo mal de la cabeza. El hombre no daba ninguna pista. «Esta noche nos van a liberar —repitió—. Van a venir a por nosotros.»

Willy le preguntó al israelí a qué se refería, pero él no supo explicárselo, o no quiso. Después de que el hombre se alejase, el grupo se puso a especular. ¿Habría malinterpretado aquel señor las palabras de Idi Amin para concluir que los liberarían esa noche? ¿Habrían recibido los israelíes un mensaje secreto de su Gobierno de «aguantar y estar preparados para esa noche»? ¿O es que los israelíes sencillamente habían dado por sentado que su Gobierno no esperaría hasta el último minuto para realizar un intercambio de prisioneros? Tras acordar que esa última opción era la explicación más plausible, no le dieron más vueltas y se prepararon para dormir.

Para entonces, la mayoría de los rehenes se habían acostado. Entre las excepciones había un grupo de cuatro personas —Akiva Laxer e Ilan Hartuv eran dos de ellas— jugando al *bridge* en una mesa plegable al fondo a la izquierda, pasada la oficina de mantenimiento de aviones con el escaparate de cristal. Tuvieron la posibilidad de hacerlo porque, por segunda noche consecutiva, los terroristas habían decidido no apagar ninguna de las luces. La única zona en penumbra de la sala grande era donde Jean-Jacques y los demás estaban acampados, gracias a la hilera de luces de neón defectuosas.⁴⁹

Entretanto, los cuatro terroristas de guardia —Jaber, Böse, Kuhlmann y el Peruano— se refrescaban «fuera, sentados en la puerta principal, hablando con algunos ugandeses».⁵⁰ Los otros tres estaban descansando en la antigua sala VVIP, al lado de la sala israelí.

20.25 GMT, Nairobi, Kenia

El primero de los seis aviones de la Operación Rayo en tocar tierra en suelo africano fue el avión médico Boeing 707, con el embajador Uri Lubrani a bordo. Enmascarado como un vuelo regular de El Al, aterrizó en el Aeropuerto Embakasi de Nairobi a las 23.25, hora local, y de inmediato lo dirigieron al muelle 4, una zona para aeronaves acordonada que requería precauciones de seguridad. Allí, los equipos médicos instalaron rápidamente, bajo unas lonas, una sala de urgencias y un quirófano, como preparación para la llegada de víctimas de Entebbe, que se esperaba para las dos de la madrugada, aproximadamente.⁵¹

A Lubrani, entretanto, lo habían llevado a reunirse con los altos oficiales de la UGS keniana para coordinar la llegada de los aviones de Entebbe. Dado que solo un número muy reducido de oficiales de seguridad kenianos —entre ellos, Ben Gethi, el director de la UGS— conocía la decisión de dejar aterrizar a los aviones, se acordó que Dany Saadon, el director de El Al en la zona, no informaría a la torre de control de Nairobi hasta el último momento. Mantuvieron ajeno a la cuestión incluso al director del aeropuerto, aunque a su jefe, el ministro de Transportes, sí se le informó.⁵²

La mayoría de los miembros de alto rango del Gobierno —incluido el presidente Jomo Kenyatta, el vicepresidente Daniel arap Moi y el ministro de Exteriores, el doctor Munyua Waiyaki— no sabían aún lo que se había planeado. No obstante, a esas alturas, una vez que el primer avión hubo aterrizado, Charles Njonjo decidió llamar al presidente a su casa de campo. Le contó que los israelíes estaban a punto de intentar rescatar a sus rehenes de Entebbe y querían repostar los aviones en Nairobi. También le dijo que esperaban poder tratar a cualquier víctima en suelo keniano. Ben Gethi, Bernard Hinga, Bruce McKenzie y él mismo opinaban que debían permitírselo.

Durante un momento hubo un silencio, mientras Kenyatta digería lo que Njonjo le había dicho. A continuación respondió: «Njonjo, no he oído lo que acaba de contarme. Si algo sale mal, negaré saber nada de esto. No estoy diciendo que no deban aterrizar. Lo que digo es que oficialmente negaré saber nada y que, si sale mal, usted y el resto se quemarán las manos solos».⁵³

Antes de que Njonjo tuviese oportunidad de responder, la llamada se había cortado.

20.30 GMT, espacio aéreo keniano

Yoni Netanyahu sintió que una mano le apretaba el hombro.

—Despierte —le gritó el navegante por encima del zumbido de los cuatro motores del Hercules Uno—. Estamos llegando al lago Victoria. Hora de prepararse.

Netanyahu se giró en el catre estrecho al fondo de la cabina de vuelo y parpadeó hasta terminar de despertarse.

—¿A cuánto estamos?

—A treinta minutos.

Netanyahu sacó las piernas del catre con un balanceo y se puso en pie. A todo lo largo de la bodega, los hombres se preparaban para la batalla, poniéndose las camisas, comprobando las armas y abrochándose los correajes de camuflaje. Mientras avanzaba por la aeronave y pasaba junto a los vehículos donde los soldados se apiñaban demasiado apretujados, les fue estrechando la mano a todos sus hombres, murmurando palabras de ánimo y recordatorios de última hora sobre las contingencias que habían practicado: «Si hay un cordón de tropas ugandesas en torno

a la terminal, el Mercedes seguirá avanzando pase lo que pase y los equipos de los Land Rover se ocuparán del entuerto. Si las luces están apagadas en la terminal y alrededores, los Land Rover moverán sus faros para iluminar la sala a través de los ventanales y los grupos de asalto utilizarán las linternas acopladas a las armas. Si las puertas de la terminal están cerradas, cada uno de los equipos tiene cargas para volarlas. Si un equipo cae, los de reserva lo sustituirán. Si alguna fuerza no consigue cumplir sus objetivos, que me lo comunique por radio para enviar refuerzos de inmediato».

El último consejo que les dio fue: «Recuerden. Vamos a ser los mejores soldados que haya en ese aeropuerto esta noche y no hay nadie capaz de derrotarnos. Y sobre todo: corran, corran».⁵⁴

De repente, el avión se meció de lado a lado como si una feroz tormenta eléctrica le hubiese dado de lleno. Por los pequeños ojos de buey «el cielo se iluminó con vetas de rayos» y el «trueno resonó por encima del retumbo de los motores del Hercules». Muchos de los soldados se pusieron nerviosos. Sin embargo, para Muki Betser la tormenta no era motivo para tener miedo: le recordaba a los cielos rojos de Jinja y, además, resultaba extrañamente apropiada dado el nombre de la misión, la Operación Rayo.

Tras darse cuenta de que a uno de los oficiales de la Tzanchanim le estaba costando abrocharse el cinturón del camuflaje porque le temblaban los dedos, Betser trató de calmarlo. «Tranquilo, aún nos quedan veinte minutos.»⁵⁵

Una vez que hubieron dejado la tormenta atrás, Netanyahu se acercó a la atestada cabina de vuelo para observar el acercamiento final. Por delante de ellos el cielo estaba despejado y, ya en la distancia, podían ver las luces de aterrizaje de la pista. Todos soltaron un suspiro de alivio, conscientes de que no los esperaban.

Por la radio se oyó una voz:

—¿Todo bien?

Era Benny Peled desde el 707 de mando y control, que les había dado alcance y estaba sobrevolándolos en círculos.

—Perfectamente. Sin problemas —respondió Shani.

A la derecha de la pista, todos alcanzaron a ver el edificio de la terminal nueva con las luces refulgentes y, más al este, menos nítida pero también iluminada, la terminal antigua.⁵⁶

—Por ahora, todo va bien —dijo Netanyahu.

Cuando se volvió para regresar con sus hombres, Shomron le puso una mano en el hombro.

—Acuérdese: es usted el comandante de la Unidad y no el primer hombre de la partida de asalto —le dijo el hombre mayor.

Netanyahu sonrió.

—Todo irá bien.⁵⁷

A continuación, Netanyahu regresó al Mercedes y se puso el pesado arnés de camuflaje que, al igual que el de la mayoría de los oficiales de la Unidad, estaba hecho a medida: ocho bolsillos de color marrón apagado para tambores y granadas cosidos sobre un fondo de gomaespuma amplio para darle comodidad; vendaje militar, navaja, cuerda; y una pistola Beretta del 22 con silenciador embutida en la camisa de combate.⁵⁸

Terminados sus preparativos, Netanyahu abrió la puerta delantera derecha del copiloto del Mercedes y se subió junto al conductor, Amitzur Kafri. En la siguiente fila de asientos estaban Betser, directamente detrás de Kafri, y otros tres combatientes, entre ellos Giora Zussman, junto a la puerta derecha trasera. Apretujados en la última fila de asientos, diseñada solo para dos personas, había tres soldados más.

El resto de los equipos de asalto, incluido Amir Ofer, iban apiñados a bordo del primer Land Rover descapotable, justo detrás del Mercedes. En el segundo Land Rover, igual de sobrecargado, estaba la fuerza de apoyo, cuya primera tarea era evitar cualquier posible fuego ugandés procedente de la torre de control. Los dos Land Rover llevaban instalada una ametralladora de propósito general MAG de 7,62 mm con un solo cinturón de munición. La mayoría de los soldados de la Unidad llevaban un Kaláshnikov AK-47, aunque unos pocos iban armados con un Galil ARM, un rifle de asalto de fabricación israelí que seguía el modelo del AK-47, pero con la culata plegable y un calibre menor, de 5,56. Todos los paracaidistas a bordo llevaban fusiles Galil.⁵⁹

Con un leve siseo de los frenos hidráulicos, la enorme rampa trasera que el Mercedes tenía delante bajó parcialmente en el aire, para ahorrar tiempo una vez que el avión aterrizase. Por la abertura, Netanyahu y los demás pudieron ver la amplia extensión negra del lago Victoria. «Arranque», dijo Netanyahu.

Kafri giró la llave y el motor de arranque reparado hizo su trabajo: el Mercedes rugió. A continuación, el conductor encendió las luces del coche, y quienes conducían los dos Land Rover hicieron lo propio.

En la cabina de mando, Joshua Shani contenía el aliento mientras guiaba el avión cargado hasta arriba hacia la pista aún iluminada. No dejaba de decirse a sí mismo: «¡No la cagues! ¡No la cagues!», plenamente consciente de que un error echaría a perder la operación entera y costaría muchas vidas.⁶⁰

Había calibrado el acercamiento de maravilla, y el avión tocó tierra con solo una leve sacudida y un suave rechinar de la goma de las ruedas, no del todo infladas para amortiguar el sonido. Muki Betser suspiró aliviado.⁶¹

Mientras las luces de la pista pasaban a toda velocidad junto a la cola del avión, uno de los soldados de Netanyahu miró el reloj. Eran las 23.01, hora israelí.⁶² Justo pasada la medianoche en Uganda.

20.45 GMT, Tel Aviv, Israel

Isaac Rabin y sus asistentes llegaron a la oficina de Simón Peres en la Kirya con solo quince minutos de margen. Se encontraron al ministro de Defensa y a su equipo, Motta Gur, Gad Yaacobi y Yitzhak Hofi —el jefe del Mossad—, sentados en silencio en torno a la gran mesa de conferencias, muchos de ellos fumando para aliviar la tensión. El único sonido eran las interferencias del altavoz que había sobre el escritorio de Peres.

A las 23.03 llegó la primera noticia crucial crepitando por el receptor: el avión de cabeza había aterrizado sin problemas.

Plenamente conscientes de que la operación entraba entonces en su fase más peligrosa, los líderes políticos, militares y de inteligencia de Israel contuvieron un aliento colectivo durante lo que pareció una eternidad. En realidad, apenas pasó un minuto antes de que oyesen un sonido fuerte entrecortado que los militares —Rabin, Gur y Hofi— identificaron de inmediato como disparos. Se miraron entre ellos con gesto interrogante. ¿Estaban los hombres de Yoni ya en la terminal antigua? ¿O se habían encontrado con problemas de camino? Esta última posibilidad podría traducirse en desastre, lo sabían: no solo para los rehenes y soldados de Uganda, sino para todos los que se encontraban en aquella sala. Su reputación y, lo que era más importante, la futura seguridad de Israel estaban en el filo de una navaja.⁶³

21.00 GMT, Cranleigh, Surrey, Reino Unido

Por segunda noche consecutiva, Chapman y Billee Pincher cenaron con sus amigos, los McKenzie, en Knowle Park, Cranleigh. Había sido una velada extraña, porque Bruce se mostraba «más misterioso que nunca y en cierto modo agotado por otro día transcurrido entre agitadas llamadas internacionales». Cuando Chapman le preguntó a su anfitrión si «creía posible que los israelíes de algún modo intentasen un rescate» de los rehenes en Entebbe, McKenzie se negó explícitamente a responder.

No fue hasta que los Pincher iban en el coche para cubrir la corta distancia hasta su hacienda en el vecino pueblo de Ewhurst cuando Billee, que había visitado Entebbe con su esposo y Bruce unos años antes, de repente soltó:

—Sé lo que van a hacer los israelíes. Van a montar un ataque sorpresa en avión, volarán los MiG como maniobra de distracción y luego liberarán a los rehenes.

Chapman se echó a reír.

—Es una buena idea, pero eso no va a pasar. Entebbe está demasiado lejos de Israel. El único modo de que una empresa de ese calibre pudiera funcionar sería lanzando el ataque desde Nairobi. Pero incluso con los estrechos vínculos que tiene Kenia con Israel, y la indudable influencia de Bruce sobre Kenyatta y algunos de sus asesores de alto rango, esa posibilidad es sencillamente impensable.⁶⁴

21.01 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Tras reducir la potencia y frenar fuerte, Joshua Shani fue capaz de ralentizar la masa enorme que formaba el Hercules Uno casi hasta una velocidad de paseo para cuando el aparato llegó a la mitad de la pista. Eso permitió a diez de los hombres del coronel Vilnai ir saltando a intervalos de las puertas laterales del avión y colocar, a cada lado de la pista, dos linternas a pilas para que los aviones que venían detrás pudieran aterrizar aunque se apagase la iluminación permanente. Al mismo tiempo, la tripulación soltó los bloques y sujeciones que aseguraban los tres vehículos.

Shani continuó deslizando el avión más allá del edificio de la terminal nueva, que seguía con las luces encendidas, hasta la pista de acceso que llevaba en perpendicular desde la pista principal hasta la diagonal. Detuvo el avión a mitad de esa pista de acceso, permitiendo al ingeniero de vuelo que soltase las decenas de centímetros que quedaban de la rampa trasera sobre el asfalto. En cuanto la rampa sonó contra el suelo, Netanyahu palmeó a Kafri en el hombro y gritó: «¡Vamos!».

Kafri bajó el Mercedes por la rampa y la estrechez de la pista de acceso lo obligó a girar bruscamente a la derecha, por debajo del ala, esquivando por poco la hélice aún en movimiento del motor exterior. De cerca lo seguían los dos Land Rover.

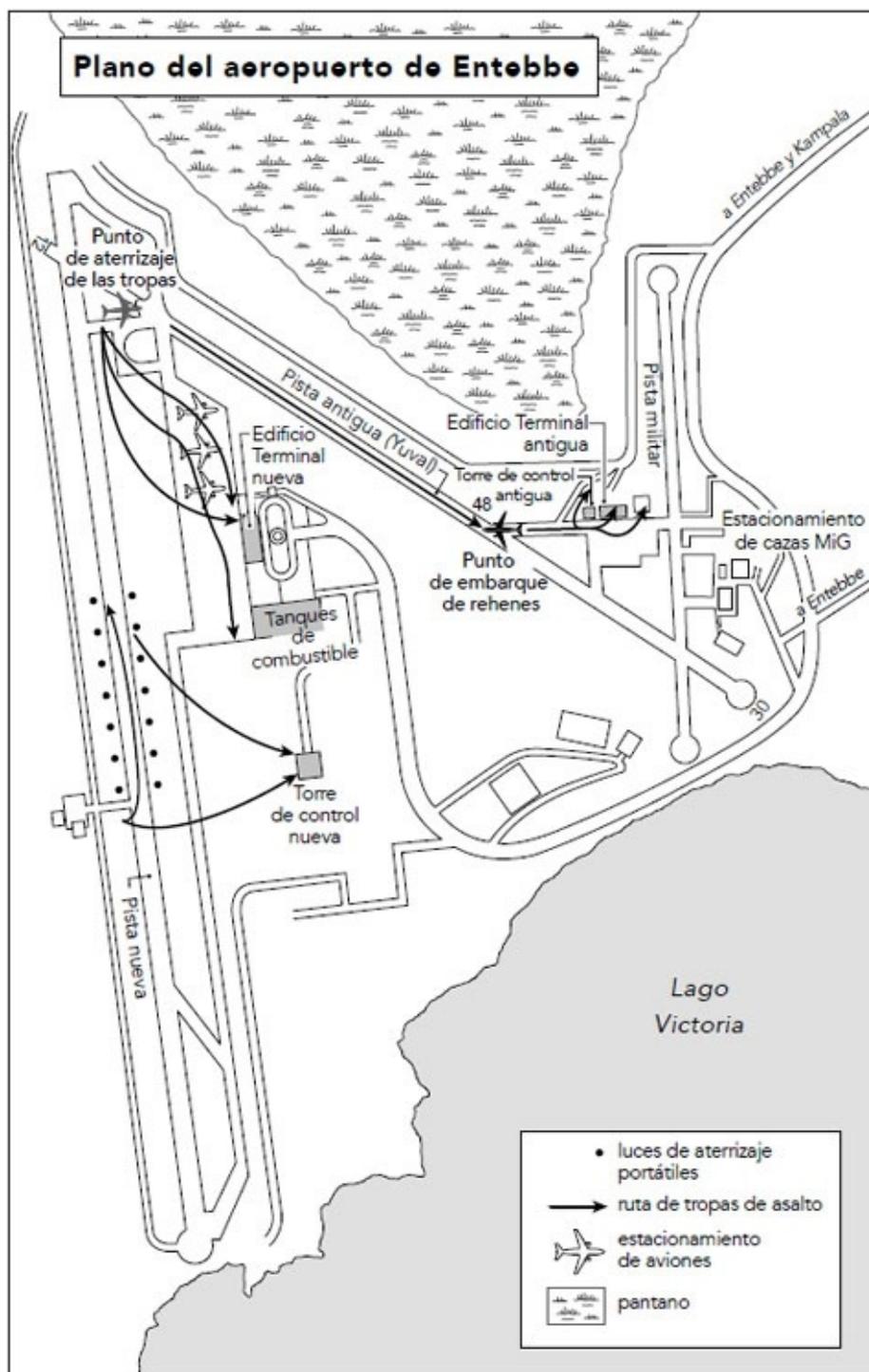
Sentado detrás de Kafri, con la ventanilla bajada, Muki Betser pensó en la última vez que había estado en África mientras absorbía el frescor de la noche africana. Se sentía «calmado, casi sereno, mirando la oscuridad» mientras Kafri «conducía a ritmo lento pero seguro, como cualquier convoy VIP del Ejército ugandés», no tan rápido como para llamar la atención ni tan lento como para provocar sospechas.⁶⁵

En la parte de atrás del primer Land Rover, Amir Ofer notaba una fuerte sensación de soledad y mal presentimiento mientras avanzaban hacia el leve resplandor de la terminal antigua. Sentía que se «acercaban callados, en silencio, a una especie de explosión inevitable, a un enfrentamiento terrible que estaba a punto de comenzar».⁶⁶ «¿Cuántos de nosotros saldremos de esta?», se preguntó.

Después de girar a la derecha para entrar en la pista diagonal, Kafri siguió conduciendo a una velocidad de casi sesenta y cinco kilómetros por hora con todas las luces encendidas, mientras «el halo distante de las luces de la terminal antigua se iba perfilando con nitidez». Betser podía ver las «entradas con marquesinas» al edificio y empezó una cuenta atrás en su cabeza hasta el momento en el que los vehículos se detendrían y sus hombres y él entrarían presurosos en acción. Interrumpió el silencio por radio para pronunciar la contraseña que indicaba a los equipos de asalto que cargasen una bala en la recámara y pusieran las armas «en modo de disparo único para un tiroteo selectivo». Cuando los soldados prepararon los rifles de asalto, los tres vehículos se llenaron con un sonido como de carracas.

A continuación, justo al girar a la izquierda y entrar en la carretera que conducía a la terminal antigua, los ocupantes del Mercedes pudieron ver ante sus faros a dos centinelas ugandeses armados que se encontraban unos noventa metros por delante de

la torre de control. El de la izquierda desapareció rápidamente en la oscuridad, pero su camarada, a la derecha, levantó el rifle, apuntó al Mercedes y gritó «¡Avance!».



Basado en un mapa del informe confidencial de las FDI sobre la Operación Rayo.

Gracias al tiempo que había pasado en Uganda, Betser dio por sentado que aquel era un alto rutinario y que había pocas posibilidades de que el soldado disparase. Por eso iban ellos en el Mercedes. Podían continuar y dejarlo atrás. «Ochenta, setenta,

sesenta», dijo en menos que un susurro, siguiendo la cuenta atrás hasta el momento en el que salieran del coche. Se estaba concentrando en la primera entrada con marquesina que usaría para acceder a la sala grande y abordar a los terroristas.

—Amitzur, desvíese a la derecha. Vamos a eliminarlo —dijo Yoni.

Betser estaba horrorizado.

—Déjelo en paz, Yoni. No es más que su rutina —le advirtió en tono calmado pero rotundo.

Tras una pausa mínima, Netanyahu repitió su orden de cambiar de rumbo. Estaba convencido de que el centinela sospechaba y estaba a punto de abrir fuego. Tenían que quitarlo de en medio antes de que lo hiciera. Mientras Kafri viraba hacia el soldado, Netanyahu y Zussman sacaron las Beretta con silenciador y las amartillaron.

—Giora, vamos a ocuparnos de él —dijo Yoni.

El recuerdo de Ma'alot se le cruzó a Betser por la cabeza. Creía que estaban cometiendo un error fatal antes siquiera de llegar a la terminal.

—¡Yoni, no! —le urgió—. ¡No disparen!

Pero nadie hizo caso a su advertencia.

Netanyahu y Zussman asomaron las pistolas por la ventanilla y apuntaron al centinela, que los miró con los ojos de par en par, asombrado. A una distancia de nueve metros, abrieron fuego desde el vehículo en movimiento, con los silenciadores convirtiendo el chasquido de sus disparos en un «simple suspiro». Era complicado acertar, pero al menos una de las balas dio en el blanco y el centinela se tambaleó y cayó. Netanyahu y el resto pudieron volver a respirar.⁶⁷

Kafri empezó a acelerar cuando, de repente, el silencio se rompió con una larga ráfaga de fuego automático. Betser giró bruscamente la cabeza para ver al centinela uganés —que debía de haberse puesto en pie otra vez con el arma— desplomarse ante una ráfaga de balas de Kaláshnikov disparada desde uno de los Land Rover.⁶⁸ Aquello provocó aún más fuego sin silenciar procedente de los tres vehículos contra el centinela abatido y su camarada que huía y que, al final, fue derribado por una ametralladora montada.⁶⁹

El sonido de los disparos sin silenciador había puesto en peligro toda la operación. Irremediablemente, habían perdido el factor sorpresa, y Betser, por su parte, esperaba que el edificio de la terminal desapareciese en cualquier momento bajo «una bola de fuego explosivo mientras los terroristas llevaban a término sus amenazas de volar a los rehenes».

—¡Siga! ¡Rápido! —le gritó Netanyahu a Kafri, que había frenado al oír los primeros disparos sin silenciador.

Kafri pisó el acelerador, pero solo habían recorrido una corta distancia cuando de la oscuridad empezaron a saltar balas. Conscientes de que eran blancos fáciles al viajar embutidos en los vehículos, Yoni y Betser gritaron: «¡Pare!».

El vehículo se detuvo rechinando, al igual que los Land Rover que lo seguían. Habían parado cerca de la torre de control, a al menos cuarenta y cinco metros del extremo de la terminal antigua, en vez de los menos de cinco metros que habían planeado. Tras abrir la puerta de un golpe y gritarles a los demás que le siguieran, Betser empezó a correr hacia la terminal antigua, con cuidado de virar a la izquierda para evitar el charco de luz de delante del edificio. Podía oír el golpeteo de las botas tras él y supo que sus equipos de asalto lo seguían de cerca.

De la oscuridad, a la derecha, surgió una ráfaga de disparos. Betser cambió su AK-47 a modo automático y devolvió los disparos mientras corría; las balas acertaron en su asaltante y lo hicieron caer. Al llegar a la esquina de la terminal antigua, se detuvo «mientras el repiqueteo y el chasquido del fuego de rifles y subfusiles azotaba el aire, haciendo saltar trozos de asfalto a nuestros pies». Detrás de él, el resto de los equipos de asalto estaban «amontonados, en vez dirigirse a las entradas que cada uno tenía asignadas». Era una «contradicción absoluta con respecto al plan de batalla», provocada sin duda por la pérdida del factor sorpresa y la amenaza del fuego recibido.⁷⁰

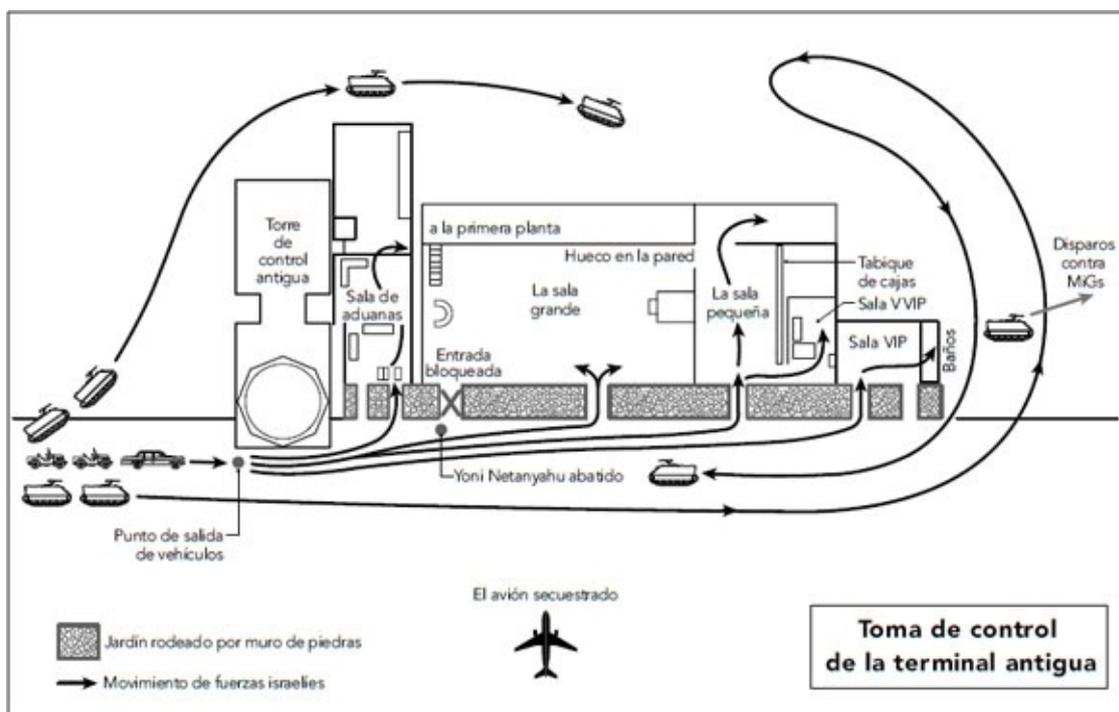
Netanyahu le gritó a Betser que avanzase mientras lo dejaba atrás.⁷¹ A continuación, se desplazó un poco a la derecha para dejar que Betser, Yiftach Reicher y el resto de los equipos de asalto lo adelantasen. Conforme corría, pegado al frontal del edificio, Betser alcanzó a ver a un hombre armado salir de la segunda entrada con marquesina de la sala grande y ocupar un puesto detrás del muro bajo de hormigón. Betser disparó un par de veces contra el hombre antes de vaciar el tambor. Falló y el hombre volvió dentro corriendo.⁷²

Betser se detuvo un momento para recargar, tirando el tambor vacío y sustituyéndolo por otro lleno, antes de continuar hasta la primera entrada con marquesina. Al encontrarla cerrada y sin forma de atravesarla, corrió hasta la segunda entrada, seguido por Amos Goren.⁷³ De ese modo, había quedado a la cabeza Amir Ofer, parte del pelotón destinado a la segunda entrada. El trabajo de Ofer era cubrir las espaldas de Amnon Peled, su oficial. Sin embargo, al bajarse del Land Rover las piernas se le habían quedado momentáneamente como un flan y había perdido de vista a Peled. Aterrorizado ante la idea de no llegar a tiempo a cumplir con su deber, Ofer corrió todo lo que pudo hasta la segunda entrada, pasando por alto la protección del edificio y adelantando tanto a Betser como a Peled al hacerlo.⁷⁴

Yoni Netanyahu se encontraba casi frente a la primera entrada, no lejos del punto en el que tenía planeado fijar su puesto de mando, cuando se detuvo y giró a la izquierda. Quizá se estuviese preguntando por qué el pelotón de Muki Betser había dejado atrás la entrada bloqueada; o quizá fuese a supervisar el avance de Yiftach Reicher y Giora Zussman, los líderes de los otros equipos de asalto. De cualquier modo, al detenerse en terreno abierto, mientras la mayoría de sus hombres se ceñían al frontal del edificio, se hizo vulnerable para los francotiradores ugandeses.

Se oyeron unos disparos procedentes de la torre de control —la atalaya situada a apenas setenta metros contra la que ya había advertido Motta Gur— que acertaron a Netanyahu en el pecho y en la parte inferior del brazo derecho. Con un suspiro, cayó al suelo. «Le han dado a Yoni», gritó Tamir Pardo, su oficial de comunicaciones, que lo seguía de cerca.⁷⁵

Ofer se encontraba a escasos veinte metros de la segunda entrada cuando oyó el grito de Pardo. Siguió corriendo, plenamente consciente de su tarea de «llegar a la puerta» lo más rápido posible porque los terroristas «podían volar el edificio en cuestión de segundos». Había alcanzado el camino cubierto por la marquesina y se estaba acercando a la puerta cuando el panel de vidrio inferior de la entrada explotó hacia fuera con una ráfaga de balas que debieron de pasarle a Ofer por ambos lados, sin acertarle por centímetros. Tras ver a un terrorista disparar tumbado bocabajo al otro lado de la puerta, el soldado devolvió los disparos a través del panel destrozado, a una distancia de menos de cinco metros. La cabeza del terrorista cayó. Ofer abrió la puerta con un empujón y le disparó de nuevo al cuerpo, para estar seguro.⁷⁶



Basado en un mapa del informe confidencial de las FDI sobre la Operación Rayo.

21.04 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Akiva Laxer estaba sentado con Ilan Hartuv y otros dos rehenes ante una mesa plegable al fondo de la sala grande a la izquierda, terminando una partida de *bridge*, cuando oyeron una ráfaga de disparos fuera. Dos posibilidades cruzaron la mente de Laxer: o bien los terroristas habían decidido matarlos o los ugandeses habían decidido atacar a los terroristas. Con la esperanza de que fuese lo segundo, aconsejó a sus estupefactos compañeros que imitasen al resto de los rehenes y se tiraran al suelo.⁷⁷

El ruido de las balas despertó, entre otros, a Willy y a Cécile, que estaban tumbados con el grupo de franceses cerca de la puerta. Willy se quedó estirado sobre el colchón, tratando de averiguar lo que estaba pasando. Al oír más disparos, llegó a la conclusión de que, o bien los ugandeses estaban disparándole a un fugado, o las negociaciones habían llegado a un punto muerto y los terroristas estaban matando a rehenes.⁷⁸ Otros temieron estar a punto de ser ejecutados, incluidos Emma y Claude Rosenkovitch, que se encontraban tumbados con sus hijos, Noam y Ella, detrás de la oficina de mantenimiento de aviones acristalada. Los dos rodaron de inmediato para ponerse sobre sus retoños, con la esperanza de actuar como escudos humanos.⁷⁹

También despiertas para entonces, Maggy y Agnès vieron balas trazadoras cruzar a toda velocidad por delante del edificio, de derecha a izquierda. Alcanzaban a oír a los terroristas y a los ugandeses gritando órdenes fuera, pero a quién o sobre qué, no lo sabían. Entonces, de repente, los cuatro terroristas de guardia entraron por la puerta a trompicones, encabezados por Wilfried Böse, que sostenía un subfusil en una mano y una granada en la otra.⁸⁰

Desde el fondo de la sala, Ilan Hartuv pudo ver a Böse apuntando con su arma a los rehenes que había en el suelo, muchos de los cuales sollozaban, y estaba convencido de que el alemán iba a abrir fuego.⁸¹ También lo estaba Michel Bacos, a quien Böse le había dicho unos días antes: «Si algún Ejército de algún país viene a salvarlos, pueden estar más que seguros de que los oiremos primero y antes de que lleguen hasta aquí los mataremos a todos, hasta al último».⁸²

En esos momentos, Bacos creía firmemente que Böse cumpliría con su amenaza. Desde luego el alemán tuvo la oportunidad, al igual que los demás terroristas. Sin embargo, en vez de apretar el gatillo, Böse giró bruscamente la cabeza hacia el fondo de la sala y les dijo a los rehenes que tenía cerca que se «retirasen» y se pusieran a cubierto. Kuhlmann y él estaban dispuestos a morir por sus creencias, pero no a matar a mujeres y a niños a sangre fría.

Tras espantar a los rehenes, Böse se volvió de cara a la puerta y, mientras lo hacía, le quitó la anilla a la granada.⁸³

Al dar por sentado que Böse estaba a punto de lanzar la granada en medio de los rehenes, el sobrecargo se puso de rodillas y le imploró que no lo hiciese. Sin embargo, el alemán ya había tomado una determinación y, tras mirar de nuevo a los rehenes, arrojó la granada por uno de los ventanales abiertos, y el resplandor de la explosión iluminó la oscuridad exterior. Eso provocó que Maggy huyese hacia el

fondo de la sala, con la espalda tensa a la espera de una bala que nunca llegó. Agnès la siguió y las dos trataron de arrojarse bocabajo en el suelo, tras la oficina. Los siguientes en dirigirse al mismo rincón fueron Willy y Cécile, los dos con miedo a que los terroristas fuesen a matarlos. Se amontonaron sobre la gran cantidad de gente que ya había allí, incluidos los Rosenkovitch y sus hijos.

Maggy miró a su alrededor y vio a un «joven de un kibutz» al que ya conocía, «con la cara pegada al suelo, bajo las sillas». Se dio cuenta de que los belgas Gilbert y Helen Weill estaban rezando por la salvación, y otros tenían la cara «blanca de miedo». De Jean-Jacques Mimouni, Isa y Brigitte no había rastro alguno.⁸⁴

Entretanto, Böse se había tirado al suelo y tenía el AK-47 apuntado a la puerta, por delante de él. Agachados ligeramente a la derecha de la puerta había dos terroristas más, Faiz Jaber y Brigitte Kuhlmann, mientras que un cuarto, el Peruano, se había retirado al interior de la sala y estaba escondido tras una columna, hacia el fondo de la sala a la derecha.

De repente, Böse abrió fuego a través de la puerta contra una figura que se acercaba, y que le devolvió los disparos. El ruido del fuego automático era ensordecedor y más de un rehén gritó aterrorizado. Entonces, la cabeza de Böse dio una sacudida al recibir el impacto de una bala.

Amir Ofer irrumpió en la sala, disparó más veces a Böse para asegurarse de que estaba muerto y luego se movió ligeramente a la derecha en busca de más terroristas. El corazón le latía con fuerza mientras observaba la escena de caos que tenía delante. Distraído por los rehenes que gritaban y corrían en todas direcciones, Ofer no vio a dos terroristas —Jaber y Kuhlmann— que había arrodillados bajo el ventanal que tenía detrás, a la izquierda. Mientras estos últimos dirigían sus armas hacia Ofer, Amnon Peled, que debería haber liderado el asalto, cruzó la entrada, divisó el peligro y les disparó a los dos. Se acercó corriendo hacia ellos y apartó con el pie los AK-47 por si seguían vivos, lo que provocó que Ofer le gritase en hebreo «¡Amnon, no avance más!».⁸⁵ Sabía que había más terroristas a los que no habían visto y le preocupaba que Peled le obstruyese el campo de tiro.

A esas alturas, Muki Betser y Amos Goren también habían cruzado la puerta. De inmediato, Betser disparó a Jaber y a Kuhlmann «para asegurarse de que estaban fuera de juego». Durante un segundo hubo silencio. A continuación, se oyeron más disparos fuera y uno de los rehenes empezó a gritar. En ese momento, Betser estaba justo delante de la entrada, Peled a su izquierda y Ofer y Goren al otro extremo, a su derecha, «centrados por completo en la sala, totalmente iluminada, en busca de más terroristas».

Había montones de rehenes tirados «por todo el suelo sobre colchones», algunos helados de miedo, otros gritando y chillando. Muchos tenían «las cabezas cubiertas con mantas como para protegerse de las balas».⁸⁶

Entonces, un objeto pequeño cruzó la sala trazando un arco, desde la izquierda de los soldados hasta la derecha, antes de golpear contra el suelo y detonarse con un destello. Soltó una cantidad ingente de humo y le prendió fuego a una serie de mantas bajo las que se apiñaban algunos rehenes. Era una bomba incendiaria y la había lanzado el Peruano, que seguía escondido tras una columna.⁸⁷

Quizá con la esperanza de que la granada hubiese distraído a los soldados, el Peruano salió de detrás de la columna y puso el AK-47 en posición de disparo. Betser y Goren lo vieron y abrieron fuego de forma simultánea: las balas le impactaron al Peruano en el arma, en la cara y en el pecho. El terrorista cayó al suelo.⁸⁸

21.06 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Solo había transcurrido un minuto desde que los soldados habían abierto fuego real contra los centinelas ugandeses y apenas tres minutos desde que los vehículos salieron del Hercules Uno. En ese breve espacio de tiempo, Yoni Netanyahu había resultado herido y Muki Betser y sus hombres habían matado a cuatro terroristas armados que suponían una amenaza inmediata para los rehenes de la sala grande; eso dejaba únicamente al trío que había estado durmiendo en la sala VVIP sin ser detectado. Conforme seguían entrando combatientes de la Unidad por la puerta, Betser continuaba explorando la sala en busca de otros peligros.

De repente, delante de él a su derecha, una figura saltó de un montón de mantas y colchones humeantes que habían prendido a causa de la granada incendiaria del Peruano. Aquella era la única parte de la sala en sombra, debido a las luces rotas, y el humo hacía aún más difícil identificar la figura. En una décima de segundo, Betser percibió que el hombre era joven, con la piel aceitunada, bigote y el pelo rizado, y dio por hecho que se trataba de un terrorista árabe. Abrió fuego, al igual que al menos otro de los soldados, y las balas impactaron en el cuerpo de la figura que trataba de darse la vuelta y correr.⁸⁹

Se trataba de Jean-Jacques Mimouni, el apuesto joven franco-israelí que se había pasado toda la semana animando a los rehenes con historias, bromas y un constante servicio de bebidas. Cuando empezó el tiroteo y algunos de quienes tenían alrededor huyeron al fondo de la sala, Isa y él se quedaron en los colchones, bajo algunas mantas. Pero como la granada del Peruano había prendido fuego a esas mantas, se vieron obligados a levantarse: una maniobra desesperada que, en el caso de Jean-Jacques, resultó mortal.⁹⁰

Pese a no haber disparado él, para Ofer ese asesinato por error era plenamente justificable, si bien triste. Más tarde, ante la sobrina de Jean-Jacques, admitió: «Es importante comprender que, de acuerdo con nuestra rutina, cualquiera que se hubiese levantado, o incluso que hubiera sido sospechoso de ser terrorista con tan solo un uno por ciento de posibilidades, habría recibido un disparo».⁹¹

Momentos después de que dispararan a Jean-Jacques, Isa, a medio vestir, también se levantó de un salto y huyó hacia el rincón del fondo, tropezando con el cadáver del joven en el camino. Sin embargo, dado que era claramente una mujer europea desarmada y casi desnuda, los soldados no dispararon.

Maggy aún podía oír algún que otro disparo en la sala y veía balas impactar contra la pared que tenía detrás, aunque la mayoría de los disparos parecía proceder entonces de la dirección de la sala israelí y de la planta superior.⁹²

Hasta ese momento, Amir Ofer no recordó el megáfono que llevaba encima. Lo levantó a la altura de la boca, con la intención de gritar en hebreo y en inglés «¡Al suelo, somos las FDI, no se levanten!», pero estaba tan tenso que las palabras solo le salieron a medias.⁹³ En un segundo intento habló con más claridad.

Sin embargo, la advertencia de Ofer no evitó que una figura pequeña se pusiera en pie en la esquina más alejada de la sala, cerca de las escaleras. Peled y Goren apuntaron las armas y estaban apretando los gatillos cuando se dieron cuenta de que era una niña pequeña. Levantaron de un golpe las armas justo a tiempo y las balas impactaron contra la pared que había encima de la chiquilla.⁹⁴

Un joven griego que trabajaba para la empresa vacacional francesa Club Med vivió una escapada similar después de levantarse en el centro de la sala. Mientras varios Kaláshnikov se giraban hacia él, una voz gritó en hebreo: «¡Es uno de los nuestros!», y los soldados bajaron las armas.⁹⁵

Solo entonces, cuando el fuego había cesado, la mayoría de los rehenes israelíes se dieron cuenta de que los soldados de la sala eran de las FDI: «¡Están aquí!», le gritó Emma Rosenkovitch a su esposo Claude.⁹⁶ Muchos de los franceses no estuvieron seguros de la identidad de los soldados hasta que un israelí les explicó en su idioma: «Son de los nuestros. Esos son nuestros soldados israelíes».⁹⁷

Una vez que les dieron instrucciones en hebreo y en inglés de permanecer tumbados y en calma y les aseguraron que la situación estaba bajo control, los espantados rehenes se quedaron donde estaban. Muki Betser vio a un rehén con el brazo levantado y se acercó para hablar con él.

—¿Queda algún terrorista entre ustedes?

—Los han cogido a todos aquí. Excepto él —dijo Akiva Laxer en hebreo señalando el cadáver ensangrentado de Jean-Jacques—. Era uno de los nuestros. Un rehén. Pero hay más terroristas en una sala pequeña, en el lateral.

—No se preocupe, nos ocuparemos de ellos. ¿Los rehenes están todos aquí?

Laxer asintió.

—Sí, salvo una. Una mujer mayor llamada Dora Bloch a la que se llevaron al hospital de Kampala.

Betser frunció el ceño.

—A ella no podremos llevarla de vuelta con nosotros.⁹⁸

21.06 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Mientras Muki Betser y sus hombres aseguraban la sala grande, los otros dos equipos de asalto también entraron en el edificio de la terminal antigua. Con linternas, Reicher y dos hombres encabezaron el ataque contra la sala de aduanas, a oscuras, donde encontraron y mataron a tres soldados ugandeses antes de localizar en la sala de recepción contigua las escaleras que conducían a la primera planta. En el ascenso de las escaleras, Reicher disparó a otros dos soldados ugandeses de cerca y los cuerpos cayeron tambaleándose junto a él. Arriba, en el pasillo, descubrieron que la puerta de acceso a la tribuna que daba a la sala grande estaba cerrada con una verja metálica con candado. Reicher dejó a un hombre para custodiar la puerta y la parte de arriba de las escaleras y continuó con el otro hacia la sala grande situada al final del pasillo, que había sido un restaurante y en esos momentos funcionaba como dormitorio para los soldados ugandeses que custodiaban la terminal antigua. Estaba llena de mantas y sacos de dormir —Reicher calculó más de sesenta—, pero no había nadie. Al oír disparos, el grueso de los soldados había saltado por una ventana al espacio abierto situado detrás de la terminal.

Después de comprobar rápidamente que no había nadie en el tejado de la terminal, Reicher llamó por radio al teniente Arnon Epstein, que dirigía su segundo equipo, y le preguntó dónde estaba. Epstein debía haber seguido a Reicher por la sala de aduanas y apostado a sus hombres en las escaleras. Sin embargo, al no encontrar las escaleras en la oscuridad, sus hombres y él habían entrado, en cambio, en una sala lateral donde habían descubierto y matado a varios soldados ugandeses. Se encontraban de vuelta delante de la terminal —ayudando a contener el fuego ugandés procedente de la torre de control, que continuó de forma intermitente durante toda la operación—, cuando Reicher bajó para unirse a ellos. Juntos, volvieron a inspeccionar las salas de aduanas y recepción hasta llegar a la puerta del fondo, disparando a otros dos soldados ugandeses en el proceso. Los equipos de Reicher mataron al menos a doce de los hombres de Idi Amin. No hicieron ningún prisionero.⁹⁹

Con su equipo en fila tras él, Giora Zussman hizo su entrada en solitario en la sala pequeña donde habían estado retenidos los rehenes israelíes. Pudo ver varios colchones vacíos con sábanas, algunas maletas y una mesa llena de pasaportes, pero no había ni rehenes ni terroristas. Por si acaso, roció por la sala y el hueco en la pared de cajas con balas de su Kaláshnikov hasta que se le vació el cargador. Cuando salió agachado de esa sala para recargar el arma, los dos miembros que faltaban de su equipo entraron dejándolo atrás, disparando conforme avanzaban. Llegaron a una habitación situada al fondo que se había usado como cocina, y encontraron y mataron a dos soldados ugandeses.

Para entonces, al equipo de Zussman se habían unido Shlomo Reisman, uno de los hombres de Amnon Peled que se había pasado la entrada a la sala grande; y Tamir Pardo, el oficial de comunicaciones que se había quedado sin nada que hacer después de que hiriesen a Yoni y el puesto de mando dejase de funcionar. Con Pardo siguiéndoles de cerca, Zussman y Reisman avanzaron con cautela por el hueco en la pared de cajas y por un pasillo que conducía a la antigua sala VVIP, lanzando minigranadas y disparando. En la primera sala a la que llegaron —la que se había usado para el interrogatorio de Nahum Dahan—, vieron salir de entre el humo a dos hombres con las manos en alto, a los lados. Reisman gritó en una mezcla de inglés, hebreo y árabe:

—¡Quietos! ¿Quiénes son?

Los hombres no le hicieron caso y continuaron, dejando atrás a Zussman.

—¡Son terroristas! —le gritó Zussman a Reisman mientras se apartaba de su línea de fuego—. ¡Dispáreles!

Reisman dudó, incapaz de disparar por miedo a darles a sus hombres, y Zussman repitió la orden.

—No, ¡son rehenes! —respondió Reisman, con la impresión aún de estar cerca de la sala grande.

No obstante, cuando los dos hombres pasaron junto a él, Reisman divisó una granada en uno de los cinturones.

—¡Quietos! —les gritó, y como no le hicieron caso, les disparó a los dos.

Uno de ellos debía de tener una granada en la mano, porque al caer, el detonador dejó ver un destello azul.

—¡Granada! —gritó Reisman, y empujó a Pardo a un hueco pequeño.

Zussman también se tiró para ponerse a cubierto.

La explosión hizo temblar la sala pequeña y dejó una cortina de humo. Cuando este se despejó, Reisman confirmó que los dos terroristas estaban muertos. El labio le sangraba por una herida pequeña de metralla; aparte de eso, los israelíes estaban ilesos. Mientras regresaban por el pasillo de vuelta a la sala grande, encontraron el cadáver de un tercer terrorista. No estaba claro cómo había muerto.

Para entonces, el segundo equipo de Zussman había atravesado un ventanal para acceder a la zona final de la terminal antigua —la anterior sala VIP—, que encontraron vacía. Su intento inicial de acceder al edificio se había visto frustrado por una puerta con barricada. Al intentar lanzar unas granadas por un ventanal, una de ellas rebotó en el marco e hirió a un israelí en la pierna.¹⁰⁰

Hasta que no tuvieron asegurado el edificio de la terminal antigua al completo, no arrastraron el cuerpo herido de Yoni Netanyahu hasta la relativa protección de un muro bajo, y el doctor David Hassin, el oficial médico, lo asistió. Esa medida cumplía con la orden del propio Yoni de que los heridos debían dejarse donde hubiesen caído mientras durase la batalla. Hassin pudo distinguir por la palidez del rostro y otros indicadores que Netanyahu había sufrido ya una pérdida de sangre

importante. Había poca sangre en la ropa de Yoni, así que temió que la hemorragia fuese interna. Al principio, tras cortar el cinturón de munición y la camisa de Netanyahu con una navaja, el médico solo encontró una herida de salida junto a la columna vertebral, en la parte baja de la espalda. Sin embargo, en un examen más minucioso, localizó una pequeña hendidura por debajo de la clavícula, a la derecha del pecho de Netanyahu. Eso confirmó que la bala, disparada desde arriba, había atravesado en oblicuo el torso de Netanyahu, rasgando órganos y, con toda probabilidad, arterias a su paso. El médico le vendó las heridas, pero sabía que había pocas posibilidades de que Netanyahu sobreviviese.¹⁰¹

21.07 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Muki Betser acababa de terminar su conversación con Akiva Laxer cuando su radio de mano cobró vida por el altavoz:

—¡Muki! ¡Muki!

—Aquí Muki.

—Aquí Giora. Misión cumplida. Tres terroristas abatidos. Ninguna víctima nuestra.

Betser suspiró aliviado. La amenaza de las salas situadas más allá de la grande —donde se sabía que los terroristas habían montado sus dependencias— había quedado neutralizada. Sin saber que habían disparado a Netanyahu, Betser trató de contactar con él por la radio.

—¡Yoni!

Ninguna respuesta. Volvió a intentarlo.

—¿Yoni? Aquí Muki. Misión cumplida.

Un largo silencio, interrumpido por fin por un crujido.

—Muki, aquí Tamir. Yoni ha caído —dijo el jefe de comunicaciones de Yoni, que acababa de regresar de despejar la sala VVIP.

Tras ordenar a los soldados de su equipo que se encontraban en la sala recoger las armas de los terroristas y tratar a cualquier rehén herido —el más grave era Pasco Cohen, superviviente del Holocausto, que había recibido un disparo en la pelvis al tratar de proteger a sus hijos de la ráfaga de balas que mató al Peruano—, Betser salió a comprobar el estado de Netanyahu. Lo encontró tumbado bocarriba en la pista, con la camisa abierta, y David Hassin «arrodillado a su lado [...] intentando tratarlo». La escena le recordó a otro intento desesperado de un médico por salvar la vida de un oficial herido durante la fallida operación para destruir el campamento de la OLP en Karameh, en 1968. El médico no lo había conseguido y Betser sospechaba que a Hassin le pasaría lo mismo.

Al mirar a su alrededor, Betser vio el BTR de Shaul Mofaz aparcado cerca del Airbus, delante de la terminal, con la ametralladora apuntando a la torre de control que, de momento, se había quedado en silencio. A todos los soldados israelíes les

asombró ver el Airbus tan cerca de la terminal. Según las fotos del Mossad, tomadas un día antes, debería haber estado estacionado al final de la pista diagonal. Pero, sin ellos saberlo, los terroristas le habían ordenado ese día a Michel Bacos mover el avión, anticipándose a una rueda de prensa para celebrar la capitulación de Israel.

Betser llamó por radio a Dan Shomron.

—Dan. Aquí Muki. Yoni está herido. Yo asumo el mando.

—Vale.¹⁰²

A esas alturas, los cuatro aviones habían aterrizado: los dos últimos con la ayuda de las linternas de los paracaidistas, después de que los ugandeses de la torre de control nueva se dieran cuenta de que había un asalto en marcha y apagasen las luces de la pista. Los primeros tres Hercules estaban estacionados en la plataforma cercana al edificio de la terminal nueva que los paracaidistas de Matan Vilani habían asegurado mientras los hombres de Netanyahu asaltaban la terminal antigua. La habían encontrado bien iluminada, pero casi desierta, más allá de algunos civiles ugandeses a los que rápidamente reunieron. Sin embargo, cuando el sargento Surin Hershko subió las escaleras exteriores situadas en la esquina del edificio, con el rifle de asalto Galil colgado al cuello, se cruzó con un policía ugandés y una mujer que iban en sentido contrario. El policía le apuntó con una pistola y, antes de que Hershko pudiese quitarle el seguro a su arma, disparó dos veces. La segunda bala le impactó al israelí en el cuello, dañándole la médula espinal. Hershko cayó al suelo, consciente, pero incapaz de mover manos ni piernas. Su asaltante escapó.¹⁰³

21.07 GMT, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

En cuanto aterrizó el Hercules Dos —unos siete minutos pasada la medianoche, hora local—, Shaul Mofaz sacó sus dos BTR hacia la terminal antigua y patrulló hasta el extremo oriental del edificio, donde no encontró ninguna oposición. Tras dejar el BTR de Omer Bar-Lev guardando ese flanco, regresó a la entrada principal y aparcó cerca del Airbus, por si alguien lo necesitaba; fue allí donde Betser lo vio. Mientras tanto, los otros dos BTR habían descendido del Hercules Tres y se encontraban estacionados al norte de la terminal antigua para interceptar a cualquier refuerzo ugandés que llegase desde la dirección de la ciudad de Entebbe. Durante su patrulla, dispararon y mataron a siete soldados ugandeses e hicieron contacto con algunos de los hombres de Yiftach Reicher situados en la parte de atrás de la sala de recepción.¹⁰⁴

El Hercules Cuatro tocó tierra a las 00.08, hora local. Su piloto era Amnon Halivni, un oficial de reserva con muchísima experiencia y antiguo jefe del Escuadrón Pájaro Amarillo que había formado parte de la delegación militar de Israel en Uganda, a principios de la década de 1970. Dada su familiaridad con las rutas aéreas, los patrones meteorológicos y los aeropuertos de África —en especial, el de

Entebbe—, Halivni creía que debían haberlo elegido a él para pilotar el Hercules Uno. Sin embargo, Benny Peled tenía fe en Joshua Shani y, en vez de eso, a Halivni le asignaron el avión que llevaría a los rehenes a un lugar seguro.¹⁰⁵

Una vez en tierra, Halivni deslizó el Hercules Cuatro más allá de los otros tres C-130 que se encontraban estacionados cerca del edificio de la terminal nueva. El punto de recogida acordado para los rehenes y los posibles heridos era el cruce entre la pista diagonal y la carretera de acceso a la terminal antigua (un punto marcado en el mapa como «Yuval 48»). Sin embargo, al principio Halivni detuvo el avión bastante lejos del cruce porque vio a uno de los soldados de Golani agitar una antorcha. Los médicos estaban instalando su equipo junto a la pista cuando Alik Ron llegó a pie desde la terminal antigua con una petición de Muki Betser para que el avión se trasladase al punto de embarque acordado. Los médicos volvieron a recoger debidamente su equipo y el avión se deslizó hasta Yuval 48 y dio la vuelta, de modo que la cola quedara apuntando «en la dirección de la terminal, y el morro, hacia la pista».¹⁰⁶

Para entonces, las dos camionetas Peugeot que viajaban en el Hercules Cuatro habían bajado para acometer sus misiones respectivas: una transportaría a Ephraim Sneh y a los soldados de la Golani —incluido Noam Tamir— a la terminal antigua, y la otra llevaría a los técnicos de la Fuerza Aérea con la bomba para llenar los depósitos. Mientras se acercaban al edificio de la terminal antigua, Sneh y Tamir pudieron ver balas trazadoras disparadas desde la torre de control al suelo, además de balas de ametralladoras y granadas de lanzacohetes en la dirección opuesta. Eso hizo detenerse al conductor, que solo continuó cuando cesó el tiroteo.

Cuando Sneh llegó a la terminal antigua, Betser y Hassin estaban cargando la camilla de Netanyahu en la parte de atrás de un Land Rover para evacuarlo al Hercules Cuatro. Unos cuantos rehenes que fueron saliendo de la sala grande intentaron subirse también, pero les dijeron que esperasen. «Tienen que cuidar bien de Yoni, está mal de verdad», le dijo Hassin a Sneh.¹⁰⁷

De camino al avión, el conductor del Land Rover oyó a Netanyahu murmurar algo, pero no logró distinguir las palabras. Para cuando lo bajaron en la parte de atrás del Hercules, se le había parado el corazón. Un equipo de reanimación —dos médicos y un sanitario de alto rango— le hizo una reanimación cardiopulmonar y le puso sangre por una vía venosa central. Pero era demasiado tarde. Netanyahu murió junto al avión.¹⁰⁸

En el edificio de la terminal antigua, un soldado les había dicho a los rehenes —algunos iban de aquí para allá, con el rostro pálido, en estado de *shock*— que dejaran sus pertenencias, se pusieran los zapatos y se preparasen para salir hacia el avión. La mayoría de ellos no le hicieron caso y perdieron un tiempo precioso buscando sus bolsas.¹⁰⁹ Cuando Willy cogió la suya de detrás de la barra —torciéndose la rodilla en el proceso—, vio al piloto Michel Bacos «muy pálido», cambiándose la camiseta

deportiva por su uniforme de capitán, probablemente porque querría ir vestido para la ocasión cuando llegase a casa; durante todo ese tiempo, Bacos no dejó de gritar a los demás rehenes: «¡No se olviden los zapatos!».¹¹⁰

Fuera, Betser había juntado al primer grupo de rehenes en un grupo apretado, protegido por un muro de soldados. Cuando empezó a guiarlos por la pista de acceso hasta donde esperaba el Hercules, al filo de la pista diagonal, llegó otra intensa ráfaga de fuego de la torre de control; las balas rebotaban en el asfalto y obligaron a los soldados y a los rehenes histéricos a volver apresurados bajo la cubierta del edificio. «Shaul, liquide la torre de control, por favor», gritó Betser a la radio.

Mofaz abrió fuego con todo lo que tenía, al igual que uno de los Land Rover, con las balas de las ametralladoras y las granadas de los lanzacohetes astillando el balcón desde donde disparaba el soldado ugandés. Después de otra salida en falso, Betser ordenó una segunda ráfaga de fuego sostenido que duró casi un minuto. Solo entonces permitió a los rehenes salir del edificio.¹¹¹

Esa marcha fue más bien una estampida que un desfile ordenado, con los rehenes aterrorizados huyendo del edificio, muchos de ellos cargados con niños y pertenencias. A algunos les dijeron que subieran a los dos Land Rover que esperaban fuera, pero muchos prefirieron correr, por miedo a que el tiroteo empezase de nuevo. Entre esos últimos estaban los Rosenkovitch: Emma con el joven Noam cogido de la mano y Claude con su hija Ella en brazos, a la que trataba de proteger de posibles disparos desviados con un ejemplar grueso de las obras completas de Shakespeare recopiladas por Sanford Freedman. Muy por detrás de ellos, alcanzaban a oír tiros y explosiones. Pero a Emma no le importaba. Se sentía aliviada de salir de nuevo al espacio abierto, liberada de sus captores, camino a la salvación.¹¹²

Tras coger sus cosas, Agnès estaba a punto de salir de la sala grande cuando vio a un anciano israelí —probablemente, Yitzhak David, que había recibido un disparo en el brazo— sentado en una silla, cubierto de sangre. El hombre parecía estar esperando algo. Agnès iba a acercarse a él y a decirle: «¡Vamos, tiene que levantarse y correr!», pero en el último momento le faltó valentía. Preocupada de que ya pudiese estar muerto, pasó de largo corriendo. Lo mismo hizo Maggy, dejando atrás el cuerpo de Jean-Jacques acribillado por las balas al hacerlo. Era obvio que estaba muerto, pero Maggy se sintió incapaz de convencerse a sí misma de ello.

Willy era reacio a salir de la terminal sin sus sandalias. Para cuando las localizó bajo unas mantas, el tiroteo había acabado, pero la sala seguía llena de humo y apestaba a cordita. Salió, saltó por encima de un muro y los soldados lo dirigieron a un Land Rover aparcado a menos de treinta metros. El vehículo iba ya repleto de gente, pero Willy se subió y pronto se vio tumbado de espaldas, con la mejilla presionada contra el lateral del vehículo. Cerca de él, había un hombre herido que sollozaba de dolor cada vez que alguien se apretaba contra él. Agnès también iba en la camioneta, quejándose de que no podía respirar. Llevaba una bolsa de plástico con una cuchara grande de madera que le había comprado de regalo a su hermana. Al

darse cuenta de que se la estaba clavando a la gente, tiró la bolsa fuera del vehículo, sin acordarse de que en ella iban además las pertenencias de otro rehén. Pese a la multitud y a las advertencias del conductor de que la camioneta iba sobrecargada y que alguien podía caerse, siguieron trepando rehenes.

Por fin, el Land Rover partió para recorrer el corto camino hasta el Hercules. Aunque era noche cerrada, los rehenes pudieron oír los motores del avión y sentir el viento procedente del chorro de las hélices antes de ver el aparato. Cuando el vehículo se detuvo, hubo una estampida nada decorosa para salir de él y entrar en el avión. Para impulsarse, Maggy agarró el cañón de una ametralladora que seguía caliente por el tiroteo y se quemó la mano. Willy perdió una sandalia y tuvo que escarbar por los alrededores hasta encontrarla. Al final, bajaron todos —incluido el hombre herido, al que colocaron en una camilla— y avanzaron por la rampa trasera del avión conducidos por los soldados de la Golani, que estaban desplegados a ambos lados para evitar que los rehenes desapareciesen entre las hierbas altas.¹¹³

Uno de los últimos rehenes en abandonar la terminal fue una preciosa azafata joven que solo llevaba unas bragas rojas y una camisola a juego. Levemente herida en el muslo por un trocito de metralla, se negaba a caminar y se puso histérica cuando los soldados la amenazaron con dejarla allí, así que Amir Ofer se la echó al hombro y la sacó. En un momento, una bala pasó rozando la cabeza de Ofer, que se cambió entonces el cuerpo de la azafata al lado derecho, el que llevaba expuesto, «para que, si disparaban otra vez, recibiese la bala ella». No estaba dispuesto a morir «por culpa de su cabezonería estúpida»; porque así lo quiso la suerte, los dos llegaron intactos a uno de los Land Rover que transportaba a los rehenes.¹¹⁴

En el interior del Hercules Cuatro, los sanitarios israelíes —ataviados con una estrella de David roja sobre un brazalete blanco— recibían a los rehenes y les indicaban que avanzasen todo lo que pudiesen porque no dejaban de llegar más. Se fueron sentando donde pudieron: en el suelo, en cajas y en bolsas de medicinas. Solo entonces empezaron a mirarse unos a otros para ver quién había allí, quién estaba herido, o algo peor. Entre lágrimas, Maggy abrazó a Willy. Y lo mismo hizo Agnès. No lejos de ellos iban sentadas Marianne, Cécile e Isa, esta última luchando aún por terminar de asumir el brutal asesinato de Jean-Jacques.

La tripulación estaba sentada cerca, vestida de diversas maneras: Bacos llevaba puesto el uniforme, pero Lemoine tenía una bata y unos pantalones de pijama que solo le llegaban a las rodillas. Una de las azafatas había perdido las gafas y se había cubierto una escasa combinación amarilla con la chaqueta del uniforme; otra, la prometida de un famoso futbolista israelí, llevaba solo una toalla hasta que los médicos le fabricaron unas bragas con papel crepé, casi a modo de pañal.¹¹⁵

Había un rehén de gesto adusto que, no obstante, se sentía dividido ante la idea de abandonar Uganda.

—A mi madre se la llevaron ayer al hospital de Kampala después de que se le quedase atascado un trozo de carne en la garganta —le explicó Ilan Hartuv al doctor Dolev, el jefe del equipo quirúrgico—. A lo mejor debería quedarme para asegurarme de que está a salvo.

Dolev negó con la cabeza.

—Si usted se queda aquí, lo van a matar seguro, pero una mujer mayor como su madre tiene muchas posibilidades de seguir viva.¹¹⁶

Para entonces, los Land Rover habían regresado de la terminal antigua con los heridos que quedaban —civiles y militares—, a los que subieron a la parte frontal de la bodega de carga y tumbaron en el suelo para poder prestarles asistencia médica. Cerca se encontraba el cuerpo de Yoni Netanyahu, con la cara cubierta por una manta de aluminio.

Willy contó seis heridos y dos muertos. Dos eran de la Unidad: Netanyahu y el joven soldado herido por una granada israelí. El resto eran rehenes, incluidos Ida Borochovich, de cincuenta y cinco años —que había recibido un disparo en el corazón y había muerto mientras huía con su hijo al fondo de la sala—, Pasco Cohen y Yitzhak David. De Jean-Jacques Mimouni no había rastro. Sin embargo, poco después de que Maggy le hubiese explicado a Willy que había visto a Jean-Jacques gravemente herido, llegó otra camilla. Pese a que el rostro del cadáver iba tapado, reconocieron de inmediato el jersey empapado en sangre como el de su amigo. Todas las muchachas empezaron a llorar.¹¹⁷

En la cabina de vuelo, el piloto Amnon Halivni estaba ansioso por despegar. Sabía lo vulnerable a los disparos que era el Hercules desprotegido, y la carnicería que provocaría una sola granada bien dirigida con un lanzacohetes a la bodega. Cuanto más tiempo permaneciesen en tierra, más probable se hacía un contraataque ugandés.

—¿Cuántos rehenes hay a bordo? —le preguntó al jefe de carga.

—Están todos.

—Eso no es suficiente. Necesito el número exacto por escrito.

Momentos después, el piloto recibió un trozo de papel que aseguraba que había noventa y tres rehenes vivos y los cadáveres de otros dos a bordo. Halivni meneó la cabeza. Sabía que debía haber ciento cinco rehenes en la terminal. ¿Dónde estaban los demás? Le pidió al jefe de carga que volviese a contar y que recogiese, por escrito, los nombres de los muertos. Llegó una segunda nota con un total de ciento dos vivos y muertos: seguían siendo menos de los que debían ser. En el reverso estaban escritos los nombres de los muertos: «Ida Borochovich», «Jean-Jacques Mimouni» y «teniente coronel Yoni». Cuando Halivni volvió a consultar el número con el jefe de carga, le dijeron que, aunque ninguno de los dos encargados de contar podía asegurarlo, los propios rehenes estaban convencidos de que todo el mundo,

aparte de Dora Bloch, se encontraba en el avión.¹¹⁸ Halivni informó sobre el problema a Amnon Biran —indicativo de llamada, «Mariposa»—, quien atendía la radio en la sede táctica del Land Rover de Shomron.

Biran, a su vez, se lo contó a Kutí Adam, que sobrevolaba el aeródromo en círculos con el Boeing 707 —indicativo de llamada, «Doscientos»— de mando y control.

—Mire, ese número no tiene sentido —respondió Adam—. Quiero que lo comprueben. ¿Han buscado en todas partes y verificado que han sacado a todo el mundo? Cambio.

—Bueno, el registro del edificio está hecho —le dijo Biran—. Es todo lo que puedo decirle en este momento. Cambio.

—Recibido. Vale.

Unos minutos después, Adam pidió una actualización.

—Mariposa, aquí Doscientos. Cambio.

—Aquí Mariposa. Recibido. Cambio.

—Bueno, ¿qué pasa? No me dice nada.

—Seguimos organizando la evacuación. Cuando tenga información más concreta aparte de palabras generales, le informaré. Cambio.

—Vale. Cuando despegue el primero, dígamelo también.

—Claro, por supuesto.

—Recibido. Cambio y corto.

No obstante, Adam no permaneció en silencio mucho tiempo.

—No olvide que también le he preguntado por la tripulación francesa —le recordó a Biran.

—En esta fase, no tengo detalles específicos de sí o no —respondió Biran.

—Vale. Solo es que no quiero que se le olvide.

—En la sala no se ha quedado nadie. Si los sacaron fuera antes... —dijo, y la pausa completó la frase—. El avión secuestrado está justo delante de la terminal, con unas escaleras al lado, así que a lo mejor se estaba preparando para despegar o algo así. Cambio.

—Perfecto. Vale.

La siguiente llamada de Adam, uno o dos minutos después, fue para pedir «más informes sobre la gente».

Biran, claramente agobiado, respondió:

—En este momento no tengo nada, están comprobándolo todo. Cuando tenga algo, informaré. Cambio.

—Recibido. Vale. Aparte de eso, ¿hay más tiroteos?

—Si los hay, son solo de nuestra parte. Disparos aislados hacia otros lugares más. Cambio.

—Bien. Y con respecto a los heridos, ¿sabe ya algo? Cambio.

—Hay una serie de heridos. En este momento, no sabemos el número preciso. Cambio.

—Recibido. Vale.

Biran informó a Adam momentos después:

—Lo que está ocurriendo ahora en esta zona, en la zona de los hangares militares de su Fuerza Aérea, es que está saliendo humo negro y hay incendios. En la zona de la terminal antigua está todo en calma. Hemos apostado allí a parte de nuestras fuerzas de seguridad. Nos encontramos cerca del avión que está evacuando a los heridos y hay luces encendidas en la terminal nueva. Cambio.

—¿Está Dan ahí cerca? —preguntó Adam, en referencia a Shomron.

—Ahora mismo se encuentra supervisando la carga del vehículo en el avión; lo tengo a cierta distancia.

—Vale. Dígame, ¿ha salido ya el avión con los heridos? —preguntó Adam, como si no hubiese oído los dos comentarios previos de Biran.

—Todavía no —respondió Biran mordiéndose la lengua—. Ahora mismo están transfiriendo el último vehículo a ese avión; despegará a continuación.

—Vale.¹¹⁹

Poco después de esa conversación, Biran le pidió al piloto del Hercules Cuatro que revisara en persona a la tripulación del Airbus. Tras abandonar por primera vez la cabina de vuelo desde el aterrizaje, Halivni se encontró con la bodega atestada de gente, pero en un silencio espeluznante. Justo por delante de él, médicos y sanitarios trabajaban con los heridos dispuestos en dos hileras triples a cada lado del fuselaje, con las camillas fijadas a este mediante correas. Cuando Halivni pasó junto al hombre situado en la hilera superior izquierda —el joven soldado de la Unidad con heridas en el brazo y en la pierna—, le puso una mano en el hombro para consolarlo.

Más allá de las camillas se encontraban los rehenes ilesos, muchos de los cuales estaban sentados con la mirada fija hacia delante, con ojos vidriosos. Esparcidos entre ellos había algunos miembros de la Golani, el equipo médico y la tripulación. Al fondo del todo, más cerca de la rampa, estaba la camioneta gris Peugeot 404 que había transportado a Sneh y a la Golani. Iba llena de soldados dormidos.

Tras identificar a Michel Bacos por la camisa blanca y las charreteras de piloto, Halivni le hizo señas para que se acercase.

—¿Es usted el piloto francés? —le preguntó en un francés titubeante.

—Sí.

—¿Está toda su tripulación aquí?

—Sí. Pero ¿y mis pasajeros?

—Están todos aquí, salvo Dora Bloch. Tenemos que despegar ya.¹²⁰

Tras hacer una pausa breve para hablar con Uzi Davidson, a quien conocía de las reservas de la FAI, Halivni regresó a la cabina de vuelo y le aseguró a Biran que la tripulación del Airbus iba a bordo. Añadió que podía ver fuego trazador procedente de la dirección de la terminal antigua y le preocupaba que el vulnerable Hercules

fuese objeto de un ataque. Quería despegar lo antes posible. Después de hablar con Shomron, Biran le dijo a un aliviado Halivni que podía marcharse.¹²¹ Su destino, le dijo Biran, era el Aeropuerto Internacional de Nairobi. Los técnicos de la Fuerza Aérea habían logrado conectar por fin la bomba de combustible portátil a uno de los conductos, pero como tardarían demasiado en llenar los depósitos de los cuatro aviones, se había tomado la decisión de ir a Kenia.

Mientras Halivni hacía sus últimas comprobaciones, Adam le pidió a Biran otra actualización.

—En este momento, hemos terminado de cargar el avión que va a evacuar a los heridos. El primer avión sigue en su posición, pero pronto empezará a deslizarse para despegar.

—Bien.

—Mire, está cerrando las puertas.

—Bien.¹²²

En cuanto quedó levantada la rampa trasera, el Hercules Cuatro comenzó a avanzar para entrar en la pista diagonal y deshacer el camino por el que había llegado. Había permanecido estacionado en el inicio de la carretera de acceso tan solo veintiséis minutos.

Al observar el avión partir, Muki Betser se acordó de la última vez que él y los demás israelíes se habían marchado de Entebbe, cuatro años antes. En aquel entonces, nadie les había echado una mano mientras «subían apesadumbrados al avión con rumbo a Nairobi», con la sensación de ser «refugiados, de estar indefensos y derrotados». En esa nueva ocasión, aquellos rehenes no estaban ni indefensos ni solos. Eran «ciudadanos libres de Israel» y Betser sintió un arrebató de orgullo porque sus hombres y él hubiesen «cumplido» con su papel «de protectores».¹²³

Al llegar al final de la pista principal, Halivni abrió las válvulas reguladoras y el Hercules —con su carga de ciento un rehenes, incluidos dos muertos y varios heridos— aceleró, dejando atrás la terminal nueva, y se alzó lentamente en el aire, sobre el lago Victoria. Aún aturdidos por su repentino y violento rescate, y con miedo a que los combatientes ugandeses persiguieran y derribasen el avión, los rehenes supervivientes no tenían ánimos para celebraciones. En vez de eso, se aferraron unos a otros mientras Halivni ladeaba poco a poco el Hercules a la izquierda y ponía rumbo al Aeropuerto Embakasi de Nairobi.¹²⁴

Eran las 00.52, hora local. El rescate había durado solo cincuenta y un minutos.

21.25 GMT, espacio aéreo ugandés

Kuti Adam sabía que la principal prioridad de la Operación Rayo era rescatar a los rehenes. Sin embargo, una vez que llegó la noticia al avión de mando y control de que la evacuación estaba en marcha, les dio a los soldados en tierra permiso para destruir los once cazas MiG de la Fuerza Aérea ugandesa que habían sido

identificados en las imágenes aéreas del Mossad. Por supuesto, se trataba de la parte recíproca del trato alcanzado con los keniatas para permitir a los aviones israelíes repostar en Nairobi; en cualquier caso, Adam se había mostrado reacio a ordenar una acción así hasta saber que los rehenes se encontraban a salvo.

Cuando Shomron recibió el mensaje, lo descartó de inmediato. El comandante en tierra tenía las manos ocupadas con los rehenes y pretendía hacerse cargo de los MiG una vez que la evacuación estuviese completa.

Entretanto, Omer Bar-Lev, que tenía asignada la tarea de destruir los MiG, estaba sentado en su BTR en el extremo más alejado de la terminal antigua. Alcanzaba a ver once aviones —cuatro MiG-17 y siete MiG21— a la luz de su foco reflector y estaba esperando el permiso para abrir fuego. Como no le llegaba, trató de ponerse en contacto con Shaul Mofaz, pero la conexión por radio era mala, así que al final tomó una decisión unilateral. Cuando sus hombres abrieron fuego con las ametralladoras y las granadas de los lanzacohetes, el ruido fue ensordecedor. Los once aviones quedaron destruidos: algunos perforados por balas y otros en llamas por la ignición de los depósitos de combustible. Fue el humo negro de esas explosiones a lo que se refirió Biran cuando habló con Adam sobre unos «incendios» en la «zona de los hangares militares».¹²⁵

Poco después de eso, el Hercules Cuatro despegó y Shomron le pidió a Muki Betser que efectuase un último registro del edificio de la terminal antigua en busca de rezagados antes de retirar a su fuerza a la terminal nueva, donde se encontraban estacionados los tres aviones C-130 que quedaban, en la explanada de delante. Al no encontrar a nadie, Betser ordenó a sus hombres que subieran a bordo del Mercedes y los dos Land Rover, y emprendieron la marcha por la pista diagonal. Los cuatro BTR de Shaul Mofaz los siguieron al poco, adelantándose unos a otros por parejas y lanzando cargas de demolición «para crear una pantalla de humo» ante cualquier soldado ugandés «que pudiera decidir hacerse el héroe».¹²⁶

Los dos BTR de retaguardia —comandados por Mofaz y Bar-Lev— habían recorrido la mitad de la pista diagonal cuando Mofaz recibió una llamada de Shomron para que regresara y revisase el avión de Air France. A Adam le preocupaba que hubiesen podido dejar atrás a algunos rehenes y quería estar seguro de que no se encontraban en el avión. Shomron le dijo a Mofaz que echase un vistazo, pero que no entrase en el avión por si había trampas con explosivos.

Los dos BTR regresaron atravesando la pantalla de humo y, al acercarse a la terminal antigua, vieron las luces de dos vehículos que se aproximaban por una carretera lateral, procedentes de la dirección de Entebbe. Mofaz ordenó a los BTR que se detuviesen y apagaran las luces. Ante eso, uno de los otros vehículos los imitó, pero todos siguieron avanzando. Cuando llegaron a una curva de la carretera, Mofaz les ordenó a sus hombres que abriesen fuego a una distancia de unos ciento ochenta metros. Las luces del primer vehículo desaparecieron —bien a causa de las balas o porque las apagasen buscando encubrirse— y los ocupantes se dispersaron.¹²⁷

Los BTR avanzaron hacia el avión y, al aproximarse, recibieron los disparos del valiente soldado ugandés (o los valientes soldados ugandeses) situado en la torre de control, a quien los tiroteos previos no habían logrado vencer. Los soldados respondieron a los disparos y el ugandés se puso a cubierto. Al llegar al avión, Omer Bar-Lev bajó de su BTR y subió por las escaleras portátiles que llevaban a la puerta de cola. Aunque estaba abierta, no entró. En vez de eso, gritó y se sirvió de la linterna para mirar en el interior. No había ningún signo de vida ni hubo respuesta.¹²⁸ «El avión estaba a oscuras y no oímos ningún ruido procedente de él —le contó Shomron a Adam después de recibir un informe de Mofaz—. Ahora mismo, todo está en calma. Quedan unos cuantos soldados ugandeses, alguna bala por aquí o por allá. Pero en general, todo en calma.»

Una vez completada su tarea, Mofaz ordenó a los BTR que se dirigiesen a la terminal nueva. Para cuando llegaron, en la explanada de estacionamiento solo quedaba el Hercules Dos, destinado a llevarlos a ellos y el *jeep* de Shomron. El Hercules Uno había despegado con el equipo de asalto y los vehículos de la Unidad a la 1.12, hora local, hacía ya unos buenos veinte minutos; el Hercules Tres, con los otros dos BTR a bordo, esperaba en la pista principal. Mientras los dos últimos BTR subían a bordo, Shomron le dio su informe final a Adam. «Estamos empezando a cargar el cuarto avión. Nos vemos luego.»¹²⁹

Biran desmontó entonces la enorme antena de radio y el *jeep* subió la rampa. Con todo el mundo a bordo, el Hercules Dos empezó a deslizarse hacia la pista principal y, en mitad de una oscuridad absoluta, a punto estuvo de caer en la zanja que corría en paralelo a la pista de acceso: unos metros más y, al menos, parte de la fuerza de rescate se habría quedado varada. No obstante, el piloto se dio cuenta de su error justo a tiempo y corrigió el rumbo. Tras unirse al Hercules Dos al principio de la pista principal, los dos aviones despegaron, uno detrás del otro.

Era la 1.40, hora local. La fuerza de rescate había permanecido en tierra solo una hora y treinta y nueve minutos.¹³⁰

21.45 GMT, Kampala, Uganda

Henry Kyemba se despertó a las 00.45 con el ruido del teléfono que tenía junto a la cama. Al responder, se quedó sorprendido y no poco irritado cuando descubrió que quien llamaba era una de las amantes de Idi Amin. Sin embargo, lo que la mujer tenía que decirle pronto disipó su enfado.

Amin acababa de llamarla desde la Casa del Estado con la impactante noticia de que «había disparos en el aeropuerto y la situación estaba fuera de control». Según el presidente, el aeropuerto había sido «tomado», pero aún no sabía por quién. Como resultado, él iba a «cuidar de sí mismo y le aconsejó [a su amante] que hiciera lo

propio». Con ese objetivo, iba a mandar un coche a que la recogiese y le sugirió que «se escondiera». Por eso llamaba a Kyemba. No podía pensar en ningún sitio al que ir y quería que el ministro de Sanidad le ofreciese «consejo y ayuda».

Kyemba le dijo que había poco que él —ni nadie— pudiese hacer para ayudarla y terminó la conversación rápido. No obstante, el ministro no tenía ninguna duda de la identidad de los atacantes. «Son los israelíes —le dijo a su esposa, Teresa—. Tienen que ser ellos. Han venido a por los rehenes.»

A continuación, después de hacer un par de llamadas para comunicarles a algunos familiares lo que estaba ocurriendo, su esposa y él volvieron a dormir.

No fue hasta más tarde cuando Kyemba se enteró del pánico que el asalto israelí había provocado entre los líderes políticos y militares del país: el propio Amin había dado por sentado que se trataba de «una especie de motín apoyado por una potencia extranjera» —Kenia o Tanzania— y no pudo saber la verdad porque «en cuanto empezaron los disparos» sus altos oficiales, muchos de los cuales habían estado de juerga en el Lake Victoria Hotel, cerca de la Casa del Estado, simplemente «desaparecieron». Cuando las primeras ráfagas de disparos atravesaron la noche, los oficiales habían huido del bar y de la piscina del hotel a sus casas, donde se escondieron tras «decirles a sus familias que, si alguien llamaba por teléfono [...], no estaban disponibles». También ellos dieron por sentado que las tropas se habían amotinado y «hasta que quedó claro quién luchaba contra quién, ningún oficial quería arriesgarse a verse implicado en el lado equivocado».

Ben Fallin estaba durmiendo en su habitación del Lake Victoria Hotel cuando lo despertó un tiroteo. A los disparos sueltos del principio les siguieron rápidamente unas ráfagas continuas de fuego automático y el característico crujido de la explosión de una granada. De cuando en cuando, una bala perdida impactaba en las tejas rojas del hotel con un silbido y un ruido sordo. Sin saber a ciencia cierta qué ocurría, Fallin despertó a su jefe y le dijo: «¡Don, Don! ¡Están disparando en el aeropuerto!».

En el vestíbulo, se encontraron con el director de su proyecto, que ya había informado del tiroteo a su oficina central en Rochester, Nueva York. Al poco, llegó un grupo de soldados ugandeses armados hasta los dientes que desconectaron la centralita y bloquearon la puerta principal. Le ordenaron a todo el mundo permanecer en el hotel.

Hasta que no oyeron el sonido inconfundible del deslizamiento de varios aviones de transporte C-130, Fallin y su jefe no se dieron cuenta de que los israelíes estaban implicados. A raíz de eso, se pusieron a vigilar la carretera del aeropuerto, por si algún equipo de combate se acercaba al hotel; decidido a no dejarse atrapar como rehén, Fallin ya había preparado una bolsa de emergencia para poder huir por entre los arbustos.¹³¹

Mientras tanto, Amin se había refugiado en «las dependencias de un chófer cerca de la Casa del Estado», tratando sin éxito de ponerse en contacto con sus jefes militares para descubrir qué estaba ocurriendo. Solo después de que los israelíes se

marcharan descubrió la verdad: no se trataba de un motín, sino de una incursión extranjera.

La respuesta militar, por tanto, fue demasiado escasa y llegó demasiado tarde. Kyemba y su esposa se despertaron de nuevo sobre las 3.00 con el «estruendo de tanques y camiones» que iban camino del aeropuerto.¹³² Pero, incluso entonces, dos de los transportes blindados de personal «se averiaron» en ruta, según el alto comisionado británico en funciones, James Horrocks, y los tuvieron que «remolcar a Kampala».¹³³

Fallin recordaba cómo tembló la tierra cuando cinco o seis tanques con las luces apagadas —unos T55 de fabricación rusa— entraron en el campo de golf, pasadas las cataratas Victoria, de camino al aeropuerto. Al ver aquello, sus colegas y él apagaron todas las luces y permanecieron a cubierto.

Alrededor de esa misma hora fue cuando el propio Horrocks salió camino del aeropuerto con dos colegas de la Embajada de Alemania Occidental. Había recibido una llamada que informaba sobre un incendio en el edificio de la terminal antigua y, al no poder comunicarse con el aeropuerto por teléfono, había decidido acudir en persona, en calidad consular, «preocupado por los rehenes». Sin embargo, las tropas ugandesas pararon a Horrocks y a los dos alemanes occidentales cerca del Lake Victoria Hotel, a unos tres kilómetros del aeropuerto, y les dijeron que no podían seguir. En su lugar, los llevaron a la cercana cantina de oficiales de la Fuerza Aérea ugandesa y los retuvieron allí varias horas. Hasta las 10.30 no recibieron por fin permiso para regresar a Kampala de parte del general Mustafa Adrisi, el ministro de Defensa ugandés, y del coronel Yitzhak Malyamungu, antiguo portero natural de Jinja que había ascendido rápidamente en el Ejército hasta convertirse en uno de los principales secuaces de Amin. Idi Amin sospechó más tarde que el viaje nocturno de Horrocks al aeropuerto implicaba que el británico había tenido «noticias con antelación de la invasión israelí», acusación que el diplomático británico negó con vehemencia, y con sinceridad.¹³⁴

Henry Kyemba, por su parte, se había vuelto a despertar a las 6.00 con una llamada de un alto oficial que por fin había regresado al aeropuerto. Se había encontrado veintisiete cadáveres, incluidos siete terroristas, y a otras diez personas gravemente heridas, y quería que el ministro de Sanidad enviase ambulancias para trasladar a los heridos al hospital Mulago. «Han sido los israelíes —dijo el oficial, confirmando las sospechas de Kyemba—. Todos los rehenes han desaparecido.»

Kyemba hizo las llamadas necesarias antes de dirigirse al hospital para supervisar los ingresos. Allí descubrió «camiones del Ejército y ambulancias que entraban y salían llevando a los heridos, mientras los familiares se amontonaban llorando». A los muertos —incluidos los terroristas— los habían trasladado a la morgue para su identificación. Los heridos graves se encontraban en las salas de

urgencias, mientras que aquellos que tenían heridas leves recibían el alta después de ser atendidos. Más tarde, una serie de civiles fueron ingresados tras sufrir palizas por reírse de las tropas humilladas de Amin.¹³⁵

22.10 GMT, Frankfurt, Alemania

Gerd Schnepel estaba escuchando la radio en el apartamento que Magdalena Kopp — otra terrorista de las Células Revolucionarias y novia de Johannes Weinrich— tenía en Frankfurt, cuando la emisión se vio interrumpida por un boletín informativo de Entebbe, Uganda. Había estallado un conflicto armado en el aeropuerto, dijo el reportero, y a la distancia se podía oír el sonido amortiguado, si bien inconfundible, de las armas automáticas. Schnepel y Kopp estaban estupefactos.

Debatieron sobre qué podía significar aquello. ¿Se habían rebelado los ugandeses contra sus camaradas o era un intento de rescate de las FDI? Esa segunda opción era lo último que ambos deseaban. En cualquier caso, el tiroteo era una mala noticia y se temieron lo peor.¹³⁶

22.40 GMT, Tel Aviv, Israel

Los ministros, jefes de seguridad y asesores reunidos en la oficina de Simón Peres en la Kirya habían escuchado principalmente en silencio los informes intermitentes que llegaban por el receptor de radio mientras la acción se desarrollaba en tiempo real.

Al principio, al oír un tiroteo, soportaron una espera agonizante hasta que las interferencias se vieron interrumpidas por la voz queda y calmada de Dan Shomron: «Todo va bien. Informaremos más tarde».

Se oyeron más tiros, ¿o eran los motores del avión? El tiempo parecía congelado. Entonces, se pronunció una única palabra en clave, «Shefel»: quería decir que los cuatro aviones habían aterrizado sin problemas en Entebbe.

Y a continuación, otra espera de noticias, aunque esa vez más corta, hasta que Shomron habló de nuevo: «Todo sigue bien. Pronto recibirán un informe completo».

La habitación pareció relajarse. Los allí reunidos se atrevieron a intercambiar miradas y a asentir. Las tropas estaban en tierra y, pese al tiroteo, Shomron no parecía excesivamente preocupado.

La siguiente palabra en clave fue «Falastin», que significaba que había comenzado el asalto a la terminal. Ahí estaba: el momento de la verdad. La mayoría de los presentes se quedaron mirando fijamente el receptor, con el deseo de que les diese buenas noticias, que al fin llegaron tras una espera agonizante de doce minutos en forma de la palabra clave: «Jefferson».

Quería decir que la evacuación de los rehenes estaba en marcha: los terroristas estaban muertos y el asalto había sido un éxito. ¿Había víctimas? Casi con toda seguridad, pero cuántas, no sabían decirlo. Tenían ganas de abrazarse unos a otros y bailar de alegría, pero era demasiado pronto para eso: aunque habían matado a los terroristas, aún quedaba el pequeño asunto del Ejército ugandés.

«Trasláden todo a Galila», dijo una voz por la radio. Dedujeron de ello que los rehenes iban a ser trasladados a uno de los aviones. Todo hasta el momento había salido a la perfección.

Entonces llegó el primer revés: una llamada de asistencia médica para «Mateh Skedim», la Unidad. Había «dos Ekaterina»: dos víctimas. «¿Quiénes eran?», se preguntaban Peres y los demás. Tendrían que esperar para averiguarlo.

Por fin, sobre las 00.40, hora local, oyeron la única palabra que habían estado esperando: «Carmel». Significaba que los cuatro aviones habían despegado y los rehenes y los soldados estaban a salvo. La operación había sido un éxito.

Durante un instante, los ocupantes de la oficina de Peres se miraron entre ellos en un silencio pasmoso, apenas capaces de creer lo que acababa de ocurrir. A continuación, una semana entera de tensión contenida estalló en forma de abrazos y gritos de triunfo: «¡Lo hemos conseguido!».

El corazón de Peres «saltaba de alegría» mientras abrían champán y brindaban por el éxito de la misión. Después de eso, el grupo se dispersó: Rabin se fue a su oficina y el resto, al conjunto de estancias de Motta Gur en la Kirya, donde se había ordenado que se reuniesen «todos los miembros del Estado Mayor». No todos ellos se habían enterado de la operación, por lo que «sus gritos de entusiasmo se mezclaron con la alegría y el alivio de quienes sí lo sabían y habían compartido la ansiedad y la expectación».

Antes de dirigirse a la oficina de Gur a unirse a las celebraciones, Peres mandó llamar a Burka Bar-Lev y le pidió que telefonease a Idi Amin al palacio presidencial de Entebbe para saber si el dictador ugandés «conocía ya la visita nocturna a su país» y calibrar su reacción.¹³⁷

Cuando la voz de Amin apareció en línea era la 1.00, hora israelí, y solo habían pasado veinte minutos desde que el último Hercules había despegado de Entebbe.

—Señor, quiero agradecerle su cooperación. Muchas gracias, señor —dijo Bar-Lev en su tono más neutro.

Amin parecía perplejo.

—Sabes que no he conseguido nada.

—Muchas gracias por su cooperación —repitió el israelí, antes de fingir sorpresa—. ¿Qué? ¿Que no ha conseguido usted nada con su cooperación? ¿Cómo?

Amin le preguntó qué habían hecho los israelíes y Bar-Lev respondió que habían hecho exactamente lo que él, Amin, había querido.

—¿Q-q-qué ha pasado? —tartamudeó Amin, quizá dándose cuenta por primera vez de que el combate no era un motín de sus propias tropas, sino un asalto israelí.

—No lo sé.

—¿No me lo puedes decir?

—No —mintió Bar-Lev—. No lo sé. Un amigo con buenas conexiones en el Gobierno me ha pedido que le agradezca a usted su cooperación. No sé lo que quería decir con ello, pero creo que usted sí.

Amin siguió insistiendo en que no sabía nada y Bar-Lev, una vez cumplida su tarea, le respondió que volvería a llamarlo.¹³⁸

En la oficina de Gur, entretanto, el chófer del jefe del Estado Mayor había conseguido más botellas de champán y la bebida siguió corriendo. Gur «dio un pequeño discurso en el que dijo que, aparte de Netanyahu» —que, por lo que ellos sabían, estaba herido pero seguía vivo— y «otro paracaidista» (Hershko), la fuerza aparentemente no había sufrido «víctimas» (no se hizo mención al soldado herido por la granada). Todos los rehenes, añadió, habían sido «rescatados ilesos» —por supuesto, eso no era verdad— «excepto una mujer, la señora Dora Bloch», a la que habían llevado al hospital de Entebbe. Los secuestradores, «que eran árabes y alemanes», habían sido «abatidos». Según Gur, fue «sin duda una de las [operaciones] más exitosas» que las FDI habían desarrollado en la historia. Añadió que no podía concluir esa evaluación preliminar de la misión «sin destacar al hombre cuya determinación la había hecho posible: el ministro de Defensa».

Todas las miradas se dirigieron a Peres, mientras Gur se explayaba: «No sé si es posible repartir los méritos entre los responsables de la decisión de poner en marcha esta operación, pero si lo fuese, la mayor parte de ese mérito debería ir para el ministro de Defensa».

Para quienes escuchaban, ese elogio estaba plenamente justificado. Peres era el ministro que, desde el principio, había advertido sobre las consecuencias de ceder a las exigencias de los terroristas. Fue en gran medida gracias a su determinación por lo que se habían superado finalmente las objeciones, bastante comprensibles, de Rabin y de Gur a una operación militar. Aun así, Peres —al contrario que los otros dos— no tenía experiencia militar operativa, y su respaldo a algunas de las primeras opciones planteadas por los estrategas es indicativo de que estaba dispuesto a apoyar casi cualquier ataque militar contra los terroristas, independientemente del riesgo. Para él, se trataba tanto de una cuestión de principios como de una oportunidad para etiquetar a su rival político, Rabin, como un líder «débil ante el terrorismo».

Por el contrario, Rabin y Gur —especialmente el primero— tenían la plena convicción de que una operación militar fallida habría hecho más daño al prestigio de Israel en el mundo que un acuerdo negociado y la liberación de los terroristas presos. Por ese motivo, ambos habían rechazado dar su apoyo a un asalto hasta que estuvieran convencidos de que el plan propuesto tenía una posibilidad razonable de éxito. Para los dos, y para las personas principalmente responsables de planear y

llevar a cabo la operación —Ehud Barak, Iddo Embar, Muki Betser, Dan Shomron, Yoni Netanyahu, Benny Peled, Kutli Adam y el resto—, también debía ir un porcentaje considerable de los laureles de la victoria.

A la 1.15, Peres telefoneó a Rabin para informarle sobre la conversación de Bar-Lev con Idi Amin. El primer ministro se echó a reír al oír la desafortunada respuesta de Amin e invitó a Peres a pasar por su oficina. Cuando el ministro de Defensa llegó, se encontró allí a los diversos líderes de la oposición que habían apoyado la misión, incluidos Begin, Rimalt y Navon. También el abstemio Begin, que prefería el té, se estaba tomando un *whisky*.

Mientras Peres estuvo allí, Rabin telefoneó a una serie de políticos veteranos — como el presidente Ephraim Katzir, el portavoz de la Knesset, Yisrael Yeshayahu, y la antigua primera ministra, Golda Meir— para darles la buena noticia. El ministro de Defensa aprovechó la oportunidad para llamar a su esposa, Sonia, que estaba «impactada» pero encantada.¹³⁹

Entretanto, Rabin le había pedido a Amos Eiran que hiciese dos llamadas telefónicas importantes: la primera, al profesor Yosef Gross, presidente de la comisión de familiares, que gritó al oír que los rehenes habían sido rescatados; y la segunda, a la Casa Blanca, para comunicarle la exitosa operación al presidente estadounidense Gerald Ford. Dado que en Washington había una diferencia horaria de seis horas menos con respecto a Tel Aviv, eran sobre las ocho de la tarde cuando uno de los asesores de Ford se puso al teléfono. Tras oír lo que Eiran tenía que decir, el asesor respondió: «Dígale al señor Rabin que no se me ocurre otra manera mejor de celebrar el bicentenario».¹⁴⁰

Por fin, redactaron una «declaración lacónica» que emitiría el portavoz del Ejército. Decía: «Equipos de las FDI han rescatado esta noche a los rehenes y a la tripulación del aeropuerto de Entebbe». El plan era contener la declaración hasta que los aviones llegaran a la seguridad del espacio aéreo israelí. Sin embargo, se adelantó a las 3.00, cuando se oyó en la emisora de radio de las FDI, Galei Zahal, después de que la Agence France-Pressé informase sobre «un ataque israelí en Entebbe» basándose en sólidas fuentes ugandesas.

Más o menos a la misma hora, Peres se tumbó en el sofá de su oficina y cerró los ojos. No obstante, no podía dormir. No dejaba de «pensar en los rehenes» y en «cómo deben sentirse en esos momentos, en las tripas del Hercules». Al notar una presencia en la estancia, se volvió y vio a Motta Gur con aspecto consternado. «Simón — susurró el jefe del Estado Mayor—, Yoni ha muerto. La bala le atravesó el corazón. Le dispararon desde la torre de control.»

Peres se dio la vuelta y, «por primera vez esa semana», dio rienda suelta a sus «sentimientos» llorando. Su alegría por el éxito de la operación estaría para siempre «empañada de tristeza por la muerte de Yoni».¹⁴¹

22.55 GMT, espacio aéreo keniatá

Durante gran parte del breve vuelo del Hercules Cuatro a Nairobi, los sanitarios trabajaron sin cesar para estabilizar a los heridos más graves suministrándoles sangre y suero. En cualquier caso, al desvestir a una mujer que había recibido un disparo en el trasero, la visión y el olor de la sangre fueron demasiado para la joven Maggy, que prefirió trasladarse al fondo del avión e instalarse junto a la camioneta Peugeot.

Al lado de ella iba sentado un joven israelí llamado Frank, gordo y de pelo encrespado, que dos días antes había sido uno de los más vehementes opositores a la negociación israelí.* «He sido uno de los últimos en salir de la terminal porque estaba ayudando a evacuar a los heridos y a los muertos —le dijo a la joven, con una sonrisa de suficiencia y autosatisfacción—. Cuando todo acabó, le cogí prestada una pistola a un soldado israelí al que conozco y la usé para aniquilar a la alemana, metiéndole una bala en el oído.»

Parecía verdaderamente encantado con lo que había hecho y le enseñó orgulloso a Maggy las manos manchadas de sangre, exclamando: «¡Mire!».

Sin hacer caso al mohín de Maggy, Frank añadió que le había sacado una bala del pecho a una mujer muerta —Ida Borochovich— y que quería alistarse en la Unidad que había llevado a cabo el asalto. No obstante, los comandos le habían dicho que no porque era demasiado joven. A continuación, le enseñó a Maggy el recuerdo que se había llevado con él: el megáfono de Böse.

Para entonces, los rehenes pudieron ver que dos de los muertos, envueltos en mantas de aluminio, estaban apilados en una única camilla en la parte delantera del avión: debajo una mujer —Borochovich— y un soldado israelí vestido de verde —Netanyahu— encima de ella. El cadáver de Jean-Jacques Mimouni, por su parte, seguía al fondo del avión.¹⁴²

Cerca del cadáver de Netanyahu había sentada una rehén que notó de pronto un bulto bajo el trasero. Bajó la mano y recogió algo redondo y metálico. «¿Qué es esto?», le preguntó a Ephraim Sneh, que estaba atendiendo a los heridos cerca.¹⁴³

Sneh lo reconoció de inmediato como una de las minigranadas de fragmentación, pequeñas y muy inestables, que la Unidad llevaba para operaciones especiales. Debía de haberse caído del cinturón de Yoni y haber rodado por el suelo. Con cuidado, Sneh la cogió de la mano de la rehén y la guardó en una taquilla. De habersele soltado la anilla, la explosión habría provocado una carnicería en la atestada bodega y quizá incluso podría haber derribado el avión.

22.58 GMT, Aeropuerto Internacional de Nairobi, Kenia

Informado por el piloto del avión médico Boeing 707 de que la aeronave del rescate iba de camino, Dany Saadon subió las escaleras de la torre de control y abrió la puerta. Como director local de El Al, Saadon era alguien muy conocido para el

veterano controlador aéreo que, tras levantar la vista de la pantalla de su radar, le preguntó al israelí en qué podía ayudarlo.

—Solo quería informarle de que vienen de camino algunos vuelos de El Al que usted no esperaba —dijo Saadon—. No obstante, tengo autorización tanto del ministro de Transportes como del director del aeropuerto para dejarlos aterrizar. Van a deslizarse hasta el muelle 4, donde dispondré su repostaje. No se quedarán mucho tiempo.

Consciente de que Saadon tenía buenas relaciones con el ministro y el director del aeropuerto, el controlador aéreo se fió de su palabra. Sin embargo, al identificar no menos de cinco parpadeos que se acercaban a Nairobi desde la dirección de Entebbe —dos a solo unos minutos de vuelo—, frunció el ceño y preguntó:

—¿Está usted seguro de que tiene permiso para esto?

—Sí, lo estoy —respondió Saadon—. Pero si tiene usted dudas, puede llamar al director del aeropuerto para que se lo confirme.

—No, no voy a llamarlo. Es demasiado tarde. Lo haré por la mañana —respondió el controlador aéreo tras dudar un momento.¹⁴⁴

Pasados unos minutos —después de anunciarse como el vuelo 167 de El Al procedente de Tel Aviv—, el Boeing 707 de mando y control aterrizó en Nairobi, seguido de inmediato por el Hercules Cuatro. Eran las 2.12, hora local.

Una vez que el Hercules Cuatro se detuvo en el muelle 4 —la zona en cuarentena custodiada por los keniatas armados de la USG—, la rampa descendió y salió el Peugeot 404 para facilitar la bajada de los heridos. Con orden de permanecer a bordo, los rehenes se trasladaron a un lado mientras salían las seis camillas. Los dos heridos más graves —Pasco Cohen y Yitzhak David— fueron trasladados en ambulancia al hospital nacional Kenyatta, en el extremo occidental de Nairobi, a casi dieciocho kilómetros de distancia. Pese a que la esposa de Pasco, Hannah, quiso acompañarlo, un médico le dijo: «No es posible. En cualquier caso, su esposo volará a casa en un Boeing y llegará antes que usted».

A los dos hombres los llevaron corriendo al quirófano para someterlos a operaciones de urgencia. David superó la suya, pero no Cohen —el autoproclamado «especialista» en supervivencia—, a quien al final se le agotó la suerte y murió por un problema de coagulación: la cuarta baja israelí del asalto.¹⁴⁵

Las otras víctimas recibieron asistencia médica en el hospital de campaña antes de embarcarlas en el avión médico Boeing 707. A la mayoría de los rehenes restantes, sin embargo, les comunicaron que permanecerían en Nairobi en el Hercules Cuatro, anuncio que decepcionó enormemente a Willy, quien se imaginaba que en Kenia habría un avión de Air France, o al menos un avión militar francés, esperándolos para llevarlos a casa. Las excepciones fueron dos madres —Emma Rosenkovitch y Yael Brotsky— que aceptaron la oferta de Kuti Adam de viajar con sus hijos en el 707 de mando y control porque irían «más cómodos». Sus maridos permanecieron en el C-130.¹⁴⁶

Poco después de que Ephraim Sneh bajara del Hercules Cuatro para estirar las piernas, notó que alguien le tocaba el hombro. Se trataba de Ehud Barak, vestido con un traje azul y corbata; Sneh lo había visto por última vez de uniforme en Israel.

—He oído que han matado a Yoni —dijo Barak.

—Por desgracia, sí —respondió Sneh.¹⁴⁷

Barak quería verlo por sí mismo, así que subió al avión y retiró la manta que cubría el cuerpo de Netanyahu. Le devolvió la mirada un «rostro blanco, pálido, sorprendentemente guapo: la cara de Yoni».¹⁴⁸

Al poco de que el Hercules Uno hubiese aterrizado en Nairobi, a las 2.32, hora local —permitiendo con ello a Joshua Shani apagar los motores por primera vez desde que saliera del Sinaí—, Barak subió a bordo para decirle a Muki Betser y a sus hombres que su comandante estaba muerto. La charla que mantenían los soldados se apagó en un instante.¹⁴⁹ Betser trató de animarlos. «Hemos cumplido con nuestro deber. Lo hemos conseguido. Hemos tenido éxito. Es el doloroso precio que a veces tenemos que pagar en este tipo de guerra. Pero seguiremos.»¹⁵⁰

Al igual que Barak, Matan Vilnai quería ver el cuerpo de Yoni. Cuando pasó junto a los rehenes, le impresionó lo deprimidos que parecían, «completamente aturcidos, sombras de hombres».¹⁵¹ Los ánimos pesimistas provocaron en Vilnai una sensación «totalmente ilógica» de que «si Yoni estaba muerto, nada de aquello había merecido la pena».

Cuando los dos últimos aviones —los Hercules Dos y Tres— aterrizaron en Nairobi sobre las 3.00, hora local, les dieron poco más de dos horas para repostar, recoger y salir. Las prisas eran resultado de una conversación en tono malhumorado mantenida unos cuarenta minutos antes entre Ben Gethi, el jefe de la USG, y el presidente Kenyatta, que se había ido de Nairobi para pasar el fin de semana. Con Uri Lubrani a su lado, Gethi había llamado a Kenyatta para comunicarle que había unos aviones militares israelíes en suelo keniano. Tras torcer el gesto ante la respuesta cargada de improperios de Kenyatta, Gethi se dirigió a Lubrani y le dijo:

—El presidente les quiere fuera de Kenia en un plazo de tres horas. ¿Podrán conseguirlo?

—Sí, podemos hacerlo. Dígale que sí.¹⁵²

DÍA 8: DOMINGO, 4 DE JULIO DE 1976

00.04 GMT, Aeropuerto Internacional de Nairobi, Kenia

Solo cuatro minutos después de la llegada de los dos últimos aviones procedentes de Entebbe, el Hercules Cuatro aceleró por la pista principal y se alzó al cielo en el último tramo de la semana de odisea vivida por los rehenes. Un viaje de pesadilla que, para muchos de ellos, había comenzado en Israel, antes de pasar a Grecia, Libia y Uganda, y estaba a punto de terminar donde había empezado.

Tampoco es que los rehenes supieran aún su destino final, que se les había ocultado deliberadamente por si los alrededor de veinte nacionales franceses se oponían. En vez de eso, los soldados de la Golani de a bordo trataron de levantar los ánimos pasando sus botellas de agua y ofreciendo dulces. Les dieron, además, a los rehenes protectores auditivos improvisados para amortiguar el ruido de los motores y ayudarlos a dormir. A la mayoría de ellos, los protectores les resultaban pesados e incómodos, pero se los dejaron puestos. Unos pocos afortunados, como Maggy y Agnès, utilizaron algodón en su lugar.

Dado que habían sacado a los heridos de allí, el resto ya disponía de más espacio y los soldados ayudaron a montar unas hamacas. Isa, Cécile y Marianne se habían podido sentar en vez de viajar de pie, y otros se acomodaron «donde pudieron»: Willy estaba junto a un ojo de buey, sentado sobre una caja de medicinas; Maggy iba en el coche, con los soldados; y Agnès viajaba sentada más lejos, con un joven francés llamado Julian que estaba ocupándose de su tobillo torcido. De repente, a Agnès le fallaron los nervios y estalló en lágrimas.

—No llores. Harás que el resto se eche a llorar —le dijo Julian acariciándole el brazo.

—Estoy pensando en Jean-Jacques —respondió ella entre sollozos.

—Por favor, no llores. No todos saben que está muerto.

A Maggy también la acechaban instantáneas en retrospectiva del hombre herido en la silla y del cuerpo de Jean-Jacques acribillado por las balas. Por mucho que lo intentaba, no lograba disiparlos de su cabeza.

Sin hacer caso de la orden de no fumar, algunos rehenes aceptaron cigarrillos de los soldados e improvisaron ceniceros con las cajas que habían servido para guardar los protectores auditivos. A continuación, los soldados instaron a los rehenes a tumbarse y a dormir, porque iba a ser un vuelo largo. Antes de hacerlo, Agnès le preguntó a uno de los soldados que sabía francés:

—¿Adónde vamos?

—Pronto lo verá.

—Venga... Dígamelo, ¿adónde vamos? —insistió ella.

—A un país precioso.

De esas palabras, Agnès dedujo que se dirigían a Israel. Tras echar un vistazo a su alrededor, la francesa pudo ver una variedad de atuendos: Isa llevaba una camiseta enorme que le había cogido prestada a Jean-Jacques y una falda hecha con una manta de Air France; Willy le había dejado su jersey a la azafata, que había salido de la terminal antigua solo con una camisola y unas bragas pequeñas. Muchos llevaban puesta solo la ropa interior, y las prendas improvisadas eran más para proteger a la gente del frío que para conservar su dignidad.

Más pronto que tarde, las conversaciones habían cesado: había demasiado ruido, y todo el mundo —soldados y rehenes por igual— estaba agotado. La mayoría de la gente se quedó dormida, algunos tumbados junto a los cadáveres.¹

Para entonces, los seis aviones de la Operación Rayo se encontraban en el aire: el Hercules Uno estaba volando a las 3.13, hora local; lo siguió el 707 de mando y control, a las 3.40; los Hercules Dos y Tres despegaron a las 4.07 y a las 4.15, respectivamente; y el último en salir de Nairobi —con Surin Hershko y los otros heridos graves a bordo— fue el avión médico Boeing 707, a las 5.18.²

La promesa que Uri Lubrani le había hecho al presidente Kenyatta sobre las 2.20 de que los aviones israelíes se habrían ido en un plazo de tres horas se había cumplido casi con total puntualidad.

4.00 GMT, Tel Aviv, Israel

Al oír la increíble noticia procedente de Entebbe, Uri Dan corrió hacia la oficina del popular diario *Maariv*, en el centro de la ciudad, para el que trabajaba como corresponsal jefe. Al igual que los demás periodistas israelíes, estaba deseoso de conseguir una exclusiva; pero, al contrario que ellos, su método fue acudir directamente a la fuente, llamando a la oficina del presidente ugandés y pidiendo hablar con el propio Idi Amin.

Se trataba de una idea peregrina, bien lo sabía, y no tenía esperanzas de que diese frutos. Pero los dio. Tras una espera muy prolongada y muchas consultas al otro lado de la línea, Amin se puso al teléfono. Aparentemente al borde de las lágrimas, le dijo a Dan: «Tengo entre mis brazos a mis soldados muertos por las balas de tu gente. A cambio del bien que os hice, vosotros me habéis causado este daño».

Hablaba, según dijo, desde el aeropuerto, en el que estaban «contando a las víctimas» de la acción de la noche anterior. Todo aquello había sido innecesario. «Estaba planeando buscar la liberación de los israelíes y regresé antes de Mauricio para eso mismo, y todo lo que me ha quedado ahora es contar a los muertos.» Sus soldados podrían haber derribado fácilmente todos los Hercules, añadió Amin, pero eligieron no hacerlo.

—¿Por qué estaban sus soldados allí? ¿No es cierto que, al igual que los palestinos, ellos también tenían retenidos a los rehenes? —le preguntó Dan.

Amin lo negó.

—Mis soldados estaban a ciento ochenta metros del edificio —respondió, faltando un poco a la verdad—, y los palestinos se encontraban dentro, tal y como te confirmará tu gente cuando regrese a Israel.

Y así continuó la conversación, con Amin insistiendo en que había estado trabajando para resolver la crisis. «Los traté muy bien. Hice todo por ellos. Les di comida, les di artículos de aseo y los protegí, para intercambiarlos. ¿Y qué me queda ahora? En vez de darme las gracias, matáis a mi gente.»

Por qué, le preguntó Dan, habían matado a sus soldados si no estaban cooperando con los palestinos.

«Mis soldados estaban allí para custodiar a los israelíes. Yo salvé sus vidas. Diles, cuando lleguen a Israel, que les deseo una vida feliz. Se lo dije incluso al coronel Bar-Lev cuando hablé con él por teléfono. Si mis soldados hubiesen disparado a los aviones, habrían matado a vuestros soldados. Pero no queríamos luchar. Pudimos luchar, pero no quisimos.»

Después de algunas protestas más por parte de Amin afirmado su inocencia, Dan le preguntó si tenía previsto declarar el estado de emergencia.

—¿No teme que, después de una operación como esta, de un golpe como este, pueda usted perder su posición?

—No... no... —tartamudeó Amin—. Mis soldados están conmigo y me ayudan y no hay ningún problema.

—¿Va a declarar el estado de emergencia? —insistió Dan.

—Sí.³

5.30 GMT, espacio aéreo internacional sobre el mar Rojo

Mientras la mayoría de sus hombres dormían, Muki Betser iba sentado delante, en la cabina de mando del Hercules Uno, con Joshua Shani y su tripulación. Normalmente, tras una operación, Yoni Netanyahu y él hablaban «sobre lo que acababa de ocurrir» y lo que pretendían hacer después. Sin embargo, Netanyahu estaba muerto y la «soledad natural del comandante» nunca había «caído con tanto peso» sobre los hombros de Betser.

Conforme el avión tronaba rumbo a casa, Betser se esforzaba por comprender en qué «estaba pensando [Yoni] cuando decidió liquidar al ugandés». Llegó a la conclusión de que debió de considerar al centinela una amenaza y de que Giora Zussman y él, con sus armas con silenciador, podrían «eliminarlo sin ruido». Aun así, por lo que a Betser respectaba, aquello iba en contra del plan, que era no permitir que nada los distrajesen de su objetivo central de llegar a la terminal antigua lo más rápido posible.

Y aun así, mientras le daba vueltas a lo que había pasado aquella noche, Betser logró confortarse con el hecho de que «pese a todo —el ugandés herido, la carrera atropellada hasta el edificio desde cincuenta metros atrás, la entrada bloqueada—», la Unidad había sido capaz de reaccionar con la suficiente rapidez para «sorprender a los terroristas antes de que pudiesen hacer daño a los rehenes». O eso pensaba Betser mientras volaba de vuelta a Israel. De lo que no se dio cuenta, sin embargo, fue de que el prematuro tiroteo de la Unidad les había dado la oportunidad a los terroristas de empezar a matar a gente. Sin embargo, por algún motivo, habían elegido no hacerlo.

Sumido en sus pensamientos, Betser regresó a la realidad cuando Shani sintonizó en su radio la Voz de Israel y el locutor de un noticiero anunció que fuentes del Gobierno israelí habían confirmado las informaciones de la prensa internacional de que tropas israelíes habían rescatado a los rehenes de Entebbe. Betser se enfureció. Era consciente de que aún tenían por delante «tres horas de vuelo al alcance de aviones enemigos egipcios y saudíes». Pese a todo, alguien en Israel «no había podido esperar a hacer el anuncio» y con ello estaba «poniendo en peligro» sus vidas.⁴

6.00 GMT, Frankfurt, Alemania Occidental

Unas horas después de oír el boletín radiofónico sobre el combate en el aeropuerto de Entebbe, Gerd Schnepel y Magdalena Kopp recibieron la noticia que habían estado temiendo: comandos israelíes habían montado con éxito una misión de rescate, habían sacado al grueso de los rehenes y habían matado a siete terroristas en el proceso. Sus camaradas Kuhlmann y Böse se encontraban entre los muertos.

Schnepel y los otros miembros de las CR estaban «furiosos» por la muerte de sus camaradas y de inmediato tramaron una venganza. Según recordaba Schnepel: «Queríamos dar una respuesta muy brutal. Estuvimos revisando aviones y cosas así, para hacerlos estallar en pleno vuelo, sin más. Esa fue nuestra primera idea. Pero, por suerte, no la llevamos a cabo».⁵

6.30 GMT, espacio aéreo internacional sobre el mar Rojo

Cuarenta y cinco minutos por delante del avión de Betser, el Hercules Cuatro volaba tan bajo que Willy alcanzaba a ver por el ojo de buey la espuma de las olas que barrían el mar Rojo. La imagen del sol bajo brillando sobre el agua era preciosa. Sin embargo, Willy no era capaz de apreciarla: estaba desesperado porque el que le parecía un vuelo interminable llegase a su fin.⁶

De repente, apareció la tierra y, mientras el avión ganaba altitud, la voz de Halivni surgió en el intercomunicador. «Damas y caballeros —dijo en hebreo—: estamos sobrevolando Sharm el-Sheij.»

Habían llegado a territorio israelí: estaban a salvo. Ese fue el momento en el que todos los rehenes —aunque especialmente los israelíes— supieron que su larga y traumática aventura había acabado por fin. Soltaron unos vítores enormes y abrazaron a quienes tenían cerca. Algunos lloraban. El jefe del equipo de cirujanos, Eran Dolev, dejó salir entonces su mordaz sentido del humor. «He de decirles —afirmó por el intercomunicador— que anoche Israel introdujo por primera vez el IVA del ocho por ciento. Si no les gusta, pueden regresar libremente a Entebbe.» Nadie se rió.⁷

7.00 GMT, Kampala, Uganda

Tras supervisar el ingreso en el hospital Mulago de los heridos procedentes de Entebbe, el ministro de Sanidad, Henry Kyemba, se marchó a casa un par de horas. Regresó al Mulago a las 10.00 para comprobar el estado de Dora Bloch, la rehén israelí que había dejado deliberadamente en el hospital porque pensaba que aquel sitio sería más cómodo para ella que las condiciones espartanas de la terminal antigua.

Sin embargo, en esos momentos se daba cuenta de su error. Dado que se encontraba en Kampala durante el asalto, Dora Bloch no había sido rescatada junto con los demás rehenes. La presencia de soldados ugandeses heridos en salas cercanas, además, suponía un peligro muy real de que la matasen en venganza por la humillación de las tropas de Idi Amin. Kyemba se había planteado trasladarla a otro hospital con la autorización de Amin, para poder hacerlo «con la debida protección». No obstante, decidió no moverla porque con eso solo conseguiría «atraer la atención sobre la mujer» y podría haber instigado a Amin a «ordenar su ejecución en el acto». El motivo de Kyemba para visitar a la señora Bloch, por tanto, era sencillamente decir «hola» y advertir al personal de que «no hablase con ella sobre los hechos de la noche anterior, por si la mujer se asustaba sin razón».

Durante su breve conversación, a Kyemba le quedó claro que la señora Bloch no sabía nada sobre el asalto. La única petición de la mujer fue que le permitiesen lavar el vestido gris que había llevado durante el último par de días. Kyemba se lo facilitó ofreciéndole un camisón de hospital de tres cuartos —uno de los pocos disponibles— para que se lo pusiera mientras se le secaba el vestido. A continuación, Kyemba se marchó a su residencia oficial, con la vana esperanza de que, dejándola donde estaba y acallando su presencia, «el problema se resolvería solo».⁸

7.40 GMT, Rehovot, Israel

A la espera junto a la pista de la base de la Fuerza Aérea de Tel Nof, cerca de Rehovot, casi veinte kilómetros al sur de Tel Aviv, los líderes políticos y militares de Israel alzaron las cabezas en busca del primer avistamiento del avión con los rehenes rescatados. Era un bonito día de verano y muchos de los VIP —entre los que para entonces se encontraban los generales Kuti Adam y Benny Peled, cuyo Boeing 707, más rápido, había aterrizado dos horas antes— se protegían los ojos del resplandor del sol.

En el centro del grupo estaba el primer ministro Isaac Rabin, con una camisa de manga corta y unas gafas de sol, y las manos colocadas expectantes en las caderas. A su izquierda se encontraba Simón Peres, con una camisa azul y unos pantalones de vestir color crema; y junto a Peres estaba Motta Gur, vestido con uniforme de combate verde oliva, mirando el reloj.

Por fin, alguien divisó una mancha diminuta que se aproximaba desde el sur. Conforme se acercaba, se hizo visible la forma característica de un Hercules C-130 con la cola alta. Finalmente aterrizó y se detuvo cerca de los VIP que, entretanto, se habían precipitado hacia la pista. Una vez estuvo bajada la rampa de atrás, los rehenes salieron parpadeando a la luz del sol. Fueron recibidos con gritos y aplausos, y uno o dos de ellos —incluido Michel Bacos, el piloto del Airbus— hablaron brevemente con Rabin y Peres. El personal de la Fuerza Aérea condujo al resto hacia un par de autobuses que había esperándolos para llevarlos a un hangar cercano, donde tenían preparado un refrigerio. Pese a que las familias y la prensa los recibirían en el Ben-Gurion, a los rehenes los llevaron primero a Tel Nof para darles algo de información y sacar a los soldados y sus equipos del Hercules Cuatro.

Las FDI habían dispuesto que un equipo de grabación capturase para la posteridad la llegada de los rehenes a Tel Nof: desde el momento en el que aterrizase el avión hasta la marcha de los autobuses. En la filmación secreta —hecha pública en 2010—, muchos de los rehenes salen saludando con las manos y levantando el pulgar ante la cámara; otros parecen desaliñados y desorientados. En un autobús se les puede ver celebrar la llegada tomando unos sorbos de una botella con la típica forma de campana del licor Sabra con sabor a chocolate y naranja.⁹

En el hangar, los rehenes se encontraron con una mesa enorme, de unos dieciocho metros de longitud, donde se amontonaban frutas, dulces, tostadas, cafés y bebidas. Agnès devoró un puñado de uvas mientras lloraba y se reía a la vez. Willy se comió dos tostadas y diez melocotones. A continuación, llegaron Isaac Rabin y Simón Peres para hablar con algunos de ellos. Al acercarse a Agnès y a Maggy, el ministro de Defensa les preguntó en un vacilante francés:

—¿Están contentas con que las hayan liberado los israelíes? ¿Duró mucho el ataque?

—No, no. Fue muy rápido —respondió Agnès.

—¿Salió todo bien?

Pensando en Jean-Jacques y en los otros muertos y heridos, las dos dudaron antes de que Maggy respondiese:

—No para todos nosotros.

Un poco después, Peres se dirigió a los exrehenes franceses en hebreo mientras otra persona traducía sus palabras. «Estamos muy contentos de tenerles aquí y haberles liberado después de todas las dificultades que se interpusieron en nuestro camino. En cuanto hayan vuelto a Francia, podrán contar lo que quieran sobre su experiencia. Sin embargo, ahora mismo les pedimos —y es el único agradecimiento que esperamos de su parte— que mantengan un silencio absoluto sobre lo ocurrido desde el momento en el que llegaron los soldados israelíes. Por favor, tengan en consideración que se trata de un secreto militar y que no están autorizados a hablar sobre ello.»

A Willy esa petición le pareció superflua. No obstante, estuvo de acuerdo con la mención especial que a continuación hizo Peres a la tripulación del Airbus, a quienes todo el mundo en la sala aplaudió.¹⁰

El único momento incómodo llegó cuando Emma Rosenkovitch, que había regresado antes con sus dos hijos en el Boeing 707, habló con Rabin y Peres.

—Gracias por lo que han hecho. Espero que tengan el mismo éxito con el proceso de paz —les dijo.¹¹

Furioso por el comentario burlón, Rabin frunció el ceño y se marchó ofendido. Peres se mostró más conciliador.

—No se preocupe, que así será —le respondió a Emma, mientras le daba unas palmaditas en el hombro.

No mucho después, los rehenes volvieron a subir a los autobuses y los dirigieron al Hercules Cuatro —que, entretanto, habían «vaciado, lavado y barrido»—¹² para hacer el breve vuelo de quince minutos al Ben-Gurion. Mientras esperaban a volver a embarcar, vieron otro C-130 aterrizar y les dijeron que también ese avión había participado en la operación. Se trataba del Hercules Uno y eran las 10.29.

Al tiempo que los rehenes despegaban hacia el Ben-Gurion unos minutos después, los VIP recibían a los soldados del Hercules Uno. Rabin y Peres fueron estrechándoles la mano a todos los soldados conforme desembarcaban por la puerta lateral.¹³ Cuando apareció Betser, Peres le preguntó:

—¿Cómo han matado a Yoni?

—Iba el primero y cayó el primero.

Rabin se reservó su bienvenida más cálida para Joshua Shani, el piloto, al que envolvió en un abrazo de oso que pareció durar una eternidad. «Gracias», le dijo el primer ministro.

Por fin, el Mercedes negro bajó marcha atrás del Hercules y se alejó, conducido por Amitzur Kafri. Iba cargado de soldados de la Unidad deseosos por regresar a su base lo más rápido posible.¹⁴ Betser y los demás tuvieron que esperar a los helicópteros. Mientras lo hacían, aterrizaron los dos últimos Hercules, y Rabin y

Peres dieron unos breves discursos ante la mayoría de los soldados que habían participado en la operación para agradecerles sus esfuerzos. Rabin habló «como un comandante militar», mientras que Peres comentó la «contribución [de los soldados] a la lucha contra el terror internacional».

Unas horas más tarde, cuando los soldados de la Unidad habían regresado ya a la base, se celebró una sesión informativa a cargo del sustituto de Yoni, Amiram Levine. Lo normal hubiera sido que en esa sesión participasen solo los implicados, pero Levine decidió romper la tradición e invitar a todos los que se encontraban en la base. En primer lugar los oficiales, luego los comandantes de los equipos y al final los soldados individuales informaron sobre lo que habían visto y hecho. El soldado que había disparado la ráfaga sin silenciador desde el Land Rover explicó que, cuando vio «al ugandés volver a ponerse en pie y apuntar», temió «por la seguridad» de todos nosotros.

Esa noche no hubo ninguna celebración de victoria para la Unidad. Tan solo una única víctima era prueba de que su actuación «no se había ajustado» al plan. Betser sabía que para «conservar sus capacidades» la Unidad debía aprender de sus errores. Por ese motivo, él y el resto de los participantes estuvieron hablando hasta bien entrada la noche «sobre lo que había ocurrido, cada uno desde su punto de vista, tratando de entender lo que había salido mal la noche de la iniciativa más famosa» que habían tenido.¹⁵

9.01 GMT, Lod, Israel

Durante el vuelo de quince minutos hasta el Aeropuerto Internacional Ben-Gurion, la tripulación del Hercules Cuatro les ofreció a los rehenes un atuendo limpio para que luciesen de punta en blanco cuando se encontrasen con sus familias y con la prensa. Todavía con la manta de Air France, Isa aceptó el conjunto entero: un jersey y una falda de algodón verde claro con unas sandalias negras.

No obstante, nada pudo preparar a los rehenes para el fervor del recibimiento que les esperaba en el Ben-Gurion. Cuando la rampa trasera del Hercules Cuatro bajó hasta el suelo, quienes estaban más cerca pudieron ver a una multitud enorme amenazando con abalanzarse hacia ellos a través del cordón policial. El sonido que hacían era ensordecedor: gritos de alegría, aplausos, canciones e incluso estallidos de bienvenida de un *shofar*.*

Los primeros rehenes en salir de la panza del avión fueron asaltados por gente que les deseaba lo mejor y miembros de la prensa que les hacían fotos y preguntas. Se abrieron paso con trabajo hacia unos autobuses que los iban a llevar junto a sus familias. Agnès casi había llegado a uno de los autobuses cuando vio a una niña que corría desde la muchedumbre, llorando y gritando: «¡Judith! ¡Judith!».

La niña era la hermana de una joven rehén israelí casada que había recibido el ligero roce de una bala. Cuando llegó hasta Judith, le echó los brazos al cuello y al poco se le unieron otros miembros de la familia, todos igual de encantados. Aquello fue demasiado para Judith, que de repente se desmayó.¹⁶

Willy llevaba a Isa de la mano para que no los separasen, y por fin subieron a uno de los autobuses que los llevaron a ellos y a los demás rehenes a un edificio grande —mitad hotel, mitad barracones militares— donde esperaban las otras familias.¹⁷ «Hombres y mujeres empezaron a chillar de alegría —decía el reportaje de Terence Smith en el *New York Times*— mientras los rehenes desaliñados y de aspecto cansado se bajaban de los autobuses [...]. Familias enteras, echados unos en brazos de los otros, permanecían estancadas en abrazos mecidos, llorando. Había mujeres mayores con pañuelos en la cabeza, chicas jóvenes con pantalones de vestir, hombres con barba de una semana. Hubo un amago de caos cuando varios líderes políticos llegaron al lugar. El señor Rabin y el señor Peres quedaron cercados por una multitud feliz, mientras Menachem Begin, el líder de la oposición, terminó levantado a hombros y transportado entre vítores rítmicos de “¡Begin! ¡Begin! ¡Begin!”.»¹⁸

Los israelíes se sumergieron entre hordas de parientes emocionados, lo que dejó en el resto —los aproximadamente veinte franceses, dos belgas, dos estadounidenses y la única azafata sueca— una sensación de estar más que un poco «apartados» de las celebraciones.

Willy e Isa cogieron un refresco de cola de la mesa de bebidas antes de preguntarle a un soldado: «¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Adónde vamos?».

La soldado los llevó a una salita contigua donde personal del Consulado francés estaba preparando pasaportes provisionales. Allí se encontraba el cónsul, pero cuando le presentaron a Willy y a Isa respondió: «No he recibido a nadie más. Me reuniré con ustedes dentro de un minuto».

Ninguno de los dos se tomó bien el desaire y les dio la impresión, al igual que a Agnès y a Maggy, de que habían esperado la llegada de la tripulación, pero no la del resto de los rehenes franceses. Todos ellos optaron por regresar a casa de inmediato en el siguiente vuelo de Air France y no se quedaron en Israel a pasar unas vacaciones breves con todos los gastos pagados. Entretanto, tras hablar con los periodistas y hacer una breve entrevista para la televisión israelí, a los no israelíes los condujeron hasta el Plaza Hotel, en el paseo marítimo de Tel Aviv, donde los esperaba una multitud grande y ruidosa para recibirlos. En las habitaciones se encontraron botellas de champán y cestas de frutas. No obstante, los periodistas siguieron acosándolos, hasta que al final Willy le respondió a uno que le preguntó por su profesión: «Estoy fabricando misiles para Israel».

A las 15.30, los llevaron de vuelta al aeropuerto para coger el vuelo directo a París en un Boeing 707 de Air France. Muchos se quedaron dormidos de inmediato y no se despertaron hasta que el avión inició el descenso. Esperándolos en la sala VIP

del Orly estaban sus familias y algunos de los rehenes liberados. A Agnès la recibió su padre, y a Willy, su esposa y Gilles, que también abrazó a Maggy. Para ellos, la dura experiencia había acabado por fin.¹⁹

Sin embargo, para cuatro familias israelíes no habría celebración ni final. Después de que su padre la despertase a las 4.00 con la noticia de que los rehenes habían sido liberados y debían acudir al Aeropuerto Ben-Gurion, Martine Mimouni-Arnold estaba convencida de que pronto vería a su hermano Jean-Jacques. No obstante, poco después de que el Hercules Cuatro aterrizase, sus padres y ella estaban esperando en el edificio reservado a las familias de los rehenes cuando llegó un mensaje ominoso por la megafonía pública: «Familias Mimouni y Borochovich, por favor, acudan al Club de Oficiales».

Robert Mimouni se quedó perplejo. «¿Por qué nos llaman?», preguntó.

Martine no tenía respuesta. Su principal miedo en aquel momento era que Jean-Jacques hubiese resultado herido. Con Martine cojeando con las muletas, por fin encontraron el Club de Oficiales. Allí los llevaron a una sala aparte, donde un oficial les dijo, inexplicablemente:

—Lo siento mucho, pero su hijo ha tenido un ataque de asma y ha muerto.

Incapaz de asumir la horrible noticia, Robert se volvió hacia Martine y le dijo:

—Eso es imposible. Nadie muere de un ataque de asma. Es imposible.

Mientras Rachel, la madre de Jean-Jacques, se desmayaba, el padre empezó a gritar diciendo que el oficial estaba mintiendo y que quería ver a su hijo. Al final, se llevaron a Robert y a Martine a una sala contigua, donde el cuerpo de Jean-Jacques yacía bajo una sábana. La intención era permitir que Robert viese únicamente la cara de su hijo, pero el hombre se zafó de los soldados que lo agarraban y apartó la sábana. Allí, a la vista clara de su padre y de su hermana, estaba la causa de la muerte de Jean-Jacques: siete heridas lívidas de bala que iban de la garganta hasta el abdomen inferior.

Encolerizado tanto por el engaño innecesario como por la muerte de su único hijo varón, Robert le gritó al oficial: «¡Me ha mentido!».

El hombre estrelló una silla contra el suelo y, cuando dos oficiales trataron de intervenir, los atacó. A punto de perder la paciencia del todo, el médico le advirtió que se calmara o le pondrían un sedante. Eso provocó que Martine gritase: «¡Déjenlo en paz! Acaba de perder a su hijo. ¡Déjenlo gritar! ¡Déjenlo llorar! ¡Apártense de él!».

No obstante, dado que Robert seguía gritando, lo agarraron y le pusieron una inyección. Solo entonces, cuando el sedante hizo su efecto, Robert dejó de chillar. Al fin, una tía y un tío de Jean-Jacques, que habían llegado de su casa cercana en Moshav Ramot Meir, se lo llevaron. Al marcharse, Robert se lamentó: «¡Mirad toda esa gente de ahí! ¡Están todos cantando y bailando, y mi hijo está muerto!».²⁰

Robert nunca descubriría la verdad sobre la muerte de su hijo —que lo mataron accidentalmente balas israelíes—, pese a que hizo muchos intentos por enterarse. Dado que ese día salió hacia el aeropuerto muy temprano, no coincidió por poco con dos oficiales de las FDI a quienes habían enviado a su casa para informar a la familia sobre la muerte de Jean-Jacques. Al menos, ellos le habrían contado que su hijo había muerto en el tiroteo entre los terroristas y las FDI. En vez de eso, en el aeropuerto le dijeron que la causa de la muerte había sido un ataque de asma —posiblemente, por orden de los altos oficiales del Gobierno, que no querían que nada empañara el lustre de la exitosa operación—, y no sería hasta el año 2006 cuando Jonathan Khayat, un sobrino de Jean-Jacques que en 1976 tenía solo dos meses, escuchó la verdad de primera mano en la voz de Muki Betser. En 2012, para honrar la memoria de su tío y de los demás israelíes muertos en Entebbe, Khayat narró la historia en un conmovedor documental titulado *Live or Die in Entebbe*. En la cinta, el antiguo sargento Amir Ofer le dice: «Sé que es doloroso escucharlo, pero de haberlo visto, yo también le habría disparado. Era lo que teníamos que hacer. En algunas situaciones no hay más opción. No fui yo, pero no culpo a la gente que lo hizo. No cometieron un error, hicieron lo que tenían que hacer, lo que teníamos planeado hacer».

El único lamento de Khayat era que su abuelo nunca había recibido una confesión tan franca antes de su muerte, en 1996. Khayat afirma en el documental: «Creo que eso le habría ayudado definitivamente a curar las heridas [...]. [Robert] Tenía la sensación de que los habían dejado de lado».²¹

Dado que los otros dos rehenes fallecidos —Pasco Cohen e Ida Borochoovich— viajaban con miembros de su familia, nunca hubo el mismo misterio con respecto a las causas de sus muertes. Durante un tiempo, Hannah Cohen se aferró al convencimiento de que su marido sobreviviría a las heridas. Como le habían dicho que su esposo regresaría a Israel antes que ella, recorrió todos los hospitales. No había rastro de él. Al final, las FDI le informaron de que se encontraba en un hospital de Nairobi y que regresaría «a los pocos días». Así pues, la mujer regresó a su casa de Hadera con Tzipi y Kobi, y a las cuatro de la tarde recibió una llamada a la puerta. Fuera estaban los soldados con la mala noticia: Pasco había perdido demasiada sangre y había muerto en la mesa de operaciones.²²

El primer miembro de la familia Netanyahu en enterarse de la muerte de Yoni fue su hermano menor, Iddo, también reservista de la Unidad. Iddo recibió primero una misteriosa llamada de teléfono en su casa de Jerusalén a primera hora del 4 de julio; era un oficial de la Unidad que le pedía que permaneciese en casa y, cuando «todo esto haya acabado, podrás volver a tu rutina normal». A continuación, le pidieron a Iddo el número de su otro hermano, Bibi, que estaba estudiando en Estados Unidos. Iddo se lo dio, pero no se percató de que había habido un rescate hasta que oyó el anuncio más tarde por la radio.

Después de eso, recibió una llamada de Bibi, que estaba «contentísimo por la noticia del asalto» y quería saber si Iddo había tenido alguna noticia de Yoni. La respuesta fue no, y el motivo quedó claro cuando unos oficiales se pasaron por casa de Iddo para informarle en persona de que Yoni había sido el único soldado israelí en morir en Entebbe. En vida, debido a la naturaleza secreta de su trabajo, Yoni fue «casi un desconocido» para el público israelí, pero a las veinticuatro horas del rescate, su nombre pasaría a ser famoso por todo el país.²³

En la primera reunión del gabinete posterior a la operación, celebrada poco después del regreso a Israel del Boeing 707 de mando y control, Kuti Adam les dijo a los ministros que el comandante de la Unidad, Yoni Netanyahu, había recibido unos disparos y había muerto a manos de un soldado ugandés mientras «corría hacia la terminal».

La principal preocupación de Isaac Rabin era que Benzion, el padre de Yoni, «padre del sionismo revisionista» y profesor de historia judía en la Universidad de Cornell, se enterase de la muerte de su hijo «por nosotros y no por la prensa».

Simón Peres añadió: «Quiero que los miembros del Gobierno sepan que hoy hemos perdido a uno de los mejores soldados que el pueblo judío ha tenido jamás. Yoni y su hermano servían en la misma unidad. Ambos arriesgaron sus vidas muchas veces. Yoni era una de las personas más maravillosas que ha tenido nunca este país».²⁴

14.45 GMT, Jerusalén, Israel

Solo unas pocas horas después del regreso de los rehenes a Israel, Isaac Rabin habló ante una sesión especial de la Knesset en Jerusalén. «Señor portavoz, miembros de la Knesset, en un esfuerzo audaz, capaz y sofisticado, las Fuerzas de Defensa de Israel han logrado con éxito llevar a término la decisión del Gobierno israelí de salvar y liberar de la cautividad a los pasajeros del avión de Air France que fueron secuestrados por terroristas palestinos y retenidos como prisioneros en Uganda, donde sus vidas corrían peligro.»

Tras explicar que cuatro israelíes —tres civiles y un oficial— habían caído en la batalla (una descripción debidamente neutral que evitaba de forma deliberada identificar a los asesinos), describió el rescate como una de las «victorias más ejemplares [de las FDI] desde el punto de vista humano, moral y militar-operativo, una manifestación notable de la fraternidad judía y del valor judío».

A continuación, explicó cómo la decisión de lanzar la operación la había adoptado su Gobierno «bajo su única responsabilidad» y sin consultar con ningún otro Gobierno antes. Lo había hecho de ese modo porque había quedado «claro y cristalino que el ataque contra los pasajeros israelíes y judíos era el objetivo principal» de los terroristas. Todos los indicios demostraban asimismo que los ugandeses estaban colaborando con los terroristas.

Añadió que no tenía más que elogios para los políticos de la oposición por su apoyo al Gobierno a lo largo de la crisis: primero, ante la decisión de negociar una liberación de terroristas a cambio de las vidas de los rehenes, y después, ante la opción de lanzar la operación de rescate una vez que las FDI plantearon un plan viable.

Tras calificar el rescate de las FDI como una «contribución de Israel a la lucha de la humanidad contra el terrorismo como manifestación internacional», Rabin predijo que sería durante largo tiempo «un tema de investigación, canciones y leyendas». Concluyó expresando su «agradecimiento y reconocimiento especiales» a las «FDI, el jefe del Estado Mayor, el Estado Mayor, los Ejércitos de las Fuerzas Armadas y aquellos que personalmente han participado en la operación, por arriesgar sus vidas en el cumplimiento de su deber como judíos y como seres humanos, y por ser un ejemplo y una fuente de orgullo para todos nosotros».²⁵

El exsoldado Rabin, que no era un orador nato, había hecho un relato sentido y convincente de por qué su Gobierno había autorizado el asalto en el territorio de otro país, matando a algunos de sus soldados y destruyendo gran parte de su fuerza aérea. Por tanto, quedó a cargo de la labia del demagogo Menachem Begin, líder del partido Likud, resumir la importancia del rescate para Israel y para su pueblo. Como respuesta a la intervención de Rabin, empezó: «Desde la guerra de los Seis Días, nuestra nación no había conocido un sentimiento tan profundo de unidad. Hemos compartido una ansiedad común y un sentido de amor fraternal por nuestro pueblo, que emanaba de la resolución de rescatar a nuestros hermanos y a nuestras hermanas en peligro. Quizá fue por esa unidad por lo que hallamos en nuestro interior la capacidad para montar una operación tan trascendental: una misión de rescate sin precedentes en cuanto a gallardía y osadía».

Tras rendir tributo a quienes habían perdido la vida, incluido «un comandante más que valiente que cargó a la cabeza de sus tropas», Begin describió a los soldados y a los aviadores que llevaron a cabo la misión como «macabeos [...] de nuevo en pie». En cualquier caso, su mayor elogio lo reservó para Isaac Rabin. Tras volverse hacia el primer ministro, afirmó:

Usted y yo pertenecemos a distintas facciones políticas. Nuestras opiniones difieren [...]. Pero no hoy. En este día [...], señor primer ministro, yo le alabo. Le alabo por lo que ha hecho. Y alabo también al ministro de Defensa, como también lo hago con todos los miembros del gabinete y con todos los implicados en las decisiones más complicadas que los líderes de una nación han de tomar. Pero usted, señor primer ministro, usted que es el líder de un equipo —y yo tengo cierta idea de lo que supone ser líder de un equipo—, y lo digo consciente de que todos sus colegas tienen su parte de responsabilidad en la toma de decisiones: sobre sus hombros descansa una ración extra de responsabilidad. ¿Y quién podría medir el peso de esa responsabilidad adicional?

Begin hizo la inevitable —si bien inapropiada— analogía entre la *selektzia* autorizada por los alemanes en Entebbe y las acciones más infames del doctor Mengele en Auschwitz, donde el movimiento de un dedo a la derecha había condenado a hombres, mujeres y niños judíos a la muerte. Por aquel entonces, no

había habido «nadie para salvarlos»; en esa ocasión, sí. Elevando la voz para darle énfasis, afirmó: «Ahora, anunciamos para que lo oigan todos: ¡Nunca más! Nuestra generación ha hecho un juramento solemne consagrado en la sangre de nuestras madres asesinadas, de nuestros padres masacrados, de nuestros bebés asfixiados y de nuestros valientes caídos: nunca más la sangre de los judíos se derramará con impunidad. Nunca más el honor judío será una presa fácil».

El mundo debía saber, añadió, que si «alguien en alguna parte» sufre de «persecución, humillación, amenaza o secuestro, o se ve de algún modo en peligro simplemente por ser judío o judía», Israel reunirá toda su fuerza «para ir en su ayuda y llevarlo o llevarla al refugio seguro de nuestra tierra natal». Ese fue «el mensaje de Entebbe».²⁶

El aplauso estruendoso se alargó unos minutos, con políticos de todos los colores dejando constancia de su aprobación. Al menos ese día, los judíos de Israel estaban unidos.

15.30 GMT, Kampala, Uganda

El diplomático británico Peter Chandley se encontraba en casa con su esposa, digiriendo aún la increíble noticia de Entebbe, cuando recibió una llamada de su jefe, James Horrocks, el alto comisionado en funciones. Horrocks acababa de enterarse por la Embajada francesa de que una rehén, una mujer de setenta y tres años con doble nacionalidad, británica e israelí, llamada Dora Bloch, había ingresado en el hospital Mulago dos días antes y «seguía allí». Consciente de que la vida de la señora Bloch estaba en peligro, Horrocks le pidió a Chandley que se acercase al Mulago lo más rápido posible para disponer su liberación del hospital y su veloz marcha de Uganda, preferiblemente a través de Air France.²⁷

Sobre esa misma hora, pero a muchos miles de kilómetros, en el Caribe, el ministro de Exteriores británico, Tony Crosland, seguía recuperándose de un mareo a bordo del *Britannia*, el yate de la Corona, cuando recibió un cable de su sustituto, Ted Rowlands, para informarle de que, según la Embajada israelí en Londres, una rehén con doble nacionalidad británica e israelí llamada Dora Bloch «no había salido de Entebbe» y se encontraba en un hospital de Kampala.²⁸ Rowlands le envió de inmediato un cable a Horrocks en Kampala con instrucciones de «meter a la señora Bloch en el primer vuelo disponible que saliera de Uganda».²⁹ No obstante, Horrocks ya había actuado.

Acompañado por su esposa para hacer parecer lo más inocente posible la visita, Chandley llegó al hospital Mulago a las 18.30 y lo saludaron al entrar por la puerta principal. Arriba, en la sexta planta, se encontró con la puerta de la habitación de la señora Bloch cerrada y a una enfermera dentro. Cuando hizo gestos a través del panel de vidrio para que la enfermera le abriese la puerta, esta le explicó que necesitaba la autorización del médico responsable o de la matrona. Al llegar, la matrona le

comunicó que uno de los dos hombres vestidos de paisano que custodiaban la habitación debía dar el permiso. Chandley les enseñó su identificación diplomática a los hombres y les preguntó qué estaban haciendo.

Se negaron a responderle, aunque al final uno de ellos aseguró, de modo no demasiado convincente, que era enfermero. Mientras Chandley les hacía preguntas, ninguno de los dos mostró «el más mínimo cambio de expresión» y a la señora Chandley le parecieron «aterradores». ³⁰

Después de mucho discutir, los Chandley obtuvieron por fin permiso para entrar en la habitación y hablar con Dora Bloch. ³¹ Esa autorización fue resultado de una llamada telefónica hecha desde el hospital a Henry Kyemba, el ministro de Sanidad que había visitado a la señora Bloch antes, ese mismo día. Kyemba sabía que Amin no habría consentido que un diplomático británico «hablase» con la señora Bloch, pero le dio permiso para una «visita rápida» porque creyó que eso «ofrecería algo de consuelo para ambas partes». ³² Los Chandley hablaron con Dora Bloch «en presencia de la enfermera, la matrona y los dos hombres de paisano», que insistieron en escuchar la charla. Aún sin saber que se había producido el asalto, la anciana le confirmó a Peter Chandley que «era ciudadana británica, aunque toda su documentación se había perdido». Le dijo que iba «de camino a Estados Unidos a asistir a la boda de su hijo y que otro hijo la acompañaba hasta París». El nombre de ese hijo era Ilan Hartuv, y la mujer quería que Chandley le transmitiese el mensaje: «Madre se encuentra bien». El diplomático le aseguró que lo haría.

Cuando Chandley le preguntó cómo estaba, Dora le respondió que se sentía «bien y lista para marcharse», pero que no le gustaba la comida y que apenas había ingerido nada desde su ingreso el viernes. Dirigiéndose a los dos guardias de paisano, el diplomático sugirió que deberían permitirles a su mujer y a él llevarse a la señora Bloch a casa hasta que pudiese organizarse su salida del país. Pero «el enfermero» negó con la cabeza: estaba disponiendo un medio de transporte para trasladarla al Imperial Hotel de Kampala y «eso era todo». Al final, admitiendo su derrota, Chandley dijo que iría a casa a preparar algo de comer para la señora Bloch y que regresaría pasada una hora. Los hombres lo aprobaron, como también lo hizo el guardia de la entrada principal cuando los Chandley salieron con el coche. Antes de marcharse, el matrimonio le dio a la señora Bloch «algunos artículos de aseo» que pensaron que a lo mejor le hacían falta.

Para entonces eran las 20.30. Cuando los Chandley regresaron al Mulago con comida a las 21.15, los detuvo un guardia nuevo en la entrada principal. No se permitía el acceso a vehículos con matrículas CD —cuerpo diplomático—, les dijo. Ni siquiera cuando regresaron con una escolta policial les dejaron entrar. Al final, tras darle la comida a una enfermera que prometió entregársela a la señora Bloch, se marcharon. Más tarde, se enterarían por un médico sanitario británico de alto rango

que trabajaba en ese hospital de que la entrega de la comida se había efectuado, «aunque demasiado tarde, porque a la señora Bloch ya se la habían llevado». Las enfermeras, añadió el sanitario, «estaban llorando». ³³

Pasarían muchos días hasta que Chandley y Horrocks descubriesen lo que había ocurrido después de eso. Según Henry Kyemba, Idi Amin seguía «dolido por la humillación» ante la brutal facilidad con la que los israelíes habían rescatado a los rehenes cuando se enteró de que, en contra de sus órdenes, la señora Bloch no había regresado a la terminal antigua y continuaba en el hospital de Kampala. De inmediato, mandó a cuatro hombres para cobrarse su venganza con la indefensa anciana. Dos de esos hombres —el comandante Farouk Minawa, director del Centro de Investigación Estatal (la policía secreta de Amin), y el capitán Nasur Ondoga, jefe de protocolo del presidente— marcharon hasta el ala donde se encontraba la señora Bloch y allí ordenaron al personal del hospital que se hiciese a un lado y a los guardias que abriesen la puerta. A continuación, sacaron a rastras a la aterrorizada señora Bloch de la cama y «la bajaron a la fuerza» por las escaleras, «dejando atrás el bastón, el bolso, los zapatos y el vestido de la mujer». La señora Bloch «no paraba de gritar».

Para entonces, el escándalo había alertado al personal, a los pacientes y a los visitantes, que observaron con horror cómo los dos hombres arrastraban a la señora Bloch, «quien seguía gritando por la zona de urgencias hasta que la sacaron fuera, por la puerta principal del hospital». Tras meterla en la parte de atrás de uno de los dos coches que esperaban, a la señora Bloch se la llevaron a gran velocidad. Y mientras ocurría todo eso, pese a que debían de saber que la conducían a su ejecución, los testigos no hicieron nada. Kyemba anotó: «Interferir podía significar la muerte. Y, después de todo, aquel no era el primer secuestro público de Uganda. Eso se había convertido en una práctica cotidiana».

Minutos después, Kyemba recibió dos llamadas independientes del hospital para contarle lo que había ocurrido. El ministro llamó a su vez a Amin, que no parecía excesivamente preocupado. «¿Eso ha pasado? Vale. Voy a ver.»

Kyemba no tenía dudas de que Amin «ya sabía lo que había ocurrido». Nadie se habría atrevido a hacer algo así «salvo por orden de Amin». Su esperanza inicial era que el dictador «tratara de utilizar a la señora Bloch —el único rehén que quedaba— como peón para que se cumpliesen las exigencias de los palestinos». No obstante, cuando reflexionó sobre el hecho de que la habían «atrapado en público los propios matones de Amin», se dio cuenta de que «no había duda de que la iban a ejecutar».

El ministro de Sanidad no tardó en recibir la confirmación del propio Amin. La llamada del presidente fue principalmente para debatir sobre el cuidado de los heridos en el asalto y el entierro de los muertos —incluidos los terroristas—, que estaba programado para el día siguiente. Amin añadió: «Ah, por cierto, la mujer esa del hospital... No te preocupes por ella: la han matado».

Pese al impacto, Kyemba a esas alturas había aprendido a ocultar sus reacciones ante los excesos de Amin del modo más neutral posible. «Ah, vaya», masculló.

Tras colgar el teléfono, desahogó su ira con su esposa, Teresa, y una visita. «¡Esto es indignante! Esa pobre señora... Vengarse con ella así. Es terrible.»³⁴

De cualquier modo, no había nada que pudiese hacer. La crisis de los rehenes se había cobrado su quinta y última víctima israelí.

EL DESPUÉS

Lunes, 5 de julio de 1976, Israel

Al día siguiente del regreso de los rehenes, no todos los judíos de Israel estaban de celebración. Por el contrario, las familias consternadas de Jean-Jacques Mimouni e Ida Borochovich —dos de los tres rehenes muertos durante el rescate— estaban dando sepultura a sus seres queridos en funerales privados en Netanya y Bat Yam, respectivamente. A los dos los enterraron con honores militares, y sus tumbas quedaron cubiertas por coronas del Gobierno israelí, de las FDI y de Air France, entre otros.

«Esta tierra es dura», declaró entre lágrimas el esposo de Borochovich, un inmigrante ruso que siete años atrás al fin había logrado la ambición de su vida de llevar a su familia a Israel. «Fue una operación magnífica y valiente —añadió el general de brigada Mordechai Piron, capellán militar jefe—, pero es el destino de esta nación que toda alegría y placer vaya de la mano del dolor y del duelo».¹

En Israel, las tropas fronterizas estaban en alerta máxima por todas partes, atentos a ataques vengativos de las guerrillas palestinas. No obstante, la principal prioridad del Gobierno de Isaac Rabin el 5 de julio —el día después del regreso de los rehenes— era minimizar las repercusiones diplomáticas de su acción militar recalcando ante los Gobiernos extranjeros que no había habido alternativa. Por ejemplo, Yigal Allon le dijo al embajador británico en Israel que el «Gobierno israelí no tenía modos alternativos de garantizar la seguridad de sus ciudadanos, en especial en vista del hecho de que las autoridades ugandesas colaboraban con los secuestradores y prácticamente formaban parte de la acción extorsionadora contra Israel». Y añadió: «Una rendición israelí [...] habría funcionado como un nuevo golpe para la seguridad internacional y un impulso para el chantaje desinhibido».² En otras palabras, Israel había actuado en defensa propia.

En privado, Roy Hattersley, entonces ministro de Estado en el Foreign Office, le dijo al embajador de Israel en Reino Unido que sus «felicitaciones personales» eran «un sentimiento hondo y sincero».³ Sin embargo, la respuesta oficial del Gobierno británico —pensando en la seguridad de los alrededor de quinientos ciudadanos británicos que vivían en Uganda— fue evitar cualquier elogio explícito a Israel. La declaración real del primer ministro Jim Callaghan ante la Casa de los Comunes el 5 de julio dejó clara su «satisfacción ante el buen resultado de una operación osada y hábil que había frustrado un acto de terrorismo sin sentido». Y añadió: «Lamentamos muchísimo la pérdida de vidas en Entebbe».

Esa declaración pública anodina enfureció a muchos británicos, que escribieron a sus diputados y a el Foreign Office para quejarse. Querían que Jim Callaghan enviase un mensaje personal de felicitación al primer ministro israelí. No obstante, los oficiales de alto rango de la FCO lo desaconsejaron. Uno de ellos le escribió a la secretaria particular de Callaghan el 5 de julio: «No vemos ninguna necesidad en especial de que el primer ministro envíe un mensaje al señor Rabin. El presidente Ford, el presidente Giscard [d'Estaing de Francia] y el canciller Schmidt sí han mandado mensajes. Sin embargo, los tres tenían motivos más obvios para hacerlo de los que existen en el caso de Reino Unido. No tenemos nada que ganar con ello, y hay que recordar tanto la dudosa legalidad del asalto israelí en Entebbe como la fuerte controversia que ha despertado en África y también en Oriente Medio».⁴

El oficial estaba en lo cierto: otros países occidentales más directamente implicados en la crisis tenían buenas razones para darle las gracias a Israel. En Alemania Occidental, tanto el canciller Schmidt como el doctor Kohl, líder de la oposición, enviaron telegramas de felicitación a Rabin, mientras que el ministro de Exteriores Genscher telefoneó a su homólogo Allon «para expresarle su alivio y su satisfacción». Oficiales de alto rango de la Bundeswehr de Alemania Occidental le dijeron a un diplomático británico que «no lograban decidir qué admirar más, si la brillantez técnica de la operación o la clara dirección política que había detrás». No obstante, el principal alivio para el Gobierno federal de Schmidt residía en el hecho de que le habían ahorrado el dilema de si liberar o no a los terroristas retenidos en Alemania Occidental. Según lo expresó un diplomático de la Embajada británica en Bonn:

Liberar a los prisioneros retenidos en la RFA habría sido un paso muy difícil para el Gobierno federal. Entre ellos se encuentran algunos de los remanentes más importantes de la banda Baader-Meinhof y del Movimiento 2 de Junio [...] [y] el Gobierno inevitablemente se habría visto expuesto a las críticas y a la impopularidad. Sin embargo, de haber recibido una petición directa del Gobierno de Israel para liberar a los prisioneros, cuesta ver cómo habrían podido negarse: simplemente, no podrían haberse permitido recibir acusaciones de provocar, ni siquiera indirectamente, las muertes de rehenes inocentes que, además, eran judíos.⁵

Francia y Suiza también apoyaron sin reservas la acción de Israel, mientras que Suecia siguió el ejemplo de Gran Bretaña acogiendo con agrado el rescate de los rehenes.⁶

El presidente estadounidense Gerald Ford le envió un mensaje a Rabin para expresar la «gran satisfacción [de su país] porque un acto de terrorismo sin sentido haya quedado frustrado».⁷ Sin embargo, entre las bambalinas del Departamento de Estado del país existía una cierta inquietud porque Israel hubiese roto claramente los términos de su acuerdo de no utilizar fuera de Israel equipo militar suministrado por los estadounidenses, como los Hercules C-130. En vista de ello, Henry Kissinger telefoneó el 5 de julio a Simcha Dinitz, el embajador israelí en Estados Unidos, y lo amenazó con congelar los próximos envíos militares. No obstante, Dinitz lo

persuadió y, hacia el final de su charla, Kissinger aceptó la petición del embajador de proteger a Kenia frente a la represalia ugandesa. Sus palabras exactas fueron: «No vamos a dejar que a Kenia [la revienten] por esto».⁸ Con respecto a la ejecución del asalto, Kissinger no tenía más que elogiar a los israelíes. «Ha sido una cosa espectacular», le dijo a Dinitz.

Fiel a su palabra, Kissinger dispuso que la Séptima Flota estadounidense —que incluía el portaaviones USS *Ranger*— navegase hacia el este de África, que una fragata naval atracara en Mombasa, Kenia, y que un avión de patrulla naval estadounidense volase hasta el Aeropuerto de Embakasi en Nairobi. Todos esos movimientos se diseñaron para disuadir un ataque ugandés contra Kenia, que había parecido inminente después de que Idi Amin enviase cartas tanto a la Organización para la Unidad Africana como al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas acusando a Kenia de permitir que aviones israelíes aterrizasen en Nairobi tanto antes como después de la operación, y advirtiendo de que «Uganda se reserva su derecho a tomar las represalias que pueda para reparar la agresión que se ha cometido en su contra».⁹

La respuesta de Sir Seewoosagur Ramgoolam, presidente de la OUA, a la carta de Amin fue enviar un telegrama personal a Piero Vinci, presidente del Consejo de Seguridad de la ONU, condenando la «agresión sin precedentes» de Israel como «un peligro no solo para Uganda y África, sino también para la paz y la seguridad internacionales». Por tanto, él y todos los jefes de Estado de la OUA solicitaban una convocatoria inmediata del Consejo de Seguridad «para analizar este acto excesivo de agresión contra un Estado miembro de la ONU».¹⁰

Dado que solo unas pocas personas del Gobierno keniano conocían el acuerdo secreto con Israel, la reacción oficial a las acusaciones de Amin resultó confusa. De visita en Mauricio para la reunión de la OUA, y por tanto, poco familiarizado con los hechos, el vicepresidente Daniel arap Moi insistió en que Kenia «no se había utilizado como base para la agresión contra Uganda» y condenaba sin reservas «esta brutal agresión israelí contra uno de nuestros Estados miembros de la OUA». No obstante, la liebre había saltado ya por culpa de una edición especial del periódico keniano *Sunday Nation* que confirmaba que los israelíes habían pasado por Nairobi, acusaba a Amin de confabular con los secuestradores y elogiaba la acción israelí.¹¹

Un diplomático británico emplazado en Nairobi y bien informado le comunicó a la FCO el 5 de julio: «Queda por ver si los kenianos elaborarán su argumento sobre la opinión hipócrita de Moi o si al final admitirán cierta implicación por motivos humanitarios. Se encuentran ante un dilema, dado que surgirán fuertes recelos por la identificación pública y cercana de Kenia con Israel en un ataque militar contra su vecino. Ahora mismo, el Gobierno parece seguir en un mar de dudas con respecto a su posición pública».¹² Más tarde, ese mismo día, añadiría:

Los kenianos continúan callados con respecto a la dimensión de su papel en la operación israelí. No han intentado negar que los aviones pasaran por Nairobi en el camino de regreso desde Uganda [...]. Contactos preliminares aquí sugieren que los kenianos argumentarán sobre la base de que recibieron una mínima

advertencia y actuaron puramente por motivos humanitarios [...].

Teniéndolo todo en cuenta, nuestra opinión es que un escaso número de keniatas de alto rango recibieron información, quizá con dos días de antelación y en términos generales, sobre los planes israelíes. La información no se difundió en el seno del Gobierno, y probablemente el apoyo acordado por los keniatas se autorizó y dispuso en una fase muy tardía. El silencio del Gobierno keniatá refleja una indecisión considerable entre los ministros con respecto a lo que deberían decir y apunta a que no hubo conocimiento ni debate por adelantado, más allá de un círculo muy limitado.¹³

La evaluación del diplomático era por completo correcta, como también lo eran sus sospechas de que Kenyatta había conocido por adelantado la operación (aunque «solo de un modo en el que no pudo darse cuenta de todas sus implicaciones»). Por suerte para Kenia, contaba con el apoyo militar pleno de Estados Unidos, y Amin sabía que, en esas circunstancias, sería una insensatez intentar acometer una invasión. Por tanto, en vez de dirigir nuevas amenazas contra Kenia, subrayó que el «pueblo de Uganda y el de Kenia son hermanos» y que perdonaba a Kenia «por su error».¹⁴

La mayor parte del oprobio por el asalto, sin embargo, no se centró en Kenia, sino en Israel. Además de la OUA, los principales acusadores fueron en su mayoría países árabes y comunistas. Según Egipto, se había tratado nada menos que de un acto de «terrorismo gubernamental», especialmente lamentable porque llegaba «en un momento en el que las negociaciones habrían conducido a la salvación de los rehenes».¹⁵ La Unión Soviética lo describió como «el último acto de piratería por parte del Ejército israelí», mientras que el austriaco Kurt Waldheim, secretario general de la ONU (que había servido con la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial), condenó el asalto como «una grave violación de la soberanía nacional de un Estado miembro de Naciones Unidas».¹⁶ La reunión del Consejo de Seguridad para abordar esa «violación» se fijó para el 9 de julio.

Lunes, 5 de julio de 1976, Kampala, Uganda

Además de evitar la guerra con Kenia, la principal preocupación de Idi Amin el día después del asalto fue encubrir el asesinato de Dora Bloch. A tal fin, le dijo a su ministro de Sanidad, Henry Kyemba, que si «se planteaban algunas preguntas sobre la rehén enferma», debía decir que «había regresado al aeropuerto una hora antes de que llegasen los comandos israelíes y que estos se la habían llevado». Para respaldar esa mentira, Kyemba recibió instrucciones de «arreglar los registros» del hospital, de modo que apareciese que la señora Bloch había sido dada de alta de verdad.

El ministro de Sanidad hizo lo que le pidieron, además de recoger y esconder las pertenencias de Bloch. Más tarde escribiría: «Me dio asco lo que hice, pero lo justifiqué pensando en que todo el mundo implicado sabía la verdad de lo que había ocurrido».¹⁷

Amin intentó, además, enfangar las aguas acusando a James Horrocks, el alto comisionado británico en funciones, de conocer el asalto con antelación, una acusación que el diplomático negó rotundamente.¹⁸ Pero a Horrocks no lo iban a

engañar. Tanto por el relato de Peter Chandley sobre su visita al hospital Mulago el 4 de julio como por informes posteriores recibidos de parte del personal del hospital, Horrocks sabía que la señora Bloch «había salido a rastras gritando de su habitación del hospital hasta el ascensor y su poco equipaje se había quedado allí». Aun así, el mismo personal había subrayado también su convicción de que era «poco probable que, como única rehén israelí que quedaba en Uganda, se la fuesen a llevar para matarla y aplacar la ira del Ejército ugandés por sus propias pérdidas».¹⁹

Cuando la FCO supo de las negativas de Amin ante las acusaciones, le indicó a Horrocks que enviase una nota con palabras duras al ministro ugandés de Asuntos Exteriores, exigiendo establecer «contacto con la señora Bloch, con vistas a facilitar su pronta marcha de Uganda al destino que ella eligiese».²⁰ No hubo ninguna respuesta inmediata.

Martes, 6 de julio de 1976, Jerusalén, Israel

Un día después de los funerales de Jean-Jacques Mimouni e Ida Borochoovich, Yoni Netanyahu fue enterrado en el monte Herzl, el cementerio militar de Jerusalén, en una ceremonia a la que asistieron su familia y miles de dolientes. Muchos de sus antiguos camaradas de la Unidad lloraron mientras el sencillo ataúd de madera, decorado con docenas de coronas, descendía a la tierra.²¹ También allí se encontraban las figuras militares y políticas de alto rango de Israel, entre ellas, Isaac Rabin y Simón Peres, que pronunciaron el panegírico junto a la tumba.

«Hay momentos en los que el destino de un pueblo entero descansa sobre un puñado de luchadores y voluntarios —dijo el ministro de Defensa—. Ellos tuvieron que asegurar la integridad de nuestro mundo en una hora escasa. Este joven estuvo entre quienes comandaron una operación que fue perfecta. Pero para nuestro profundo pesar, ello implicó un sacrificio de dolor incomparable: que el primero de la partida de asalto fuese el primero en caer. Y por la virtud de unos pocos, muchos se salvaron, y por la virtud del que cayó, una reputación doblada bajo su enorme peso volvió a enderezarse en toda su plenitud...»

Casi de la noche a la mañana, Yoni Netanyahu se había convertido en un héroe nacional israelí. Su biógrafo, Max Hastings, escribió: «El fallecimiento de Yoni desencadenó una de esas inmensas catarsis que agitan Israel de vez en cuando». Escuelas y niños recién nacidos recibieron su nombre. «La Operación Rayo se rebautizó como Operación Yonatan.» Se creó el Instituto Jonathan para servir a su memoria.

También en Estados Unidos perdura el nombre de Netanyahu. Su obituario en el *Harvard Crimson* se leyó como si fuesen las actas del Congreso. Una parte de la autovía entre el Bronx y Pelham, en la ciudad de Nueva York, cambió de nombre para llamarse «Lieutenant-Colonel Yonatan Netanyahu Lane». Hastings escribió: «El pueblo estadounidense, al igual que los israelíes, pareció encontrar en Yoni un

símbolo para borrar la imagen de Vietnam del guerrero como un hombre de My Lai,* un descerebrado bombardero de la sociedad, y sustituirla por la versión más antigua y brillante del héroe en armas como salvador de inocentes».22

El estatus de héroe de Yoni es una fuente de enorme orgullo para la familia Netanyahu. Además, ha ayudado —y aún lo hace— a la carrera política de su hermano mediano, Bibi. Bibi estaba estudiando en el MIT en Estados Unidos cuando ocurrió el asalto y probablemente pensara en hacer carrera como consultor de gestión. Sin embargo, la muerte de su hermano en batalla, y su fama instantánea, le abrieron nuevas posibilidades. Tras un breve periodo como diplomático, incluido el puesto de embajador israelí en Estados Unidos, se unió al partido Likud de derechas y —durante la redacción de este libro— está cumpliendo con su tercer mandato como primer ministro de Israel, el segundo hombre en conseguir tal hazaña, después de David Ben-Gurion.

Martes, 6 de julio de 1976, Aeropuerto Internacional de Entebbe, Uganda

Hasta el martes por la mañana —dos días después del asalto—, Ben Fallin y sus colegas estadounidenses no pudieron por fin regresar al trabajo en la sala grande de la terminal antigua. Se encontraron con el escenario de una matanza. Las paredes —por dentro y por fuera— estaban picadas con agujeros de bala, al igual que muchos ventanales. Las puertas dobles acristaladas por las que los comandos israelíes habían accedido a la sala también estaban acribilladas, con agujeros de entrada que mostraban claramente que los terroristas habían disparado balas desde el interior de la sala antes de ser abatidos.

En la terminal antigua y sus alrededores, los estadounidenses encontraron más de dos mil cartuchos de latón vacíos, prueba de la intensidad del tiroteo que Fallin había oído propagarse durante más de una hora la noche del asalto. Descubrieron asimismo innumerables balas gastadas, cinturones de munición de ametralladoras ligeras, cuatro cajas vacías de cartuchos con marcas en hebreo y dos lanzacohetes antitanques M72 LAW disparados y tres cargados que los israelíes habían utilizado para reprimir el fuego desde la torre de control. Fallin se guardó de recuerdo un cinturón de munición, una caja de cartuchos y muchos de los cartuchos vacíos, y más adelante regresó con ellos a Estados Unidos. Los LAW se los entregó a la policía secreta de Amin.

No obstante, las estampas y olores más desagradables estaban dentro del edificio de la terminal antigua, donde murieron la mayoría de los terroristas, rehenes y soldados ugandeses. En la sala grande, por ejemplo, había una serie de charcos amplios de sangre seca, uno de ellos entre las puertas dobles, donde habían disparado a Bose. Los estadounidenses pudieron adivinar qué charcos de sangre correspondían a terroristas porque se veía un agujero de bala en el punto en el que los comandos habían disparado el tiro de gracia. Fallin recordaba: «No éramos ningunos

remilgados. Muchos de nosotros habíamos luchado en Vietnam. Pero sabíamos que teníamos que limpiar la sala cuanto antes o no seríamos capaces de hacer uso de ella».

Así pues, le pidieron a la brigada de bomberos del aeropuerto que limpiase la sala con mangueras antiincendios, y Fallin y el resto utilizaron escobillas de goma para sacar el agua sobrante por las puertas principales. Sin embargo, el olor almizcleño de la sangre humana persistió durante un par de días más. Por entonces, Fallin y otro mecánico soldaron tiras de acero a los marcos de las ventanas como medida de seguridad: la mayoría de los cristales estaban hechos añicos y cualquiera podría haber entrado al edificio colándose por los marcos huecos.

A Fallin le impactó ver que algunas balas habían pasado por la puerta de su oficina antes de impactar en la pared de atrás. También había evidencias de la explosión de una granada en la sala grande, que causó pocos daños más allá de dejar suelta una pieza del parqué y hacer temblar la luz fluorescente de arriba.

Pese a tenerlo prohibido, Fallin hizo fotos del edificio acribillado por las balas. Encontró además una serie de objetos y documentos relacionados con el secuestro y con el asalto, que ocultó. Entre ellos, había cartuchos de Polaroid vacíos y una tarjeta de huellas dactilares manchada, prueba de que los israelíes habían tratado de identificar a los terroristas muertos. Los documentos —que Fallin descubrió en su mayoría en la zona de almacén donde estaba el equipaje de los rehenes, saqueado hacía mucho por los soldados ugandeses— incluían una de las tarjetas de identificación del FPLP cumplimentada, el recibo de un talonario de cheques a nombre de Jane Moufflet (esposa de Claude Moufflet, que nunca estuvo en Entebbe) e incluso el diario de vuelo, la carpeta climatológica y un recibo de repostaje con fecha del 27 de junio de 1976 correspondientes al vuelo 139. Tanto el diario como la carpeta tenían marcas causadas en apariencia por un fragmento de granada.²³

Martes, 6 de julio de 1976, París, Francia

Dos días después del rescate de los rehenes, Michel Cojot le hizo un relato por escrito de su experiencia en Entebbe a un joven oficial francés que estaba recopilando testimonios «únicamente por engrosar los archivos». Por otro lado, y como portavoz de los rehenes, Cojot escribió una carta a la dirección de Air France «elogiando el comportamiento de la tripulación» y omitiendo todo detalle inadecuado, como el hecho de que, al contrario de lo que afirmaban todos los reportajes en la prensa, a la tripulación nunca le plantearon como opción quedarse con los otros pasajeros. Más adelante, escribiría:

En la euforia de la liberación, corrí un tupido velo sobre mis reservas. No debía haber notas discordantes en el regocijo general. Así que escribí una carta exquisita [...] en la que sugería la unidad del comportamiento entre la tripulación, que se componía de doce personas muy distintas. Sin escribir ninguna

falsedad, gracias al maravilloso instrumento que es la lengua francesa, conseguí modular la verdad. Yo también quería que las cosas fuesen como me hubiese gustado que fuesen.

Sin embargo, la Francia oficial, molesta porque Israel había salido triunfadora en su lugar y sin ni siquiera consultarle nada, mantuvo un silencio contraído. No ofreció felicitaciones ni agradecimientos. El secretario general del Elíseo [el palacio presidencial], uno de los primeros de Francia en recibir la información, sí presentó sus felicitaciones por teléfono «a título personal»; la prefectura de policía se mostró inusualmente amable con quienes necesitaron nuevos documentos; Air France fue extrañamente generosa en la compensación a los rehenes por la pérdida de equipaje; pero el silencio, un gran silencio lechoso, fue lo que prevaleció. Yo quería gritar, pero ya no tenía altavoz.

A Cojot le disgustaba especialmente que el Gobierno francés eligiera ocultar el hecho de su propia inacción convirtiendo en héroes a la tripulación. El francés escribió: «Francia es el Estado, ¿y qué puede haber más próximo al Estado que unos empleados uniformados de su propia aerolínea nacionalizada? El capitán fue nombrado rápidamente caballero de la Legión de Honor [...]. Al resto de la tripulación se le concedió la Cruz del Mérito». Y añadió:

La prensa, los libros, las películas —incluido el film israelí [*Mivtsa Yonatan*, protagonizado por Sybil Danning y Klaus Kinski]— se unieron al coro: la tripulación estaba compuesta únicamente por héroes con corazón de león que habían protegido a sus aterrorizados pasajeros [...]. Hubo otros rehenes franceses que permanecieron con los israelíes hasta el final, pero solo la tripulación merecía alabanzas porque colectivamente simbolizaban a Francia [...]. Ciertos detalles se magnificaron y otros desaparecieron. Los papeles quedaron cubiertos de brillo. Así, la verdad se retocó poco a poco [...]. ¿Estaba yo celoso por esa decoración barata caída del cielo? [...]. Sinceramente, no lo creo. Ninguno de los rehenes había arriesgado voluntariamente su vida, ni tan siquiera una hora de libertad; ninguno merecía una Cruz. Pero sí tuve una sensación tremenda de injusticia, de exclusión. Nuevamente, Francia me rechazaba.²⁴

Solo en Israel se apreció de verdad la contribución de Cojot. El jefe del Estado Mayor, Motta Gur, le diría más adelante a Ilan Hartuv, uno de los rehenes rescatados, que de no haber sido por la información que Cojot le había dado a Amiram Levine tras regresar a París el 2 de julio «muchos más rehenes y soldados habrían muerto». Yigal Allon, el ministro de Exteriores, le contó a Hartuv «lo mismo».²⁵

Michel Cojot, su hijo Olivier e Ilan Hartuv estaban entre un grupo de sesenta y siete rehenes que más tarde demandaron a Air France ante un tribunal israelí por fallos de seguridad en Atenas previos al secuestro. El 4 de julio de 1981, exactamente cinco años después del rescate, la aerolínea aceptó un acuerdo extrajudicial de casi dos millones de dólares de compensación: le daba veintiún mil dólares a cada rehén y una cantidad similar a los familiares de cada víctima. El testimonio por escrito de Hartuv incluía una singular crítica a los miembros de la tripulación, como uno o dos comentarios nada sensatos que habían hecho. Hartuv estaba convencido de que Air France llegó a ese acuerdo porque no quería discusiones de ese tipo en un tribunal público.²⁶ Daniel Bloch, el hermano de Hartuv, declaró: «Se trata de una victoria moral. No me importaba demasiado la compensación. Me importaban los principios, la falta de seguridad de Air France».²⁷

Jueves, 8 de julio de 1976, Kampala, Uganda

Tras haber volado de vuelta a Uganda a petición del primer ministro Jim Callaghan para investigar la desaparición de Dora Bloch, James Hennessy, el alto representante en funciones, fue directo al edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores en Kampala, pero le dijeron que tanto el ministro como el secretario permanente se encontraban en una reunión del gabinete. Más tarde, llamó a sus colegas franceses y de Alemania Occidental, Renard y Ellerkman. Renard le dijo que Amin lo había acusado de colaborar con los israelíes y que «los palestinos se lo llevarían a él o a su familia antes o después». Pese a eso, el francés no creía que Amin estuviese confabulado con los terroristas y consideraba la «intervención israelí injustificable e innecesaria».

Ellerkman, el embajador de Alemania Occidental que, al igual que Hennessy, se encontraba en casa de permiso cuando había tenido lugar el asalto, no llegó tan lejos, pero sí adoptó la posición de «que Amin era capaz de conseguir un final feliz para la cuestión del secuestro y tenía intención de hacerlo».

Hennessy comunicó a Londres lo siguiente: «Todos los informes que he obtenido hasta ahora sugieren que [la señora Bloch] está muerta y ya ha sido enterrada. Mi colega francés coincide con esta opinión. Aunque es improbable que obtengamos ninguna prueba firme, parece que le dispararon en acto de venganza el día del asalto del comando israelí, cuando muchos soldados ugandeses murieron. En este momento, no disponemos de ninguna prueba firme que sugiera que el asesinato estuvo dirigido por el Gobierno».²⁸

Viernes, 9 de julio de 1976, ciudad de Nueva York, Estados Unidos

Juma Oris Abdallah, el ministro de Exteriores ugandés, abrió el debate del Consejo de Seguridad en la sede de la ONU en la ciudad de Nueva York agradeciendo a los miembros de la OUA haber solicitado la celebración de esa reunión para abordar «la agresión del Israel sionista». Durante su prolongado y disperso discurso, Juma repasó la secuencia de los acontecimientos con unos detalles exhaustivos, si bien imprecisos. Negó toda colaboración con los terroristas y acusó a Israel de «brutal agresión». Su exigencia era que el Consejo condenase «sin reservas, en los términos más duros posibles, la agresión bárbara de Israel, ni provocada ni justificada, contra la República soberana de Uganda»; y que su país recibiese «de Israel una compensación completa por el daño humano y material provocado durante su invasión».

En su enérgica respuesta, extremadamente detallada, Chaim Herzog, el embajador de Israel ante la ONU, afirmó encontrarse ante el Consejo «como acusador de todas esas fuerzas malvadas que, en su cobardía inherente y su abyecta actitud pusilánime, ven en viajeros libres de toda culpa e inocentes mujeres y niños —sí, incluso bebés en brazos— a objetivos legítimos para sus maléficas intenciones». También colocó en el punto de mira a «todos aquellos con autoridad en todo el mundo que, por motivos de cínica conveniencia, han colaborado con terroristas» (una

clara pulla a Idi Amin); e incluso a las propias Naciones Unidas «que han sido incapaces, por las maquinaciones de los representantes árabes y de sus apoyos, de coordinar medidas eficaces para combatir el mal del terrorismo mundial».

La acción de Israel en Entebbe para liberar a sus rehenes, por otra parte, «había dado lugar a una ola mundial de apoyo y aprobación, como raramente se haya visto antes, procedente de todos los continentes, incluida África; de todas las clases y condiciones; de países hostiles a Israel, y también de amigos». Y añadió: «El hombre y la mujer normales, de la calle, se han levantado detrás de nosotros y han proclamado un “ya basta” ante este espectro de terror [...]».

El único apunte falso de Herzog fue afirmar que, durante el rescate, «tres de los rehenes murieron a manos de los terroristas antes de que estos fuesen acribillados por las tropas israelíes» y que «un oficial israelí de alto rango murió por un disparo en la espalda». Pero, en líneas generales, su discurso fue cautivador, especialmente la detallada sección dedicada a la supuesta complicidad de Uganda. Llegó a mencionar la desaparición de Dora Bloch, sugiriendo que ese hecho «y la imagen, a estas alturas ya por todos conocida, de los aterradores sucesos en la Uganda de Amin representan en sí mismos una justificación de sobra para la premonición que llevó» al Gobierno israelí a actuar.

Tras insistir en que el rescate estaba justificado según la ley internacional y moral, Herzog concluyó «con un mensaje simple para el Consejo»:

Estamos orgullosos de lo que hemos hecho, porque le hemos demostrado al mundo que en un país pequeño, en las circunstancias de Israel, bien conocidas a estas alturas por los miembros de este Consejo, la dignidad del hombre, de la vida humana y de la libertad humana representan los valores más elevados. Estamos orgullosos no solo porque hemos salvado las vidas de más de cien personas inocentes —hombres, mujeres y niños—, sino también por la relevancia de nuestra acción para la causa de la libertad humana.

En su réplica a Herzog, el ministro de Exteriores ugandés mantuvo la falsedad absurda y fácilmente rebatible de que a la señora Bloch la habían llevado de vuelta al aeropuerto junto al resto de rehenes el 3 de julio, y que por tanto era responsabilidad de Israel decir lo que le había ocurrido.

La discusión continuó con idas y venidas, demandas y contrademandas, durante cuatro días: a favor del proyecto de Resolución para condenar a Israel estaban, entre otros, Mauritania, Libia, China, Guyana, Tanzania, Cuba y la Unión Soviética; plenamente a favor de Israel —o al menos, nada dispuestos a condenarlo— estaban Francia, Estados Unidos, Suecia, Alemania Occidental y Reino Unido. Dado que para entonces quedaba claro que al menos tres de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad —Francia, Reino Unido y Estados Unidos— utilizarían su veto para bloquear el proyecto de Resolución, este nunca se llevó a votación.

Con miedo a poner en peligro la seguridad de los nacionales británicos en Uganda en general, y de Dora Bloch en particular, la FCO había dado órdenes a su embajador en la ONU de pisar terreno intermedio sugiriendo un proyecto de Resolución aparte que condenase los secuestros de aviones, deplorase la pérdida de

vidas en Entebbe y reafirmase «la necesidad de respetar la soberanía y la integridad territorial de todos los Estados». Dado que muchos países antiisraelíes se negaron a votar, la Resolución no obtuvo la mayoría necesaria para adoptarse.²⁹

Martes, 13 de julio de 1976, Londres, Reino Unido

Al regresar a Heathrow de lo que había sido un agotador circuito monárquico por Estados Unidos —y sin su esposa, Susan, a la que habían hospitalizado en Maryland con la mandíbula rota, resultado de una caída—, el ministro de Exteriores Tony Crosland recibió la nefasta noticia de que habían encontrado el cuerpo de Dora Bloch.³⁰ El alto comisionado británico en Kampala tenía declaraciones de testigos oculares según las cuales a la señora Bloch le habían disparado hombres del Centro de Investigación Estatal, y habían dejado tirado su cadáver en una plantación de azúcar cerca de la carretera de Jinja, a treinta y dos kilómetros de Kampala. Un informante había dibujado incluso un mapa para marcar el lugar.³¹

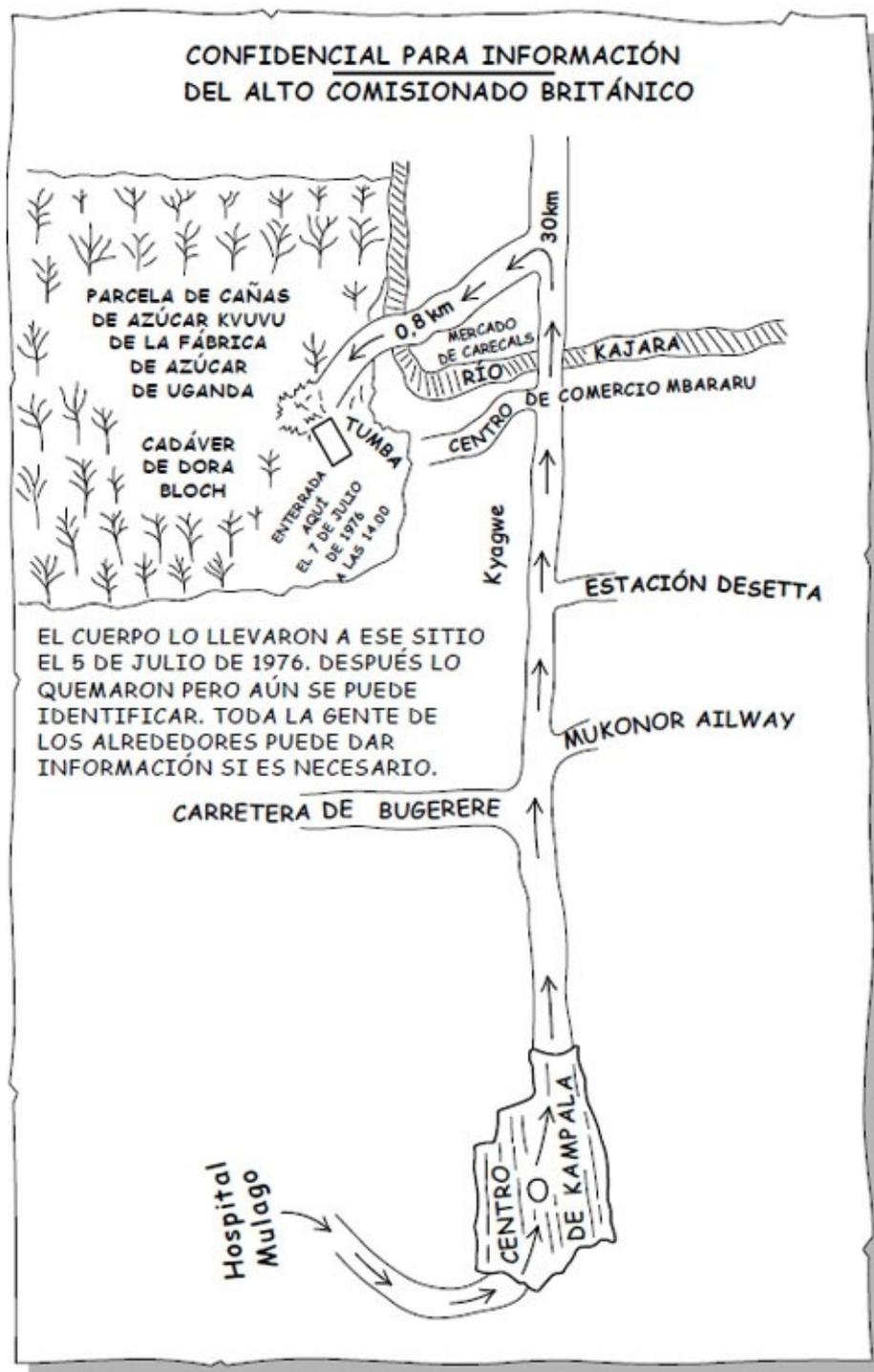
Cuando se enteró de la noticia de que los matones de Amin eran casi con toda seguridad responsables de la muerte de la señora Bloch, Crosland convocó una reunión inmediata en la FCO para abordar la respuesta de Gran Bretaña. Las relaciones entre Gran Bretaña y Uganda nunca se habían recuperado del todo desde la expulsión de los asiáticos con pasaporte británico decretada por Amin en 1972 y la expropiación de empresas y plantaciones de té de propiedad británica en esa misma época. No obstante, las repercusiones del asalto en Entebbe habían colmado el vaso: primero, Amin ordenó la expulsión de Uganda del diplomático británico Peter Chandley y de su esposa por contradecir su afirmación de que Dora Bloch se había reunido con el resto de rehenes el 3 de julio; a continuación, Amin dirigió «amenazas serias» contra el resto de la comunidad británica en Uganda; y a esas alturas, llegaba la noticia de que Bloch había sido efectivamente asesinada.

En la reunión, Ted Rowlands, el sustituto de Crosland, abogó por una ruptura inmediata de las relaciones con Uganda, al igual que hicieron la mayoría de los menores de cuarenta años; los mayores de esa edad, incluido el secretario permanente y su subsecretario, se oponían a una acción tan drástica, en particular porque no existía ningún precedente de ruptura con un país de la Commonwealth. Crosland tenía el voto de desempate. «Creo que en esta ocasión —dijo, después de mucho dudar— estoy con la juventud. Nos tomaremos quince días para hacerlo. Que todos los sistemas adviertan a los británicos que salgan de Uganda.»³²

Supuestamente, su razonamiento se basó en que la posibilidad de «negociar una compensación por los activos perdidos en el marco de una economía ugandesa mal manejada parecía remota»; en que el número de expatriados británicos disminuía día a día; y en que el Alto Comisionado no tenía «permitido trabajar como debía».³³

A esas alturas, la ubicación del cuerpo de Bloch era de dominio público en Uganda y la gente acudía en masa a ver los macabros restos: habían intentado quemar el cadáver, pero el pelo blanco «permaneció obviamente identificable». Entre los testigos oculares se encontraba el famoso fotógrafo ugandés Jimmy Parma, que trabajaba para el periódico *Voice of Uganda*. Cuando se corrió la voz de que le había sacado fotos al cadáver, los secuaces de Amin cogieron a Parma a plena luz del día y más tarde lo asesinaron.³⁴

Dora Bloch y Jimmy Parma no fueron ni de lejos las únicas víctimas de la furia de Amin a raíz de la Operación Rayo. Culpados de permitir a los israelíes aterrizar, los tres controladores aéreos de servicio en Entebbe la noche del asalto también fueron asesinados por órdenes del presidente, al igual que muchos cientos de personas de etnias keniatas, incluido el director de aviación civil y una serie de personas de la tribu karamajong, a quienes Amin veía como el enemigo en casa porque sus tierras ocupaban uno y otro lado de la disputada frontera entre Uganda y Kenia. El 16 de julio, la policía fronteriza keniata calculó que más de tres mil keniatas habían huido de Uganda.³⁵



Copia del mapa dibujado a mano de la tumba de Dora Bloch que un informante ugandés le entregó al Alto Comisionado británico.

Los keniatas respondieron expulsando a varios cientos de ugandeses que trabajaban en el ferrocarril y el aeropuerto, y pidiéndole a Gran Bretaña que les suministrase armas y munición para combatir un posible ataque ugandés. Gran Bretaña «aceptó al instante la petición keniatas» y «de inmediato puso en marcha los trámites necesarios para enviar por avión el equipo a Kenia por la ruta más rápida posible», aunque la dificultad de «obtener derechos de sobrevuelo» supuso un tiempo de envío superior al que ambas partes habían esperado.³⁶

Al fin, el 28 de julio, Crosland anunció en la Casa de los Comunes que, «lamentándolo muchísimo», Gran Bretaña iba a romper sus lazos diplomáticos con Uganda. Y lo iba a hacer, explicó, porque al equipo del Alto Comisionado ya no le resultaba posible «desempeñar de manera eficaz sus deberes». En adelante, Francia representaría los intereses británicos en Uganda. Era la primera vez que Gran Bretaña adoptaba una medida así desde la ruptura con Albania en 1946.³⁷

Domingo, 18 de julio de 1976, Bagdad, Irak

Durante las dos semanas transcurridas desde el asalto, Gerd Schnepel y sus camaradas de las CR habían estado planteándose maneras «brutales» de vengar las muertes de Böse y Kuhlmann en Entebbe, incluida la destrucción de aviones en vuelo. Cuando de esos complots no salió nada en claro, Schnepel y Johannes Weinrich volaron a Bagdad para reunirse con Wadie Haddad y «aclarar la situación». Schnepel afirmó: «Acudimos para analizar la derrota, llegar a algunos acuerdos y dilucidar cómo ponernos en contacto unos con otros. Y es que aún corríamos el riesgo de que se descubrieran ciertas cosas».

Fue tras ese viaje a Bagdad cuando Schnepel empezó a replantearse su pertenencia a las CR. Más o menos un año después, durante una reunión de delegados de las diversas células, anunció que iba a abandonar el grupo. Ya no creía que su táctica de llevar a cabo operaciones conjuntas con otros grupos terroristas internacionales tuviera posibilidades de éxito. «Pensaba que no nos daría ningún fruto. O nos matarían a todos, como a Boni y a Brigitte, o nos meterían en la cárcel. El enemigo era demasiado fuerte como para luchar de ese modo. Teníamos que buscar maneras distintas de acabar con el capitalismo o encontrar una alternativa. Al final, me metí en la agricultura ecológica en Franconia, Alemania, luego en el estado de Washington, en Estados Unidos, y por último, en Nicaragua.»³⁸

En cualquier caso, para las CR en general, Entebbe supuso un punto de inflexión. Katharina Karcher, historiadora especializada en el terrorismo de izquierdas alemán, escribió: «Para la mayoría de los miembros del grupo, el secuestro fracasado conduciría a un alejamiento de los ataques “antisionistas”, que anteriormente habían constituido un campo de acción principal para el grupo». Unos pocos —Weinrich incluido— creían que, pese a Entebbe, no debían limitar sus actividades a Alemania Occidental y sí «participar en conflictos armados por todo el globo». Pero esta «célula internacional» se fue quedando cada vez más aislada del resto de las CR, que evitaron nuevos ataques contra objetivos israelíes y, en cambio, se centraron «en luchas locales y movimientos sociales nuevos, como el movimiento antinuclear y el movimiento de las mujeres en Alemania Occidental».³⁹

Los sucesos de Entebbe —en especial, los informes sobre una «selección» de pasajeros, «los judíos a un lado, los no judíos al otro, y los judíos designados para su ejecución»— tuvieron un profundo efecto en otros radicales alemanes de izquierdas,

como Joschka Fischer, el futuro ministro de Exteriores, que conocía a Wilfried Böse y a Hans-Joachim Klein y había apoyado personalmente la causa antisionista de la OLP en 1969. Paul Berman escribió en su libro *Power and the Idealists*: «De repente, las implicaciones del antisionismo se le revelaron con toda claridad [...]. Entonces supo lo que significaba. Parece que Fischer nunca se recuperó del impacto de Entebbe [...]. [Más tarde] citaría el secuestro y sobre todo la “selección” de judíos como parte de su *Desillusionierung* con la izquierda violenta».

Berman añadió:

Entebbe tuvo un efecto similar en una cantidad considerable de nuevos izquierdistas de Alemania Occidental. Una nueva sospecha se cernió sobre esa gente [...]. Era una sospecha cargada de preocupación de que la actividad guerrillera de la nueva izquierda, sobre todo en su versión alemana, no consistía en la lucha contra el nazismo que todo el mundo en la nueva izquierda había pretendido siempre. Era una sospecha de que, más allá de cierta horrible dialéctica de la historia, una cantidad sustancial de izquierdistas alemanes habían terminado imitando a los nazis en vez de oponerse a ellos; habían terminado intoxicándose con sueños de un mundo mejor que estaba por venir, pero sin hacer más que disponerse a matar a judíos de forma aleatoria: una historia ya de sobra conocida.⁴⁰

Sábado, 1 de abril de 1978, Beirut, Líbano

Oficiales palestinos asombraron al mundo al anunciar la muerte de Wadie Haddad, el «padrino» de cincuenta años del terrorismo internacional, cerebro de los secuestros de Entebbe y enemigo número uno de Israel. Según tres periódicos de Beirut, Haddad había fallecido de una «enfermedad incurable» —se pensaba que leucemia— en una clínica de Berlín Oriental el martes, 28 de marzo. Sin embargo, el FPLP de George Habash contradecía dicha afirmación y aseguraba que Haddad había muerto en un país árabe anónimo y había «adquirido estatus de mártir», una frase raramente utilizada para una muerte por enfermedad. Según un portavoz del FPLP: «Solo puedo decir que no murió en Beirut. No puedo decir ahora dónde ni por qué murió». Después de una primera declaración según la cual a Haddad lo enterrarían en Beirut, el comando del FPLP se desdijo: llevarían el cuerpo en avión hasta Bagdad para su sepelio el lunes, 2 de abril.

Habash viajó a Bagdad para acudir al funeral de su antiguo mano derecha y declaró en el aeropuerto: «Hemos venido a Bagdad a asistir a un acontecimiento triste, esto es, la conversión en mártir del doctor Wadie Haddad, uno de quienes lucharon contra el imperialismo y el sionismo». Afirmando que él mismo continuaría «el avance de la lucha por la causa árabe por la que ha muerto Haddad».⁴¹

Shigenobu Fusako, líder del Ejército Rojo Japonés y protegido de la gente de Haddad, añadió: «Ponía un cuidado extremo en todos los detalles. Era un maniático del secretismo más absoluto. Con él, el riesgo de error desaparecía. Engañó a muchos servicios secretos, sobre todo al Mossad. Aún hoy, incluso después de su muerte, sigue siendo nuestro maestro y nuestro modelo».⁴²

En aquel momento, muchos sospecharon de la implicación israelí en la muerte de Haddad. Dicha implicación recibió mayor credibilidad en 2006 con la publicación del libro *Striking Back*, de Aaron J. Klein. Tras descubrir la pasión de Haddad por el buen chocolate, afirma Klein, el Mossad dispuso el envío de una caja de bombones belgas envenenados. Haddad murió varios meses después, sin que los médicos fuesen capaces de diagnosticar su enfermedad. En un segundo libro del académico estadounidense Ami Pedahzur se ofrecen más detalles. Según Pedahzur, los pralinés belgas iban inyectados «con una sustancia biológica mortal» que se había desarrollado en el Instituto de Investigación Biológica de Ness Ziona, en el centro de Israel. Tras ingerirlos, «el fornido Haddad empezó a perder kilos» y las pruebas demostraban que su «sistema inmunológico había colapsado». Con una enorme agonía, siguió deteriorándose hasta que al final murió.⁴³

El Mossad había intentado matar muchas veces a Haddad, redoblando sus esfuerzos tras el secuestro del vuelo 139, y había fracasado en todas. En esa ocasión, por fin le echaron el guante.

Miércoles, 24 de mayo de 1978, Nairobi, Kenia

Una mañana de primavera de 1978, Bruce McKenzie subió a una avioneta pequeña Piper Aztec de dos motores en el Aeropuerto Wilson de Nairobi para hacer el corto recorrido hasta Entebbe. Acompañado por dos empresarios, Keith Savage y Gavin Whitelaw, iba a reunirse con el presidente Idi Amin en la Casa del Estado para debatir sobre un acuerdo armamentístico y las malas relaciones existentes entre Kenia y Uganda. Dado que McKenzie era en parte responsable de esas relaciones congeladas —tras haber desempeñado un papel clave para convencer a los jefes de la seguridad keniana de que permitiesen a los aviones israelíes repostar en Nairobi en 1976—, resulta extraño que estuviese dispuesto a buscar conflictos metiéndose en la boca del lobo.⁴⁴

Aun así, McKenzie nunca había confesado su papel en el asalto y estaba convencido de que su estatus semioficial como asesor fiable del presidente Jomo Kenyatta, además de su labor en el suministro a Uganda de equipamiento militar, lo protegerían del asesinato. McKenzie era director de Wilken Communications Ltd. en Nairobi, una empresa propiedad de Keith Savage que, entre otras cosas, distribuía equipos de radio para la empresa de telecomunicaciones británica Pye. Uno de los mayores clientes de Wilken en Uganda era la temida policía secreta de Amin, el Centro de Investigación Estatal, que en agosto de 1977 había pedido unos sofisticados sistemas de radioteléfono de Pye por valor de 44.500 libras. A continuación, llegaron más pedidos de radios, barcos y vehículos, pero para entonces la economía de Uganda iba en caída libre, y Amin estaba luchando por pagar a sus acreedores. Fue en parte para exigir el pago de facturas adeudadas y en parte para animar el establecimiento de nuevos negocios, por lo que McKenzie y Savage

volaron a Entebbe el 24 de mayo de 1978.⁴⁵ El otro motivo que tenía McKenzie para hacer ese viaje, según Charles Njonjo, era político: «Quería ver lo que podía sacarle a Amin en interés de Kenia. Sabía que en esa época estábamos intentando cultivar la relación con Amin».⁴⁶

Poco antes de su partida de Inglaterra a Kenia en marzo de 1978, McKenzie invitó al periodista y amigo Chapman Pincher a su casa en Surrey y le habló de su próximo viaje a Uganda. Pincher se sorprendió y le advirtió a McKenzie de que «Amin quizá se vengase por el papel que él había desempeñado en el asalto de Entebbe». Pero McKenzie no se iba a dejar disuadir. Le explicó que ya había hecho un viaje a Uganda y no había pasado nada.

—No entiendes la mente africana como yo —le dijo McKenzie—. Estoy convencido de que Amin quiere reparar su reputación en Occidente y por eso deberías venir conmigo a entrevistarlo y a informar sobre las pruebas de sus buenas intenciones.

Pincher negó con la cabeza.

—No me hace falta recordarte que yo también estoy en su lista negra porque dejé expuesto, con la ayuda del Mossad, su monstruoso papel en el secuestro.

McKenzie insistió en que ninguno de ellos estaba en peligro alguno y, muy en contra de su mejor juicio, al final Pincher aceptó acompañarlo. Sin embargo, en el último momento, un empresario británico llamado Gavin Whitelaw convenció a McKenzie de que debía ir él en vez de Pincher, porque tenía una propuesta comercial que plantearle a Amin. El viaje de Pincher se pospuso.⁴⁷

Tras aterrizar en Entebbe el 24 de mayo, McKenzie, Savage y Whitelaw fueron conducidos a la cercana Casa del Estado, donde mantuvieron charlas «amistosas» con Amin. Sin embargo, de vuelta en el aeropuerto, les dijeron que el avión no podía despegar hasta que los coches de Amin llegasen con un regalo para McKenzie. Así que esperaron, y McKenzie invirtió ese tiempo en llamar a su esposa, Christina, para quejarse por el retraso. Christina pensaba que su esposo estaba «chiflado» por regresar a Uganda, pero no le preocupaba excesivamente.⁴⁸

Al fin, un coche se detuvo cerca y le entregaron a McKenzie el regalo de Amin: una cabeza de león disecada. McKenzie la subió a bordo del Piper Aztec, que despegó a las 16.19 con un piloto y tres pasajeros. Durante los siguientes cuarenta minutos, el piloto se puso en contacto tres veces con la torre de control del Aeropuerto Wilson de Nairobi, la última, a las 17.58. La avioneta tenía previsto aterrizar a las 18.15, pero esa hora llegó y pasó. El aparato se había estrellado en los montes de Ngong, sin supervivientes. La explicación más plausible es que el regalo de Amin, la cabeza de león, llevase dentro una bomba con temporizador. Fue la conclusión a la que llegaron los servicios de inteligencia keniatas, los buenos amigos de McKenzie —Charles Njonjo y Champan Pincher— y también su esposa, Christina, que quedó viuda con dos hijos pequeños.⁴⁹

Líderes mundiales de todo el globo enviaron cartas de condolencia, incluidos Jim Callaghan, el sah de Irán, el Aga Khan e Isaac Rabin. Los israelíes ya habían reconocido el servicio que les prestó McKenzie durante el asalto concediéndole la medalla especial que les dieron a los participantes de la Operación Yonatan. Tras la muerte de McKenzie, el entonces director del Mossad, Meir Amit, dispuso que se plantase un bosque en Israel en su memoria y con su nombre.

Miércoles, 11 de abril de 1979, Kampala, Uganda

Los pecados de Idi Amin por fin le pasaron factura en la primavera de 1979, cuando su capital cayó ante los rebeldes ugandeses y las tropas del Ejército de Tanzania, y se vio obligado a huir en helicóptero. En primer lugar, acudió al norte del país, luego a Libia y al final a Yeda, en Arabia Saudí, donde el rey Khaled le había ofrecido asilo y una pensión generosa. Vivió en Yeda con parte de su familia hasta que murió en 2003 por un fallo renal.

La humillación del asalto a Entebbe había sido para Amin el principio del fin, ya que hizo tambalear el mito de su poder militar. En un intento de apuntalar su autoridad en ruinas, arremetió «contra quienes tenía una mínima queja, por mínima que fuese», como el arzobispo anglicano Janani Luwum y dos miembros de su gabinete.⁵⁰ Sus asesinatos a principios de 1977 —y la persecución de las tribus langi y ocholi, ambas acusadas por Amin de ayudar a los israelíes en Entebbe— fueron los detonantes de la deserción de Henry Kyemba y de varios otros ministros del Gobierno. Al poco de llegar a Inglaterra en mayo de 1977, Kyemba publicó un libro sobre el brutal régimen de Amin, *Un Estado sangriento*, en el que acusaba al dictador de orquestar el asesinato de más de cien mil ugandeses. Los apoyos de Amin menguaban.

En noviembre de 1978, tropas leales al vicepresidente, el general Mustafa Adrisi, se amotinaron en el sur del país. La insurrección fracasó y los supervivientes huyeron cruzando la frontera de Tanzania, lo que llevó a Amin a acusar a Julius Nyerere, el presidente de ese país, de incitar a sus soldados. Ese fue el pretexto que usó el Ejército de Amin para invadir Tanzania y anexionarse la disputada región de Kagera. No obstante, en enero de 1979, el ejército de Nyerere contraatacó y, con el apoyo de varios grupos rebeldes ugandeses, hizo retroceder a las tropas de Amin de vuelta a Kampala y más allá.

Seis semanas después de huir Amin de la capital, los restos de Dora Bloch fueron exhumados de su tumba poco profunda cerca de la carretera de Jinja e identificados como suyos por un patólogo forense israelí, que usó una radiografía de la columna.⁵¹ Los llevaron de vuelta a Israel en avión y los volvieron a enterrar en un funeral de Estado en Jerusalén al que asistió el presidente, Isaac Navon, el 5 de junio de 1979.

Miércoles, 31 de diciembre de 1980, Nairobi, Kenia

Mientras las celebraciones de Nochevieja alcanzaban su apogeo en el salón comedor del famoso Norfolk Hotel de Nairobi, una bomba explotó en una habitación de arriba, haciendo que el techo cayese sobre los celebrantes. Más de veinte personas murieron y ochenta resultaron heridas.

El hombre responsable de colocar la bomba fue Qaddura Mohammed Abdel al-Hamid, un marroquí de treinta y cuatro años, miembro del FPLP, que había dejado el hotel siete horas antes y había cogido un avión a Arabia Saudí. El Norfolk fue el objetivo del ataque no solo porque era el hotel más famoso de Kenia y una parada frecuente entre turistas extranjeros, sino también porque formaba parte del grupo de hoteles Bloch, de propiedad israelí (sin vinculación alguna con Dora Bloch). La destrucción parcial del Norfolk, por tanto, fue un ataque contra Kenia y contra Israel, y supuso el acto final de venganza por el asalto de Entebbe.⁵²

EPÍLOGO

El legado inmediato de la Operación Rayo fue doble: animó a más Gobiernos occidentales a llegar a la conclusión de que la respuesta política correcta a una situación de toma de rehenes no era negociar con los terroristas, sino, por el contrario, lanzar un contragolpe militar si era posible; y, a su vez, eso llevó a países como Francia y Estados Unidos a establecer unidades especiales contra el terrorismo. Alemania Occidental ya había creado la suya, a raíz del intento chapucero de rescatar a los atletas israelíes hechos rehenes durante las Olimpiadas de Múnich de 1972; esa nueva unidad, la GSG-9, se inspiró en la Operación Rayo para asaltar un Boeing 737 de Lufthansa secuestrado en el aeropuerto de Mogadiscio en 1977. Tres años más tarde, el SAS británico acabó con el sitio de la Embajada de Irán matando a cinco terroristas y rescatando a todos los rehenes, salvo a uno.

El secuestro de Lufthansa estaba directamente conectado con Entebbe en el sentido de que los cuatro terroristas del FPLP-ME —dos palestinos y dos libaneses— se hacían llamar «Comando Mártir Halime» en honor de su compañera caída, Brigitte Kuhlmann. En Aden, en ruta hacia Somalia, los secuestradores dispararon a uno de los pilotos alemanes. Tras aterrizar en Somalia, exigieron la liberación de diez terroristas de la Rote Armee Fraktion (incluidos los líderes Andreas Baader, Gudrun Ensslin y Jan-Carl Raspe) y de dos palestinos encarcelados en Turquía.

La respuesta del Gobierno alemán fue ordenar que sus comandos GSG-9 asaltaran el avión el 18 de octubre. Durante el ataque a manos de los comandos (acompañados, según algunos informes, de al menos un soldado del SAS adjunto al GSG-9), tres de los terroristas murieron y el otro resultó herido y capturado; los ochenta y seis pasajeros restantes y la tripulación fueron rescatados, aunque cuatro salieron levemente heridos. El éxito de la Operación Fuego Mágico provocó que el Gobierno alemán anunciase el fin de las negociaciones con terroristas. Convencidos ya de que nunca saldrían liberados de la cárcel, Baader, Ensslin y Raspe se suicidaron.

En cualquier caso, ni en esa ni en la posterior operación del SAS en Londres, los equipos de asalto y rescate operaban en territorio hostil (el GSG-9, por ejemplo, obtuvo el permiso del Gobierno somalí para acometer el asalto). Cuando la Delta Force del Ejército estadounidense trató de hacer algo similar en abril de 1980 con la Operación Garra de Águila —el intento de rescatar a los cincuenta y dos rehenes de la Embajada estadounidense en Teherán, otra misión inspirada en el éxito israelí en Entebbe—, la historia terminó en un fracaso humillante: la pérdida de siete aeronaves

(incluido un Hercules C-130), ocho militares muertos y ningún rehén rescatado. Jimmy Carter, el presidente de Estados Unidos, atribuiría más tarde su derrota en las elecciones presidenciales de ese año a la misión abortada.

La Delta Force la había creado, a raíz de Entebbe, el coronel y veterano de Vietnam Charles Beckwith —que entonces comandaba la Special Forces School en Fort Bragg— con el objetivo de establecer «un equipo pequeño y escogido con una alta formación y un equipamiento especial, y capaz de enfrentarse y derrotar a terroristas antes de que estos lograsen atacar activos estadounidenses». Beckwith había estado destinado en el SAS británico y usó esa experiencia como inspiración y modelo para la nueva unidad.¹

El fracaso de la Operación Garra de Águila se atribuyó en el informe posterior a unas condiciones climáticas adversas y a un fallo mecánico, y no se achacaba ninguna culpa a Beckwith ni a la Delta Force.² Pese a ese revés, la mayoría de los Gobiernos occidentales han seguido negándose a negociar con terroristas, y después de Mogadiscio, los palestinos no volvieron a intentar secuestrar aviones europeos, israelíes o estadounidenses. La Operación Rayo sigue siendo el primer —y se puede decir que el más exitoso— contraataque en la larga guerra de Occidente contra el terror.

En su libro de 1995 sobre la teoría y la práctica de las operaciones especiales, el coronel Bill McRaven —que más tarde sería el cerebro de la exitosa misión de Estados Unidos para matar a Osama Bin Laden— describía el asalto de Entebbe como «la mejor ilustración de la teoría de las operaciones especiales expuesta hasta el momento».³ El mejor resumen del extraordinario impacto dejado por el asalto, tanto entonces como ahora, lo escribió en 2000 Max Hastings, el historiador militar y periodista británico: «En un mundo de tragedias y frustraciones, pocas personas lo bastante mayores como para tener en cuenta ese suceso han olvidado el enorme impulso que nos dio ese día. El terror no era invencible. Se podía luchar contra la atrocidad y vencerla. Pero solo los israelíes, y eso lo reconoció el mundo entero, podrían haber demostrado la audacia y la brillantez de lanzar y ejecutar una operación como esa, a medio continente de su casa». Y añadía:

Yo me encontraba en Nueva York para cubrir el bicentenario. Vi la euforia que reinaba en todas las cadenas de televisión esa mañana, mientras la noticia de Entebbe vertía alegría en la excitación de la celebración nacional estadounidense [...]. En retrospectiva, ese día podría percibirse también como el máximo nivel alcanzado por el prestigio de Israel en el mundo, como bastión de los valores occidentales en Oriente Medio y como una fuerza en busca de la justicia y la libertad. *A posteriori*, entre el creciente rencor de la diplomacia fracasada, la brutal represión de la disidencia palestina y la invasión del Líbano, la opinión mundial se fue apartando lentamente del apoyo a las políticas de Israel. Sin embargo, el recuerdo del 4 de julio de 1976 merece conservarse, por ser una de las grandes hazañas armadas en una causa humanitaria desde la Segunda Guerra Mundial.⁴

En Israel, por supuesto, el asalto se recuerda como uno de los momentos más grandes de su relativamente corta historia. En opinión de Ephraim Sneh, uno de los participantes, restauró el «orgullo y la autoconfianza» de Israel tras el «trauma de la

guerra del 73». Una victoria militar y moral tan «espectacular» permitió a los israelíes levantar bien las cabezas tras la «enorme humillación» de Yom Kipur. «Partimos de menos diez y terminamos en más veinte.»⁵

Muchos de los altos oficiales que formaron parte del asalto han disfrutado de carreras militares y políticas de éxito: Dan Shomron terminó convirtiéndose en jefe del Estado Mayor de las FDI y murió en 2008; Matan Vilnai fue nombrado subjefe del Estado Mayor, ministro en varios gobiernos laboristas —viceministro de Defensa también—, y más tarde embajador de Israel en China; Ephraim Sneh ascendió a general de brigada y también fue miembro de varios Gobiernos laboristas.

Pese a no haber participado en el asalto en sí, Ehud Barak desempeñó un papel crucial en la planificación de la operación y en las negociaciones secretas con los keniatas. Desde entonces, su carrera fue meteórica. Primero lo ascendieron a la cúpula de las FDI, sustituyendo a Shomron como jefe del Estado Mayor en 1991. Después, en 1995, se integró en el último gobierno laborista de Isaac Rabin como ministro de Interior. Tras el asesinato de Rabin en noviembre de 1995 —a manos de un judío ultranacionalista que se oponía a la firma por parte del primer ministro de los Acuerdos de Paz de Oslo que crearon la Autoridad Palestina en Cisjordania y la Franja de Gaza—, Barak fue ascendido a ministro de Defensa y posteriormente sirvió como ministro de Asuntos Exteriores y primer ministro (1999-2001). Se retiró de la política en 2012.

No todo el mundo ligado al asalto prosperó. El paracaidista Surin Hershko se quedó parapléjico como resultado de su herida en la médula espinal y solo puede escribir en un ordenador usando una paja alargada que manipula con la boca. En 2001, año del vigésimo quinto aniversario del asalto, el primer ministro Ariel Sharon le concedió una medalla especial para conmemorar el asalto y declaró:

Actualmente, mientras nos hallamos en mitad de una batalla en curso contra el terrorismo, la violencia y la incitación, haciendo además un esfuerzo nacional conjunto para regresar a las negociaciones políticas sin armas, debemos reavivar el espíritu de esa operación. El secreto de nuestra fuerza reside en ese espíritu y en la fe, y si aprendemos a renovarlo, seremos capaces de afrontar todos los desafíos que aún quedan por delante.⁶

Para quienes perdieron a seres queridos durante el asalto y después —en especial, las familias de las víctimas en gran medida olvidadas, Jean-Jacques Mimouni, Pasco Cohen e Ida Borochoovich—, esos aniversarios son un doloroso recuerdo de su pena. Tal y como explicaba Jonathan Khayat, el sobrino de Jean-Jacques, en un documental en 2012: «Esta operación espectacular, aclamada como una de las más brillantes en la historia militar, puso punto final al secuestro de aviones como un método por parte de los grupos palestinos de imponer sus exigencias a Israel. No obstante, la luz siempre arroja sombra. Esta operación también acabó con la vida de mi tío Jean-Jacques Mimouni, de diecinueve años».

Kobi Cohen, que estaba presente cuando su padre, Pasco, resultó herido de muerte, añadía: «Nuestra liberación provocó una enorme celebración y todo el mundo estaba de lo más eufórico. “¿Cómo lo han hecho las FDI?” [...]. En mitad de una celebración así es complicado interrumpir y decir: “Hay gente muerta. Tenemos víctimas”. Eso podría estropear la alegría, contaminar el ambiente, y tuvimos la sensación real de que se habían olvidado de mi padre, y de que se habían olvidado de Jean-Jacques Mimouni».⁷

La mayoría de los israelíes están comprensiblemente orgullosos de lo que lograron sus soldados en Entebbe. Pero ¿son conscientes de las consecuencias políticas a largo plazo de ese asalto? ¿Hizo esa operación menos probable la paz con los árabes palestinos, porque convenció a los líderes políticos de Israel —y al pueblo en general— de que sus servicios de inteligencia y sus soldados podrían lidiar con cualquier amenaza para su seguridad? ¿Complicó aún más para los políticos israelíes la tarea de imponer los compromisos exigidos para la paz? ¿Acaso el orgullo y la confianza extremos que acompañan al éxito militar acaban siempre en una arrogancia desmedida, como le ocurrió al Ejército estadounidense en Vietnam e Irak, y a los israelíes en el Líbano en 2006?

Existen opiniones divididas al respecto, incluso dentro de las propias familias de antiguos rehenes. Claude Rosenkovitch afirma: «Tuvo un doble filo. Nos salvaron, pero para Israel fue algo malo. Le restó posibilidades a la paz. Desde entonces, llevamos todo el tiempo hablando de Entebbe y de lo exitoso que fue aquello».

Su esposa, Emma, disiente: «No pensamos eso cuando el proceso de paz de Oslo estaba en marcha en 1993. Los árabes quizá estuviesen preparados para alcanzar la paz precisamente gracias a Entebbe. Lo que ocurrió después de la muerte de Rabin es otra historia».⁸

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

Archivos

Archivo BStU (Comisionado Federal para los Registros de la Stasi), Berlín, Alemania, Politisches Archiv de la Auswärtiges Amt (Archivo Político de la Oficina de Exteriores Federal), Berlín, Alemania.
Archivos de las FDI y Defensa, Tel Aviv, Israel.
The National Archives (Archivos Nacionales), Londres, Reino Unido.
US State Department Archives (Archivos del Departamento de Estado de Estados Unidos), Washington, Estados Unidos.

Documentos privados

Doctor coronel (jubilado) Zeev Drory.

LIBROS

ABU-SHARIF, BASSAM y MAHNAIMI, UZI, *Best of Enemies*, Nueva York, 1995.
AVNER, YEHUDA, *The Prime Ministers: An Intimate Narrative of Israeli Leadership*, New Milford, Connecticut, 2010.
BENEDIKT, LINDA, *Yitzhak Rabin: The Battle for Peace*, Londres, 2005.
BEN-PORAT, YESHAYAHU, HABER, EITAN y SCHIFF, ZEEV, *Entebbe Rescue*, Nueva York, 1976 (edición en rústica consultada: 1977) .
BERMAN, PAUL, *Power and the Idealists: Or, the Passion of Joschka Fischer and its Aftermath*, Nueva York, 2007.
BETSER, CORONEL MUKI, *Secret Soldier: The Incredible True Story of Israel's Greatest Commando*, 1996 (edición en rústica consultada: Londres, 1997).
CROSLAND, SUSAN, *Tony Crosland*, Londres, 1982.
DUNSTAN, SIMON, *Israel's Lightning Strike: The Raid on Entebbe 1976*, Oxford, 2009.
FOLLAIN, JOHN, *Jackal: The Secret Wars of Carlos the Jackal*, 1998 (edición en rústica consultada: Londres, 2004).
FREDERIKSEN, JOHN C., *Fighting Elites: A History of U.S. Special Forces*, Nueva York, 2011.
GOLDBERG, MICHEL, *Namesake*, 1982 (edición en rústica consultada: Londres, 1984).
HASTINGS, MAX, *Going to the Wars*, Londres, 2000.
HASTINGS, MAX, *Yoni: Hero of Entebbe*, Londres, 1979.
HEBDITCH, DAVID y CONNOR, KEN, *How to Stage a Military Coup: From Planning to Execution*, Londres, 2005.
HORNBY, CHARLES, *Kenya: A History since Independence*, Londres, 2011.
JEFFERYS, KEVIN, *Anthony Crosland*, Londres, 1999.
JONES, CLIVE y PETERSEN, TORE T. (eds.), *Israel's Clandestine Diplomacies*, Nueva York, 2013.
KISSINGER, HENRY, *Years of Renewal: The Concluding Volume of his Memoirs*, Nueva York, 1999.
KLEIN, AARON J., *Striking Back: The 1972 Munich Olympics Massacre and Israel's Deadly Response*, 2006.
KYEMBA, HENRY, *A State of Blood: The Inside Story of Idi Amin*, Nueva York, 1977.
MCRAVEN, WILLIAM H., *Spec Ops: Case Studies in Special Operations Warfare Theory and Practice*, Nueva York, 1995.
MOUFFLET, CLAUDE, *Otages à Kampala*, traducción del francés al inglés de Rachel Kenyon, París, 1976.
NETANYAHU, IDDO, *Yoni's Last Battle: The Rescue at Entebbe, 1976*, Jerusalén, 2013.

- NETANYAHU, IDDO, *Entebbe: A Defining Moment in the War on Terrorism*, Green Forest, Arkansas, 2003.
- NETANYAHU, JONATHAN, *The Letters of Jonathan Netanyahu*, Jerusalén, 2001.
- OFER, YEHUDA, *Operation Thunder: The Entebbe Raid – The Israelis' Own Story*, Londres, 1976.
- PEDAHZUR, AMI, *The Israeli Secret Services and the Struggle against Terrorism*, Nueva York, 2010.
- PERES, SIMÓN, *Battling for Peace: A Memoir*, Nueva York, 1995.
- PINCHER, CHAPMAN, *Dangerous to Know: A Life*, Londres, 2014.
- PINCHER, CHAPMAN, *Inside Story: A Documentary of the Pursuit of Power*, 1978 (edición en rústica consultada: Londres, 1981).
- RABIN, ISAAC, *The Rabin Memoirs*, 1979 (edición en rústica consultada: Berkeley, 1996).
- STEVENSON, WILLIAM, *90 Minutes at Entebbe: The First Full Inside Story of Operation Thunderbolt*, Nueva York, 1976.
- THOMAS, GORDON, *Gideon's Spies: Mossad's Secret Warriors*, Londres, 1999.
- WILLIAMS, LOUIS, «Combined Operations: Entebbe», en *The Israeli Defense Forces: A People's Army*, Nueva York, 1996.
- WILLIAMSON, TONY, *Counter Strike Entebbe*, Londres, 1976.

ARTÍCULOS Y OTROS

- AZOULAY, YUVAL, «IDF releases audio recordings from famed 1976 Entebbe rescue», *Haaretz*, 5 de mayo de 2008.
- BALING, JUDY LASH, «Remembering Entebbe», 3 de julio de 2001, en <http://www.jerusalemidiaries.com/article/6>
- BEN, EYAL, «Entebbe's unsung hero», *ynetnews.com*, 29 de abril de 2012.
- BERRIDGE, G. R., «The British Interests Section in Kampala, 1976–7», enero de 2012, <http://grberridge.diplomacy.edu>
- «Between Bonn and Entebbe», *Frankfurter Rundschau*, 6 de julio de 1976.
- «Bonn won't climb down: Terrorists stay imprisoned», *Die Welt*, 1 de julio de 1976, archivo BStU [Comisionado federal para los registros de la Stasi], Berlín, Mfs/HA IX/9979.
- Cohen on the Bridge*, 2012, cortometraje documental de animación escrito y dirigido por Andrew Wainrib.
- DERAI, LALY, «I owe my life to the IDF», *Hamodia*, n.º 11, junio de 2011.
- «Dispute between Uganda and Kenya», *Keesing's Record of World Events*, vol. 22, agosto de 1976.
- ELIASON, MARCUS, de Associated Press, «African Nations Condemn Israel's Hostage Rescue», *Abilene Reporter-News*, 6 de julio de 1976.
- «Entebbe hostages coming back home – 4 July 1976», metraje en directo de un equipo de grabación de las FDI, http://www.liveleak.com/view?i=4ae_1278267624
- «Entebbe Thirty Years On: Mancunian on Board», *Jewish Telegraph Online*, 2006, www.jewishtelegraph.com/enteb_2.html
- «Entebbe Thirty Years On: Through the Army's Eyes», *Jewish Telegraph Online*, 2006, www.jewishtelegraph.com/enteb_1.html
- FELDINGER, LAUREN GELFOND, «Through the Eyes of Hostages», *Jerusalem Post*, 29 de junio de 2006.
- «Freed Hostages Tell their Story», *Jewish Telegraphic Agency*, 1 de julio de 1976.
- «Great Britain severs diplomatic ties with Uganda», *San Bernardino County Sun*, 29 de julio de 1976.
- HAMERMAN, JOSH, «Battling against “the falsification of history”», *ynetnews.com*, 4 de febrero de 2007.
- HARRIMAN, ED, «The British connection», *New Scientist*, 10 de mayo de 1979, pp. 432-435.
- «Idi: After all I've done for Israel», *Jerusalem Post*, 5 de julio de 1976.
- «Israelis Honor Slain Commander», Associated Press, en *Abilene Reporter-News*, 7 de julio de 1976.
- JOSEPHS, JEREMY, «Michel Bacos: The Air France hero of Entebbe», *Jewish Chronicle*, 15 de junio de 2012.
- KAMAU, JOHN, «How Mossad threw Kenya into the line of terrorist fire», *Daily Nation*, 17 de enero de 2014.
- KAPLAN, DAVID E., «A historic hostage-taking revisited», *Jerusalem Post*, 3 de agosto de 2006, <http://www.jpost.com/Features/A-historic-hostage-taking-revisited>
- KARCHER, KATHARINA, «Sisters in Arms? Female Participation in Leftist Political Violence in the Federal Republic of Germany since 1970», tesis doctoral sin publicar, Universidad de Warwick, 2013.
- LAVIE, AVIV, «Surviving the myth», *Haaretz*, 31 de julio de 2003.
- LIPKIN-SHAKHAK, TAL, «The Forgotten Hero of Entebbe», suplemento del sábado del *Ma'ariv*, 16 de junio de 2006.
- Live or Die in Entebbe*, largometraje documental escrito y dirigido por Eyal Boers, Dynamic Flash Ltd, 2012.

- MELMAN, YOSSI, «Legendary Mossad operative behind some of spy agency's most daring operations dies at 87», *Jerusalem Post*, 22 de septiembre de 2014.
- MELMAN, YOSSI, «Setting the record straight: Entebbe was not Auschwitz», *Haaretz*, 8 de julio de 2011.
- MILLER, MOSHE, «Miracles at Entebbe», *Zman Magazine*, n.º 126, julio de 2012, p. 128.
- OCHAMI, DAVID, «Ugandan agents killed former Cabinet minister, says dossier», *Standard* (Nairobi), 23 de enero de 2013.
- «Operation Entebbe Protocols revealed», *Ynet Magazine*, 11 de mayo de 2010, <http://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-3980051,00.html>
- RABINOWITZ, NANCY Y PETER, «Fifty-two Hundred and Ninety Minutes at Entebbe: The Paradoxes of Terror», *Syracuse Guide*, octubre de 1976, p. 17.
- «Rescue at Entebbe: An Interview with the Chief Pilot», blog de las FDI, 5 de julio de 2012, www.idfblog.com/2012/07/05/rescue-at-entebbe-an-interview-with-the-chief-pilot/
- «Revealed General Yekutiel “Kuti” Adam, Operation Entebbe Commander Voice», traducción del hebreo al inglés de Karen Gilbert, https://www.youtube.com/watch?v=ZnCLKX_GSXw
- SHUSTER, ALVIN, «It's O.K., You're Going Home», *New York Times*, 5 de julio de 1976.
- Situation Critical: Assault on Entebbe*, canal National Geographic, 12 de junio de 2007.
- «Terrorism's Godfather Is Dead», reportaje de Associated Press, *Santa Cruz Sentinel*, 2 de abril de 1978.
- «Two West Germans Sentenced for 1976 Plot to Shoot Down Israeli Airliner», *Jewish Telegraph Agency*, 14 de septiembre de 1979, <http://www.jta.org/1979/09/14/archive/two-west-germans-sentenced-for-1976-plot-to-shoot-down-israeli-airliner>
- VERKAIK, ROBERT, «Revealed: The fate of Idi Amin's hijack victim», *Independent*, 13 de febrero de 2007.

AGRADECIMIENTOS

Pese a tener solo diez años en aquel momento, recuerdo el sábado 3 de julio de 1976 como si fuese ayer. Como entusiasta del tenis que era, estaba sentado, paralizado, mientras un joven y nada atractivo Björn Borg le hacía frente a Ilie Nastase, el *enfant terrible* del partido, y lo derrotaba en sets consecutivos para ganar el primero de sus cinco títulos seguidos individuales masculinos sobre las pistas de hierba tostada por el sol, en el All England Club de Wimbledon. Poseído por ese espectacular suceso deportivo, no era consciente —como tampoco el resto del mundo lo era— de que el drama de una semana del secuestro en el aeropuerto de Entebbe, Uganda, estaba a punto de tener una conclusión, repentina y violenta, por unos aviones israelíes que volaban al sur desde Sharm el-Sheij, en el Sinaí, cargados con comandos que asaltarían la terminal antigua esa noche, matarían a todos los terroristas y rescatarían a la gran mayoría de los alrededor de cien rehenes en la operación de fuerzas especiales más audaz de la historia.

Quizá al día siguiente oyese mencionar el asalto en los informativos de la televisión y la radio, junto con los relatos sobre el millón de ciudadanos estadounidenses reunidos en las calles de Washington para celebrar los doscientos años de independencia del dominio británico. Sin embargo, para el lunes 5 de julio, solo había una historia que importase en la prensa británica: ISRAEL SE REGOCIJA EN EL ÉXITO DEL ASALTO PARA LIBERAR A LOS REHENES DE ENTEBBE era el titular de primera plana en *The Times*.

Fue una noticia internacional de gran calibre y, a los pocos meses, había inspirado tres libros escritos con prisas —todos a manos de periodistas— y tres largometrajes, entre ellos, *Victoria en Entebbe*, protagonizado por Anthony Hopkins, Burt Lancaster y Elizabeth Taylor. Más libros siguieron con el paso de los años, aunque ninguno ofrecía una historia adecuada desde la perspectiva de todos los implicados: rehenes, rescatadores, políticos, diplomáticos, periodistas y terroristas (de quienes se sabía notablemente poco). La chispa que despertó mi interés personal por investigar y contar una misión antiterrorista tan espectacular —después de muchos años redactando historias militares más convencionales— fue un correo electrónico de dos frases que recibí de mi agente: «En 2016 se cumplen cuarenta años del asalto en Entebbe. ¿Valdría la pena darle una vuelta? Es solo una idea...».

Mi reacción inicial fue positiva, pero cauta. «Sí, no es mala idea. Puedo ir a Israel a entrevistar a los supervivientes.» Cuanto más leía sobre el tema, más crecía mi entusiasmo. Buscaba intentar hacer algo nuevo y, por lo que podía ver, la historia aún no se había contado de un modo adecuado. Decidí escribirla desarrollándola en

tiempo real, moviendo la narración desde la sofocante terminal antigua de Entebbe, donde estaban retenidos los rehenes, hasta las salas de gabinete de los Gobiernos implicados (sobre todo, Israel), las casas de las familias de los rehenes, los cuarteles de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI), el aeropuerto de París donde interrogaron a los rehenes liberados, las bases de los soldados elegidos como punta de lanza de la fuerza de rescate y, por último, los aviones Hercules C-130 que se utilizaron para transportar a la fuerza de rescate a Entebbe. La intención era transmitir la insoportable tensión sufrida por todos los implicados mientras las agujas del reloj avanzaban hacia el desenlace último y sangriento. Siempre que me ha sido posible, he utilizado los diálogos extraídos de diarios, memorias, biografías y cintas grabadas. En el caso de aquellos pedazos ocasionales de la historia sin diálogos registrados —o no descubiertos aún—, me he ocupado de elaborarlos por mi cuenta, sirviéndome de relatos más generales sobre la reunión o conversación en cuestión, así como de mi propio análisis sobre las personalidades implicadas, sus motivaciones y el tipo de lenguaje que solían utilizar. El resultado es, espero, una historia excitante y certera con una labor de investigación exhaustiva detrás, pero que aun así se lee más bien como una novela que como un texto de historia tradicional.

Dedico un agradecimiento especial a los participantes —soldados y políticos israelíes, rehenes, un miembro clave del Gobierno keniano y un antiguo terrorista— que compartieron conmigo sus recuerdos de esa semana traumática y el periodo que la siguió: Muki Betser, Amnon Biran, Olivier Cojot-Goldberg, Stéphane Cojot-Goldberg, Amos Eiran, Ilan Hartuv, Akiva Laxer, Uri Lubrani, Christina McKenzie, Martine Mimouni-Arnold, Charles Njonjo, Nancy Rabinowitz, Peter Rabinowitz, Emma Rosenkovitch, Claude Rosenkovitch, Dany Saadon, Gerd Schnepel, Ephraim Sneh, Noam Tamir y Louis Williams.

De entre la mucha otra gente que contribuyó en modos vitales al libro —aportando detalles de contacto, organizando entrevistas, buscando y traduciendo documentos, recomendando áreas de investigación, respondiendo a preguntas sobre la historia y las personalidades implicadas, y leyendo el manuscrito—, quisiera dar las gracias a Rachel Kenyon (mi magnífica traductora del francés), Hester Abrams, Rebecca Abrams, Massoud Alikhani, Eyal Boers, Tim Butcher, Juliet David, Uri Dromi, el doctor y coronel (jubilado) Zeev Drory, Aliza Eshed, Matthew Fox, Karen Gilbert, Holly Harwood, Yaakov Havakook, Jonathan Khayat, Damien Lewis, Kevin Maxwell, S. H. Neumark, Reuven Merhav, Yossi Melman, Jakob Schäfer, Andrew Sharpe, Fiona Sharpe, Dominic Sutherland y Michal Wulkan.

Agradezco a Ben Fallin el permiso para incluir detalles previamente no revelados, documentos y fotos del asalto en su posesión; y la autorización de cita a Penguin Random House, por *Battling for Peace*, de Simón Peres; a Sir Max Hastings, por *Yoni: Hero of Entebbe* y *Going to the Wars*; a Louis Williams, por *The Israeli Defense Forces*; a Katharina Karcher, por «Sisters in Arms? Female Participation in Leftist Political Violence in the Federal Republic of Germany since 1970» (su tesis

doctoral sin publicar); y a Olivier, Stéphane, Yael Cojot-Goldberg y David Franck, por *Namesake*, el libro de su padre, Michel Goldberg. Les estoy asimismo agradecido al doctor Zeev Drory, del Kinneret Center on Peace, Security and Society in Memory of Dan Shomron, por el permiso concedido para utilizar documentos y fotos propiedad del centro; y a Eyal Boers, por permitirme utilizar extractos de su excelente y conmovedor documental, *Live or Die in Entebbe*. He procurado, sin éxito, ponerme en contacto con otros propietarios de derechos de autor para solicitarles el permiso de incluir material sacado de sus libros. Les instaría a que me escribiesen.

Los derechos de este libro los adquirieron como una aventura conjunta Rupert Lancaster, de Hodder, Reino Unido, y Geoff Shandler, de Little, Brown, en Estados Unidos. Gracias a los dos por su apoyo, y a Rupert por su intuitiva labor de edición. Por desgracia, Geoff no logró ver el libro terminado y publicado, pero Vanessa Mobley, mi editora ejecutiva en Little, Brown, ocupó ese vacío con entusiasmo y experiencia. Tanto Rupert como Vanessa han contado con la ayuda de unos equipos de primera clase: Maddy Price, Leni Lawrence, Juliet Brightmore y Peter James, en el Reino Unido; y Morgan Moroney, Daniel Jackson, Lisa Erickson y Meghan Deans, en Estados Unidos.

Siempre tengo buenas razones para darle las gracias a mi agente, Peter Robinson (y a su maravillosa ayudante, Federica Leonardis), aunque esta vez más que nunca: él tuvo la idea; desempeñó un papel clave en la preparación de la propuesta y del manuscrito; y luego tuvo la fe suficiente para apostar por ello ante el agente cinematográfico Matthew Bates, quien de inmediato vendió una opción de compra a la compañía cinematográfica StudioCanal (que actualmente está elaborando el guion sobre el asalto a Entebbe junto a Working Title). Lo único que Peter no ha hecho ha sido escribir el libro.

Mi esposa, Louise, y mis hijas, Nell, Tamar y Natasha, han mostrado más entusiasmo por este libro que por ninguno de los anteriores, incluidos los que les dediqué a ellas. Quisiera creer que se debe a que la historia engloba muchísimos aspectos buenos sobre el espíritu humano —fortaleza, excelencia bajo presión y coraje (moral y físico)— y a que muchos de los implicados tuvieron un final feliz. Sin embargo, la razón principal, sospecho, es que mencioné tontamente la ligera posibilidad de una alfombra roja y un estreno cinematográfico. Iluso de mí.



Soldados de la Sayeret Matkal (la Unidad) de élite en el lecho seco de un río del desierto del Néguev en 1960. Ehud Barak, futuro comandante de la Unidad y primer ministro de Israel, aparece sentado a la izquierda, con una gorra.

© Israel Sun/REX.



Soldados de la Unidad practican la entrada a una casa en 1971. Bibi Netanyahu, hermano de Yoni y futuro primer ministro de Israel, aparece a la derecha.

Cortesía de la Colección Nacional de Fotografía, Oficina de Prensa del Gobierno israelí.



El sangriento escenario posterior a la masacre del Aeropuerto de Lod, cuando tres miembros propalestinos del Ejército Rojo Japonés dispararon y mataron a veintiséis viajeros, en su mayoría, peregrinos cristianos de Puerto Rico, en 1972. Dos de los atacantes también murieron; el tercero, Kozo Okamoto, resultó herido y fue detenido.

© Israel Sun/REX.



Rehenes en estado de *shock* evacuados de un Boeing 707 secuestrado de Sabena Airways después de que los soldados de la Unidad asaltaran con éxito el avión en el Aeropuerto de Lod en 1972. El comandante de la Unidad, Ehud Barak (izquierda) va vestido con un mono blanco y lleva una pistola. A sus pies está uno de los dos terroristas muertos de Septiembre Negro.

Cortesía de la Colección Nacional de Fotografía, Oficina de Prensa del Gobierno israelí.



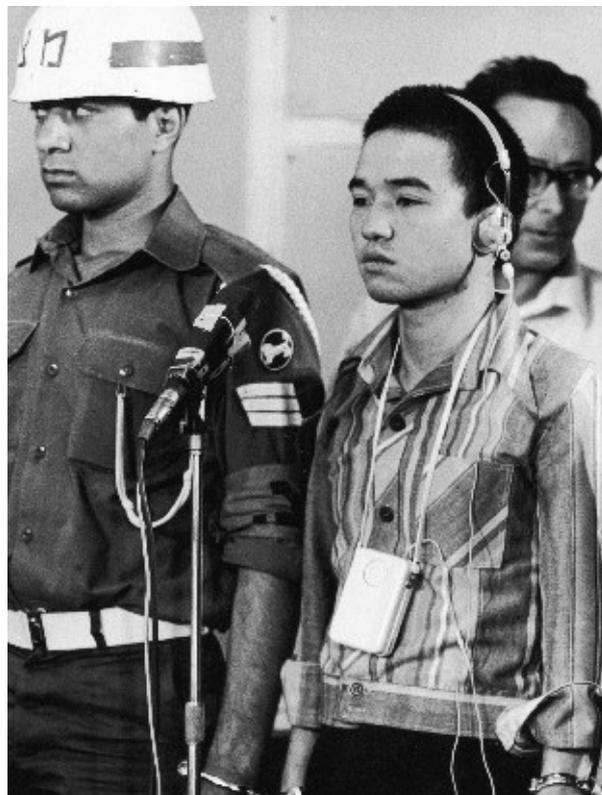
Brigitte Kuhlmann, cofundadora del grupo terrorista de izquierdas alemán Células Revolucionarias (CR) y una de los cuatro secuestradores del Air France. Algunos rehenes israelíes la consideraron una «nazi» cruel; su novio y terrorista compañero de las CR Gerd Schnepel insiste en que era «una persona amable, cariñosa y socialmente comprometida».

© Ruch/Ullstein bild a través de Getty Images.



Retrato policial de Wilfried Böse, o Boni, antiguo estudiante de Sociología que ayudó a crear las CR y fue el cabecilla de los secuestradores del Air France.

© AP/Press Association Images.



El terrorista del Ejército Rojo Japonés Kozo Okamoto escucha por unos auriculares su sentencia a cadena perpetua por participar en la masacre del Aeropuerto de Lod.



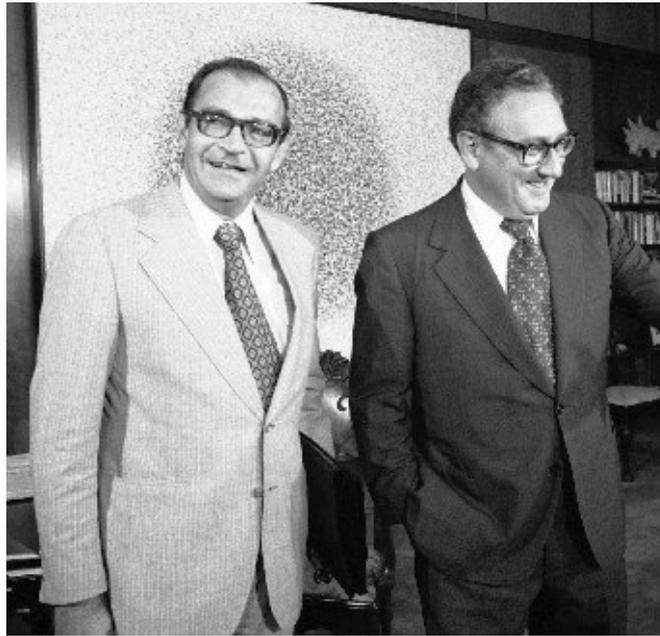
Parientes de los pasajeros israelíes del vuelo 139 de Air France llegan a la oficina en Tel Aviv del primer ministro israelí Isaac Rabin el jueves, 1 de julio de 1976, para exigir que el Gobierno libere a cuarenta «luchadores por la libertad», Okamoto entre ellos, a cambio de la vida de los rehenes.

© AP/Press Association Images. Foto de Max Nash.



El primer ministro israelí Isaac Rabin, sentado entre el jefe del Estado Mayor de las FDI Motta Gur (izquierda) y el ministro de Defensa Simón Peres.

© Getty Images/Keystone.



El secretario de Estado estadounidense Henry Kissinger (derecha) y el embajador israelí Simcha Dinitz en Washington, en 1975.

© AP/Press Association Images. Foto de Bob Daugherty.



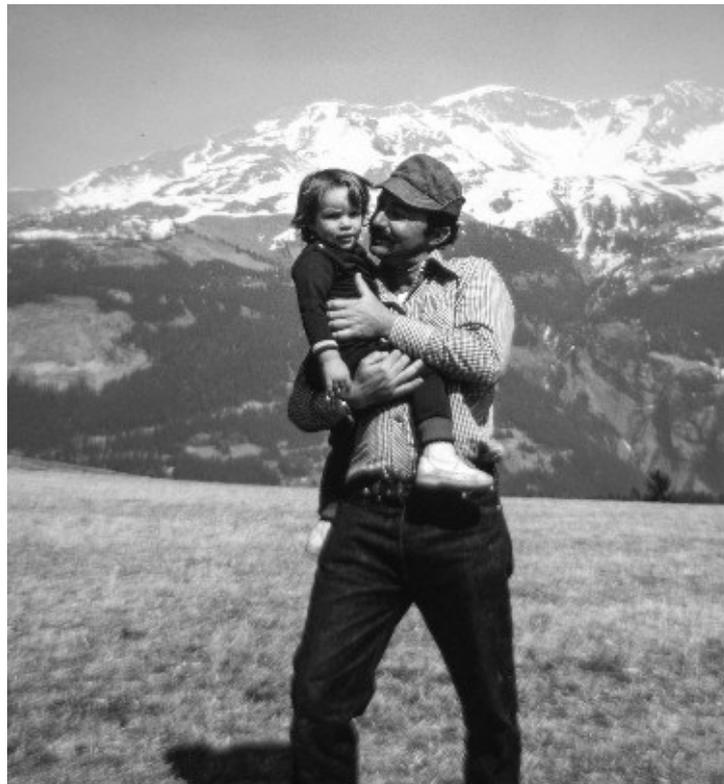
Moshe Dayan, antiguo jefe del Estado Mayor de las FDI y ministro de Defensa israelí. Peres quería enviar a Dayan a Entebbe para negociar con los secuestradores. Rabin vetó el plan porque, en caso de que lo capturasen, eso habría fortalecido «la mano de los chantajistas» y habría dejado al Gobierno «sin ningún margen de maniobra».

Doug Griffin/Toronto Star a través de Getty Images.



El canciller de Alemania Occidental Helmut Schmidt celebra una sesión de emergencia con miembros de su gabinete y líderes de la oposición el jueves, 1 de julio de 1976, para debatir sobre las demandas de los terroristas de liberar a seis terroristas encarcelados.

© AP/Press Association Images. Foto de Schlagmann.



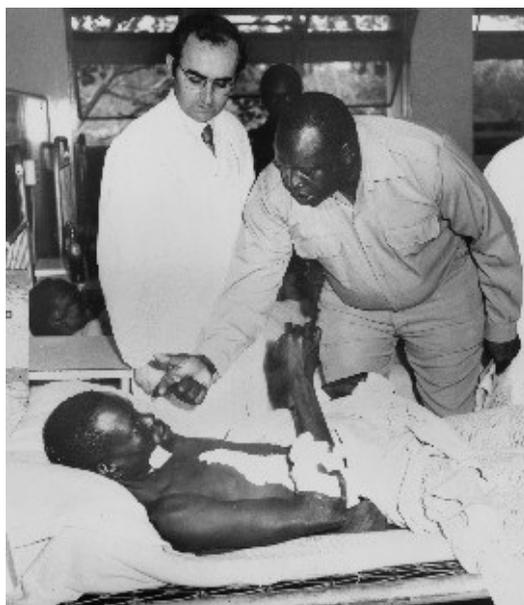
El rehén francés Michel Cojot en Suiza con su hija Yael. Tras su liberación de los terroristas el jueves, 1 de julio de 1976, Cojot le dio a la inteligencia israelí información vital que salvó muchas vidas.

Cortesía de la familia Cojot-Goldberg.



El presidente de Uganda Idi Amin (con traje negro y sombrero de ala ancha) visita a los rehenes en el edificio de la terminal antigua de Entebbe la mañana del miércoles, 30 de junio de 1976. Michel Cojot (derecha) sujeta el megáfono; Oliver, el hijo de doce años de Cojot, es el segundo empezando por la izquierda.

Cortesía de la familia Cojot-Goldberg.



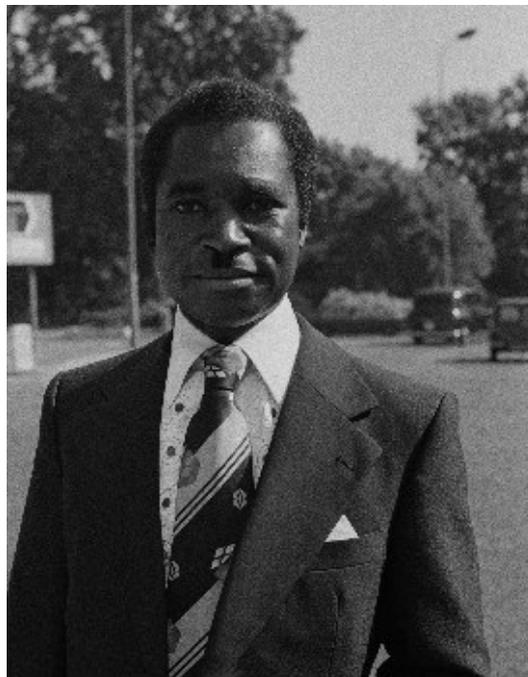
Idi Amin consuela a un soldado ugandés herido durante el asalto a Entebbe en el hospital New Mulago de Kampala el domingo, 4 de julio de 1976.

© Africa Media Online/ Mary Evans Picture Library.



La rehén israelí Dora Bloch fotografiada junto a su nieta un año antes del secuestro. Bloch estaba en el hospital New Mulago cuando se llevó a cabo el asalto y posteriormente fue asesinada por órdenes de Amin.

© TopFoto/AP.



Henry Kyemba, ministro ugandés de Sanidad, poco después de huir a Londres en 1977. Kyemba mantuvo a Dora Bloch en el hospital después de que la asistieran porque pensó que la mujer estaría más cómoda allí que en la terminal antigua. Sus buenas intenciones le costaron la vida a Bloch.

© Getty Images/United News.



Bruce McKenzie, sudafricano de nacimiento, junto al presidente de Kenia Jomo Kenyatta, aproximadamente en el momento del secuestro. McKenzie, antiguo ministro de Agricultura y «el hombre blanco más influyente del este de África», ayudó a negociar el acuerdo secreto que permitió a los aviones israelíes repostar en Nairobi.

Cortesía de la familia McKenzie.



Charles Njonjo, fiscal general de Kenia. Fue en la casa de Njonjo en Nairobi donde se cerró el acuerdo secreto con los israelíes.

© Getty Images/Keystone.

الجبهة الشعبية لتحرير فلسطين
 THE POPULAR FRONT FOR THE LIBERATION
 OF PALESTINE

1 - NAME	GERARD RENE LEMAIRE	الاسم - ١
	FIRST MID FAMILY	
2 - DATE OF BIRTH	11-8-1937	تاريخ الولادة - ٢
3 - PLACE OF BIRTH	ROUEN FRANCE	مكان الولادة - ٣
4 - PROFESSION	MARKETING DATA	المهنة - ٤
5 - NO. OF PASSPORT		رقم الجواز - ٥
6 - PLACE OF ISSUE		مكان صدور - ٦
7 - DATE OF ISSUE		تاريخ صدور - ٧
8 - COMING FROM	JERUSALEM	قادم من - ٨
9 - GOING TO	PARIS	ذاهب الى - ٩
10 - ACCOMPANIED WITH	MY WIFE	مصاحباً - ١٠
1 -		- ٦
2 -		- ٢
3 -		- ٣
4 -		- ٤
5 -		- ٥

Una de las tarjetas de identificación del FPLP repartidas por los terroristas el lunes, 28 de junio. La rellenó el rehén francés Gerard Lemair, que fue liberado junto a su esposa el jueves, 1 de julio.

Cortesía de Ben Fallin.



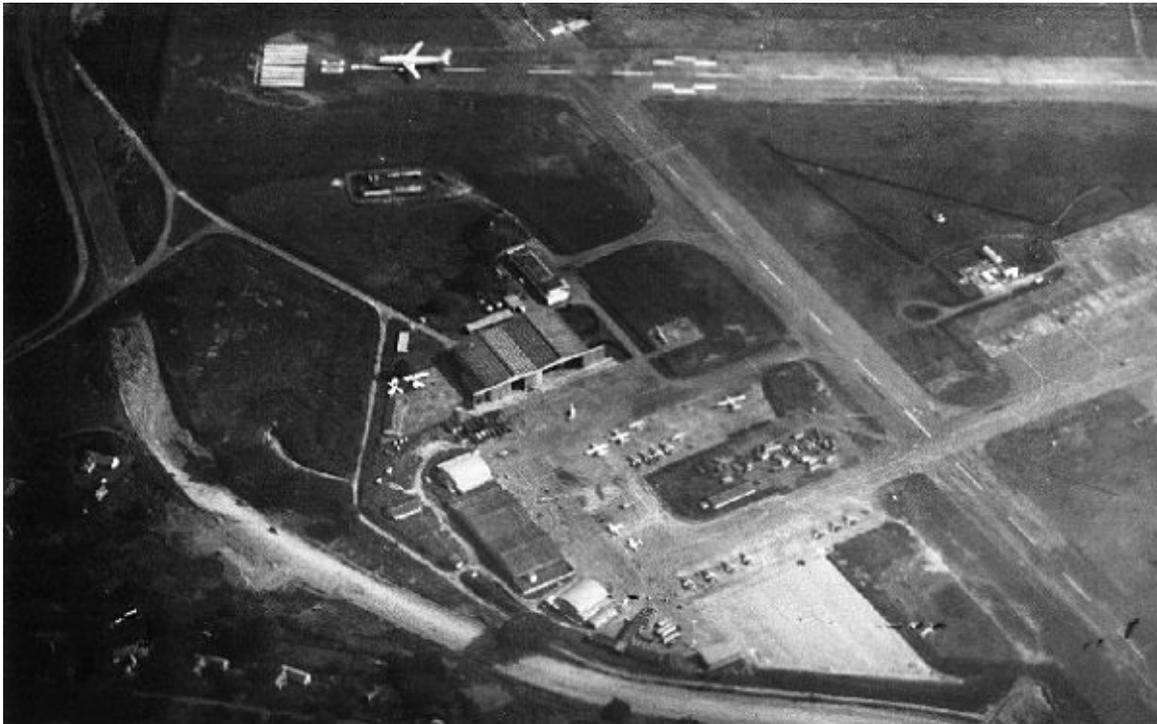
Algunos de los cien rehenes liberados en la segunda tanda disfrutaban de unos refrescos en el aeropuerto de Orly tras su llegada desde Entebbe en las primeras horas del viernes, 2 de julio de 1976.

© AP/Press Association Images. Foto de Michael Lipchitz.



La fotografía de la fachada de la terminal antigua que utilizaron las FDI para planear la Operación Rayo. Las flechas indican las entradas por las que accederían los equipos de asalto de la Unidad: (de izquierda a derecha) la sala de aduanas, la sala grande (antigua zona de salidas donde mantenían a los rehenes), la sala pequeña (israelí) y la sala VIP (sin construir cuando se hizo la foto). La torre de control aparece a la izquierda.

Cortesía de la Colección Nacional de Fotografía, Oficina de Prensa del Gobierno israelí.



Una de las fotografías del aeropuerto de Entebbe sacadas por un agente del Mossad desde una avioneta el viernes, 2 de julio de 1976. El Airbus de Air France aparece estacionado en el extremo de la pista antigua (arriba). En el centro hay dos hileras de cazas MiG. El edificio de la terminal antigua queda a la derecha, pero no aparece en la imagen. Esta información vital llegó a los equipos de asalto poco antes de su salida de la base de la Fuerza Aérea de Lod, el 3 de julio.

Coronel (jubilado) doctor Zeev Drory y Oficina de Prensa del Gobierno israelí.



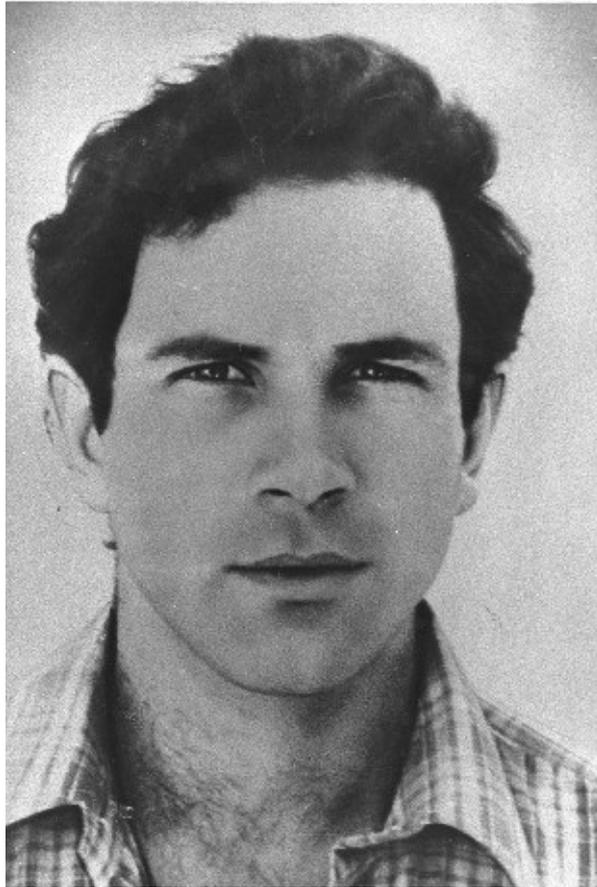
Las puertas dobles con marcas de balas por las que los comandos israelíes accedieron a la sala grande durante el asalto.

Cortesía de Ben Fallin.



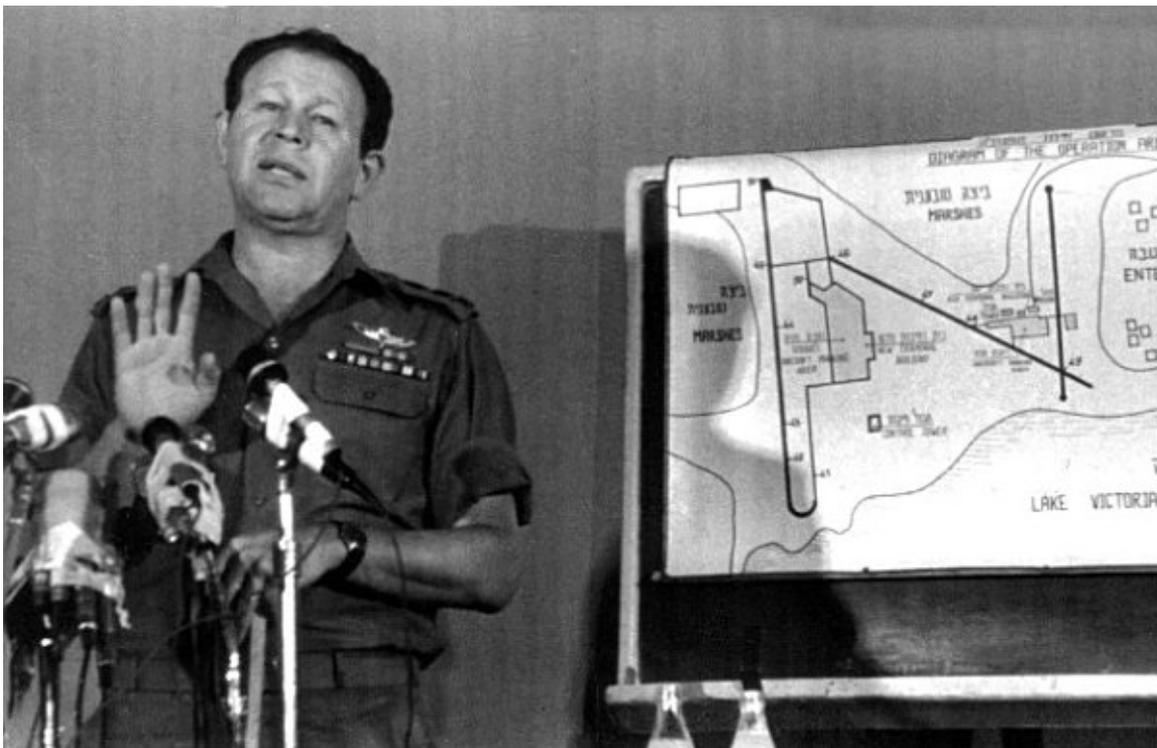
El Mercedes negro utilizado por la Unidad para engañar a los soldados ugandeses haciéndoles creer que en él viajaba uno de sus oficiales de alto rango. En la imagen, aparece dando marcha atrás para salir del Hercules Uno, en su regreso a la base de la Fuerza Aérea de Tel Nof, al sur de Tel Aviv, el domingo, 4 de julio de 1976. El comandante Muki Betser está de pie a la derecha, con uniforme ugandés.

Coronel (jubilado) doctor Zeev Drory y Oficina de Prensa del Gobierno israelí.



El teniente coronel Yoni Netanyahu, comandante de la fuerza de asalto en Entebbe, que murió por los disparos de un francotirador ugandés.

Cortesía de la Colección Nacional de Fotografía, Oficina de Prensa del Gobierno israelí.



Motta Gur, jefe del Estado Mayor de las FDI, informa a los medios de comunicación sobre la Operación Rayo en una rueda de prensa en Tel Aviv. Junto a él, aparece un mapa del aeropuerto de Entebbe.

© TopFoto/AP.



El Hercules Cuatro, con su característica cola alta, aterriza en el aeropuerto Ben-Gurion con los rehenes liberados la mañana del domingo, 4 de julio de 1976.

Cortesía de la Colección Nacional de Fotografía, Oficina de Prensa del Gobierno israelí.



Algunos de los cientos de parientes y simpatizantes presentes en el Aeropuerto Ben-Gurion para dar la bienvenida a los rehenes en su regreso de Entebbe.

© AP/Press Association Images.



El antiguo ministro de Exteriores de Israel Yigal Allon (de espaldas a la cámara) da la bienvenida a los rehenes que desembarcan del Hercules Cuatro en el Aeropuerto Ben-Gurion. Michel Bacos, el piloto al mando del Airbus secuestrado de Air France, está a la izquierda.

Cortesía de la Colección Nacional de Fotografía, Oficina de Prensa del Gobierno israelí.



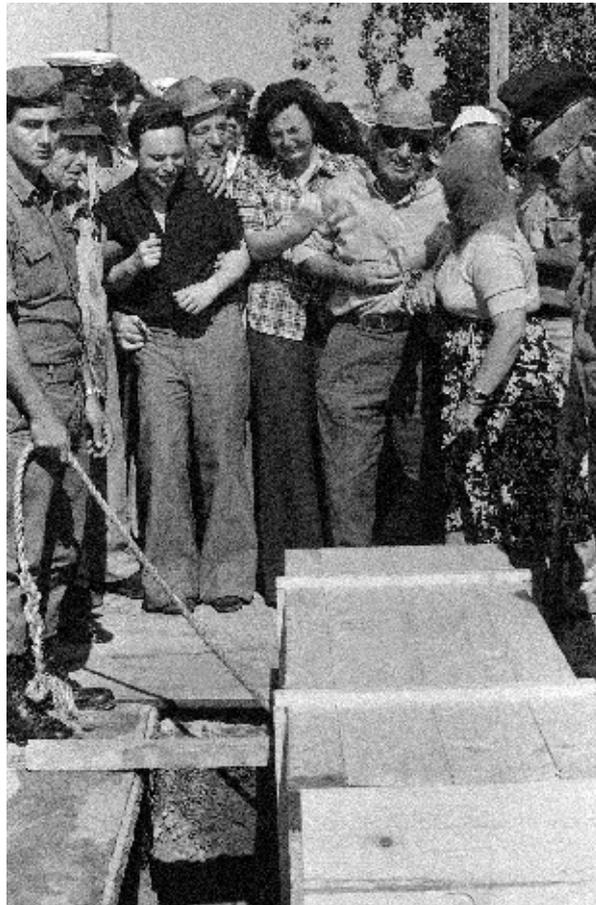
Una pariente emocionada abraza a una rehén.

© Getty Images/Keystone.



El abogado israelí Akiva Laxer habla con un vecino en su casa de Tel Aviv después de su regreso de Entebbe. La mesa está repleta de regalos de amigos y simpatizantes.

© AP/Press Association Images.



Parientes lloran durante el entierro con honores militares del cuerpo de Ida Borochovich —una de los tres civiles asesinados durante el asalto— en Bat Yam, al sur de Tel Aviv, el 5 de julio de 1976.

© AP/Press Association Images.



Miembros de la Knesset israelí —entre ellos, Simón Peres e Isaac Rabin (centro derecha)— rinden un homenaje en silencio a las víctimas del asalto de Entebbe.

© AP/Press Association Images.



La tumba de Brigitte Kuhlmann en el cementerio civil de Jinja, Uganda. La lápida musulmana incluye la nacionalidad de Kuhlmann, «ciudadana alemana»; su nombre de guerra, «Halime»; y la fecha de su muerte, «3-7-76».

Cortesía de Julian Pantou.



Idi Amin al volante de su Range Rover seis meses después del asalto, con la torre de control del aeropuerto de Entebbe, acribillada por las balas, al fondo.

© Trinity Mirror/Mirrorpix/Alamy.



En 2009, el primer ministro israelí Bibi Netanyahu baja de uno de los Hercules C-130 utilizados en el asalto de Entebbe. La carrera política de Netanyahu se vio impulsada por el estatus de héroe nacional de su difunto hermano.

© Sipa Press/REX.

NOTAS

DÍA 1: DOMINGO, 27 DE JUNIO DE 1976

1. GOLDBERG, MICHEL, *Namesake*, 1982 (edición en rústica consultada: Londres, 1984), p. 102. Después de Entebbe, Michel Cojot recuperó su apellido judío original, Goldberg. Sus hijos suelen utilizar el apellido Cojot-Goldberg.

2. Entrevista telefónica del autor a Olivier Cojot-Goldberg, 26 de noviembre de 2013.

3. *Ibid.*

4. GOLDBERG, *Namesake*, p. 102.

5. Entrevista telefónica del autor a Olivier Cojot-Goldberg, *op. cit.*

6. GOLDBERG, *Namesake*, p. 102.

7. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, Tel Aviv, 9 de octubre de 2013.

8. OFER, YEHUDA, *Operation Thunder: The Entebbe Raid – The Israelis' Own Story*, Londres, 1976, p. 2.

9. Entrevista del autor a Martine Mimouni-Arnold, Tel Aviv, 8 de octubre de 2013; BEN, EYAL, «Entebbe's unsung hero», ynetnews.com, 29 de abril de 2012.

10. MILLER, MOSHE, «Miracles at Entebbe», *Zman Magazine*, n.º 126, julio de 2012, p. 128.

11. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 102-103.

12. *Ibid.*, p. 103.

13. Telegrama del embajador de Estados Unidos en Francia al secretario de Estado estadounidense, 18.18 GMT, 3 de julio de 1976, documentos del Departamento de Estado de Estados Unidos desclasificados/publicados, www.aad.archives.gov/aad

14. *Daily Express*, 2 de julio de 1976.

15. Entrevista por Skype del autor a Nancy Rabinowitz, 10 de noviembre de 2014; entrevista por Skype del autor a Peter Rabinowitz, 13 de noviembre de 2014.

16. MOUFFLET, CLAUDE, *Otages à Kampala*, traducción del francés al inglés de Rachel Kenyon, París, 1976, p. 11.

17. *Ibid.*, pp. 11-12.

18. WILLIAMS, LOUIS, «Combined Operations: Entebbe», en *The Israeli Defense Forces: A People's Army*, Nueva York, 1996, p. 121; interrogatorio de Russell y Good a cargo del diplomático británico Michael Llewellyn-Smith, «British subjects in the Hijacking incident», en una carta de la Embajada británica en París a la FCO, 2 de julio de 1976, The National Archives (TNA), FCO, 31/2056.

19. WILLIAMS, *The Israeli Defense Forces*, p. 121.

20. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 12.

21. *Ibid.*

22. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*

23. MILLER, «Miracles at Entebbe», p. 128.

24. GELFOND FELDINGER, LAUREN, «Through the Eyes of Hostages», *Jerusalem Post*, 29 de junio de 2006.

25. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 13.

26. MILLER, «Miracles at Entebbe», p. 129.

27. OFER, *Operation Thunder*, p. 1.

28. WILLIAMS, *The Israeli Defense Forces*, p. 121.

29. Entrevista a Michel Bacos, en DERAÍ, LALY, «I owe my life to the IDF», *Hamodia*, n.º 11, junio de 2011.

30. DUNSTAN, SIMON, *Israel's Lightning Strike: The Raid on Entebbe 1976*, Oxford, 2009, p. 11.

31. STEVENSON, WILLIAM, *90 Minutes at Entebbe: The First Full Inside Story of Operation Thunderbolt*, Nueva York, 1976, p. 4.

32. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 13-14.

33. *Ibid.*

34. GOLDBERG, *Namesake*, p. 103.

35. Entrevista del autor a Olivier Cojot-Goldberg, *op. cit.*

36. *Ibid.*

37. GOLDBERG, *Namesake*, p. 103.

38. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 14-15.

39. STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 35.

40. *Ibid.*

41. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 15.

42. FELDINGER, «Through the Eyes of Hostages».

43. ABU-SHARIF, BASSAM y MAHNAIMI, UZI, *Best of Enemies*, Nueva York, 1995, pp. 59-60.

44. *Ibid.*

45. *Ibid.*, pp. 64-65.

46. *Ibid.*, pp. 88-89.

47. Interrogatorio de Russell y Good, *op. cit.*

48. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 17-20; entrevista telefónica del autor a Stéphane Cojot-Goldberg, 16 de enero de 2015.

49. *Ibid.*

50. RABINOWITZ, NANCY y PETER, «Fifty-two Hundred and Ninety Minutes at Entebbe: The Paradoxes of Terror», *Syracuse Guide*, octubre de 1976, p. 17.

51. Interrogatorio de Russell y Good, *op. cit.*

52. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 15-18.

53. *Ibid.*

54. *Ibid.*

55. GOLDBERG, *Namesake*, p. 104.

56. STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 4-5.

57. OFER, *Operation Thunder*, pp. 6-7.

58. RABIN, ISAAC, *The Rabin Memoirs*, 1979 (edición en rústica consultada: Berkeley, California, 1996), p. 282; AVNER, YEHUDA, *The Prime Ministers: An Intimate Narrative of Israeli Leadership*, New Milford, Connecticut, 2010, p. 303.

59. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 303.

60. *Ibid.*

61. *Ibid.*

62. BETSER, CORONEL MUKI, *Secret Soldier: The Incredible True Story of Israel's Greatest Commando*, 1996 (edición en rústica consultada: Londres, 1997), pp. 289-290.

63. *Ibid.*, pp. 25-75.

64. *Ibid.*

65. *Ibid.*, pp. 117-132.

66. *Ibid.*, pp. 136-137.

67. *Ibid.*, pp. 267-278.

68. *Ibid.*, pp. 290-291.

69. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 21.

70. *Ibid.*

71. *Ibid.*, p. 22.

72. GOLDBERG, *Namesake*, p. 105.

73. *Ibid.*

74. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 24.

75. RABINOWITZ y RABINOWITZ, «Fifty-two Hundred and Ninety Minutes at Entebbe», p. 17.

76. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 25.

77. No eran sus nombres reales, sino seudónimos que les puso Claude Moufflet para proteger su identidad en el relato autobiográfico del francés sobre el secuestro, *Otages à Kampala*.

78. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 26-27.

79. *Ibid.*

80. *Ibid.*

81. Entrevista a Sara Davidson, en *Situation Critical: Assault on Entebbe*, canal National Geographic, 12 de junio de 2007.

82. Entrevista a Claude y Emma Rosenkovitch, en LAVIE, AVIV, «Surviving the myth», *Haaretz*, 31 de julio de 2003.

83. STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 5.

84. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 27.

85. GOLDBERG, *Namesake*, p. 105.

86. LAVIE, «Surviving the myth».

87. Entrevista del autor a Martine Mimouni-Arnold, *op. cit.*

88. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 27-30.

89. Entrevista a Michel Bacos, en DERA, «I owe my life to the IDF».

90. STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 36.

91. *New York Times*, 11 de julio de 1976.

92. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 31.

93. Entrevista telefónica del autor a Olivier Cojot-Goldberg, *op. cit.*

94. GOLDBERG, *Namesake*, p. 106.

95. Interrogatorio de Russell y Good, *op. cit.*

96. Entrevista telefónica del autor a Olivier Cojot-Goldberg, *op. cit.*

97. BETSER, *Secret Soldier*, p. 291.

98. HASTINGS, MAX, *Yoni: Hero of Entebbe*, 1979, p. 22.

99. *Ibid.*, p. 24.

100. *Ibid.*, p. 26.

101. *Ibid.*, pp. 37 y 46.

102. *Ibid.*, pp. 87-89.

103. *Ibid.*, pp. 99-100.

104. *Ibid.*, p. 208.

105. BETSER, *Secret Soldier*, p. 291; NETANYAHU, IDDO, *Entebbe: A Defining Moment in the War on Terrorism*, Green Forest, Arkansas, 2003, p. 16.

106. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 304.

107. *Ibid.*

108. «Operation Entebbe Protocols revealed», *Ynet Magazine*, 11 de mayo de 2010, <http://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-3980051,00.html>

109. PERES, SHIMON, *Battling for Peace: A Memoir*, Nueva York, 1995, pp. 152-153.

110. *Ibid.*

111. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 31.

112. *Ibid.*, p. 32.

113. *Ibid.*, pp. 33-35.

114. GOLDBERG, *Namesake*, p. 106.

115. Telegrama cifrado de Tony Crosland, ministro de Exteriores, a la Embajada británica en Trípoli, 14.59 GMT, n.º 107 del 27 de junio de 1976, TNA, FCO 93/913/16.

116. JEFFERYS, KEVIN, *Anthony Crosland*, 1999, pp. 200-202.

117. Telegrama cifrado de Crosland a la Embajada británica en Trípoli, 14.59 GMT, n.º 107 del 27 de junio de 1976, *op. cit.*

118. «Entebbe Thirty Years On: Mancunian on Board», *Jewish Telegraph Online*, 2006, www.jewishtelegraph.com/enteb_2.html

119. Patricia Martell en *Cohen on the Bridge* (2012), cortometraje documental de animación galardonado, escrito y dirigido por Andrew Wainrib.

120. «Entebbe Thirty Years On: Mancunian on Board», *op. cit.*; BEN-PORAT, YESHAYAHU, HABER, EITAN y SCHIFF, ZEEV, *Entebbe Rescue*, Nueva York, 1976 (edición en rústica consultada: 1977), pp. 33-35.

121. Entrevista telefónica del autor a Olivier Cojot-Goldberg, *op. cit.*

122. GOLDBERG, *Namesake*, p. 106.

123. RABIN, *The Rabin Memoirs*, p. 241.

124. PERES, *Battling for Peace*, p. 149.

125. *Ibid.*, pp. 140 y 155.

126. *Ibid.*

127. *Ibid.*

128. Telegrama cifrado de la Embajada británica en Atenas a la FCO, 17.08 GMT, n.º 296 del 27 de junio de 1976, TNA, FCO, 93/913/16.

129. Telegrama cifrado de la FCO a las Embajadas británicas en Trípoli y en París, 18.45 GMT, n.º 108 del 27 de junio de 1976, *ibid.*

130. Telegrama cifrado de la Embajada británica en Trípoli a la FCO, 19.29 GMT, n.º 147 del 27 de junio de 1976, *ibid.*

131. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 35-36.

132. Entrevista telefónica del autor a Akiva Laxer, Tel Aviv, 10 de octubre de 2013.

133. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 36.

134. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 5-6.

135. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 37.

136. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 6.

137. BETSER, *Secret Soldier*, p. 292.

138. Telegrama cifrado de la Embajada británica en París a la FCO, 20.12 GMT, n.º 638 del 27 de junio de 1976, TNA, FCO 93/913.

139. Telegrama cifrado de la Embajada británica en Trípoli a la FCO, 20.36 GMT, n.º 148 del 27 de junio de 1976, *ibid.*

140. *Ibid.*, 10.14 GMT, n.º 150 del 28 de junio de 1976.

141. «Entebbe Thirty Years On: Mancunian On Board», *op. cit.*

142. Entrevista por Skype del autor a Gerd Schnepel (antigua pareja de Brigitte Kuhlmann y miembro de las Células Revolucionarias), 3 de noviembre de 2013.

143. KARCHER, KATHARINA, «Sisters in Arms? Female Participation in Leftist Political Violence in the Federal Republic of Germany since 1970», tesis doctoral sin publicar, Universidad de Warwick, 2013, pp. 227-228.

144. *Ibid.*, pp. 229-231.

145. Entrevista por Skype del autor a Gerd Schnepel, *op. cit.*

146. KARCHER, «Sisters in Arms?», pp. 231-232.

147. Mensaje de correo electrónico de Gerd Schnepel al autor, 11 de noviembre de 2013.

148. KARCHER, «Sisters in Arms?», p. 233.

[149](#). Mensaje de correo electrónico de Gerd Schnepel al autor, 11 de noviembre de 2013.

150. KARCHER, «Sisters in Arms?», pp. 234-235.

151. *Ibid.*, p. 57.

152. *Ibid.*, p. 237.

153. *Ibid.*, p. 58.

154. *Ibid.*, p. 221.

155. Entrevista por Skype del autor a Gerd Schnepel, *op. cit.*

156. *Ibid.*

157. *Ibid.* Schnepel me contó que Brigitte Kuhlmann «se sentía obligada a participar en la liberación de presos políticos en Alemania» por motivos personales. Ella creía que le había fallado a Meinhof.

158. FOLLAIN, JOHN, *Jackal: The Secret Wars of Carlos the Jackal*, 1998 (edición en rústica consultada: Londres, 2004), pp. 65-67, 140-141.

159. *Ibid.*, pp. 104-130.

160. *Ibid.*

161. ABU-SHARIF y MAHNAIMI, *Best of Enemies*, p. 164.

162. *Ibid.*, pp. 164-165.

163. Declaración del Frente Popular para la Liberación de Palestina sobre el incidente en el aeropuerto de Entebbe en Uganda, 4 de julio de 1976, en TNA, FCO 93/914. Existe bastante confusión sobre la identidad exacta de los siete terroristas abatidos en Entebbe. Según la declaración citada del FPLP, los siete «mártires» eran: Haj Faiz Jaber, Aburrazaq Assamurai/Abu Addarda, Jabil Al'Arga, Khaled al-Khalili, Ali al-Ma'ati, Mahmood (Wilfried Böse) y Halima (Brigitte Kuhlmann). Véase también la conclusión del informe confidencial de las FDI «Operation Yonatan (Operation Thunderbolt), 3-4 July 1976», archivos de las FDI y de Defensa, Ministerio de Defensa, Hakiryá, Tel Aviv, pp. 103-104 (traducido por Karen Gilbert), donde se recogen seis terroristas con nombres similares (aunque no aparece Jaber).

164. Entrevista por Skype del autor a Gerd Schnepel, *op. cit.*

165. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 305.

166. *Ibid.*

167. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 39.

168. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 106-107.

169. PERES, *Battling for Peace*, p. 153.

170. BETSER, *Secret Soldier*, p. 293.

DÍA 2: LUNES, 28 DE JUNIO DE 1976

1. Entrevista a Michel Bacos, en DERAJ, «I owe my life to the IDF».

2. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 41; diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 24.

3. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 41-43.

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*

6. Entrevista telefónica del autor a Olivier Cojot-Goldberg, *op. cit.*

7. GOLDBERG, *Namesake*, p. 107.

8. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 43.

9. Diario de Julie Oiserant [Aouzerate], en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 36.

10. KYEMBA, HENRY, *A State of Blood: The Inside Story of Idi Amin*, Nueva York, 1977, p. 15.

11. AVNER, *The Prime Ministers*, pp. 305-306.

12. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 43-44.

13. *Ibid.*

14. GOLDBERG, *Namesake*, p. 107.

15. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 24.

16. *Ibid.*

17. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 44-45.

18. Traducción de una entrevista a Michel Cojot en *Le Monde*, en un telegrama cifrado de Kissinger al embajador estadounidense en Londres, 00.57 GMT, 9 de julio de 1976, TNA, FCO 93/914.

19. Entrevista por Skype del autor a Gerd Schnepel, *op. cit.*

20. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 45.

21. OFER, *Operation Thunder*, p. 23.

22. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 46-48.

23. STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 25.

24. Entrevista del autor con BEN FALLIN por Skype, 24 de marzo de 2016, y correos electrónicos.

25. KYEMBA, *A State of Blood*, pp. 166-167.

26. *Ibid.*

27. PERES, *Battling for Peace*, p. 154.

28. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 51-53.

29. Texto del comunicado del FPLP, lunes, 28 de junio de 1976, TNA, FCO 93/913/9.

30. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 107-108.

31. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 51-52.

32. *Ibid.*, p. 55.

33. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*

34. Entrevista telefónica del autor a Akiva Laxer, *op. cit.*

35. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 295-296.

36. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 58.

37. GOLDBERG, *Namesake*, p. 108.

38. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 59.

39. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 25.

40. *Ibid.*; *New York Times*, 11 de julio de 1976.

41. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 118.

42. OFER, *Operation Thunder*, p. 27.

43. GOLDBERG, *Namesake*, p. 108.

44. RABINOWITZ y RABINOWITZ, «Fifty-two Hundred and Ninety Minutes at Entebbe», p. 17.

45. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 61.

46. *New York Times*, 11 de julio de 1976.

47. GOLDBERG, *Namesake*, p. 109.

48. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 84-85; MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 59.

49. Declaración del Frente Popular para la Liberación de Palestina sobre el incidente en el aeropuerto de Entebbe de Uganda, 4 de julio de 1976, en TNA, FCO, 93/914/17; conclusión, «Operation Yonatan», *op. cit.*, pp. 103104.

50. Apartado 7: «Intelligence for the Operation», capítulo B: «Battle Procedure for the Operation», «Operation Yonatan», *op. cit.*, pp. 18-35; figura 7, la terminal antigua de Entebbe, *ibid.*, p. 32.

51. Figura 7, la terminal antigua de Entebbe, *ibid.*, p. 32.

52. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 61-63.

53. *Ibid.*

54. OFER, *Operation Thunder*, p. 36.

55. Telegrama cifrado del Alto Comisionado en Kampala a la FCO, 12.00 GMT, n.º 201 del 28 de junio de 1976, TNA, FCO 47/845.

56. *Ibid.*

57. *Ibid.*, 14.00 GMT, n.º 202 del 28 de junio de 1976.

58. Telegrama cifrado de la Embajada británica en Atenas a la FCO, 10.45 GMT, n.º 298 del 28 de junio de 1976, TNA, FCO 31/2054.

59. Telegrama cifrado de la Embajada británica en Tel Aviv a la FCO, 9.05 GMT, n.º 196 del 28 de junio de 1976, *ibid.*

60. PERES, *Battling for Peace*, p. 154; WILLIAMS, *The Israeli Defense Forces*, p. 124.

61. *Ibid.*

62. RABIN, *The Rabin Memoirs*, pp. 6-7.

63. *Ibid.*, p. 274.

64. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 109.

65. STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 25.

66. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 109-110.

67. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 64-65.

68. Gilles y Willy son los seudónimos utilizados en el libro de Claude Moufflet para ocultar sus verdaderas identidades.

69. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 65-66.

70. FELDINGER, «Through the Eyes of Hostages».

71. GOLDBERG, *Namesake*, p. 109.

72. Traducción de una entrevista a Michel Cojot en *Le Monde*, *op. cit.*

73. KYEMBA, *A State of Blood*, pp. 167-168.

74. Diario de Julie Oiserant [Aouzerate], en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 37-38.

75. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 120.

76. *Ibid.*, pp. 120-122.

77. *Ibid.*

78. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 25-26.

79. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 122; MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 69.

80. GOLDBERG, *Namesake*, p. 116.

81. *New York Times*, 11 de julio de 1976.

82. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 128.

83. DUNSTAN, *Israel's Lightning Strike*, p. 139.

84. «Rescue at Entebbe: An Interview with the Chief Pilot», blog de las FDI, 5 de julio de 2012, www.idfblog.com/2012/07/05/rescue-at-entebbe-an-interview-with-the-chief-pilot/

85. *Ibid.*

86. DUNSTAN, *Israel's Lightning Strike*, p. 139.

87. GOLDBERG, *Namesake*, p. 110; entrevista por Skype del autor a Nancy Rabinowitz, *op. cit.*

88. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 70.

89. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 110-113.

90. MELMAN, YOSSI, «Setting the record straight: Entebbe was not Auschwitz», *Haareetz*, 8 de julio de 2011.

91. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 111-115.

92. Entrevista telefónica del autor a Stéphane Cojot-Goldberg, 25 de noviembre de 2013.

93. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 76.

94. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 26.

95. GOLDBERG, *Namesake*, p. 111.

DÍA 3: MARTES, 29 DE JUNIO DE 1976

1. *New York Times*, 11 de julio de 1976; STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 26.

2. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 26; OFER, *Operation Thunder*, p. 37.

3. HASTINGS, *Yoni*, pp. 216-218.

4. WILLIAMS, *The Israeli Defense Forces*, p. 124; BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 126.

5. PERES, *Battling for Peace*, p. 154.

6. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 127; WILLIAMS, *The Israeli Defense Forces*, *op. cit.*, pp. 124-127.

7. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 127-129.

8. KYEMBA, *A State of Blood*, p. 168.

9. GOLDBERG, *Namesake*, p. 112.

10. *Ibid.*, p. 114; KYEMBA, *A State of Blood*, pp. 168-169.

11. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 77.

12. FELDINGER, «Through the Eyes of Hostages».

13. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 77-79.

14. AVNER, *The Prime Ministers*, pp. 306-307.

15. KYEMBA, *A State of Blood*, p. 169.

16. *Ibid.*

17. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 307.

18. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 80.

19. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 2627; MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 80.

20. *Ibid.*

21. Apartado 5: «Actions at the General Staff Level», capítulo B, «Operation Yonatan», *op. cit.*, pp. 13-16.

22. *Ibid.*

23. Entrevista a Ehud Barak, en *Live or Die in Entebbe* (largometraje documental escrito y dirigido por Eyal Boers), Dynamic Flash Ltd., 2012.

24. *Ibid.*; apartado 5: «Actions at the General Staff Level», capítulo B, «Operation Yonatan», *op. cit.*

25. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 296-297.

26. RABIN, *The Rabin Memoirs*, p. 283.

27. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 307.

28. PERES, *Battling for Peace*, p. 155.

29. *Ibid.*

30. *Ibid.*

31. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 307.

32. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 131-132; PERES, *Battling for Peace*, p. 155.

33. THOMAS, GORDON, *Gideon's Spies: Mossad's Secret Warriors*, Londres, 1999, p. 129.

34. PERES, *Battling for Peace*, p. 155.

35. Entrevista del autor a Martine Mimouni-Arnold, *op. cit.*; BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 137-138.

36. Traducción de una entrevista a Michel Cojot en *Le Monde*, *op. cit.*

37. *Ibid.*; GOLDBERG, *Namesake*, p. 117; diario de Sara Davidson, en OFER, *Operation Thunder*, p. 46.

38. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 82.

39. Entrevista del autor a Emma y Claude Rosenkovitch, Jerusalén, 22 de mayo de 2014.

40. Diario de Moshe Peretz en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 27.

41. Entrevista a Akiva Laxer, en *Live or Die in Entebbe*, op. cit.

42. Diario de Sara Davidson en Ofer, *Operation Thunder*, pp. 46-47.

43. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*; telegrama cifrado del Consulado general británico en Jerusalén a la FCO, 9.55, n.º 117 del 5 de julio, TNA, FCO 93/913.

44. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 82 y 117.

45. GOLDBERG, *Namesake*, p. 117.

46. Telegrama confidencial de la Embajada estadounidense en París a la Secretaría de Estado de Estados Unidos, 20.24 GMT, 3 de julio de 1976, archivos del Departamento de Estado estadounidense, www.aad.archives.gov/aad.

47. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 145.

48. Entrevista a Claude y Emma Rosenkovitch, en LAVIE, «Surviving the myth».

49. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 146.

50. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 27.

51. Testimonio de Julie Oiserant [Aouzerate], en *ibid.*, p. 39.

52. Entrevista por Skype del autor a Nancy Rabinowitz, *op. cit.*

53. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 82.

54. Entrevista del autor a Akiva Laxer, *op. cit.*

55. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 82-83.

56. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 117-118.

57. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*

58. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 136.

59. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 308.

60. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 83; GOLDBERG, *Namesake*, p. 119.

61. GOLDBERG, *Namesake*, p. 119.

62. Entrevista telefónica del autor a Olivier Cojot-Goldberg, *op. cit.*; GOLDBERG, *Namesake*, p. 126; entrevista telefónica del autor a Stéphane Cojot-Goldberg, *op. cit.*

63. Entrevista telefónica del autor a Olivier Cojot-Goldberg, *op. cit.*

64. RABINOWITZ y RABINOWITZ, *Fifty-two Hundred and Ninety Minutes at Entebbe*, p. 29.

65. Telegrama cifrado del ministro de Exteriores Tony Crosland en la FCO a James Horrocks, alto comisionado británico en funciones en Kampala, 18.15 GMT, n.º 99 del 29 de junio de 1976, TNA, FCO 47/845.

66. Telegrama cifrado de Horrocks en Kampala a Crosland en la FCO, 23.00 GMT, n.º 205 del 29 de junio de 1976, *ibid.*

67. Telegrama cifrado de Crosland en la FCO a Horrocks en Kampala, 21.23 GMT, n.º 100 del 29 de junio de 1976, *ibid.*

68. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 141-142; «Rescue at Entebbe: An Interview with the Chief Pilot», *op. cit.*

69. DUNSTAN, *Israel's Lightning Strike*, p. 18.

70. PERES, *Battling for Peace*, pp. 155-156.

71. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 86.

72. Diario de Sara Davidson, en OFER, *Operation Thunder*, p. 48.

73. MILLER, «Miracles at Entebbe», p. 143.

DÍA 4: MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1976

1. WILLIAMS, *The Israeli Defense Forces*, p. 128; BETSER, *Secret Soldier*, p. 298.

2. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 298-300.

3. HORNBY, CHARLES, *Kenya: A History since Independence*, Londres, 2011, p. 319; PINCHER, CHAPMAN, *Inside Story: A Documentary of the Pursuit of Power*, 1978 (edición en rústica consultada: Londres, 1981), pp. 353-354. La existencia de este acuerdo secreto me la confirmó Charles Njonjo, antiguo fiscal general de Kenia y miembro del círculo interno de Kenyatta, durante una entrevista a finales de 2013. Njonjo me contó que le había pedido a «Israel que bajase un avión hasta aquí [y] los metiese en él». Njonjo cree que los cinco terroristas luego «desaparecieron» y que eso era lo que Israel tenía que hacer. (Entrevista del autor a Charles Njonjo, Londres, 23 de octubre de 2013.) De hecho, tras repetidas consultas planteadas por su Gobierno y sus padres, los israelíes admitieron tener retenidos a los dos alemanes occidentales —Brigitte Schulte y Thomas Reuter—, condenados ambos a diez años de prisión por un tribunal militar en septiembre de 1979. Salieron en libertad a principios de 1981, tras cumplir cinco años de cárcel, y los deportaron desde Israel. («Two West Germans Sentenced for 1976 Plot to Shoot Down Israeli Airliner», Jewish Telegraph Agency, 14 de septiembre de 1979, <http://www.jta.org/1979/09/14/archive/two-west-germans-sentenced-for-1976-plot-to-shoot-down-israeli-airliner>).

4. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 300-301.

5. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 158-159.

6. PERES, *Battling for Peace*, p. 157.

7. JONES, CLIVE y T. PETERSEN, TORE (eds.), *Israel's Clandestine Diplomacies*, Nueva York, 2013, pp. 144-146.

8. PERES, *Battling for Peace*, p. 157.

9. WILLIAMS, *The Israeli Defense Forces*, p. 129.

10. PERES, *Battling for Peace*, pp. 157-158.

11. JONES y PETERSEN (eds.), *Israel's Clandestine Diplomacies*, p. 143.

12. PERES, *Battling for Peace*, p. 158.

13. *Ibid.*, pp. 158-159.

14. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 95; GOLDBERG, *Namesake*, p. 116.

15. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 95-97.

16. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 116-117.

17. *Ibid.*

18. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 97.

19. *Ibid.*

20. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 27.

21. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*

22. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 27-28.

23. Entrevista del autor a Akiva Laxer, *op. cit.*

24. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 97-98.

25. «Operation Entebbe protocols revealed», *op. cit.*

26. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 163.

27. «Operation Entebbe protocols revealed», *op. cit.*

28. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 165.

29. *Ibid.*, pp. 165-166.

30. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico en Kampala a la FCO, 9.30 GMT, n.º 208 del 30 de junio de 1976, TNA, FCO 47/845.

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*

33. MOUFFLET, *Otages á Kampala*, pp. 100-101.

34. Entrevista telefónica del autor a Olivier Cojot-Goldberg, *op. cit.*

35. GOLDBERG, *Namesake*, p. 119.

36. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 101.

37. *Ibid.*; GOLDBERG, *Namesake*, p. 119.

38. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 102.

39. *Ibid.*

40. Diario de Julia Oiserant [Aouzerate], en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 39.

41. «Freed Hostages Tell their Story», Jewish Telegraphic Agency, 1 de julio de 1976; telegrama cifrado del Alto Comisionado británico en Kampala a la FCO, 13.00 GMT, n.º 211 del 30 de junio de 1976, TNA, FCO 47/485.

42. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 102.

43. GOLDBERG, *Namesake*, p. 120.

44. «Operation Entebbe protocols revealed», *op. cit.*

45. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 166.

46. «Operation Entebbe protocols revealed», *op. cit.*

47. Transcripción de la primera conversación telefónica entre Bar-Lev y Amin el 30 de junio de 1976, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 209-211, OFER, *Operation Thunder*, pp. 62-64, y BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 167-168.

48. GOLDBERG, *Namesake*, p. 120.

49. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 28.

50. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 120-121.

51. Diario de un portavoz del Gobierno, 30 de junio de 1976, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 29.

52. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 174-175.

53. *Ibid.*, pp. 171-172; entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*; entrevista a Nahum Dahan, en *Live or Die in Entebbe*, *op. cit.*

54. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 117; *New York Times*, 11 de julio de 1976; entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*; entrevista a Nahum Dahan, en *Live or Die in Entebbe*, *op. cit.*

55. Apartado 5: «Actions at the General Staff Level», capítulo B, «Operation Yonatan», *op. cit.*

56. NETANYAHU, IDDO, *Entebbe*, p. 22.

57. BETSER, *Secret Soldier*, p. 303.

58. *Ibid.*

59. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 22.

60. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 303-305.

61. Memorando confidencial de David Colvin, Embajada británica en París, a Frank Wheeler, director del Departamento para Oriente Próximo y Norte de África en la FCO, 30 de junio de 1976, TNA, FCO 93/913.

62. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 174.

63. *New York Times*, 11 de julio de 1976.

64. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 176-177.

65. «Operation Entebbe protocols revealed», *op. cit.*

66. Apartado 5: «Actions at the General Staff Level», capítulo B, «Operation Yonatan», *op. cit.*

67. DUNSTAN, *Israel's Lightning Strike*, pp. 20-21.

68. *Ibid.*

69. NETANYAHU, Entebbe, pp. 23-24; apartado 5: «Actions at the General Staff Level», capítulo B, «Operation Yonatan», *op. cit.*

70. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 178-180.

71. Diario de un portavoz del Gobierno, 30 de junio de 1976, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 29; entrevista telefónica del autor a Amos Eiran, 9 de octubre de 2013.

72. OFER, *Operation Thunder*, pp. 55-56.

73. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 111-112.

74. Transcripción de la segunda conversación telefónica entre Bar-Lev y Amin, 23.05, 30 de junio de 1976, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 211-213, y OFER, *Operation Thunder*, pp. 64-67.

75. PERES, *Battling for Peace*, p. 159.

76. Entrevista telefónica del autor a Olivier Cojot-Goldberg, *op. cit.*

77. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 177-178.

78. BETSER, *Secret Soldier*, p. 306.

79. Telegrama cifrado del embajador Kenneth Rush a la Secretaría de Estado de Estados Unidos (reenviado a Londres y a otras Embajadas estadounidenses), 2.45 GMT, 1 de julio de 1976, TNA, FCO 93/913/8 y 9. La razón por la que el doctor Bass se mantuvo tan en segundo plano, según su compañero y rehén Ilan Hartuv, era que el médico tenía miedo de las posibles consecuencias si los secuestradores se enteraban de que además era oficial médico reservista de las FDI. Viajaba con un pasaporte estadounidense, pero también había entregado, en otro punto, su documento de identidad militar. (Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*).

80. Apartado 5: «Actions at the General Staff Level», capítulo B, «Operation Yonatan», *op. cit.*; NETANYAHU, *Entebbe*, p. 25.

81. KISSINGER, HENRY, *Years of Renewal: The Concluding Volume of his Memoirs*, Nueva York, 1999, p. 447.

82. Teleconferencia entre el embajador Dinitz y el secretario de Estado Kissinger, 18.40, 30 de junio de 1976, archivos desclasificados del Departamento de Estado estadounidense, SI 419, publicados el 28 de julio de 2003, 200102979, aad.archives.gov/aad

83. Telegramas cifrados de Herman Eilts, embajador estadounidense en Egipto, al secretario de Estado estadounidense, 14.24 GMT, 6 de julio de 1976, y 18.26, 9 de julio de 1976, archivos desclasificados del Departamento de Estado estadounidense, revisión del 4 de mayo de 2006, aad.archives.gov/aad

DÍA 5: JUEVES, 1 DE JULIO DE 1976

1. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 112-113.

2. Entrevista telefónica del autor a Amos Eiran, *op. cit.*

3. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 114-116.

4. AVNER, *The Prime Ministers*, pp. 308-309.

5. PERES, *Battling for Peace*, pp. 159-160.

6. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*; entrevista a Nahum Dahan, *Live or Die in Entebbe, op. cit.*

7. GOLDBERG, *Namesake*, p. 118.

8. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 117-118; *New York Times*, 11 de julio de 1976; entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*; entrevista a Nahum Dahan, en *Live or Die in Entebbe*, *op. cit.*

9. RABIN, *The Rabin Memoirs*, p. 284.

10. «Operation Entebbe Protocols revealed», *op. cit.*

11. WILLIAMS, *The Israel Defense Forces*, p. 132.

12. AVNER, *The Prime Ministers*, pp. 310-311; RABIN, *The Rabin Memoirs*, p. 285.

13. *Ibid.*

14. *Ibid.*

15. Diario de un portavoz del Gobierno, 1 de julio de 1976, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 31.

16. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 311.

17. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 119-122.

18. BETSER, *Secret Soldier*, p. 306.

19. Apartado 5: «Actions at the General Staff Level», capítulo B, «Operation Yonatan», *op. cit.*

20. BETSER, *Secret Soldier*, p. 307.

21. Transcripción de la tercera conversación telefónica entre Bar-Lev y Amin, 10.00, 1 de julio de 1976, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 213-215.

22. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 123.

23. GOLDBERG, *Namesake*, p. 121.

24. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 123-124.

25. KYEMBA, *A State of Blood*, pp. 149-163.

26. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 123-125; GOLDBERG, *Namesake*, p. 121.

27. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 40.

28. KYEMBA, *A State of Blood*, p. 169.

29. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 40.

30. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 311.

31. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 125.

32. GOLDBERG, *Namesake*, p. 121.

33. Cable cifrado del embajador estadounidense en París a la Secretaría de Estado estadounidense, 18.18 GMT, 3 de julio de 1976, archivos desclasificados del Departamento de Estado estadounidense, 4 de mayo de 2006, 654775, aad.archives.gov/aad

34. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 125.

35. Entrevista del autor a Emma y Claude Rosenkovitch, *op. cit.*

36. GOLDBERG, *Namesake*, p. 121.

37. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 125-127.

38. RABINOWITZ y RABINOWITZ, «Fifty-two Hundred and Ninety Minutes at Entebbe», p. 29.

39. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 127.

40. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 124-125.

41. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 128.

42. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 122-124.

43. *Ibid.*, pp. 52-54.

44. *Ibid.*, pp. 58-78.

45. *Ibid.*, pp. 125-127.

46. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*

47. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 127-128.

48. *Ibid.*, pp. 123-124. El capitán Michel Bacos afirmaría más tarde en una entrevista concedida al *Jewish Chronicle* que la tripulación y él habían tenido la oportunidad de marcharse y no la habían aprovechado. «Cuando me tenían de rehén y me dieron la posibilidad de salir liberado, reuní a la tripulación y les dije: “Tenemos que quedarnos con los pasajeros hasta el final, es nuestro deber”. Fue una decisión tomada de inmediato, sin vacilar. Todos los miembros de la tripulación estuvieron de acuerdo conmigo [...]. Era lo que había que hacer, sin más.» (JOSEPHS, JEREMY, «Michel Bacos: The Air France hero of Entebbe», *Jewish Chronicle*, 15 de junio de 2012.)

49. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 128-129.

50. RABINOWITZ y RABINOWITZ, «Fifty-two Hundred and Ninety Minutes at Entebbe», *op. cit.*, p. 29.

51. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 129-130.

52. AVNER, *The Prime Ministers*, pp. 311-312.

53. PERES, *Battling for Peace*, p. 160.

54. RABIN, *The Rabin Memoirs*, p. 285.

55. PERES, *Battling for Peace*, p. 160.

56. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 129.

57. GOLDBERG, *Namesake*, p. 127.

58. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 139.

59. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico a la FCO, 8.30 GMT, n.º 217 del 2 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2054.

60. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 224.

61. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 133.

62. *Ibid.*, pp. 140-141.

63. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 307-309.

64. *Ibid.*

65. *Ibid.*

66. *Ibid.*

67. *Ibid.*

68. Apartado 5: «Actions at the General Staff Level», capítulo B, «Operation Yonatan», *op. cit.*

69. «The 25 Most Intriguing People of 1976», *People*, 27 de diciembre de 1976-3 de enero de 1977.

70. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 310-312.

71. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 141.

72. MILLER, «Miracles at Entebbe», p. 144.

73. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 224; STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 40-41.

74. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 141.

75. MILLER, «Miracles at Entebbe», p. 144.

76. Teleconferencia entre el secretario de Estado Kissinger y el embajador Dinitz, 10.05 (hora local), 1 de julio de 1976, archivos desclasificados del Departamento de Estado estadounidense, SJ6, publicados el 9 de mayo de 2005, 200102979, aad.archives.gov/aad

77. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 133-134.

78. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico a la FCO, 8.30 GMT, n.º 217 del 2 de julio de 1976, *op. cit.*

79. Telegrama cifrado del embajador estadounidense en Francia a la Secretaría de Estado estadounidense, 20.45 GMT, 3 de julio de 1976, París 19568, archivos desclasificados del Departamento de Estado estadounidense, 4 de mayo de 2006, www.wikileaks.org/plusd/cables/1976PARIS19568_b.html

80. GOLDBERG, *Namesake*, p. 127.

81. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 134-135.

82. «Operation Entebbe protocols revealed», *op. cit.*

83. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 309-313; apartado 5: «Actions at the General Staff Level», capítulo B, «Operation Yonatan», *op. cit.*

84. Apartado 5: «Actions at the General Staff Level», capítulo B, «Operation Yonatan», op. cit., párrafo 18; PERES, *Battling for Peace*, p. 160.

85. LIPKIN-SHAKHAK, TALI, «The Forgotten Hero of Entebbe», suplemento del sábado del *Ma'ariv*, 16 de junio de 2006.

86. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 127-128.

87. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 144-145.

88. Entrevista del autor a Charles Njonjo, *op. cit.*; entrevista telefónica del autor a Dany Saadon, 16 de diciembre de 2013.

89. Mensaje de correo electrónico al autor del hijo menor de Bruce McKenzie, 24 de noviembre de 2014.

90. Entrevista del autor a Christina McKenzie, Haselbech, Northants, 5 de julio de 2013.

91. *Ibid.*

92. PINCHER, CHAPMAN, *Dangerous to Know: A Life*, Londres, 2014, p. 99.

93. HEBDITCH, DAVID y CONNOR, KEN, *How to Stage a Military Coup: From Planning to Execution*, Londres, 2005, p. 128.

94. PINCHER, *Dangerous to Know*, p. 99.

95. Entrevista del autor a Christina McKenzie, *op. cit.*

96. Entrevistas del autor a Dany Saadon y a Charles Njonjo, *op. cit.*

97. PINCHER, *Inside Story*, p. 354.

98. KAMAU, JOHN, «How Mossad threw Kenya into the line of terrorist fire», *Daily Nation*, 17 de enero de 2014.

99. Entrevistas del autor a Dany Saadon y a Charles Njonjo, *op. cit.*

100. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 313-325; LIPKIN-SHAKHAK, «The Forgotten Hero of Entebbe».

101. PERES, *Battling for Peace*, pp. 160-161; BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 243-244.

102. *Ibid.*, p. 244.

103. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 314-317.

104. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 48.

105. Entrevista del autor a Noam Tamir, Londres, 15 de octubre de 2013.

106. Entrevista del autor a Ephraim Sneh, Herzliya, Israel, 22 de mayo de 2014.

107. E. KAPLAN, DAVID, «A historic hostage-taking revisited», *Jerusalem Post*, 3 de agosto de 2006, <http://www.jpost.com/Features/A-historic-hostage-taking-revisited>

108. Entrevista del autor a Ephraim Sneh, *op. cit.*

109. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 57.

110. *Ibid.*

111. «Entebbe Thirty Years On: Through the Army's Eyes», *Jewish Telegraph Online*, 2006, www.jewishtelegraph.com/enteb_1.html

112. PERES, *Battling for Peace*, p. 162; BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 245.

DÍA 6: VIERNES, 2 DE JULIO DE 1976

1. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 135.

2. *Daily Express*, 2 de julio de 1976.

3. GOLDBERG, *Namesake*, p. 131.

4. Entrevista del autor a Stéphane Cojot-Goldberg, París, 16 de enero de 2015.

5. GOLDBERG, *Namesake*, p. 131.

6. Cable cifrado del embajador estadounidense en París al secretario de Estado estadounidense, 4.41 GMT, 2 de julio de 1976, París 19371, archivos desclasificados del Departamento de Estado estadounidense, 4 de mayo de 2006, www.archives.gov/aad

7. Entrevistas por Skype del autor a Nancy y a Peter Rabinowitz, *op. cit.*; RABINOWITZ y RABINOWITZ, «Fifty-two Hundred and Ninety Minutes at Entebbe», p. 29.

8. Cable cifrado del embajador estadounidense en París a la Secretaría de Estado estadounidense, 20.45 GMT, 3 de julio de 1976, París 19568, *op. cit.*

9. HASTINGS, *Yoni*, pp. 222-223.

10. NETANYAHU, *Entebbe*, 48; HASTINGS, *Yoni*, pp. 217-218.

11. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 145.

12. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 65.

13. PERES, *Battling for Peace*, p. 162.

14. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 145; diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 65.

15. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 65.

16. *New York Times*, 11 de julio de 1976.

17. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*

18. Petición de los rehenes al Gobierno israelí, emisión en el servicio local de Kampala, 14.00 GMT, 3 de julio de 1976, en TNA, FCO 31/2055.

19. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*

20. Petición de los rehenes al Gobierno israelí.

21. «Entebbe Thirty Years On: Through the Army's Eyes», op. cit.; NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 57-58.

22. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 58-59.

23. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 146-147.

24. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 253-254.

25. PERES, *Battling for Peace*, pp. 163-164; NETANYAHU, *Entebbe*, p. 65.

26. RABIN, *The Rabin Memoirs*, pp. 285-286.

27. PERES, *Battling for Peace*, p. 164.

28. «Operation Entebbe protocols revealed», *op. cit.*

29. PERES, *Battling for Peace*, p. 164.

30. PINCHER, *Inside Story*, p. 351.

31. Interrogatorio de Russell y Good, *op. cit.*

32. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 66-67.

33. Entrevista a Ehud Barak, en *Live or Die in Entebbe*, *op. cit.*; entrevista del autor a Ephraim Sneh, *op. cit.*

34. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 70-71.

35. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 148.

36. Diario de Moshe Peretz, en STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 65-66.

37. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 278; entrevista del autor a Ilan Hartuv, op. cit.; *New York Times*, 11 de julio de 1976.

38. KYEMBA, *A State of Blood*, p. 170.

39. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 73-74.

40. BETSER, *Secret Soldier*, p. 317.

41. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 75-77.

42. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 317-318.

43. «Operation Entebbe protocols revealed», *op. cit.*

44. Telegrama cifrado de P. E. Rosling en la FCO al Alto Comisionado británico en Kampala, 2 de julio de 1976, TNA, FCO 93/913/15.

45. Carta confidencial de David Goodall, director del Departamento de Europa Occidental en la FCO, a Roger Westbrook, Secretaría Privada del Ministro de Estado en la FCO, 2 de julio de 1976, TNA, FCO 93/913/7 y 8.

46. Carta confidencial de Julian Bullard, ministro en la Embajada británica de Bonn, a David Goodall en la FCO, 7 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2056; «Bonn won't climb down: Terrorists stay imprisoned», *Die Welt*, 1 de julio de 1976, BRtU Archive [Archivos del Comisionado Federal para la Stasi], Berlín, Mfs/HA IX/9979; «Between Bonn and Entebbe», *Frankfurter Rundschau*, 6 de julio de 1976.

47. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 77-79.

48. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 48-50.

49. *Ibid.*, pp. 150-151.

50. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 88-90.

51. MELMAN, YOSSI, «Legendary Mossad operative behind some of spy agency's most daring operations dies at 87», *Jerusalem Post*, 22 de septiembre de 2014.

52. Entrevistas del autor a Dany Saadon y a Charles Njonjo, *op. cit.*

53. PERES, *Battling for Peace*, pp. 164-165.

54. PINCHER, *Inside Story*, p. 351.

55. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 151-152.

56. MILLER, «Miracles at Entebbe», pp. 146-147; entrevista a Ruthie Gross, en *Live or Die in Entebbe*, op. cit.

57. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 92.

58. «Entebbe Thirty Years On: Through the Army's Eyes», *op. cit.*

59. HASTINGS, *Yoni*, p. 224; «Entebbe Thirty Years On: Through the Army's Eyes», *op. cit.*

60. DUNSTAN, *Israel's Lightning Strike*, p. 32.

61. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 94-96; HASTINGS, *Yoni*, p. 224.

62. HASTINGS, *Yoni*, p. 225.

63. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 100-102.

64. DUNSTAN, *Israel's Lightning Strike*, p. 32.

65. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 97-100.

66. PERES, *Battling for Peace*, p. 165.

DÍA 7: SÁBADO, 3 DE JULIO DE 1976

1. HASTINGS, *Yoni*, p. 225.

2. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 153.

3. *New York Times*, 11 de julio de 1976.

4. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 153-154; entrevista telefónica del autor a Gerd Schnepel, *op. cit.*

5. Entrevista telefónica del autor a Amos Eiran, *op. cit.*

6. Entrevista del autor a Uri Lubrani, Tel Aviv, 9 de octubre de 2013.

7. PINCHER, *Inside Story*, p. 352; *Daily Express*, 3 de julio de 1976.

8. HASTINGS, *Yoni*, pp. 222-223.

9. PERES, *Battling for Peace*, pp. 165-166.

10. KYEMBA, *A State of Blood*, pp. 170-171.

11. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 124-126.

12. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 288; RABIN, *The Rabin Memoirs*, p. 286.

13. PERES, *Battling for Peace*, p. 166.

14. *Ibid.*, p. 166; WILLIAMS, *The Israeli Defense Forces*, p. 137.

15. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 155.

16. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 312; RABIN, *The Rabin Memoirs*, p. 287.

17. «Operation Entebbe Protocols revealed», *op. cit.*

18. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 313; *The Rabin Memoirs*, p. 287; «Operation Entebbe Protocols revealed», op. cit.; PERES, *Battling for Peace*, p. 166.

19. PERES, *Battling for Peace*, p. 166.

20. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 320-321.

21. *Ibid.*

22. Fotos y mapas secretos de Entebbe en posesión del doctor coronel (retirado) Zeev Drory.

23. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 132.

24. *Ibid.*, p. 133.

25. «Entebbe Thirty Years On: Through the Army's Eyes», *op. cit.*

26. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 133.

27. *Ibid.*, p. 134.

28. RABIN, *The Rabin Memoirs*, p. 287.

29. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 313.

30. «Operation Entebbe Protocols revealed», op. cit.; HASTINGS, *Yoni*, p. 226.

31. AVNER, *The Prime Ministers*, p. 313.

32. «Rescue at Entebbe: An Interview with the Chief Pilot», *op. cit.*

33. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 147-148.

34. BETSER, *Secret Soldier*, p. 324.

35. HASTINGS, *Yoni*, p. 3.

36. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 153.

37. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, pp. 293-294.

38. RABIN, *The Rabin Memoirs*, p. 288.

39. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 150-153.

40. Entrevista del autor a Uri Lubrani, *op. cit.*

41. PERES, *Battling for Peace*, p. 167; apéndice A: «Timeline», «Operation Yonatan», *op. cit.*

42. Cable cifrado de la Embajada alemana en Tel Aviv al Ministerio Federal de Exteriores en Bonn, 11.00 GMT, n.º 438 del 4 de julio de 1976, Politisches Archiv de la Auswärtiges Amt (Archivo político de la Oficina Federal de Exteriores), Berlín, 530.35vs-nfd/108233.

43. Carta confidencial de Julian Bullard, ministro en la Embajada británica en Bonn, a David Goodall, director del Departamento de Europa Occidental en la FCO, 7 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2056.

44. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 156.

45. CROSLAND, SUSAN, *Tony Crosland*, 1982, pp. 344-345.

46. Cable cifrado de Anthony Crosland a la Embajada británica en París, 18.33 GMT, n.º 344 del 3 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2055.

47. Entrevista del autor a Gerd Schnepel, *op. cit.*

48. KYEMBA, *A State of Blood*, pp. 170-171.

49. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 157-159.

50. SHUSTER, ALVIN, «It's O.K., You're Going Home», *New York Times*, 5 de julio de 1976.

51. Apéndice A: «Timeline», «Operation Yonatan», *op. cit.*, p. 107.

52. Entrevistas del autor a Uri Lubrani y a Dany Saadon, *op. cit.*

53. Entrevista del autor a Charles Njonjo, *op. cit.*

54. HASTINGS, *Yoni*, pp. 7-9.

55. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 324-325.

56. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 157.

57. HASTINGS, *Yoni*, p. 9.

58. *Ibid.*, pp. 7-9.

59. BETSER, *Secret Soldier*, p. 325.

60. «Rescue at Entebbe: An Interview with the Chief Pilot», *op. cit.*

61. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 325-326.

62. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 157.

63. PERES, *Battling for Peace*, p. 167; STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 107.

64. PINCHER, *Inside Story*, p. 352.

65. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 158; BETSER, *Secret Soldier*, p. 326.

66. «Entebbe Thirty Years On: Through the Army's Eyes», *op. cit.*; entrevista a Amir Ofer, en *Live or Die in Entebbe*, *op. cit.*

67. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 327-328; apartado 15: «Penetration of the Old Terminal», capítulo C: «The Operation», «Operation Yonatan», *op. cit.*, pp. 71-78.

68. *Ibid.*

69. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 165.

70. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 328-329.

71. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 167-168.

72. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 329-330; apartado 15: «Penetration of the Old Terminal», capítulo C, «Operation Yonatan», *op. cit.*, pp. 71-78.

73. *Ibid.*

74. «Entebbe Thirty Years On: Through the Army's Eyes», *op. cit.*; entrevista a Amir Ofer, en *Live or Die in Entebbe*, *op. cit.*

75. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 169.

76. «Entebbe Thirty Years On: Through the Army's Eyes», *op. cit.*; entrevista a Amir Ofer, en *Live or Die in Entebbe*, *op. cit.*

77. Entrevista del autor a Akiva Laxer, *op. cit.*

78. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 159.

79. Entrevista del autor a Emma y Claude Rosenkovitch, *op. cit.*

80. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 159; SHUSTER, «It's O.K., You're Going Home».

81. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*

82. JOSEPHS, «Michel Bacos: The Air France hero of Entebbe», *op. cit.*

83. Entrevistas del autor a Ilan Hartuv y a Gerd Schnepel, *op. cit.*

84. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 160-161.

85. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 170.

86. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 330-331.

87. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 161.

88. BETSER, *Secret Soldier*, p. 331.

89. *Ibid.*

90. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 161.

91. Entrevista a Amir Ofer en *Live or Die in Entebbe*, op. cit.

92. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 161.

93. Entrevista a Amir Ofer, en *Live or Die in Entebbe*, *op. cit.*

94. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 170.

95. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 161.

96. Entrevista del autor a Emma y Claude Rosenkovitch, *op. cit.*

97. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 161.

98. Entrevista del autor a Akiva Laxer, *op. cit.*; BETSER, *Secret Soldier*, p. 331.

99. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 178-180; apartado 15: «Penetration of the Old Terminal», capítulo C, «Operation Yonatan», *op. cit.*, pp. 71-78.

100. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 176-178; apartado 15: «Penetration of the Old Terminal», capítulo C, «Operation Yonatan», *op. cit.*, pp. 71-78.

101. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 169, 180-181.

102. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 331-332.

103. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 191-192; entrevista a Surin Hershko, en *Live or Die in Entebbe*, *op. cit.*

104. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 184-185; apartado 15: «Penetration of the Old Terminal», capítulo C, «Operation Yonatan», *op. cit.*, pp. 71-78.

105. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 87-88.

106. Apartado 16: «Rescue of the Hostages», capítulo C, «Operation Yonatan», *op. cit.*

107. Entrevistas del autor a Ephraim Sneh y a Noam Tamir, *op. cit.*

108. Entrevista del autor a Ephraim Sneh, *op. cit.*; NETANYAHU, *Entebbe*, p. 187.

109. BETSER, *Secret Soldier*, p. 333.

110. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 163.

111. BETSER, *Secret Soldier*, p. 334.

112. Entrevista del autor a Emma y Claude Rosenkovitch, *op. cit.*

113. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 165.

114. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 189.

115. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 165-166.

116. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 193-194.

117. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 166.

118. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 194.

119. «Revealed General Yekutiel “Kuti” Adam, Operation Entebbe Commander Voice», https://www.youtube.com/watch?v=ZnCLKX_GSXw (traducción al inglés del hebreo de Karen Gilbert); AZOULAY, YUVAL, «IDF releases audio recordings from famed 1976 Entebbe rescue», *Haaretz*, 5 de mayo de 2008.

120. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 195-196.

121. *Ibid.*

122. AZOULAY, «IDF releases audio recordings from famed 1976 Entebbe rescue», *op. cit.*

123. BETSER, *Secret Soldier*, p. 334.

124. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 167.

125. Apartado 17: «Clearing of the Old Terminal», capítulo C, «Operation Yonatan», *op. cit.*; «Revealed General Yekutiel “Kuti” Adam, Operation Entebbe Commander Voice», *op. cit.*

126. BETSER, *Secret Soldier*, p. 335.

127. Apartado 17: «Clearing of the Old Terminal», «Operation Yonatan», *op. cit.*

128. *Ibid.*

129. AZOULAY, «IDF releases audio recordings from famed 1976 Entebbe rescue», *op. cit.*

130. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 199.

131. Entrevista del autor con BEN FALLIN por Skype, *op. cit.*

132. KYEMBA, *A State of blood*, p. 172.

133. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico en Kampala a la FCO, n.º 224 del 5 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2055.

134. *Ibid.*, 20.10 GMT, n.º 232 del 5 de julio de 1976.

135. KYEMBA, *A State of Blood*, pp. 172-173.

136. Entrevista del autor a Gerd Schnepel, *op. cit.*

137. PERES, *Battling for Peace*, pp. 167-168.

138. STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, pp. 215-216.

139. PERES, *Battling for Peace*, p. 168.

140. Entrevista del autor a Amos Eiran, *op. cit.*

141. PERES, *Battling for Peace*, pp. 168-169.

142. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 167.

143. Entrevista del autor a Ephraim Sneh, *op. cit.*

144. Entrevista telefónica del autor a Dany Saadon, *op. cit.*

145. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 167; STEVENSON, *90 Minutes at Entebbe*, p. 134; BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 328.

146. Entrevista del autor a Emma y Claude Rosenkovitch, *op. cit.*

147. Entrevista del autor a Ephraim Sneh, *op. cit.*

148. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 202.

149. *Ibid.*

150. BETSER, *Secret Soldier*, p. 337.

151. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 202.

152. Entrevista del autor a Uri Lubrani, *op. cit.*

DÍA 8: DOMINGO, 4 DE JULIO DE 1976

1. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 167-170.

2. Apéndice A: «Timeline», «Operation Yonatan», *op. cit.*

3. «Idi: After all I've done for Israel», *Jerusalem Post*, 5 de julio de 1976.

4. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 7-8.

5. Entrevista del autor a Gerd Schnepel, *op. cit.*; mensaje de correo electrónico de Gerd Schnepel al autor, 11 de noviembre de 2013.

6. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 170.

7. Entrevista del autor a Ephraim Sneh, *op. cit.*

8. KYEMBA, *A State of Blood*, pp. 173-174.

9. «Entebbe hostages coming back home – 4 July 1976», metraje en directo de un equipo de grabación de las FDI, http://www.liveleak.com/view?i=4ae_1278267624

10. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 171-172.

11. Entrevista del autor a Emma y Claude Rosenkovitch, *op. cit.*

12. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, p. 172.

13. BETSER, *Secret Soldier*, p. 338.

14. NETANYAHU, *Entebbe*, p. 207.

15. BETSER, *Secret Soldier*, pp. 338-339.

16. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 172-174.

17. *Ibid.*

18. *New York Times*, 4 de julio de 1976.

19. MOUFFLET, *Otages à Kampala*, pp. 174-176.

20. *Live or Die in Entebbe*, op. cit.; entrevista del autor a Martine MimouniArnold, op. cit.; entrevistas del autor a Jonathan Khayat, 7 y 8 de octubre de 2013.

21. *Live or Die in Entebbe*, op. cit.

22. BEN-PORAT, HABER y SCHIFF, *Entebbe Rescue*, p. 332.

23. NETANYAHU, *Entebbe*, pp. 7-8.

24. «Operation Entebbe protocols revealed», *op. cit.*

25. Declaración del primer ministro Isaac Rabin en la Knesset sobre la liberación de los pasajeros del vuelo de Air France secuestrado en Uganda, 4 de julio de 1976, TNA, FCO 93/914/20.

26. AVNER, *The Prime Ministers*, pp. 314-316.

27. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico en Kampala a la FCO, 8.15 GMT, n.º 225 del 5 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2055.

28. CROSLAND, *Tony Crosland*, p. 346.

29. Tony Crosland al Alto Comisionado en Kampala, 17.30 GMT, n.º 105 del 4 de julio de 1976, TNA, FCO 93/913/13.

30. «Mrs Dora Bloch, UK/Israeli Dual National», informe confidencial de Peter Chandley, 7 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2060.

31. *Ibid.*

32. KYEMBA, *A State of Blood*, p. 174.

33. «Mrs Dora Bloch, UK/Israeli Dual National», *op. cit.*

34. KYEMBA, *A State of Blood*, pp. 174-176.

EL DESPUÉS

1. ELIASON, MARCUS, de Associated Press, «African Nations Condemn Israel's Hostage Rescue», *Abilene Report-News*, 6 de julio de 1976.

2. Yigal Allon al embajador británico en Israel, 5 de julio de 1976, en n.º 139 del 6 de julio de 1976, TNA, FCO 93/913.

3. Registro de una conversación telefónica entre el ministro de Estado [Hattersley] y el embajador israelí, 6 de julio de 1976, TNA, FCO 93/913.

4. R. N. Dales, secretario privado de Roy Hattersley, a Patrick Wright, secretario privado de James Callaghan, 5 de julio de 1976, TNA, FCO 93/913/13.

5. Carta confidencial de Julian Bullard, representante en la Embajada británica en Bonn, a David Goodall, director del Departamento para Europa Occidental en la FCO, 7 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2056.

6. *Daily Express*, 5 de julio de 1976; telegrama cifrado del embajador británico en Estocolmo a la FCO, n.º 133 del 5 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2055.

7. *Daily Express*, 5 de julio de 1976.

8. Teleconferencia entre Henry Kissinger y Simcha Dinitz, 12.10 GMT, archivos desclasificados del Departamento de Estado estadounidense, SJ20, publicados el 28 de julio de 2003, 200102979, www.aad.archives.gov/aad

9. Cable cifrado del embajador estadounidense ante la ONU al Departamento de Estado, 14.37 GMT, 6 de julio de 1976, archivos del Departamento de Estado estadounidense, www.aad.archives.gov/aad

10. TNA, FCO 93/913.

11. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico en Nairobi a la FCO, n.º 1738 del 5 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2055.

12. *Ibid.*

13. *Ibid.*, n.º 1746 del 5 de julio de 1976.

14. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico en Kampala a la FCO, n.º 223 del 5 de julio de 1976, *ibid.*

15. Ismail Fahmy, ministro de Exteriores egipcio, citado en un cable cifrado de la Embajada británica en El Cairo a la FCO, n.º 653 del 5 de julio de 1976, *ibid.*

16. *Daily Express*, 5 de julio de 1976.

17. KYEMBA, *A State of Blood*, pp. 176-177.

18. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico en Kampala a la FCO, n.º 233 del 5 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2055.

19. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico en Kampala a la FCO, n.º 225 del 5 de julio de 1976, TNA, FCO 93/913.

20. Borrador de telegrama cifrado del FCO al Alto Comisionado británico en Kampala, 5 de julio de 1976, TNA, FCO 93/913.

21. «Israelis Honor Slain Commander», Associated Press, en *Abilene Reporter-News*, 7 de julio de 1976.

22. HASTINGS, *Yoni*, pp. 233-235.

23. Entrevista del autor con Ben Fallin por Skype y correos electrónicos, *op. cit.*

24. GOLDBERG, *Namesake*, pp. 132-134.

25. Entrevista del autor a Ilan Hartuv, *op. cit.*

26. *Ibid.*

27. *New York Times*, 5 de julio de 1981.

28. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico en Kampala a la FCO, n.º 263 del 8 de julio de 1976, TNA, FCO 31/2056

29. *Maintenance of International peace and security*, capítulo VIII, pp. 286-290,
http://www.un.org/en/sc/repertoire/75-80/Chapter%208/75-80_08-15-Complaint%20by%20the%20Prime%20Minister%20of%20Mauritius.pdf

30. CROSLAND, *Tony Crosland*, p. 351.

31. VERKAIK, ROBERT, «Revealed: The fate of Idi Amin's hijack victim», *Independent*, 13 de febrero de 2007.

32. CROSLAND, *Tony Crosland*, p. 351.

33. BERRIDGE, G. R., «The British Interests Section in Kampala, 1976–7», enero de 2012, <http://gberridge.diplomacy.edu>.

34. KYEMBA, *A State of Blood*, p. 177.

35. «Dispute between Uganda and Kenya», *Keesing's Record of World Events*, vol. 22, agosto de 1976.

36. *Ibid.*; memorando confidencial de la reunión entre Ted Rowlands, ministro de Estado en la FCO, y el Alto Comisionado keniano, 28 de julio de 1976, TNA, FCO 93/914.

37. «Great Britain severs diplomatic ties with Uganda», *San Bernardino County Sun*, 29 de julio de 1976.

38. Entrevista por Skype del autor a Gerd Schnepel, *op. cit.*; mensaje de correo electrónico de Gerd Schnepel al autor, 11 de noviembre de 2013.

39. KARCHER, «Sisters in Arms?», pp. 240-241.

40. BERMAN, PAUL, *Power and the Idealists: Or, The Passion of Joschka Fischer and its Aftermath*, Nueva York, 2007, pp. 58-60.

41. «Terrorism's Godfather Is Dead», informe de Associated Press, *Santa Cruz Sentinel*, 2 de abril de 1978.

42. FOLLAIN, *Jackal*, p. 144.

43. PEDAHZUR, AMI, *The Israeli Secret Services and the Struggle against Terrorism*, Nueva York, 2010, pp. 61-62; KLEIN, AARON J., *Striking Back: The 1972 Munich Olympics Massacre and Israel's Deadly Response*, Nueva York, 2006, pp. 207-208. Tras la muerte de Haddad, el FPLP-ME se disolvió, si bien otros grupos escindidos del FPLP original siguieron en activo. Mucha de la gente de Haddad se unió a un grupo nuevo formado por Carlos el Chacal, la Organización de la Lucha Armada Árabe. Entre sus miembros se encontraban los antiguos terroristas de las CR, Johannes Weinrich y Magdalena Kopp (que dejó a Weinrich para casarse con Carlos en 1979). Carlos y Weinrich fueron por fin detenidos a mediados de la década de 1990 —el primero en Sudán y el segundo en Yemen— y están cumpliendo penas de cadena perpetua por delitos terroristas en Francia y Alemania, respectivamente.

44. HARRIMAN, ED, «The British connection», *New Scientist*, 10 de mayo de 1979, pp. 432-435.

45. *Ibid.*

46. Entrevista del autor a Charles Njonjo, *op. cit.*

47. PINCHER, *Dangerous to Know*, pp. 105-106.

48. Entrevista del autor a Christina McKenzie, *op. cit.*; PINCHER, *Dangerous to Know*, p. 106.

49. Entrevista del autor a Christina McKenzie, *op. cit.*; PINCHER, *Dangerous to Know*, p. 106; OCHAMI, DAVID, «Ugandan agents killed former Cabinet minister, says dossier», *Standard* (Nairobi), 23 de enero de 2013; HORNBY, *Kenya*, p. 319.

50. KYEMBA, *A State of Blood*, p. 179.

51. Telegrama cifrado del Alto Comisionado británico en Kampala a la FCO, n.º 155 del 30 de mayo de 1979, TNA, FCO 93/2110.

52. *New York Times*, 9 de enero de 1981.

EPÍLOGO

1. FREDERIKSEN, JOHN C., *Fighting Elites: A History of U.S. Special Forces*, Nueva York, 2011, pp. 154-157.

2. *Ibid.*

3. MCRAVEN, WILLIAM H., *Spec Ops: Case Studies in Special Operations Warfare Theory and Practice*, Nueva York, 1995, p. 378.

4. HASTINGS, MAX, *Going to the Wars*, Londres, 2000, p. 250.

5. Entrevista del autor a Ephraim Sneh, *op. cit.*

6. BALING, JUDY LASH, «Remembering Entebbe», 3 de julio de 2001, en <http://www.jerusalemidiaries.com/article/6>

7. KHAYAT, JONATHAN y COHEN, KOBI, en *Live or Die in Entebbe*, op. cit.

8. Entrevista del autor a Emma y Claude Rosenkovitch, *op. cit.*

* Todas las citas que aparecen a lo largo del libro están en versión de la traductora. *(N. de la t.)*

* El doctor Basil al-Qubaisi, jefe de logística del FPLP, había sido asesinado por agentes israelíes en París en abril de 1973 como parte de la Operación Cólera de Dios para vengar las muertes de once atletas israelíes en las Olimpiadas de Múnich un año antes. Poner a los comandos nombres de camaradas mártires era una práctica común del FPLP.

* Argüello y un azafato murieron en la pelea, el primero por disparos de un agente aéreo.

* Se han traducido al español los nombres de pila de Rabin, Peres y Navon puesto que son las denominaciones más conocidas. (*N. del e.*)

* La Organización Septiembre Negro (OSN) fue un grupo terrorista palestino creado en 1970 por extremistas de Fatah a raíz de la expulsión de la OLP de Jordania. En septiembre de 1972, tres meses después del secuestro del Sabena, el grupo secuestró y asesinó a once atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Múnich. Los cinco terroristas de Septiembre Negro también fueron asesinados.

* Comunidades agrícolas experimentales en las que se daba a cada familia una parcela de tierra de igual tamaño. Por el contrario, en el kibutz comunitario, la tierra pertenece a todo el mundo y no existe la propiedad privada.

* En la década de 1930, mientras el resto del movimiento sionista trataba de tender puentes con los árabes palestinos y negociaba con los británicos para aumentar la inmigración judía, el Partido Revisionista de Ze'ev Jabotinsky exigía un Estado judío independiente que incluyese toda Palestina y Transjordania.

* Un cálculo por lo bajo que se acercaba a los 228 pasajeros que habían salido del Ben-Gurion en el vuelo 139 esa mañana.

* Rote Armee Fraktion (en alemán). Fundada en 1970 por Andreas Baader, Gudrun Ensslin, Horst Mahler y Ulrike Meinhof, la RAF se describía a sí misma como una guerrilla urbana comunista y antiimperialista comprometida con la resistencia armada frente a un Estado fascista.

* De los 258 pasajeros y miembros de la tripulación que salieron de Atenas, cuatro eran terroristas y a una pasajera —Patricia Martell— le habían permitido desembarcar por motivos médicos en Bengasi.

* Todas las indicaciones —izquierda y derecha— se ofrecen desde la perspectiva de una persona situada mirando a la pista por los ventanales frontales de la terminal antigua.

* También conocido como «vinculación con el captor», es un fenómeno psicológico por el cual los rehenes desarrollan sentimientos positivos hacia sus captores, a veces hasta el punto de identificarse con ellos. Se le dio ese nombre después del robo de un banco en 1973 en Estocolmo, cuando varios empleados terminaron emocionalmente ligados a sus secuestradores tras un aislamiento de seis días, rechazando la ayuda e incluso defendiendo las acciones de sus captores una vez liberados.

* Hacía poco, les había escrito a su hermano Bibi y a sus padres para decirles que pretendía regresar a Harvard al año siguiente.

* El telegrama hacía referencia al acuerdo entre Israel y Egipto después de la guerra de Yom Kipur para la liberación de terroristas en cárceles israelíes a cambio de los cadáveres de soldados israelíes muertos a manos de fuerzas egipcias.

* De hecho, Olivier no se acordó de la nota del dobladillo hasta después de haber quedado destruida en el siguiente lavado.

* Dotan se convertiría después en jefe de provisiones de la FAI con el rango de general de brigada. Condenado en 1989 por malversar diez millones de dólares procedentes de paquetes de ayuda militar estadounidense, fue degradado al rango de soldado raso y pasó trece años en prisión.

* Khalatbari fue ministro de Exteriores iraní entre 1971 y 1978. Tras la Revolución islámica, lo declararon culpable de traición y corrupción, y fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento el 11 de abril de 1979.

* No era su nombre real, sino un seudónimo que le puso Claude Moufflet en su libro, *Otages à Kampala*.

* Trompeta ceremonial hecha con el cuerno de un carnero y asociada a las fiestas sagradas.

* Un incidente infame ocurrido en 1968, cuando una compañía de tropas estadounidenses irrumpió enloquecida en dos aldeas de Vietnam y mató a más de trescientos hombres, mujeres y niños, y violó y mutiló a muchas de las víctimas. Su oficial, William Calley, fue declarado culpable de asesinato y condenado a cadena perpetua con trabajos forzosos. Cumplió tres años bajo arresto domiciliario antes de salir en libertad con un indulto presidencial.